Sn Antonio

Sn Antonio

Abad 1792

Sn Antonio

Abad: Sn Antonio

Abad:

Sn Antonio

S. Antonio Antonio

Antonio

T.1. 55723 FP-623

FLORES DEL YERMO,

PASMO DE EGYPTO,

ASOMBRO DEL MUNDO,

SOL DEL OCCIDENTE,

PORTENTO DE LA GRACIA,

VIDA Y MILAGROS

DEL GRANDE

S. ANTONIO ABAD,

ESCRITA

POR EL MAESTRO BLAS ANTONIO DE CEBALLOS.

Corregida por Don Joseph Carrasco, Ex-Profesor de Filosofía y Sagrada Teología en la Universidad de Mallorca.



CON LICENCIA: EN MADRID.

En la Imprenta de Andrés de Sotos, calle de Bordadores.
Año de M. DCC. LXXXIII.

A costa de la Real Compañia de Impresores y Libreros del Reyno.

778

FLORES DEL YERMO,

PALMO DE EGIPTO,

ASOMBRO DEL MUNDO,

SOL DEL OCCIDENTE,

PORTENTO DE LA GRACIA,

VIDA Y MILAGROS

DEL GRANDE

S. ANTONIO ABAD,

ESCRITA

POR EL MAESTRO REAL S. ANTONIO

DE CABALLOS,

Corregida por Don Joseph Carrasco, Ex-Profesor de Filosofia y Sagrada Teologia en la Universidad de Mallorca.



CON LICENCIA: EN MADRID.

En la Imprenta de Andres de Sotos, calle de Bordad
Año de M.DCC.LXXXII.

BIBLIOTECA FRANCISCO PINO
R.P. 638

AVE MARIA.

APROBACION DE FRAY MANUEL DE GUERRA y Ribera, Doctor Teólogo, y Catedrático de la Universidad de Salamanca, Predicador de su Magestad, y su Teólogo, Exâminador y Teólogo de la Nunciatura, Exâminador Synodál de este Arzobispado, y Ministro Provincial del Orden de la Santisima Trinidad, Redencion de Cautivos de la Provincia de Castilla, Leon, y Navarra.

TEnemos á Antonio Cortesano, y trasladado de los Desiertos de Egypto á este grande Teatro, no para transformar la Corte en Desierto, sino para poblarla de mas virtudes, que el concurso la embaraza de vivientes.

Fue Antonio el primero que con su exemplo dexó desiertas las Ciudades, para hacer Ciudades á los Desiertos. Pobló las dilatadas campañas de Egypto, de tantas virtudes como Monges, haciendo en sus vastos arenales, que naciesen milagros donde solo nacian basiliscos; y enmendando lo adusto de su color y terreno, hizo que si el Sol material los obscurecia los cuerpos, su luz espiritual los blanquease los ánimos.

La ponderacion de la fecunda tierra, que miró Loth al dividirse de Abrahán, fue vaticinio á la transformacion de Antonio. Miraba á Egypto como Paraíso: *Sicut Paradysus Domini, & sicut Ægyptus*; (1) y solo pudo merecer este grande nombre su Pueblo Bárbaro, quando hospedó á Christo fugitivo, y quando le habitó Antonio; pues entre tanta supersticion irreligiosa, plantó el árbol sagrado de la vida.

De este grande Patriarca del desengaño, tenemos mas admiraciones, que leyes; mas exemplos, que escritos; habiendolos obscurecido, ó el tiempo con sus largos años, ó con sus naturales olvidos. Tanto debió su memoria en su Siglo, que el grande Atanasio (2) escribió un insigne Libro de su Vida, con un Sermon de Antonio. San Gerónimo dice, (3) haber escrito Antonio siete Epístolas á diversos Monasterios. Estas olvidadas muchos Siglos, con injuria de la comun usura, las traduxo de Griego en Latin Valerio de Sarasio; (4) pero *Sinistris avibus*, y con poco dichosa felicidad; y en nuestro tiempo las ilus-

(1) *Gen.* 13. *Vers.* 10. (2) *Atha. in Vit. Anton. á cap.* 16. *usque ad* 20. (3) *Hieron. de Script. Eccles.* (4) *Saras. Ep. Anton.*

tró con estudiosas notas el eruditísimo Vibár, (1) á cuyos desvelos debe Antonio sus mayores luces.

Para desagravio de esta bien nacida queja, corta este dichoso Autor su pluma, y hace Español á Antonio, para que pase su luz, como de Sol, desde el Oriente de Egypto, al Occidente de nuestro Emisferio. Gloríese Egypto de tener las siete bocas del Nilo, que en turbias avenidas le llena de mas fecundidades que pudiera el Cielo con lágrimas de sus nubes; que hoy se trasladan en los conductos de esta devota pluma sus cristales; y conduciendo el Nilo de Antonio á España, con sus siete bocas, á que aluden sus siete Epístolas, le fecunda con sus virtudes.

Su Vida está escrita con todos los preceptos que pide el fin de las Vidas de los Santos; á distincion de las Vidas de los Héroes, que estas se escriben para enseñar á dominar Provincias, y aquellas para dominar pasiones. El pretendido fin de esta Vida, es proponer un hermoso Espejo, donde todos se miren; el hermoso se adelante, y el feo se enmiende. Donde se mire Antonio vivo y muerto; muerto para el respeto, y vivo para la Doctrina; donde se mire siempre viviendo, porque siempre se verá enseñando.

Deben rendirsele al Autor repetidas gracias por su estudio, la devocion, y la curiosidad; pues aunque Santo tan insigne ha ocupado con su veneracion todas las mentes, no ha gozado de tantos Panegyristas, como merecian sus altísimas virtudes. Este Autor puede equivaler á muchos, y merece la luz comun, para pública utilidad, por no tener cosa contra Dogmas, costumbres, ni políticas; antes bien utilísimos exemplos y documentos, para encender á lo Divino, y moderar lo humano. Así lo siento, sujetando mi dictamen á otro mejor. En este Convento de la Santísima Trinidad, Redencion de Cautivos. Madrid, y Julio á 30. de 1685.

Fr. Manuel de Guerra y Ribera.

APRO-

(1) *Vibár, lib. 3. de Veteri Monach. á cap. 1. usque ad 3. laté & eeudité.*

APROBACION DEL Rmo. P. M. Fr. LUIS DE IBARRA, DOCTOR, y Catedrático de Prima de Escritura de la Universidad de Toledo, Exâminador Synodál del Arzobispado, Predicador de S. M. y Prior de los Conventos de Toledo, y Madrid, del Orden de nuestra Señora del Carmen de Observancia, &c.

M. P. S.

POR mandado de V. A. he visto el Libro que ha compuesto el Maestro Blas Antonio de Ceballos, hermano de la Orden Tercera del Serafin Francisco, su título: *Flores de los Yermos de Egypto, Vida y milagros del Gran Padre San Antonio Abad, origen de la Religion Antoniana*; y solo me queda que admirar la comprehension del Autor, congérie de especies, y noticias de historia, que solo pedia una edad su adquisicion; y siendo su continuada tarea los documentos pueriles, sin faltar á este exercicio, experimentarle tan práctico en lo histórico, no es menos maravilla, que la que causó á los Aulicos del Palacio de Saúl, ver á David, su profesion de Pastor, y tan experto en la Milicia, que no distinguian si toda su edad se vió empleada en el cayado, ó todo su vivir embebido en el azero. La Vara que obró prodigios en Egypto, fue admiracion del Tyrano; porque siendo quadrada (como siente el Abulense) en cada plano tenia una letra; y causó pasmo, que siendo Vara para corregir y enseñar, tuviese á todas luces letras que manifestar. Es tan util el asunto de la Obra, como necesario; pues siendo la Vida del Anacoreta insigne su objeto, carecer la Christiandad de sus individuales noticias y portentos, era agraviar el deseo de la piedad: Por eso Judith pactó en la Tienda de Campaña de Holofernes (habiendo tenido valor de atravesar por las huestes enemigas) que habia de salir á la fuente, cumpliendo en sus aguas la Israelítica costumbre; que aunque en sus corrientes cristalinas indicaba de la fuente lo perenne, tener individuaciones del origen, era cumplir su deseo. Afirma Seneca, que deseando Nerón saber el origen del Rio Nilo, envió Exploradores; siguiendo agua arriba la corriente, hallaron en el profundo dos crecidas piedras, y con mas bullicio las aguas; y reconociendo los Legados la arduidad de la empresa, cesaron la prosecucion iniciada, siendo sentimiento del Príncipe, que no hubiese quien diese noticias del sitio originario de tan abundante corriente. En esta Obra sácia el Autor nuestro anhelo, pues ni le queda mas que investigar al deseo, ni á la noticia que participar. No contiene cosa contra nuestra Santa Fe, es de mucha utilidad para alentar los espíritus á la poblacion del Desierto,

to, que aunque en sí se represente horrorosa, este escrito con su estilo la persuade suave. Débensele dar las gracias á su Autor, y la licencia, para que la Prensa estampe su acierto. Este es mi sentir. Salvo, &c. Carmen, Noviembre dos de 1685.

Fr. Luis de Ibarra.

DE DON ANTONIO ZAMORA.

SONETO.

BLas Antonio, de Antonio Peregrino
Hoy la Vida eterniza en la memoria;
Y sí pudiera ser mayor su gloria,
Esta gloria le hiciera mas Divino.
Nauta rompe inmortal nuevo camino,
Careando la doctrina con la historia;
Para cuyo blasón, cuya victoria,
Fauces duplicará bronce ladino.
No en tanto empeño de arrogancia suma,
Liquidando la cera, dió la llama
A cadáver de Arder Urna de espuma.
Pero vuelve tu nombre, que hoy se aclama,
Pues va cierta la Fama de una Pluma,
Que ser pudiera Pluma de la Fama.

ERRATAS.

Pag. 44. *col.* 1. *lin.* 23. Salvadot, *lee* Salvador.
Pag. 154. *col.* 2. *lin. últ.* volvel, *lee* volver.
Pag. 262. *col.* 1. *lin.* 15. superticiosas, *lee* supersticiosas.
Pap. 326. *al pie*, *lin.* 3. escrihe, *lee* escribe.

PRO-

PROLOGO AL LECTOR.

LA admirable y milagrosa Vida del Gran P. S. Antonio el Magno, Abad, Guia y Maestro de los antiguos Monges, clarísimo Sol del Oriente, Príncipe de los Anacoretas de Egypto, y Padre de los Cenobiarcas, escribió San Atanasio, Obispo de Alexandría, y el Máxîmo Doctor San Gerónimo, Casiodoro, Sozoméno, Nicéforo Calixto, el Cardenal Baronio, Paladio, Obispo que fue de Capadocia, el Santo Juan Casiano, Basilio Santóro, y el Comendador de Barriano, Fray Amaro Falcón, cuya Vida de Latin traduxo en lengua Castellana el P. Mro. Fray Hernando Suarez, de la Orden de N. S. del Carmen, y el esclarecido Príncipe Juan Francisco Pico, Conde de la Mirándula, el Doctor Don Alonso de Villegas, el Padre Pedro de Ribadeneyra, de la Ilustre Compañia de Jesus, Don Gaspar de la Figuera, Caballero del Orden de San Jorge, y el Rmo. D. Joseph Navarro, Comendador de San Antonio de la Ciudad de Barcelona; y en nuestro Siglo el muy docto Padre Juan Bolando, de la Compañia, y otros gravísimos Autores, de los quales he recopilado la Vida de nuestro glorioso y Ssmo. Padre, ocupandome en esta Obra mas de ocho años, los ratos que me ha dado lugar la precisa tarèa de mi exercicio, que á la verdad me ha costado mucho trabajo, estudio y tiempo, y mas dificultad de lo que imaginé quando dí principio á esta Obra, movido solo de la devocion del Santo; y para comun edificacion y consuelo de sus Devotos, he juntado en este volumen todos los sucesos que he podido adquirir, que pertenecen á su maravillosa Vida, y casos dignos de ser sabidos; los quales he hallado esparcidos en diferentes y auténticos Libros, que solo en leerlos ha sido prolixa cosa de conferir, y hacer concepto y eleccion de los sucesos, repartiendo en orden los capítulos con claridad, verdad y brevedad, que cierto requeria para sacar á luz esta Obra mas experiencia, espíritu, é ingenio, que el mio; mas el consuelo que tengo para el delicado juicio, que quiere estilo gracioso, eloqüencia suave, sentencias profundas, y fértiles desengaños, es el ser este Libro trasladado de otros; y así, de mi talento no hay nada que haga al caso en esta Historia; en la qual, no tan solamente ha sido mi intento hacer narracion de la Vida de N. P. San Antonio Abad, sino tambien referir al simil de dicha Vida muchos exemplos, y las prodigiosas Vidas de sus mas principales Discípulos, para que

con

con el dechado de sus heróycas virtudes, nos apliquemos perfectamente á servir á N. S. y se conozca de la suerte que honra aún en este destierro á sus amigos; sin ser lugar de premio, sino de trabajo y merito; y que tal será el lugar que tiene dedicado para honrarlos, con el goze eterno de su Divina presencia; y doy noticia del principio de la Sagrada Religion Antoniana, y fundacion de la Orden Militar de Caballeros de S. Antonio Abad, que afirma por cierto el P. Presentado Fray Luis de Urreta, de la Ilustrísima Orden de Predicadores, que permanecen en los Reynos de Etyópia, y Tierras del Preste Juan de las Indias; y la Regla que observó nuestro Bienaventurado Padre y sus Hijos en los Desiertos de Egypto; los prodigios y milagros que la Magestad Divina ha obrado por la intercesion de su Siervo; y los Monasterios de Monges que con el título de S. Antonio militan hoy dia en diferentes Provincias del Orbe; las Sagradas Flores que florecieron en aquel Siglo en los Yermos de Egypto de Varones Santísimos; y el copioso fruto que han sacado muchas personas, por haber leído la Vida del Sagrado S. Antonio Abad.

Si acaso en esta Obra mi pluma en alguna cosa deslizáre, confieso como humilde hijo de la Santa Iglesia Romana, que me sujeto á su enmienda y correccion; y al Lector prudente suplico reciba mi voluntad, donde la erudicion faltáre; y sea todo motivo para encomendarme al Señor de vivos y muertos, á quien se den infinitas gracias por los siglos de los siglos. Amen.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

EN QUE SE REFIERE DONDE ESTA SITUADA LA Provincia de Egypto, y la Patria, Padres, y feliz nacimiento de San Antonio.

TOdos los Escritores Sagrados nos enseñan, que en escribir las vidas de los Siervos de Dios, que tan de veras menospreciaron el mundo, no hemos de hacer caudal de las cosas que dexaron, por vivir con mas perfeccion, ni hemos de proceder conforme á las leyes del mundo, mirando á la nobleza de los padres y parientes, mostrando las hazañas antiguas de sus antepasados, y descubriendo la antigüedad de los Solares; porque el que considerare que descendemos de Adán y Eva, padres universales de todos, sigue-se que todas las divisiones del mundo son invenciones suyas, y que perecerán tan presto, quanto es flaco el fundamento en que se apoyan.

Pero aunque es verdad esto, me parece que conviene, para noticia y consuelo del devoto lector, escribir el claro origen de nuestro gran Padre San Antonio Abad. Y porque en el discurso de esta Historia se ha de hacer muchas veces mencion de los Lugares de Egypto, y de la Tebáyda, no será despropósito referir, aunque de paso, sus grandezas, y en qué parte del mundo tiene su asiento.

La Provincia de Egypto está situada, segun dice (1) Plinio, en el Asia Mayor, y muy conjunta con el Oriente, y última Region del Africa; dividese en dos partes: Una se llama la Inferior Egypto, en la qual está fundada la gran Ciudad de Alexandría; la otra es la superior Egypto, donde fue la antigua y grande Ciudad de Babylonia, y la famosa Ciudad

A de

(1) *Plin.*

de Tebas, cuya Cerca tenia cien puertas; y por ser esta Ciudad tan principal, se llamó toda aquella Region Tebáyda, la qual se extiende á la parte del Mediodia, y confina con la Etyópia; pero no está tan junta, que no haya entre la Tebáyda, y la Etyópia grandes Montes, y Desiertos, de casi veinte dias de camino; porque esto tiene Egypto, que para pasar á otra Provincia, ó está enmedio la mar, ó grandes despoblados y arenales; y aunque es comun á todos aquella tierra tener muchos Montes, y Desiertos, los mayores que hay, y de menos comodidad para la vida humana, son los que están entre Etyópia, y la Superior Tebáyda; porque el calor es excesivo, y la tierra toda es arenosa, con unos pequeños Valles, y Cerros; en los quales escribe el Maestro Suarez, (1) que moró lo mas de su vida nuestro Padre San Antonio.

Y que es de advertir ser incierto lo que muchos han dicho, engañados por la ignorancia de los Lugares, juzgando, que los Santos Hermitaños habian hecho su habitacion en amenos prados, donde habia todo género de árboles de graciosa sombra, y provechosas frutas, y donde habia frescas aguas, y saludable Cielo; porque los Desiertos de Egypto, donde habitaron los Santos Hermitaños, son todos estériles y calidísimos, que solo su vista espanta; pero tambien refiere, que hay algunos Montes, principalmente los que estan en las márgenes del Rio Nilo, no muy distante dél, que tienen fuentes y arboledas, y alguna mas comodidad para morar en ellos.

Esto que escribe este Autor, (2) es tocante á los Desiertos; pero no en quanto á que se presuma, que toda la tierra de Egypto, generalmente es estéril y falta de agua; porque si lo fuera, no hubiera en ella veinte mil Ciudades pobladas, que dice Plinio, que habia en su tiempo. Mas dexando las noticias antiguas, concluiré esta narracion, con las que en nuestro siglo nos da como testigo de vista, el Padre Fr. Antonio del Castillo, y dice: (3) que caminando para Jerusalén, pasó por Egypto, donde vió grandes Desiertos y Montes de arenas, tan altos como montañas, que un dia se mudan á una parte, y otras veces á otra, segun la continuacion de los vientos; y vió algunas palmas muy altas, que estaban cubiertas de arena, que no se les veía sino los pimpollos de las hojas; y que desde la Ciudad de Roseto, caminó trescientas millas, por la ribera arriba del Rio Ni-

(1) *Histor. Anton. c. 4. f. 3.* (2) *El M. F. Hernando Suar.*
(3) *Viage de la Tierra Santa del P. Fr. Anton. del Cast. c. 3. fol. 117.*

Nilo, hasta la Superior Tebáyda, ó el Gran Cayro, y vió muchos Prados y Valles, y gran numero de aves, diferentes y extrañas de las que se ven en las Regiones de Europa; y que por aquella parte de Egypto, es la tierra muy llana, y deleytosa cosa el caminar por ella; porque se ven á un lado y á otro del Rio muchas y grandes Poblaciones, y arboledas, y altisimas palmas, y cañas dulces, de las quales se hace excelentisima azucar; y es tanta, que toda la que se gasta en Turquía, se lleva de Egypto; y que la causa de haber tantas cañas, es el ser aquella Region muy cálida, porque no llueve en ella, sino raras veces, aunque esta falta la suple el Rio Nilo; pues lleva tanta agua, que con ella riegan casi toda aquella tierra; y así, es tan fértil, que tiene quantos frutos se pueden desear; salvo de dos cosas carece, que es de vino, y aceyte; de todo lo demás hay en abundancia; su fertilidad proviene, de que el Nilo todos los años crece por el mes de Junio, é inunda toda la tierra; con esto, y con los rocíos que caen por las noches, se conserva de género aquella tierra, que no necesita de mas lluvias para la cosecha de los frutos.

En quanto á las Poblaciones, vió en la Tebáyda el Gran Cayro, Corte de los Soldanes, Ciudad muy ilustre, y de increíble grandeza, torres, capiteles, y copiosísimos y ricos tratos; le dixeron, que tenia sesenta puertas, y quarenta mil Mezquitas, entre grandes y pequeñas; quarenta mil calles, y algunas, que tienen de largo mas de legua y media; y le afirmaron por cosa cierta, que tenia por moradores quatro millones de personas; y que si nuestro Señor no proveyera de enviar de tres en tres años á aquella Ciudad, y su Provincia unos contagios pestilentes, no cupieran ya los Turcos y Moros que poseen dicha Ciudad en el mundo.

Y para significar su grandeza, dicen un Proverbio, que si el mundo se despoblase, bastaría el Cayro á poblarle; y que si el Cayro se despoblase, que eran menester todos los vivientes del Orbe para su reedificacion.

En esta Ciudad hay (1) en diferentes casas unos grandes hornos, con muchos apartamientos; en los quales, en cierto tiempo del año, echan tres, ó quatro mil huevos de gallinas y ansarones, y otras aves, y los cubren de estiercol, y luego les ponen brasas encendidas, segun la proporcion de el horno, y con el calor se empollan los huevos, y se crian pollos, sin que las madres los cubran; los quales pastoréan en sus praderas, como si fuera manada de ganado;

(1) *Histor. de la Peregrin. del Hijo de Dios, c. 1. f. 95.*

y salen tan domésticos, que siguen á los que los guardan, como si fueran sus madres. Junto al Cayro está la Viña tan nombrada del Balsamo, cuya virtud medicinal, y precioso licor que tiene, no se halla en otra parte del mundo, ni tan bueno, como el que se cria en Egypto; porque lo que se halla en algunas Provincias de nuestras Indias Occidentales, es de diferente especie ó especies, y no de tanto valor, ni tan oloroso y suave. Esta Viña del Balsamo, será como una aranzada de Viña; la tierra es blanca, y el arbol que lo lleva llega á ser tan alto, como un hombre de mediana estatura; y por esto hay Autores, que lo cuentan entre las hierbas odoríficas; en las ramas, y hojas se parece al lentisco; aunque son mas blancas, y las tiene todo el año, como la encina ó el olivo; tiene la cepa el color bermejo, como de fuego; la flor raíz y hojas aprovechan para muchas cosas; pódase con cuchillo de piedra ú de hueso, porque es dañoso el cortarlo con hierro; lábrase al modo de las viñas, y están puestas las cepas por su orden; las ramas son como sarmientos de dos varas; tiene el tacto áspero, y la simiente sabor de vino; para cogerlo, cortan las ramas de la cepa, quando mas fuerza tiene el calor del Sol, que es por los Caniculares; y vueltos ácia el Sol, abren la corteza, á modo de sangria, y luego destila por la rotura una gota lucida, transparente y olorosa, y gota á gota va saliendo de entre la corteza y mástil; y en ninguna manera sale esta gota, sino es á vista del Sol; y es tan eficáz la virtud de este precioso Balsamo, que si cae alguna gota en la mano, ó en otra parte del cuerpo, le penetra, exhalando un suavísimo y maravilloso olor. Esta viña se cultiva por manos de Christianos; porque si otro alguno la labra, se tiene ya por experiencia, que no da el licor tan bueno, ni de tan gran valor; hay grandes. engaños en el Balsamo, porque lo contrahacen; y para conocerlo, dice Don Pedro Gomez Durán, (1) que es claro, y de subidísimo olor; porque si es espeso, ó roxo ú obscuro, es falso; y si echan una gota en la mano y la ponen al Sol, es tanto el calor que tiene, que no se puede sufrir; y si le echan en agua clara, se hunde como azogue hasta el suelo; y aunque le revuelvan, no se enturbia; y si el vaso es de plata, se pone de color de leche.

Esta viña se riega con el agua de una milagrosa fuente (2) que es-

(1) *Don Pedro Gomez Durán en su Hist. de la Peregr. de el Hijo de Dios, c. 1. f. 91.* (2) *El P. Juan Euseb. de la Compañia de Jesus, en las 3. Marav. de la naturaleza, fol. 28.*

está allí junto, en la qual nuestra Señora solía lavar ropa del Niño Jesus, quando estuvo en Egypto; cosa que los Moros confiesan, y experimentan su eficáz virtud; porque si la riegan con otra agua, no da fruto.

Mas dexando las otras cosas, que los Autores citados dicen en alabanza de Egypto, tambien en las Sagradas Letras se hace muchas veces mencion de esta tierra; y se dice, que en ella estuvo el Patriarca Joseph, engrandecido de Pharaon; y que anduvo quatrocientos y treinta años peregrinando, y cautivo el Pueblo de Israél, sujeto al Imperio, y mando de los Pharaones, y que alli obró Dios por sus Siervos Moysés, y Aaron, grandes maravillas; y la mayor de todas, como dicen San Matéo, (1) San Ambrosio, (2) San Cyrilo Alexandrino, (3) San Anselmo, (4) y Nicéforo, (5) es que la eligiese nuestro Señor para su retiro, donde moró siete años en compañia de su Santísima Madre, y su adoptivo Padre, el Glorioso Patriarca San Joseph; y despues que volvió á Jerusalén, y padeció muerte de Cruz, y resucitó, y por su propia virtud subió á los Cielos; ya se sabe, que se dividieron los Santos Apóstoles por todas las partes del mundo, á predicar el Sagrado Evangelio, y le tocó por suerte á San Marcos predicar en Egypto, (6) donde fue el primero que desterró las supersticiosas costumbres de los Gentiles, y les dió luz á los que estaban á la sombra de la muerte, y carecian del conocimiento del verdadero Dios, y estableció la Christiandad en aquella Provincia, y en particular en las Ciudades y Pueblos que están entre Alexandría, y la Superior Tebáyda; en cuya jurisdiccion habia una Villa, llamada Coma, la qual fue dichosa Patria de Beabex, que asi se llamaba el padre de Antonio. (7) Era noble y virtuoso; y lo que mas importa, Católico Christiano. Siendo ya mancebo, y de gentil parecer, andaba temeroso de los tropiezos que tiene la juventud, ó para despeñarse, ó á lo menos, para disponerse á caer; y tanto le venció este honesto miedo, que para librarse de él, se casó en Egypto con una noble Doncella, llamada Eguita, la qual era natural y nacida en Italia, en el Señorío de Genova, hija legítima de los Condes Vintilienses; y el haber venido á parar esta Señora á la Villa de Coma, estando tan distante de su Patria, fue el caso, que habiendo salido un dia de la Ciudad de Genova, acompañada

(1) *S. Mat.* (2) *D. Ambros. de Institut. Vir. c.* 139. (3) *Cyr. in Isai.* (4) *Ansel. in c.* 2. (5) *Niceph. lib.* 10. *cap.* 30.
(6) *Fl. Sanctor. de Rib. f.* 136. (7) *Hist. Anton. c.* 10. *fol.* 11.

de sus Damas, Doncellas, y Criados, para cumplir cierta promesa que habia ofrecido hacer en un Santo Templo que estaba fundado casi á la orilla del mar, la sucedió, que andando divertida por su ribera, impensadamente fue asaltada de unos Baxeles de Corsarios de Egypto; y sin ser bastantes sus lágrimas, lamentos y súplicas, la llevaron cautiva, y la vendieron por esclava á una señora viuda, que aunque Gentil, era muy noble en sus acciones, que moraba en la Villa de Coma; y Beabex, sabiendo la calidad de Eguita, aficionado de su honesto proceder y peregrina hermosura, se la pidió á la Ama por esposa; y habiendose efectuado el matrimonio, vivieron muchos años los dos virtuosos amantes, con grande deseo de tener fruto de bendicion, que heredase su rico Patrimonio y hacienda; y asi, le suplicaban á nuestro Señor, les concediese este favor, si habia de ser para su santo servicio; y para obligar á su Divina Magestad, y tener algun merecimiento, socorrian con piadosa liberalidad las necesidades de los pobres; y Dios, que es el premio de las buenas obras que se hacen al próximo, les multiplicaba tanto los bienes de ésta, que llaman fortuna, que para que la tuviesen en todo cumplida, les concedió lo que deseaban, dandoles un hijo y una hija; el hijo fue nuestro Padre San Antonio, que nació, segun escribe San Gerónimo, y (1) Sozoméno, año de docientos y cincuenta y tres, ó cincuenta y quatro, siendo Sumo Pontifice Fabiano, y Emperador de Roma Decio, cruelísimo perseguidor que fue de la Iglesia. Y es de advertir, que por escusar prolixidades, no describo las varias opiniones que hay entre los Autores, acerca del Lugar y año fixo en que nació; y tambien por que lo mas cierto y probable, es lo que déxo dicho.

CAP. II.

EN QUE SE REFIERE la infancia, y exemplar educacion de Antonio.

NO hay duda, que los que tienen hijos, están obligados á doctrinarlos, y corregir sus libres y descompuestas acciones; porque aún despues de nacidos, no están los hijos acabados de engendrar, porque les queda mucho que hacer en ellos. La última mano que se da á los hijos, es la enseñanza; esta es la que los dexa malos ó buenos; ó por lo menos mas buenos, ó menos malos. Pues los padres de nuestro Santo, estando en este conocimiento, procuraron doctrinarle desde los primeros albores de su tierna edad, con

(1) *S. Ger. Sozom. lib.* 10. *cap.* 13.

con tanto recato que no conocia mas que á sus padres y casa, siendo su niñez muy diferente de la de otros niños; era modestísimo, y enemigo de juegos, parlerias, y de malas inclinaciones; y huía de los que veía que tenian vicio de jurar y mentir; sus cantares y entretenimientos, se cifraban en leer las Vidas de los Santos, y en particular las de los Martyres, de que se encendia tanto en el Divino amor, que deseaba, aunque niño, que se ofreciese ocasion de dár la vida en el martyrio; y como á la sazon, el Emperador Decio movió contra los Christianos la septima, y universal persecucion, (1) que fue la mas cruel que hasta entonces habia padecido, porque en ella murieron gran numero de Católicos, y se cerraron todas las Iglesias públicas; no por esto los Fieles dexaban de juntarse en casas particulares, y en cuevas, y otros lugares ocultos, donde asistian con heróyca devocion, á ver celebrar los Oficios Divinos; y así, quando era ya grandecico nuestro Santo, le llevaban sus padres á estas Santas Congregaciones, para que aprendiese la Doctrina Católica, y se aficionase á las cosas celestiales; y de aqui le procedió el singular afecto y reverencia que siempre tuvo á los Templos; y quando se volvieron á abrir, por haber cesado la furiosa persecucion, las Iglesias que habia en la Villa de Coma, Antonio las cursaba con suma devocion, la qual se adelantába con el buen exemplo que le daban sus Católicos padres, los quales le enseñaron las Divinas Letras; y le dieron á entender, que aborreciese los estudios humanos, fábulas y mentiras que enseñaban los Maestros Gentiles à los niños; y fueron tan eficáces estos consejos en sus tiernos años, y tan firmemente se le quedaron fixos en su corazon, que toda su vida huyó de la compañia y comunicacion de los Infieles, y de la doctrina emponzoñada de sus vanidades y perversas costumbres; y por escusar la familiaridad y conversacion de los vecinos, se estaba recogido en su casa, viviendo á gusto de sus padres, à quienes procuraba, con humilde rendimiento, obedecer sus preceptos, tanto, que era el dechado de perfeccion de todos, así de niños como hombres; porque á los malos dexaba confusos, y á los buenos mas animados para que imitasen sus exemplares acciones; y en quanto le era posible procuraba remediar las necesidades de los pobres, y serles de algun alivio, haciendoles limosna de lo que le daban para su alimento, y en faltandole

(1) *La 7. persec. que padeció la Iglesia, Histor. Pontifical. l. 1. c. 23. fol. 23.*

que darles, iba desalado á sus padres, que le diesen algun consuelo para socorrerlos, por tenerle así enseñado que lo hiciese.

Porque verdaderamente, que los padres, que se descuidan en doctrinar así á sus hijos, además que no merecen tal nombre, son dignos de gran reprehension y pena, los quales por su descuido y floxedad, serán severamente castigados en la otra vida, y aún en esta. Miren lo que sucedió al Sacerdote Helí, (1) que aunque él era bueno, ofendió á Dios, por el descuido que tuvo de corregir y castigar los pecados de sus hijos. De aqui procedieron los grandes daños que vinieron al Santo Rey David y toda su casa, (2) por haber cometido su hijo Amón un gravísimo y escandaloso pecado de incesto, y de estupro, con su hermana Tamár; y habiendolo sabido David, dexóle de castigar, y ni aún siquiera le reprehendió, porque le amaba tiernamente, por ser hijo primogénito; pero lo que sucedió fue, que Absalón quitó la vida á su hermano Amón, y despues intentó alzarse con el Reyno; y persiguió de tal suerte á su padre, que temiendo David su furor, salió huyendo de la Ciudad de Jerusalén, acompañado de la gente de su casa, á pie y llorando; mas Absalón no contento con las libertades y males que hacía, así que se apoderó de Jerusalén, usó contra el Real Profeta la mayor maldad que imaginarse puede, porque públicamente le afrentó, á vista de todo Israél.

Este fue el pago que dió á su padre, y otros inumerables cada dia dan á los suyos, por el demasiado amor, regalo y libertad con que los crian. Testigo de esta verdad son infinitos exemplares, y el que en nuestro tiempo sucedió en la Corte de España; (3) porque un hijo, á quien su madre, quedando viuda, crió sin correccion, para que la tuviese temor y vergüenza, quando ya mancebo, la gratificó inhumanamente su descuido y negligencia que habia tenido; porque una noche, por robarla la poca hacienda que tenia, entró en compañia de otros hasta la cama, donde estaba durmiendo, y viendo que los camaradas, compasivos, rehusaban el agraviarla, él propio, con sus atrevidas manos, la sujetó con una mano de los cabellos, y con la otra la dió en la cabeza con un martillo tan furiosos golpes, que la hizo saltar los sesos, hasta que la dexó sin vida; porque la Magestad Divina, como recto y justo Juez, muchas veces permite pa-

(1) *Reg. 2. Hel. 1.* (2) *David. Reg. 13.* (3) *Un hijo quitó la vida á su madre por robarla; testigos de este exemplar muchas personas que hoy viven en Madrid.*

para que sirva de escarmiento, que los hijos sean verdugos de sus padres, y que los unos y los otros se vean afligidos y perseguidos; porque si junto con las travesuras de los niños, viniese el castigo, y trás el gusto el disgusto, y consecutivamente se siguiese á la maldad la confusion, los hijos volverian sobre sí, y andarian con mas cuidado en servicio del Divino Criador, y no faltarian á la debida obediencia y respeto que se debe tener á los padres; los quales, si desean tener buen lógro y fin de sus hijos, consideren, para acierto, norma y regla de sus acciones, la educacion y esclarecida niñéz de Antonio, á quien doctrinaron sus padres con tanto temor de Dios, virtud y recato, que si iban á la Iglesia, le llevaban consigo; y si daban limosna, se la daban primero á él, para que de su mano la recibiese el pobre. No juraban, ni maldecian; porque además de ser gravísimo pecado, y que en la casa del jurador nunca faltarán desgracias y desventuras, temian que no se le pegase al Santo niño tan dañoso vicio; porque es lastimosa cosa y digna de gran reparo, ver reprehender un padre á un hijo porque jura, y á cada palabra de la correccion, le echa mil juramentos y maldiciones; con que le castiga porque jura, y juntamente le enseña á jurar, sin reparar en que los muchachos, lo que ven y oyen, eso hacen; porque en sus tiernos años no hay discrecion para entender perfectamente lo que les está bien ni mal. Aficionanse con facilidad á las personas con quien conversan; y así, remedan sus costumbres, y hablan su lenguage.

CAPITULO III.

FELIZ TRANSITO DE LOS padres de San Antonio; y los saludables consejos que á la hora de la muerte dió Beabex á su hijo.

EN obras de piedad y virtud se exercitó Antonio, en compañia de sus padres, hasta que llegó á tener casi veinte y dos años; en cuyo tiempo fue nuestro Señor servido de llevarse á su madre, y de alli á breves dias tambien adoleció del mal de la muerte Beabex su padre: el qual viendo que estaba ya muy cercano su fin, mandó que viniesen ante su presencia su hija y su hijo Antonio, á quien, entre otras cosas, le dixo, como ya se le acababa la vida, y que presto se hallaria en el Tribunal de Dios, en quien confiaba, que por su bondad infinita, tendria piedad de su ánima, y le perdonaria quanto le habia ofendido; y que lo que le dexaba encargado, era, que cuidase de su hermána, virtud y recogimiento; y que mirase, que

las

las Criadas y Doncellas que la asistiesen, fuesen recogidas y honestas; para que la enseñasen mas con su exemplo, que con palabras y buenas costumbres; y que quando el Divino Criador recibiese su ánima, enterrase su cuerpo en el sepulcro de su querida Esposa, y que los encomendase á Dios, á quien en qualquiera cosa que hiciese, se acordase, que le tenia presente para no cometer con malicia, la mas mínima culpa, y que no usase de las cosas del mundo por regalo, sino por sola necesidad, y que huyese de los vicios; porque si una vez se señoreaban de él, además de perder el alma, que es lo que mas importa, gastaría la hacienda; y sin ella, se hallaria al instante sin amigos y deudos; porque al pobre menesteroso ninguno le reconoce por pariente; y fuese liberal para socorrer los pobres, y no detuviese en su poder el jornal del que trabajase en su servicio, ni se quedase con algo suyo; porque Dios manda, (1) que ninguno detenga el jornal del trabajador hasta la mañana; y que así, considerase, quánto mas pecado sería el quedarse con parte de su sueldo; ni murmurase de los que poseen y rigen el gobierno en las Repúblicas; porque la lisonja oye en todas partes, para contarlo á los poderosos; porque dos cosas hacen á un hombre bien quisto, que es, decir bien de todos, y no decir mal de nadie; y en el Templo, que es la Casa de Dios, estuviese con temor y modestia; y á los Eclesiásticos, con toda veneracion respetase, y huyese de la comunicacion de los Sacerdotes Gentiles, y de la ociosidad; porque así como el hierro que no trabaja, se toma y pudre, y el agua que no se mueve, se corrompe, y el vestido que no se usa, se apolilla; del mismo género, el que no se exercita en algun arte ó leccion virtuosa, fácilmente es poseído de los vicios; y sobre todo, le encargó, que si acaso volvian los Emperadores á perseguir los Christianos, no rehusase por temor el confesar que lo era, ni dexase la Santa Fe que habia recibido en el Bautismo, la qual tendria muy arraygada en su corazon, deseando constantemente el padecer, por ser Discípulo de nuestro Señor Jesu-Christo, á quien suplicaba que le diese su Divina Gracia, para que tuviese continuamente en la memoria los consejos que le daba; porque si los guardaba, le serian de mas util, que toda la hacienda que le dexaba; y que procurase observarlos, primeramente por Dios y por su bien, y por el gozo que esperaba recibir por sus oraciones en la Gloria, adonde, por

(1) *S. Pabl. 1. Cor. 15.*

por la infinita Misericordia, confiaba de ir, y abrazando tiernamente á su hija y á su hijo, puso fin á su plática, diciendo: *Quedaos con Dios, amados mios, y recibid por la despedida mi bendicion, la qual confirme desde el Cielo la Divina Piedad.* Y acabando de pronunciar estas ultimas palabras, murió Beabex, tan santamente como habia vivido; porque Doctrina Christiana es, que no puede morir mal quien vive bien, ni puede acabar bien quien vive mal. ¡Oh qué buenos consejos dió Beabex á su hijo! ¡Oh qué avisos tan saludables! Y quán poco se practica ya, dexar los padres á los hijos semejantes instrucciones.

Pues habiendo Antonio dado sepultura á su padre, y cumplido con toda puntualidad y brevedad, con el funeral y mandas, como los buenos Albacéas en conciencia deben hacer y están obligados, comenzó á gobernar su casa y hacienda, no como jóven de veinte y dos años, que esta edad tenia á la sazon que quedó huérfano, sino como Varon muy anciano, portandose con tal discrecion y gravedad de costumbres, que era el exemplar de todos. A nadie hacía mal, sino bien; era afable, cortés, y puntualmente observaba los consejos que por herencia le dexó su padre. Seis meses habia que vivia de este género, en compañia de su hermana, quando interiormente le vino un pensamiento, que no le dexaba sosegar, sobre qué estado elegiria, que fuese mas agradable á su Divina Magestad, y á su alma mas provechoso; y para tener el acierto que deseaba, hacía muchos exercicios de virtud y piedad, y discurria por todos los estados, y en todos hallaba inconvenientes y dificultades á su inclinacion. Todos los estados de la Iglesia tenia por buenos; y bien conocia, que aunque por diferentes sendas, caminan todas á un mismo fin, y en todas veía florecer virtudes, y resplandecer Santos; mas tanteandolos con los deseos de su pecho, no le venian todos á propósito. Lo que mas le agradaba, era, vivir en retiro y soledad, ausente del trato y comunicacion de las criaturas. Y estando un dia divertido en estos discursos que tanto le enagenaban de sí, le vino un pensamiento, como los Christianos de la primitiva Iglesia, para seguir con menos embarazo á nuestro Señor, vendian sus heredades y posesiones, y ponian el precio de ellas á los pies de los Apóstoles; y los Santos, para alcanzar el bien incomparable de la Divina Gracia, dexaban de raiz las riquezas é intereses, gustos, amores, y las otras cosas temporales del siglo, desarraygandose con esta prevencion del suelo, y transplantandose felizmente al Para-

raíso; porque, como dice el Apóstol, (1) para que viva lo espiritual, es menester que muera primero lo carnal, lo temporal y perecedero; porque si queremos tener un pie en la tierra, y otro en el mar, (como tenia el Angel que vió San Juan (2) en el Apocalypsi) no llegarémos al Puerto deseado, ni alcanzarémos la perfeccion.

Y entrando el Santo con este pensamiento en la Iglesia, fue á tiempo que se empezaba á leer el Evangelio; en el qual hace mencion el Sagrado Cronista, (3) de lo que dixo Jesu-Christo á un mancebo muy rico, que habiendole preguntado: *¿Qué debia hacer para alcanzar la perfeccion, y gozar eternamente del Reyno del Cielo?* Le respondió: *Que si lo queria conseguir, vendiese quanto tenia, y diese el precio de ello á los pobres.* Oyendo Antonio esta Evangélica exôrtacion, juzgó, que á él solo se dirigia; porque los que son de Dios, oyen la palabra Divina con la atencion, reverencia y devocion que deben, y entran en los Templos, no por curiosidad de saber la eloqüencia, estílo y gracia de los Predicadores, sino, como dice San Juan, con deseo de su mayor aprovechamiento, y la aprecian sobre todas las cosas; porque uno de los medios mas principales, que nos ha dado el Señor, para la direccion de nuestra vida, y para que nos libremos de la malicia intolerable de los vicios, es su Divina palabra; la qual tiene tan eficáz virtud, que al punto que la oyó el prudente mancebo, penetró su corazon de tal suerte, que ni la saeta despedida del arco vuela con mayor velocidad al blanco que la encamina, ni el ciervo herido corre con mas ligereza á las fuentes de las aguas, como partió á su casa, enamorado del amor Divino, á poner por obra los sagrados consejos, para servir con toda perfeccion al Altísimo Señor, considerando, que no serán justificados los que oyen la Ley, sino los que la cumplen, segun escribe San Pablo. (4)

CAP. IV.

COMO SAN ANTONIO fue á su casa, y repartió su hacienda entre pobres, y dexó encomendada su hermana á unas mugeres de santa vida.

ASÍ que Antonio llegó á su casa, con gallarda resolucion y liberal animo, sin andar en dilaciones (porque en las obras de virtud son muy peligrosas (5)) al punto vendió el Patrimonio rico que sus padres le habian dexado; y

(1) *S. Pabl. 1. Cor. 15.* (2) *Apoc. 10.* (3) *S. Mat. 19.*
(4) *Rom. 2.* (5) *S. Atan.*

y juntando de todo un gran tesoro, le distribuyó entre los pobres, reservando solo para sí dos ó tres jornales de tierra, para sustentarse el tiempo que estuviese en compañia de su hermana; pero volviendo á entrar otra vez en el Templo, del qual apenas salía, oyó aquel Evangelio, que el Señor dice por San Matéo: *Que no pensemos en mañana, ni en lo que se ha de comer y vestir, ni seamos codiciosos de reservar para el futuro dia.* Oyendo esto, dió con celestial impulso y generosa piedad la restante hacienda que le habia quedado á los necesitados; y fiado de la Divina Providencia, que no le habia de faltar, resolvió dexar para siempre su casa, y vivir pobre en los Yermos, por hallar mas fácilmente á Dios; y aunque instantáneamente queria ausentarse, le impedia el cuidado de su tierna hermana, que no sabía qué hacerse con ella. Veíala niña, hermosa, agraciada, y de pocos años, y que estaba obligado á mirar por ella. Y por esta razon dificultaba á quien dexarla encomendada, para que en su lugar cuidase de sus aumentos, hacienda, recogimiento, doctrina y enseñanza; y estando con esta pena, el demonio le acometió con muchas tentaciones, para que desistiese de la empresa; mas de suerte le fortaleció el Divino favor, que ni el amor de su hermana, ni sus tiernas lagrimas, llantos, ternuras y ruegos, fueron suficientes para que dexase de seguir á Christo.

Porque, como dice San Gregorio, (1) el amor del próximo tiene cierta raya y paradero, de que no hemos de pasar. Obligacion debida es, que los esposos se amen unos á otros, pues Dios lo ordena así; pero adviertan, que no sea tan demasiado su amor, que por su desorden, pierdan el Cielo. Es muy justo, que el padre áme á sus hijos, y se desvele para sustentarlos; pero no le sea el mucho cuidado estorbo para la Bienaventuranza, ni permita que la ganancia temporal, haga contrapeso á los bienes eternos. Razon y justicia es, que áme el hijo á sus padres, pues le obliga el quarto Mandamiento; pero si le detienen quando le llama Dios para su santo servicio, no atienda á sus ruegos, ni á las tiernas lágrimas y sentimiento de sus hermanos, sino que prosiga su camino, segun dice San Gerónimo, (2) venciendo los impedimentos, aunque sea con riesgo de atropellarlos; que primero es el Criador, que la criatura, y el amor infinito no tiene tasa, y el del próximo sí, como dice el Divino Salvador: *Si alguno viene á mí, y no aborrece á sus padres, muger,*

é

(1) *S. Greg.* (2) *S. Ger.*

é hijos, hermanos, y aún á su propia vida, no puede ser mi Discípulo; y el que se aborrece á sí mismo en este mundo, para una vida eterna se guarda. No quiere decir el Altísimo Señor, que aborrezcamos á nuestros padres, ni que les quitemos la debida obediencia, sino aquellos que nos apartan de su amor y santo servicio.

Pues como Antonio estuviese resuelto de retirarse para vivir en la soledad, y dexar su hermana, antes de dar parte á nadie, quiso otra vez consultarlo con Dios en la Oracion, donde salió con nuevos impulsos de poner por obra, lo que ya tenia determinado; y guiado del Divino Espíritu, que en todas sus perfectas acciones le asistia, (1) fue á visitar á unas virtuosas y recogidas Doncellas, que moraban en aquel Pueblo, con quienes trató de dexar á su hermana en su compañia, para que á su sombra y exemplo creciera en virtud. Y habiendo venido aquellas siervas de Dios en lo que Antonio deseaba, con todo secreto las entregó á su amada hermana; y la hacienda, que ella habia heredado de su padre, depositó en poder de una persona de satisfaccion y conciencia, para que se la administrase, hasta que tuviese edad para elegir estado; y habiendo dado fin con esto, que tanto desasosiego y pena le daba, y repartido toda la hacienda que era suya, á los pobres, sin reservar para sí cosa alguna, atravesó por entre los tiernos y cariñosos sentimientos de la hermana, dexando la compañia, casa, Patria, hacienda, deudos, amigos, conocidos, y quanto le podia causar contento; dexólo todo por todo, y lo mucho por lo que vale y pesa mas. Y con este valeroso ánimo caminó al Desierto, adonde se exercitó en tan altas y heróycas virtudes, como en el discurso de su vida verémos.

CAPITULO V.

EN QUE SE REFIERE como San Antonio dexó su casa, y se retiró á morar en el Desierto; y como el demonio empezó á perseguirle.

HAbiendose despedido Antonio de su hermana, se vistió un tosco y pobre hábito, dexando los pulidos atavíos, con admiracion y asombro de quantos le conocian, estando mas gozoso con aquel nuevo trage, que con el mas rico vestido del mundo; y porque no le impidiesen su ausencia, quando todos estaban entregados á la quietud de la noche, salió de su casa y Patria el Santo Mancebo, sin llevar consigo

(1) *S. Atan.*

go mas que el ánimo, despreciador de quanto hay en el mundo; y fue tan firme su perseverancia, que jamás volvió el rostro atrás, como de quien de veras ponia la mano en la esteva del arado, por no hacerse indigno del Reyno que pretendia ganar con el sudor de su rostro; y como los que navegan desean llegar al Puerto, así deseaba verse ya en la soledad, adonde se retiró, huyendo de lo poblado, como si saliera del cautiverio de Babylonia, y del poder de Pharaon, y viera delante de sí la Columna resplandeciente que quitaba las tinieblas de la noche; y fiado en la Evangélica palabra, que no le habia de faltar, hizo su habitacion tan de asiento en la soledad, que estimó mas morar en una cueva que halló en aquellos Yermos, que si habitára en los Palacios de los Príncipes; siendole tan natural la soledad, que parecia que se habia criado y nacido entre aquellos Montes, donde tambien moraban en huertos y casas fabricadas, pero junto á poblado, algunos Santos Varones; porque á la sazon, aún no habia, como dice Basilio Santóro, (1) los Monasterios del Yermo, que despues hubo, ni se sabía la vida solitaria, sino que los que servian al Señor, se instruían y exercitaban en sus casas, y otros en huertos y cuevas que distaban poco de poblado, donde estaban recogidos, y apartados de la comunicacion de las gentes; pues á estos Varones solia visitar Antonio, y en particular á un Santo y venerable anciano, que entre ellos resplandecia en la virtud, como el Lucero entre las Estrellas, á quien procuró imitar; aunque como abeja cuidadosa y solícita, tambien se esmeraba en recopilar en sí las perfecciones de los otros, para coger de todos, como de flores con que labrar la miel de su devocion, y llenar la colmena de su corazon; aprendiendo de uno la paciencia; de otro la obediencia; de éste el ayuno; de aquél el silencio; del devoto la oracion; del humilde el menosprecio de sí mismo; del penitente la aspereza; del manso la blandura; y finalmente, dibuxó en sí un perfectísimo retrato de todas las virtudes; y el tiempo que le vacaba de tan santos exercicios, por huir del ocio, le empleaba en trabajar, haciendo cestillas y otras curiosidades semejantes, texidas de hojas de palma, para ganar su alimento, y no ser molesto á nadie; como advierte el Apóstol, (2) que no es digno de que coma, el que no trabaja; y todo lo que adquiría, excepto lo que habia menester pa-

(1) *Basilio Santóro, en la Vida de S. Antonio, lib. 1. fol. 86.*
(2) 1. *Cor.* 4.

para pan, daba á los pobres; con que en breve tiempo se esparció por toda aquella tierra la fama de su perfeccion; pero el demonio, temiendo que tan grandes y gloriosos principios habian de resultar en daño suyo, determinó de asaltar al Santo Mancebo, y hacerle guerra con maña y fuerza, juzgando fácilmente vencerle; y para esto le acometió, diciendole en su pensamiento: *Dime* (Antonio) *¿cómo has dexado con tan poca discrecion y consejo tu casa, por hacer espuertas, atareandote á tan vil trabajo, tan indigno de tu calidad y nobleza, y á ganar con el sudor de tu rostro un poco de pan, y aún en este no has de poder adquirir lo bastante para tu sustento? ¡Oh quánto mejor fuera, que gozáras de la hacienda que tus virtuosos padres te dexaron, y vivieras con los otros Caballeros, tus iguales, que estár solitario en esta choza hedionda y vil, con peligro de tu salud y vida? ¿Piensas por ventura, que has acertado en haber dexado aquella tu pobre y afligida hermana en manos de quien Dios sabe? Mira, que de qualquier daño ó afrenta que á ella la venga, el Altísimo Señor te ha de pedir cuenta; y tén por cierto, que las lágrimas que continuamente despiden sus ojos, subirán al Cielo, y clamarán, dando voces contra tí. ¡Oh quánto mejor hubiera sido y mas acertado, que la hacienda, que tan neciamente repartiste á los pobres, se la hubieras dexado á ella, que con eso hallára un esposo igual á su nobleza, que la amparase y defendiese! Quizá es maltratada de sus compañeras, y llora tu crueldad y su desventura. Vuelve en tí, y con mas discrecion cuida de aquella inocente de tu hermana, y no seas ingrato á quien, por Ley Divina y humana debes amparar, y sea esto con toda diligencia; porque si lo dilatas, lo que ahora no es nada y tiene disculpa en tu poca edad y experiencia, despues se atribuirá á liviandad y poco seso. Además, que tu delicada complexîon no podrá llevar carga tan pesada, y morirás siendo homicida de tí mismo, ó vencido del trabajo y de las grandes dificultades de esta manera de vida, y la dexarás con escarnio y risa de la gente.* Resistió el Santo estas proposiciones, haciendose sordo á la plática, y mudo á la respuesta, pidiendo á nuestro Señor, todo bañado en afectos y deshecho en lágrimas, que le favoreciese. Pero viendo el enemigo, que esta batería no le sucedia bien, avivando su malicia y venenosa intencion, le acometió, despertando en él tantos pensamientos y movimientos sensuales, que no se podian apagar, sino con un rocío del Cielo; y para que se hallase apretado y combatido por todas partes, le afligia de dia y de noche, con voces, gritos, y alaridos horribles, juntando

do el deleyte con el espanto, y los halagos con amenazas, y la blandura de la carne, con el tormento del espíritu; pero Antonio, mas fuerte que una roca, no daba entrada á Lucifér, antes se fortalecia mas su ánimo y constancia con las duras batallas y peleas, las quales, aunque los hombres no las veían, veíalas el Altísimo Señor, y asistia á su Soldado con las armas de la Fe y fortaleza; de calidad, que el demonio, considerando que entre tantas proposiciones y batallas no conseguia lo que deseaba, se le apareció visiblemente en figura de una doncella de extremada hermosura, ricamente ataviada, para encenderle en los apetitos blandos y deleytosos de la carne, y cayese en abominables vicios, mas el Santo estaba muy en sí, llamando en su favor á Dios; y acordandose del fuego infernal, y del gusano roedor, de las tinieblas perpétuas, y de la desesperacion y y confusion eterna de los que sueltan la rienda á los apetitos bestiales, fácilmente desechaba, y vencia aquellas sucias representaciones: tanto, que Satanás, abrasado de envidia, por instantes se corria, por ver, que habiendo él tenido ánimo para pelear con Dios, era vencido de un tierno y delicado Jóven.

CAPITULO VI.

COMO EL DEMONIO, con diferentes tentaciones, perseguia al Santo.

EL dragon infernal, aunque tantas veces se veía vencido por Antonio, no por eso desistia de perseguirle, antes con mayor indignacion y horrible aborrecimiento, procuraba hacerle andar por el camino deleznable y peligroso de la juventud; mas él, considerando las terribles penas que están dedicadas para los malos, refrenaba los sentidos, y mortificaba su carne con ayunos, vigilias, diciplinas, y otras asperezas; Con estas armas peleó, y venció en las primeras auroras de su vivir, al enemigo comun; el qual, poco escarmentado aunque corrido, conociendo quan valdías habian sido hasta alli sus asechanzas, y lo inútil de sus fuerzas, varió en el modo de perseguirle, y tomando la figura de un negro niño, se postró á sus pies; y como llorando daba tristes y profundos suspiros, diciendo: *A muchos grandes hombres he engañado; pero á tu virtud y santidad confieso que me hállo vencido.* Quiso el maligno desvanecer por vanagloria, al que no habia podido ablandar con deleytes, ni espantar con amenazas; mas Antonio, que no estaba fundado sobre arena, sino

sobre Dios, como sobre viva y fuerte peña, conoció el engaño y sutileza del demonio, y así, no hizo caso de este golpe que le tiró, antes le preguntò: *Quién era?* Y le respondió: *Yo soy Asmodéo, padre de la lascivia, incitador de la impureza, y amigo de las deshonestidades, y el que atiza el fuego de la concupiscencia, é inflama los corazones á toda torpeza y carnalidad; y por esto me llaman espíritu de fornicacion. A muchos he hecho caer, que tenian propósito de vivir en continencia y castidad; no la guardaron por mi persuasion, y habiendo empezado bien, acabaron mal, y despues de inumerables triunfos que tuvieron de su carne, se sujetaron á ella. Yo soy el que procuró la caida de tu primer Padre Adán, que quiso mas, por complacer á su esposa, no observar los Mandamientos de Dios; por lo qual fue desterrado del Paraíso: yo hice, que Caín matase á su hermano Abél, y que hayan sido, por aficion de mugeres, engañados muchos Varones, como Sansón, David, y Salomón; y el que pone odio y discordias entre los hermanos y amigos; levanto riñas, dissensiones y guerras, y hago parecer á los hombres muy dificultoso el camino del Cielo, y muy fácil y deleytable el de la condenacion eterna; y soy aquel, que muchas veces te he tentado, para que volvieses al siglo, brindandote con los deleytes sensuales, pero siempre me has reprobado y vencido.* Enternecióse Antonio, oyendo esto; y con profunda humildad, considerando su flaqueza, dió gracias á Dios, por el favor que le daba contra tan poderoso enemigo; á quien respondió: *Por cierto, que eres digno de perpétuo desprecio, pues confiesas ser vencido de un flaco Jóven; mas no ignoro el malicioso engaño, como tu figura de muchacho, y obscuridad, lo certifican. Ya, con el Divino favor, no temeré, aunque vuelvas á pelear contra mí con todas tus fuerzas, porque el Señor, que hasta ahora me ha asistido y defendido, de aqui adelante me defenderá.* Y diciendo esto, levantó los ojos al Cielo, y con voz de Angel, entonó dulces hymnos y cánticos, á cuya suave melodía, desapareció con vil fuga el que está destinado á eterna pena; pero ni este triunfo le dió seguridad á Antonio, ni á su contrario el haber una vez y otra quebrantadole sus fuerzas, desalentó; porque como Leon rugiente, buscaba puerta para su entrada; y el Santo, baluarte para su defensa; y enseñado de la Escritura Divina, ú de Dios mismo, consideraba que el rendirse el demonio, son estratagémas suyas, porque dexa de perseguir á un alma por algunos dias; y quando ve el descuido en los exercicios de virtud, y falta en la Oracion, entonces acomete como perro rabioso, con nuevas fuerzas y

en-

engaños, por si puede por la tibieza y descuido abrir brecha en el castillo del alma, y hacerla su prisionera, y que pierda la gracia de Dios. Y por esta razon, dice San Antonio, que no hay perfecta victoria ni seguridad en esta vida; y así, aunque veía que el espíritu maligno se le daba por vencido, no minoró su fervor, ni desmayaba en sus altos exercicios; antes, como experimentado y valeroso Soldado, conoció la astucia, y armandose con dobladas armas, estaba continuamente en centinela, esperando ver por donde acometian sus enemigos; y para resistirlos, se previno con rigurosas penitencias, pareciendole que aún no habia empezado. Estaba toda la noche en Oracion, comia un poco de pan, y bebia agua puesto el Sol, una vez cada dia, y algunas veces se pasaban dos, y tres dias sin tomar alimento. Dormia, quando la necesidad y flaqueza de la naturaleza le obligaba, recostandose en el suelo, ó sobre unos desacomodados juncos. Nunca se acordaba de las penitencias que habia hecho, sino de lo que le faltaba por hacer; ni de lo presente, á imitacion del Profeta Elías, que decia, vive el Señor, en cuyo acatamiento hoy estoy; y ponderaba mucho, como dice San Atanasio, (1) el decir el Profeta hoy, como quien está olvidado de lo pasado, y solo miraba, como habia de servir aquel dia al Señor que tenia presente.

CAPITULO VII.

EN QUE SE REFIERE cómo el demonio hirió de muerte á San Antonio, y convocó todo el Infierno contra él.

FAvorecido nuestro Sagrado Anacoreta con la virtud Divina, llegó á señorearse tanto de sus enemigos, que menospreciandolos á todos, á ninguno temia, diciendo con David: (2) *El Señor está en mi ayuda; y así, no temeré el daño que me pueden hacer.* Y con esta confianza dexó el primer sitio en que habia morado, y tantos triunfos y victorias habia tenido, y se entró por aquellos Yermos, donde halló una casilla, que mas parecia cueva que casa, que estaba casi junto á un sepulcro de un Gentil, y con ánimo intrépido hizo alli su habitacion, exercitandose en todas las armas espirituales, oraba, velaba, lloraba, y se mortificaba, y el sustento que daba á su cuerpo, eran hierbas silvestres y un poco de pan con que le socorria algunas veces un amigo antiguo; el qual no era como los hombres de este siglo, que solo miran al árbol quando está florido y carga-

(1) *S. Atan.* (2) *Paral. 26. Reg. 16.*

do de fruta; y en estando desnudo y pobre, le dexan, porque siempre le fue muy leal; y el Santo, en remuneracion del beneficio que recibia, le daba la obra que hacía, para que la vendiese y se aprovechase de su precio, y de este genero pasó algunos años; mas ¿quién podrá referir las tentaciones y recias batallas, que de nuevo tuvo con los espíritus infernales, y la guerra tan cruel que contínuamente le hacian, no dexandole sosegar un punto? Le perseguian quando estaba orando, en figura de mosquitos, cercandole al rededor le daban crueles picadas para perturbarle, y que estuviese sin devocion y sosiego; y quando bebia, se le representaban en el agua, en figura de horribles sapos, y de otras asquerosas sabandijas, para que careciese de tan necesario alimento, y se hallase por todas partes combatido y afligido. Otras veces se le aparecian en espantosas figuras, acometiendole como que le querian despedazar, y se le ponian delante, en trage de hombres y mugeres tan libidinosos, que por no verlos cerraba el Santo los ojos, mas á fuerza se los hacian abrir, dandole muchos y dolorosos golpes. Otras veces le derribaban, y abrian las paredes de aquella casilla, y veía entrar por ella unas llamas tan encendidas, que parecia que toda la tierra se abrasaba; y en medio de estas persecuciones, jamás por temor dexó la Oracion; antes, como valeroso Soldado, levantaba sus ojos al Cielo diciendo: *Amado Jesus de mi alma, doite gracias, porque me visitas, siendo tan indigno Siervo, con estas tribulaciones, menores que las que mis pecados merecen; lo que te suplico, es, que pues sabes mi flaqueza, tan sujeta á caer por instantes en culpas, reprimas el poder de mis contrarios, y me favorezcas para que venza todas sus astucias, y me conforme con vuestra santísima voluntad, y tolére con paciencia quantas penas, tormentos y trabajos pueden venir sobre mí en esta vida.* Y viendo Lucifér la profunda humildad de Antonio, tan contraria á su soberbia, quedaba atónito y confundido; porque quisiera, que los tormentos y visiones con que le afligia, le descompusieran de género, que desesperado se volviese al siglo, ú desconfiase de la misericordia infinita. Y viendo que en los recios combates se aficionaba mas á el amor de Dios, y se fortalecia su invencible ánimo con la virtud Divina, temió, y con razon, este exemplo por raro; y deseando arrancarle de quicio, soltó contra él las furias infernales, convocando sus diabólicos Ministros; y revestidos todos de indignacion, se pusieron delante del bendito Anacoreta, haciendo muy horrendos y espantosos visages, para que se atemorizase, de calidad,

dad, que sin poder resistir, dexára la soledad, y se volviese á poblado; y viendo que estos acometimientos eran sin fruto, no pudiendo sufrir su fortaleza, dandoles permiso el Cielo, asieron de él con inexplicable furor, aventandole por el ayre, como si fuera una ligera pelota; y le azotaron tan de muerte, que solo el Omnipotente brazo del Altísimo pudo darle la mano, así para que quedára con vida, como con palma de su paciencia; porque le hicieron tan crueles y dolorosas heridas, que el mismo Santo referia despues, que ningun tormento de los de este mundo se le podian comparar.

De esta suerte le dexaron los demonios tendido en su cueva, donde fue hallado del virtuoso devoto que le solia asistir; y viendole sin sentidos ni habla, no se puede fácilmente significar el pesar que recibió, juzgando que estaba muerto; y con la pena que tenia, rompia los ayres, quejandose contra el agresor, diciendo: ¿que fiera ha sido, ó qué hombre tan cruel, el que así te ha puesto? ¡Oh Antonio, Antonio, él mal te conocia! Mucha ignorancia era la suya, pues con tus saludables consejos y exemplar vida, á todos nos edificabas; y revolviendole de un lado á otro, se le traspasaba el corazon, viendole tan lastimado, llagado y herido. Abrazábase con él, y con tiernas lágrimas le rociaba su venerable rostro; y sintiendo que se le movian los pulsos, le tomó en sus brazos, y le puso sobre un jumentillo, y le llevó, lo mejor que pudo, á un Lugar que distaba de aquel sitio poco mas de dos millas, y le hospedó en una casa, siendo por sus dueños caritativamente recibido, por las noticias que publicaba la fama de su heróyca virtud, y vida Religiosa que hacía. Veinte y quatro horas estuvo de esta suerte desmayado, hasta que volvió en su acuerdo, y se le mudó el color difunto y amarillo, en apacible y hermoso, con admiracion de los presentes; y el Santo, levantando las manos al Cielo, dando gracias á Dios y á sus bienhechores, les suplicó que le volviesen á su cueva, y conociendo por experiencia su piadoso devoto, que sus palabras y deseos jamás carecian de mysterio, aunque queria y le instaba que se quedase por algunos dias en poblado; por no ir contra su voluntad, instantáneamente le volvió al campo de batalla y á la estacada de peléa, con sumo consuelo de Antonio, de quien se despidió, dexandole solo, aunque no del cuidado de visitarle.

CAPITULO VIII.

LOS TRIUNFOS, QUE EL Santo alcanzaba de sus enemigos.

MUchas veces nos parece que suele Dios tardarse en favorecer nuestras necesidades, y entonces es señal mas cierta de su Divina asistencia con las almas dichosas, que por la senda estrecha de las persecuciones, necesidades y trabajos, caminan al Cielo. Inumerables exemplos tenemos en la Sagrada Escritura, que prueban esta verdad, donde se dice: (1) Que queriendo librar á Daniél, esperó primero, que le metiesen en el Lago de los Leones; y á la gloriosa Susana, á que estuviese en el ultimo trance; y á los tres Inocentes Niños, que los echasen en el Horno encendido de Babylonia, los atasen de pies y manos, y arrojasen enmedio de las llamas; (2) y quando estaban ya dispuestas á imprimir su actividad, los socorrió, habiendolos dexado primero, parece desamparados. Mas no fue sino exâminar su amor, y calificar los aceros de su fe y paciencia; porque si los librára antes de llegar á la lucha y manos de sus enemigos, era quitarlos la ocasion de la peléa, y el triunfo de la vencedora corona.

Lo mismo observó con su querido Antonio, dando permiso á los demonios, le dexó maltratar y herir, para purificarle con la piedra de toque, que descubre los quilates de nuestro amor; porque como en el crysol se realza el oro, así en las adversidades se acrysola el alma, y se hace mas fuerte; pero somos algunos de tal calidad, que quisieramos tener las virtudes de los Santos, y no sus trabajos; y ser pobres; mas de género, que nada nos faltase. Ni aún por tribulaciones, dolores, y desconsuelo humano falleció Antonio; porque su resignacion y santidad era muy maciza; ni desconfió del Divino favor, aunque se veía tan cruelmente llagado, como le dexaron los espíritus diabólicos; antes estaba muy gozoso; porque no habia perdido el campo, ni el puesto señalado para la peléa, y estando así desafiaba á los demonios, y los decia: *Aqui estoy, yo soy Antonio, no huyo, ni me escondo: haced en mí lo que podeis, que vuestra violencia no me podrá apartar del amor de Christo.* Oyendo esto el dragón infernal, espantado y confuso, llamó á los otros sus compañeros, y los dixo: *¿Habeis visto semejante hombre, que no se ha dexado vencer del espíritu de la fornicacion, ni de las heridas que*

(1) *Dan.* 4. *Reg.* 23. *Exod.* 13. (2) *Dan.* 4.

que le habemos dado; antes, como triunfante vencedor, ha hecho que le vuelvan á la soledad, para desafiarnos y despreciarnos? Pues tomad las armas, y demos sobre él con mayor ímpetu y furor, y sienta el necio á quien provoca, y conozca á quien agravia. Oyóse luego un gran terremoto y estruendo en las entrañas de la tierra. Sonó furioso un torbellino en la Region del ayre. Empezaron las nubes á despedir copiosos aguaceros, y el Cielo repetidos truenos, rayos y relampagos; y los infernales monstruos, tomando, para mas atemorizarle, fantásticas figuras de leones, toros, lobos, áspides, serpientes, escorpiones, onzas, osos, y otras bestias fieras, rechinaban, silvaban, ahullaban, bramaban y rugian; haciendo la variedad mas confusa, y horrorosa la vista, le acometieron con sus garras y fieros dientes, despedazandole las carnes con intolerables dolores; y el invencible Anacoreta, aunque padecia mucho en el sentido, estaba intrépido su ánimo, y puestos los ojos y el corazon en el Cielo, no hacía caudal de sus enemigos, antes los despreciaba, diciendo: *Muy flacos y cobardes debeis de ser, pues venis tantos aunados contra un hombrecillo. Bien se conoce vuestra debilidad y poco poder, pues no os atreveis á pelear uno á uno, sino todos juntos, transformados en bestias fieras. ¿Dónde está aquel rostro Angélico, que teniades antes que perdiesedes la gracia? Ea, ¿qué haceis? ¿Por qué tardais en dar fin á mis dias? Y si no podeis; ¿para qué intentais cosa á vosotros imposible?* Acabando de pronunciar estas palabras, amaneció la Aurora, rayó la luz, serenóse el dia, quietóse el ayre, resplandeciendo en aquel edificio una luz hermosa y clara, que deshizo las tramoyas, y ahuyentó las tinieblas, y los enemigos infernales, y se halló Antonio bueno y sano de las heridas, y todo aquel edificio reparado; y conociendo por los maravillosos efectos, que el Señor le venia á visitar, dando un amoroso suspiro dixo: *¿Adónde estabais, buen Jesus de mi vida? ¿Adónde estabais, amado de mi corazon? ¿Por qué no venisteis antes, y os hallárais en mi peléa, para favorecerme, y sanar mis llagas?* A estas amorosas quejas respondió el Señor: *Aqui estaba en tu compañia, y he visto tus batallas, y te he dexado azotar, para sanar; abatir, para levantar; afligir, para consolar; y por lo bien que te has portado, seré siempre tu escudo, haciendo de hoy mas tu nombre famoso por el Orbe.* Con esta Divina voz se halló Antonio con mas duplicado vigor y robustas fuerzas que antes gozaba, siendo á la sazon de treinta y cinco años, bien empleada edad y felicísimos siete lustros.

CAPITULO IX.

SAN ANTONIO SE PUSO en camino, con deseo de hallar un lugar solitario donde hacer su asiento; y como el demonio le perseguia.

AFuer de agradecido el Santo, para vivir á su parecer, con mas perfeccion, dexó el Yermo, donde tantas veces habia vencido el poder infernal, y morado casi diez años y medio, y fue á visitar al Venerable Anciano Anacoreta, de quien hablamos al principio, que habitaba en el Desierto, junto á poblado, para que le aconsejase lo que debia hacer, con el qual estuvo algun tiempo en su compañia, á cuyo exemplo se le encendió mas el deseo de vivir solitariamente: Y porque nuestro Señor se lo mandó, que morase solo en los Yermos de la inferior Tebayda, al punto, como fiel Siervo, que no desea hacer su gusto sino el de su Señor, dexó la compañia de el Anciano, y se entró por lo inculto de aquellas montañas, y caminó sin parar mas de veinte dias, pasando por extraños Montes, y sendas no trilladas, con gran dificultad y trabajo; su alimento era la oracion, hierbas, y las raíces de ellas; y estaba con este manjar tan gozoso, como si gustára los mas sabrosos regalos del mundo. Y viendo el enemigo del Linage humano, y principalmente de aquellos que desean servir á Dios y salvar sus almas, con el ánimo que caminaba, procuró envidioso estorbar su buen proposito, ó á lo menos, entibiar el fervor de tan felíz jornada; pero no se atrevió á acometerle descubiertamente, ni con violencia; (1) mas usando de sus artes, echó en el camino una fuente grande de plata, para tentarle de codicia, y ver si con este lance podia haber ocasion de pasar mas adelante con su engaño. Paróse el Santo, y mirando al vaso, aunque sencillo, nada lerdo, discurrió que por descuido no podia ser perdido, porque su dueño, en aquel Desierto le hubiera buscado y hallado; ni puesto de industria, por quanto aquel camino no era pasagero, ni se veían pisadas de hombres ni huellas de animales. Conoció el cauteloso artificio, y dixo al demonio: *Este metal se ausente contigo.* A cuya voz súbitamente se resolvió y deshizo en humo, y el Santo prosiguió su viage, dando gracias á Dios. (2)

Poco despues halló en el mismo parage una crecida barra de oro, ya fuese conducida alli por el demonio, ó prevenida milagrosamente del Cielo, para prueba

(1) *San Atan.* (2) *San Atan.*

ba real de que igualmente menospreciaba los tesoros verdaderos que los fingidos; pero así que la vió, no osó tocarla, antes torció el camino, como quien huía de un espantoso y encendido fuego, con tanta ligereza, que brevemente se halló superior al peligro, y bien desviado del riesgo.

CAPITULO X.

COMO EL DEMONIO no cesaba, con diferentes tentaciones de perseguir á San Antonio; y como halló en un Monte un Castillo, y se quedó á morar en él; y las engañosas y verdaderas visiones que tuvo.

HAbiendo caminado el invencible Anacoreta por diversos Yermos y Valles, buscando un sitio que fuese mas solitario, despues de haber vadeado el Rio Nilo, vino á parar en un monte inhabitable, que estaba poblado de árboles silvestres, en el qual halló un Castillo casi todo demolido, que solo moraba en él gran copia de serpientes venenosas, y otros fieros animales; (1) y al punto que animoso fue á entrar en la destrozada fortaleza, se le puso delante el espíritu maligno, impidiendole la entrada en figura de un horrible animal, que causaria su vista temor á todo el mundo; su cuerpo representaba una disforme sierpe con alas, á manera de las de murciélago, y una cola muy larga, con la qual heria la tierra con tanta fuerza, que arruinaba quanto cogia. Por los ojos y boca exálaba un volcán de fuego, poblando de humo y pavesas el ayre; y para ponerle mas pavor, remataba su espantosa figura, dando tan horrorosos silvos, que parecia que se hundia la tierra, segun agitaba el viento, y el estrépito y mocion que causaba, y le acometia, como que le queria despedazar entre sus fuertes uñas; mas el siervo del Señor, no por esto dió á huir, ni se perturbó, ni perdió el gran valor que siempre mostró en las recias batallas; antes, como valiente Soldado, se armó con la señal de la Cruz, y encomendandose á Dios, esperó animoso el encuentro; y viendo esto el enemigo, desesperado y cobarde, se desapareció de sus ojos; y no fue solo el demonio quien le dexó libre el Castillo, sino tambien las bestias fieras, y serpientes, que alli tenian sus cuevas, le desocuparon, quedando el Santo solo en él; pero acompañado de los Angeles, y de el Rey de la Gloria, que le habia llevado á morar alli; donde perseveró veinte años, á pesar del Infierno, y admiracion de las gen-

(1) *S. Atan. S. Ger. in vit. Patr.*

gentes, encerrado en una obscura cueva, con tan peregrino retiro, que ni vió, ni se dexó ver de nadie, ni aún de su antiguo devoto, á quien la Misericordia infinita reveló en que parte habitaba, para que le asistiese con el cotidiano alimento de pan y agua, el qual lo llevaba puntualmente dos veces al año, y el Santo lo recibia por una lumbrera, y por alli le hablaba, y á fuer de agradecido, le daba las cestillas que texia de palma, y le avisaba para que en todas sus pláticas huyese de los peligros que trae consigo la corrupcion de el siglo, y no perdiese la castidad, en los regalos; la humildad, en las riquezas; la piedad, en los negocios; la verdad, en las palabras; la caridad, en la soberbia; y la conciencia, en la avaricia. Con semejantes exôrtaciones gratificaba á su bienhechor la caridad que le hacia, deseando que viviese tan perfectamente, que despues de esta vida mortal, gozase de la eterna.

Muchas veces en este Castillo se halló el bendito Anacoreta afligido y desconsolado; y el demonio, que continúamente le estaba acechando, conociendo su afliccion, intentó engañarle por el peligroso camino en que han tropezado y caído otros muy virtuosos; se le apareció transformado en Angel de Luz, representando gran Magestad, y le dixo, (1) con afables palabras: *Querido Antonio, compadecido de la tribulacion que padeces, vengo á consolarte en tan voluntario encierro, y penitencia indiscreta: No te receles; porque te hago saber, que soy la virtud de Dios, y su Providencia Divina; por tanto, mira lo que te falta, para que al instante seas socorrido.* Apenas Luciférdixo esto, quando Antonio entendió quien era; y maravillado de la infernal astucia, y de las engañosas trazas que usaba para derribarle, no le respondió; antes con profunda humildad, se puso á orar, levantando sus ojos al Cielo, imploró el Divino amparo de Jesu-Christo, diciendo con gran afecto: *No permitais, Señor, que sea engañado; alumbrad mi entendimiento, para que os áme sobre todas las cosas, y no me aparte de vuestra Divina presencia un punto.* Oyendo esta virtuosa oracion el soberbio enemigo, haciendo como que huía vencido, se desapareció de sus ojos; pero luego volvió á ponersele delante, acompañado de gran multitud de espíritus malignos, que traían en sus manos Palmas y Coronas, con que le querian coronar, como á fortísimo vencedor, y en alabanza de su virtud, cantaban suavísimas canciones; pero el Santo, conociendo el engaño, no quiso mirarlos ni oirlos;

(1) *S. Atan. Sol del Oriente, lib. 2. fol. 31.*

los; antes, cerrando sus ojos, se puso á orar al Señor de la verdadera luz y resplandor, y los demonios se ausentaron, bramando de corage, jurando de vengarse de él; y así, volvieron luego, como toros agarrochados, quando salen del coso furiosos y bravos, á embestirle en extrañas y nunca vistas figuras, queriendo despedazarle, y quitarle la vida del alma y cuerpo; pero el Santo, con su firmeza y esperanza en Dios, les hacia, mas que de paso retirar y huír.

Pues en lo mas vigoroso de estas triunfantes victorias, se halló un dia poderosamente tentado por el espíritu maligno, de la acedía y pereza; hallandose tan combatido, se salió de su cueva, diciendo: (1) *A Dios, Señor, que yo queria salvarme, y ser bueno, y los pensamientos malos no me dexan.* Diciendo esto, aún no habia andado dos pasos, quando arrepentido de lo que intentaba, volvió los ojos á su amada habitacion, y vió en la puerta de ella un Angel que estaba texiendo de las hojas de palma, que tenia para hacer labor, una cestica, y que habiendo trabajado un rato, se ponia otro rato á hacer oracion, y luego volvia al trabajo; y notado esto por el Santo, le preguntó: *¿Qué significaba aquello?* Y le respondió: *Si deseas, Antonio, salvarte, persevera, trabajando una parte de tiempo, y otra parte orando; y mudando así los buenos exercicios, huirás del ocio, y vencerás la acedía, y conseguirás gloriosamente lo que deseas.*

Otra vez, en este lóbrego encierro, suplicó á Dios, que desviase de él tantas tentaciones como le acosaban y afligian; y el piadoso Señor, para su consuelo, se le apareció muy glorioso y resplandeciente, (2) y le enseñó un libro, en el qual estaban escritas todas las tribulaciones, temores, turbaciones, soledad, retiro, dolores, ayunos, penitencias, oraciones, tormentos y batallas, que hasta entonces habia tenido con los demonios; quedando Antonio por muchos dias, con esta celestial visita tan favorecido, gozoso y sosegado, sin tener tentacion que le perturbase, ni encuentro con los espíritus malignos que le asombrase, ni afliccion alguna que le congoxase; por lo qual le parecia, que empezaba á caminar yá por la senda de la perfeccion, mas agradable á Dios; pero para su enseñanza, volvió nuestro Señor á aparecersele, coronado de Espinas, llagado y dolorido, con una pesadísima Cruz acuestas, y le mos-

(1) *El P. Euseb. Nieremb. de la Compañia, en la Práctica del Catecismo Romano, fol.* 376. (2) *En la vida de San Antonio, Navarro, fol.* 103. *Conceptos de amor de Dios de Santa Teresa. fol.* 182.

mostró el mismo libro, donde no se veía mas que hojas en blanco, y con dificultad, lo que antes estaba escrito, y le dixo: *Antonio, yo baxé del Cielo á la tierra, y padecí por tu bien desnudéz, hambre, azotes, é inumerables injurias, hasta dexarme quitar la vida afrentosamente; y en recíproca correspondencia y señal de gratitud, los meritos de los verdaderos Siervos que me sirven, están cifrados en las batallas, y las Coronas en los triunfos. Tú imaginas ser muy dichoso, quando te hallas en paz y quietud; pues no está en eso tu felicidad eterna, sino en padecer con gusto, para que se acreciente la gloriosa memoria de tus hazañas.* Con esta soberana exôrtacion, quedó el Santo aficionadísimo á los trabajos; tanto, que el dia que no tenia alguna tribulacion, le contaba por perdido. ¿Mas quién podrá referir, así que se fue divulgando la austéra vida que hacía, el gran número de gente que venia á verle, y teniendo poca ó ninguna comodidad el sitio, pasaban las noches junto á la puerta de su cueva? Y el demonio, para amedrentarlos, y que dexasen estas devotas visitas, de donde á él se le habia de seguir tanto perjuicio, y menoscabo al infierno, hacía que se oyesen adentro contínuas quejas, y descompuestas voces, como de vulgo amotinado, que decian, con palabras amenazadoras: *¿Qué nos quieres, Antonio, que así nos confundes, y destierras de nuestra antigua morada? ¿Juzgas acaso, que has de poder resistir las fuerzas de Lucifér, ni librarte de sus cautelosas asechanzas? Toma nuestro consejo, y auséntate de todo este territorio en paz, porque el vivir entre nosotros, tiene mucho peligro; y el pretender quedarte aqui, es cansarte en vano.* Los que esto oían, al principio juzgaban que algunos rústicos villanos, con escalas hubiesen penetrado la fuerza para maltratarle; pero habiendo con curiosidad acechado por algunos resquicios y agujeros, y visto solo al Santo en la cueva, creció en ellos tanto pavor y susto, que llamaron al bendito Anacoreta en su favor, y él los confortó, diciendo: Que no temiesen, sino que se volviesen á sus casas alegres y animosos, pues solo con los cobardes exercitan los demonios su imperio; y para que se librasen de ellos, y de sus ilusiones y asechanzas, les advirtió, que en qualquier espanto ó necesidad que se les ofreciese, se armasen con la Sacrosanta señal de la Cruz, (1) y verian su eficáz vir-

(1) *San Atan. Ribad. Villeg. El P. M. Suarez, Navarro, Sol de el Orient. El P. Francisco Coster, de la Compañia de Jesus, en las Instrucciones Christianas, lib. 4. cap. 2. fol. 323.*

virtud, y como los preservaba de todo mal y peligro.

Pensaban algunos de los que se partian, noticiosos de las luchas y fieros golpes que le daban los malignos, hallarle muerto á la vuelta; y viniendo con este sobresalto, le hallaban implorando el auxîlio Divino, y cantando aquel verso de David, que dice: (1) *Levántese Dios, y disípense sus enemigos; huyan de su presencia los que aborrecieron su Deydad; desvanézcanse como el humo; y como se deshace la cera en el fuego, así perezcan los pecadores ante el acatamiento de su Señor.* Y alternaba segundo Coro su devocion: *Todas las gentes me cercaron, y en el nombre del Altísimo vencí sus astucias, y me vengué de sus estratagémas.* Con estos santos exercicios pasaba el tiempo, y lisongeaba sus tribulaciones con Divinos Solilo quios; que si para él eran de alivio, para sus enemigos eran de cruel tormento.

CAPITULO XI.

EN QUE SE REFIERE como San Antonio dexó la habitacion de el Castillo, y se retiró á morar en el Monte Arsinoe; y la fundacion de su primer Monasterio..

GRan admiracion causó á los mortales la estrecha vida que hacía el bendito Anacoreta, y el haber estado veinte años sin intermision y treguas, encerrado en una lóbrega cueva, sin tener mas luz que la que le comunicaba una pequeña lumbrera, que para solo un mes, pareciera al mas devoto larga y rigurosa penitencia, dexando á todos sus contrarios vencidos, á quienes hizo contínua guerra con su perseverancia, retiro, abstinencia, obras y palabras; de tal género, que su fama se esparció por aquellos contornos, y á vandadas venian las gentes, inflamadas del Divino Espíritu, en busca suya, para tenerle por Padre, guia, y Maestro; y aunque le interrumpian el gran silencio que observaba, no por eso se movia á impaciencia, ni despreciaba á ninguno, por pecador que fuese; porque decia: que el malo puede ser bueno, como el bueno ser malo. A todos igualmente animaba, con tan especial virtud y eficáces razones, que á los tristes consolaba, curaba milagrosamente á los enfermos, y enseñaba á los que no sabian, el camino de la salvacion; y los devotos, por verle, y gozar mas de cerca de sus saludables exôrtaciones, le rogaron que saliese de aquella inimitable clausura y tenebrosa carcel; y fueron tantas las instancias y súplicas que le hicieron para que se dexase ver, que por

(1) *David.*

por ultimo, movido de la caridad, y sobre todo, de el Espíritu Divino que le asistia, (1) salió de la obscura habitacion, tan lucído y fresco, como si hubiera estado en el Paraíso, y gozado de sus celestiales deleytes; con el aspecto grave; las palabras dulces; la color viva; las fuerzas enteras; sin que las rigurosas penitencias le hubiesen disminuído la gracia y hermosura de su venerable rostro, que no menos resplandecia que el Sol, quando por la mañana nace, mostrando á los vivientes sus brillantes rayos; dexando á todos confusos y maravillados; porque juzgaban, que por la lobreguéz de el sitio, como por la vida tan áspera que se daba, no se podria tener en pie de traspillado y consumido; pero conociendo, que aquella era singular honra de el Altísimo, reverenciaron à Dios en su Siervo, porque alimenta á los suyos como es servido, à diferencia de los amadores de los deleytes del mundo, que gustando de regalados manjares, dandose á vida de descanso y placer, durmiendo sobre blandas y mullidas camas, andan cargados de achaques, y enfermizos, y no gozan de tan perfecta salud, como los que le sirven y aman como Antonio; el qual, así que dexó la habitacion del Castillo, en compañia de algunos Discípulos que instantáneamente se le congregaron, y eligieron por su Abad, á persuasion suya, se retiró á morar á una solitaria selva ó monte, llamado Arsinoe, que distaba de aquel sitio cincuenta millas, y poco mas de noventa de la Ciudad de Alexandría. En este Yermo, luego se fabricó el Monasterio primero que tuvo el Santo (2) debaxo de su obediencia. Las Celdas no estaban en dormitorio cerrado, sino divididas unas de otras. Servianles de Celdas las concavidades de los peñascos, cuevas, y chozas enramadas, hechas por manos de los mismos que las habian de habitar, que apenas cabía en ellas una persona recostada, ó puesta de rodillas. La Iglesia era una pobre Hermita, donde se juntaban los dias de Fiesta á celebrar los Divinos Oficios, y freqüentar los Sagrados Sacramentos; y para su habitacion escogió el bendito Anacoreta una inculta cueva, ó gruta, que halló entre unos grandes peñascos; la cama era el suelo; la almohada una piedra; la manta el pobre hábito: contínuamente ayunaba, y todos sus manjares se cifraban en un poco de pan y agua, y entonces le parecia gran re-

(1) *S. Atan.* (2) *El primer Monasterio, que el Santo tuvo debaxo de su obediencia, fue en Arsinoe. El P. M. Fr. Hernando Suarez, en la Historia Antoniana, lib. 1. cap. 9. fol. 10.*

regalo, quando con el pan mezclaba una poca de sal; porque decia, se ha de gobernar el cuerpo, no con lo que él pide, sino con lo que le dieren; como al Navio, y el caballo; que á este le manda el freno, al Navio el Piloto; y con ser tan poco su alimento, se solian pasar tres ó quatro dias, sin comer cosa alguna; que se puede decir de él, y de su gran abstinencia, lo que el Sagrado Evangelista (1) escribe de San Juan Bautista, que vivió en el Yermo, sin comer ni beber; porque comia y bebia tan poco, que se podia reputar por nada. Nunca satisfizo el hambre ni la sed, procurando no mas de sustentar el cuerpo, para que con tormento dilatado, y mortificacion contínua, sirviese á su Criador; y con hacer tan asombrosas penitencias, tenia tan peregrino vigor y fortaleza, que se solia estár en oracion, desde que el Sol se ponia, hasta que otro dia salia; y muchas veces aconteció perseverar tres dias con sus noches en tan santo exercicio, sin moverse de un lugar, puesto de rodillas, como si fuera de marmol, ó espíritu puro, que parecia, que no estaba sujeto á la pesadumbre del cuerpo; y es cierto, que por este medio de la oracion llegó á tan alto grado, y consiguió alcanzar un estado, en el qual, como enseñan los Santos, (2) llega un alma á tanta pureza y señorío de sí misma, que vive con mas ignorancia de las pasiones, que con sentimiento de ellas.

CAPITULO XII.

COMO LOS DEMONIOS terriblemente procuraron engañar á San Antonio con diferentes tentaciones, y en varias formas.

HAbiendo por la infinita misericordia, felízmente dado principio el Santo en Arsinoe á la vida Eremítica y Monástica, viendo el demonio, que con todas sus diabólicas fuerzas y engaños no lo habia podido estorbar, y que cada dia, á pesar suyo, se multiplicaba el número de los Ermitaños y Religiosos, fatigado de su misma envidia, ya que no se podia, á la sazon, vengar en otra cosa, tomó por su cuenta destruir rabioso y enfurecido las Celdas enramadas de los Monges, en figura de raposas, herizos, y otros animalejos, para mover al Sagrado Abad á impaciencia, y á sus Subditos, que abandonasen el Desierto; y conociendo por el efecto, que no conseguia lo que deseaba, se disfrazó un dia en trage de Cazador, y andaba poniendo por el Yermo la-

(1) *S. Mat.* 13. (2) *S. Thom.* 1. 2. *q.* 61. *art.* 5.

lazos y redes al mismo tiempo que San Antonio pasaba por alli; y asi que le vió, le preguntó, despues de haberle saludado, ¿qué hacía, y en qué se ocupaba? Y el maligno le respondió (con gran cautela) haciendo muchas sumisiones: *Padre, soy Cazador, y estoy poniendo lazos, para coger algunas fieras de las que en estos Montes destruyen los ganados, y maltratan la gente.* Oyendo esto el bendito Abad, le dixo: *Por vida vuestra, que váyais á las Celdas de mis Monges, y alli armeis algunos lazos, para que se cojan unos animalillos, que nos destruyen nuestras moradas.* El Cazador, que no deseaba otra cosa, le respondió, que de buena gana haria lo que le mandaba: y mas le prometió, que le armaria un lazo, que se acordaria toda su vida de él. No conoció el Santo que era el demonio con quien hablaba; y así le dió gracias, y le suplicó, que fuese diligente en ponerlo por obra.

Pues de alli á pocos dias, andando San Antonio buscando un lugar acomodado á su devocion, para poder con mas recogimiento darse al Santo exercicio de la oracion, se metió por la espesura del Monte Arsinoe, donde habiendo caminado como cosa de dos millas, vió un caudaloso Rio, que le causó no poca admiracion; porque aunque habia pasado otras veces por alli nunca le habia visto; (1) y mirando á la otra parte, vió una agradable arboleda y solitario sitio; y deseoso de habitar en él, andaba discurriendo como poderle vadear; y estando con este deseo, vió que por el Rio abaxo venian muchas embarcaciones, y una de ellas, que en su grandeza obstentaba ser la Capitana, se fue acercando á la orilla, y le dixo un Marinero: *Padre, si quereis pasar á la otra parte, yo os pasaré.* Oyendo esto el Santo, aceptó la oferta; mas apenas entró en el Navio, quando fue combatido con tan fortísimas tentaciones sensuales, qual jamás otras mayores padeció; porque vió una Señora de gran Magestad, que era un milagro de naturaleza, un prodigio de hermosura, un sugeto no conocido, y un imposible imaginado, acompañada de muchas y bellas Damas, riquísimamente ataviadas, que exâlaban tanta fragrancia, que el Santo se quedó absorto, viendo en aquel parage y embarcacion aquella gran Señora, que representaba tanto poder; y estando interior-

(1) *El Doctor Gerónimo de Alcalá Yañez y Ribera, Medico, vecino de la Ciudad de Segovia, en su libro Verdades para la vida Christiana, fol. 105. el M. Suar. en la Historia Antoniana, cap. 21. fol. 22. Navarro, en la Vida del Santo, cap. 16. fol. 98.*

riormente discurriendo quien podria ser, á este tiempo le llamó una Dama, y le dixo, que se llegase á la popa del Navio, porque su Ama le queria hablar; y el humilde Antonio, aunque lo rehusó, al fin, vencido de la cortesia, fue adonde aquella Señora estaba; la qual, no reparando en su grandeza, se levantó, recibiendole urbanamente; y habiendole hecho sentar junto á sí, le preguntó: *¿Que si acaso era por ventura Discipulo del gran Antonio? Que segun tenia noticia, habitaba por aquellas soledades, aunque sospechaba, por su venerable aspecto y por la gravedad de su persona, que era el Santo Abad; y si lo era, por un solo Dios le suplicaba se lo dixese, y no la tuviese dudosa.* Oyendo esto el Siervo de Dios, la respondió: *Yo soy, no el Santo que decís, sino el miserable pecador Antonio, Siervo de los padres que habitan en estos Desiertos, indigno de llamarme Abad suyo.* Entonces, la engañosa Señora, fingiendo haber recibido mucho placer, se levantó del rico estrado en que estaba, diciendo á todas sus Damas, que la diesen el parabien de la felíz suerte que tenia, de haber hallado al Varon Santo que tanto deseaba, pues habia de ser medio la compañia de Antonio para su salvacion; y diciendo estas palabras, le dió cuenta sagazmente de su estado, hacienda y nobleza, y como era Reyna de grandes Provincias, y que una peligrosa enfermedad la habia privado de su esposo, quedando en lo mejor de su edad viuda, y dotada de tan excelentes gracias y riquezas, que por esto era pretendida de muchos Príncipes que procuraban casarse con ella; pero que habiendose informado, que no tenian aquella virtud y santidad de que era dotado su Consorte difunto, dudosa, por no saber á quien escogeria por dueño de su alvedrio, que la permitiese exercitar las obras de caridad, y las penitencias, mortificaciones y ayunos que observaba, tenia necesidad de sus santos documentos y saludable compañia; y diciendole semejantes palabras, mostrando tener empacho y vergüenza, le significaba quan dichosa sería, si la admitiese por su esposa; porque le estimaba mas que á quantos Monarcas tenia el mundo, por ser Varon tan Santo y capáz, con cuyo maduro consejo regiria discretamente sus Reynos; y para que condescendiese con su voluntad, le traía al propósito muchos exemplos y lugares de la Sagrada Escritura, con que le probaba que la vida activa, era mejor que la contemplativa; y el estado del matrimonio, mas acepto que el de los continentes; y la vida de compañia entre casados, mas agradable á Dios, que la solitaria; siendo to-

do falso y mentira, porque mejor es la vida contemplativa, que la activa, por las razones que da Santo Tomás, (1) y mejor y mas meritorio es el estado de la Virginidad, que el del Matrimonio; y mas acepta es á Dios, como mas segura, la vida solitaria del Yermo, que la vida ocupada y llena de impedimentos del siglo, qual es la de los casados; y fueron tantas las persuasiones y dichos que le dixo aquella señora, que se sintió Antonio gravemente tentado y afligido; pero considerando con luz del Cielo, los lazos y astucias de el demonio, y que diversas veces le habia amenazado, que se habia de vengar de él por medio de una muger, tuvo por cierto, que la que alli tenia presente, venía por él conducida, para que le hiciese caer en pecado; y con este pensamiento la reprehendió, para que se reportase, y desviase de él sus ojos, y no le mirase tan tiernamente; y la señora, al punto le respondió con mucha sutileza: *Que el hombre, que fue formado de la tierra, no es justo que mire á la muger, que no fue su principio; pero que la muger debe, y está obligada á no apartar los ojos del hombre, de quien sabe que tuvo su origen.* Oyendo esto el bendito Padre, admirado de su agudeza, la volvió, sin turbacion alguna, á reprehender, con muy graves y religiosas razones, diciendola: *Que su vida y trato era muy diferente de lo que imaginaba, y que buscase á otro, que apeteciese las riquezas que tenia; porque él estaba criado en los Desiertos, y no era bueno para gobernar Reynos y Repúblicas; además que por quantos bienes y deleytes tiene el siglo, no dexaria la vida solitaria, ni se casaria con ella.* Y así que pronunció estas razones, arribó el Navio á la otra parte del Rio; y por huír el Santo la vista de la fingida Reyna, quiso saltar en tierra; la qual, viendo el desprecio que hacía de su persona, dando un profundo suspiro, asió con sus manos al castísimo Antonio, y le detuvo, diciendo: *Mal lo consideras, Padre, porque mayor servicio será para Dios, que por tu causa se sálve un Reyno entero, que á cien Monges, que quando mucho estarán á vuestro cargo; pues siempre se debe mirar por el comun provecho, y es obligacion forzosa, en que se debe anteponer al particular; y casandote conmigo, además de tener á vuestra obediencia una rendida Esclava, sereis para todos de mas útil, que estár solitario, pobre, y desnudo en el Yermo.* Con estas amorosas promesas procuraba el espíritu maligno combatir al Santo; mas su animo esta-

(1) *S. Tom. 3. part. quæst.*

taba fuerte como una roca, y constante su corazon en nuestro Señor, á quien llamaba en altas voces, diciendo: *Jesus sea conmigo, y me aparte de todo quanto fuere ofensa suya.* Y aún no habia acabado de implorar el Divino auxîlio, quando instantáneamente se deshizo, con gran estruendo y horror la fingida máquina del Rio y Navios, y se desapareció, con increíble rabia en en el ayre, la infernal Reyna, fulminando iras y enojos contra Antonio, el qual quedó muy maravillado de las cautelosas trazas del maligno, que por tan varios modos procuraba derribarle de la Gracia Divina; y habiendo vuelá su Monasterio, desde alli en adelante procuró vivir con mas cuidado y rezelo, teniendo en la memoria fixamente este suceso, y las sutilezas de el demonio que se fingió Cazador, que le prometió armarle un lazo que se acordaria toda su vida de él.

CAPITULO XIII.

EN QUE SE REFIERE como San Antonio vió todo el mundo lleno de lazos, y al demonio en una figura horrible, que impedia á las almas la subida al Cielo, y otras diferentes visiones.

HAbiendo San Antonio, con el favor de Dios, resistido tan varonilmente las furias infernales, y frustrado todas sus engañosas astucias, estando orando con aquella profunda humildad y fervor de espíritu que solia, le asaltó el demonio con capa de virtud, proponiendole en el pensamiento, con la sagacidad y sutileza que sabe, que dexase los Desiertos de Egypto, y se retirase á morar á otra qualquier Provincia, donde estaria mas aprovechado, devoto, recogido, y seguro de estár siempre en batallas á pique de ser vencido; y estando dudando, si seria bueno ó malo este pensamiento, vió á la sazon, por revelacion Divina, (1) toda la tierra de Europa, Africa, Asia, y las populosas Ciudades de España, Francia, Italia, Inglaterra, Alemania, Austria, Ungria, Polonia, Moscovia, Grecia, Macedonia, Acaya, Africa, Berbería, Guinea, Armenia, Caramania,

(1) *Prado Espiritual, cap.* 13. *fol.* 134.

Tartaria, Syria, Region muy célebre en las Sagradas Letras, donde es la Ciudad de Damasco, en cuyo término fue donde Caín mató á Abél; Fenicia, donde es Tiro y Sydón; y Antioquía, Patria de San Lucas Evangelista: Palestina, y el Puerto de Jafa, adonde se embarcan los Peregrinos que van á la Tierra Santa de Jerusalén, en la qual el Salvador del Mundo fue crucificado; Arabia Petréa, donde es el Monte Sínai, y Moysés recibió la Ley; Arabia Desierta, tierra estéril, montuosa y arenosa; Arabia felíz, donde, segun dice Gerónimo de Cháves, (1) está el sepulcro de el engañador y maldito Mahoma; Hircania, Etyópia, y Egypto, y los grandes Mares, Rios, y Montes, y altas Montañas, y secretos Lugares, que hay en el Orbe; y todo estaba lleno de soberbia, tribulaciones, engaños y lazos; y amedrentado con tan horrible vision, se afligió mucho, viendo que no hay seguridad para morar en ninguna parte de la tierra, y con esta aflicion, tiernamente llorando, preguntó á nuestro Señor: *¿Qué quien se podria librar, sin caer en tantos lazos y tropiezos?* Y oyó una voz, que le dixo: *Que el humilde.*

Otra vez, estando orando, oyó á la mitad de la noche llamar con muy apresurados y descomedidos golpes á la puerta de su Celda; (2) y el Santo, con invencible animo salió á ver quien llamaba, y vió un hombre de gran estatura, que le dixo: *Que era Satanás, y que le venia á preguntar, ¿por qué razon, no tan solamente sus Religiosos, sino tambien todos los Christianos le maldicen, en sucediendoles alguna desgracia? Luego al punto acuden, diciendo, ¡Oh, maldito sea el diablo!* A esto le respondió San Antonio: *Que lo hacian justamente, porque los incitaba á pecar.* El demonio replicó: *Que él no tenia culpa en los pecados de los hombres, sino ellos mismos, que se hacen cruel guerra unos con otros, y se meten en las ocasiones; porque desde que se hizo Dios Hombre, no tenia él fuerzas, ni armas, ni Ciudades, como solia; porque hasta de los Desiertos, por los Monges habia sido afrentosamente desterrado; y que así, los hombres se debian quejar de sí mismos en sus desgracias, y no de él, que no les tiene culpa. A nuestro Señor Jesu-Christo* (le respondió el Santo) *demos gracias por eso que dices, que aunque verdaderamente eres cabeza de mentiras, en lo que ahora refieres, no vas muy fuera de camino*; pero el espíritu maligno, al punto que oyó

(1) *Lib. 2. Reportorio de los Tiempos, fol. 87.* (2) *S. Atan. Ribad. y Villeg.*

oyó invocar el admirable Nombre de nuestro Señor Jesu-Christo, no pudiendo sufrir su Divina virtud, se desapareció; porque, como dice el Apóstol, (1) al Nombre de Jesus hincan la rodilla todos los moradores de el Cielo y Tierra; y los de el Infierno, á su pesar, le tiemblan y reverencian.

Otra noche, estando tambien el Santo contemplando en las maravillosas obras de el Soberano Hacedor, (2) vió una Fantasma de la hechura de un hombre, tan disforme y grande, que con la cabeza llegaba á las nubes, y que tenia extendidas las manos para asir las almas, que con alas subian al Cielo, entre las quales cogia algunas con grande ímpetu, y daba con ellas en tierra, y las hacía pedazos; mas otras volaban hasta la Celestial Jerusalén; y estando el Siervo de Dios admirado, y deseoso de saber qué significaba aquello, oyó una voz, que le dixo: (3) *Que la Fantasma que veía, era el demonio, que arrojaba á los abysmos las almas de los que en este mundo habian pecado, y muerto sin tener obras buenas, dolor, y arrepentimiento; y las que se remontaban á lo alto, eran de los que habian vivido sin ofender á Dios, ú despues de haber caído en culpas las habian (mediante la Divina gracia) borrado con la penitencia; por cuya causa no las podia impedir el camino del Cielo y eterna Bienaventuranza.*

CAPITULO XIV.

EN QUE SE REFIERE lo que le sucedió á San Antonio, considerando en los Juicios de Dios; y como fue á visitar al Curtidor de Alexandría.

DIvertido el Santo un dia en los profundos Juicios de Dios, que son, segun dice el Profeta, (4) un abysmo sin suelo; y el Sabio Salomón, que como no se sabe el camino de el espíritu; ni de donde viene, ni adonde va el viento; ni como los huesos se forman y traban entre sí en el vientre de la muger en cinta; así tampoco se pueden saber los secretos del Altísimo, en cuya consideracion desfallecia su entendimiento; por qué unos están desamparados, y otros tienen tanta gracia; por qué unos están afligidos, y otros altamente ensalzados; por qué uno siendo bueno es pobre, y otro siendo malo, abunda en riquezas; y que el inocente salga del juicio condenado, por la maldad de el Juez, ó por los testigos falsos; y que el per-

(1) *Ad Ph.* 4. (2) *Navarro fol.* 182. (3) *Prado Espiritual, cap.* 103. *fol.* 133. (4) *David, Ps.* 35. *Eccl.* 1. *cap.* 11.

verso acusador, no solamente se queda sin castigo, sino que se alaba y triunfa de haberse vengado de el que no lo merecia; y el pecador tenga entera salud, y el Justo esté consumido de enfermedades; y que algunos mancebos robustos, y muchos niños que daban esperanzas de ser provechosos con sus vidas, son arrebatados de la muerte antes de tiempo; y que otros, que parecia que no se habian de lograr, viven largos años. Y estando su imaginacion engolfada en el Mar Occéano de estos pensamientos, oyó una voz del Cielo, que le dixo: *Cuidad vos, Antonio, de lo que os han mandado hacer; que Dios es Justo, y sabe bien lo que se hace.*

Enseñado con este Soberano aviso, decia despues el Santo, que asi como sobrepuja y excede el Criador infinitamente á toda razon humana, así son investigables sus Divinos Juicios; los quales, quanto son mas obscuros y extraños, y que á la flaqueza humana parecen desordenados, tanto mas se deben, con mayor humildad reverenciar, y no investigarlos; porque en cierta manera es un linage de temeridad, querer saber el Siervo mas de lo que permite su Señor.

Hasta aqui toda la vida solitaria de nuestro Padre, ha sido una contínua lucha y temerosa guerra con los demonios; pues en adelante, hasta su felíz tránsito, no fue menos tentado y perseguido; porque no le faltaron nunca, como á otro San Pablo, tentaciones que le afligiesen; y así, estando en su cotidiana ocupacion orando, fue combatido de el espíritu de vanagloria; y el piadoso Señor, para que no se desvaneciese, le avisó con una voz, que le dixo: (1) *Antonio, aún no has llegado á la perfeccion y grado de humildad de un pobre Curtidor, que mora en la Ciudad de Alexandría, en tal calle y casa;* y el Santo con estas señas, venida la mañana, fue á dicha Ciudad con deseo de ver al virtuoso hombre, para imitar sus exercicios, pues eran tan agradables à Dios: y habiendole buscado, y halládole, le preguntó: *¿Que devociones, ayunos, y penitencias exercitaba?* Y el Curtidor, conociendo á San Antonio, y quan eminente Varon en santidad era, segun publicaba la fama, cubierto de vergüenza el rostro, y con empacho por lo que le suplicaba, le respondió: *Por cierto, Padre, que yo no sé, ni me acuerdo haber hecho bien alguno; solo te podré decir,*

(1) *A San Antonio le fue revelado que no tenia tanta perfeccion como un Curtidor de Alexandria. Prado Espiritual, fol.* 132. *Sol del Oriente, fol.* 51.

cir, que por la mañana en levantandome, antes que me ponga á trabajar, y por la noche, quando levanto de obra, considero y digo, que todos los moradores de esta Ciudad, desde el menor, hasta el mayor, se van á la Celestial Jerusalén por sus buenas obras; y yo solo, indigno y miserable pecador, no merezco, por mis graves pecados, la vida eterna. Oyendo esto el Santo, admirado y confuso, exclamó, diciendo: *En verdad, hermano, que á pie firme ganas el Cielo; y yo, como sin discrecion y humildad, te soy inferior; pues en tanto tiempo como habito en esos páramos, nunca he entendido el precioso valor de tu consideracion;* y habiendole dicho esto el bendito Anacoreta, se despidió de él, y se volvió al Yermo muy edificado, por haber visto tan humildísimo Varon, de quien se refiere en el Prado Espiritual, que si sucedia alguna desgracia en Alexandría, luego lo atribuía á que sus grandes pecados lo causaban; cuya meditacion le traía con tanto rendimiento y humildad, que no le daba lugar á desvelarse en juzgar vidas agenas, ni los dichos y acciones de sus vecinos; ó si los compañeros de su oficio despachaban ó vendian mas mercaderias, ó si él era el menos dichoso y afortunado. Nada de esto le quitaba el sueño, sino la consideracion, de que habia de ser juzgado en el recto Tribunal de Dios, y que alli á él no se le habia de pedir cuenta de las culpas de su próximo, sino de las suyas.

CAPITULO XV.

COMO SAN ANTONIO VIO al demonio los ardides que usaba por divertir á los Monges, quando estaban orando; y las excelencias que dice del exercicio santo de la Oracion.

CErca de la hora que tenian elegida los Monges para recogerse á orar, vió San Antonio al demonio, (1) que con gran solicitud movia á los Monges al trabajo corporal; y viendo esto, dixo al demonio: *¿De dónde te ha venido tanta virtud, que así cuidas, que no estémos ociosos?* A estas palabras le respondió, sonriyendose: *¡O qué mal lo entiendes! Ocúpoles, porque falten á la oracion.*

Otra vez vió mas espíritus malignos que átomos cercan al Sol, que estaban combatiendo con diferentes tentaciones á los Monges, quando estaban orando; (2) y que á unos les ponia delante edificios que fabricar; á otros los regalados manjares de las mesas de los Reyes; á otros mugeres muy ataviadas; á otros los incli-

(1) *Vit. Patr. c. 6.* (2) *Vit. Patr. c. 6.*

naba á gustos y consolaciones espirituales, para que careciendo de ellas, perdiesen la verdadera devocion, que consiste en perseverar alli con paciencia y humildad, solo por agradar á Dios; y de esta suerte procuraban perturbarlos; mas no por esto que padecian, dexaba ninguno de perseverar alli en tan santo exercicio.

Otra vez oyó, que tocando una campana en su Monasterio, con que hacian señal para que los Religiosos se recogiesen á orar, al mismo tiempo oyó tocar otra campana en el Infierno; (1) y maravillado de esto, deseó saber el mysterio; y fuele dicho: *Que si en su Convento tocaban á tener oracion, que en el Infierno tocaban á inquietar en ella.*

De lo dicho se puede considerar, quán aborrecible es para el demonio el que las almas tengan Oracion, pues todo el Infierno se conjura para estorbarla; (señal clara de lo mucho que importa) y así dicen los Santos Doctores y Confesores llenos de Dones, de gracias, y Maestros de Celestial Sabiduría, que si el Cielo fuera papel, y el Mar y los Rios tinta, y todo se gastára en escribir las excelencias de la Oracion, era no decir nada, por el infinito valor que tiene; con que todos debiamos, por participar de tan inumerables bienes, el tenerla. Mas la dificultad que hay de nuestra parte, y el demonio que lo estorba, proponiendo muchos imposibles, nos dexa sitiados, para que no gocemos de tanto bien; pero todo lo que toca al vicio, es llano y facil; porque parlando, ó jugando, se llevará una persona ligeramente muchas horas sin sentir; y si acaso entran en un Templo á oir Misa, ó á tener un quarto de hora de Oracion, se le hará siglos; porque el espíritu maligno, conociendo nuestra inclinacion y flaqueza, pretende con todas sus fuerzas, que carezcan las almas de tan santo exercicio. ¡Oh quántas veces llega Dios interiormente á un alma, y la dice que se confiese y freqüente los Sagrados Sacramentos, y sea hombre de Oracion, pues en ella consiste la felicidad eterna, y se da por desentendido! Y responde: ¡Oh, á qué mal tiempo venís! Esperad, Señor, hacedme rico y próspero, entonces haré lo que me mandais; porque ahora tengo entre manos muchas ocupaciones y negocios que de mí dependen, y he de revolver muchos papeles, y no puedo obedeceros. Con que me parece, que queremos hacer con Dios, lo que hace el Mercader debaxo de los portales de esa Plaza: quiere el Mercader comprar al fiado, y quando

(1) *Cartilla de Oracion del V. P. Falconi, f.* 80.

do él vende la mercadería, que se la paguen de contado; y así, queremos que su Divina Magestad nos dé cumplida salud, bienes y riquezas instantáneamente, y librarnos de el trabajo y aflicion que padecemos al momento; el salir con qualquiera cosa que se pretende en un instante, todo lo queremos de contado; pero quando tratamos con Dios, lo queremos al fiado; la penitencia de la culpa, que se quede para la Quaresma; el llorar los pecados, quando estémos apretados de la enfermedad; el hacer buenas obras, para la hora de la muerte, que entonces no se podrá gozar nada de lo que se posee; el darse á la virtud y tener oracion, para el año que viene, ó para quando estémos desocupados, y no tengamos negocios que lo impidan; con que lo que nos ha de dar Dios, queremos al contado; y lo que le hemos de dar, sea al fiado; sin considerar la brevedad de esta vida, y que todos los regalos, que el mundo y la carne lisongera nos ofrecen, son imaginaciones soñadas, que apenas son quando dexan de ser; y enmedio de sus dulzuras se hallan mil amarguras, y un millon de descontentos; ¡qué es de ver, en veinte y quatro horas que tiene el dia, con la solicitud que se procura que el cuerpo tenga á la mañana el desayuno, al medio dia la comida, á la tarde la merienda, y á la noche la cena; y despues la cama, con blandos colchones y almohadas delicadas, y buena vivienda para el Invierno, y para el Verano quartos frescos, vestidos delgados, y bebidas frias! ¡Y que el alma, que es eterna, mas noble y agradecida que el cuerpo, no se acuerdan de ella siquiera para alimentarla con una hora, ó media de oracion, la dexan pobre, desnuda, helada, muerta de hambre desadornada, sin el calor de la meditacion, caridad, humildad, y sin atavíos de delgados sentimientos de haber ofendido á Dios, y sedienta de bebidas de lágrimas, como si acaso todo esto costára mas, que un poco de consideracion! Con que bien claro se ve la diferencia de gastos que hay en vestir el alma, ó en vestir el cuerpo; sugeto tan ruín, que lo hace peor con quien mejor le regala. Mas estamos tan sordos á los Divinos llamamientos, que aunque veamos á nuestro Señor por esas calles y Plazas, en manos de sus Ministros, exôrtandonos á la verdad lo que es mas conveniente para nuestra salvacion, nos damos por desentendidos y aún por ofendidos; y en verificacion de esto referiré lo vi por mis ojos, y fue: Que pasando por cierta calle de Madrid los Padres Misioneros del Religioso Oratorio de San Felipe Neri, exôrtandonos á penitencia á

to-

todos los pecadores, llevaban en sus manos un Crucifixo, refiriendo en altas voces aquellas palabras que dixo Christo por San Juan en el *cap.* 15. que como el Labrador acostumbra á cortar los sarmientos inútiles y secos, y los arroja al fuego; así el Celestial Padre, como Labrador Divino, corta los sarmientos que no llevan fruto, y los arroja á los calabozos infernales, para que ardan por toda la eternidad. ¡Ay de tí, pecador, si eres sarmiento seco, y no haces penitencia de tus culpas, ni las lavas con las aguas de la penitencia, en qué vendrás á parar, sino en aquel laberinto de el Infierno! Estas y otras semejantes exôrtaciones iban refiriendo; y al mismo tiempo vi, que cierta persona estaba reprehendiendo á una muger, que moraba por buena en su casa, la qual se dexó llevar de una furiosa pasion; y con el sentimiento que manifestaba tener, pronunciaba tristes ayes y repetidos suspiros; y preguntando yo despues á la persona, ¿qué accidente le habia dado á Doña Fulana? Me dixo: Que no habia sido mas, que el ver pasar los Padres con el Santísimo Christo en las manos, y que los habia echado inumerables maldiciones, y que por esta razon la habia reprehendido; y que la indiscreta muger, por disculparse, respondió lo que debia callar, por no hacer notorio su secreto pecado, diciendo: ¡Ay desdichada de mí, que si estos invencioneros Padres, ó infernales demonios, han pasado por la casa de Don Fulano, le habrán trocado el corazon, y dexará mi correspondencia y amor, pues de él depende el alimento y adorno de mi persona! Y con esta ceguedad, blasfemaba y maldecia; mas muy presto se la siguió el castigo de sus atrevidas palabras, porque de allí á quatro dias su remediador amante la dió, por ciertos zelos, dos puñaladas, dexandola por muerta (que el pecado estos placeres acarrea, y con semejantes gages paga á los suyos.) No perdió la vida con las heridas, mas sin estár convaleciente de ellas, (¡oh infinita Sabiduría, los medios que usa para que no se pierda un alma!) á esta la envió tan asqueroso mal, que lo mas de su rostro, boca y narices se le comieron de cancer, exâlando un insufrible hedor; y de este género estuvo tres años, dandola Dios muchos dolores, necesidades y trabajos, para que se reduxese á su santo servicio; la qual, condolida, y al parecer arrepentida, acabó su carrera, y penosa vida. Quiera el Altísimo Señor sirva este exemplar de escarmiento á muchas almas, que sumergidas en los vicios, por persuasion del comun enemigo, creen, que si se apartasen del pecado, dexando las amistades amo-

ro-

rosas, les faltará lo necesario para su alimento; ó si se dedicasen á tener una hora de oracion al dia, no tendrán tiempo suficiente para asistir á sus obligaciones, sin atender, que por cuenta del Divino Criador corremos todos, y que nunca, con especialidad, ha faltado á los suyos.

En esto no diláto mas la pluma, por no ofuscar las excelencias que de la Oracion San Antonio dice, á quien vinieron, segun escribe el Padre Andrada, (1) unos Monges á comunicarle sus dudas; y habiendolos el Santo alentado á la conformidad con la voluntad de Dios, único remedio de los males y consuelo de todas las afliciones, les dixo: *Que si no podian, por su flaqueza, contínuamente ayunar y mortificarse, que se diesen al estudio de la Oracion; porque si conseguian esta virtud, sola ella es suficiente para alcanzar la perfeccion, por ser manjar dulcísimo de los Santos, fuente de los buenos deseos, puerto seguro de Navegantes, reposo de los que pelean, medicina de enfermos, alegria de tristes, fortaleza de flacos, regalo de justos, remedio de pecadores, ayuda de vivos, sufragio de muertos, socorro de la Iglesia, puerta de el corazon del Altísimo, primicias de la Gloria venidera; y finalmente, á quien le da gracia de saber orar, le da solo en esto quanto puede desear; porque todas las demás virtudes se consiguen por la Oracion.*

CAPITULO XVI.

EN QUE SE REFIERE como por todo el Orbe fue conocido el nombre de San Antonio; y los inumerables Discípulos, que se le congregaron.

TAN admirable vida hacía el bendito Anacoreta, para llegar, como otro Elias al Monte de Dios Oreb, caminando sin cesar, de virtud en virtud, que la fama de su heróyca perfeccion brevemente se esparció por todo el Mundo, (como el Señor se lo habia prometido, de hacer célebre su nombre) y penetró hasta Africa, España, Italia, y Francia, y otras Provincias mas apartadas y remotas. Comenzaron á venir á vandadas hombres heridos del amor Divino, para estár debaxo de su obediencia; y entre los primeros Discípulos que tuvo, fueron los benditos Padres Isidoro, Arsisio, Serapion, Amonio, Apolo, Amones, Pitirion, Moysés, Elías, Macario Alexandrino, Benjamin, y Pablo el Egypcio; y por ultimo se le congregaron tan copioso numero de perfectos Varones, que no pudiendo habitar todos juntos en Ar-

(1) *Itinen. de Exemplos, fol.* 411.

Arsinoe, se dividieron por las soledades de Egypto, y se fundaron muchos Monasterios, poblandose los Desiertos que antes eran habitados de bestias fieras, de Siervos de Dios, que florecieron con admiracion del Orbe, mas que fragrantes rosas en los jardines deleytosos; (1) y para inteligencia de lo que vamos tratando, es de saber, que el gran Padre Arsisio, (2) y el Abad Serapion, y el glorioso Amonio, se retiraron á las soledades de Nitria, en compañia de otros muchos Monges, donde obró nuestro Señor, por su intercesion, infinitos milagros.

El Abad Apolo hizo su habitacion en la Tebayda, (3) en los Montes que están junto á la Ciudad de Heliópolis, en la qual estuvo el Salvadot de el mundo en compañia de su Santísima Madre la Virgen Maria, y del Glorioso Patriarca San Joseph, quando se retiraron á Egypto, huyendo del furor de Herodes.

El Abad Amones, Varon de Angelica y maravillosa vida, y Padre de infinitos y exemplares Hermitaños, moró en los Desiertos de Egypto, que están ácia la parte del Mar, y muy cerca de la Ciudad de Dioclos; (4) y junto á este Desierto hay un altísimo Monte, que casi todo está cercado de un profundo y caudaloso Rio, y entre aquellos altos peñascos habitó, y acabó gloriosamente el Abad Pitirion, (5) habiendo primero merecido ser Padre de Ilustrísimos Santos Anacoretas.

El Abad Elías moró en los Montes, que están enfrente de la Ciudad de Antinoo, (6) adonde fue Prelado de un Religioso Monasterio, y Congregacion de muchos Hermitaños.

El Abad Isidoro hizo su habitacion en los muy nombrados Yermos y soledades de Scitia, (7) donde fue elegido por Padre de inumerables Monges.

De esta felíz Congregacion dimanó y tuvo origen para morar en la Provincia de Syria y Palestina el glorioso San Hilarion, (8) el qual fue Prelado de infinitos Religiosos, y fecundas flores del Carmelo, como despues lo veremos por la narracion de su maravillosa Vida.

Y finalmente, si se hubieran de referir los Discípulos que en el

(1 *Prado Espiritual, c. 8. f. 164.* (2) *Hace memoria de este Siervo de Dios Nicef. y Calixt. lib. 11. c. 34.* (3) *Prado Espiritual, f. 178.* (4) *Prado Espiritual, fol. 176. f. 185.* (5) *Palad. Prado Espiritual, fol. 185. y fol. 177.* (6) *Nicef. lib. 11. cap. 34.* (7) *Prado Espiritual, fol. 177. 162. y 161.* (8) *Ribad. f. 580. f. 582. Flores del Carm. el P. Fr. Joseph de Santa Teresa, f. 507.*

el Monte Arsinoe se le congregaron, creciera esta Obra en un Volumen mas dilatado de lo que pretendo, aunque para gloria de el Santo, y consuelo de sus devotos, no dexaré de escribir luego en este Libro, aunque de paso, las prodigiosas Vidas de los mas excelentes Discípulos que tuvo; el qual, como verdadero Padre, guia, y Maestro, procuraba en todas sus obras dar buen exemplo á sus Monges; y así, era el primero que asistia, con mucha devocion y puntualidad las Fiestas á la Iglesia, á freqüentar los Santos Sacramentos; y despues de haber oído Misa, solía con suma dulzura, energia y eficacia, hacerles algunas Pláticas Espirituales; y les decia, que en la vida de perfeccion, importa mucho para el Religioso el persuadirse que siempre comienza, y no detenerse á mirar las mortificaciones que ha hecho, sino las que le faltan que hacer.

Y que no apeteciesen las peregrinaciones de los Griegos que andaban por tierras extrañas, surcando los mares, buscando Maestros para adquirir ciencias de cosas superfluas y vanas; pues ellos, ninguna necesidad tenian de semejantes peregrinaciones, porque en todas partes está Dios, que es nuestro norte, y verdadero Maestro; (1) porque el Reyno Celestial que pretendian conseguir, segun San Lucas, está dentro de nosotros, y la Magestad Divina en todas las partes presente. Acerca de esto, que dixo el Santo á sus Monges, para exórtarlos al recogimiento y perseverancia en los Desiertos, tomó de aqui motivo Hererodoxo, para condenar temerariamente las Romerías y viages de la Tierra Santa, de Compóstela, y otras forasteras Estaciones, interpretando mal la sentencia del bendito Abad; porque el Santo no reprueba las peregrinaciones que son de pura necesidad, para alcanzar del Señor la salud del alma y cuerpo, reverenciandole en los lugares que es servido de comunicar mas sus favores, sino los viages que no necesitamos, y se hacen por divertimiento, con socolor de piedad y devocion.

Tambien les decia, (2) que los pasos que diesen, y aún el agua que bebiesen en sus Celdas, lo comunicasen con sus mayores, y no se satisfaciesen de sí mismos, pues el mas Sabio necesita de consejo; y no se dexasen vencer de la colera, porque es sumamente poderosa, y violenta su tyranía; (3) ni se despreciasen los unos á los otros, sino que tuviesen entre

(1) *Herebinto Rosviedo, en las Notas, y Escolios, en la Vida que escribió de S. Antonio.* (2) *Veteri Monachatu, t. 1. l. 3. c. 2. f. 197. Sol del Oriente, f. 25.* (3) *Navarro, en la Vida de S. Antonio, f. 36.*

tre sí mucha urbanidad y decoro, tolerando con paciencia las injurias de las criaturas, á distincion de algunos, que en la ocasion son sufridos y reportados, y despues, por descuidarse de dar gracias á Dios por ello, permite que el demonio solícito, les represente la sinrazon de su próximo, para que comiencen consigo á dar trazas, como buscar tiempo ó forma de satisfacerse; y así, convierten la primera virtud de la mansedumbre, en la malicia de la venganza, perdiendo en la paz lo que ganaron en la guerra.

Y que no fuesen como los negligentes que nunca llegan á alcanzar la perfeccion; porque no procuran arrancar de raíz sus naturales vicios á que son inclinados, estando muy contentos, por unas ternuras ó lágrimas que sienten en la oracion, las quales, no todas veces proceden de dolor de los pecados, ni de amor de Dios, sino de flaqueza de corazon, ú de otras causas de poco ó ningun valor ni aprovechamiento espiritual; pues para tenerle, es necesario juntar con las lágrimas el triunfo y victoria de las propias pasiones, dexando las malas inclinaciones que tienen unos á decir gracias, maldiciones y porfias, y querer saber vidas agenas; y otras cosas excusadas, que no sirven de mas fruto, que de impedimento para limpiar de de una vez, y purificar todas las manchas de el alma, y afectos desordenados; y que para huír de la confusion de Babylonia, importa mucho el exercicio santo de la meditacion de las penas eternas; pues con ella cesan las impurezas de los deleytes terrenos y deseos pecaminosos, y se fortalece el corazon contra los combates y engaños de los demonios; de los quales, como el Sol de átomos, estamos rodeados; (1) y que los habia visto, en la forma que los describe, por Divina revelacion, el pacientísimo Patriarca, sus ojos hechos una asqua, abrasandose en llamas todo el cuerpo, exâlando por la boca y narices torbellinos de humo, y que le ofrecian montes de oro; pero que no hay que hacer caso de sus ofertas, ni temer sus amenazas; porque aunque pueden solicitar á pecar, no tienen poder para morder, sino á los que con sus liviandades y vicios quieren ser pasto ó presa vil de sus dientes; y que aún á él, siendo un pobrecillo, no podian prohibirle, que dixese contra ellos estas verdades; porque como miserables pececillos, los habian cogido en el anzuelo; y como torpes jumentos, estaban ahollados á los Sagrados Pies del Triunfador Christo, lo qual lloran y gimen, buscando inumerables trazas para per-

(1) *Sol del Oriente, fol. 26.*

perseguirnos, con las cosas mas adequadas á nuestra inclinacion; unas veces con pretexto de santidad, quieren dar al traste con la virtud, cargando la mano en persuadirnos á penitencias indiscretas; otras, con vanos temores, pretende turbar y espantar á los Siervos de Dios, dandoles á entender, que sus almas ya son suyas, y destinadas á los tormentos eternos; y que todo quanto hacen es inútil; y que están engañados, y no han de acertar á obrar cosa buena de virtud; y para que se desesperen, y dexen el camino comenzado, los trae á la memoria todos los pecados pasados que han cometido, vituperandoles con ellos, y que han de volver á ser peores que antes, y acabar desastradamente la vida.

Otras veces les incitan al buen tratamiento y regalo en el comer y vestir, y á el cuidado de las cosas temporales, para que olviden los virtuosos exercicios y penitencias, y se les haga pesada de llevar la Cruz en seguimiento de Christo, motejandoles por hombre cobardes, faltos de Fe, y que desconfien de la Divina misericordia; á cuyas maliciosas propuestas y combates, que cada dia de nuevo inventan los enemigos del género humano, no se les ha de dar entrada en el pensamiento, ni hacer caudal de sus exôrtaciones, que aunque tengan á los primeros visos apariencia de virtud y santidad, al fin son tinieblas, y venenosos fingimientos que conducen á la muerte y precipicio; y para que no se perdiesen, al punto las debia rechazar con el justo menosprecio, hasta vencerlas, considerando, que por mortificaciones y trabajos se ha de entrar en el Reyno del Cielo; y que no serán coronados, sino los que varonilmente pelearen; (1) pues para enseñarnos á esta perseverancia, no quiso el Señor baxar de la Cruz, quando se lo aconsejaban los Judíos, por no dexar imperfecta la obra de nuestra Redencion; ni quiso oír á los demonios, quando forzados le llamaban Hijo de Dios vivo, (2) porque instantáneamente les mandó que callasen, para prevenir, que á vueltas de la confesion, no mezclasen algunas mentiras y sacrilegios, (3) dandonos en esto superior exemplo, para que aunque nos persuadan, y prometan la vida y salud, no creamos á los dañados espíritus, contra los quales son poderosas armas, que les hace temer y temblar como azogados, las oraciones, vigilias, ayunos, pobreza voluntaria, mansedumbre, misericordia, paciencia, y la Fe viva; (4) porque con estas virtu-

(1) *S. Mat.* 2. (2) *S. Luc. cap.* 4. (3) *Sol del Oriente, fol.* 26. (4) *San Atan.*

tudes se pisa y quebranta la cabeza á las serpientes infernales, que siempre á traicion nos acometen, con las cosas mas conformes á nuestra naturaleza, para mezclar fácilmente su pestilencial ponzoña, con el parentesco de la virtud.

Y que en este mundo, el que compra á justo precio de lo que compra al que vende, se tiene en mucho; (1) y que mirasen la diferencia que hay, del que compra el Cielo, que por mucho que dé, le compra de valde; pues todos los dolores y trabajos de la vida humana, aunque sean de cien años, no son nada, respecto de la remuneracion eterna.

Y que el Religioso no se ha de vanagloriar de que dexó el siglo, (2) y en él placeres y riquezas, pues tarde ó temprano, todos, por mas que lo rehusen, por ley inexcusable de la naturaleza, le han de dexar para siempre; sino que hiciesen de la necesidad virtud, dexando libres y de buena voluntad, lo que la muerte les quitaria forzosamente; atendiendo, que el premio no se da al que comenzó felízmente, sino al que acabó bien; porque importa poco que la nave que navega por la Mar cargada de riquezas, haya tenido próspera navegacion en el discurso de su viage, si al llegar á la vista del Puerto corre naufragio, y da en un escollo, donde se hace pedazos, y ella y las riquezas se van á fondo.

Y al enfermo no le es de util, para convalecer, el haberse guardado de beber en el discurso de la enfermedad, si quando está á las puertas de su salud hace un exceso, con que se halla en las de la muerte. ¡Oh quantos corrieron con arrepentimiento de sus pecados por el camino de la perfeccion, y despues se pararon, y volvieron á Dios las espaldas, soltando la rienda á sus desordenados apetitos, y dieron consigo precipitados en los abysmos! Y así, importa muy poco el haber sido uno virtuoso, si le coge la muerte en pecado mortal; y si al tiempo que le llama el Divino Esposo, se halla sin óleo de la Caridad, como las Vírgenes necias, pues al tal le darán con la puerta en los ojos; y el que pensaba hallarla abierta para el Cielo, dará consigo en el Infierno.

Ponialos por exemplo los trabajos, que padecieron los Israelítas, quando los llevó Moysés por el Desierto; (3) que no por esto dexaron el camino comenzado, ni se volvieron á Egypto, de donde habian salido, porque llevaban esperanza, de que presto llegarian á la tierra de Promision. ¡Oh quantas veces le sucede al Justo esto! El qual, habiendo salido del mundo, ú del pecado, empieza

(1) *San Atan.* (2) *San Atan.* (3) *Exod.* 15.

za á caminar por el camino de la virtud, se le ofrecen mil dificultades; unas veces, porque le falta en este camino el agua de la Divina consolacion; otras el sustento espiritual del alma; y á veces se le pondrá delante un mar de impedimentos y tribulaciones; y con todo eso, no vuelve atrás, antes valerosamente prosigue su camino; porque sabe, que al fin de él le espera, no la tierra de Promision, sino un Cielo prometido, que le dará Dios al que perseveráre en su servicio.

Otras veces les decia, que los demonios tienen grande odio y aborrecimiento contra los Christianos, y en particular contra los Religiosos, y Vírgenes, y que usan de muchos artes y engaños para hacerlos caer y que pierdan la gracia Divina, tomando ya figura de lobo, ya de vulpeja; unas veces de cordero, otras de leon, para engañarnos con estas sus disimulaciones; pero que todas sus astucias y embustes, se deshacen con la confianza en Christo, que los desarmó en la Cruz y les quitó las fuerzas, sino es que nosotros, por nuestra culpa, nos volvamos á entregar á ellos.

Y que para ausentar la pereza, el mejor remedio es, tener siempre presente la incertidumbre de esta vida; y por la noche, no aguardar á la mañana, y en el dia, no dilatar la enmienda para la noche; pues no sabian, si les cogeria la muerte en la edad anciana ó juvenil, durmiendo ó velando, ú divertidos en los placeres del siglo, como le sucedió á Amón, de quien cuenta la Sagada Escritura, (1) que confiado en la misericordia infinita, de que le habia de dar larga vida, y en la vejéz tiempo suficiente para convertirse y hacer penitencia, como su padre Manasés lo hizo; (2) con esta vana confianza, cometió inumerables pecados, y se dió á todo género de apetitos y deleytes. Pero le sucedió muy al contrario de lo que imaginaba, porque sus Vasallos se levantaron contra él, y le quitaron la vida á puñaladas, y solo reynó dos años; con que ni se convirtió á Dios, ni tuvo lugar para hacer penitencia, sino que murió en lo mejor de su juventud, sumergido en sus vicios.

CAPITULO XVII.

DE EL GENERO, QUE San Antonio gobernaba á sus subditos; y como amparó á dos Monges, que no los querian recibir en sus Monasterios.

SAn Antonio, como buen Prelado, suplicaba contínua-

D men-

(1) *Geneb.* 4. *Reg.* 21 2. *part.* 23. (2) *Geneb.* 346. 4. *Reg.* 21. 1. *part.* 23.

mente á nuestro Señor, le asistiese con su Divina gracia para regir á sus Monges; que cierto es necesario el celestial favor, para acertar en una cosa tan ardua y dificultosa; y donde tantos, de muy buenos entendimientos y grandes Letras, suelen peligrar; porque esta sabiduría práctica no se aprende en los Libros ni en las Escuelas estudiando, sino en la oracion orando, y pidiendosela con humildad á nuestro Señor: y para conseguirla, siempre oraba; y quando era necesario, tambien tomaba consejo para acierto de la buena direccion de sus acciones; porque tenia por muy dificultoso dexar de hacer muchos yerros, el que solo por su dictamen se gobernase. Así se leé en el Apocalypsi, (1) que el que estaba sentado en el Trono, tenia cerca de sí, á la redonda, veinte y quatro Ancianos, para enseñar á todos los que están sentados en la Cátedra de la Prelacía; deben tomar consejo, y estár cercados de Ancianos Sabios, experimentados, temerosos de Dios, desapasionados y de buenos sentimientos, porque este sagáz modo de gobierno tiene muchos bienes; porque además de ser gobierno humano, se aprovecha el Prelado, y apropia á sí la prudencia y experiencia de aquellos con quien se aconseja, y sabe lo que se dice de su gobierno, y lo que es intolerable ó pesado, y descubre los talentos y sentimientos de aquellos con quien comunica y consulta, y los va haciendo hombres, é incorporando en ellos su espíritu; y para que viviesen en paz y quietud, procuraba conocer la complexion de cada uno, y se hacía todo á todos, como lo hacía San Pablo, para ganarlos á todos; traíanlos á Dios por aquello que ellos sabian hacer, no por lo que sabian; porque á los que eran buenos para exercer un oficio, no los ocupaba en otro, donde peligrasen y perdiesen su recogimiento y virtud; y de este género los unía, hermanaba, y enfervorizaba en el Amor Divino, y tenia sus Comunidades bien concertadas; porque no solo miraba en que fuese lícito y con buena intencion en los oficios que les encargaba, lo que mandaba, y conforme á la ley, sino que atendia á que fuese proporcionado, para que lo obrasen prontamente, con alegria y buena voluntad, y agrado de nuestro Señor y aprovechamiento de sus almas.

De esta suerte se regía con sus Monges á quienes trataba con tan sumo amor, que ni la sobrada llaneza le hacía despreciable, ni la severidad aborrecible. Era muy caritativo, particularmente con los

(1) *Apoc.* 4.

los que estaban enfermos, y los asistia con todo lo necesario, y les daba un enfermero de caridad, que los supiese confortar y regalar, y él mismo muchas veces los solia visitar; limpiaba y curaba á los llagados, y componia las pobres camas; lavaba las ollas y platos en que comian, (grande y raro exemplo de humildad, digno de eterna memoria, y justo estímulo para las personas que rehusan de hacer una visita al que está con pequeños males, temiendo se le ha de comunicar el mas leve contagio; los quales enferman mas de imaginacion que de la ocasion) y les consolaba y acariciaba, mostrando en su venerable semblante la compasion, que de verlos padecer tenia; y los animaba, para que llevasen con paciencia los dolores y trabajos, y los declaraba el gran bien que en esto está encerrado; pero con tanta discrecion, que no los impedia el alivio que tenian en significar sus achaques; y quando corregia alguno, era con tan maravillosa sabiduría, que sus reprehensiones iban destiladas poco á poco, con unas palabras que alumbraban el entendimiento, para que conociesen que lo que les aconsejaba, era lo bueno; y con tanta dulzura, suavidad y amor, como la Esposa, tratando en los Cantares de los labios de su Esposo, dice: (1) *Que destilan myrra bonísima, van dandola gota á gota, destilada la maleza que tiene, y es bonísima en superlativo grado.* A esta mortificacion, á esta myrra llama la misma Esposa Panal de miel: *Tus labios destilan un panal de miel; y debaxo de tu lengua hay miel y leche.* Llama panal; porque el panal tiene cera para alumbrar, y tiene miel para comer; tiene luz para el entendimiento, y afecto dulce y amoroso para la voluntad; y así, las reprehensiones que daba á sus Subditos, de tal suerte eran myrra, que iban destiladas gota á gota, y muy poco á poco, quitando la maleza del desabrimiento de ojeriza, de chismes, y de satisfacer los disgustos; de modo, que eran para ellos panal de miel, lleno de luz, de dulzura, de suavidad, y leche que los animaba, consolaba, y confortaba, para que observasen la vida Eremítica, y tolerasen con paciencia los trabajos del Yermo; y tanto el sagrado Abad se esmeraba por el cuidado de sus ovejas, que como solícito Pastor, siempre velaba sobre su guarda, porque no se perdiesen; y á las que lo necesitaban, daba el sustento corporal, y socorria en sus necesidades, asistiendolas con quanto habian menester, segun el Instituto que observaban aquellos antiguos Padres, ganando por este camino de la mi-

(1) *Cant.* 5. ℣. 13.

sericordia mas almas, que todos los superiores por el de sus cárceles, cadenas y demás rigores, como se verá por los sucesos siguientes.

A un Monge de la Congregacion de el Abad Elías (1) le acusaron que habia cometido un grave pecado, y el Prelado de aquel Monasterio no quiso oír su disculpa, ó averiguar la verdad; antes, con demasiado zelo le castigó, y despidió de su Congregacion, con notable descredito de el Reo, y gusto de los émulos que le acusaron; y teniendo San Antonio noticia de esto, y de que andaba el Monge atribulado, peregrinando por unas y otras partes de aquellos Desiertos, y casi resuelto á dexar la vida Monástica, y volverse al siglo, compadecido de él, le envió á llamar, ó inspirado de el Cielo, ó por las oraciones del Santo él mismo vino á su presencia, y el bendito Anacoreta le recibió con entrañas de amoroso padre, y le tuvo en su compañia los dias que fueron suficientes para aquietarle y reducirle al estado de la perfeccion; y despues le envió, para que postrandose á los pies de su Prelado, le suplicase con humildad que le perdonase, y admitiese de nuevo en el Monasterio; y habiendolo, con mucho rendimiento puesto por obra, el Abad mal aconsejado, no le quiso recibir; con que de necesidad volvió el Monge al Santo, á quien con sumo dolor, y tiernamente llorando, informó lo que pasaba; y viendo San Antonio, que el que hace estimacion de la enmienda, su deseo es de acertar, le volvió á enviar, y que le dixese de su parte: *Que la Nave padeció naufragio en el piélago de el Mar, y perdió las riquezas y mercaderia que llevaba, y con mucho trabajo arribó á tierra, y que apasionados querian undirla y anegarla, sin entender, que hasta alli se habia librado por la infinita misericordia.* Como esto oyó el Abad y Monges, conocieron el yerro de su frágil precipitacion, y quedaron arrepentidos y enseñados, para no exâgerar las culpas agenas, y corregir con discrecion las faltas de sus hermanos.

Tambien sucedió que los Monges de otro Monasterio acusaron de un mal hecho á un Religioso, (2) el qual viendose afligido y perseguido, y que le querian castigar, se ausentó del Monasterio, y se fue á favorecer del Santo, y los acusadores fueron en su seguimiento, y hallandole con San Antonio no le hicieron mal; y el Sagrado Abad les preguntó: *¿Qué por qué razon perseguian á aquel pobrecito?* Y ellos, con muchas pa-

(1) *Vita Patrum. Prado Espiritual, fol.* 121. (2) *Prado Espiritual, fol.* 157.

palabras, agravaban su delito; y el Monge, temeroso y turbado, con gran dolor y arrepentimiento, confesaba, que habia pecado, pero no tanto como decian; y sobre si era cierto ú dudoso, ú digno de castigo, hubo gran porfia. A todo esto se halló presente el Abad Pafuncio; y viendo que ninguno era en su favor (que tan antiguo es el uso del mundo, que al caído todos sean contra él) salió en su defensa, diciendo esta comparacion ó parábola: *Yo vi á un hombre afligido en un pantáno, metido en el cieno hasta las rodillas; y de allí á breve tiempo vinieron unos hombres, y en lugar de darle la mano para sacarle, le sumergieron hasta el cuello, dexandole casi ahogado.* Entonces San Antonio dixo por Pafuncio: *Veis aqui un Varon, que es mas que hermano, pues con su excelente doctrina puede salvar las Almas.* Como los Monges oyeron esto, se quedaron confusos y arrepentidos de lo que habian hablado contra el Monge, con el qual instantáneamente se reconciliaron, y se desvaneció como humo la amenaza de la discordia, y le recibieron en su Monasterio, donde perseveró toda su vida con mucha humildad, perfeccion y virtud.

CAPITULO XVIII.

COMO EXORTABA San Antonio á sus Monges, para que tuviesen misericordia de los pecadores; y confírmase esta doctrina con algunos exemplos.

EN el pecho, y en los hombros mandó nuestro Señor llevase el Sumo Sacerdote Aaron escritos los nombres de los hijos de Israél; (1) enseñando al Prelado, que ha de tener á sus Subditos escritos en sus entrañas por amor, y llevarlos sobre sus hombros, sufriendo con caridad sus imperfecciones, y apiadandose de ellos en sus caídas, y dandoles las manos para que se levanten. Cumplía muy bien con todo esto, como hemos visto, nuestro Sagrado Abad; y compadecido, no menos de la flaqueza humana, decia á sus Monges, que quando viesen que alguno pecaba, no le condenasen ligeramente, sino con pies de plomo; porque toda facilidad en sentenciar, es hija de liviandad é indiscrecion; y así, aquellos animales mysteriosos, que vieron Ezequiél, y San Juan, tenian los pies de becerro, que anda de espacio y con pausa, para darnos á entender, que con pasos lentos y

(1) *Genes. Aaron.*

prudentes se han de juzgar las cosas de gravedad y peso, teniendo compasion de los caídos en culpas, cubriendo su flaqueza, y mirando por su honra; y si tocáre por su cuenta el corregirles, sea la correccion fraterna primero á solas; despues, si aquello no aprovecha, delante de dos ó tres, á quienes respeten; y si eso no es suficiente, los metan por camino, y castiguen con piedad, sin pregonar sus faltas y descuidos, y poner en plaza las culpas que pueden ser remediadas en secreto; atendiendo, que como aquel pobrecito hermano que teniamos por virtuoso, y sin duda lo sería, por la flaqueza humana pecó ayer, no tenemos nosotros ninguna seguridad de no pecar hoy; porque además de nuestra mala inclinacion, que por instantes nos conduce para caer en culpas, el demonio por su parte no se descuida en perseguirnos, haciendonos cruel guerra, como confiesa el bendito Abad, que muchas veces gemia y lloraba como persona sin remedio, porque se hallaba combatido con tan horribles tentaciones, que aún los vicios, que nunca fueron en él, los sentia encender en su cuerpo, de suerte, que si no fuera por la Divina misericordia, inumerables veces hubiera caído.

Esto dice S. Antonio, para que los Prelados y Señores, amen con caridad á sus siervos arrepentidos, conociendo sus pasiones, que conocidas y consideradas, verán que no son de diamantes ni azero las de los Subditos que gobiernan, sino de carne y sangre como las suyas, y á los vicios de el mundo inclinadas.

Por esta razon el Doctor de las gentes San Pablo, quando hablaba de pecadores, decia: *Yo soy el primero de todos; yo he perseguido la Iglesia de Dios*; y quando veía alguno tentado, se compadecia mucho de él, y decia: *A mí se me ha dado un aguijon de carne, que me maltrata y abofetéa.* Quando miraba la miseria del próximo, decia: ¡*Quién se escandaliza, y yo no me abráso*! ¡*Quién enferma, y yo no estoy enfermo*!

Y San Agustin, quando le daban noticia que alguno habia caído en pecado, decia: ¡*Quién sabe si Agustino caerá*! ¡*Quién sabe si Agustino perseverará*! ¡*Quién sabe si Agustino se condenará*! ¡*Y quién sabe si aqueste pobrecito que yo veo caído en culpa, Dios le levantará, y hará un Santo*! *Y yo que estoy en pie*, ¡*quién sabe si seré un demonio*! El Juicio de Dios es un abysmo, dice el Señor por el Sagrado Evangelista San Lucas, (1) que su ocupacion es favorecer la parte mas flaca; y quan-

(1) *S. Lucas en la Historia del Hijo Prodigo.*

quando ve postrado delante de sí un corazon doloroso y compungido, no puede dexar de levantarle y darle su mano compasiva, y defenderle como á la miserable adúltera de la malicia de los Fariséos; porque es Padre amoroso de despreciados, de perseguidos, de gente pobrecita y miserable, pero dolorida y convertida de todo corazon; porque así como es de su agrado favorecer á los puros é inocentes que le sirven, tambien lo es de amparar las almas arrepentidas, y las tiene en su Divina presencia, como á troféos de su infinita misericordia.

Esta Celestial Doctrina debiamos tener muy arraygada en nuestro corazon, para no despreciar á los pecadores; pues como dice San Agustin, pueden venir por la verdadera penitencia á ser Santos. Y en confirmacion de esta verdad, escribe San Gerónimo, (1) que en Egypto hubo en aquellos antiguos tiempos una doncella muy Religiosa, la qual, á imitacion de la vida que San Antonio hacía en el Yermo, se recogió en una casa apartada del bullicio, en compañia de otras doncellas, donde perseveró nueve ú diez años, viviendo con tan heróyca virtud y humildad, que admiraba; pero despues se ensoberbeció de género, que se juzgaba por impecable; y para castigo y confusion suya, permitió el Señor que se enamoró de ella un Músico, y con su extremada voz, y diciendola cosas de amores, la venció, y ella se le entregó, y concibió y parió un niño, que luego se le murió, quedando tan confusa y arrepentida, que volviendo sobre sí, se reprehendia su flaqueza y pecado, diciendo: *Yo soy la muger mas desgraciada, que ha nacido en el mundo; mi soberbia me tiene justamente puesta en este mísero estado, porque yo menospreciaba á los caidos en culpas; y diciendo esto, se humillaba, aterraba y confundia, pidiendo á Dios misericordia*; y el piadoso Criador oyó sus ruegos, dandola tan eficáz arrepentimiento, que estuvo treinta años en un Hospital sirviendo á los pobres, haciendo muy austéras mortificaciones; de calidad, que el Señor se dió por satisfecho, y reveló á un Siervo suyo, que mas le habia agradado aquella muger en la penitencia, que quando virgen.

No es de menos edificacion y enseñanza otro exemplar que escribe San Geronimo, (2) y dice: que un Monge, llamado Pablo el Simple, estando una vez en la Iglesia en compañia de San Antonio, vió entrar en ella un Monge muy desfigurado, obscuro y as-

(1) *S. Ger. Vit. Patrum, y en Prado Esp. f.* 195. *Reyno de Dios, f.* 103. (2) *S. Ger. Vit. Pat. Sol de el Oriente, f.* 411.

asqueroso, que le traían dos espantosos demonios ligado con fuertes cadenas, que con dificultad le dexaban andar, y que despues le vió salir de la Iglesia limpio resplandeciente, y sin prisiones, acompañado de Celestiales Espíritus; y que los demonios, confusos y avergonzados, por mas que hacian, no podian llegar á él; y viendo esto, preguntó al Monge, que le dixese en caridad, ¿qué le habia sucedido, porque habia visto, que dos demonios le traían cautivo, y veía que los Angeles le volvian libre? Entonces el Monge, públicamente, en presencia de todos los Religiosos confesó entre lágrimas y colores que sacó al rostro su culpa, como se habia entregado al vicio torpe de la lascivia, y pecado miserablemente; y que habiendo entrado en el Templo, fue en tan buena ocasion, que oyó leer lo que dice Dios por el Profeta Isaías: *Laváos, estad limpios, quitad las manchas de vuestras almas, dexad de obrar mal, aprended á hacer bien; y si fueren vuestras culpas en número mas que átomos tiene el Sol y arenas el Mar, las perdonaré por la verdadera contricion*; y que instantáneamente se movió, con esta Divina promesa, á tan gran dolor de sus pecados, que con el mayor afecto que pudo pidió misericordia al Señor, y le prometió firmemente desde alli en adelante enmendarse, y perder, si tuviera mil vidas, antes que volver á ofenderle. Y que apenas (¡oh Bondad infinita!) hizo este propósito, quando su ánima fue llena de todo consuelo. Oyendo esto los Monges, glorificaron al Señor, que con sola su palabra, convierte de un momento á otro las animas de los pecadores, en Siervos suyos.

CAPITULO XIX.

EN QUE SE REFIEREN otros importantes avisos que daba San Antonio á sus Monges; y la paz y amor que guardaban entre sí.

EN cierta ocasion (estando en presencia del Santo sus Discípulos) comenzaron á conferir, sobre qué virtud, entre todas, es la mas principal para alcanzar la perfeccion; dixo uno, que la castidad; porque hace á los hombres casi iguales á los Angeles; otro, el ayuno; porque es poderosísima arma contra las tentaciones de el demonio; otro, que la Oracion; por ser norte de la vida Christiana, y quinta esencia de las virtudes; qual alababa el retiro y la soledad, que libra de malas compañías; quien la limosna y misericordia con los pobres, obra tan acepta á los ojos de Dios, que es llave maestra de los Alcázares Celestiales; quien la obediencia, sujetando la libertad humana-

mana á la voluntad de otra criatura; quien el silencio, freno de el miembro mas perjudicial y nocivo; quien las vigilias, importantes para despertar el ánimo á la contemplacion Divina, y útiles para adormecer el cuerpo, porque no siga á su amigo el mundo; quien el desprecio de las riquezas perjudiciales. Y S. Antonio, atento á estos devotos coloquios, satisfizo así á las dudas propuestas: quien quisiere ser casto, resistiendolo la Consorte en su Matrimonio, trocaria el bello diamante de la Castidad, en pedernal tosco; el que tratase de ayunar hasta morir, sería homicida de su vida; el que pasase en la Oracion muchos dias y noches continuos, olvidandose de dar sustento al cuerpo, por tenerle ya el alma, haría pasto al Infierno de su abstinencia; el que por retirado, faltase á la obligacion de oír Misa, no cumpliria con el precepto de santificar las Fiestas; quien por dar limosna hurtase, como dicen, para dar por Dios, sería Ladron, y no Santo; y el que de puro obediente contraviniese á los supremos Mandamientos, sería necio, mas que bien mandado; quien por velar mucho, faltase, por las malas noches, á dar los buenos dias que debe á su familia, no pudiendo en ellos trabajar por aquel quebranto, ni proveerles de sustento, sin duda sería torpe vigilante, quando en lo contrario feliz durmiente; quien al desprecio de las riquezas añadiese el sobrado aprecio de los ricos, como de los antiguos Filósofos, sería alguno de ellos, y falso pobre de espíritu, y verdadero avaro; y quien por la caridad de restaurar el mundo, cometiese un venial pecado, haria un acto ilicito, y pecaminoso; por lo qual, carisimos hermanos, aunque habeis dicho bien, no dais en el blanco; porque infaliblemente, lo que es mas necesario para ser uno perfecto, es la prudencia; porque todos los exercicios de las virtudes, si no van hechos con discrecion, ni agradan á Dios, ni son actos de virtud.

Semejantes consejos contínuamente daba el Santo á sus Monges, y con sus encendidas exôrtaciones los inflamaba en el amor Divino, y al olvido y menosprecio de las cosas visibles; y como ellos estaban bien cultivados, fácilmente se les imprimia la perfeccion que el Santo les comunicaba, de lo qual se seguian copiosísimos frutos y colmada cosecha; de género, que estaban aquellos Desiertos llenos de Coros de Santos Monges, que leían, oraban, cantaban, lloraban, y se afligian por sus pecados y por los del mundo, y representaban á los que lo veían, una viva imagen y perfecto retrato del Cielo; porque habia entre ellos suma

paz

paz y concordia, sin ambicion, envidia, murmuracion; y sin reprehension de nadie, resplandecian sus virtudes en tan heróyco grado, como dice San Juan Clímaco, (1) que casi estaban olvidados de la tierra; y en confirmacion de esta verdad, escribe: que un Santo Monge del Yermo se admiraba mucho de que los hombres de el mundo tuviesen discordias y riñas, y de que se injuriasen é hiriesen. Y visto esto por otro Religioso anciano, quiso enseñarle la forma como esto pasaba, y le dixo: mira, pongamos aqui un ladrillo; dirás que es tuyo, y yo diré que es mio; y con esta forma de porfia, tendrás conocimiento de las porfias y disturbios del siglo; y así, comenzó el mas anciano, y dixo: este ladrillo es mio. Respondió el mozo: si es tuyo, llévalo, que yo no le quiero. Respondió el anciano: no dices bien para conocer como son las porfias; y así, volvamos otra vez, y diràs como yo digo. Volvió segunda vez á decir el anciano, este ladrillo es mio. A lo qual respondió muy pacíficamente el jóven: pues si es tuyo, llévalo en hora buena, que yo no le quiero; y de esta forma estuvieron ensayandose para saber porfiar, y no lo pudieron aprender; y conformes en una voluntad, se lamentaban de las contiendas y perdicion del mundo.

Aprende tú, dice el Santo, á no porfiar, y á no ocasionar turbaciones entre tus próximos; ámalos con perfecta caridad, y serás verdadero Discípulo de Christo, é imitador de estos benditos Anacoretas, que aunque eran tantos en número, como refiere San Gerónimo, (2) que hubo Monasterio de tres mil Monges, que moraban juntos; y que en la Tebáyda, junto al Rio Nilo, hubo Convento que tenia mas de tres mil Doncellas consagradas á Christo; y aunque eran tantas voluntades, solo era un querer el suyo; porque estaba tan radicada la caridad entre ellos, que no sabian el nombre de discordias ni porfias.

CAPITULO XX.

COMO SAN ANTONIO fue el primer Padre que instituyó en Egypto la vida Heremítica; y la Regla y Exercicios que observaban sus Discípulos.

ANtes que tráte de la Regla que observó nuestro Sagrado Abad y sus Monges en los Desiertos de Egypto, demostraré, como lo entiendo, quien fue el primer Patriarca de la Observancia Monástica, siguiendo lo cier-

(1) *S. Juan Clímaco, Vit. Patr.* (2) *S. Ger. Vit. Patr.*

cierto, y dexando lo dudoso que no tiene probabilidad ni sólido fundamento entre tantos pareceres y várias contradicciones que en diversos Libros he hallado, acerca de si San Antonio fue, ó no, el primer Instituidor de los Cenobitas y Hermitaños; porque unos refutan, lo que otros con inumerables opiniones alegan en su derecho; de cuya confusa leyenda, no sacan los desapasionados gusto ni fruto espiritual, sino desvanecimiento; y mas considerando, que la felicidad eterna que gozan en el Cielo los Santos Fundadores de las Sagradas Religiones, no la consiguieron por haber sido en este mísero valle de lágrimas mas ó menos antiguos, unos que otros, sino por la observancia del Instituto de sus Reglas, virtudes y buenas obras, por la qual razon dexaré lo inútil, y tocaré de paso lo que hace mas á nuestro propósito.

El Reverendísimo Padre Fray Tomás de Jesus Maria, Provincial de los Religiosos Descalzos de nuestra Señora del Carmen, en el Libro que compuso de la Antigüedad, y Santos de su Orden, (1) año de 1609. dice: Que en la Ley antigua, S. Elías Profeta fue el que dió principio en el Monte Carmelo á la Observancia Monástica, y que tuvo por Discípulos á San Eliséo, y á los hijos de los Profetas, permaneciendo de unos en otros el Estado de Religion que habia instituido en el Carmelo, hasta que Christo Señor nuestro encarnó, y vino al mundo; en cuyo tiempo, San Juan Bautista le renovó, morando en el Desierto, y le continuó San Marcos Evangelista, que fundó en Alexandria muchos Monasterios de Monges de los Esenos, que todos fueron verdaderos descendientes en el Instituto y Orden de los Santos Profetas, Elías, y Eliséo, los quales comian cada dia una vez, guardaban silencio, y no tenian propios. Véase al P. Fr. Gerónimo de San Joseph, docto y eloqüente Historiador, en el primer Tomo de la Historia del Carmen Descalzo, donde el Lector conocerá la calumnia y mentira de los Hereges, que con el odio mortal que tienen contra el Instituto Sagrado de la vida Religiosa, niegan la antigüedad de la Observancia Monástica. De el Instituto de estos Monges Esenos, dice el dicho Padre, que era el Venerable Anciano, á quien San Antonio solia visitar, y estuvo algunos dias en su compañia, quando dexó su casa por el Desierto, recogiendo las flores de las virtudes que veía resplandecer en los Reli-

(1) *Fr. Tomás de Jesus Maria en la antigüedad de la Religion del Carmen, fol.* 177.

ligiosos que habitaban junto á poblado; y despues, siendo por el Anciano instruido en la Disciplina Monástica el bendito Abad, aunque no fue el primer Patriarca de los Monges, fue su Caudillo, Capitan insigne, que restauró, aumentó y levantó el Estado Monástico que estaba ya caído. Hasta aqui es del dicho Autor; y San Gerónimo, (1) hablando de nuestro Padre, dice estas razones: Entre muchos, y no pocas veces se ha dudado, y puesto en qüestion, qual principalmente fue el primero que vivió en el Yermo. Algunos, haciendo memoria de los siglos pasados, dicen: Que el Profeta Elías, y San Juan Bautista, fueron los primeros que hicieron vida Heremítica; de lo qual dice el Santo, que á su juicio, fue Elías mas que Monge, y San Juan comenzó á profetizar antes que naciese. Otros afirman, que San Antonio fue el Fundador de esta manera de vida; y esta opinion sigue toda la gente vulgar; lo qual en parte es verdad; porque aunque absolutamente no fue el primero; mas fue ocasion con su exemplo, para mover los deseos de todos.

Y el Venerable P. Fr. Luis de Granada, tratando de esta propia materia, las quales palabras tomó de Sozoméno, (2) en la Historia Tripartita, dice: Hay algunas personas, que creen que el origen de vida que observaban muchos Christianos en la soledad, apartados de los Pueblos, fue por huir de las persecuciones de los Gentiles, y por esta causa se escondian en lo inculto de los Montes; de lo qual dimanó, que con el tiempo se acostumbrasen á esta manera de vida; pero ahora hayan dado principio estos, ú otros mas antiguos; á lo menos, lo que se tiene averiguado acerca de todos, es, que el excelente Monge San Antonio la puso en orden, y en la cumbre de la perfeccion.

De este mismo parecer es el Padre Maestro Clavél, tratando de la antigüedad y Regla de su Padre San Basilio Magno, (3) donde dice: Que el Monachismo que nuestro Señor Jesu-Christo instituyó, y profesaron sus Apóstoles, y San Marcos dilató, le comenzó á resucitar San Antonio, porque estaba casi destruído, ó muy cerca de hacer total quiebra, por las grandes persecuciones de la Iglesia; y que el Santo dió principio, ó instituyó en Egypto la vida Heremítica y solitaria.

Y El P. Maestro Fr. Hermenegildo de San Pablo, (4) en el origen

(1) *S. Ger. Epist.* 51. *f.* 220. (2) *Simbolo de la Fe, c.* 25. *f.* 448. (3) *Regla de S. Basilio lib.* 2. *c.* 8 *f.* 226. *y f.* 463. (4) *C.* 11. *f.* 158.

gen y continuacion de la Religion de San Gerónimo, dice: que San Antonio, perdiendo el miedo á los Yermos, intentó, y se atrevió con esfuerzo á abrir la puerta á la vida de solo en las soledades, ignorada hasta entonces de los Monges.

Tambien el Padre Maestro Fray Lorenzo de Zamora, del Orden de San Bernardo, en la septima parte de la Monarquía Mystica de la Iglesia, (1) dice: que fue gran Padre de inumerables Monges, honor de el Estado Monacál, prodigio glorioso de Egypto, objeto agradable á los Divinos ojos, y Capitan General de los Anacoretas; pues puesto delante de todos, alcanzó mil triunfos de los enemigos infernales; que (fuera de uno) á los otros que en las soledades vivian, llevó la primicia, gloria y flores de el Desierto; y que para escribir las grandezas de Antonio, á quien el mismo Dios prometió hacer su nombre célebre y famoso en el Orbe, los ingenios mas sutíles, por mucho que digan, quedarán cortos, y las lenguas eloqüentes, mudas.

Y San Atanasio, (2) Autor tan fidedigno de aquellos tiempos, escribe: que aunque es verdad, que antes que el Santo viniese al mundo, habia ya Monasterios de Monges, eran muy pocos, y estos estaban fundados en las Ciudades, y Lugares poblados, y que no habia habido Hermitaños, hasta que San Antonio se retiró al Desierto; por cuya razon, San Gregorio Naciancéno le intituló norte de la vida Heremítica; y Casiano, y Don Bartolomé Cayrasco, (3) en su Templo Militante, Príncipe de los Santos Hermitaños; Polidoro Virgilio, Cabeza y Fundador de los primeros Monasterios de la Tebayda, Nitria, y Scitia; y el Doctor Máximo, Ilustrador de los Yermos; Y San Agustin, idéa de santidad, y Maestro del Orbe; San Chrysóstomo, muy parecido y próximo á los Apóstoles en la virtud y perfeccion; y las Tablas Egypcias, Santo, Justo, Lucero del Desierto, y gran Padre de todos los Monges; San Juan Damascéno, Príncipe, y Auspice de la vida Monástica; San Aldelmo, Agricultor Divino y Sembrador Evangélico; el Doctor Fray Hypolito Sampér, Sacro Archimandríta de Egypto; Don Joseph Navarro, (4) Portento de la gracia; y Don Gaspar de la Figuera, (5) el Magno de los Anto-

(1) *F.* 407. (2) *S. Atan. en la Vida de S. Antonio, cap.* 7. *Rosviedo, en la Edicion de su Vida. Sol del Oriente, fol.* 103. (3) *Templo Militante, en la* 1. *part.* (4) *Navar. en la Vida de San Antonio.* (5) *D. Gaspar de la Figuera, en el Sol del Oriente.*

tonios, y Máximo de los Anacoretas, insigne ilustrador de la vida Monástica, Sol rutilantísimo de la Iglesia, nuevo Miguél contra el demonio, otro Bautista en la Penitencia, y zelo rival del Thebéo Pablo, gloriosísimo Emulador de Elías, y Eliséo. Finalmente, aunque pudiera referir otros muchos elogios, que los Católicos Autores, y Santos dan á mi Sagrado Abad, los omito por no ser prolixo, describiendo solo, lo que el Maximo Doctor dice en alabanza de San Antonio, en la Epistola octava, (1) donde exôrtando á un Monge, llamado Paulino, le dixo: que imitase y tuviese á San Pablo, y San Antonio por sus Príncipes y guias, aunque sus Príncipes eran Elías, y Eliséo; (2) y Capitanes los hijos de los Profetas que vivian en los campos y soledades, y hacian sus moradas cerca de las riberas del Jordán, alimentandose con hierbas silvestres.

Con que de lo dicho sacamos, como tambien consta por las Crónicas de la gravísima Religion de Nuestra Señora de el Carmen, que si San Elías Profeta en la Ley antigua, fue el primer Patriarca de la Observancia Monástica; en la de Gracia, despues de San Juan Bautista, y San Pablo Hermitaño, es San Antonio unico Príncipe de los Anacoretas, y Reformador insigne de los Monasterios de Egypto, y primer Prelado de los que se fundaron en las soledades de la Tebáyda, y Nitria.

Y en quanto á la Regla que instituyó para que la observasen sus Religiosos, referiré como se sigue. El Padre Maestro Fray Hernando Suarez, (3) dice: que San Antonio no dió á sus Monges Regla por escrito que guardasen; porque el Santo no se obligó ni sus Monges, por voto ni Profesion á ninguna Regla particular, solo observó la Regla Evangélica, y la forma de vivir de los Apóstoles, exercitandose cada uno segun sus fuerzas, en la vida espiritual, tomando unos el cotidiano alimento al poner de el Sol; otros de dos á dos dias; otros estaban toda la noche en pie orando, y por el dia trabajaban en la labor de manos; y que aunque dexaban sus haciendas, y las daban á pobres, para librarse de los cuidados del mundo, y servir á Dios con toda perfeccion y desasimiento de criaturas, no hacian esta renunciacion por voto ni por obligacion; y así, podian tener dos, ó mas túnicas, y disponer de ellas á su voluntad quan-

(1) *S. Ger. en la Epist.* 8. *fol.* 79. (2) 4. *Reg.* 6. *San Geron. en la Epist.* 3. *fol.* 37. (3) *El Padre M. Fr. Hernando Suar. Histor. Anton. cap.* 17. *cap.* 9. *fol.* 10. *fol.* 18.

quando morian; como tampoco se obligaban por voto á traer un habito señalado y particular, sino que cada uno podia usar del habito que le parecia mas conveniente; pero que no se duda, que pues nuestro bendito Abad vestía un habito austéro y humilde, y usó de escapulario y capilla, que sus hijos andarian de la misma forma, y mas los Monges que moraban en Comunidades, usarian todos de un habito, de un color, y hechura; porque la diferencia en los habitos no hiciese desiguales á los que se habian retirado del siglo; para habitar con todo su ánimo y rendimiento de la propia voluntad en un Monasterio; y que aunque nuestro Padre no escribió, ni dexó escrita Regla particular que guardasen sus Monges por obligacion, y los que despues le habian de seguir; no se ha de pensar, que tan perfectísimo Varon pasó ociosamente su vida entre tan inumerables y santas compañías de Discípulos, sin darles preceptos para bien vivir; porque les dió de palabra preceptos y regla que guardasen; y contínuamente les aconsejaba, que observasen pobreza, obediencia, y castidad; y en todas sus Pláticas les daba saludables avisos, para que viviesen perfectamente, y resistiesen las tentaciones de los demonios, y olvidasen los placeres del siglo.

Y concluye, diciendo: que es de advertir al Lector, que se hallan algunas cosas escritas de San Antonio, que como no tienen fidedigno Autor, así no tiene fundamento de verdad el decir, que fue Abad de un Monasterio en la Ciudad de Patrás, y Sacerdote, y otras muchas cosas diferentes de lo que escribieron San Atanasio, San Gerónimo, y Casiodoro; porque Patrás no es Ciudad de Egypto, ni la Tebáyda, sino en la Provincia de Acaya, en la qual padeció martyrio el Apostol San Andrés.

Y que aunque se tiene por cierto, que fue gran Padre, y Abad, instituidor de los Hermitaños; los Monasterios que fundó, no fueron en Ciudades y Lugares poblados, porque siempre moró en los Montes y soledades, los quales dichos Monasterios, á el principio no eran Claustrales, porque las Celdas estaban fabricadas por aquellos Yermos, muy distantes las unas de las otras; pero que despues, con el tiempo se fabricaron algunas con dormitorios cerrados; esto es en suma lo que el Padre Maestro Suarez dice.

Con que proseguiré esta Obra con las noticias que nos da Basilio Santóro (1) en las Vidas de los Pa-

(1) *De los Monasterios de dormitorio cerrado que tuvo San Antonio,*

Padres, y Fr. Francisco de Vivár in Veteri Monachatu, donde en diferentes Capitulos hacen memoria del estilo y regla que observaba San Antonio; y dicen, que jamás hubo avariento tan codicioso de bienes temporales, como lo fue del tesoro de la santa pobreza; porque sabía, que con esta moneda se compran los bienes eternos; y así, primero que admitia á sus Monges al estado de la perfeccion, solia exâminarlos, para ver quan desasidos venian de los intereses del mundo, si su vocacion era verdadera, considerando, que muchos dicen que desprecian las riquezas, y luego huyen de las casas necesitadas; y por esta razon les advertia, que si querian ser como debian, perfectos, y perseverar en la vida Religiosa, no habian de traer al Monasterio hacienda, ambicion, deseo de honras, libertad de comer, beber, parlar, y la costumbre de dormir y regalarse, porque el mismo mundo se las pediria por justicia, y les volveria á él, ó á lo menos andarian siempre suspirando, como otros Israelítas, por los deleytes y ollas de Egypto.

Y para que fuesen pacificos, moderados, obedientes, y tuviesen entre sí union y hermandad, ordenó, que en cada Monasterio hubiese uno, ú dos Sacerdotes que les administrasen los Sacramentos, y un Abad, que entonces los intitulaban Archimandrítas; y que en faltando uno de estos, eligiesen por votos secretos á otro en su lugar; atendiendo, que fuese hombre prudente, afable y virtuoso, para poder obtener la Dignidad de Prelado, y gobernar con discrecion á los Subditos, cuidando de su alimento, y aumentos espirituales. (1)

Y conociendo, que á el Religioso ocupado le tienta un demonio, al ocioso legiones de ellos; al fin de que no lo estuviesen jamás, introduxo la obra de manos, recomendada por el Apóstol; (2) y que hubiese en cada Monasterio uno, ú dos Procuradores; los quales, para exercer este oficio, habian de ser muy virtuosos y avisados, ancianos y experimentados, para que por su cuenta corriese el despachar la obra que hacian, y comprar pan y legumbres para sustentarse; y en quanto á los Exercicios Espirituales que obraban, y del género que se gobernaban en sus Congregaciones, se verá por lo que escribe San Gerónimo, (3) per-

---

nio, hace memoria Fr. Francisco de Vivár, in Veteri Monachatu; y en el Autor citado; y Basilio Santóro, l. 1. y 2. en la Vida de San Pabl. el Simple. (1) *Sol del Orient. fol.* 53. (2) *San Pab.* (3) *San Ger. Ep.* 22. *cap.* 15.

persona tan santa, que vale por muchos en autoridad, virtud y erudicion.

Y dice, que vió en aquellos tiempos en Egypto tres géneros de Monges; unos se intitulaban Cenobítas; otros Anacoretas; otros Remebt; estos eran tenidos en el mas infimo grado de Monges; juntábanse tres, ó quatro, ó pocos mas, y moraban en las Ciudades y Lugares poblados, sin tener Superior á quien obedecer. Trabajaban de sus manos para alimentarse, y lo que les sobraba distribuían como querian. Tuvieron su principio desde que los Bienaventurados Apóstoles de nuestro Señor Jesu-Christo andaban predicando por el mundo; pues dexando estos aparte, dice el Santo Doctor, hablémos de los Cenobítas, los quales moraban en Comunidad, y su principal cuidado era obedecer á sus Prelados, y hacer quanto por ellos les fuese ordenado. Tenia cada diez Monges un Superior, que llamaban Decurion ú Decano, y cada cien Monges otro Superior que los gobernaba á ellos y á sus Decuriones, y cada Religioso moraba en su Celda, las quales estaban divididas unas de otras, y á la hora de Nona se juntaban á alabar á Dios, y despues de haber cantado muchos Salmos, y cumplido el Oficio Divino, el Prelado de todos les hacia una Plática Espiritual, exôrtandolos á la virtud; y era maravilloso el silencio y la atencion con que le oían; y quando ya era tiempo de tomar el necesario alimento, se sentaban con suma modestia y orden á la mesa; su mantenimiento era pan, legumbres, y hortaliza cocida con sal; vino bebian solo los ancianos, á los quales y á los pequeñuelos, muchas veces daban á cenar; porque la edad cansada de los unos se recrease, y la reciente de los otros no se quebrantase; y despues de haber dado gracias á Dios, y dicho las oraciones comunes, se volvian á sus chozuelas ó celdas, y velaban de noche en la labor de manos, y no salian de su retiro, ni se visitaban los unos á los otros, solo el Prepósito ú Decurion visitaba las nueve celdas de sus Subditos, y al que hallaba ocioso no le reprehendia luego, antes con singular discrecion disimulaba sus faltas, y para su enmienda le visitaba mas contínuamente; y si le veía desconsolado ó combatido de tentaciones, le animaba con mucho amor á la perseverancia en la virtud. El ayuno que observaban por todo el año era igual, salvo en la Quaresma, en que les era lícito tener mas estrechura; y el que queria salir del Monasterio y habitar en la soledad, no se lo impedian: y en particular en las Quaresmas con zelo de mayor abstinencia se retiraban á morar á lo interior de los Desiertos, y se encerraban en

diversas cuevas, y para su sustento llevaban algunos panes, y despues de acabada la Quaresma, muchos se volvian con los panes casi enteros; y otros, con licencia de sus Prelados, se quedaban para siempre en la soledad; mas no por esto dexaban todas las Fiestas y Domingos de venir á la Iglesia de sus Monasterios á oír Misa, y freqüentar los Santos Sacramentos; y las Pasquas, y otros dias señalados, se juntaban en reverencia de Dios y de su bendita Madre, á celebrar las Conmemoraciones, y Aniversarios de sus Difuntos; (1) y era de suma edificacion, lo que movia el ver entrar en los Coros á los ancianos y Venerables Anacoretas, cubiertos de canas, por su mucha edad y flaqueza, que casi no se podian tener en los pies, y á los Religiosos enfermos estrivando sobre sus bordoncillos ó cayadillas, á rezar y cantar alabanzas y loores á Dios, y á orar, y gemir y llorar los defectos de su mocedad, y los pecados de los ignorantes del mundo; y ver de estos santos exercicios los suelos gastados y regados con lágrimas, y muchas veces con sangre, y despues se volvian á su recogimiento, guardando tan precioso silencio, que hubo Monge, que para habituarse á no hablar, traxo dentro de su boca tres años una piedra. (2) Este eficáz remedio habian de usar muchos, que con sus cuentos y vanas parlerías perturban á los Fieles que están en los Templos rezando y oyendo Misa. Mas dexando este punto, escribe Illescas, (3) que el habito que vestian era un manto sin mangas, una piel de oveja, que la llamaban Melota, una cogulla, como capirote de niño, y una cinta de cuero. Todas estas cosas tenian su significacion; y la obra que hacian, que toda se cifraba en cestillas texidas de hojas de palma, y otras cosas semejantes, dice el Venerable P. M. Fr. Luis de Granada (4) que se la entregaban á los Procuradores, para que la despachasen en los Lugares, y del precio se sustentaban, sin pedir limosna ni ser molestos á nadie; y que por el tiempo de la siega, se dividian por los Lugares á segar y trabajar en la labor de la tiera, y por su trabajo les daban ciertas medidas de trigo; y eran tan desasidos del interés, y tan estremada su pobreza, que pun-

(1) *En el Prado Espiritual se dice, como todos los Monges solitarios observaban venir las Fiestas y Domingos á la Iglesia à oir Misa, y á celebrar los Aniversarios de sus Difuntos, c.* 11. *f.* 149. (2) *Paraíso del Alma, cap.* 31. *fol.* 614. (3) *El Habito que antiguamente vestian los Monges. Nicef. Hist. Eccles. 9. cap.* 16. *Illescas en su Hist. Pontific. part.* 1. *l.* 1. *f.* 41. (4) *Símbolo de la Fe, f.* 448.

puntualmente, todo lo que ganaban, lo entregaban á sus Prelados, los quales socorrian con ello muchos pobres, no solo de la Region donde moraban, sino tambien enviaban Navios cargados de trigo á Alexandría, para que lo repartiesen á los encarcelados y peregrinos, y otros necesitados, porque no habia en la Superior Tebáyda tanta abundancia de pobres, para consumir las inumerables limosnas y beneficios de estos Santos Varones.

Mas no por lo que se acaba de referir, dice el dicho Padre, (1) tóme de aqui ninguno motivo para notar á los Religiosos de nuestro siglo, por que no trabajan de esta suerte; porque aquellos no tenian otro oficio mas que invocar á Dios, y su instituto era el trabajo corporal; mas los Religiosos de ahora, además de los Oficios Divinos con que han de servir á la devocion del Pueblo, han de doctrinarle, predicando y administrando los Santos Sacramentos, para cuyo efecto es necesario estudio de letras; con que no se compadece ganar de comer con el trabajo de sus manos.

Tambien acerca de lo que queda dicho, es muy del caso lo que escribe el Padre Fray Juan de la Cruz, en alabanza de las Sagradas Religiones, y otros graves Autores, cuyas autoridades ponemos á la margen.

Y dice: ¿qué fuera de nosotros el dia de hoy, con tantos pecados como hay en el siglo, si no fuera por las Congregaciones de los Santos Religiosos, que moran en la tierra, los quales son medianeros entre Dios y los hombres?

Oh, valgame nuestro Señor, ¡qué es ver el mundo! Cierto, que no parece ser otra cosa, sino una casa de Orates, ver á los mundanos libres, sueltos, desatinados, y como frenéticos, soberbios, presuntuosos, torpes, carnales, deshonestos, sensuales, avarientos, codiciosos, ambiciosos, y seguidores en todo de su propia voluntad. ¿Pues qué remedio habrá mas eficáz, para volver á los hombres de locos en cuerdos, y de imprudentes en Sabios? ¿Qué remedio? Ligarlos, ó atarlos. ¿Y quién será bastante á conseguir esto? Los Santos alumbrados con la luz Divina; San Elías, San Agustin, San Benito, Santo Domingo, San Francisco, San Ignacio, y otros infinitos Santos; y estos edifiquen casas, labren cárceles, grillos y prisiones contra las tres cosas que enloquecen los hombres mas distraídos de el siglo, para que sean prudentes, discretos, y sabios; aten la carne con voto de castidad; las riquezas y codicia de ellas, con pobreza voluntaria; y la propia vo-

(1) *Fr. Luis de Granada.*

luntad, y soberbia de la vida, con obediencia á la voluntad agena, degollando la propia á los pies de otros hombres; y así, entre los locos del mundo, los mas discretos, ó los menos locos, son los mas ligados y encarcelados, los Religiosos, que hoy viven en las Santísimas Cárceles de las Sagradas Religiones. ¡Oh quién ve en ese mundo un hombre soberbio, deshonesto, vengativo, airado, amigo de hacer en todo su propia voluntad, y de cumplir sus apetitos, y pasiones; en conclusion un demonio, un tizon del Infierno, que ni bastaba razon, ni juicio ni justicia para domarle! Entre este en Religion, en dos dias le verán tan trocado, humilde, contrito, casto, pobre, obediente, y tan puro, que parece un Angel del Señor. En aquestas Sagradas Ordenes, (1) se ven en los Coros de dia y de noche los Religiosos orando, contemplando, y subiendose á los Cielos con sus pensamientos y deseos; ya macerando sus carnes con rigorosas disciplinas y asperas penitencias, gimiendo, suspirando y derramando lágrimas en gran abundancia, pidiendo al Altísimo Señor misericordia, por sus pecados y los agenos: Y á las horas, que el profano, regalón, secular, mundano y sensual, se está revolcando en la cama blanda, y entre lienzos y sedas, se levantan con gran espíritu y fervor á media noche á Maytines; y antes que amanezca, otra vez á Prima; y apenas han reposado un poco, quando los llaman á Tercia.

¿Pues quién podrá referir el copiosísimo numero de Religiosos, que asisten á estos santos exercicios? Porque segun escribe Illescas, (2) año de mil quinientos y sesenta y ocho, tenia la Sagrada Religion de Santo Domingo veinte Provincias, y quatro mil ciento y quarenta y tres Conventos, y en ellos moraban mas de veinte y seis mil y quatrocientos Religiosos, y los mil y quinientos eran Maestros en Teología, sin otros muchos que moraban entre Infieles, que se llamaban los Peregrinos; pues desde el año que dexamos notado, que dicho Autor escribió lo referido, se han fundado en toda la Christiandad, y en las Indias Occidentales, muchos Conventos, y crecido el número de sus Religiosos.

Pues la Religion de mi Seráfico Padre San Francisco, no tiene menos ilustres Varones, segun escribe Illescas, que tenia en su tiempo sesenta Provincias; mas despues acá, se han multiplicado en

(1) *El Padre Benito Remigio de los Clerig. Menores en su Relox Espirit. fol.* 23. (2) *El Doctor Gonzalo Illesc. en su part.* 1. *lib.* 5. *Histor. Pontif. cap.* 53. *fol.* 234.

en ciento y quarenta y quatro Provincias, y quatro mil Conventos de Religiosos, y hasta dos mil de Religiosas; y en dichos Conventos moran ciento y veinte mil Religiosos, y noventa mil Religiosas, como consta por el Capitulo General, que se celebró en la Ciudad Imperial de Toledo, año de mil seiscientos y quarenta y cinco, cuyo Autor es el Reverendo Padre Fray Pablo de Mesa, (1) Lector de Teología; y dicho Padre dice: Que no hace mencion de los Religiosos que habítan en treinta Provincias que se han aumentado desde el Capítulo antecedente hasta el referido; y despues acá se han fundado en Europa muchos Monasterios, y muchos mas en las Indias, que parece imposible los Hijos, que tiene esta Seráfica Orden; y así, no es para pasado en silencio el ofrecimiento, que un General de esta Sagrada Religion hizo al Sumo Pontífice Pio Segundo, de treinta mil mancebos Religiosos, para la Conquista de la Tierra Santa; y afirmó á su Santidad, que los sacaria, sin que el Culto Divino recibiese detrimento; pues de la Orden del Gran Padre San Agustin, ¿qué podemos decir, sino que debaxo de su Regla militan mas de quarenta Religiones; (2) y que tiene ella, por sí sola, quarenta Provincias, quince Observantes, y veinte y cinco Claustrales, y ciento y cinqüenta y cinco Conventos de Religiosos, y trescientos de Religiosas; y tiene diez y seis mil Religiosos Profesos, siendo General el Reverendo Padre Christóforo Patavino; año de mil quinientos y sesenta y ocho? Y dice el dicho Autor, (3) que aunque en sus dias salió de esta ilustre y santa Religion de Agustinos, aquel hijo de perdicion, y miembro de Satanás, Martin Lutero, Saxón, no por eso ha perdido nada de sus quilates y valor esta santa Religion; como tampoco perdió su credito la Santísima Congregacion y Colegio de los Apóstoles de Christo Señor nuestro, por haber sido uno de ellos el traidor Judas; porque si Lutero fue tan perverso, no tuvo la culpa la Religion que profesaba, sino su diabólica soberbia, y ambiciosos pensamientos. ¿Pues qué diré de la antiquísima Orden del Carmelo, y de sus hijos Carmelitas, y de nuestra Madre Santa Teresa de Jesus, gloria y honra de la Nacion Castellana, (4) que por

(1) *El R. P. Fr. Pablo de Mesa, Lector de Teologia en el Convento de San Diego de Alcalá, en el Capítulo General que se celebrô de la Seráfica Orden, y dicho P. escribió año* 1645. *Illesc. Histor. Pontif. fol.* 233. (2) *Illesc. Histor. Pontif. fol.* 234. (3) *Illesc. fol.* 235. (4) *Fr. Joseph de Santa Teresa, en sus Flores del Carmelo, fol.* 534.

su admirable virtud y maravillosa vida, cada dia se va aumentando esta Sagrada Religion, y fundando inumerables Conventos de exemplares Religiosos, y de Observantes Religiosas?

¿Pues quién podrá referir el número de Religiosos que militan en las otras Sagradas Religiones, y el copiosísimo fruto que han dado, y dan á la Iglesia? ¡Qué de Pontífices ha habido en ella! ¡Qué de Doctores, Prelados, Vírgenes, Predicadores, y Bienaventurados! pues sola la gravísima Religion de San Benito, tiene quince mil ciento y cinqüenta y nueve Santos Canonizados; ¿pues quién contará los Hereges que han reducido, y los pecadores que han sacado de el cautiverio del pecado y de la sujecion del demonio, y los Infieles que han convertido á nuestra Santa Fe Católica? Porque solo San Francisco Xavier, segun refiere el Padre Garcia, (1) bautizó por su mano mas de un millon y docientos mil Infieles; y aun dice Tomás Bocacio, que Xavier (solo en diez años) convirtió mas hombres á Christo, que pervirtieron todos los Hereges juntos, en mas de mil y quinientos. Y para gloria de Dios y devocion de los Fieles, dice el Padre Maestro Fray Cristoval Granados de los Rios, (2) que su Sagrada Religion de la Santísima Trinidad, ha rescatado de poder de Infieles ciento y veinte y siete mil y quatrocientos y quarenta Cautivos, hasta el año de mil seiscientos y quarenta y dos, padeciendo en esto incansables trabajos, y no menos en recoger las limosnas de los Fieles; gastando en este piadoso empleo, por Instituto propio de esta Sagrada Religion, la tercera parte de sus rentas y limosnas; ¿pues qué podrémos decir de la Real y Militar Orden de nuestra Señora de la Merced, que contínuamente se exercita en estas piadosas obras de misericordia, librando á los oprimidos y afligidos Christianos de los crueles tormentos que les dan los Bárbaros? ¡Oh quantos, por el mal tratamiento que les hacen, hubieran renegado y apostatado de la Fe, si con diligencia no los hubieran socorrido estas Santas Ordenes! Con que se conoce la excelencia de tan gran obra de caridad, y el copiosísimo aumento, y util que se le sigue á toda la Christiandad, por las Sagradas Religiones que militan hoy debaxo del Estandarte precioso de la Católica Iglesia; y así, avergüéncense los Hereges, que como rabiosos canes osan morder una tan san-

(1) *El P. Franc. Garcia Epitome de las glorias de San Franc. Xav. fol.* 21. (2) *Histor. de N. S. de los Remedios de la Fuente Santa, cap.* 1. *fol.* 24.

santa Institucion, como es vivir en Religion; y si acaso entre Religiosos hay alguno tal, que no cumple con su obligacion, ¿qué culpa tienen los buenos para que á todos condenen? Con que se conoce su infernal ceguedad y envidia, y que no hay cosa, por perfectísima que sea, que la malicia humana no la pueda y sepa depravar; mas dexemos este punto, que tanto me ha ausentado de el propósito de esta Historia; aunque puede ser, que sea bien á propósito para algunos lo que queda dicho.

Dice San Gerónimo, que despues de los Monges Cenobítas que moraban en Comunidades, se seguian los Anacoretas, los quales despues de estár exercitados en la vida Monástica, los que querian hacer vida solitaria, se retiraban á lo interior de los Yermos, y solo los Sabados y Domingos y Fiestas de guardar, venian á la Iglesia á oír Misa y freqüentar los Santos Sacramentos, y ninguno faltaba á este debido precepto, sino es que fuese por estár enfermo, al qual iban á visitar, no todos juntos, sino cada uno de por sí, y le asistian con mucho amor y puntualidad; y fuera de esta ocasion, no se atrevian á interrumpir el silencio de sus hermanos: huían de las vanas y dañosas parlerías, no queriendo pronunciar con sus labios los vocablos de las cosas y obras contrarias á su intento; y entre ellos habia algunos de tan alta vida, y tan recogidos en sí, que sin tocar en cosa de la tierra, sino á su necesidad, pasaban su carrera, tratando en sus pláticas con solo Dios nuestro Señor; conferian en sí mismos aquellas especies, imágenes puras de la Gloria, no mezcladas con las mentirosas y falsas de la tierra, desde la qual participaban, ó comenzaban á gozar del sumo Bien, y amable conversacion de los Angeles; de calidad, que no parecian hombres mortales, sino Serafines abrasados en el Amor Divino. Los ayunos que observaban, aunque no los guardaban todos los Anacoretas de una forma, causan notable pasmo y asombro á nuestra flaqueza; porque los mas se pasaban veinte y quatro horas sin tomar alimento, y entonces era un poco de pan, ó hierbas, y Policronio solia estár siete dias sin tomar sustento; y San Simeon Stilíta, cinco; y San Pitidion, no se alimentaba sino dos dias en la semana, que eran Jueves y Domingo, ni podia hacer lo contrario, por el hábito que ya tenia hecho á mortificarse. Y porque á algunos les parecerá esto imposible, dice S. Gerónimo(1) (pone por testigo al Señor de todo lo criado) que co-

(1) *Vit. P. cap.* 21.

nació á dos de aquellos Santos Anacoretas; el uno habia vivido treinta años encerrado en una cueva, sustentandose cada dia con un poco de pan, y agua turbia; y el otro habia estado cinco años dentro de una cisterna, que los Syrios llamaban cueva, y se alimentaba con cinco higos secos cada dia; mas sin pelea no se alcanza la victoria, ni la observancia de tan prodigiosa abstinencia. Y así, refiere Sofronio, (1) que habia entre aquellos Santos Padres un Monge muy combatido del demonio, para que relaxase su abstinencia; y á la hora de Prima le fatigaba con tanto desfallecimiento, que no lo podia tolerar; mas con todo eso se hacia fuerte; y para librarse de la tentacion que le perseguia, usó de una santa cautela; y hablando consigo mismo, decia: Bien veo, que me muero de necesidad; mas con todo eso he de esperar hasta la hora de Tercia, y entonces tomaré algun sustento; y llegada la hora de Tercia, decia: En verdad que no tengo de gustar alimento ninguno hasta la hora de Sexta, y así se entretenia hasta aquella hora, y entonces echaba un poco de pan en agua, y decia: Entretanto que este pan se remoja, tengo de aguardar hasta la hora de Nona; y quando venia á la hora de Nona rezaba las oraciones que acostumbraban los Anacoretas, y ponia el pan en la mesa para comer. Esto hizo por mucho tiempo; y al fin sucedió que á la hora de Nona, estando un dia tomando su refaccion, vió que de una esportilla, adonde tenia unos pedazos de pan, se levantó un espeso humo, y se salió de la Celda; y segun se entiende debia de ser el espíritu que le tentaba, por quanto desde aquel dia y hora no sintió, con el favor Divino, la tentacion de la gula, ni tuvo mas desfallecimiento, antes se solia pasar dos dias sin tomar sustento, y no le desmayaba tan largo ayuno.

Estas celestiales flores, y Santos Varones (que por tan estrecho camino llegaron á ser el exemplo mayor de penitencia, favorecidos de la Magestad Divina, que quiso manifestar lo admirable de su poder, alimentandolos casi sin sustento; porque sin el celestial amparo, son inimitables sus ayunos) producian, ó por mejor decir, florecian en los Yermos de Egypto; y esta austéra Regla guardaban hasta que despues vino San Basilio Magno, (2) que los reduxo á una igual, y cierta manera de vivir, y obligó á que hi-

(1) *Sofron. Prado Espiritual, fol.* 84. *cap.* 29. *y el Cardenal Belarm. en el Catecismo de Doctrina Christiana.* (2) *Basilio Santóro, en la Vida de San Basilio el Magno.*

hiciesen los tres votos substanciales de Religion.

Pero antes que San Basilio los reduxese, y traxese á muchos á vivir en Monasterios que fundaron en poblado, observaban todos aquellos inumerables Discípulos de San Antonio tan perfectísima pobreza, obediencia, y castidad, como en el discurso de esta Historia se hace mencion, (1) y en particular se reconocerá por los exemplares siguientes.

Dice Juan Everato, (2) que Amonio fue mucho tiempo combatido con fortísimas tentaciones sensuales; mas fortalecido con la Divina gracia, y movido de las exortaciones de su Padre S. Antonio, resistia varonilmente los combates de Satanás; y para no caer en pecado, tenia puesto en la lumbre un hierro ardiendo, y quando se hallaba tentado, quemaba con él sus carnes, apagando con un fuego otro; y asi sucedia, que si pasaba por junto á la lumbre temblaba, acordandose de las rigurosas mortificaciones que con ella hacía.

Otro Monge, (3) que en el siglo habia sido Alfarero, fue mucho tiempo perseguido con una molestísima tentacion, que le incitaba que dexase el Yermo, y se volviese á poblado, y que allí se casaría; y para ausentar este pensamiento, fabricó de barro una muger, y dos niños, y se decia á sí mismo: Ahora conviene el trabajar doblado, pues tienes hijos y esposa á quien sustentar; con que se imponia tantos exercicios de penitencia, que con ellos venció sus tentaciones.

Muy atribulado era otro con una tentacion contínua, de la memoria de una hermosa dama que habia visto; (4) y teniendo noticia que habia muerto, y viendo que aún la tentacion no le dexaba, se fue á la Ciudad, y tuvo forma de abrir el sepulcro donde la habian enterrado; y en el cadáver, ya hediondo y podrido, revolvió un paño, y le ensució con aquella sangre corrupta; y habiendo hecho esta diligencia, se volvió á su Celda; y quando el demonio le representaba la hermosura de la dama, sacaba el paño, y le miraba y olia, diciendo: Toma, hártate de esta hediondéz; y asi vino á vencer la tentacion que le perseguia.

En quanto á la heróyca paciencia que observaban, es inexplicable; porque vez hubo, que un Novicio, recien ido al Yermo,

(1) *Suar. en la Histor. Anton. El M. Clavél en la Reg. de S. Basilio, f.* 198. *Prado Espiritual, l.* 2. *Flores de la Castidad.* (2) *Reyno de Dios, lib.* 5. *cap.* 8. *fol.* 174. (3) *Prado Espirit. lib.* 2. *cap.* 3. *fol.* 94. (4) *Prado Espir. fol.* 93. *Reyno de Dios, fol.* 174.

mo, (1) no bien olvidado de los malos resabios y chanzas que usaba en el siglo, echó en lugar de miel, aceyte de linaza en unas puches que habia de comer su Maestro; el qual, aunque lo sabía, por darle exemplo, no reparando en el daño que le podian hacer, las comió con apacible semblante, sin hablarle ni reprehenderle: y viendo esto el malhechor, se edificó sumamente; y reconociendo su culpa, se postró á sus pies, y con mucha afliccion, humildad y arrepentimiento, le pidió perdon del agravio que le habia hecho; y el paciente Maestro, con heróyca mansedumbre, le respondió: que no se afligiese, porque si Dios quisiera que hubiera comido miel, no pudiera haberle dado azeyte de linaza.

Admirable era el singular sufrimiento de otro Monge, (2) á quien habian encargado, que cuidase de uno que estaba enfermo en la cama; el qual, una noche, sin reparar en lo que hacia, escupia, y caían las salivas en la cara y en el habito de su bienhechor, que estaba junto á él, recostado en una estéra; y aunque tenia asco, y era movido con ímpetu á decirle, que mirase como escupia; para vencerse, callaba, y tomaba las salívas en su boca, y se las tragaba, diciendo: No entristezcas á tu hermano; y de esta manera pasó toda la noche, tolerando con suma paciencia el inadvertimiento del enfermo.

Tambien á un Venerable Monge le mandaron (3) que asistiese á otro, que estaba enfermo de una penosa llaga, de la qual le salia tanta inmundicia, que no habia quien se llegase á él por el mal olor que exhalaba; mas no por esto dexaba de limpiarle y curarle; pero no pudiendo ya con sus fuerzas sufrir tan mal olor y dilatado trabajo, tuvo tentacion de dexarle; mas volviendo sobre sí, reprehendia su delicadéz y flaqueza: y para mortificarse, y ausentar los malos pensamientos que le perturbaban, animado de la Divina Gracia, se resolvió á no beber otro licor, que el que dimanase de la herida; y así, ponia un vaso de barro debaxo de ella, y la lavaba con agua, y conservaba en él las lavaduras hediondas, las quales eran su contínua bebida; mas el demonio envidioso, viendo quan mal le habia salido su tentacion, le propuso, que haria bien en servir al enfermo; pero no en perseverar en aquella mortificacion, pues era contra caridad; y conociendo el

(1) *Prado Espir. en las Flores de la paciencia.* (2) *Reyno de Dios, lib. 5. fol. 252.* (3) *El Doctor D. Matias de Aguirre, en el lib. Consuelo de Pobres, y remedio de Ricos, fol. 420.*

el caritativo Monge su astucia, mas animoso, prosiguió siempre usando de aquella sucia y amarga bebida, hasta que Dios, compadecido de él, convirtió en aguas dulces y cristalinas, aquella podre, y curó milagrosamente la llaga del enfermo.

En quanto á la obediencia, no eran menos observantes; porque se esmeraban tanto en esto, que hubo un Monge, que estando escribiendo, al tiempo de formar una O, la dexó á medio hacer, por acudir prontamente à su Prelado que le llamaba. (1) Y era tan suma su desnudéz, y lo que apreciaban la virtud de la santa pobreza, que vez hubo el estár enfermo un Monge del bazo, y para hacerle un remedio buscaron un poco de vinagre y no le hallaron, aunque en el Desierto habitaban casi tres mil y quinientos Monges.

No es de menos edificacion el exemplar siguiente; (2) porque habiendo ido unos Varones devotos con provision de aceyte, para darlo de limosna á los Monges que moraban por aquellas soledades, habiendo hallado á un anciano le prometieron parte del aceyte que llevaban; y él, porque no le obligasen con sus piadosos ruegos á que lo tomase, les mostró un vaso pequeño, que estaba lleno de aceyte, que le habia recibido tres años habia de ellos mismos en otra ocasion, y estaba tan entero, como se le dexaron; y viendo esto se admiraron de su abstinencia, y del poco aprecio que hacian los moradores del Yermo de los bienes del mundo.

Otra vez fueron al Desierto unos Señores, (3) y dieron al Sacerdote del Yermo una considerable cantidad de moneda, para que la repartiese entre los Religiosos necesitados; mas él no lo quiso admitir, excusandose, que aquel dia era Fiesta, por cuya razon todos los Monges habian de venir á la Iglesia á oír Misa, y que así, á ellos, mejor que á otro alguno, tocaba el repartir lo que les dictaba su caridad. Oyendo esto los Señores, no le replicaron, antes por obedecerle se pusieron á la puerta de la Iglesia, con una cesta grande llena de dinero, para que cada uno tomase lo que quisiese; y como iban entrando, unos lo miraban, otros huían; y quien, como si fuera veneno, lo menospreciaba; con que ninguno quiso tomar, ni recibir siquiera una moneda; dexando con esta virtuosa accion á los Señores, y á quantos lo supie-

(1) *Reyno de Dios, fol.* 144. *Prado Espiritual, cap.* 4. *fol.* 55.
(2) *Prado Espiritual, l.* 2. *fol.* 58. (3) *El P. Pedro Sanch. de la Compañia de Jesus, Reyno de Dios, lib.* 3. *cap.* 2. *f.* 181.

pieron, muy edificados y confusos.

Tanto como lo dicho era la observancia de pobreza que guardaban, (1) y á los que se deslizaban en el cumplimiento de tan perfecta virtud, sus Prelados los reprehendian muy severamente, como se verá por la correccion que el Abad Pacomio dió á un Procurador, á quien un dia entregó la obra que los Monges tenian hecha, para que la despachase, y el Santo Abad le señaló el precio en que la habia de vender, y este era muy moderado; porque decia, que los Religiosos no habian renunciado el siglo para volver á él á ser tratantes, sino para ser Ministros de Dios, luz y enseñanza del mundo; pues habiendo ido el Procurador á un Lugar, donde asistia mucha gente con sus tratos y mercaderías, al modo que en estos tiempos llamamos Ferias, vendió la mercadería que llevaba, en doblado precio de lo que le fue mandado, juzgando que le gratificarian su buena diligencia y despacho; pero le sucedió al contrario que lo imaginaba, porque Pacomio, viendo quan aficionado era á la grangería de los bienes del siglo, temiendo su perdicion, en presencia de los Monges, para que otros escarmentasen en su cabeza, le respondió muy severamente, y le quitó el oficio de Procurador, y por su inobediencia le dió por penitencia, que ayunase un año á pan y agua, y que se ocupase en las cosas mas humildes del Monasterio, enseñando por este exemplo la puridad y puntualidad que se debe tener en guardar la obediencia, y que estén muy apartados los que tienen á cargo las cosas temporales de qualquier especie de avaricia.

Tambien castigaron aquellos Santos Padres á un Monge, (2) porque llevado mas de su miseria que de la avaricia, le hallaron despues de muerto, cien sueldos que habia llegado poco á poco, de cordones, cintas, y otras menudencias que habia texido, y vendido; y pareciendoles que era un crimen inaudito y un pecado atroz, se juntaron todos á Capítulo, para ver y conferir lo que habian de hacer de aquellas monedas. Los mas piadosos dixeron, sería bien se repartiesen á pobres; otros, no menos caritativos, votaron que se enviáran á sus deudos y parientes; otros, que se dieran á la Iglesia; mas los Santos Macario, Pambo, é Isidoro, con la mayor parte de votos, alumbrados del Divino Espíritu, fueron de parecer y decretaron, que

(1) *Flos Sanct. de Ribad. fol.* 195. (2) *El Doct. Lozano lib.* 2. *del grande Hijo de David, Christo Señor N. fol.* 74.

que enterrasen aquel dinero juntamente con el cadáver del difunto, para que sirviera de exemplar á todos los que perfectamente no guardasen la pobreza Evangélica.

Con que de lo dicho se asienta por cierto, que aunque por voto no guardaban aquellos santos Padres, que fueron el dechado mayor de perfeccion, penitencia, política christiana, y enseñanza en la doctrina, castidad, humildad, caridad, obediencia, y pobreza, la observaban con tanta rectitud, valor y zelo, como el piadoso Lector verá (si acaso aún por lo escrito no está satisfecho) en los Capítulos siguientes; donde si quiere, puede coger con igual exemplo, para su bien y fruto espiritual, como de un jardin ameno, la fragrancia de las flores sentenciosas, llenas de luz y dulzura, que en aquel siglo florecian en los Desiertos de Egypto.

CAPITULO XXI.

COMO SAN ANTONIO exôrtaba á sus Monges, para que no tuviesen codicia.

DIce Paladio, que solia San Macario ir muchas veces á visitar á lo interior del Yermo á su Padre San Antonio, (1) y que una vez sucedió un maravilloso prodigio de gran doctrina y enseñanza; y fue, que despues de haber tenido los dos algunos coloquios de las cosas celestiales, y tambien de lo que pertenece al aprovechamiento espiritual del alma, vió Macario una palma muy crecida y lozana, que estaba en la puerta de su Celda; y enamorado de ella, pidió al Santo, que le diese alguna cantidad de sus hojas, porque le habian parecido bien. No le pareció tan bien su peticion al Sagrado Abad, y amorosamente le reprehendió, diciendo: *Acordaos, Macario, que está escrito en la Ley Santa de Dios, no codiciarás los bienes agenos; por tanto, no apruebo vuestro deseo, sí bien, de buena gana daré lo que pides.* ¡Cosa notable! En diciendo estas palabras, se marchitó la palma, y se la cayeron instantáneamente las hojas, tan negras y requemadas, como si las sacáran del fuego; mostrando con este milagro el Altísimo Señor, quanto le ofende el Monge, que habiendo por su amor renunciado los bienes y riquezas del mundo, se cautiva de las cosas visibles.

Otra vez sucedió, (2) que un mancebo rico dexó el siglo y se hizo Monge, renunciando los bienes del mundo, pero no de to-

(1) *Palad. y en su Itiner. de Exemplos, el P. Alonso de Andrade, gr. 18. fol. 284.* (2) *Prado Espiritual, y el Reyno de Dios, f. 185. Navar. en la Vida del Santo, fol. 52.*

todo punto; porque ocultamente reservó para sí muchas riquezas; y San Antonio, informado de la verdad de esto, le dió á entender por un peregrino estílo, su error, y le enseñó lo que habia de haber hecho para ser perfecto Monge, y que gozase de la paz interior que los verdaderos Religiosos gozan en el alma; y así, le mandó que fuese al Lugar mas cercano, y que comprase en la carnicería un quarto de carne, y que se desnudase un hombro, y que sobre él le traxese acuestas hasta el Monasterio. El mancebo, sin replicar, al punto puso por obra lo que le fue mandado; y viniendo de esta suerte, le seguian y perseguian muchas aves de rapiña y perros que le hacian cruel guerra; unos con las uñas, y otros con los picos le arañaban y herian, por quitarle la carne. Entonces el Santo, que estaba en compañia de otros Religiosos á la mira de este suceso, dixo: *Lo que experimenta este Monge, sucede á los demás, que no renuncian de veras las riquezas del mundo; porque son muy perseguidos de los demonios por lo que no renunciaron, y los hacen vivir inquietamente, y pierden mucho de su aprovechamiento, y viven relaxados en todas sus obras.*

De lo dicho se puede conocer, quan necesaria sea la pobreza de espíritu para la vida quieta de la contemplacion. Así lo dixo el Señor: (1) *Si no renunciareis todo lo que poseeis, no podreis ser mis Discípulos.* Y en otra parte dixo á aquel mancebo rico: *Si quieres ser perfecto, ve, y vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, y ven, y sigueme, porque ninguno puede servir á dos Señores.* San Juan Clímaco, dixo, hablando de la hacienda: como el que tiene grillos, puede dar algunos pasos y brincos, pero con gran dificultad; así el que tiene afecto de el mundo, es impedido andar el camino del Cielo.

Y el Máximo Doctor (2) refiere, que Crates Filósofo decia: que no podian estár juntas las riquezas y virtudes; y nosotros que seguimos á Christo, queremos ir cargados. Y San Laurencio Justiniano dice: el que desprecia las riquezas, se pone en lugar seguro; porque no tiene de donde la fortuna le derribe.

Pero no todos pueden seguir esta renunciacion perfecta, como escribe el Padre Pedro Sanchez, (3) porque los que son seglares, y tienen hijos y muger, necesitan de hacienda para sustentar sus obligaciones; pero en su modo, tienen todos obligacion á observar la pobreza de espíritu en algun grado competente, y no poner el amor en las riquezas, de gé-

(1) *S. Mat.* (2) *S. Ger.* (3) *Reyno de Dios, fol.* 179.

género que le impidan su salvacion; y si Dios le diere mas de lo que necesita para su estado, que lo tenga expuesto para hacer bien, como el Señor dixo: *Lo que os sobra, dadlo á los pobres, y entonces será todo limpio*; por tanto, de aqui se sigue, que la pobreza de los Seglares, es, no adquirir, ni tener algo contra conciencia, y dar de limosna lo que les sobra; de los Sacerdotes, vivir templadamente de el Altar; y de los Religiosos, dexarlo todo por Christo.

CAPITULO XXII.

COMO EXORTO S. ANTONIO á un Cenobíta que era muy incorregible, y lo que le sucedió con él; y se describe la vida de Malco, Monge.

EN cierta ocasion exôrtó el bendito Abad á un Religioso Cenobíta, que era muy impaciente, para que fuese pacífico, y le dixo: (1) *Que aunque le injuriasen, ú diesen una bofetada, no por eso se descompusiese ni vengase, sino que como verdadero Discípulo de Christo, pusiese la otra mexilla para que en ella le diesen otra; que con esta accion humilde, corregiria al soberbio que le agraviase, y conseguiria en la otra vida el premio eterno.* El Monge, mas impaciente con esta exôrtacion, le replicó: *Que ni podia vencerse, ni reprimir sus precipitadas pasiones.* Oyendo el Santo tan altiva respuesta, le dixo: *Que ¿cómo queria ganar el Reyno del Cielo, si no era pacífico? Porque el dichoso, que ha de ser colocado en el Templo de la Celestial Jerusalén, es menester que se lábre en este mundo; unas veces con persecuciones; otras, con tribulaciones y enfermedades; este es el camino mas seguro, por donde lleva á sus escogidos; como á San Pedro, que aunque le eligió para Príncipe y Cabeza de su Iglesia, no le reservó de padecer trabajos, antes le dixo: Que si queria subir al Cielo, era necesario que primero fuese en la tierra crucificado por los hombres del siglo; y á su gran amigo San Pablo, y á San Estéban, que el uno habia de ser degollado, y el otro apedreado; por quanto lo que se padece en esta vida, no dura un momento, respecto de una eternidad; y si ahora los preguntáramos á estos Bienaventurados, ¿quánto duró su martyrio? Dirían, que un soplo; y el premio que gozan, no hay lengua que lo pueda explicar.* A esto el Monge le respondió: *Que aunque era cierto lo que le decia, tambien sabía, que el mas eficáz remedio que hay pa-*

(1) *Vita Patr. c. 19. Prado Espirit. lib. 2. c. 3. Catecismo Romano, pag. 2. fol. 375.*

para librarse de diferencias y pesadumbres, es vivir en soledad, ausente del trato y comunicacion de las criaturas; y que así le suplicaba, que le diese su bendicion y licencia, porque queria retirarse, para habitar en lo interior del Desierto. Admirado el Santo con semejante súplica, al punto conoció la obstinada voluntad y oculta soberbia que se habia apoderado del Monge, que con disfráz de una cosa lícita, como era vivir solitariamente, queria dexar la vida Monástica, y morar en el Yermo; accion, que no se permitía hacer sino á los Monges, que eran de vida aprobada. Y viendo esto el Santo, y la poca perseverancia, que entendió con luz del Cielo, que habia de tener en su soledad y retiro, y que luego se habia de arrepentir y volver al Monasterio, le dixo: *Pues si en eso consiste el que tú tengas la paz y sosiego que necesitas para tu salvacion, haz lo que quisieres; pero mira que es malo hacer uno su propia voluntad.* Mucho le dixo en esto; pareceme que le quiso dar á entender, que uno de los mayores castigos que en esta vida puede dar nuestro Señor á un alma, es permitir que haga su propia voluntad en las obras que son buenas, quanto mas en las que son malas. Por cierto, mayor castigo es este, que si los mandára echar en cárceles y cepos, y si los mandára dar de comer por onzas, y los hiciera desollar vivos. El Pastor, á la oveja que no es propia, déxala que coma, beba y se huelge, y ande á su alvedrio por donde quisiere; pero por este camino, es cierto que caerá en las garras de algunas de las muchas fieras que andan por el campo, y la despedazarán, y entonces pagará por junto lo que comió, y se holgó y anduvo á sus anchuras; pero á la oveja propia, tírala el cayado quando ve al lobo, para que déxe de comer y camíne con las demás; no la dexa que siga sus antojos y gustos. En las Sagradas Letras dice Dios por David: *No obedeció mi Pueblo á mi voz: No quiso poner en execucion lo que yo les mandaba; Israél no hizo caso de advertir á mi intencion en lo que les decia que hiciesen; y viendo que no querian hacer mi voluntad, los dexé que cumplieran la suya. Repudiélos, soltélos, dexélos ir trás sus apetitos, entreguélos en poder de sus deseos, ellos andarán trabajando, y todo sin util, ni sacarán fruto alguno de quanto hicieren*; y veamos ahora en qué pára el cumplimiento de la misma voluntad; porque apenas se ha conseguido lo que se desea, quando todo es desasosiego, inquietud y aborrecimiento.

Y así es verdad: Quien vió á Rebeca tan deseosa de tener hijos; pero estando en cinta, dice el Sagrado Texto, que reñian

los

los dos chiquillos en el vientre de la madre; de género, que la daban grande pena; y sintiendo el dolor que la causaban, vertia muchas lágrimas, y con tiernos suspiros, decia: (1) *¿Para qué tenia yo deseo de tener hijos? ¿Para qué los hé concebido?* Pues en esto para el cumplimiento de la propia voluntad, concediéndonos Dios muchas veces se haga nuestro gusto, para mayor dolor y confusion, como le sucedió á este Monge, que sin atender á los consejos de San Antonio, se ausentó de su Monasterio, para morar en lo interior del Desierto, llevando una estera que le sirviera de cama, y un cantaro en que traer agua. De este género dexarémos que prosiga su camino, que despues se dirá en qué vino á parar su deseo; por referir en el interin la vida de Malco, cuya narracion puede servir de exemplo á todos los que se enamoran de su propia voluntad, y no toman los saludables consejos de sus Prelados.

Malco fue de Nacion Sírio, y natural de un Lugar llamado Maronia, que está distante casi treinta millas de la Ciudad de Antioquía. (2) Fue hijo unico de sus padres; los quales, viendole con suficiente edad, y adornado de virtuosas acciones, le quisieron casar por afianzar la succesion y herederos de su antiguo y rico patrimonio; pero Malco tenia muy diferente intento, porque deseaba dexar el siglo y hacerse Monge; y por esta razon no condescendió con la voluntad de sus padres; antes les advirtió, que no tratasen tal cosa, por quanto él deseaba servir á Dios en vida perfecta; mas sus padres, no atendiendo á sus buenos deseos, unas veces con amenazas, otras con blandura, procuraban rendirle á su voluntad; mas el casto y virtuoso Jóven, viendose perseguido y afligido, y que habia prometido á nuestro Señor permanecer virgen, determinó, por librarse de el peligro en que se hallaba, dexar á sus padres, casa y tierra; y así lo puso por obra, ausentandose de ella sin llevar cosa que le fuese de alivio; dexó el camino del Oriente, por no entrar en Persia, tierra enemiga de los Romanos; y tambien, porque no le prendiesen los Soldados que estaban de guarnicion en los límites del Imperio, guió su viage por el camino del Occidente; y habiendo caminado algunos dias, sin que le sucediese cosa que de contar sea, vino á parar en el Desierto de Cálcide, que está entre Ima-Edesa, donde inspirado de Dios tomó el hábito de

F Mon-

(1) *Genes. cap. 25.* (2) *La Vida de este Siervo de Dios escribió S. Geron. y Sim. Metafrast. Sofron. Prado Espir. cap. 24. fol. 246.*

Monge, y aprendió la Regla y exercicio de la vida Monástica, domando sus carnes con abstinencia y vigilias. Pasó muchos años ocupado en tan santos exercicios; mas al fin le vino gran deseo de volver á su Patria, por haber tenido noticia que su padre era muerto, y por consolar á su madre en su viudéz, y por repartir la herencia que le habia tocado, dando parte de ella á los pobres, y lo demás á su Monasterio. El Abad, que entendió este designio (nada codicioso, mirando mas por el recogimiento de su Súbdito, que por el util que de su herencia á él se le podia seguir) comenzó á dar voces, diciendo: Que aquello era ardid del demonio, que con apariencia de una cosa honesta le queria sacar de la Religion, y engañarle, como lo habia hecho con otros muchos, persuadiendoles, que se volviesen al siglo para exercitarse en obras de misericordia; sin considerar, que con capa de virtud encubre el maligno sus engaños. Referiale muchos exemplos, mas ninguno fue suficiente para reducirle á que desistiese del intento que tenia; y viendo esto el Abad, se postró de rodillas delante de él, suplicandole con tiernas lágrimas, que no dexase el Monasterio ni la compañia saludable de los Monges, ni fuese adonde se viese perdido, pues ya habia renunciado el siglo, y echado mano del arado; mas todas estas amonestaciones no fueron suficientes para que el engañado Malco dexase de hacer su gusto; antes parece que le ponian espuelas á su deseo, y con el que tenia de hacer su voluntad, se despidió de su Abad, y al despedirse, le dió su bendicion, y le dixo estas notables palabras: Véote, hijo, señalado con el hierro de Satanás, y por esto no quiero mas resistir tu gusto, ni recibir de tí ninguna excusa; lo que te encargo, es, que te acuerdes de lo que te digo, que la oveja que se sale del corral, está expuesta á los bocados de el lobo.

Pero Malco, no haciendo aprecio de tan saludables consejos, dexó el Monasterio y llegó á la Ciudad de Beréa, donde estuvo esperando que se juntasen mas pasageros para ir en su compañia á la Ciudad de Edesa, por quanto eran aquellos caminos muy peligrosos, y frequentados de Sarracenos Arabes, gente indómita, atrevida y fiera, sin caridad y religion; mantienense de robar y cautivar; y el dia que no hacen algun perjuicio á los caminantes, no están en sí.

Pues habiendo estado detenido Malco algunos dias en dicha Ciudad, se juntaron hasta sesenta personas que tambien hacian el mismo viage; pareciendole, que yendo muchos en compañia no les osarian acometer, pero se enga-

gañó con este pensamiento; porque sucedió, para mayor desgracia suya, que á la sazon andaban por aquella tierra escondidos entre la espesura de los montes muchos Arabes Sarracenos, los quales, como sintieron gente, salieron á el camino armados de arco, flechas y lanzas, mas sin resistencia cogieron á todos los pasageros, y como á Cautivos, los repartieron. En esta ocasion, bien se acordó el afligido Malco de los consejos de su Abad, y de su temeraria determinacion; y aunque queria arrepentirse de su inobediencia, no le aprovechaba, pues habiendose repartido la presa, tocó por suerte quedar cautivo Malco, y una muger en poder de un Alarabe, muy recio de condicion, iracundo y sin piedad, como suelen, por la mayor parte, ser los hombres que de baxa fortuna llegan á tener algunos bienes y riquezas; por cuyo mandado los pusieron en unos camellos, y sobre ellos caminaron, mas colgados que asentados, por aquellos anchos páramos, con mucho peligro de caerse, por quanto no estaban acostumbrados á semejantes caballerías; y en tan largo camino no les dieron otro alimento, sino carne medio cruda, y por bebida la leche de los camellos; y habiendo pasado un caudaloso Rio, vinieron á parar junto á una cristalina fuente, que estaba en medio de un monte tan alto, que apenas se podia caminar por él, por la mucha espesura de riscos, peñas, alcornoques, palmas, y árboles silvestres que tenia; de género, que lo que la tierra naturalmente habia producido, parecia, que el arte ó industria humana lo habia hecho, para que sirviera de muralla y fortaleza de aquel sitio, en el qual moraba la familia, hijos, y muger del Alarabe; y habiendo llegado á su presencia, hicieron que la reverenciase, y casi adorase, como es costumbre de aquellos Gentiles Bárbaros.

En este Yermo quedó Malco, como en carcel, desnudo y maltratado: lo uno, porque le quitaron los vestidos; y lo otro, porque el calor de aquellos Desiertos es tan grande, que no sufre traer ropa alguna, sino es algun paño, ó lienzo muy ligero, con que se cubren por la honestidad. Y le dieron, porque no estuviese ocioso, por ocupacion, que guardase un hato de ovejas, mas ya este trabajo le sirvió de algun alivio; porque andando con el ganado, se excusaba de la vista de aquellos Bárbaros, y de la comunicacion de los demás Esclavos. Consolábase, con que exercitaba el oficio Pastoril, que habia tenido Jacob, y Moysés, y otros muchos Santos Patriarcas. Sustentábase con queso y leche, que abundantemente le daba el ganado. Empleábase lo mas del

tiempo en orar, y cantar los Salmos, que habia aprendido en el Monasterio; y con estos santos exercicios se entretenia, y daba gracias á Dios por el beneficio, que le habia hecho. Consideraba, que si hubiera ido á su tierra, no fuera Monge con las ocupaciones del siglo, y que alli con aquella pobreza y soledad, lo era.

Pero no por la servidumbre dexaba el exercicio santo de la oracion, antes lo mas del tiempo andaba en meditacion y contemplacion de las cosas Divinas; y visto esto por el demonio y la vida quieta que tenia (el qual no le habia sacado del Monasterio para que se salvase, sino para que se perdiese y desesperase) intentó hacerle cruel guerra, para cuyo efecto urdió una peligrosa trama, y fue: Que como el Sarraceno vió que su rebaño iba en mucho aumento, y que Malco lo guardaba con solicitud, sin hacerle fraude, como dice el Apostól, escribiendo á los de Efeso, que hemos de servir á nuestros Amos. Para tenerle mas fiel en su servicio, le llevó al Desierto aquella muger que habia cautivado juntamente con él, y le dixo, que se desposase con ella. Malco se excusó, diciendo, que él no podia hacer tal cosa, por quanto era Christiano, y no se podia casar con muger casada viviendo su marido, el qual habia sido cautivado con ellos, y caído en suerte á otro Señor. El Sarraceno, indignado de que Malco le contradixese, con gran furor sacó la espada, y le amenazó con la muerte, si no le obedecia; con que á mal de su grado, y casi por fuerza, despues de anochecido los llevó á una cueva, y los metió en ella, diciendoles, que aunque les pesase se habian de conocer carnalmente, y con esto se retiró, y los dexó solos. Entonces Malco sintió de veras su cautividad, pues no le dexaban la voluntad libre, y le querian hacer á fuerza que dexase de ser Monge, y se casase; y arrojandose en el suelo, con profunda tristeza, dixo: ¡Para esto fuí yo tantos dias guardado! ¡A tal punto me han traido mis pecados, que habiendo sido virgen hasta el tiempo presente, en el que me hallo cubierto de canas, me haya de casar! ¿De qué provecho me ha sido haber dexado por el Señor mis padres y hacienda, si ahora me hallo á pique de perder el fruto de todo? ¡Justo castigo es este de la poderosa mano; pues habiendo dexado el siglo y la patria, volvi los ojos y el deseo allá! Ea, ¿qué hacemos alma? ¿Perecerémos, ó vencerémos? ¿ó me quitaré la vida con este cuchillo que traygo en la cinta? Y deciase á sí mismo: ¿Ahora temès? Pues no hay que temer la muerte del cuerpo, porque tambien la castidad guarda-

da

da tiene su particular martyrio: quéde muerto y sin sepultura el Martyr de Jesu-Christo en el Yermo, y no pierda su virginidad. Yo mismo seré el Juez y Tyrano que me condéne al suplicio; y diciendo estas palabras, deliberó antes darse la muerte con sus propias manos, que violar su virginidad; y sacando el cuchillo que traía, llevado de un ciego impulso, se fue á dar con él en el pecho, diciendo: Quédate con Dios, muger, que antes me tendrás en tu compañia por Martyr, que por Esposo. La muger, que oyó semejantes palabras, y vió relucir el cuchillo, nada perezosa se abalanzó á él, impidiendole que executase el golpe, y postrandose á sus pies, le dixo: Yo te suplico, en reverencia de nuestro Señor Jesu-Christo, Redentor nuestro, que no cometas tan gravísimo pecado, ni quieras ser Martyr del demonio; porque Dios no manda, por adversidades y peligros en que uno se vea, se quite la vida; y si tal haces, ofenderás mucho al Divino Criador; además, que el mayor mal que te puede venir, es la muerte; y siendo esto así, no es locura el dilatarla con la vida, pues con esta se enmienda y mejoran las malas suertes, y con la muerte desesperada, no solo no se acaban ni se mejoran, pero se empeoran y cocomienzan de nuevo otras, que son eternas; y para que te sosiegues te afirmo, que es mi pensamiento muy diferente de lo que imaginas; porque aunque mi legítimo Esposo volviera para mí, no le conociera, por guardar continencia; pues la cautividad me ha enseñado, quan alto dón es; mas conveniente es fingir para con nuestros Amos el que tu eres mi Esposo, y yo tu Esposa, y vivamos juntos como si fueramos ligados con el nudo santo del Matrimonio, hasta que Dios sea servido de ponernos en libertad. Malco, que oyó tan discretas razones, quedó maravillado de la excelente virtud de la muger; y de alli en adelante la amó entrañablemente en Christo, y moraban juntos, con tanta honestidad y recato, que nunca la vió desnuda, ni la tocó las carnes, temiendo no perder en la paz, lo que habia ganado en la guerra. Por esto dice San Gerónimo, que es cosa, segurísima servir siempre al Señor, obrando virtudes en cumplimiento de su Divina voluntad, para que en nuestras aflicciones seamos socorridos; como lo fue Malco, el qual pasó muchos dias en compañia de la muger, con la disimulacion de las fingidas bodas; por la qual razon, sus Amos tenian mucha confianza de ellos, y de ninguna manera imaginaban que se les ausentarian; y así, solian andar un mes entero por el Desierto, sin que los fuesen á visitar. Pues es-

tando un dia Malco pastando su ganado, le vino á la memoria la dulce compañia que tenia en el Monasterio; figurábasele el venerable rostro de su Abad, y la suavidad de sus doctas razones; acordábase de los consejos que le habia dado, y lo mal que se habia aprovechado de ellos; y recorriendo estas cosas por su memoria, que tanto le apartaban de sí, vió un sendero lleno de hormigas que iban y venian con sumo trabajo desde mucha distancia, trayendo en sus boquillas granos de algunas semillas, los quales eran mayores y mas pesados que sus cuerpecillos, y otras sacaban tierra de sus cuevecillas para limpiarlas, y cargaban los agujeros de tierra, para que las aguas no destilasen por ellos; otras se ocupaban en cortar los granos de las semillas por medio, porque con la humedad de la tierra no naciesen; y lo que mas le admiró, fue, que habiendo tantos millares de hormigas, al entrar y salir de sus agujeros, no se impedian las unas á las otras el paso; y tambien reparó en algunas que iban cansadas, y otras las aliviaban, ayudandolas á llevar la carga. Viendo esto el buen Malco, se acordó, que como Sabio, el Rey Salomón nos convidó á la diligencia, poniendonos por exemplo á las hormigas; y de aqui pasó adelante con su consideracion, á que él estaba perdido, sin hacer cosa alguna, y que no era diligente como las hormigas, pues no trabajaba ni buscaba las Celdas de sus hermanos, donde todos vivian quieta y santamente, teniendo en comun el sustento, sin ser en particular de nadie. Viendose, pues, cautivo y en tan misero estado, careciendo de la freqüencia de los Santos Sacramentos y de el Divino Sacrificio de la Misa, y que no podia hacer, excepto la oracion, una obra buena; se afligió sumamente, y con esta pena pasó el dia, y à la noche se fue á recoger á su cueva, en la qual tambien moraba la virtuosa muger; y viendo á Malco triste, y que profundamente suspiraba, le suplicó la dixese la causa de su pena. Entonces Malco, sin rezelo alguno, la dió razon de su contínua melancolía, y como deseaba verse en libertad. Oyendo esto la varonil muger, le aconsejó que se ausentase de sus Amos, porque tambien ella lo deseaba, y le acompañaria hasta que Dios fuese servido de que se hallasen en tierra de Christianos; Malco, consolado con estas palabras, la dixo: Que importaba mucho para conseguir la libertad deseada, el que guardase secreto. Ella le prometió serle fiel, y ayudarle en todo lo posible; con que desde aquel dia, no trataban de otra cosa sino como disponer mas á su salvo la fuga; y andando vaci-

cilando entre el medio y la esperanza, se determinaron con toda brevedad á ponerlo por obra, y no perder la ocasion que tenian entre las manos. Y considerando que habian de caminar por aquellos estériles Desiertos, donde apenas hay agua que beber, se previno por esta razon Malco de algun sustento; con que del rebaño que cuidaba, mató dos grandes cabras, y sus carnes adobó en cecina, y de sus pieles hizo unos zurroncillos; y con esta prevencion, á la siguiente noche se ausentaron, caminando sin cesar, hasta que llegaron á la orilla de un caudaloso rio, que los impidió su presuroso paso; y entonces llenaron los zurroncillos ó cueros de ayre, que para este efecto los llevaban; y encomendandose á Dios, y haciendo sobre sí la señal de la Cruz, se arrojaron, abrazados de los zurroncillos, en el agua, y haciendo de los brazos y piernas remos, pasaron el peligroso Rio sobre estas industriosas barcas; y sin detenerse alli un instante, se metieron por un extendido arenal, donde, con gran dificultad y cansancio, procuraban borrar las pisadas que dexaban estampadas en la arena, porque se temian no fuesen causa de su perdicion, y por aquellas señas fuesen descubiertos; y con este rezelo caminaban de noche, y descansaban por el dia, careciendo de sustento; porque la carne que habian aderezado en cecina, en el Rio se les perdió la mayor parte; y con esta necesidad, se veian sumamente aquejados de la hambre; y afligidos, así por no caer en poder de los Sarracenos que freqüentaban aquellos páramos, como por no perder la libertad deseada; y al tercer dia que caminaban de esta suerte, como no se les aquietase su corazon del miedo que con él tenian concebido, volvieron á mirar si acaso los seguian, y de improviso vieron dos hombres, caballeros en dos camellos, que con acelerados pasos iban en su seguimiento. Visto por ellos esto, presumieron, que seria su Señor (como así era verdad) que por las pisadas que dexaban impresas en la arena, los habia descubierto; y viendose en tan temeroso trance, dexaron atribulados el camino derecho y se entraron en el monte, en el qual hallaron una cueva tan profunda y lóbrega, que causaba horror el verla; mas no obstante esto, se ampararon de ella, aunque con gran temor; porque sabian, que muchos y venenosos animales suelen habitar en aquellas cavernas; y por esta razon no osaron entrar en su interior, porque no les sucediese que huyendo de la muerte, diesen con ella; y así, se quedaron en un seno que estaba á la mano izquierda, teniendo mucha confianza en Dios, que los habia

de librar de tantos peligros en que se veían; y hablando con su Divina Magestad, decian: *Tened, Señor, misericordia de estos miserables afligidos; no mires nuestras culpas, sino á tu piedad infinita; y si no nos quieres oír, por ser pecadores, aqui perecerémos.* Pero no habian bien acabado de pronunciar las expresadas palabras, quando llegó el Sarraceno su Amo con un Criado; y baxando de los camellos le mandó que entrase en la cueva y los sacase, y él, con la espada desnuda, esperaba la salida de los tristes fugitivos; y el Criado, sin pavor ninguno, entró por la cueva adelante, dexando, por permision de Dios, á Malco y á la muger á sus espaldas, los quales le veían y oían, que con descompasadas y amenazadoras voces, que causaban espanto de la muerte, iba diciendo: Salid afuera, ladrones, dignos de la horca; salid para morir; ¿por qué os estais quedos? ¿Por qué os deteneis? Salid, mirad que os llama vuestro Señor, y que no es fácil que os podais librar de sus manos. Mas al punto que el desdichado iba diciendo estas palabras, he aquí, que de lo oculto de la caverna salió una disforme leona, que le asió con tanta ferocidad de los gaznates, que en un momento le ahogó, y con suma ligereza le llevó arrastrando por la profundidad de la cueva, para que fuese pasto y manjar suyo. Malco y la muger que esto vieron, por una parte quedaron llenos de espanto, y por otra de gozo, pues habia fenecido aquel su enemigo, que con tanto cuidado y rigor los buscaba. El Sarraceno, viendo lo que su criado tardaba, pensando que se le resistian y no querian salir, entró con increíble furor, con la espada en la mano por la cueva adentro, deseando darles muerte, reprehendida la cobardía y poco valor de su Criado; pero apenas hubo andado dos pasos, quando la leona salió segunda vez, echando por los ojos fuego y bramando de corage arremetió contra el infelíz Sarraceno; el qual, aunque valerosamente hizo lo que pudo por defenderse, no le valió su destreza, porque allí quedó hecho pedazos entre las fuertes garras y dientes de la fiera. Con esto quedaron los fugitivos libres de los Arabes, mas no sin gran temor de la leona, temiendo que si los sentia, los despedazaria; y así no osaban moverse; y la leona, que sintió su temor, los quiso librar de él, y tomando en la boca unos cachorrillos que tenia, se salió de la cueva, dexandola desembarazada á los Siervos de Dios para que hiciesen lo que quisiesen; mas con todo esto no se aseguraron; temiendo que si en aquella caverna no les hacía mal, quizá, si los hallaba en el Desierto, los quitaria la vida. Y

con

con este pavoroso miedo estuvieron en la cueva lo mas del dia, hasta que movidos del Divino favor, salieron mirando á un lado y á otro, y no vieron otra cosa mas que los dos camellos de los Sarracenos, los quales estaban cargados con muchas vituallas; y dando gracias á Dios, por las mercedes que les hacía, montaron en ellos, y se recrearon de la fatiga y grande trabajo, que habian pasado; y habiendo caminado diez dias por el Desierto, vinieron á parar en poder de los Soldados Romanos, que estaban de guarnicion en los confines del Imperio, los quales los llevaron á su Maestre de Campo, en cuya presencia refirieron todo lo que les habia sucedido, y él los envió á Mesopotámia, para que los viese Sabino, que entonces era Capitan General y Gobernador de toda aquella Provincia; y siendo informado de la verdad de tan peregrino suceso, compasivo de su necesidad y edificado de su virtud, les dió licencia para que vendiesen los camellos, y que se aprovechasen enteramente de su precio. Y teniendo Malco noticia que su Abad era muerto, se recogió, bien escarmentado de hacer su propia voluntad, en un Monasterio de Maronia, adonde se exercitó en todas las virtudes, y acabó felizmente; y la varonil muger, considerando los peligros y trabajos que habian pasado por ella, y que milagrosamente la habia nuestro Señor guardado la vida, se recogió en un Monasterio de Religiosas, donde perseveró exemplarmente toda su vida.

CAPITULO XXIII.

EN QUE SE REFIERE lo que le sucedió al Monge, amigo de hacer su voluntad; y como San Antonio le volvió á recibir en su Monasterio.

PUes volviendo á lo que tenemos comenzado, ya se acordará el Lector como un Monge dixo al Santo, (1) que por tener paz se retiraba á morar á lo interior del Desierto, porque alli se libraria de los desabrimientos y enojos que le daban en el Monasterio los Religiosos; el qual llevó una estera para que le sirviera de cama, y un cántaro en que tener agua; pues habiendo estado algunos dias en la soledad, sucedió, que habiendo ido por agua en el cántaro, y teniendole ya lleno, queriendole sentar en el suelo se le trastornó, y levantandole, se le volvió á caer, y con gran impaciencia tornóle á levantar, y tercera vez se le volvió á trastornar; y viendo esto, asió el cántaro con mu-

(1) *Vita Pat. cap.* 17.

mucha indignacion, y dió con él contra aquellas peñas, y le hizo pedazos, diciendo: ¡Que hasta este cántaro me ha de provotar á impaciencia! Pero luego su corazon se le cubrió de tristeza; y sintiendo lo que habia hecho, coléricamente se llamaba á sí mismo indómito bruto, y que era peor que las fieras, y los irracionales animales; pues por la mayor parte todos viven en paz con los de su especie; los elefantes andan juntos; las vacas, y las ovejas, juntas en sus rebaños; los páxaros vuelan en vandadas, y lo mismo hacen las cigüeñas; y la fiereza de los Leones, Tygres, y Onzas, cesa con los de su género, sin ofenderse unos á otros; y aun los mismos demonios, que son autores de toda discordia, entre sí tienen su liga, y de comun consentimiento conservan su tyranía. Solamente él por su mal natural no podia morar en compañia de sus hermanos; y volviendo sobre sí, se reprehendia, diciendo: ¡Oh quán inútil remedio me es el vivir á mi voluntad solitáriamente, para vencer la ira! Bien me aconsejaba mi Padre Antonio. Yo me quiero volver á su amable compañia, y obedecer sus preceptos, y llevar con paciencia las mortificaciones de los hombres, como nos enseñó nuestro Redentor con su exemplo, (1) que maldiciendole, no maldixo; y quando le maltrataban y padecia, no amenazaba; y habiendolo puesto por obra, llegó al Monasterio, y lloroso y compungido se postró á los pies del Santo, á quien, con muestras de grande arrepentimiento suplicó le perdonase, porque ya queria ser bueno, y sujetar su voluntad á la suya, y hacer quanto le mandase, y ser con todos pacífico; y en presencia de los Monges refirió su interior desasosiego, y lo que le habia sucedido en el Desierto; y el bendito Abad, viendo con el fervor y deseo que volvia de servir á Dios en la vida Monástica, le recibió con mucho amor en su Monasterio; y á los Religiosos que se hallaron presentes, les dixo: *Que amasen con caridad á su arrepentido hermano; atendiendo, que quien aborrece los delitos, es justo; pero que quien aborrece los delinqüentes, es cruél; y que así, les encargaba que no tuviesen con él mas diferencias ni porfias, teniendo una cosa en la lengua, y otra en el corazon: porque al Señor, que todo lo ve, nadie le puede engañar.*

CA-

(1) 1. *Petr.* 2.

CAPITULO XXIV.

DEL DON DE PROFECIA, y conocer espíritus, que tuvo San Antonio; y como probaba á sus Monges, y los consejos que les daba.

DIce San Atanasio, que la Divina Magestad dió gran Medico á Egypto, en darle por morador suyo á nuestro bendito Padre, pues quantos afligidos iban á su presencia, en viendo su venerable rostro, trocaban la tristeza en alegria, y la ira en paz; y quien iba con enfermedad en los ojos, en viendo los suyos, al punto eran sanos; y quien estaba con necesidad, se conformaba con ser pobre, así que oía sus saludables consejos; y los ricos dexaban sus riquezas por servir mas perfectamente á Dios; y los Monges, fatigados del trabajo, se recreaban y cobraban nuevas fuerzas; y los jóvenes, abrasados en libidinosos fuegos, quedaban enamorados de la castidad por sus exôrtaciones; porque el Santo, con la Divina gracia que le participaba el Cielo, conocia las enfermedades del alma que cada uno padecia, y segun era la dolencia, aplicaba el remedio; con que declaró diversas veces con luz celestial, no ser muchos espíritus verdaderos, que en la apariencia se tenian por buenos; porque todo quanto deseaba saber, lo conseguia en la Oracion con tanta excelencia, que aún las cosas secretas que pasaban en el mundo, le manifestaba el Cielo; y así, estando en el Yermo conversando con el Obispo Serapion, su grande amigo, ilustre tambien en santidad y doctrina, llamado, por excelencia del ingenio, el Escolástico; (1) entre otras cosas le dixo lo que habia pasado aquel dia en algunas Ciudades de Egypto; y despues se halló, que todo habia sucedido tan puntualmente como lo habia dicho.

Otra vez, conversando con sus Monges, le fue revelado del Cielo, (2) como dos Anacoretas venian caminando por el Desierto, con grande deseo de verle; y que de necesidad, por haberles faltado el agua, se habia muerto el uno, y el otro estaba casi para espirar de sed; y el Santo, con esta noticia fue muy triste, y al punto ordenó que fuesen dos Religiosos, y socorriesen la necesidad del vivo, y diesen sepultura al difunto; y habiendolo puesto por obra, despues traxeron consigo al Monge necesitado, y nuestro Padre le recibió y consoló con mucho amor.

Consecutivamente, oyendo el San-

(1) *Histor. Anton. cap.* 20. *fol.* 30. *Sol del Oriente, fol* 88.
(2) *Histor. Anton. cap.* 26. *fol* 29.

Santo engrandecer la santidad de un Monge, (1) sabiendo que no era lo que publicaba, aunque en lo exterior lo parecia, para corregirle y descubrir los quilates de su virtud, dixo, que se le traxesen á su Celda; y estando en su presencia, le probó, diciendole algunas sentenciosas palabras, las quales no pudo impaciente sufrir. Entonces el Sagrado Abad dixo á sus Subditos, que aquel Monge era semejante á una casa que tiene las exteriores paredes pintadas, y las interiores ahumadas: dando á entender por esto, que no hay tan fidedignas aclamaciones de la perfeccion y santidad de una persona, como sus mismas obras; porque las alabanzas, que no dan estos testigos, no hay para que hacer aprecio de ellas.

Hablando San Antonio de un Monge, llamado Amonio, (2) de quien afirmaban que era impaciente, dixo habia de venir tiempo, que habia de ser muy pacífico é insensible, por el amor Divino, como sucedió; y para declarar el Santo su espíritu, le sacó fuera de su Celda, y señalandole una piedra, le mandó que la ultrajase y diese muchos golpes, y sin replicar lo puso por obra; y viendo esto, con sumo gozo le preguntó: *¿Que si se quejaba, ó si le decia alguna palabra descompuesta?* Respondió, que no se quejaba, ni le decia nada; pues asi conviene que sea nuestra paciencia como de piedra, para que suframos con humildad las injurias de nuestros hermanos.

Un dia le vinieron á visitar unos Monges, (3) los quales moraban en poblado, y vivian á su voluntad sin tener Superior á quien obedecer (bastante indicio para conocer su poca perfeccion) cuyo género de Monges, segun dice San Gerónimo, (4) los intitulaban Remebt; mas al punto que San Antonio los vió, conoció la tibieza de su espíritu, y que no se exercitaban en la vida activa, ni aún como debian en la contemplativa, y para enseñarles lo que debian hacer, despues de haber hecho oracion les dixo: *Que en el interin, que era hora de tomar el cotidiano alimento, se pusiesen á trabajar con los otros Monges.* Oyendo esto, le respondieron con gran alteracion: *Que no hablaba con ellos, por quanto eran contemplativos, y dados todo al espíritu; y que así, no debian ocuparse en trabajar, sino vacar solo en la contemplacion.* Y el Santo, con aquella divina paz que ilustraba su bendita alma, les dixo: *Perdonad, hermanos, que nosotros que*

(1) *Prado Espiritual, y Navarr. en la Vida del Santo, fol. 61.*
(2) *Prado Espiritual. lib. 1. Navar. fol. 61.* (3) *Navar. fol. 55.* (4) *S. Ger. en la Vida de S. Pab. primer Hermitaño.*

que somos carnales y frágiles, trabajarémos para ganar nuestro alimento; y vosotros que sois Varones contemplativos, vacareis en vuestras contemplaciones. Llegada la hora de Nona, que era la hora de comer, San Antonio y sus Religiosos tomaron su refaccion, sin llamar á los contemplativos; y quando fue ya tarde, que la hambre los aquejaba, se vinieron al Sagrado Abad, y le dixeron: *¿Que por qué no los habia llamado, para tomar algun alimento en compañia de sus Religiosos?* A esto les respondió con mucha humildad y discrecion: *vosotros que sois contemplativos, no debeis comer, porque sois todo espíritu; mas nosotros que somos de carne, y mortales, necesitamos de tomar alimento; y así, id á vuestras contemplaciones, que nosotros vacarémos en nuestros trabajos, sin los quales no fuera muy posible el vivir.* Con esto entendieron, que en una y otra vida debian ocuparse, activa, y contemplativa, y que una y otra es necesaria para conseguir la perfeccion Religiosa.

Tambien le vinieron á visitar otros Monges, juzgando, que como era Varon tan sapientísimo, que tendria en la Celda alguna Libreria en que estudiaba los ratos que vacaba del trabajo de manos, y Oracion; pero quando vieron, que ni tenia Libros ni Libreria, y que sabía excelentemente el Nuevo, y viejo Testamento, y las Sagradas Letras, y que recitaba de memoria mil versos de San Atanasio, se admiraron mucho; y mas, de cómo podia haber pasado tantos años en la soledad, sin tener en qué leer. Y pareciendoles que no carecia esto de gran misterio, por salir de duda y satisfacerse, le preguntaron: *¿Que en qué Libros estudiaba?* Y el Santo, conociendo su interior admiracion, los respondió unas palabras muy dignas de consideracion, diciendo: (1) *Todas las criaturas me son planas y Libros, en los quales estúdio, y me enseñan; porque si los Libros son para divertir y recrear el pensamiento; ¿quáles tienen mejor letra, los que hizo el molde con el artificio, ó los que el Criador, con su Divina providencia, imprimió en las hojas de esos Cielos? Porque lo que se lee, es para desasirnos de nosotros; mas el levantar á Dios el corazon, alli se lee como todo pasa, y solo su Magestad es el que permanece.*

Acerca de este punto, dice un grave Autor, que todos debiamos

(1) *S. Atan. Vit. Patrum. S. Ger. y casi todos los que han escrito la Vida del Santo, hacen memoria de este suceso; y por ultimo, se refiere en el Sol del Oriente, fol. 5. fol. 128. Acerca de la sabiduria de N. P. se refiere en el lib. 5. Reyno de Dios cap. 4. num. 25. fol. 133.*

mos tener al dia algun rato señalado, para gastarle en santa leccion de algun Libro Espiritual; pero no ha de ser el estudio de género que nos impida la Oracion; porque en la leccion se tiene por Maestro al Libro; pero en la Oracion, á Dios nuestro Señor.

Un Caballero pidió con gran instancia á San Atanasio, que rogase á Dios por él; y el Santo le respondió: que haria con gusto lo que le pedia; pero conociendo instantáneamente con el favor Divino, que no andaba en buenos pasos, le dixo: Que advirtiese, que si él tambien no se ayudaba, y miraba con mas cuidado por su salvacion, que no conseguiria lo que deseaba; porque es muy dificultoso irse al Cielo en pies agenos.

No es de menos consideracion lo que dixo á un Religioso, (1) que le preguntó, ¿qué haria para salvarse? A quien, viendo su fervoroso deseo, le respondió: que mirase á Dios en todas sus obras, y meditase contínuamente en la Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo, y hablase poco con los hombres, y mucho con el Artífice Soberano, y huyese de las ocasiones en que cayó, ó tuvo peligro de caer, y no se mudase ligeramente de el lugar que hubiese elegido; porque la planta que muchas veces se traspone, pocas hecha raíces, ni lleva fruto de virtud.

En otra ocasion vió á un Monge que se preciaba, porque tenia virtud y dón de Dios para hacer milagros, (2) y es cierto que hizo muchos, y que cogia con sus manos los animales ponzoñosos, y no le hacian daño; mas el Santo con luz del Cielo, conoció la vanidad que se habia apoderado de aquel Monge, y como piadoso padre lo sintió; y con suma humildad le dixo en secreto, que dexase su altiva presuncion, y reconociese su miseria y flaqueza, y diese á Dios lo que era suyo, y no atribuyese á sus meritos los prodigios, que el Señor obraba; mas ninguna exórtacion fue suficiente, para que interiormente se humillase. Y conociendo San Antonio este daño, se volvió á sus Subditos, y les dixo: *Este Monge es muy semejante á un poderoso Navio que va navegando por la mar, cargado de preciosas riquezas, mas poca ó ninguna seguridad tiene de arribar al Puerto.* Y habiendo dicho el Santo semejante comparacion, sucedió, que al siguiente dia, sin poder reprimir las lágrimas, tiernamente lloraba delante de sus Monges, los quales, tristes y afligidos, como buenos hijos, le suplicaron los parti-

ci-

(1) *Histor. Anton. lib. 1. cap. 36. fol. 39. 42.* (2) *S. Juan Clim. Grad. 15. y en las Vidas de los Padres del Yermo, fol. 99.*

cipase su pena. Entonces el Siervo de Dios les dixo: *Andad y ved aquel Hermano, que se precia de hacer milagros, qué es lo que hace, ó que le ha sucedido*; y habiendo ido, le hallaron llorando, porque habia gravemente pecado, permitiendo nuestro Señor, como Justo y recto Juez, que hubiese dado tal caída, en pago de su vanidad, y temeraria presuncion; el qual lloroso y compungido, dixo á los mensageros: *Decid á mi Padre Antonio, que humildemente le suplico que me alcance de Dios diez dias siquiera para hacer penitencia.* Mas al quinto dia el Monge murió, con mucho arrepentimiento y dolor de sus culpas.

Otra vez profetizó el Santo, mostrando gran sentimiento, el desgraciado fin que habia de tener un Monge llamado Herón (1) (como puntualmente sucedió) por quanto soberbiamente él se guiaba por su parecer, sin pedir consejo ni admitirle de nadie, pareciendole, que por haber morado en la soledad cinquenta años, y exercitadose en ayunos y rigorosas penitencias, que era, acerca de el Altísimo, una gran cosa; y con esta presuncion se vino á desvanecer tanto en sus obras como otro Luzbél en su luz, como si no la hubiera recibido de Dios, y en castigo de su soberbia, se le apareció Satanás en figura de Angel, y le dixo, que ya habia llegado á tanta perfeccion, que ningun mal ni peligro le podia dañar, y que era Señor de los casos tristes que suelen suceder en el mundo; y que el Soberano Criador le habia concedido este Privilegio, por los continuos trabajos, que habia pasado en el Yermo: Y mas le dixo, que si queria experimentar la verdad que le decia, que se echase en un pozo muy profundo que habia en aquel Desierto, y vería con la virtud que el Altísimo le habia dado, como se quedaba en el ayre, sin poder caer abaxo. El triste Monge creyó lo que no debiera, teniendo al maligno por Angel de Luz; y así, venida la mañana se fue al pozo, y se echó en él; y de el furioso golpe que dió, quedó casi hecho pedazos; mas permitió Dios, para que este caso no quedase sepultado en la memoria del olvido, que casualmente se hallase, á poca distancia de alli, un Religioso, el qual, como oyó el estruendo que hizo al caer, fue al pozo, y reconoció que estaba en lo profundo de él Herón, tan maltratado, que apenas tenia fuerzas para quejarse; y dando aviso á otros Monges, fueron, y con unas cuerdas de cáñamo, le sacaron

(1) *Vit. Patrum, cap.* 10. *Prado Espiritual, cap.* 11. *fol.* 149. *Reyno de Dios, num.* 29.

ron medio muerto; y preguntandole, ¿cómo habia sucedido aquella desgracia? Refirió lo que ya dexamos dicho; como él propio se habia echado en el pozo; y el infelíz Monge, aunque se veía hecho pedazos, y que estaba batallando con las ansias de la muerte, no conoció su engaño, por mas que los Religiosos hicieron por apartarle de su altiva presuncion; y fue tan grande, que aunque despues le dió nuestro Señor Jesu-Christo misericordiosamente tres dias de tiempo para que reconociese su error, siempre porfió en que era Angel de Dios quien se le habia aparecido, y así acabó la vida.

Por semejantes sucesos, dice S. Antonio, (1) con el Evangelista San Juan, que no creamos ligeramente á todo espíritu, sino que primero lo probemos y exâminémos; y que para discernir y conocer si las hablas y revelaciones son buenas ó malas, se ha de atender á los efectos que causan, porque si dexan en el alma consuelo, paz, humildad, fervor y quietud, son sin duda Angélicas; y si al contrario, susto, soberbia, desasosiego, temor é inchazon, son conocidamente diabólicas.

Tambien decia á sus Subditos, que no fuesen curiosos ni deseosos de hacer milagros; porque así como la raya en el agua no se ve ni parece, de la propia suerte el trabajo virtuoso se pierde en el corazon del que es amigo de vanagloria.

Y que mientras uno vive, no sabe qué vicios le han de tentar; (2) y así, nadie se puede asegurar de no pecar, hasta que el alma salga del cuerpo; y por esta razon, es necesario siempre pedir con humildad á nuestro Señor su ayuda y misericordia.

Y que tres movimientos contínuamente tenemos en nuestras pasiones; (3) el primero es natural; el segundo procede de la abundancia de sustento, y estimacion propia; y el tercero nace de la operacion del demonio, el qual es eficacísimo, y el que mas cruél guerra nos hace.

Y que la pereza saca al Religioso de su Celda; (4) pero que el que es constante y sufrido, se está recogido y quieto en ella; y que como los vientos fortalecen y arraigan las plantas, así con las tentaciones crece mas la fortaleza del ánimo.

Y que era prodigioso camino para conseguir la perfeccion, mirar con cuidado cada uno lo que hacia, (5) y por tarde y mañana exâminar su conciencia, y en público ante los otros Religiosos, mor-

(1) *Sol del Orient. fol.* 31. (2) *Navar. fol.* 43. (3) *Reyno de Dios, fol.* 269. (4) *San Atan.* (5) *Sol del Oriente, fol.* 76.

mortificarse, diciendo sus mas mínimas culpas, para que con el empacho que recibiese, manifestando los torpes pensamientos, le fuese freno para no cometer lo que despues, en la presencia de muchos habia de confesar.

Así como codicioso Prelado, este Santísimo Padre exôrtaba sus hijos, y con insigne Magisterio los zelaba y probaba, para conocer quien tenia entre ellos mas humildad y sabiduria; y para esto congregó un dia ciertos Monges, (1) y teniendolos juntos, les hizo algunas discretas preguntas de la Sagrada Escritura, y les propuso una qüestion; y luego los mas jóvenes, queriendo mostrar la viveza de su delicado ingenio, salieron á filosofar, y quando le tocó responder á un anciano Monge, que se llamaba Joseph, dixo con profunda humildad, que se reconocia indigno de exponer la menor proposicion de la Santa Escritura, y que no sabía nada de lo que le preguntaba; y San Antonio le dixo, que él solo habia hallado, por el camino de la humildad, la solucion de la qüestion; porque en hablando de las Santas Escrituras, y Sagradas Letras, nadie debe gloriarse, sino humillarse para alcanzar algo de su inteligencia.

Despues, estando hablando el Santo con unos Seglares, le preguntó un Monge, llamado Pablo, (2) ¿quién fue primero en el mundo, Christo, ó los Profetas? Y oyendo San Antonio tal simplicidad, para probar su humildad le dixo, que no hablase; lo qual obedeció con tanta rectitud, que en tres años no despegó sus labios para pronunciar palabra, con no poca admiracion de los Religiosos, que se maravillaban de su mortificacion y obediencia. Pues sucedió, que estando Pablo en compañia de otros Monges en recreacion licita y honesta, platicando de cosas espirituales: Viendole San Antonio que no hablaba, le dixo: *¿Que por qué no conversaba con sus hermanos?* Y el humilde Pablo se disculpó, diciendo: *Que porque le tenia mandado que guardase silencio.* Entonces fue muy edificado el Santo, viendo la excelente virtud de aquel Monge, de quien se dice que quantas acciones veía hacer á San Antonio, las imitaba; y era en tanto grado, que si el Santo escupia ó bostezaba, tambien él. Tal era su candidéz y obediencia.

(1) *Como probaba á sus Monges San Antonio. Navarro, f. 58.*
(2) *Basilio Santór. lib. 1. Reyno de Dios, lib. 5. f. 144.*

CAPITULO XXV.

UN SEGLAR SUPLICO á San Antonio que le recibiese por Monge; y como por la obediencia se libró de caer en pecado.

UN mancebo deseoso de servir á Dios en vida quieta y recogida, suplicó con grande instancia á San Antonio que le recibiese por Monge: (1) Y habiendole el Santo admitido al estado perfecto de la Religion, le mandó que pasase su Noviciado en compañia de un anciano que tenia su Celda en lo interior del Yermo, para que aprendiese de él sus heróycas virtudes. El mancebo, sin replicar, obedeció al Santo, y estuvo mucho tiempo en compañia del anciano, y ambos á dos se ocupaban, despues de sus exercicios espirituales, en trabajar de manos; y un Seglar los socorria con todo lo necesario, el qual una vez tardó mucho tiempo en llevarles materiales con que trabajar y vituallas para su sustento, por cuya razon se hallaban afligidos, sin saber qué hacerse; y obligado de la necesidad el anciano mandó á su Discípulo, que fuese al Lugar donde moraba su bienhechor, y que se informase, qué era la causa de su tardanza; y habiendo ido el Novicio á hacer esta diligencia, fue á la sazon, que no habia en la casa del Seglar mas que una Doncella, que le dixo, como sus padres no estaban en casa, mas que entrase para descansar y tomar algun alimento; y el Monge, aunque se excusó, al fin, vencido de sus ruegos, entró en la casa; y luego ella, encendida en deshonestos deseos, le incitó para que durmiese con ella; y él viendose en tan fuerte lance, y casi forzado y confundido de la Doncella, y del deleyte carnal, suplicó á Dios no le desamparase, ni permitiese que le ofendiese; y en altas voces dixo: Señor, por las oraciones de mi padre, tened misericordia de mí, y libradme en esta hora del peligro en que me hállo; y así que pronunció el Monge estas palabras, se halló milagrosamente de la otra parte de un Rio, que estaba entre el Lugar, y la Celda, y volvió á su Maestro sin daño ni mancilla alguna, á quien dió cuenta del peligro en que se habia visto.

Bien se da á entender por este suceso, á quanto riesgo está puesto el Religioso fuera de su recogimiento y casa; que si este Monge se libró, fue por la obediencia.

Mas los Religiosos, dice nuestro Padre San Antonio hablando con sus Monges, que sin tener necesidad, andan lo mas del dia au-

(1) *Vita Patr. l. 4. c. 3. Prado Espir. fol. 83.*

ausentes de sus Celdas, conversando con Seglares, los verán, que por su poco recogimiento, qué tibios andan en los santos propósitos y en su observancia de vida, y sin sentir, vienen á perder la devocion, y quanto habian merecido con Dios. A estos compára el Santo con los peces, y dice: así como los peces, si los sacan fuera del agua se mueren, así sucede á los Monges que andan fuera de sus Monasterios; pues el que no quisiere que le suceda esto, apártese, quanto buenamente pudiere, de cursar por su divertimiento las casas de los Seglares; y en particular donde hay mugeres, y gente moza; porque escrito está, que el que ama el peligro, perecerá en él. Esta fue la causa de la perdicion de Dina, hija de Jacob, y el haber perdido su honestidad, forzada del Príncipe Sichêm, cuyo agravio vengaron sus hermanos, asolando, y matando inumerable gente. ¿En qué estuvo, sino en ponerse en la ocasion, y salir de su casa, como dice la Escritura, (1) para ver si eran las mugeres de aquella tierra hermosas, ó qué hábito traían? de donde nació, que la viese el Príncipe, y herido de su amor diese en tal desatino; y así, no hay que fiar uno en su fortaleza y virtud, ni en que es hijo de Dios por gracia, y que está en su amistad; porque antes eso mismo le ha de traer mas recogido y recatado, para no ponerse en la ocasion. (2)

Porque Santo era David, y tan Santo, que el mismo Dios dixo que habia hallado un hombre á la medida de su corazon, el qual era David: ¿Pues quién dixera, que por la curiosidad solo de ver á una muger; no mas de por verla, de semejante vista, cayó en pecado de adulterio con Betsabé, (3) y en el homicidio, quitando la vida á Urías? ¿Pues quién podrá decir, que es mas Santo que David, para que confie de sí, que no podrá ser derribado? Lo mejor es huir, y excusar las ocasiones y pláticas, particularmente de mugeres, cerrando los ojos para mirarlas, y mucho mas la boca para tener conversacion con ellas, por mas parientas que sean, ni por mas seguridad que el demonio le prometa; porque quando menos piense, se hallará uno miserablemente caído; y esta es mercancía de pez, que por mas cuidado que haya, nunca se dexa de pegar algo; porque hombre y muger son como fuego y estopa, y el demonio no pretende mas de que se acerquen, que si sale con esto, él hará que ardan, y no hay que fiar en que sean las conversaciones espirituales y santas; porque

(1) *Gen.* 34. (2) *Eccles.* 25. (3) 4. *Reg.* 7.

se han visto muchas, que empezaron en espirituales, y acabaron en carnales, manifestando su lamentable fin, el descuido que tuvo su principio; ni hay seguridad en el parentesco, aunque sea de hermana, ni otro qualquier buen respeto; porque esta desordenada pasion, ciega el entendimiento para todo buen respeto natural y divino, y le hace al hombre cometer muchas veces lo que no hiciera un bruto.

De San Agustin se dice, que con ser tan santo, no queria vivir con su hermana; porque decia, que aunque era su hermana, las mugeres que la servían no lo eran.

Y de el Angélico Doctor Santo Tomás, se lee en su vida, que con haberle dado el Cielo el dón de castidad, tenia despues el Santo tanto recato, que jamás miraba á la cara á muger alguna; y diciendole una vez una señora, ¿que por qué se extrañaba tanto, pues habia nacido de muger? El Santo, con gran modestia, la respondió: Por esa misma razon huyo de todas, porque he nacido de una de ellas.

Tambien se escribe en las Informaciones de la vida del Venerable Maestro Juan de Avila, (1) Apóstol de la Andalucia, que un Sacerdote forastero le vino á pedir consejo, ¿si tendria en su casa una muger por Ama, que fuese de mucha edad? Y le respondió, que otro dia le daria la respuesta, mas que aquella noche habia de ser su huesped; y habiendolo aceptado, mandó el Siervo de Dios al criado, que le servía, que en el manjar, y cena que le diese, echase mucha sal, y que escondiese las vasijas del agua, y pusiese en el aposento del nuevo huesped una caldera llena de agua, que hubiese servido de lavar el vidriado; y habiendolo executado así, nuestro Sacerdote cenó muy saladamente; mas á la media noche, abrasado de la sed, anduvo por el aposento buscando agua, para apagar su sediento incendio; y viendo la caldera sin reparar en su asquerosa y turbia agua, se echó de pechos en ella, y satisfizo su sed, y venida la mañana, le preguntó el Venerable Maestro, ¿cómo habia pasado la noche? Y el Sacerdote le dixo todo lo que le habia sucedido. Entonces el Santo Varon le dixo, que eso le daba por consejo; diciendole juntamente, que entendiese que el apetito sensual es tan bruto y desenfrenado, que se abalanza á la torpeza sin reparar en disformidades, y que así, quando no hay seguridades en la persona, juz-

(1) *El Lic. D. Luis Muñoz en la Vida del Ven. Maestro Juan de Avila.*

juzgaba por mejor no tener en casa mugeres, aunque fuesen muy ancianas.

Mas el Glorioso San Bernardo, hablando de esta propia manera, dice: Que por mayor maravilla tiene el morar en compañia de una muger, y no caer, que resucitar un muerto; pues si no creeré de tí lo menos, ¿cómo creeré lo mas? Esto dice, ó por via de encarecimiento, ó porque ello es así. Como quiera que sea, mucho se debe temer lo que este Santo dice.

Y San Agustin escribe, que sin ninguna duda, el que no quisiere evitar la familiar conversacion de las mugeres, presto vendrá á caer. Y en otra parte dice: Grande enemigo tiene la castidad; pero para guardarla intacta y pura, conviene, no solo resistir, sino tambien huir de qualesquier personas, aunque parezcan Religiosas; porque tanto mas con la virtud que muestran, aficionan los corazones, y debaxo de color de piedad, puede estár la hidra de el pecado escondido. Creed, dice el Santo, á un hombre experimentado; porque como tal te certifico esto, delante de nuestro Señor, que vi á los Cedros altos del Monte Líbano, y á muchas guias de la Grey de Dios, haber caído por esta ocasion, de cuya caída no tenia mas sospecha, que la de Ambrosio, ú de Gerónimo; pues por estas voces, ó consejos de Santos, dice el Venerable P. Fr. Luis de Granada, á los Siervos de Dios que traen un tan gran tesoro en un vaso de barro, que anden siempre la barba sobre el hombro, atalayandose por todas partes, temiendo en medio de la seguridad, y excusando salir de su recogimiento, donde puedan ver, y ser vistos.

Acerca de esto, es muy digna de alabanza la accion que hizo una Doncella con S. Martin Obispo, (1) no por menospreciarle, sino por aprecio y guarda de la castidad; la qual, por vivir en mayor recogimiento, y apartada de los ojos y peligros de los hombres, se retiró á una casa suya de campo, donde moró muchos años con gran fama de santidad; pues pasando un dia San Martin por junto á la casa donde aquella Virgen habitaba, por animarla en sus santos propósitos, determinó de visitarla, lo qual nunca solía hacer con otras mugeres, porque fue muy recatado de semejantes visitas; y ya que llegaba á la puerta de la casa, dieron noticia á la Doncella de el gran favor, que Dios la hacía en que fuese á visitarla un Varon tan eminente y admirable en santidad. Creyeron todos, que habia de alzar las ma-

(1) *El P. Ribad. en la Vida de San Martin Obispo, c. 24. f. 619.*

nos al Cielo, y recibirle, como á tan gran Ministro de la Iglesia, y tomar por testimonio de su recogimiento, el ver á San Martin en su casa; pero ella estuvo tan en sí, que le envió á suplicar, que no la viese, para que la puerta de su casa quedase mas cerrada á todos los otros hombres, pues no se abría al que era mas que hombre. El Santo aceptó la excusa, y la alabó, considerando quan recatada y zelosa era de guardar su honestidad, la que no queria ser vista de hombre, aunque fuese Martin. Despues la santa Doncella le envió un presente, y San Martin le recibió con gran voluntad, diciendo: Que no era justo que el Sacerdote desechase lo que aquella purísima Doncella le enviaba, pues merecia ser preferida á muchos Sacerdotes. Y refiriendo este suceso San Severo Sulpicio, dice estas palabras: Oygan las Vírgenes este exemplo; y para que los malos no ronden sus puertas, cierrenlas tambien á los buenos; y para que no lleguen á ella con libertad los ruines, no tengan empacho de excluir á los Sacerdotes con recato. Todo el mundo sepa, que una Doncella no permitió que San Martin la viese. No se ocultó de qualquier Sacerdote; pero no quiso ver al que daba salud á los que le veían.

Y en conclusion de este Capitulo, referiré lo que San Atanasio escribe en alabanza de S. Antonio; y dice, que era tan recatado y honesto, que no tan solo huía de ver y conversar con mugeres; pero ni vestidos ni cosa suya permitia se le pusiese delante; porque decia: Que de la vista, nace el pensamiento; de el pensamiento, la delectacion; de la delectacion, el consentimiento; del consentimiento, la obra; de la obra, la costumbre; de la costumbre, la obstinacion; y de ahí la condenacion. Y prosigue San Atanasio, diciendo: Que habiendole avisado un dia á nuestro bendito Abad, (1) que le traían á su Celda una hermosa Doncella que estaba espiritada, para que la diese salud; el Santo, antes que la traxesen á su presencia, por no faltar á la caridad, alcanzó de nuestro Señor, que en aquel instante se hallase buena y libre de los espíritus malignos que la afligian, y despues, queriendo la Doncella darle gracias por la milagrosa salud, que habia recibido de Dios por su intercesion, no consintió que viniese ante su presencia, por excusar el desasosiego y pena, que interiormente le podia causar su vista; porque hasta en la soledad del Desierto, buscaban al sagrado Abad los espiritados, y demonios; los primeros, para su consuelo y salud;

(1) *Basilio Santóro, l. 1. fol. 86.*

lud; y los otros, para su tentacion ó mortificacion; y así, solía decir San Antonio á sus Religiosos, que era vana la confianza que se asegura entre los peligros; y peligrosa esperanza, no apartarse de las ocasiones de caer; porque la victoria es incierta entre las armas de enemigos poderosos; y que es imposible no quemarse, quien anda entre las llamas; y que por mas seguro tenia temer bien, que confiar mal; porque mejor es tenerse por flaco, para ser de verdad fuerte; que tenerse por fuerte, para ser de verdad flaco.

CAPITULO XXVI.

COMO SAN ANTONIO zelaba á los Monges para que no cayesen en pecado sensual; y las tentaciones deshonestas que padecian dos inocentes niños; y la reprehension que el Abad Sabas dió á un Monge porque miró á una muger.

SAN Antonino de Florencia dice, (1) que un Seglar se hizo Monge, y llevó al Monasterio un hijo que tenia, el qual se crió con los Religiosos en aquellas soledades de Egypto, sin ver ni tratar con otras personas; pues siendo ya grandecico, comenzaron los demonios á tentarle de noche, representandole Damas muy hermosas; y como él nunca las hubiese visto, ni supiese qué querian significar aquellas cosas que se le aparecian, deciaselo sencillamente á su Padre, como de noche veía unas cosas muy hermosas; y el Padre le decia, que no hiciese caudal de sueños, porque era necedad. Pues siendo ya de edad de doce años, le llevó su padre una vez en su compañia á la Ciudad de Tebas, para que cuidase de las cestillas de palma que los Monges le habian entregado, para que las vendiese, y pasando por una calle, vió el muchacho unas mugeres muy ataviadas, y dixo: Padre, Padre, aquello es lo que yo veo de noche. Entonces el Padre se enterneció, considerando la astucia de los demonios, como prevenian la inocencia del niño, mostrandole de noche tales figuras, para que cayese en pecado; y volviendose al muchacho, le dixo: Anda, hijo, que aquellos son los malos Monges del siglo; siempre que los veas, cierra los ojos; y no los mires, si no quieres perderte.

Casi lo mismo sucedió con otro niño que se habia criado en el Desierto, y en Religion desde que se apartó de los pechos de su ama; (2) el qual, siendo de edad de quince años, le llevó una vez

(1) *San Antonino de Florencia dice, que los demonios tentaban á un niño con representaciones deshonestas.* (2) *Villeg. lib. 5. fol. 356.*

su Abad á la Ciudad, donde vió en una calle, que estaban baylando unas mugeres; y con la admiracion que le causó, preguntó á el Abad, ¿qué era aquello? Y el Abad le respondió, que eran Anades; y habiendo vuelto al Monasterio, no podia sosegar de tristeza; y viendo esto el Abad, le preguntó la causa de su melancolía, ¿y con qué se alegraria? Y el mancebo le respondió con toda la sinceridad posible, que con las Anades que vió en la Ciudad. El Abad habló con sus Monges, y les dixo: Considerad, Hermanos, quan peligrosa sea la vista de las mugeres, pues este jóven que nunca las vió, criado en el Desierto entre Religiosos, de haberlas una vez visto, se está abrasando en concupiscencia.

Por esto dice nuestro Padre S. Antonio, que importa mucho para ser uno perfecto Monge, tener alguna experiencia de los peligros del mundo; porque los poco experimentados que los ignoran, con facilidad se ponen en las ocasiones, y con dificultad salen bien de ellas; acaéceles lo que al niño que ignora que cosa es fuego, que viendo resplandecer la llama, va con mucho contento á tocarla, y quando llega á conocer el peligro, se halla abrasado; pero los que tienen experiencia de las cosas peligrosas, huyen de las ocasiones por no dar de ojos en los peligros.

Por esta razon zelaba á sus Monges, y no consentia que los jóvenes de poca experiencia fuesen Procuradores, ni que saliesen de los Monasterios para ir á los Lugares á vender la obra que hacian los Religiosos, ni permitia que fuesen en compañia de los ancianos, hasta que estaban bien exercitados en la vida espiritual; y entonces, para conocer su modestia, y lo aprovechados que estaban en la virtud, aconsejaba á los Prelados que tal vez los llevasen en su compañia, para experimentar su perfeccion, y olvido de las cosas del siglo.

Y así, un dia llevó en su compañia el Abad Sabas (1) un Discípulo á una Ciudad á hacer cierta diligencia, y al cruzar por una calle estrecha, les fue preciso el detenerse para dar lugar que pasase una Señora; y entonces el Abad, acordandose de los saludables documentos de San Antonio, quiso por experiencia, conocer la modestia, y lo aprovechado que estaba en la virtud su Discípulo, y le dixo: Paréceme, que aquella señora era muy hermosa. Dixo el Monge: lo mismo me pareció á mí. Replicó el Abad: el ser tuerta la afea mucho. Dixo el Mon-

(1) *De este Siervo de Dios hace memoria Prado Espir. lib. 1. cap. 2. fol. 99. Ribad. fol. 645.*

Mónge: en verdad, Padre, que tiene muy buenos ojos, porque yo la miré bien, y es perfecta en hermosura. Respondió el Santo Abad, mostrando gran severidad en su semblante: pues yo tambien miraré muy bien la penitencia que has de llevar; porque tan recatado habias de ir, que ni habias de conocer si era hembra ó varon. Despues, quando volvió al Monasterio, refirió lo que le habia pasado con su Compañero, á quien reprehendió públicamente en presencia de los Religiosos; y para que sirviese de exemplar escarmiento, le dió una estrecha penitencia que hiciese, en recompensa de este pecado; considerando, como dice San Antonio, que á veces, el dexar sin correccion las faltas pequeñas, y mas en la mortificacion de la vista de cosas tan leves, suele nacer el ver lo que no es licito, y desear lo que fuera bien no haber visto; porque apenas hay daño grave en los Monges, que no haya entrado por alguna falta pequeña; porque no es tan necio el demonio, que al primer movimiento se atreva á tentar en faltas grandes, sino en cosas que parecen de poca importancia, pues de ellas se forman y proceden las culpas.

CAPITULO XXVII.

DEL RECATO Y MODESTIA que observaban los Monges que moraban en el Monasterio de San Antonio.

UNA noble señora, hermana de un Monge, llamado Prior, (1) envió un dia á suplicar al Santo, que la hiciese merced de dar licencia á Prior su hermano, que saliese á parte donde le pudiese ver, porque lo deseaba mucho; y San Antonio mandó, que dixesen á Prior, que saliese de su recogimiento, porque le queria ver su hermana; y habiendo salido Prior, la saludó con mucha humildad y modestia, mas no abrió sus ojos para verla; y diciendole despues los Monges, ¿que cómo habia andado, tan extraño con su hermana, teniendole ella tanto amor? Respondió: Que él tambien se le tenia; mas que á él no le habian mandado que la viese, sino que su hermana le queria ver á él, y que por esta razon no habia abierto sus ojos para mirarla.

Lo mismo sucedió con otro Monge Novicio, llamado Marco, (2) que habiendo ido su madre

(1) *Reyno de Dios l. 5. cap. 5. fol. 144.* (2) *De este Siervo de Dios se hace mencion en Prado Espiritual, en las Flores de la Obediencia, c. 4. y el P. Pedro Sanch. de la Compañia de Jesus, Reyno de Dios n. 35. fol. 144.*

dre á verle, á la sazon que estaba limpiando el Horno del Monasterio; y habiendole mandado que dexase aquel exercicio, y que saliese porque le queria ver su madre, salió como estaba, con el hábito cubierto de polvo, y con los ojos cerrados; y aunque habló con su madre, y saludó á todos los que estaban en su compañia, no alzó sus ojos para mirarla, y habiendo estado alli un rato, se volvió á entrar dentro del Monasterio; y como salió tan desfigurado y cubierto de polvo, la madre no le conoció, y así, estaba esperando para ver á su hijo, hasta que la dixeron que era aquel Monge, que habia estado hablando con ella; y la madre, con el grande deseo que tenia de verle, hacía gran instancia para que segunda vez le traxesen á su presencia; mas el virtuoso Novicio estuvo tan en sí, que sin faltar al debido agradecimiento, se excusó de género, que no volvió á salir para que le viese su madre, temiendo no le humedeciesen las lágrimas que por su causa vertia.

En verdad, que este Siervo de Dios poco solicitaba las visitas de sus Parientes, solo tenia su deseo y voluntad firme en servir á nuestro Senor, pues así se recataba de semejantes lícitas visitas.

CAPITULO XXVIII.

COMO SAN ANTONIO estando un dia en la soledad con sus Monges fue notado de un Cazador; y los avisos que les daba, para que no cayesen en el vicio de la murmuracion; y se reprehende con exemplos, tan dañoso vicio.

UN Cazador fue á cazar á un monte á tiempo que estaba en él San Antonio en recreacion con sus Monges, (1) y pareciendole ilícita cosa, le juzgaba temerariamente; y el Santo, viendo su pensamiento, quiso (como San Juan Evangelista, (2) quando fue notado por otro Cazador, que le halló, que se recreaba en la soledad, oyendo cantar, ó revolotear una perdiz, que tenia en su mano) darle á entender, que conviene algunas veces dar alivio á los repetidos exercicios de los Religiosos, le llamó, y dixo: *Que le hiciese agasajo de poner una flecha en su arco, y flecharle.* El Cazador le obedeció, y segunda y tercera vez le dixo, que tirase mas la cuerda. Entonces el Cazador le respondió: *Padre, si tiro mas la cuerda, se romperá el arco, y las flechas despues no servirán para nada.* Oído esto por el Santo, le

(1) *Prado Espirit. l. 1. c. 4. f. 102.* (2) *S. Juan Evangelista Collat. 24. cap. 21. Introduccion de la vida devota, fol. 179.*

le dixo: *Hermano, lo mismo nos sucederá á nosotros, que si extendemos la cuerda de nuestras obras sobre el modo que es idóneo, el que la extiende desfallece; por tanto, conviene algunas veces afloxar el rigor y aspereza en los altos exercicios.* El Cazador con este exemplo se quedó atonito y pasmado, viendo que su pensamiento interior le habia penetrado el Sagrado Abad, á quien, con mucho arrepentimiento, pidió perdon de lo mal que habia sentido, así de él, como de sus Religiosos.

Este suceso me trae á la memoria otro que se lee en las vidas de aquellos antiguos Padres; para que se entienda quan errados suelen, por la mayor parte, ser los juicios humanos.

Caminando una vez dos Monges, (1) antes de llegar á poblado les cogió la noche cerca de unas Eras, donde se quedaron á dormir, á vista el uno del otro, y el mas jóven se puso por almohada una saca de paja, y otra encima de los pechos; y el anciano, á deshora de la noche levantó la cabeza, y como vió á su compañero en los pechos aquel bulto, juzgó que era muger; y con este malicioso pensamiento, cautamente se levantó, y vió que estaba durmiendo, y que lo que le habia parecido muger, era una haz de paja.

Y así solia decir San Antonio á sus Discípulos, que los hombres juzgamos á veces conforme á los sentimientos de nuestra carne, mas no segun la verdad, sino conforme á las visibles apariencias.

Y en confirmacion de esto, es muy del caso lo que se dice de un Monge, (2) que habia sido Abad en uno de los Monasterios de Egypto, el qual era de natural colérico; y por mas que hacía para reprimirse en sus ímpetus, arrastrábale mas su viveza ó su natural, sin poder ser dueño de sí: y por esto era aborrecido de los Monges, y del Abad que á la sazon habia, tan imprudente, que siempre andaba murmurando de la condicion de su antecesor, y del tiempo ya pasado, el mal gobierno, que le parecia que tuvo; y con este sentimiento, se dexó decir un dia en presencia de otros murmuradores (que en todos estados no faltan) que aquel Monge, por su mala condicion, estaba aqui, y en lo profundo del Infierno: mas no se pasó mucho tiempo, quando le desengañaron de lo que tan temerariamente habia dicho; porque habiendose cansado de murmurar (si acaso los murmuradores se cansan) se fue á recoger á su Celda, y en la puer-

(1) *Prado Espiritual, l. 2. c. 5. Itinerario de exemplos de el Padre Andrade, fol. 261.* (2) *En las Vidas de los PP. de el Yermo, c. 29.*

puerta de ella vió un Angel, que tenia en la mano una espada desnuda, y blandiendola le dixo: *A tí me envia Dios á preguntarte, á que Lugar quieres que en saliendo de esta vida, lléve el Alma del Abad, tu antecesor, pues ya le juzgas por merecedor del Infierno, siendo á la verdad muy engañoso tu juicio; porque has de entender, que gozará en el Cielo muchos grados de Gloria, porque es un buen Religioso, temeroso de Dios; y todo el tiempo que fue Prelado, cumplió con su obligacion mejor que tú cumples; y sus obras son muy aceptas á su Divina Magestad, y el natural que tiene, el Divino Criador se le dió, que él, ni le compró, ni le escogió, antes le sirve su condicion de un perpétuo martyrio, viendo que á si mismo no se puede vencer, ni reprimir.* Y habiendo dicho estas razones, se desapareció el Angel, y el Abad quedó reprehendido, y enseñado para no juzgar ni murmurar de nadie.

Mejor se portaba una Santa Religiosa, (1) que este Prelado, con las que le iban con chismes y murmuraciones; porque antes que se deslizasen, las atajaba, diciendo: Hermanas, hablémos de otra materia, porque eso que me quieren decir, á mí no me importa ni me toca, ni he dar cuenta á Dios de eso. Con estas razones las advertia y enseñaba, para que no juzgasen acciones ni vidas agenas.

El qual gravísimo pecado aborreció siempre San Antonio de tal calidad, que para que no cayesen sus Subditos en tan perjudicial vicio, les decia (2) que huyesen de todo género de murmuracion; porque hace mas daño en el mundo una mala lengua, que si quitase á todos la vida y la hacienda; y es cierto, como dice el Venerable Padre Fray Luis de Granada; porque si le quitan á uno la vida, alli feneció; y si le quitan la hacienda, ya se puede restituír; mas si le quitan la honra, tarde, mal, y nunca la vuelve á recuperar. Y prosigue el dicho Padre, dicendo: Atienda á esto el murmurador que anda hablando tan livianamente, que no dexa vida y honra que no censure, y secreto, que no descubra; que tiene muy mala restitucion este gravísimo pecado; porque aunque se desdiga, siempre quedan dudosos los que lo oyeron, y la honra del infamado queda neutral; porque las palabras son como las piedras, que una vez disparadas de la mano, no se pueden revocar ni volver á la parte donde

(1) *Con la sagacidad que corregia una Religiosa á sus Hermanas, para que no fuesen murmuradoras.* (2) *Como San Antonio exôrtaba á sus Monges, para que no fuesen murmuradores.*

de salieron, hasta que han hecho su efecto; dexando al contrario herido, ú descalabrado; y aunque despues sea curado con toda diligencia, rara vez dexa de quedar sin señal.

Mas entre todas las murmuraciones, la peor es murmurar de los buenos, y de los que se dan á la virtud; porque esto es acobardar á los flacos y pusilánimes, y cerrar la puerta á otros mas flacos, para que no osen entrar con este recelo; porque aunque esto no sea escandalo para los fuertes, no se puede negar que lo es para los pequeñuelos; los quales, no por temor de ser perseguidos dexen el camino perfecto de la virtud, pues nadie vive que no tenga perseguidores, así los malos como los buenos; de todos se murmura en este mísero valle de lágrimas.

CAPITULO XXIX.

EN QUE SE REFIERE como San Antonio fue á la Ciudad de Alexandría, con deseo de alcanzar la Corona del Martyrio.

MOrando San Antonio en el Monte Arsinoe, succedió en el Imperio, por muerte de Caro, y Numeriano, Emperadores Romanos, Diocleciano; (1) y la primera cosa que hizo, fue que le adorasen como á Dios, y para que no le faltase nada para llegar á la cumbre de la impiedad y soberbia, movió la décima persecucion, que fue la mas sangrienta y cruel, que hasta entonces habia padecido la Iglesia Christiana; porque apenas habia quien se atreviese á vivir en poblado, sin estár aun seguros los Monges que habitaban en los Desiertos; porque hasta alli, con increíble diligencia los buscaba, y llevaban aprisionados á Alexandría: y San Antonio, para animarlos á padecer por la confesion de la Fe, y ver si podia de camino alcanzar la Corona preciosa del Martyrio, con este deseo dexó el recogimiento de su Celda, y fue sin temor ninguno en su seguimiento, como otro Apóstol San Pablo, anunciando por donde pasaba, con grande espíritu, el Reyno del Cielo, y dando á conocer á las gentes el Nombre de Christo, hasta que llegó á dicha Ciudad, donde revestido del zelo santo de Elías, procuraba que todos conociesen al verdadero Dios, y que le sirviesen y amasen; y con este fervor le dexarémos ocupado en Alexandría, animando y confortando á los Mártyres, y en el ínterin daré noticia de las maravillosas virtudes de sus mas principales Discípulos.

CA-

(1) *Histor. Pontif. lib. 1. cap. 22. f. 27. Illesc.*

CAPITULO XXX.

BREVE RESUMEN de la Vida de San Atanasio Obispo.

EL querer en cortas lineas escribir las heróycas virtudes, y alabanzas con que los Santos Padres celebran la memoria del Gran Patriarca de Alexandría, es imposible; (1) pues aún en muchos volúmenes no se podrá referir la mas mínima parte de sus altísimas perfecciones, y trabajos que padeció en defensa de nuestra Sagrada Religion; porque la persiguieron quatro Emperadores, Constantino Magno, Constancio su hijo, Juliano Apóstata, y Valente; aunque diferentemente, porque Constantino la persiguió con buen zelo, pensando que acertaba, y los otros como enemigos de Dios; y segun esto, solo describiré lo que hace al propósito, para mayor lauro y gloria de San Antonio, que tuvo por Discípulo á tan esclarecido Varon, el qual fue natural de la Ciudad de Alexandría, hijo de padres nobles, y muy inclinado á la virtud; y habiendo aprendido en sus tiernos años las primeras Letras, teniendo noticia de la santidad de nuestro bendito Abad, se retiró al Yermo, donde moró en su compañia algun tiempo, originandose de aqui entre los dos Santos una tan estrecha amistad, que duró toda la vida; mas la humildad de San Atanasio, es muy apreciable; porque dice, que servía algunas veces de traer agua, y hacer otras cosas semejantes que por el Santo le eran mandadas, teniendolo á suma felicidad; y así, es de considerar para nuestro exemplar, la perfecta humildad de este heróyco Varon, Columna firmísima de la Fe, terror y asombro de los Infieles, el qual, con su doctrina y santísima vida, ganó tantos millares de almas para el Cielo, y dice, que servía de traer agua á San Antonio. Este es comun estudio en los Santos, el abatirse y humillarse, encubriendo sus virtudes, porque el tesoro descubierto, presto se gasta, y todos le gastan; porque si uno quiere ser conocido por bueno, no se hace mejor, como dice San Bernardo, sino mas alabado; y esto es muy peligroso, porque las alabanzas derriten los corazones en el amor propio. Y habiendo estado San Atanasio algunos dias con San Antonio, despues con su licencia, se volvió á Alexandría, donde se dedicó al servicio de la Iglesia, comenzando desde las Or-

(1) *Serm. lib. 3. cap. 11. Socrat. lib. 2. cap. 16. Ribad. en las Fiestas de Mayo, fol. 391.*

Ordenes Menores hasta ser su Prelado, y estudió el Derecho Civil y la Sagrada Teología, con tanta eminencia y sabiduría, como lo testifican sus obras, y el Symbolo de nuestra Sagrada Fe que escribió, lucído objeto de su pluma, siendo en todo Varon tan consumado, que por sus letras y virtud, fue por muerte de San Alexandro, elegido en su lugar por Patriarca de Alexandría, con grande aplauso y comun consentimiento de todo el Pueblo, no como otros suelen por ambicion ni por violencia, sino Apostólica y espiritualmente; y lo que es mas de ponderar en alabanza de este Santo, que aunque vino á ser Obispo, no por la Dignidad olvidó sus principios (como otros hacen) ni los preceptos y doctrina de nuestro Ilustrísimo Abad, antes se glorió tanto de haberle tenido por Padre y Maestro, que en reconocimiento de su estimacion y saludables consejos que de él habia recibido, para que fuese en todas sus acciones perfecto, obediente, callado, modesto, devoto, espiritual, humilde y despreciador de toda honra y aplauso humano, le presentó á fuer de agradecido, en diferentes ocasiones, dos capas ó mantos, y en las persecuciones y destierros que tan inhumanamente padeció mas de treinta años por la depravada maldad de los Hereges Arrianos; (cuyas persecuciones no refiero, por hacerse despues en la Vida de nuestro Padre alguna memoria de esto; con que me parece que es excusado referir una misma narracion con diferente estílo, no pudiendo dexar de ser la misma en substancia.) No llevaba el Santo Prelado consigo mas sirvientes ni alhajas, que la Vida que habia ya escrito de San Antonio, aunque á la sazon, quando esto sucedia, era vivo; la qual participaba por qualquiera parte que pasaba, haciendo por todo el Orbe su nombre glorioso, así en la Ciudad de Roma, como en otras partes.

Y dice San Gerónimo, (1) que fue tanto lo que admiró y movió, que muchas personas dieron de mano los regalos y bienes del siglo, deseando vivir perfectamente.

Y habiendo San Atanasio en estas peregrinaciones pasado por nuestra España, (2) pobre, afligido, desterrado de su Iglesia, y desconocido de los hombres, que ignoraban las grandes prendas y divinos talentos que atesoraba su bendita alma, hizo por algun tiempo su asiento en un asperísimo Desierto que está muy conjunto con los Montes Pyrineos, tan

(1) *Ribad. en la Vida de Santa Marcela, fol. 85.*
(2) *Histor. de nuestra Señora de Valvanera, fol. 19. 42. y 47.*

tan nombrados por el Orbe, término y freno de las dos belicosas Naciones y felicísimos Reynos, España, y Francia, distante cinco leguas de la Ciudad de Náxera, donde á la sazon era recien fabricada la milagrosa Hermita, y hoy célebre Santuario de nuestra Señora de Valvanera, (1) por unos Hermitaños que hacian vida muy austéra y penitente, á quienes dió noticia, como siempre lo observaba, de la Regla y forma de vida que San Antonio y sus Monges exercitaban en los Yermos; con que á imitacion suya brevemente se aumentó el número de aquellos Santos Hermitaños en ciento y seis, en cuya compañia estuvo el Ilustrísimo Obispo; unas veces como Prelado, instruyendoles en la vida Monástica; otras para darles exemplo, y de camino alcanzar la verdadera humildad, se exercitaba en los oficios mas humildes de la hospederia y cocina, donde perseveró en esta ocupacion, con gran edificacion de sus hermanos, hasta que se sosegó la persecucion de los Hereges; por la qual razon volvió á su Iglesia de Alexandría, donde á dos de Mayo, año de 372. felizmente murió, (2) cargado de merecimientos, para gozar en el Cielo el premio de sus inmensos trabajos, catorce años despues del glorioso tránsito de San Antonio.

CAPITULO XXXI.

VIDA DE SAN MACARIO Egypcio.

SAN Macario Egypcio, nació en un Lugar, llamado Lico, (3) que está fundado en la interior Tebáyda; y siendo de edad de diez y seis á diez y siete años, estando un dia jugando á la barra, y luchando con otros mancebos, sus iguales, junto á un lago, llamado Maria, desgraciadamente, y sin querer, quitó la vida á uno de sus compañeros, con tanto sentimiento y confusion suya, que le obligó á dexar su tierra, por la agena, y la compañia de sus padres por huír de la Justicia que le andaba buscando, y se escondió en un monte, donde estuvo oculto, con mucho temor de Dios y de los hombres, tres años, pasando extremas necesidades, hasta que inspirado del Cielo se retiró al Yermo donde moraba San Antonio, á quien suplicó que

(1) *En la Crón. 1. p. de la Ord. de San Benito, por el P. M. Fr. Antonio de Yep. f. 28. dice: Que S. Atan. les dió noticia á estos Hermitaños, de la Vida que S. Antonio hacia en el Yermo, y que se la dexó escrita.* (2) *Sozom. lib. 6. cap. 29. Vit. Patrum, p. 1. Nicefor. l. 11. cap. 35.* (3) *Prado Espir. f. 168. Ribad. lib. 2. f. 15.*

que le recibiese por Monge; y habiendole admitido en su compañia, fue tan felíz su dicha, que mereció ser entre sus beneméritos Discípulos, el mas antiguo.

Y como dice Paladio, fue tan parecido á su Padre San Antonio, así en la Oracion y en la contemplacion, como en la humildad y en el menosprecio de sí mismo, en la penitencia, y en la austéra vida é imperio que tuvo sobre los demonios, y en revelaciones é ilustraciones Divinas, y en los milagros que el Señor obró por él, que fueron muchos y muy grandes, de los quales referirémos algunos.

Caminando una vez por el Desierto, halló una calavera encima de la tierra, y mirandola con atencion, la preguntó de parte de nuestro Señor, que le dixese ¿cuya era? Y al punto le respondió, que era de un Sacerdote de los Gentiles, que habian habitado en otro tiempo en aquel Lugar, y que su infelíz alma estaba en el Infierno, por haber ofendido á Dios, no creyendo en su Unigénito Hijo; y el Santo la volvió á preguntar: ¿si habia otros, que padecian mas penas que él en el Infierno? Y le respondió: que sin comparacion habia otros mas atormentados, con penas mas insufribles. Y dixole Macario, ¿quiénes eran los que padecian mas terribles penas? Y le respondió, que eran los Christianos, que habiendo conocido á Dios, no le obedecieron ni guardaron sus Santos Mandamientos; y habiendo oído estas razones, se enterneció sumamente, considerando el olvido de los mortales, y quán poco se acuerdan de las penas eternas.

Habiendose hallado un hombre muerto, fue acusado de aquel homicidio, otro que no tenia culpa; y queriendole prender, se acogió á la Celda de Macario, como á puerto seguro, para que le favoreciese; mas los que iban en su seguimiento le dixeron á el Santo, que les entregase aquel hombre, porque no llevasen ellos la pena que él merecia: y como el hombre, con grandes juramentos afirmase, que no tenia culpa en aquella muerte que le acumulaban; San Macario, compadecido de él, les dixo que le enseñasen el lugar donde estaba enterrado el hombre que habian hallado muerto, para que sin escandalo ni peligro de la inocencia se verificase la verdad, y la Justicia quedase satisfecha. A todos pareció bien lo que el Santo dixo; y habiendo ido al sepulcro, se puso junto á él Macario en Oracion, suplicando al Señor de vivos y muertos, fuese servido de manifestar la verdad de aquel caso; y llamando al difunto por su nombre, le dixo: *Yo te suplico, por mi Señor Jesu-Christo, Hijo de Dios Vivo, que me digas si este hombre fue el que te quitó la vida.* Y le-

vantando el cadáver la cabeza, le respondió con voz clara y distinta que todos la oyeron: *Que aquel hombre no le habia muerto ni ofendido.* Y habiendo dicho estas palabras, volvió á inclinar su cabeza en la tierra, dexando á los presentes admirados viendo un milagro tan patente, y alabando en altas voces al Señor, le daban repetidas gracias por haber librado al inocente del falso testimonio que le habian levantado; y postrandose los acusadores a los pies de Macario, le suplicaron que le preguntase quien habia sido el agresor de su muerte. Entonces el Santo respondió: *A mi me agrada, que el que no tiene culpa, no tenga pena; mas que sea castigado el culpado, eso á mi no me toca.*

Yendo una vez Macario á segar, llevó en su compañia siete Monges, y estando segando, vió una muger, que iba detrás de ellos espigando, y que lloraba tan afligida y dolorosamente, que le dió gran compasion; y por consolarla, la preguntó la causa de su pena; y la muger le respondió, que era injustamente perseguida de un señor, el qual decia, que habia entregado á su marido una cantidad de dinero, para que lo guardase en depósito, y que su marido se habia muerto de repente, sin poder declarar en que parte dexaba el dinero; y que el señor, con el favor y gracia que tenia, habia suplicado al Juez, que le concediese, que ella y sus hijos fuesen sus esclavos, pues maliciosamente se quedaban con su hacienda. Oído esto por San Macario la dixo, que dixese al señor, que le suplicaba de su parte, que quando fuese servido, se viese con él en el lugar donde estaba enterrado su marido, para declarar la verdad de aquel caso, y que quedase satisfecho; y habiendo el señor recibido el recado, por obedecer al Santo, fue en compañia de otros Caballeros al sepulcro, donde le estaba esperando el Siervo de Dios; el qual, en presencia de muchos Monges y seglares, llamó por su nombre al difunto, y le dixo: *Hermano ¿donde pusiste el dinero, que este señor pide ahora á tu muger?* Entonces levantó el difunto la cabeza, y le dió razon como lo habia dexado escondido debaxo de tierra en un aposento de su casa. Y habiendo declarado este secreto, le dixo el Santo que se volviese á la sepultura á descansar en paz, hasta el dia de la universal Resureccion, dexando con este prodigio atonitos y maravillados á los presentes, los quales se postraron á sus pies, dandole gracias; mas el humilde Varon les dixo, que no se habia hecho aquel milagro por sus meritos; sino por la verdad de la pobre viuda, la qual fue en compañia del señor á su casa, donde hallaron puntualmente toda la cantidad del dinero, en la par-

parte que habia dicho el difunto.

Habiendo enviado San Antonio à Macario á cortar hojas de palma para trabajar, volviendo el bendito Monge á su Monasterio, se le puso el demonio delante, con una hoz en la mano, amenazandole como que le queria herir, y dando una espantosa voz, le dixo: ¿Por qué has de poder tú mas que yo, siendo muy conocida la ventaja que te tengo? Porque si tú ayunas, yo nunca pruebo manjar alguno; y si tú velas, yo jamás tengo sueño; pero te confieso, que me haces ventaja en una cosa; y preguntandole Macario ¿en qué? Respondió, que en sola su humildad. Como esto oyó el Varon Santo, levantó las manos al Cielo dando gracias á Dios, y el maligno se desapareció en el ayre.

Refierese en la vida de este Siervo de Dios un suceso bien particular, y fue: Que se enamoró de una señora casada un mancebo, el qual, por artificios que usó, nunca pudo rendirla á su voluntad; y con el ciego amor que le tenia, se valió de un amigo Nigromántico para que con sus diabólicos hechizos la rindiese; y si no pudiese conseguir esto, á lo menos la apartase del amor de su Esposo. El hechicero le ofreció que con toda brevedad conseguiria lo que deseaba; porque no han acabado de entender los hombres malos, que importa muy poco que el hechicero pácte con el demonio, si el demonio y sus pactos y hechicerias, no pueden, ni saben hacer nada de quanto saben ni pueden, sin el permiso Divino; pero algunos hay tan ignorantes, que tienen creído que no dexará de suceder el bien propio que se desea, ni el mal que desean ageno; y así, aunque el Mágico hizo todas sus diligencias, no pudo rendirla para que consintiese en el pecado; pero pudo, por justo Juicio de Dios, hacer, que aquella muger no pareciese lo que era, sino yegua; aunque ella verdaderamente estaba en su mismo sér, y la mudanza no estaba en la señora, sino en los ojos de los que la miraban. Y con este desconsuelo la llevó su esposo atada con un cabestro, como si fuera bestia, á la presencia de San Macario, á quien ya nuestro Señor habia revelado la verdad de aquel caso; y postrandose el afligido marido á los pies del Santo, le suplicó con muchas lágrimas y ruegos, se compadeciese de él y de su esposa, y la volviese el sér y figura humana; y el Siervo de Dios respondió: Esta no es yegua, sino muger; y vosotros, engañados de el comun enemigo, teneis ojos de caballo, pues decis semejantes cosas; y diciendo esto, echó sobre la cabeza de la afligida señora agua bendita, y al punto pareció en los ojos de todos lo que era, y perdió aquella fantástica

forma y aparíencia de yegua; con que es inexplicable el gozo que recibieron los que se hallaron presentes, y las gracias que dieron á nuestro Señor, y á su Siervo; el qual llamó despues aparte á la señora, y la dió muy saludables consejos; y la avisó, que tuviese mas cuidado con su alma, que con los adornos superfluos del cuerpo; porque si la habia sucedido aquel trabajo, no era por el poder del hechicero, sino porque habia cinco semanas que no freqüentaba los Santos Sacramentos, y por el descuido que habia tenido de oír la palabra de Dios, y visitar su Santo Templo; y habiendola exôrtado á la virtud, la envió en compañia de de su esposo, muy consolada y avisada de lo que debia hacer para en adelante.

Y como en aquel tiempo florecia en todas las Naciones del mundo la verdadera Religion y Fe de nuestro Señor Jesu-Christo, y habia, no solo en las Ciudades sino tambien en los Desiertos, como dexamos dicho, Varones muy insignes y perfectísimos, el demonio envidioso, armó su exército infernal, para destruir el estado de la perfeccion y abatir la verdad, y que prevaliese la mentira, valiendose de un Herege muy loquáz y grande sofista, que con sus malditas razones y depravada doctrina, les pervirtiese; el qual, despues que reduxo en las Ciudades, á muchos á su diabólica secta, se pasó á los Desiertos á engañar á los Santos Hermitaños y Monges, que como cándidas palomas no se recelaban del engaño que aquella ave de rapiña les daba á beber ponzoña en vaso dorado, con apariencia de santidad. Negaba la Resureccion de la Carne; y entendiendo San Macario que algunos Monges estaban en peligro de caer en semejante error, procuró el argüirle; si bien el Santo no tenia mas ciencia, que la que habia adquirido en la Escuela de su Padre San Antonio; mas con la Divina Luz del Espíritu Santo, entró en disputa con el Herege, probando con evidentes razones la verdad de la Fe Católica, y la falsedad de su secta; y por último, levantó el Santo la voz en presencia de todos, diciendo: dexemos palabras, y vengamos á las obras que prueben la verdad que pretendo que se verifique. Vamos á uno de los Templos, donde los difuntos están enterrado, y el que resucitáre á qualquiera, ese sea tenido por Predicador de la verdad. A todos pareció bien lo que San Macario propuso, solo el Herege lo sintió; mas no pudo excusar de aceptar el partido, que los presentes aprobaron; y así, fueron á un Cementerio, donde habia inumerables sepulcros, y el Santo dixo al Herege, que llamase al difunto que le pareciese; pero él lo rehusó,

que-

quedando tan corrido y afrentado, que no se atrevió á pronunciar una palabra; pero Macario, postrandose de rodillas en tierra, suplicó á nuestro Señor, que con la resureccion de un cadáver, manifestase qual de los dos profesaba la verdadera y Católica Fe; y llamando á un difunto, al punto le respondió y salió de la sepultura, con admiracion y asombro de los presentes, que sin cesar glorificaban al Poderoso Señor; y el Herege, viendo tan gran maravilla, quiso huír; pero no le valió, porque fue preso, y despues de castigado, le desterraron de toda aquella tierra.

Por estos prodigios que obraba Dios por las oraciones de su Siervo, fue su nombre muy conocido en Egypto, y por sus escritos, con los quales ilustró toda la universal Iglesia; y habiendo llegado á una anciana edad de noventa años, morando en el famoso Monasterio de Nitria, adoleció de una penosa enfermedad, de la qual murió, para gozar en el Cielo el premio eterno, por sus temporales trabajos,

CAPITULO XXXII.

EN QUE SE DESCRIBE la Vida de San Macario Alexandrino.

SAN Macario Alexandrino, nació en la Provincia de Egypto; (1) y la razon porque le intitulan Alexandrino, me parece que es por haber sido Presbítero de Alexandría, y por diferenciarle del Egypcio.

Fue este Siervo de Dios tambien discípulo de San Antonio, y compañero de San Macario Egypcio, y tan parecido á él en la perfeccion, que San Antonio dixo, que con la Gracia Divina vendria á ser heredero de su hermano en las virtudes; pues habiendo estado Macario sus primeros años en compañia de San Antonio, y comprehendido el instituto y exercicios de los Religiosos, San Antonio le mandó, que se retirase á morar en un Desierto que estaba junto al Mar, y muy cerca de la Ciudad de Dióclos, donde estuvo quatro años: Y teniendo noticia el Obispo de Alexandría de su suficiencia y virtud, le ordenó de Sacerdote, y eligió aunque lo rehusaba, por Cura de un Lugar de aquella Diócesi; y estando exercitando la Dignidad de el oficio,

(1) *Hace memoria de este Siervo de Dios el Martirológio Romano, y en Vit. Pat. 1. p. Nicefor. lib. 11. fol. 635. Ribad. fol. 15.*

sucedió, que en aquel Pueblo moraba una doncella, la qual se aficionó de un mancebo, y concibió de él; y despues, quando los padres conocieron la flaqueza de su hija, la apremiaron para que dixese quien habia sido el desflorador de su virginidad; y ella, por disculparse, dixo, que el Monge Macario que tenian por Cura, habia sido el agresor de aquel agravio, y que la habia amenazado con la muerte, para que condescendiese con su gusto. Como esto oyeron sus padres y deudos, sin hacer otra informacion, fueron á la casa de Macario, y con diabólico atrevimiento asieron de él, y sin atender que era Sacerdote, su Pastor y Prelado, le llevaron públicamente á la vergüenza por las calles de aquel Pueblo, y en altas voces decian: Este falso hombre hizo fuerza á nuestra hija; y al pronunciar estas palabras, le daban cruelísimos azotes, de tal calidad que casi estaba para espirar, quando nuestro Señor le favoreció, guiando á un Venerable Monge á aquella Aldéa, al mismo tiempo que lastimosamente, vió la maldad que hacian con Macario; y el Religioso, no pudiendo sufrir á sus ojos aquel doloroso espectáculo y bárbaro atrevimiento, con muy severas razones los reprehendió; mas los Labradores, no haciendo caudal de lo que les decia, le dixeron: Que no le dexarian de herir hasta tanto que les diese un fiador que se obligase á sustentar aquella muger, y la criatura que naciese de ella. Oído esto por Macario, envió á llamar con el Monge á un amigo suyo; y como si fuese cómplice en aquel delito, sin disculparse, le suplicó con mucha humildad y paciencia, que le fiase; y hecho esto, los Labradores cesaron de perseguirle, y Macario, con la nueva obligacion, se exôrtaba, diciendo: Ea, anímate y trabaja, pues tienes hijo y muger á quien sustentar; con que trabajaba doblado, haciendo esportillas y cestas, y otras cosas semejantes, las quales se las entregaba al fiador, y él las vendia, y socorria á la falsaria hembra; y como Dios es Juez y testigo de todas las cosas; viendo la paciencia con que Macario llevaba tan afrentoso trabajo, quiso librarle de él, permitiendo que quando llegó la hora del parto, la muger no pudiese parir; y conociendo que aquel castigo la venia guiado de el Cielo por la gravedad de su culpa, pidió á Dios misericordia, y confesó públicamente el falso testimonio que habia levantado al inocente Macario, y como habia concebido de un mancebo, vecino de su casa; y habiendo declarado este secreto, viendo que se moría, pidió con muchas ansias, que con toda brevedad fuesen á San Macario, y le suplicasen que la perdonase quanto le ha-

habia ofendido.

Y habiendo ido su fiador en compañia de otros á darle esta noticia, la oyó sin ninguna alteracion, alegria ni tristeza, y piadoso se puso á orar por la pobre muger, y el Altísimo Señor permitió, que antes que acabase la oracion pariese; y viendo este prodigio, conocieron todos la gran virtud que tenia, y su singular paciencia; pero Macario, por excusar la estimacion y visitas que desde aquel dia le hacian, venerandole vivo, como á Santo, dexó secretamente aquella tierra, y se retiró á morar al Desierto de Scitia; y habiendo estado alli algunos años, le vino deseo de ver á San Antonio, y con esta voluntad se puso en camino para el Yermo donde el Siervo de Dios habitaba; el qual ya tenia noticia, por Divina revelacion, de la visita que le iba; y así, quando Macario llegó á su Celda, aunque llamó á la puerta, el Santo Abad no le respondió por experimentar su paciencia; mas el humilde Macario constantemente perseveró, quedandose toda la noche postrado en tierra junto al umbral de la puerta, hasta que venida la mañana, San Antonio, viendo su humildad, fue muy edificado, y con sumo amor le recibió, y le dió amorosas quejas, porque en tanto tiempo no le habia venido á ver. Entonces Macario, con mucho encogimiento, se disculpó con su amado Padre, y le dió razon de muchas cosas, que por él habian pasado, mas no abrió sus labios para quejarse de que le hubiese tenido toda la noche de aquel género; que tan perfectísimo Varon era como todo esto.

Tambien estando un dia recogido en su Celda, le vino gran deseo de entrarse por lo interior de los Desiertos de Scitia, (1) donde vió dos hombres desnudos, que venian mezclados entre muchos animales á beber en una laguna de agua que alli junto estaba; y apenas Macario los vió, quando se armó con la saludable señal de la Cruz, santiguandose muchas veces, con gran rezelo, temiendo no fuesen espíritus malignos, que tomaban aquella aparente forma para engañarle; y viendo esto los Venerables Ancianos, le dixeron: No temas, Padre, que Christianos somos, y por la Gracia de Dios algun tiempo moramos en compañia del gran Antonio, y fuimos sus Discípulos; por tanto, te suplicamos, que nos oygas y pierdas el temor, pues no tienes de que tenerle. Entonces Macario, con ánimo sosegado, los saludó con los Dulcísimos Nombres de Jesus, y de su Bendita Madre, y los Monges á él con la misma sa-

(1) *Reyno de Dios, n. 19. Prado Espiritual. cap. 11. fol. 127*

lutacion ; y le informaron , como habia muchos años que habitaban en aquellas soledades , y que el uno era natural de Egypto , y el otro de Tebas , y que desde que habian dexado el Monasterio , con beneplacito de su Prelado , no habian visto criatura nacida , sino á él ; y habiendole dicho otras muchas cosas , Macario les preguntó , ¿ que si sentían los ardores del Sol , y los ayres frios ? Ellos le respondieron , que habia quarenta años, que por la infinita piedad , no tenian pasion ni sentimiento alguno ; y que les dixese , si vivian aún los hombres en sus livianadades y errores , como solian ; y dandoles razon á todo Macario, les dixo : Ahora bien , Padres, decidme , ¿ qué haré yo , para ser verdadero Monge ? Respondieronle , que renunciase todas las cosas visibles ; y que si no lo observaba así , no conseguiría el ser perfecto. El dixo : Yo soy muy flaco. Repitieron á esto aquellos Anacoretas : Pues vuelvete á tu Celda , y alli llora tu flaqueza y pecados : Y habiendole dicho semejantes razones , se despidieron de él , volviendose por el propio camino que habian venido ; y Macario se les quedó mirando hasta que los perdió de vista, quedando atónito y espantado, que poco le faltó para caer en un abysmo de tristeza , considerando la negligencia de su vida , y la tibieza de sus penitencias ; y quanto mas lo imaginaba , mas se encendia en deseo santo de servir con toda perfeccion á nuestro Señor ; y habiendo vuelto á su Monasterio , refirió lo que habia visto ; y llorando tiernamente, decia : Ya yo no soy Religioso, porque he visto los verdaderos Monges ; y esto lo decia con tan eficáces y devotas razones , que hizo mucho fruto esta relacion entre todos aquellos Santos Varones.

Otro Monge referia , que le habia sucedido un caso muy semejante al referido por Macario; y fué : Que habiendo caminado tres dias por lo interior del Desierto , vino á parar en un espeso monte , donde con gran dificultad podia caminar ; y estando con esta pena se subió sobre un alto peñasco , para ver si podia descubrir alguna vereda ó camino , y vió en la parte inferior de el peñasco , y pegado á él mucha hierba , que con la frescura de un arroyuelo se conservaba en su lozanía y verdor , y á un hombre que estaba en carnes paciendo como si fuera bestia ; y figurandosele de presto el mal tratamiento , que al parecer aquel hombre extraño daba á su cuerpo , se quedó maravillado , porque tenia el rostro como difunto, y los ojos sumidos de flaqueza, las mexillas quemadas y embermejecidas , y los pelos de las cejas

jas caídos con el contínuo llorar, y en las rodillas hechos callos, á manera de camellos, de estár siempre en oracion; y finalmente, todo él parecia un perfectísimo retrato de penitencia, y quanto mas le miraba, tanto mas deseo le daba de saber quien era; y con este intento se baxó cautamente de el peñasco, y le asió antes que el Santo Anacoreta le sintiese; y como no podia sufrir el olor de los hombres, se angustió sobre manera, y forcejando con el Monge, se le desasió de sus manos, y dió á huir por aquellas soledades, y visto esto por el Monge, fue en su seguimiento, y le daba voces, diciendo: Espérame, Varon Santo, espera, que por Dios te sigo. El otro que oyó esto, se volvió para él, y le dixo: Yo por Dios húyo de tí. Como esto oyó el Monge, determinó de seguirle hasta alcanzarle, y para esto se quitó el Habito que llevaba, y se quedó en carnes. El Anacoreta volvió la cabeza, y viendole desnudo, le aguardó, y le dixo: Ahora que dexaste totalmente lo que tenias de mundo, te he esperado: Dime, ¿qué es lo que me quieres? El Monge le dixo: Lo que deseo saber es, que me digas alguna cosa para mi salvacion. A esto el extraño le respondió, que fuese humilde, callado y recogido, y huyese de los hombres y de sus vanas conversaciones, y conseguiria lo que deseaba; y habiendo dicho estas palabras, no le habló mas, ni le quiso decir otra razon, antes dió á huir por aquellos Desiertos, tan velóz y ligéramente, que en brevísimo rato se desapareció de sus ojos; y el Monge edificadísimo, volvió por su Habito, adonde le habia dexado; y estando en su Monasterio, refirió para exemplar, á los Religiosos, lo que habia visto.

Y es de advertir, que en el Prado Espiritual (1) tambien está escrito lo que dexamos dicho; y alli se dice, que fue Hermitaño, y no Monge á quien le sucedió este peregrino suceso; pero que fuese Hermitaño, ó Monge, no hace al caso ni se contradice su verdad, pues en aquellos tiempos, tan presto llamaban á los Anacoretas Monges, como Hermitaños á los Religiosos.

Caminando una vez los dos Macarios juntos, habiendo de pasar el Rio Nilo, entraron en una barca en que iban dos Tribúnos con grande fausto y acompañamiento de Soldados, y como vieron á los Varones Santos retirados á un rincon del barco, y en su trage pobres y humildes, dixo el uno de los Tribúnos: *Bienaventurados vosotros, que así os burlais del mundo.* Entonces res-

pon-

(1) *Prad. Espir. cap. 12. fol. 127.*

pondió Macario Alexandrino: *Nosotros nos burlamos del mundo, y el mundo se burla de vosotros.*

Razones fueron estas, dichas tan á tiempo, que penetraron el corazon de aquel Tribúno, de calidad que luego al punto dexó las cosas de la tierra, y dando grandes limosnas á los pobres se recogió á la soledad del Yermo, donde fue Religioso de virtud aprobada.

Un dia, entrando Macario en su Celda halló un Ladron que le estaba quitando la obra que tenia hecha; y pareciendole que aquello procedia mas de necesidad que de vicio, porque no se asustase, fingió que era Monge de otra Celda, y le ayudó á cargar todo quanto le habia quitado, diciendole, con gran sencillez: Hijo, ninguna cosa traximos á este mundo, el Señor lo dió, el Señor lo quitó, de la manera que su Divina Magestad quiso, se hizo. Oyendo esto el malhechor, se arrepintió, y le pidió perdon de su pecado.

Solia decir San Macario á los Monges: Huid, Hermanos; y una vez le dixo un Monge: ¿Adónde, Padre, podemos huir mas que á los Yermos en que habitamos? A esto puso el Siervo de Dios el dedo en la boca, dando á entender con esta accion, que se habia de huir de la lengua, y de las palabras ociosas.

Caminando una tarde Macario de vuelta para su Monasterio, vió á un demonio que con muy apresurados pasos iba por el mismo camino en figura de pobre, vestido con una túnica de lino, la qual estaba llena de agujeros, y por ellos le salian colgando unas redomas pequeñas de diferentes colores, y dixole Macario: *¿Adónde vas maligno?* Respondió el demonio: Voy á conmover los animos de los Monges que habitan en este Desierto interior. Preguntóle Macario: *¿Pues para qué llevas tantas redomas contigo?* Respondió: Has de saber, que estos son los manjares con que yo cébo á los Religiosos, y llévo tantos, para al que no le agradáre uno, darle otro; y habiendo dicho esto, prosiguió su camino, y el Santo quedó deseoso de saber en qué pararia aquella engañosa diligencia; y con este deseo aguardó que volviese; y como le vió que venia de vuelta, le dixo: *Seas bien venido.* El demonio, sonriendose falsamente, le dixo: ¿Cómo me saludas con palabras de amor, pues todos los Monges se me han hecho enemigos, y ninguno de ellos quiere oírme, ni seguir mis consejos? Dixo Macario: *¿Luego á ninguno tienes por amigo?* Respondió: Entre tantos no tengo mas que á uno solo, el qual me oye y consiente en lo que le digo, y hace mi voluntad. El Santo le preguntó por el nombre

bre del Monge su amigo, y le dixo, que se llamaba Teopento. Con esto se fue el demonio, y Macario caminó luego para el Yermo interior; y como los Religiosos le vieron, le salieron á recibir, y cada uno deseaba tenerle en su habitacion por huesped; mas el Siervo de Dios no aceptó el agasajo, diciendoles, que queria recogerse en la Celda de Teopento, con el qual se quedó solo en ella, y le preguntó, ¿cómo le iba en sus exercicios espirituales? Y el Monge le respondió, que muy bien. Entonces el Santo le dixo: Pues yo con ser anciano, y haber tantos años que vivo en el Yermo, me molestan los malos pensamientos. Respondió Teopento: En verdad, Padre, que de la misma manera me molestan á mí. Entonces Macario le fue fingidamente diciendo, que era tentado en tal y en tal vicio, y los iba refiriendo todos, para que se animase, y le dixese la verdad de sus tentaciones; y así sucedió, que el Monge le confesó que consentia algunas veces en pensamientos deshonestos, y que tenia poca observancia en la Regla de los ayunos; y oído esto por el Santo, le dixo lo que le habia pasado con el demonio; y para que se librase de caer mas en sus lazos, le dió por remedio, que ayunase contínuamente hasta la hora de Vísperas, y meditase en la Sagrada Escritura; y quando fuese combatido con representaciones sensuales, se humillase, levantando su corazon al señor, suplicandole tuviese de él misericordia; y habiendole dado tan saludables consejos, se volvió Macario á su Monasterio, y otro dia vió al espíritu infernal en el mismo camino y forma antecedente, y le preguntó: ¿*Que adonde iba*? Y le respondió, que á su acostumbrada taréa: con que determinó esperarle; y quando le vió volver, le preguntó: ¿*Cómo le habia ido con los Monges*? Y respondió, que muy mal, porque todos se habian conjurado contra él, y hecho campesinos, y dexado la conversacion y política humana, y que aún Teopento, que habia sido su verdadero y obediente amigo, le habia ya dexado, y despreciado sus consejos; y que habia jurado de no volver á solicitar la amistad de los Religiosos que moraban en aquel Desierto, hasta que hubiese pasado mucho tiempo, para cogerlos descuidados; y diciendo esto, con furiosa rabia se desapareció en el ayre.

En cierta ocasion le presentaron á Macario unas uvas frescas, y viendo su hermosura, le dió deseo de probarlas; pero para vencer aquel apetito no las quiso gustar, antes las envió á un Religioso que sabia que estaba enfermo, y deseoso de semejante fruta; y habiendolas recibido, y estimado el regalo, no las probó por mor-

ti-

tificarse, y las envió á otro Religioso, y el otro hizo lo mismo; y de este género anduvieron las uvas de mano en mano por todos los Monges del Desierto; y segunda vez volvieron presentadas á San Macario, sin que ninguno hubiese llegado á ellas; como el Santo vió esto, se edificó mucho, y conoció la virtud y templanza de aquellos Santos Varones, y por ello dió gracias al Señor; y para exemplo de los demás Monges no gustó las uvas, aunque se las habian presentado dos veces, con que las envió á los Religiosos que moraban en otro Yermo.

Una vez fue Macario gravemente combatido por el espíritu deshonesto, y para vencerle, se puso desnudo en carnes en un lugar donde habia inumerables mosquitos tan grandes como abejas, y con aguijones tan agudos y penetrantes, que pasarian el cuero de un javalí. En este lugar perseveró seis meses, venciendo los estímulos de la carne con los aguijones de los mosquitos; y sacando un clavo con otro, como dicen; y quedó tan lastimado y llagado, que parecia un leproso.

Tambien habiendo caminado veinte dias por un Desierto, sin tomar alimento, ni tener de donde haberle, estando ya muy debilitado, le socorrió el Señor con una vaca, con cuya leche se sustentó y alentó para proseguir su camino.

Otra vez, estando cavando para hacer un pozo, le mordió un aspid, que es serpiente muy venenosa, y el Santo tomó con admiracion de los Monges que estaban presentes, el aspid con las dos manos y le hizo pedazos diciendo: *No habiendote enviado mi Dios, ¿cómo te atreviste á ofenderme?*

Dice, que siendo ya muy anciano, tuvo noticia de la austéra vida que observaban los Religiosos del Monasterio de San Pacómio, en el qual moraban mil y quatrocientos Monges; y deseoso de comprehender sus virtudes, y mortificarse, fue disfrazado en habito de Seglar al Monasterio, y pidió con mucha humildad y ruegos á San Pacómio, que le admitiese en su Congregacion por Monge, y como no le conoció, le entretuvo siete dias sin recibirle, dandole por excusa que era muy anciano, y que no podria tolerar los exercicios de la vida Religiosa, mas á instancias suyas le recibió; y fue tal su oracion, ayunos, silencio, obediencia, trabajo de manos, soledad, y retiro, que los Religiosos, admirados de sus exemplares acciones les parecia que era mas que hombre, y no compuesto de huesos y carne, como los demás; y visto esto por Pacómio, suplicó á nuestro Señor le revelase quien era aquel peregrino Monge; y su Divina Magestad le dió á entender,

que

que era su Siervo Macario; y consolado Pacómio con esta noticia, se postró á sus pies, y llorando de gozo, le dixo: ¡*Oh quanto* (Padre) *nos has edificado, y humillado con tus obras*! *Gracias doy al Altísimo, que me ha concedido el verte, porque lo deseaba mucho, y fuera felicísimo, si te quedáras por algun tiempo en nuestra compañia; pero Macario, por huir de la estimacion que le hacian, se volvió al punto á su Monasterio.*

Un Sacerdote tenia un disforme y pestilente cancer en la cabeza, que no le dexaba de dia ni de noche sosegar, y para su remedio, fue á visitar á San Macario; pero el Santo, apenas le quiso hablar; y como á la sazon estuviese alli presente Paladio, que es el que escribe este suceso, le rogó que tuviese compasion de aquel afligido enfermo, y que no le enviase desconsolado. Entonces Mario le dixo, que aquella enfermedad que le afligia, era castigo, y voluntad de Dios que la padeciese; porque habiendo caido en pecado deshonesto, se habia atrevido á celebrar el Sacrosanto Sacrificio de la Misa, sin haber hecho primero penitencia de sus pecados; mas que si le daba palabra de confesarse con firme proposito de la enmienda, que Dios le sanaria. El Sacerdote, con mucho arrepentimiento y lágrimas, le dió palabra de hacer puntualmente todo lo que mandaba. Entonces el Santo le puso las manos en la cabeza, y al instante quedó sano. Esto le sucedió á aquel pobre Sacerdote, para que entendamos quanto se ofende á nuestro Señor Jesu-Christo, y el castigo que dará á los que con el corazon amancillado, temerariamente se atreven á recibirle; y tambien, para que se conozca, que las enfermedades que muchas veces nos parece que vienen acaso, tienen su raíz y principio en el pecado.

Tambien fue Macario tentado por el espíritu de vanagloria, persuadiendole, que fuese á la Ciudad de Roma, donde se exercitaria en piadosas obras de misericordia; (queria el demonio, con este virtuoso disfráz, y zelo del próximo, sacarle de su recogimiento, y llevarle donde fuese estimado, y se perdiese) mas el Santo, conociendo el engaño, peleó muchos dias con sus pensamientos, y como no los pudiese de todo punto ausentar, se tendió un dia en la puerta de su Celda, y sacando fuera de ella los pies, llamó á los demonios, y les dixo: *Sacadme vosotros fuera de esta Celda, si Dios os da potestad, porque yo de mi voluntad no me he de ausentar del Yermo*; y así estuvo, hasta que vino la noche, y como todavia aquel pensamiento importuno le molestase, llenó una espuerta grande de arena, y la puso sobre sus hombros, y con esta penosa carga anduvo hasta que

San

San Antonio le vió de aquel género, y le preguntó: *¿Qué por qué hacia aquella penitencia?* Y Macario le respondió: *Que era para afligir al que le afligia, y fatigar al que le fatigaba.*

Una Hiena, que es animal feróz y bravo, (1) á manera de lobo, pero de cuerpo mucho mayor y mas fiero, y parecido al leon en la cabeza, pies, manos, uñas, y cola; los dientes no son de una pieza, como algunos dicen, sino disyuntos, y particularmente los colmillos baxos, que le salen de la boca derechos, fuertes, y agudos; la piel tiene de la misma forma que un cebón, con el pelo como cerdas largas, y algo mas en el cerro, que es erizado, y todo alistado, de color negro, y blanco obscuro. Esta noticia pongo para el curioso, que no extrañe el nombre y figura del animal Hiena, el qual traxo á San Macario un cachorrillo hijo suyo, que era ciego, para que le diese salud; y postrandose muy humilde á sus pies, daba lastimosos bramidos; y conociendo el Santo lo que aquella fiera queria, haciendo la señal de la Cruz en los ojos del hijuelo, fue nuestro Señor servido de darle vista, y la madre se partió muy alegre, y para mostrar su agradecimiento, el dia siguiente volvió, y le traxo una piel de oveja; y San Macario muy severamente la reprehendió, diciendo: *Que si no se hubiera comido la oveja, no tuviera su pellejo, y que por esta razon no le queria admitir, pues le habia adquirido en perjuicio de otro*; y la Hiena, baxando la cabeza, como arrodillandose, se le ponia á sus pies; y el Santo la volvió á decir: *Ya te tengo dicho lo que has de hacer; y si le he de recibir, me has de prometer de no ofender mas á los pobres, comiendoles sus ganados*; y la fiera, como si tuviera discurso humano, á su modo, le dió á entender que así lo haria; y con esto tomó Macario la piel, y despues se la presentó á San Atanasio, y San Atanasio se la dió á Melania la anciana, como se refiere en la Vida de Melania la Moza.

Una vez preguntó Paladio á San Macario, ¿que haría, porque quando estaba orando se hallaba muchas veces fatigado por el demonio, que le proponia que se partiese de aquel Desierto, y Celda, porque no valia nada todo lo que hacía? Y Macario le dixo: Responde á ese pensamiento, quando te viniere: *Yo, por amor de Christo, habito en el Yermo, guardando las paredes de esta Celda*; que fue decirle, que perseverase, contentandose de exercer aquella santa obra por amor de nues-

(1) *D. Otav. Sapien. en su lib. nuevo Tratado de Turq. cap. 16. fol. 72.*

nuestro Señor, aunque contínuamente le pareciese que no conseguia el fruto que deseaba. Esta respuesta es muy eficáz para todos los que son combatidos con tribulaciones, sequedades, y malos pensamientos en la oracion, para que no la dexen, ni pierdan por pusilanimidad tan precioso fruto.

Solía decir San Macario, que el Monge habia de ayunar como si hubiese de vivir cien años, y mortificarse como si no tuviera mas que un dia de vida. En otro lugar trae una comparacion, con que solía enseñar el engaño del Monge que estando orando en su recogimiento, le dexa, y se vuelve al siglo con esperanza de hacer mayor fruto, y obras de caridad entre sus próximos.

Y dice, que habitaba en un Lugar un Barbero que con su trabajo sustentaba decentemente sus obligaciones; pero pareciendole que era muy poco el caudal que adquiria, determinó morar en una populosa Ciudad, juzgando que si exercia en ella su oficio, en breve tiempo se haria rico: y con este pensamiento fue á la Ciudad, donde ganó el primer dia doblado jornal que solia en su tierra; y estando muy gozoso con el acierto que le parecia que habia tenido, fue á la Plaza á comprar vituallas, y halló que todas las cosas se vendian en muy subido precio, y que apenas con lo que habia ganado, podia comprar un corto alimento para su familia, y ajustando la cuenta, conoció el engaño, y arrepentido se volvió á su antigua morada.

De este género, dice que es la ganancia de los Religiosos que estando en sus Monasterios recogidos, cada dia van trabajando y multiplicando meritos en la vida espiritual; y aunque la ganancia parezca poca, como es contínua, y poco el gasto, al fin del año es grande el caudal; y los que con deseo de mayores ganancias dexan su quietud, y se engolfan en los negocios del siglo, aunque les parece que es mucho lo que adquieren, son tantos los gastos y vanidades que se les pega, que todas aquellas ganancias páran en humo, y no les queda nada entre las manos.

Orando San Macario una noche, deseó saber con quien estaba igual en meritos, (1) y oyó una voz del Cielo, que le dixo: Que aún no tenia la virtud de dos señoras casadas que moraban en la Ciudad mas conjunta á aquel Desierto; y como el Santo tuvo esta noticia, así que amaneció fue á la Ciudad, y se informó de la casa donde moraban; y habiendose visto con ellas, las suplicó que le dixesen, qué exercicios espiritua-

(1) *Prado Espirit. cap.* 11. *fol.* 97.

tuales observaban, porque le importaba para su edificacion el saberlo. Y admiradas de su pregunta, le respondieron: Que sus obras eran de ningun valor, pues hacian vida comun como las demás casadas; mas que en quanto al mundo eran extrañas, y que se habian desposado con dos hermanos; y quince años habia, que todos quatro moraban juntos en una casa, sin haber tenido en tanto tiempo diferencias ni enojos, ni dichose la una cuñada á la otra jamás palabra alterada ni descompuesta, y que habian solicitado dexar el siglo, y recogerse en un Monasterio de Religiosas, por vivir perfectamente, mas que por veces que lo habian suplicado á sus esposos, no las habian querido dar licencia; y viendo que no lo podian conseguir, prometieron al Altísimo Señor de no pronunciar jamás palabra, que supiese á mundo, y con toda vigilancia cuidar de las haciendas de su casa, guardando, sin salir de ella sino para oír Misa, quanto les fuese posible clausura, silencio, soledad, y retiro, y dexar los superfluos atavíos, conversaciones y visitas vanas que se usan en el siglo.

Oyendo Macario esto, no se admiró tanto de sus exercicios espirituales, como que siendo cuñadas, y morando juntas, se hubiesen conservado tantos años en paz; cosa que raras veces sucede entre padres y hijos, y aún en Comunidades Religiosas, el tenerla; y dando gracias á Dios, porque en todos los estados tiene quien le sirve y agrada, se volvió al retiro de su Celda.

Haber de hacer por extenso memoria de las prodigiosas virtudes y milagros de San Macario Alexandrino, fuera dilatar este volúmen mucho mas de lo que es mi intento; y asi, concluiré, diciendo: Que fue este Santo Padre Abad de tres Monasterios; uno en el Monte Arsinoe; otro entre Babylonia, y Eracléas; y el ultimo en el famoso Yermo de Nitria, en cuyas soledades permanece hoy dia el nombre de este Santo Varon, y muchos Monges, que se intitulan de San Macario; el qual despues de haberse hallado en el glorioso tránsito de San Antonio, y dado sepultura á su bendito Cuerpo, morando en el Monasterio de Nitria, le sacó Dios de este valle de lágrimas, para colocarle en la bienaventuranza, siendo de edad de ciento y tres años.

CA-

CAPITULO XXXIII.

DESCRIBESE LA VIDA de San Hilarion, Discípulo de San Antonio.

EN la Provincia de Palestina nació San Hilarion, (1) año de doscientos y noventa y dos, en un Lugar llamado Tábara, cinco millas distante de la Ciudad de Gaza; sus padres fueron Gentiles, pero él fue como rosa hermosísima, nacida entre espinas; y en los primeros albores de sus tiernos años, le llevaron á los Estudios de la Ciudad de Alexandría, donde fue conocido por su delicado ingenio y virtuosas costumbres.

Yhabiendo recibido á los quince años de su edad el Santo Bautismo, oyendo decir la prodigiosa vida que hacía San Antonio en el Monte Arsinoe, y sus austéras penitencias, con las quales tenia amedrentados á los demonios, y maravillado el mundo, movido del Espíritu Divino, fue á visitarle, y estuvo en su compañia poco mas de dos meses, y en este breve tiempo notó la Regla y orden de su vida, y la gravedad de sus costumbres, la candidéz de sus amorosas y salutíferas razones, y lo contínuo que era en la Oracion, lo humilde en recibir á sus hermanos, lo entero en reprehender sus tibiezas, lo alegre en alentar sus fervores, y la multitud de gente que de todas partes del mundo venian á suplicarle, les alcanzase de Dios remedio para sus necesidades. Parecióle á Hilarion, que ya esto era principio del premio de los largos trabajos, padecidos por San Antonio, y que aquella soledad estaba vuelta en poblado, por los muchos que venian á visitarle, y que aquella freqüencia, que para nuestro Sagrado Abad, ya Varon consumado, no era peligrosa; para él, que apenas habia comenzado á exercitar las armas del espíritu, lo sería, resolvió vivir solo y apartado de la multitud, como el Santo lo habia hecho en sus principios, y considerandolo muy bien todo, ofreció consagrarse á Dios, y para esto determinó volverse á su tierra, con beneplácito de S. Antonio, el qual al despedirse le dió su bendicion, y una melota, que así llamaban en aquel siglo el Hábito, que los Monges traían; y habiendo llegado á su tierra, halló que ya eran difuntos sus padres, y distribuyendo su Patrimonio, dió parte á sus hermanos, y lo demás restante lo repartió entre necesitadas, y pobres; y acompañado de el Rey de los An-

(1) *Hace memoria de este Siervo de Dios S. Geron. el Martyr. Rom. y el de Veda, Usuar. Adon, Nicef. Villeg. y Rib. f. 585. El. P. F. Joseph de Sta. Teresa en sus Flores del Carmelo, f. 507*

geles, se retiró á un lugar solitario, que era muy frequentado de salteadores: y diciendole sus amigos el peligro en que se ponia, no hizo aprecio de este aviso, no temiendo la muerte corporal, por librarse de la eterna. Era Hilarion de complexîon delicada, de pocas carnes, y aparejado para qualquiera injuria de tiempo, y con todo eso vestía solamente la melota, que le dió San Antonio, la qual era texida de ásperos pelos de animales. Empleabase en Oracion la mayor parte del dia y noche; y quando se sentia fatigado de el trabajo, tomaba el cotidiano alimento, que era compuesto de hierbas silvestres; y el demonio, viendo su perseverancia en la virtud, le hacía cruél guerra con representaciones deshonestas; y quando le consideraba necesitado de sustento, le figuraba apetecibles manjares; si oraba, procuraba atemorizarle, dando espantosos bramidos para que se turbase, y dexase la oracion; mas todos sus engaños eran en vano, contra la invencible virtud de Hilarion; el qual, fortalecido con la Divina gracia, salió siempre vencedor de las contínuas luchas que tenia con los espíritus infernales.

Y para tener sus pasiones rendidas y sujetas, se daba tal vida, que todo era un perfectísimo retrato de su Padre San Antonio; y á imitacion suya, y de los otros Santos Monges de Egypto, se ocupaba algunas vèces en el trabajo de manos; y porque solo el exercicio corporal, segun dice el Apóstol, es poco útil á la piedad y bien de el alma, lo juntaba con la oracion y rezo de los Salmos. Su habitacion era una angosta choza que hizo de mimbres y esparto, para defenderse de los ardores del Sol y lluvias, y despues labró una Celdilla de tapias de tierra; y dice San Gerónimo, que aún en su tiempo permanecia, y que la vió, que no tenia quatro pies de ancho, y de alto cinco; de modo, que era mas baxa que su estatura, y de largo tenia algo mas, que la medida de su cuerpo; con que tenia mas talle de sepulcro para cuerpo muerto, que Celda para hombre vivo. Dormía sobre unos juncos, echados en la tierra; nunca se mudó el Hábito que S. Antonio le dió, ni aún para lavarle, porque decia que era supérfluo buscar regalo en el silicio.

Y conforme á la edad que tenia, anduvo mudando el sustento. Algunos años se alimentó con solas lentejas, mojadas en agua fria; otro tiempo se pasó con pan seco, y con hierbas y raíces; y aún se dice, que vino á alimentarse cada dia con solas seis onzas de pan de cebada, con alguna hortaliza cocida; y despues, por estár enfermo, añadia algun óleo, y así pasó hasta ser de sesenta y tres años; y desde esta edad, hasta los ochenta, se mortificó en no gustar mas man-

manjar, que harina, y hortaliza desmenuzada, que le servía de comida y bebida; tan rigorosos y continuados ayunos observó, que mas son para admirados, que para imitados.

Y habiendo morado en la estrecha Celdilla veinte años, de calidad se esparció la fama de su heróyca virtud por toda la Provincia de Palestina, que un dia, oyendo contar los prodigios que hacía, una señora fue muy afligida á visitarle; y postrandose á sus pies, el Santo sintiendo que hubiese hecho aquella accion, quiso ausentarse; mas la señora, vertiendo de sus ojos tiernas lágrimas, le dixo: Perdona, Padre, mi osadía, que mi necesidad y trabajo me hace ser importuna; no huyas, vuelve á mí tus ojos, mírame, no por muger, sino por necesitada y afligida; que no tienen necesidad de Medicos los sanos, sino los enfermos. A estas dolorosas palabras se detuvo Hilarion, y la preguntó: ¿*Qué queria*? Y la señora le dixo: *Que habia quince años, que era casada, y que su Esposo, porque no tenia hijos, la queria dexar y casarse con otra, para tener succesion.* Oyendo esto el Santo, levantó los ojos al Cielo, suplicando á nuestro Señor, la concediese lo que pedia; y habiendola consolado, la envió á su casa con esperanzas ciertas que tendria buen suceso; y quiso Dios, que de alli á un año volvió á visitarle, y darle las gracias como ya tenia un hijo, y le traía en su compañia, para que le diese su bendicion.

No es menor otro prodigio que nuestro Señor obró por su intercesion, y fue: Que como Aristineta, señora ilustre, y muger de Elpidio, Caballero principal de la Provincia de Palestina, hubiesen ido á Egypto, á visitar á San Antonio al Desierto donde moraba, llevaron en su compañia tres hijos pequeños que tenian, para que los bendixese, y con este deseo vencieron las grandes dificultades y malos pasos que hay en tan áspero camino; porque para venir por tierra desde Palestina á Egypto, se pasa por los Desiertos de Pharán, que son ocho jornadas muy peligrosas, por los grandes arenales que tiene, que los muda el ayre de una parte á otra: de manera, que el monte, ó montaña, que se ve hoy en una parte, otro dia se ve en otra; y á veces se levantan tan grandes ventisqueros, que ponen en peligro de ahogar á los caminantes; y así, en tiempos tempestuosos no se atreven á pasar por ellos, por no exponerse á peligro de perder la vida; porque se cierran los caminos de manera, que no se ve senda ni vereda alguna; es toda tierra solitaria, estéril de agua, árboles, animales, y labores; solo hay montes pedregosos, y requemados de los grandes ardores del Sol. Caminase por ellos en camellos, y de or-

dinario se les hunden los pies y las manos por la arena, mas de una y dos quartas. Enmedio de estos arenales está fundada la Ciudad de Cathay, adonde toman refresco los pasageros; y los que vienen de Jerusalén, Damasco, y de las otras Provincias de Judéa, y Palestina, se juntan en la Ciudad de Gaza, y alli se previenen de vituallas para la jornada; y los que van de Egypto á Palestina, se juntan en la Ciudad de Salía, que está antes de entrar en los arenales; y considerando San Antonio, quan penoso y largo viage habian hecho aquellos señores llevados solo de su afecto y devocion, se enterneció sumamente, y los agasajó y consoló con amorosas razones, y les prometió de encomendarles á nuestro Señor; pero con condicion, que le habian de dar palabra de no volver mas á visitarle; y esto les dixo el Santo, por excusarles, que hiciesen otra vez tan peligroso camino; y para que se consolasen, les dió noticia, como en su Patria tenian en el Desierto, que está junto á la Ciudad de Gaza, á un Discípulo suyo, llamado Hilarion, el qual hacía vida mas Angélica que humana, con quien se podian aconsejar y consolar en sus necesidades. Oyendo esto aquellos señores, se despidieron de San Antonio muy alegres, con determinacion de visitar primero que fuesen á su casa, á Hilarion, y así guiaron su camino para la Ciudad de Gaza; y apenas llegaron á ella, quando les sucedió un gran trabajo; y fue, que de un repentino accidente, que les dió á sus tres hijos, en breves horas se murieron todos; y la madre viendo tan gran desgracia, turbada y dolorida, andaba como fuera de sí, abrazandose ya con un hijo y ya con otro, sin saber á quien llorar primero; y los que se hallaron presentes, desconfiando de remedio humano, y acogiendose al divino, la aconsejaron que se valiese del favor de Hilarion, que moraba en el Desierto, junto á aquella Ciudad; y la señora, acordandose, que no la traía por aquel parage mas que el deseo de verle, no reparando en su calidad y estado, fue á pie, y en compañia de dos criados en busca suya: y habiendo entrado en la Celda de el Santo, no dexandola su afliccion tiempo para hacer las comunes salutaciones, se postró á sus pies, y vertiendo de sus ojos abundantes lágrimas, le dixo: *Yo te suplico, Padre, que por nuestro Señor Jesu-Christo, y por su Santisima Madre, te duelas de mi necesidad, y vengas conmigo á la Ciudad de Gaza, y me resucites mis hijos, los quales vió sanos, y buenos Antonio en Egypto; y desde alli vine, sin reparar en las dificultades del camino, en busca tuya, para que me los bendixeses.* Oyendo estas afligidas razones los que estaban presentes, no podian reprimir las lágrimas,

y

y lo mismo hacía Hilarion, y vencido de sus ruegos, fue en su compañia á la Ciudad, y se puso en oracion junto á los niños, y así que invocó el Dulcísimo Nombre de nuestro Señor Jesu-Christo, el piadoso Señor le oyó y consoló, dando vida á los tres niños; y visto este milagro por muchos Gentiles, dexaron sus falsos Dioses, y recibieron la Fe de Christo, y de todas partes venia gente á ver á Hilarion, y algunos se quedaban en su compañia, poblandose aquel Desierto de Varones perfectísimos; y muchos moradores del Carmelo se le congregaron, por la fama de sus heróycas virtudes, para estár debaxo de su obediencia, brotando ó renaciendo en él nuevas y fragrantes plantas, que despues dieron copioso fruto, y hermosas flores á esta Sagrada Religion, que tan obligados deben estár los hijos de nuestra Señora del Carmen á San Hilarion, como á Padre tan antiguo que fue, y Prelado suyo.

En la Ciudad de Gaza, donde el Santo resucitó los tres niños, moraba una Doncella de buena vida, de quien se enamoró un mancebo en tanto extremo, que por diligencias que hizo, no pudo rendirla para que condescendiese con su voluntad, y viendo que se cansaba en vano, fue á la antigua Ciudad de Memphis, que hoy se llama el Cayro, y en otro tiempo se llamó Nínive, y segun algunos Babylonia de Egypto, á distincion de la Babylonia que dice el Profeta Ezequiél, que estaba fundada junto al Rio Cobar, y habló con unos hechiceros, Ministros del Templo de Esculapio, y dióles razon de su pretension y amores, y los Ministros del demonio le dixeron, que no perdiese el animo, porque brevemente conseguiria lo que deseaba; y el mancebo fuera de sí, con el gozo de la esperanza cierta que le prometieron, les dió muchas dádivas, y les ofreció estár siempre á su obediencia; porque es propio de los hombres viciosos, no reparar en lo que dicen y ofrecen; y por imposible cosa que sea, les parece todo llano, aunque sea á costa de repetir ofensas contra el Divino Criador, á quien facilmente dexan y niegan, atropellando, como indómitos brutos, con todas las leyes Divinas y Humanas, á trueque de dar gusto á sus apetitos, haciendose esclavos de Lucifér. Por esta razon suplicaba el Real Profeta á Dios, que le librára de los hombres malos, porque sin duda son peores que el mismo demonio; y muchas veces, por medio de los hombres hace lo que por sí solo no pudiera, pues por los embustes y solicitud de los hechiceros, logró el espíritu infernal que el mancebo creyese sus engaños; al qual dieron una plancha de cobre con ciertas figuras, y le dixeron que la pusiese deba-

xo de tierra, en el umbral de la puerta de la casa de la Doncella, y vería como tenia efecto lo que deseaba; y le advirtieron, que habia de decir ciertas palabras, lo qual hizo todo, como le fue dicho; y desde aquel instante comenzó la Doncella á amarle tan desordenadamente, llamandole á voces, que mas parecia locura ó mal de rabia, que amor; porque hacía muchos y ridículos visages, y furiosamente se mesaba de los cabellos, y se los arrancaba sin piedad; y sus padres, viendo el frenesí que padecia su hija, la llevaron á San Hilarion, y apenas estuvo en su presencia, quando el demonio la empezó con mas furia á atormentar; y dando horribles voces, decia: *Por fuerza me han traído á tu presencia, ¡oh qué insufrible me es tu vista! Mas yo no puedo obedecerte, ni dexar de perseguir á esta Doncella, porque me tiene ligado un mancebo en una plancha de cobre, con pacto y juramento que me hizo.* Oyendo esto San Hilarion, le dixo: *¿Tan poco puedes, que una plancha de cobre confiesas que te tiene sujeto? Dime, ¿por qué has osado entrar en esta señora?* Respondió el maligno: *Entré en ella para guardar su virginidad.* Díxole el Santo: *¿Pues tú habias de guardar tan precioso don, siendo enemigo de la castidad? Dime, ¿por qué no te apoderaste del que te tiene atado?* Respondió el demonio: *¿Habia yo de apoderarme de él, siendo amigo de Lucifér, á quien yo tengo respeto?* Entonces el Santo levantó sus ojos al Cielo, y con el favor Divino sanó á la Doncella, para dar á entender que sin la voluntad de Dios, ningun encantamiento ni hechizos tienen poder; y llamando Hilarion aparte á la Doncella, la dixo: *Que por el demasiado cuidado que habia tenido de afeytarse, y ser amiga de ver y ser vista, en castigo de semejantes liviandades, habia el Criador dado licencia al demonio, para que tan penoso trabajo la sucediese.*

Bien viene á este propósito lo que escribe San Gerónimo (1) en una Epistola á uno que se llamaba Guadencio, en que le avisaba cómo habia de doctrinar desde su principio una niña, hija suya, que se criaba para Religiosa; y le dice, entre otras cosas, que no consienta que vista pulidas galas, ni que trayga en su cuello ni cabeza cintas, ni cosa de oro, y que en esto ponga mucho cuidado, para que despues no halle dificultad en dexar los ricos atavíos; porque naturalmente, todas las mugeres son amigas de componerse, y parecer bien. Y de muchas honestísimas sabemos, que aunque no es por dar gusto á hombre ninguno, le reciben ellas de

(1) *San Ger. Epist. 7. fol. 68.*

de componerse, y afeytarse, y no les pesa el parecer hermosas; por lo qual, quanto mas castas y virtuosas son, deben excusar semejantes supérfluos aliños, si no quieren ser corregidas y castigadas por la poderosa mano con semejantes acaecimientos, como el que acabamos de referir, pagandolo en esta vida ó en la otra, con insufribles y graves penas en el Purgatorio, como lo verémos por el exemplo que se sigue.

Escribe el Doctor Juan Perez de Montalván, (1) en la Historia de San Patricio, que un Soldado entró, estando vivo, en el Purgatorio, y vió los fortísimos tormentos que padecian las benditas Animas, y entre ellas conoció una sobrina suya, y llegandose á ella, la preguntó, viendo que la atormentaban mucho, ¿que cómo padecia tanto, habiendo sido virtuosa, y amiga de freqüentar los Sacramentos? Y respondió: que solo por haberse dexado llevar algunas veces de su vanidad, en las galas y cuidado de su rostro.

Este exemplo he traído al simil, para que sirva de escarmiento de las que en esta vida no les parece que hay mas bien, que parecer bien; y que no pecan, porque su fin no es malo; pues vemos, que esta señora, siendo virtuosa en extremo, pagaba la vanidad que habia tenido en los atavíos y adornos de su persona.

Pues volviendo á coger el hilo de nuestra Historia, es de saber, que San Antonio, aunque fue tan observante, recogido, y modesto, y que no tenia por escrito correspondencia con nadie, la tuvo muy estrecha con su amado hijo Hilarion, y le escribió por su mano muchas cartas, y con singular amor recibia sus respuestas; y si alguna vez venian á él enfermos de Syria, les decia: *¿Por qué venís á mi de tan distantes tierras, teniendo en la vuestra á Hilarion; quando necesitamos, yo, y todo el mundo de sus oraciones?* Y San Hilarion decia lo mismo, con los que iban á él de Egypto. De este género, y con tan profunda humildad ambos se correspondian. Siendo ya San Hilarion de sesenta y tres años, viendo el copioso número de Religiosos que estaban debaxo de su obediencia, y la multitud de gentes que cada dia venian á él, por remedio de sus trabajos, andaba muy triste. Y preguntandole sus Religiosos la causa de su melancolía, respondió: *Pareceme, que me premia Dios en esta vida lo poco que le sirvo, porque soy muy estimado de los hombres; y habiendo renunciado el mundo, ahora me vuelvo á él, pues con el pretexto de sustentar á los Monges de mi Monas-*

(1) *En la Vida de San Patricio, cap. 8. fol. 74.*

terio, tengo algunas alhajas, que no se ajustan con la pobreza, que deseo observar. Por esto que dixo entendieron que se queria ausentar de su compañía, por cuya razon le zelaban, temiendo que ocultamente no se ausentase, y los dexase solos.

Pocos dias despues que dixo esto, le fue á visitar una venerable Matrona, y le dió noticia como estaba con determinacion de pasar á Egypto á ver á San Antonio. Oyendo esto Hilarion, la dixo, vertiendo muchas lágrimas: *Yo tambien quisiera hacer ese mismo viage, por ver á mi amado Padre; mas ya es tarde, porque dos dias ha que felizmente se fue al Cielo, y carecemos sus hijos, y el mundo de él.* Creyó estas palabras la señora, y se detuvo allí algunos dias, en los quales vinieron nuevas de su glorioso tránsito, en que se conoció el espíritu de profecía que tenia.

Y por huir el ser estimado, determinó morar en otra Provincia donde no fuese conocido; y al tiempo de ponerlo en execucion, le cercaron mas de diez mil personas, suplicandole que no los dexase; y el Santo hiriendo la arena con su báculo, les dixo: *Yo no puedo ver derribados los Templos, y pisados los Altares, y mis hijos muertos.* Por estas razones entendieron, que le habia nuestro Señor revelado algun trabajo, que habia de suceder en su Iglesia, como consecutivamente sucedió en tiempo de Juliano Apóstata, con que es inexplicable el sentimiento que recibieron los Monges con la partida del Santo; y por el amor que le tenian, todos querian ir con él; pero Hilarion no vino en ello, diciendoles, que no era voluntad de Dios que tal hiciesen, sino que estuviesen quietos, y que perseverasen en su Monasterio, y dexandoles en su lugar un Santo Religioso por Abad, para que los rigiese y consolase, escogió para que le acompañasen, hasta quarenta Monges, los que reconoció ser mas abstinentes, y animosos para sufrir trabajos; y despidiendose de los otros, les dió su santa bendicion, y se puso en camino sobre un jumentillo, por causa que por su mucha flaqueza no podia caminar á pie, y de este género anduvo peregrinando por diversas partes, y habiendo llegado al Monasterio donde murió San Antonio, fue por sus Discípulos bien recibido, los quales le mostraron diversos lugares, en que habia habitado el bendito Abad, diciendole: Aqui en este puesto oraba, aqui se exercitaba en cavar la tierra; estos árboles plantó, y esta fuente compuso de la manera que ahora está; y con su trabajo conduxo este arroyuelo de agua., que pasa por este monte; y le enseñaron su Celda, en la qual apenas cabía un hombre

bre tendido á lo largo; y le refirieron algunos de sus milagros. Y habiendo sido informado de todas estas cosas, pidió, que le mostrasen donde estaba sepultado su santo Cuerpo, y aquellos Venerables Monges no le pudieron dar razon de esto.

En esta ocasion obró Dios, por intercesion de Hilarion, un maravilloso prodigio; y fue, que como hubiese tres años, que ya San Antonio habia pasado de esta presente vida para la eterna, y en todo este tiempo no hubiese llovido, ni caído rocío del Cielo, decian los Naturales, que aún los Elementos sentían la ausencia del Santo, y muy afligidos le suplicaron que les alcanzase de nuestro Señor el consuelo que necesitaban; y movido de la caridad Hilarion, se puso en oracion, y apenas la habia empezado, quando el piadoso Señor envió tan copiosa lluvia, que todos quedaron admirados; y glorificando á Dios, decian, que doliendose de su necesidad, les habia enviado para su remedio, en lugar de Antonio á Hilarion, y en altas voces le aclamaban por Santo; y por huir el aplauso humano, dexó aquella tierra, y secretamente se retiró á un despoblado que estaba junto á la Ciudad de Pajoho; pero quanto mas se queria encubrir de los hombres, á qualquiera parte que iba, luego era mas conocido por sus virtudes y milagros; y por esta razon anduvo distintos caminos, y moró en diversos Lugares: y por último, hizo su asiento en la Isla de Chipre. Y siendo ya de ochenta años, adoleció del mal de la muerte; y sintiendo, que estaba ya muy cercana su partida, escribió por su mano una cedula, en que dexaba á Hisichîo, su Discípulo, la túnica y Hábito que traía, y un libro de los Santos Evangelios, que estos eran todos sus ricos tesoros.

Y habiendose divulgado brevemente por los moradores de toda aquella Comarca, como estaba casi á los últimos terminos de la vida, vinieron muchos á visitarle, para que les diese su bendicion; y el Siervo de Dios, habiendo cumplido con esta piadosa accion, los pidió por merced, que luego que fuese muerto, enterrasen su cuerpo, sin hacer aprecio de él; y habiendoles dicho estas y otras semejantes cosas, estando ya, que ninguna cosa de hombre vivo le quedaba sino el sentido, se halló en aquel último trance, (1) en que todos nos hemos de ver, tan temeroso de su partida, y razon que habia de dar al Juez de vivos y muertos de

(1) *Flores del Carmelo, f. 519. El Lic. D. Lorenzo de Santa Colom. en su lib. Socorro para vivos y muertos, fol. 223.*

de su vida inmaculada, que se afligió sumamente; y volviendo en sí animoso, se esforzaba, diciendo: *Confia, alma mia, en la misericordia infinita; ¿qué temes? Sal ya del cuerpo; ¿qué dudas? Casi sesenta años has servido á Christo, Redentor tuyo, ¿y temes ahora la muerte?* Y acabando de pronunciar estas animosas palabras, espiró, y su bendito Cuerpo fue con gran devocion y reverencia enterrado, y despues su Discípulo Hisichio le trasladó á la Provincia de Palestina, á su primer Monasterio, donde obró Dios por su intercesion inumerables milagros.

CAPITULO XXXIV.

VIDA DE SAN PAFUNCIO, Discípulo de S. Antonio; y como convirtió á Santa Tais.

MOvido de la vida que hacía San Antonio en el Yermo, Pafuncio, jóven gallardo y de gentil parecer, de edad de veinte años, se acogió al Sagrado del Santo; (1) y postrandose á sus pies, le suplicó le admitiese por Monge en su Congregacion, en la qual estuvo dos años, exercitandose en los altos exercicios de los Monges.

Y para que se afianzase mas en sus santos propósitos, permitió Dios que á la sazon se hallaba una Doncella de la Ciudad de Hide, padeciendo una grave enfermedad nunca oída, porque destilaba por los ojos, narices, y oídos un tan pestilente humor, que así que caía en tierra, se convertia en gusanos; y tambien acrecentaba su enfermedad una perlesía, que la cogia todo el cuerpo, haciendola que volviese los ojos en blanco, con tanto dolor y sentimiento de sus padres, que no sabiendo que hacerse, determinaron por mas eficáz y último remedio, llevarla á San Antonio, para que por sus oraciones les concediese nuestro Señor la salud que deseaban; y habiendo llegado al Desierto donde moraba, refirieron á los Monges la necesidad que les traía al Yermo, y la enfermedad que padecia su hija; mas los Monges no se atrevieron á ponerla delante de su presencia, porque sabian que el Santo no gustaba de semejantes visitas; con que la dexaron en compañia de su madre y de otras personas, en la Celda del Novicio

(1) *Sofron. Surio, Prado Espir. S. Juan Casian. cap. 14. fol. 119. fol. 152. libr. 3. cap. 26. fol. 158. Villegas, Ribadeneyra, el Padre Pedro Sanchez de la Compañia de Jesus, en su Reyno de Dios, libr. 5. cap. 4. fol. 137. Histor. Anton. cap. 23. fol. 24. Basilio Santóro, fol. 86. lib. 1.*

cio Pafuncio, en el interin que iban con el padre de la enferma á suplicar á San Antonio, remediase su necesidad; y antes que llegasen á su Celda, el bendito Abad les salió al encuentro, y sin darles lugar para que le hablasen, les dixo la causa de su venida, y enfermedad de la Doncella, y las circunstancias que sus padres habian pasado por el camino. Oyendo esto se quedaron admirados, y con muchos ruegos le suplicaron que diese licencia para que traxesen á la enferma á su presencia: mas el Santo no lo consintió, diciendoles, que fuesen á la Celda de Pafuncio, donde la habian dexado, y la hallarian sana y buena; como puntualmente sucedió, con mucha edificacion y alegria de todos, y consuelo de sus padres; y viendo Pafuncio este portentoso milagro, se afianzó mas en su vocacion, considerando de el género que Dios honra á los que en esta vida le sirven y aman.

Y con la esperanza cierta del premio eterno, se hallaba en la soledad gustosísimo, en compañia de San Antonio; pero el Santo, conociendo que estaba bien instruído en los exercicios de los Monges, le envió á Scitia, para que asistiese en la Congregacion de el Abad Isidoro, y aunque sintió apartarse de la compañia de su amado Padre, la obediencia venció su amor; y conformandose con la voluntad de Dios, que es el único y verdadero consuelo de sus Siervos, se retiró al Monasterio de Scitia, donde se exercitó tanto en todas las virtudes, que en breve tiempo hizo conocida ventaja á sus Hermanos, siendo exemplo de los mas perfectos. Asistia con puntualidad los Sabados y Domingos á la Iglesia á oír Misa, y freqüentar los Santos Sacramentos, y le era tan natural la soledad, que por esta razon le vinieron á llamar el Búfano; y el espíritu maligno, que en todos estados introduce discordias, por entibiar su santo fervor y cortar el vuelo á su virtud, se valió de un Monge envidioso, que este vicio habia de tener para consentir sin resistencia la infernal propuesta del enemigo, concibiendo contra Pafuncio tan mortal rencor, así como hacen muchos, que sin irles ni venirles, les pesa de la buena fama y aumentos agenos, determinó infamarle de Ladron; y para que tuviese efecto tan diabólica maldad, aguardó que estuviesen los Religiosos juntos en la Iglesia, y en el interin entró en la Celda de Pafuncio, y en ella dexó escondido un libro entre las palmas que tenia para hacer labor, y despues se fue disimuladamente á la Iglesia, y así que se acabó la Misa y los Divinos Oficios, se quexó al Abad Isidoro, en presencia de los Religiosos, y le dixo, como

le

le habían hurtado de su Celda el libro en que rezaba las oraciones; y el Abad, y Monges que oyeron un caso tan extraño, se admiraron de que hubiese en Scitia quien hiciese tal bellaquería; y queriendo poner remedio, no sabian cómo; porque se confundian con la novedad de un suceso nunca entre ellos oído ni visto; mas al fin acordaron, para averiguar la verdad, que se quedasen todos los Religiosos en la Iglesia, y que solo tres de ellos fuesen y registrasen todas las Celdas; y habiendolo puesto por obra, hallaron en la Celda de Pafuncio el libro escondido, con no poca admiracion de los Monges; los quales volvieron brevemente, y dieron noticia al Abad y Religiosos, como en la Celda de Pafuncio habian hallado el libro; y el siervo de Dios, oyendo tan extraña cosa se quedó como fuera de sí; y aunque le castigaron y dieron una muy severa reprehension y aspera penitencia, no por eso se disculpó, ni volvió por su inocencia; antes, habiendole mandado que se retirase á su Celda, se puso en ella por muchas veces en oracion, suplicando á nuestro Señor descubriese la verdad de aquel caso; y de esta manera pasó mortificado y abatido dos semanas; y los Sabados y Domingos, aunque iba á la Iglesia, no entraba dentro, como solía, antes se quedaba en la puerta tendido en tierra, para que quando los Monges entrasen y saliesen, le pisasen. Y viendo el gran Conocedor y Testigo de las cosas ocultas, su humildad, no consintió que fuese mas infamado ni abatido el inocente, y que el agresor quedase libre; y así permitió, para escarmiento de otros y castigo del envidioso, se apoderase de él un demonio que le atormentaba terriblemente.

Y los Santos Religiosos como le vieron espiritado, ignorando su maldad, se compadecieron mucho de él, y rogaban á Dios por su salud; mas ninguna cosa pudieron, aunque instaron en la oracion; y aún el mismo Abad Isidoro, de quien se dice que tenia eficacísima virtud contra los espíritus malignos, no pudo expeler al demonio, por mucho que le suplicó al Señor; y no era maravilla, porque aquella hazaña estaba reservada para Pafuncio, el qual, movido de la caridad, tambien se puso á orar por el espiritado; y el enemigo, no pudiendo á su vista tolerar tan perfecta humildad, dando horribles y espantosas voces declaró por boca del Monge la falsedad; y desde aquel punto le dexó libre, quedando todos absortos, y alabando la paciencia que habia tenido Pafuncio, al qual desde allí adelante le estimaron mucho mas que antes; de tal suerte, que habiendo llevado nuestro Señor luego

go despues para sí al Abad Isidoro, de lo qual fue dada noticia á San Antonio; y como deseaban que les diese por su mano Prelado á quien obedecer, el Santo, conociendo la perfeccion de Pafuncio, y quan amable era de todos, le eligió por Abad; porque aunque á la sazon era mozo para esta Dignidad, lo suplía su virtud, eloqüencia, y sabiduría que tenia, así en las Letras Humanas como en las Divinas.

Y refiere el Santo Juan Casiano, que Pafuncio, además de haber sido Abad, fue Sacerdote del Yermo, que era una de las mayores Dignidades que en aquel siglo se daba á los Monges; y que la obligacion de Prelado no le ocupaba para que dexase de exercitar, como solía todas las virtudes, dando buen exemplo á sus Súbditos; y que para mas mortificarse, tenia la Celda distante cinco millas de la Iglesia, y que nunca dexó por esto de asistir los Sabados y Domingos á la Iglesia á administrar los Sacramentos; y despues de haber acabado tan piadosos exercicios, llevaba, por no volverse ocioso para su Celda, un cántaro de agua sobre sus cansados hombros, y esta le era suficiente para toda la semana; y aunque vino á ser muy anciano, no mejoró de Celda, ni dexó de exercer su oficio.

Una vez, caminando por el Desierto, vino á dar en poder de un famoso Capitan de Ladrones, que estaba con sus compañeros comiendo con mucho placer y regocijo, y así que vió á Pafuncio, le conoció; y aunque tenia entendido su gran abstinencia y templanza, y que nunca habia gustado vino, no obstante esto, viendole fatigado, le brindó con una taza, y para que no se excusase, sacó la espada, y le amenazó con la muerte si no lo bebia; pero el humilde Pafuncio, conociendo que por aquel accidente, queria nuestro Señor dispensar su rigurosa abstinencia, y quizá reducir aquella perdída gente á su servicio, bebió sin replicar, todo el vino, con apacible semblante: Y viendo el Capitan esto, se quedó por un breve rato suspenso, considerando que siendo él tan malo, le habia obedecido el Siervo de Dios; y tanto le movió la humilde accion, que ella sola fue suficiente para que dexase desde aquel punto él y sus compañeros la peligrosa ocupacion que traían; y el Capitan, recibiendo el hábito de Monge, se recogió en un Monasterio que estaba fundado en el Desierto, junto á la Ciudad de Antinoo, en la Tebáyda, donde acabó exemplarmente la vida.

En tres diferentes tiempos suplicó Pafuncio á nuestro Señor fuese servido de declararle con quien estaba igual en meritos; semejantes peticiones suelen hacer los Santos, movidos de Dios,

pa-

para que se sepan muchas cosas que sirvan de exemplar para nuestro aprovechamiento, que al juicio humano parece curiosidad, y no lo es; y fuele dicho, que era igual con un juglar, á quien visitó; y entre otras preguntas que le hizo, (1) le dió á entender que gustaria que le dixese las devociones que tenia. El juglar le dixo, que en quanto á lo que le preguntaba, no sabría responderle mas, que habia sido en su juventud compañero de unos Ladrones, y estando exercitando tan dañoso vicio, hallaron un dia á una doncella que iba sola por un camino, á la qual quisieron hacer fuerza sus compañeros; y que ella entonces dixo, que tenia prometida su virginidad á Dios, en reverencia de la siempre Virgen Maria, y que apenas oyó pronunciar semejantes palabras, quando la libró del peligro en que se hallaba, y la acompañó, hasta que la puso en parte segura, donde no pudiese ser ofendida.

Y que en otra ocasion habia socorrido á una pobre muger de extremada hermosura, que se hallaba muy afligida porque tenia á su marido preso en la cárcel por deudas, y la dió trescientos ducados, para que pagase lo que debia y le sacase de la cárcel; y que esto lo hizo solo por el Amor Divino y librarla de la ocasion próxîma en que estaba de caer en alguna flaqueza, por donde manchase el honor y perdiese el alma. Oído esto por Pafuncio, se maravilló de la singular caridad de aquel exemplar hombre, á quien pidió que le encomendase á Dios.

Bien debia de estar Pafuncio en el conocimiento de el copioso fruto que consigue el que pide con verdadera humildad á los Siervos de Dios que supliquen á su Divina Magestad por ellos, como dice Santa Gertrudis (2) que la dixo el Señor, que todas las veces que uno se encomienda á otro, fiado en que (por sus oraciones) podrá alcanzar la Gracia Divina, el piadoso Señor, que obra en nosotros todo lo que esperamos recibir de él, segun la fe y deseo del que pide, le otorga y hace la merced; y aunque aquel á quien se encomendó se haya descuidado en hacer oracion por él, no por eso dexa de participar de sus buenas obras, conforme la palabra que le dió.

Otra vez oyó Pafuncio la voz del Cielo que le dixo, que era igual con un Mercader en meritos; (3) y ha-

(1) *Reyno de Dios, fol.* 138. (2) *El que pide con humildad á uno que haga oracion por él, consigue el efecto de su devocion, aunque el otro se descuide, lib.* 3. *de Santa Gertrudis, cap.* 75. *fol.* 376.

(3) *Vitis Patr. Basilio Santóro, Reyno de Dios, fol.* 138.

habiendose visto con él, le preguntó ¿qué obras eran las suyas? Y el Mercader le respondió, que en quanto á sus obras, tenia muy poco conocimiento de ellas; y que no le sabía dar suficiente razon, aunque bien era cierto que deseaba vivir perfectamente, y que no lo podia hacer como deseaba por la ocupacion de su oficio; mas que procuraba en sus comercios no jurar ni maldecir, y dar á cada uno lo que era suyo; por lo qual nuestro Señor le hacía muy crecidas mercedes, concediendole igualmente tanta conformidad el dia que tenia despacho de su mercaderia, como el dia que no le tenia: Ni le inquietaba esto de calidad, que perdiese el sosiego interior, ni la confianza divina.

Tambien se dice in Vitis Patrum, (1) que le fue revelado á S. Pafuncio, que un Caballero, llamado Sinfoniaco, Señor de Vasallos, y casado, le era igual en méritos; y habiendo hecho diligencia para hablarle, le suplicó fuese servido decirle, ¿qué exercicios de virtud exercitaba? Y el Caballero le respondió: Que sus exercicios eran las obras buenas, que á su parecer, hacía á sus Vasallos; aliviandoles de tributos y cargas pesadas; y que ponia todo su cuidado en el gobierno de su familia, y que sus criados anduviesen bien ordenados en servicio y temor de Dios; y que tuviesen entre sí paz y union, y oyesen Misa todos los dias, y freqüentasen á menudo los Sacramentos, y que les daba suficiente sustento, para que con esto no hiciesen á él ni á otro, perjuicio ni daño alguno.

Edificadísimo quedó el siervo de Dios oyendo esto; y al tiempo que se despidió de él, para volverse al Yermo, le refirió la revelacion que habia tenido, para que perseverase en sus buenas obras. ¡Oh, si pusiesen, permitieralo nuestro Señor por su misericordia infinita, muchos poderosos los ojos en este virtuoso Caballero, cómo sacarian una provechosa y santa doctrina, y una urbana y discreta política! que ya que esta, que llaman dicha (si acaso la hay en el mundo) les tocó por suerte servirse de pobres necesitados, los socorriesen con puntualidad con el corto salario ó racion que les dan; que de hacer esto, como es obligacion, evitarán muchos pecados, y graves cargos de conciencia que hay en los Subditos, y serán mas amables y fielmente servidos, como lo era este Caballero, que por la limosna y suficiente alimento que daba á sus Criados, y por lo que les zelaba que viviesen

(1) *Vitis Patr. y en la 1. part. de ayudar á bien morir, fol. 131. del P. Juan Bautista de Poza, de la Compañia de Jesus. S. Anton. lib. 2. cap. 15. Reyno de Dios, lib. 5. cap. 4. num. 71. fol. 137.*

sen honesta y santamente, agradó tanto á Dios, que mereció ser igual con los méritos de San Pafuncio.

Mas es de advertir, que no son todos desatentos en el mundo, que algunos compañeros tiene este virtuoso Caballero, que le igualan en el cumplimiento de sus obligaciones: y en confirmacion de esta verdad, referiré lo que escribe Don Juan de Zavaleta (1) que pasó en su presencia: ¡permita Dios sirva de exemplar á muchos! Y fue el caso, que habiendo ido á visitar á un Caballero, amigo suyo, estando en conversacion con él, á este tiempo entró una muger con una cedulilla en la mano, y él la dixo: *¿Qué se la ofrecia?* Y respondió: *Me han informado, que V. md. busca Criada, y vengo á ver si quiere recibirme*; y habiendole agradado su presencia, la preguntó: *¿Qué la habia de dar de salario?* Y la muger respondió: *Diez y seis reales cada mes, y catorce quartos cada dia de racion.* Oído esto por el Caballero, como si en aquello le hubiese ofendido en alguna cosa, la dixo con ayrado semblante: *Vos, hermana, no sois para mi casa, porque presumo que sois muger sospechosa.* La muger respondió, vertiendola sangre el rostro con la vergüenza del ultrage: *Señor, yo no soy lo que presumis, y si os he dado enojo, perdonadme.* Entonces mas humano el Caballero, la dixo: *¿cómo es posible que os sustenteis con la cortaracion que me pedís, sino es cercenandome la mitad de mi vianda? porque la cuenta está en la mano; una libra de carnero vale once quartos y medio, un pan cinco, media azumbre de aguado siete, y qualquier trás ordinario, que querais añadir, no os lo han de dar de valde. Pues ¿cómo quereis vos hacerme creer, siendo esto lo preciso para tenerse un cuerpo en pie, que os habeis de sustentar con catorce quartos? Hermana mia, porque me sirvais fielmente os daré tres reales y medio cada dia, mirad si lo quereis; y si no, idos con la Madre de Dios.* La muger, maravillada de una cosa tan peregrina, le dixo: *Que agradecia y aceptaba el ventajoso salario que la daba; y que le prometia serle puntual y fiel en su servicio*, como lo fue todo el tiempo que tuvo de vida dicho Caballero. Y prosigue Don Juan de Zavaleta, diciendo: que lo que pretende de esta narracion, es, que lo que se señaláre de alimentos á los Criados, sea lo suficiente para que coman, no lo que basta para hacerlos creer que comen. Hasta aqui es lo que de este cuento hace á mi propósito.

Y así, volviendo á coger el hilo

(1) *Dia de Fiesta por la tarde, su Autor Don Juan de Zavaleta, lib. 2. fol. 42.*

lo de nuestra historia, es muy del caso acerca de lo que vamos tratando, lo que le sucedió á un Monge que habitaba en el Desierto, (1) el qual deseó saber con quien estaba igual en méritos, y oyó una voz del Cielo, que le dixo: *Que con San Gregorio Papa.* Sabido esto, deseó verle, para cuyo efecto dexó el Yermo, y entró en la Ciudad de Roma, á tiempo que le vió pasar por una calle, que iba á una estacion, con gran magestad y grandeza, acompañado de muchos Obispos, Cardenales, Príncipes, Caballeros, y Sirvientes; y habiendo visto esto, se volvió al Yermo, diciendose á sí mismo: *En valde hemos trabajado quarenta años de penitencia*; pero para que se aquietase y no hiciese juicios temerarios, oyó otra vez la voz del Cielo, que le dixo: *¿Qué dudas, y para qué te detienes en esos engañosos pensamientos? Porque mas gusto tomas tú con jugar con tu gatilla, que Gregorio tiene en medio de toda aquella grandeza; porque le es de mucha mortificacion y cruz, y dexára él de buena gana su Estado, por tu soledad y retiro.*

Por semejantes exemplares solia decir Pafuncio, que ninguno de este siglo ha de ser despreciado, ahora sea Señor de Vasallos, Labrador, Mercader, ó casado, por baxa ó alta esfera de perfeccion en que se vea, pues en todos estados y suertes hay muchos que agradan y sirven á Dios.

Tambien dice Fr. Lorenzo Surio, (2) que estando Pafuncio recogido en su Celda, le dieron noticia que habia en la Ciudad de Alexandría una hermosa dama, llamada Tais, de gentil disposicion y gracia en cantar, danzar, y decir donayres y chanzas, con tan político y vivo ingenio, que era el imán de la juventud en los galanes; con que muchos por amarla, y ser mas favorecidos, tenian desgraciadas diferencias y qüestiones; en tanto extremo, que se venian á herir y quitar la vida, y no pocas veces dexaban de quedar los umbrales de su casa teñidos en sangre.

Y Pafuncio, movido de la caridad, para evitar tantos daños, y ver si acaso podia reducirla á mejor vida, despues de haber ido al Monasterio de San Antonio, con quien lo consultó (que en las empresas arduas y dificultosas, importa mucho para el buen acierto, tomar consejo de quien le puede dar) fue á dicha Ciudad, y se hospedó en casa de un virtuoso devoto, á quien suplicó le buscase un vestido de la forma que usan los militares, y una curiosa cabellera, y que le diese en moneda el valor de un ducado; y porque no extrañase la súplica, le informó

(1) *Reyno de Dios, l. 5. c. 5. f. 138.* (2) *Fr. Lorenz. Sur. Pr. Esp. f. 119.*

para que lo queria; y el caritativo devoto, aunque se admiró de semejante y nunca oída accion, considerando, que aquella era obra de Dios, sin replicarle, gozoso le traxo el vestido; y Pafuncio, dexando el penitente hábito por los ricos atavios, se transformó de Monge en Soldado; y con este disfráz salió con mucho donayre y gracia á rondar la casa donde vivia Tais, representando en su brioso aspecto ser hombre de los del uso, á tiempo que estaba asomada á una rexa, tan placentera como libre, y como libre, preciosamente ataviada, siendo en todo un despertador retrato de lividinosos deseos: Pafuncio, que la vió, empezó como pretendiente rufian, con discrecion, y fingidas palabras á solicitarla.

¡O infinita bondad! ¡Quién no se admiraria ignorando la causa! ¡Viendo al espejo de virtud, dexar el silencio por el vestido galano! ¡El báculo por la espada! ¡La Celda por la Ciudad! ¡Y el que en la edad juvenil y robusta huía de las mugeres, en la ancianidad se mostraba enamorado, para sacar del abysmo de culpas en que estaba Tais sumergida, al verdadero camino de la felicidad eterna! Donde se ve, que el bien y el mal no es tanto en lo que se hace, como con la intencion que se executa; y que así como merece castigo el Lego que se disfraza en hábito de Monge para engañar, así merece premio el Religioso que para ganar las almas perdídas, se viste de Seglar, como lo hizo San Abrahán Confesor, (1) por convertir á su sobrina, que entregada al vicio, se habia hecho pública ramera; y San Eusebio Obispo Samosateno, (2) para animar en la Fe á los Católicos; y la Santa Judith, (3) para librar el Pueblo del Señor: y hoy muchos Religiosos y Sacerdotes, en los Reynos de la China, y Japon, andan disfrazados en hábito seglar, para atraher á la Fe Católica las almas de aquellos pecadores Infieles. Con que se conoce en esto el gran amor que Dios tiene para con los hombres, y las particulares diligencias que hace por medio de sus Siervos, para que nos acojamos al redíl soberano de su aprisco.

Mas no por lo que queda dícho se ha de meter uno imprudentemente en peligrosas empresas; y dado caso que lo haga, sea con discrecion y consejo, como lo hizo Pafuncio, el qual, con el favor del amoroso Jesus, solicitó á la hermosa Tais, con quien fácilmente se concertó, y la dió el ducado, que para este efecto llevaba; y siendo por la dama recibida la dádiva, le admitió en su casa, y le entró en una sala ricamen-

(1) *Fr. Lorenzo Surio.* (2) *Ribad. l. 2. f. 126.* (3) *Reg. 12.*

mente adornada: y Pafuncio la dixo, que alli no estaban bien; y ella por darle contento le metió en otra quadra, y la volvió á replicar que tampoco alli estaban ocultos. A esto Tais le respondió sonriendose: Sí tengo otra sala, y muchas donde no entro á ninguno; mas si lo haces por encubrirte de los ojos de Dios, has de advertir que no hay lugar donde uno se pueda esconder. Admirado quedó el Santo de las palabras de Tais; y viendo que pecaba mas de vicio que de ignorancia, la volvió á decir: *¿Y tú sabes que hay Dios?* Ella le respondió, que sabía que le habia; y glorioso premio para los buenos, y eternos tormentos para los malos. Oyendo esto, la dió á entender, vertiendo de sus ojos tiernas lágrimas, que era Religioso Sacerdote, y que por su causa habia dexado la soledad y sosiego de su Celda, solo por avisarla lo ofendido que tenia á Dios con sus liviandades; y la dama, con la impensada reprehension se quedó tan absorta y confusa, que no osó de vergüenza levantar sus ojos de la tierra para mirarle. Y viendo el Santo que ni le hablaba ni respondia, la dixo: Contigo háblo, Tais, vuelve en tí, y mira que con tus dañosas acciones agravias á un Señor, que es dueño del Cielo y Tierra, y que se dexó, por salvarte, quitar la vida en una Cruz, y padeció innumerables trabajos; ¿y quieres, obstinada en tus vicios, que no te sirvan de fruto, sino de eterna condenacion? Muy mal lo consideras; y si lo consideras, no lo entiendes; porque si ahora estuviese cumplido el último plazo, y la muerte te cogiese descuidada, y te vieses en el recto y Divino Juicio, donde serás acusada de todos tus pecados, sin reservar aun los mas mínimos pensamientos: Dime, á fe de toda verdad, ¿qué excusa darás en tu favor? Porque, segun dice San Pablo, lo que el hombre hubiere sembrado en vida, eso cogerá en la muerte. Y tú, que otra cosa no siembras, sino asquerosidades y torpezas, ¿qué es lo que esperas coger, sino corrupcion eterna? ¡O qué desgracia fuera, si el Supremo Juez te diese ahora la última sentencia! ¡Y qué felicidad, si usase contigo de su infinita misericordia! Pues haz cuenta, que te ves en este Juicio, y que piadosamente te se concede tiempo para que hagas penitencia; no la dilates para la mañana, pues no sabes si habrá mañana para tí. Esto te suplíco en reverencia de nuestro Señor Jesu-Christo crucificado, y que te duelas de tu alma, y de las que se pierden por tu causa; y excuses el mal exemplo que das á las otras mugeres, que con tus profanidades las incitas para que imiten tus lo-

curas, de que darás cuenta á Dios de esto, como de los otros tus vicios. Mira lo que dice Salomón, que si el hombre viviese cien años, ú dos veces ciento, y en todos ellos le sucediesen las cosas á su voluntad, debia acordarse del tiempo tenebroso, y de los dias de la eternidad; los quales, quando vinieren á verse, se conocerá, como lo pasado fue vanidad; porque en presencia de una eternidad, toda felicidad de este siglo, le parecerá en el otro placeres soñados; y no te fies en tu juventud y riquezas: que otras han muerto de menos edad, y tuvieron mas hacienda; y mira en qué pararon sus glorias. Busca ahora donde están sus atavíos, donde sus regalos y fiestas, donde los servidores que las acompañaban; donde están los convites, convidados, juegos, risas, placeres y regocijos; ¿donde están, que no parecen? Acércate á sus sepulturas, y verás solo ceniza hedionda, reliquias de los gusanos que comieron sus cuerpos; y sobre todo, lo que mas importa, donde estarán sus almas; y si acaso están en el Infierno, ¿de qué les habrá servido su lozanía, sensualidades y deleytes? Y dado caso, que hubiesen gozado en este mundo la Dignidad de Pontífice, Emperador, ó Rey; ¿qué hemos de hacer con esto, y con el poder que tuvieron? ¿De qué servicio les serán ahora las huestes de Exércitos, la muchedumbre de sus truanes, la compañia de mentirosos lisongeros? Todo esto fue sombra, todo sueño, y felicidad que apenas fue, quando dexó de ser. Mira bien lo que te digo; abraza el bien que te ofrece Dios; dexa la mala vida que has traido; y recobrate, y vuelve en tí; confia en nuestro Señor, y propon firmemente de nunca mas ofenderle; que yo te aseguro, que apenas habrás empezado á servirle, quando te salga á recibir como al Hijo Pródigo con los brazos abiertos, haciendote por la verdadera penitencia, de Tierra, Cielo; de Carne, espíritu; y de muger, Angel.

La afligida Dama que estas verdades oyó, sin mas pensar en ello, se arrojó á sus pies como otra Magdalena á los de Christo, y vertiendo arroyos de lágrimás, decia entre suspiros y sollozos, que parecia que se la arrancaba el corazon: Padre, yo confieso que soy la criatura peor del mundo, y que mis pecados son muy grandes, y mucho mas mis sensuales vicios; y que solo en imaginarlos desmayo, y me confundo: dame, en reverencia del Señor á quien sirves, tan saludable penitencia, que sea en parte correspondiente á la gravedad de mis culpas; que yo espéro en la piedad infinita, que como perdonó á David, y á la Penitente Discípula, y al humilde Publicáno, y á su escogido

do Apóstol San Pedro, no me ha de negar su misericordia, ni permitirá que cayga en desesperacion, como le sucedió á Caín, de miedo; ni que me pierda, como el desventurado Judas; y diciendo esto, levantó sus llorosos ojos al Cielo, que ablandarian á los mas duros corazones, diciendo con mucho dolor y arrepentimiento: *Señor, habed misericordia de mí, que aunque mis pecados son grandes, mayor es vuestra incomprehensible bondad*; y abrazandose con los pies del Santo, le decia: *Suplícaselo tú á Dios, que yo espéro, que por tus oraciones alcanzaré la remision de mis culpas; yo no quiero mas mundo, ni nada de él; solo quiero al Señor que me crió.* Oyendo esto Pafuncio, de ternura no podia reprimir las lágrimas; y esforzandose lo mejor que pudo, la dixo: *Que recogiese todas las cosas que había habido en pecado, y que las quemase públicamente en medio de la Plaza, y que en altas voces dixese: Venid todos los que pecasteis conmigo, y mirad como quémo todo quanto me habeis dado.*

Dícese que valía lo que echó en el fuego quatrocientas libras de oro; y habiendolo quemado todo, con admiracion y asombro de los que se hallaron presentes, se recogió, para hacer una confesion general; y habiendo hecho esta saludable diligencia, al punto se puso en camino para el lugar donde Pafuncio la estaba esperando; y viendola venir ligera, con los pies desnudos por la tierra, sin carga pesada de las riquezas del siglo, la salió á recibir á la mitad del camino, consoladísimo por ver cumplido lo que tanto deseaba; y habiendola recibido con mucha caridad, la volvió de nuevo á exôrtar, diciendola: *Que nunca el castísimo Joseph fuera libre de las manos importunas de su lasciva señora, si no hubiera dexado la capa en ellas, queriendola antes perder, aunque en ella consistía toda su hacienda, á trueque de salvar su alma; y pues que el amado Jesus la había sacado de la Ciudad de Babylonia, donde habia estado aprisionada y cautiva; y de esclava del pecado, la hacía libre por la Gracia; que correspondiese agradecida, y procurase adquirir con la virtud, lo que habia perdido con los vicios.* Y habiendola dicho estas, y otras semejantes cosas, desde alli la llevó á un Monasterio de Religiosas, á quienes dió razon de todo lo sucedido; y la encerró en una Celda, que mas parecia sepultura que vivienda, y señaló su puerta con un sello de plomo, y en ella la dexó una ventanilla, para que alli la diesen el sustento que dexaba ordenado, que era un poco de pan y agua, y esto solamente la habian de dar una vez al dia. Y viendo el Santo, que en aquella conversion no había mas

que hacer, determinó volverse á la soledad del Yermo, y despidiendose de Tais, ella entonces con sumo encogimiento, le preguntó: ¿*Cómo habia de hacer oracion á Dios*? Y Pafuncio la dixo: *Que orase continuamente, postrada de rodillas en tierra; y mirando con profunda humildad al Oriente, dixese repetidas veces: Señor, que me formaste, tened misericordia de mí, que soy una miserable pecadora.* De esta suerte pasó Tais tres años.

Y queriendo Pafuncio aliviar su penitencia, y saber en qué estado de perfeccion se hallaba, fue al Monte Arsinoe donde á la sazon moraba San Antonio, para que intercediese con Dios le declarase si habia perdonado á Tais sus pecados; y el Santo, oyendo la súplica de Pafuncio, congregó á sus Religiosos, y les mandó que cada uno por su parte suplicase á nuestro Señor les concediese lo que deseaba saber Pafuncio. Y habiendose todos exercitado tres dias en fervorosas rogativas, fue Dios servido, que un Monge llamado Pablo, vió en el Cielo una cama preciosísima, que la guardaban quatro Vírgenes de incomprehensible hermosura; y Pablo, así que la vió, juzgó que era para su Padre Antonio; pero instantáneamente oyó una voz que le dixo: *Que aquella cama no era para quien entendia, sino para Tais, la que fue pecadora; pero ya por la penitencia Santa y agradable á la infinita Bondad.* Y venida la mañana, refirió á San Antonio, en presencia de Pafuncio y de los Religiosos, la revelacion que tuvo, y la celestial vision que había visto. Oyendo esto los Monges, dieron gracias á N. S. y Pafuncio, tomando la bendicion de San Antonio, se partió gozosísimo para el Monasterio donde habia dexado á Tais; y hablando con las Religiosas, dió orden para que la traxesen á su presencia, y la preguntó: ¿*Qué mortificaciones habia exercitado en todo aquel tiempo*? Y le respondió: *Que protextaba delante del Altísimo, que como el aliento no faltó de su boca un punto, así habia tenido presente, y llorado la memoria de sus culpas.* Entonces la dixo, como Dios se las habia perdonado, no tanto por su penitencia, quanto por su temor y ódio que habia tenido de ellas; y que no se entibiase en el fervor de sus exercicios, porque en esta vida mortal no hay seguridad de no volver á pecar, ni consuelo cumplido; ni es hecha para el descanso ni para anticipar en ella las delicias del Paraíso; sino para padecer, y grangear la inmortal y eterna; y prosiguiese vigilante en sus devociones, para que la hallase bien dispuesta el amado Jesus, quando viniese por ella; y habiendola dicho esto, de alli á tres dias felízmente murió, para vi-

vivir en la Bienaventuranza; y Pafuncio, habiendo asistido á su glorioso tránsito y entierro, se volvió al Yermo, donde concluirémos con su vida, diciendo: Que en la terrible persecucion que se levantó contra todos los Christianos, en tiempo del Emperador Diocleciano, fue aprisionado y llevado á la Ciudad de Alexandría, y en ella padeció por la confesion de la Fe Católica innumerables tormentos, perdiendo, quando mas ganancioso, en el martyrio, el ojo derecho de su venerable rostro; y habiendo cesado la persecucion, se recogió en su Monasterio de Scitia, donde perseveró, y acabó cargado de años y merecimientos virtuosamente la vida.

Y refiere Simon Metafrástes, y tambien lo trae Fr. Lorenzo Surio en el tercer Tomo de las Vidas de los Santos, que le tuvo el Emperador Constantino tan singular devocion, que muchas veces le solía besar las heridas que le dieron los Enemigos de Christo, y que fue Obispo; pero esto no concuerda con lo que dice S. Juan Casiano, porque escribe, que vivió, y acabó siendo Sacerdote del Yermo; y si hubiera tenido tan alta Dignidad, no la hubiera pasado en silencio. A este Siervo de Dios atribuyen, que vió á San Onofre en el Desierto.

Otras muchas santas acciones, obró otro Monge, llamado Panuncio, que moraba en uno de los Monasterios de Egypto, en aquel siglo que San Antonio habitaba en la tierra; cuya vida referiré en el Capitulo que se sigue, para que se entienda el Don Celestial de perfeccion que tuvo cada uno, y las heróycas virtudes que exercitaron.

CAPITULO XXXV.

EN QUE SE HACE memoria de San Panuncio, y como halló á San Onofre en el Desierto; y se refiere su vida.

LAS perfectas virtudes y heróycas hazañas del fortísimo Martyr de nuestro Señor Jesu-Christo, Panuncio, Discípulo que fue de San Antonio, son muy ilustres y alabadas de todos aquellos Santos Padres Antiguos. De donde fue natural no tenemos noticia, mas que habitó en uno de los Monasterios de Egypto; el qual, estando en lo retirado del Yermo, inspirado del Señor le vino sumo deseo de entrarse por aquellas soledades, para ver si acaso hallaba algunos Varones Santos con quienes consolarse; y habiendo caminado por sendas no trilladas, y pasado mucho cansancio, hambre, sed y calor, y venciendo muchas dificultades, vió, para consuelo suyo y

exemplar nuestro, quatro Monges desnudos, que mas parecian, por lo flaco y amarillo, retrato de la muerte, que cuerpos de animadas criaturas, que venian mezclados entre muchos animales á beber en un gran lago de agua que alli habia; y como Panuncio los vió, se atemorizó con tan extraña novedad, y vivo rigor de penitencia; mas despues fue muy consolado con las saludables razones que aquellos solitarios le dixeron; y habiendose despedido de ellos, prosiguió su viage por lo interior del Desierto, donde descubrió una cueva, y en ella vió á un Monge hincado de rodillas en tierra, que tenia los ojos abiertos y las manos levantadas al Cielo, y llegandose á él, le dixo: *Padre, dame tu bendicion*; y como no respondiese, le miró con atencion, y palpandole con las manos, sintió que estaba difunto; y saliendose de alli, pasó adelante; y vió otra cueva, en la qual halló á un Venerable Anciano, que tenia sus cabellos tan blancos como un armiño; alto, corpulento y hermoso, aunque las facciones estaban algo deslucidas, ó por la flaqueza de su edad, ó con las injurias del tiempo; el qual, despues de haberle saludado con apacible semblante, entre otras cosas, le dió noticia como el Anacoreta, que habia visto difunto en la cueva anterior á aquella, hincado de rodillas, tan fresco y entero como si estuviera vivo, habia quince años, que habia pasado de esta vida, para gozar en la eterna el premio de sus trabajos; en que se conocen sus grandes merecimientos, y del género que nuestro Señor honra á sus Siervos, aún despues de muertos. Y para verificacion de este milagroso prodigio, es muy del caso lo que escribe el Padre Fr. Antonio del Castillo en el Viage de Jerusalén, (1) y dice: Que junto á Jericó se ven hoy dia, entre las concavidades de las peñas y cuevas que hay en el Monte Santo de la Quarentena (llamado así, por haber estado en él la Magestad de Christo Señor nuestro aquellos quarenta dias y noches ayunando) muchos cuerpos difuntos de Ermitaños que habitaban en él quando aquel País era de Christianos, y que están tan enteros, que causan admiracion; unos puestos en cruz, otros con los ojos levantados al Cielo; otros en diversas posturas muy devotas; con que al fin de tantos siglos que esto pasó, no los ha consumido el tiempo, ni olvidado su gloriosa memoria.

Pues habiendo visto estas, y otras semejantes maravillas Panun-

(1) *Viage de Jerusalén del Padre Fr. Antonio del Castillo, fol.* 258.

nuncio, (1) prosiguiendo su camino por lo inculto del Desierto, vió venir (quando menos lo pensaba) á un hombre anciano, que con pasos graves y mesurados se venía para él, el qual estaba desnudo; pero no tanto que no estuviese todo cubierto de cerdas al modo de una espantosa fiera, y ceñido con una cinta, hecha de hojas de palma, que le tapaba la mitad del cuerpo, sirviendole mas de honesto adorno que de abrigo. Y asombrado Panuncio con su vista, despavorido y temblando, se subío sobre el repecho de un risco, que era pirámide del monte, ó corona del Yermo; y el anciano, viendo esta accion, con profunda humildad se dexó caer en tierra, y con voz alta le dixo: *¡O Varon Santo! no tengas temor de una pobre criatura, que habita en estos Desiertos.* Oyendo estas palabras Panuncio, recobró su perdído ánimo; y descendiendo del risco se postró á los pies del Venerable Anacoreta, el qual, cogiendole en sus brazos, no consintió que se le humillase, antes con mucho amor, despues de haberle saludado, le dixo que se sentase á la sombra de un encumbrado peñasco, donde se participaron uno á otro sus vidas y santos exercicios que observaban; y Onofre le dió razon á Panuncio quien era, diciendole: Has de saber, hermano, que yo naci en la Ciudad de Tebas, que está fundada en la Provincia de Grecia, siendo hijo unico heredero del Rey Teodoro de Ungría; y habiendo quedado huérfano de padre y madre á los quince años de mi edad, fuy aclamado por Rey, á la sazon que el Persa hacía cruel guerra á los Ungaros, habiendo de una y otra parte tan varios sucesos, que sería prolixidad el referirlos; solo diré, que un dia al punto de ponerse el Sol, la necesidad me obligó montar sobre un ligero caballo, armado de todas armas, con un baston en la mano para animar á mis Soldados, que desbaratados empezaban á huír del enemigo Exército con quien habian trabado una sangrienta batalla, que duró hasta la Aurora del siguiente dia; la qual fue tan reñida, que no se oía otra cosa mas que la grita de los que embestian, el estruendo de los que chocaban, los golpes terribles de los que se herian, y los gemidos tristes de los que agonizaban; que cierto, que causaba todo esto gran horror y espanto, y mas al ver que servian de defensa los muertos á los vivos, formando los mas cautos, fúnebres trincheras de aquellos; bien, que otros mas fieros, levantaban humanas colinas

(1) *Vit. Patrum, fol. 99. el P. Fr. Pedro de Arriola, en la Vida de San Onofre. Y el P. Ribad. fol. 233. Sofron. fol. 367.*

nas de amontonados cadáveres, para pelear sobre ellos ventajosos; morian algunos ahogados en la sangre de otros, y no pocos vengaban al deudo ó amigo, estrivando sobre el moribundo, que acababa al peso del vengador. Allí arrastraba el caballo á su herido dueño; aquí le oprimía; allí le arrojaba sobre las aceradas lanzas y relucientes cuchillas; y tal vez la fortuna burlaba el valor, y por accidente yacía el mas fuerte á las plantas del menos valeroso; y como lo mas de la pelea fue de noche, apadrinaba sus errores; facilitando con la obscuridad, los acasos en que tardó el dia, asombrado ó compasivo; y quando con perezoso curso comenzó el Sol á distinguir las cosas, viendo la mayor parte de mis valientes Guerreros, unos muertos y heridos, y que los otros cobardes desamparaban con precipitada fuga el campo, y que estaba yo á peligro de ser preso, ó muerto, concebí tan gran temor, que puse en huir la esperanza de salvar la vida; y me retiré, acompañado de bien pocos leales que me quisieron seguir, por la inculta senda de la espesura de un monte, á una Ciudad fuerte, donde me hallé menos seguro; porque el Tyrano, luego que alcanzó tan insigne victoria, en que pereció la flor de los Ungaros, y toda su potencia, se hizo fácilmente, como triunfante victorioso, Señor absoluto de Ungría, destruyendo y arruinando sus moradores, y Sagrados Templos, con gran sentimiento mio, que sin poderlo remediar, me veía entre tantas calamidades y abismos de desdichas, vencido y perseguido, así de Bárbaros Infieles, como de domésticos traydores; los quales, olvidados del amor y fidelidad, que debian tener á su legítimo Señor, procuraban con ambiciosa diligencia, por el premio que les ofrecia el Tyrano, entregarme muerto ó vivo en su poder; y teniendo noticia de esto, dexé mi Reyno, y disfrazado me ausenté pobre y sin compañia, para la Ciudad de Hermópolis; mas la misericordia infinita me consoló en el camino con altísimos pensamientos, y me dió á conocer, para que me conformase con su voluntad Divina, así en lo próspero como en lo adverso, la ambicion y engaño de los mortales, que por quatro dias que duran los placeres y riquezas del siglo, que apenas son quando dexan de ser, se olvidan de la conquista del Reyno del Cielo, y se apresuran por las vanas Monarquías, que están fundadas sobre tierra ó arena, sujetas á la destemplanza, ó menor porcion de un elemento; y por no incurrir en la ceguedad de este comun engaño, propuse firmemente, aunque me fuera fácil recuperar mi Reyno, no volvel á él; y con este intento, así

que

que llegué á Hermópolis, con fervoroso deseo de servir perfectamente á nuestro Señor, entré en un Monasterio, disfrazado como estaba, sin dar á entender á su Abad la calidad de mi nobleza, le supliqué humildemente que me recibiese por Monge; y habiendolo conseguido, quando tuve edad me ordenaron de Sacerdote, y despues vine con el tiempo á ser Abad del Monasterio, dandome todos alegres la obediencia; mas poco duró esta alegria en los corazones de algunos, mas relaxados en lo que debian ser mas fervorosos, y no podian impacientes arrostrar la perfeccion que pretendia que observasen; y por esto fuí sobre manera aborrecido de unos, y perseguido de otros; que tan peligroso es el ser Rey, como Prelado de un Monasterio; porque allí no faltan desconocidos traydores, como en esotro Estado, émulos envidiosos. Y hallandome en esta afliccion un dia, al mismo tiempo que estaba celebrando el Sacrosanto Sacrificio de la Misa, y que tenia á Christo Señor nuestro Sacramentado en mis indignas manos, me dixo su Divina Magestad: *Que ciertos Monges pretendian quitarme con veneno la vida, y que dexase el Monasterio, como habia tenido valor para dexar mi Reyno, y que me retirase al Desierto, donde hallaria fieras por Súbditos, y Angeles por hombres.* Y dandole gracias por tan celestial aviso; en el silencio de la noche, quando toda la Comunidad estaba recogida, ocúltamente me ausenté del Monasterio, y porque no hiciesen, con la fuga de mi ausencia, juicios temerarios, y los menos apasionados se escandalizasen, les dexé sobre una mesa un papel escrito, encargandoles sin darme por entendido de la traicion que me armaban, ni perjudicar á nadie, que eligiesen á otro por Prelado, por quanto me importaba el vivir para siempre solitariamente; y sin llevar mas recámara que el tasado sustento de algunas legumbres, y pan que me duraria tres ó quatro dias, me entré por el Desierto, y apenas hube andado dos pasos, quando vi una luz que iba delante de mí, guiandome; y extrañando el prodigio, me asusté mucho, pensando no fuese algun engaño del comun enemigo; y estando con este recelo, oí una voz, que me dixo: *Que no temiese, porque era Angel de mi guarda, que venia á guiarme en aquel camino, que era muy agradable á Dios*; y con tan buena compañia, consoladísimo caminé por páramos y ásperos montes mas de docientas millas, hasta que descubrí, entre unos altos riscos una profunda cueva, que me pareció al principio que sería morada de algun animal silvestre, ó habitacion de alguna fiera; pero luego conocí, por una señal

de

de la Santa Cruz que tenia en el umbral de su puerta, hecha de troncos de árboles, que alli debia de tener su alvergue algun Santo Hermitaño; y con este pensamiento animoso, me determiné entrar por ella; pero me sucedió, que quando fui á entrar, la luz que me guiaba instantáneamente se desapareció, y me salió al encuentro un Venerable Anciano, con un rostro de mucha gracia y gravedad; tenia el cabello crecido, y tan blanco como la nieve; la barba muy larga, que con sus extremos cubria una cuerda, que le aplicaba al cuerpo una pobre y remendada túnica; y al punto que yo le ví, me humillé á sus pies, haciendole debida reverencia; mas el Santo Anacoreta, cogiendome en sus brazos, me levantó diciendo: *Bien venido seas, hermano mio Onofre; tú eres mi huesped, imitador de los Hermitaños que moran en los Desiertos;* y diciendo esto, me entró por la cueva; y habiendo andado por ella, torciendo á unas partes y á otras, salimos á un pradico, que en círculo tenia mas de una milla, cosa que me causó grande admiracion, porque era fabricado por la misma naturaleza, como si la industria y arte le hubiera hecho; estaba cercado de altísimas peñas, y poblado de árboles blancos y olorosas hierbas, que se conservaban en su lozanía y verdor, con la frescura de un bullicioso arroyuelo que dimanaba por las aberturas de las peñas, y por ellas mismas se volvía á sumir; el Cielo se veía sereno y apacible; el zéfiro que movia las hojas de los álamos, hacía suave consonancia con el gorgéo dulce de las avecillas, que al canto llano del ruido del agua y viento echaban el contrapunto; con que todo consolaba, ó por mejor decir, enamoraba para vivir en la soledad. Y habiendonos sentado junto al cristalino arroyuelo me dixo muchas cosas; y entre ellas la causa por que se habia retirado á morar en aquel Desierto, y me animó con saludables consejos á la perseverancia y modo de vida que habia ya comenzado; y y sobre todo, me encargó que fuese agradecido á los beneficios que recibia de nuestro Señor, que me habia conducido para que habitase en aquellos Yermos, donde estuve algunos dias en su compañia; y con mucho amor y caridad me dió á entender la vida é institutos de los Hermitaños; y quando le pareció que estaba ya bien instruído, me dixo: Que me queria llevar á otro sitio mas apartado de aquel, para que habitase solo, porque esta era la voluntad de Dios; y me guió á lo mas interior del Desierto, que distaba de alli quatro dias de camino, donde hallamos una palma, cerca de una pobre choza, y dexandome en ella, me dixo: *Que*

aquel

aquel era el lugar que Dios tenia señalado para mi habitacion. Despues de esto vivió treinta años el Santo anciano, y cada año le iba á visitar una vez, hasta que felízmente pasó de esta vida para aumentar número á los Bienaventurados, y yo me hallé en su dichoso tránsito, y dí sepultura á su cuerpo allí junto á la cueva donde habia morado. Todo esto dixo el Venerable á Panuncio, con particular inspiracion del Cielo, y para su edificacion, y de otros que de él lo oyesen; y porque tambien sabía el fin para que Dios le habia traído á aquella soledad.

Admirado Panuncio de la narracion de Onofre, le preguntó: ¿Si en los principios, quando comenzó aquella vida, habia padecido muchas dificultades? Y él le respondió: Que habian sido tantas y tan terribles, que muchas veces juzgó perecer de hambre, sed, frio, y calor; pero que viendo nuestro Señor su paciencia, ayunos y penitencias, le habia socorrido despues enviandole su Santo Angel, que le traía cada dia el sustento cotidiano, y que la palma tambien le daba de fruto doce racimos de dátiles, para cada mes el suyo; los quales, y algunas hierbas, aunque silvestres, le eran á él mas sabrosas y dulces que la miel. Todo esto trataron los Santos Monges al pie del monte donde se encontraron. ¿Mas quién podrá referir el gozo que tenia Panuncio, por haber hallado tan Santo Varon? Y viendo esto Onofre, para mas consuelo suyo, le dixo: Que se fuese con él á su habitacion, y que vería la palma, y juntamente la cueva, donde en medio de ella hallaron pan y agua, que el Santo Angel les habia traido doblada la porcion; y dando infinitas gracias á Dios, despues de haber tomado aquel celestial alimento, siendo ya puesto el Sol mirando Panuncio el rostro del Rey Ermitaño Onofre, le vió muy trocado de color, cosa que le causó mucha pena; y conociendo Onofre esto, le dixo: *Hermano Panuncio, no temas, porque el Señor que es misericordioso, te guió aqui, para que entierres mi cuerpo, y dés noticia de los grandes favores, que he recibido de su Divina Magestad; en cuya bondad confio, que á todos los que me eligieren por su Abogado, les hará muchas mercedes, porque asi me lo tiene concedido.* Oyendo estas razones Panuncio, le dió á entender, que deseaba quedarse allí, para habitar en aquel mismo lugar que él habia morado. Mas el Santo no vino en ello, diciendole, que no era aquella la voluntad de Dios, sino que se informase de las heróycas virtudes de los Santos que moraban por aquellos Desiertos, para que lo refiriese á los Monges de Egypto para su edi-

edificacion y consuelo, y que se volviese á su Monasterio. Entonces Panuncio, llorando tiernamente, se postró á sus pies, y le suplicó que le diese su bendicion, y le dexase alguna memoria, para que pudiese él y todos sus devotos conseguir la vida eterna, y para que tuviese efecto esta piadosa súplica, le dexó encomendado que rezase cada dia tres Pater noster, y tres Ave Marias con tres Gloria Patris, en reverencia de las tres Divinas Personas de la Santísima Trinidad; porque le concedería Dios á quien lo dixese con devocion reverente, las tres principales Virtudes, que son, Fe, Esperanza, y Caridad; y habiendole dicho estas razones, le volvió á suplicar Panuncio: *Que pidiese á nuestro Señor le concediese, , que como se le habia dexado ver en la tierra en carne mortal, se le dexase ver inmortal en el Cielo.* Onofre le prometió que así lo haría, y dandole su bendicion se postró de rodillas, y luego cayó su cansado cuerpo en la tierra y entregó su espíritu al Señor que le crió; y en aquel punto oyó Divinos Cantares de inumerables Angeles, que llevaban la bendita Alma de Onofre con mucho regocijo y gloria al Cielo, para colocarla en la Triunfante Jerusalén. Y habiendo visto Panuncio tan maravillosos prodigios, ordenó dar sepultura al santo cuerpo, y para esto dividió su hábito en dos partes, y con la una cubrió el cadáver desnudo de Onofre, que tanto habia padecido, y tan buen compañero habia sido de su bendita alma, y le depositó con suma veneracion en la concavidad de una peña que por su misma naturaleza estaba alli labrada, á manera de cisterna; y habiendo concluido con esta piadosa obra, quiso quedarse en aquel sitio, y perseverar en él hasta el último fin de su vida; mas en aquel mismo punto que lo determinó, vió que se cayó aquella pobre casilla en que habia morado el Santo anciano, y arrancado la palma de cuyo fruto se sustentaba; y conociendo que no era voluntad de Dios que habitase allí, se volvió á Egypto, y estando en su Monasterio refirió á los Monges los prodigios que habia visto.

Y para que nos afiancemos á tener devocion con San Onofre, referiré un milagro (1) que obró en España, año de mil quatrocientos y ochenta y quatro, con un Caballero devoto suyo, llamado Don Francisco Ramirez, que en el Exército del Rey Don Fernando

(1) *Este milagro se refiere en las grandezas de Madrid, lib. 1. cap. 68. fol. 256.*

do el Católico era ingeniero General de la Artillería, el qual estando una noche sobre el cerco de Málaga muy afligido, viendo el poco efecto que hacian las baterías que contra ella habia puesto, imploró en su favor al Santo Anacoreta para que le diese acierto, y el Santo se le apareció visiblemente, y le dixo de la forma que habia de plantar la Artillería, para conquistar la Ciudad; y habiendose luego, con tan milagroso favor felizmente ganado, en reconocimiento de tan gran beneficio, edificó en ella un suntuoso Templo, y se dedicó á San Onofre, que le poseen hoy los Padres de la Santísima Trinidad y en la Villa de Madrid fundó, en el Convento de N. P. S. Francisco una Capilla dedicada al Santo.

Mas dexando las otras cosas que se hallan escritas de este glorioso Anacoreta; habiendo llegado Panuncio á su Monasterio, de alli á breve tiempo se levantó contra todos los Christianos la terrible y bárbara persecucion que dexamos notada en la Vida de San Antonio, la qual fue tan atroz y cruel, que aún no estaban seguros los Ermitaños que moraban en las cuevas, grutas, soledades, y cavernas, porque hasta alli, con extraña diligencia prendieron á muchos, y entre ellos fue tambien aprisionado con cadenas y grillos Panuncio, (1) y llevado á Alexandría, donde á la sazon estaba su bendito Padre San Antonio confortando á los Mártyres; y porque no quiso adorar las Estátuas de los falsos Dioses, le azotaron cruelísimamente: y despues de haber padecido inumerables tormentos, y convertido á nuestra Santa Fe muchas almas, le llevaron á la Ciudad de Roma, para que le viese, por hombre fortísimo y singular, el Emperador Diocleciano; donde por su mandado le crucificaron en una Cruz, hecha de palma. Asi murió, segun dice el P. M. Arriola, para vivir en el Cielo en compañia de los Bienaventurados.

CAPITULO XXXVI.

LOS TRABAJOS QUE padeció San Antonio en la Ciudad de Alexandría, en la persecucion de los Emperadores Gentiles.

NUestro Padre San Antonio del mismo género que los Mercaderes que andan buscando las

(1) *De este Siervo de Dios Panuncio, hace mencion en su Panegírica y prodigiosa vida de el Rey Anacoreta San Onofre, el P. M. Fr. Pedro de Arriola, del Real y Militar Orden de nuestra Señora de la Merced, Redencion de Cautivos.*

las Ferias ricas, y los Estudiantes las Universidades mas Ilustres andaba por los desiertos buscando no hartura, sino hambre; no riquezas, sino pobreza; no regalo del cuerpo, sino cruz y mal tratamiento; y con todo esto, y vivir en la tierra con la pureza que un Angel del Cielo, y ser Insigne Ilustrador de la vida Monástica, y otro Bautista en la penitencia, y Padre de tan perfectos hijos, le parecia que no habia hecho nada, si no se sacrificaba en el martyrio; y con este deseo dexó como queda dicho, la soledad del Yermo, y se fue á la Ciudad de Alexandría, al mismo tiempo que los Emperadores Diocleciano, y Maximiano perseguian de muerte á todos los Christianos. La causa fue, segun escribe el Doctor Guillermo Baldesano, y el Padre Pineda,(1) por que Carino, con el favor de los Soldados Christianos, se apoderó del Reyno de Francia; y porque ocho años antes, todos los Pueblos de Egypto se habian alzado contra el Imperio á persuasion de un cierto Capitan, llamado Aquiles; por lo qual le fue preciso á Diocleciano pasar á Egypto, y viniendo á batalla con Aquiles, le venció y echó á las fieras, que le despedazaron y quitaron la vida miserablemente; y no satisfecho de haber tomado en él tan cruel venganza, mató á los mas de sus sequaces y confederados, y puso por tierra los muros de muchas fortalezas, y en especial los de las Ciudades de Alexandría, Lopfo, y Busir; de las quales, las dos ultimas destruyó de todo punto, y despojó á Egypto de las cosas mas preciosas que tenia, y particularmente á los Alexandrinos del Arte de fundir oro y plata; porque el dinero no les diese mas ocasion ni aliento para rebelarse. Y dando fin á esta guerra, se volvió á Roma tan soberbio como victorioso, entrando en ella con gran triunfo y grandeza, donde estando una noche en su Palacio recogido, casualmente se encendió fuego en él; y no sabiendo el Autor del incendio, imputaron los Gentiles, con el sumo ódio que tenian á los Christianos, la culpa; lo qual creyó Diocleciano fácilmente, por lo mucho que los aborrecia; y así, por esta indigna acusacion, como por hacer sacrificio á sus Dioses, acordó con su compañero en el Imperio Maximiano Hercúleo, acabar de todo punto el nombre christiano, y repartiendo entre sí la empresa diabólica y sangrienta, tocó al uno

(1) *Historia Anton. fol.* 20. *El Doctor Guillermo Baldesano en la Historia Teb. fol.* 16. *Y el P. Fr. Juan de Pineda en su* 2. *tom. de la Monarq. Eccl. fol.* 187.

uno el Oriente, y al otro el Occidente; y en el mes de Marzo dia de la Pasqua de la Sagrada Resureccion del Señor, fulminaron contra los Christianos el mas cruel Edicto que jamás se habia oído, en el qual se mandaba: Que las Iglesias fuesen hasta por los cimientos destruidas, y que se quemasen las Santas Escrituras, y que todos los Christianos que tuviesen oficios honoríficos, ú Dignidades, al instante los desposeyesen de ellas, y perseverando en ser Christianos, quedasen Esclavos, excepto los que reverenciasen á sus Dioses; y que todos los Prelados de las Iglesias, donde quiera que se hallasen fuesen encarcelados, y los obligasen á sacrificar á los Idolos: Y habiendose publicado por todo el Orbe tan iniquo y cruel Edicto, no se puede explicar con palabras, quán grandes tormentos y trabajos padecieron los Católicos; porque á unos despeñaban, á otros apedreaban, y quemaban vivos, y algunos hubo, que los desollaban y polvoreaban con sal, y despues para mayor dolor, los lavaban las llagas con vinagre. Y en medio de estos martyrios, lo que es mas de admirar, que cada dia se bautizaban casi tantos como morian, y no eran uno, ni dos, porque afirma San Dámaso, (1) que padecieron en solos treinta dias, mas de diez y siete mil hombres, mugeres, y niños, martyrio, sin otros muchos que afrentosamente azotaron, y desterraron de su Patria y casas, y despojaron de las haciendas; y llegó á tanto extremo su impiedad, y el ódio y aborrecimiento que tenian á los Christianos, que con diabólica furia buscaron gran número de Libros de la Sagrada Escritura, y todos quantos pudieron haber públicamente los quemaron; juzgando con esto sepultar para siempre el Nombre de nuestro Señor Jesu Christo. (2)

(1) *Illesc. en la Histor. Pontific. lib. 1. cap. 32. fol. 28. Histor. Pontific. cap. 28.* (2) *San Atanasio en la Vida de San Antonio, escribe, como el Santo fue en tiempo de la persecucion de los Gentiles á Alexandria, con deseo de alcanzar la corona del martyrio. Y San Ger. en la Vida de San Antonio escribe lo mismo in Vita Patr. Y el P. Juan Rolando de la Compañia de Jesus, en el tomo de las Fiestas de los Santos de Enero. Y el P. M. Fr Hernando Suarez en la Histor. Antoniana, fol. 20. Y el P. Ribad. Y el Doctor Villeg. en su Flos Sanctor. Y el Comendador Navarro, en la Vida de San Anton. cap. 13. fol 62. Y D. Gaspar de la Figuera en el Sol del Oriente San Anton. fol. 70. De todos estos libros, y Autores citados he compuesto este capitulo, y á este tenor todo lo que se contiene en este libro.*

Pues en lo mas vigoroso de esta tan cruel persecucion, que pudiera causar horror y espanto á otro que no fuese San Antonio, se andaba por Alexandría con tanto sosiego, como si fuera por la seguridad del Yermo, exercitando la caridad, con fervoroso zelo de la honra de Dios; servía á los Mártyres de dia y de noche; daba sepultura á los cuerpos de los que con la muerte habian alcanzado la vida; visitaba y socorria, lo mejor que podia, á los encarcelados, y los exôrtaba á la fortaleza, y constancia de la Fe; y hasta el mismo lugar del suplicio, siendo cosa tan peligrosa, los acompañaba y consolaba; y como sus palabras salian de pecho tan encendido en el Divino amor, obraba el Espíritu Santo en los corazones de los oyentes maravillosos efectos: Y viendo esto los crueles Sayones, impacientes le ultrajaban, y amenazaban de muerte, para que dexase de exôrtar y acompañar á los Mártyres; mas Antonio, baldonando las iras de los Tyranos, no desistió de la empresa ni perdió el animo, antes como valeroso soldado de la Milicia de Christo, públicamente confesaba en altas voces su dulcísimo Nombre; y con palabras graves y religiosas reprehendia sus tyranías, y los afeaba los agravios que hacian á los Christianos, y los exôrtaba al conocimiento y reverencia del verdadero Dios, con tan eficáces razones, que se echa de ver, en que era mas gracia del Altísimo, que trabajo humano; porque á todos animaba con una secreta virtud; y á los que estaban flacos encendia en el inmenso fuego del Amor Divino; de tal suerte, que por sus eficáces consejos tuvo valor para padecer martyrio una pobre y delicada doncella, de extremada hermosura y pocos años, llamada Potamiena, á la qual martyrizaron no tanto por ser Christiana, como porque la pobrecita era Esclava de un hombre destemplado y carnal, que la habia muchas veces requerido de amores, y ofrecido inumerables dádivas y promesas, porque condescendiese con su voluntad; y viendo que no queria, la entregó al Tyrano Presidente, acusandola que era Christiana, y que con este crimen y disfráz, la castigase; por otra parte le prometió gran cantidad de oro si hacía que la doncella se rindiese á sus torpes deseos; mas que si veía que estaba firme en su entereza, que la castigase de género que no se alabase que le habia menospreciado. Y el codicioso Presidente le prometió que haria quanto pudiese, porque quedase servido; (porque el oro vale mucho, y en todo tiempo es moneda tan apetecible de los hombres, que por ella se olvidan de Dios, y faltan al cumplimiento de sus obli-

ga-

gaciones) con que al punto movido del interés, mandó que se la traxesen á su presencia; y apartandola á un lado, sin que nadie lo entendiese, despues de haberla saludado con blandas palabras, la dixo en secreto: *Que ya sabia que los Césares habian mandado quitar la vida á todos los Christianos; y pues era Christiana, se libraría de padecer martyrio, y gozaría de su juvenil edad, con abundancia de bienes y riquezas, si condescendia con la voluntad de su Señor.* Oyendo tal maldad la doncella, (1) le respondió: *No permita Dios que haya tan perverso Juez, que mande que me sujete á la destemplanza y pecado deshonesto.* El Presidente con esta respuesta, corrido y afrentado, viendo que no la podia vencer por mas que la persuadia, con diabólica indignacion mandó que publicamente la pusiesen en el suplicio, donde atormentaban á los Christianos, y que alli la desnudasen y dexasen en carnes, y que de aquel género la metiesen dentro de una caldéra, llena de pez ardiendo, en cuyo insufrible martyrio estuvo tres horas, con exemplar paciencia; y nuestro Padre San Antonio consolandola hasta que dió en él su fortísima, y bendita alma á Dios.

Tambien en esta persecucion fueron martyrizados los dos Monges santísimos, Pafuncio, y Panuncio, y el Glorioso San Pedro Alexandrino, (2) que á la sazon era Patriarca de Alexandría, y otros muchos Santos Varones, por el bárbaro Juez, el qual considerando que por las exôrtaciones de los Religiosos que ocultamente asistian en la Ciudad, aunque á muchos atormentaba, no podia vencer á los Christianos, y que él seria vencido de ellos, y que á la sazon habia entrado en la Ciudad la Legion Tebéa, que asistia por orden de los Emperadores en Egypto, muy poderosa y proveida de armas, que se componia de seis mil seiscientos y sesenta y seis Soldados, todos Caballeros Christianos, muy valerosos y exercitados en guerras, que los enviaba á llamar Diocleciano para que pasasen á Italia; recelandose que se alzarian contra él, por las muertes que daba á los Christianos, lo qual estaban muy lexos de executar aquellos

(1) *El martyrio de esta Santa Doncella, aunque antes no estaba escrito en la vida del Santo, se halla su narracion en el Prado Espirit. fol. 162. Y en veter. Patr. cap. 51. fol. 121.* (2) *El martyrio de estos Santos Varones, ya quedan los Escritores que le escriben citad. en sus vid. El mart. de S. Pedro Alexandr. Rib. lib. 2. fol. 658. Hist. Teb. fol. 24.*

exemplares Soldados; porque aunque les era facil con las armas defenderse y librarse de los agravios que les hacian los perversos Infieles, en qualquier lugar que se les ofrecia morir por la Fe, no lo rehusaban, antes voluntariamente dexaban las armas, y con toda humildad postraban su cervíz á los verdugos; pero el Tyrano, ignorando su virtud y santidad, no menos receloso que Diocleciano, temiendo que se habian de apoderar de Alexandría, con el favor de los Católicos, ó á lo menos por las exôrtaciones de los Monges se fortalecerian mas en perjuicio de sus Dioses, en la Ley de Christo, que él tanto aborrecia; llevado de este pensamiento, mandó con gran ira y saña, cautelosamente publicar un Edicto, en que decia: *Que atento, que los Emperadores necesitaban tener brevemente en su Real Exército, y Compañia la valerosa Legion Tebéa,*(1) *dentro de tres dias la socorriesen con bastimentos y embarcaciones suficientes, para proseguir por mar su viage, hasta llegar á Italia: (donde asi que llegó fueron todos los Soldados de dicha Legion enviados á Francia, y en ella padecieron martyrio) Y que todos los Religiosos, porque asi convenia para mayor honor de sus Idolos y quietud de la República, saliesen de la Ciudad; y que al que fuese hallado en ella, al punto le quitasen la vida.* Y habiendo oído San Antonio el impío Edicto, no por esto se ausentó, ni por temor dexó su santa ocupacion, antes como Confesor ilustre de la Religion Católica, (2) para dar exemplo de perseverancia y fortaleza á los Christianos, y que no flaqueasen en la Fe, el dia siguiente lavó el hábito blanco que traía, y sin disfráz ninguno se le volvió á poner, para ser mejor conocido por Monge, y de este género se ofreció inumerables veces á la vista, y en el paso al Juez, para lograr su fervoroso deseo; pero el Tyrano ni otros muchos, nunca se atrevieron, ni los Emperadores, por permision de Dios, á prenderle ni quitarle la vida, ahora sea, porque como era su opinion de santidad tan grande, y todos le tenian amor, no se levantase el Pueblo amotinado contra ellos, ó porque el Señor le hacía invisible á los ojos de los Tyranos; y así, pasaban por junto á Antonio, como si no le vieran; con no poco sentimiento del Santo, porque le quitaban el premio de padecer, y dar la vida por Christo,

(1) *En la Historia Tebéa está escrito como esta Legion desde Alexandría pasó á Italia, y de allí á Francia, donde padeció martyrio.*

(2) *Historia Antoniana, fol.* 24.

to, que lo deseaba tanto como el ciervo las cristalinas aguas; pero el martyrio faltó á su ánimo, y no su ánimo al martyrio; con que es de considerar, que quanto mas voluntariamente recibieremos los trabajos por nuestro Señor, nos serán mas suaves y fáciles de llevar, como dice el V. P. Fr. Luis de Granada, que el Cocodrílo, animal fiero, huye, si le acometen, y acomete si le huimos; pues tales son los trabajos y miserias de esta vida, que se ausentan, y dexan á quien por el amor divino los desea; y por el contrario, persiguen mas al que los rehusa; porque la fatiga no está en la carga, sino en la repugnancia de la voluntad; y asi vemos, que nuestro Padre en las aflicciones hallaba descanso; en los dolores, regalo; en las tentaciones, fortaleza; en los peligros, seguridad; en las tempestades, puerto; en la muerte, vida; y en las persecuciones de los Gentiles triunfo y victoria; porque aunque los irritaba con sus exôrtaciones, no tuvieron poder para despicar en él su venganza; y si lo intentaron, no pudieron, porque la Magestad Divina le libró con especialidad, de sus sangrientas cuchillas, como á Daniél del Lago de los Leones; (1) y á Moysés de las furiosas manos del Rey Pharaon; (2) porque el Señor queria servirse de Antonio, dandole mas prolongado martyrio, siendo Padre, Guia y Maestro de inumerables Monges.

CAPITULO XXXVII.

EL FIN QUE TUVIERON las persecuciones que se hacian contra los Christianos; y como el Emperador Constantino recibiô la Fé de nuestro Señor Jesu Christo, y San Antonio se volvió á su Monasterio.

GRandes y ocultos son los juïcios del Altísimo; ningun humano los comprehende; porque quando riguroso castiga, entonces mas nos asiste; porque el azote en la casa del justo, es misericordia de Dios no conocida; y la prosperidad en la casa del malo, es disimulada ira del Señor; porque aunque tal vez permite que los hombres infieles y pecadores maltraten y martyricen á los Christianos, lo dispone el Criador así, para purgar y corregir con la tribulacion, la disolucion y pecados de los mismos Christianos, y para mas bien de sus escogidos; porque si no hubiera en el mundo tyranos, no tuvieran los Mártyres la gloria que poseen en el Cielo.

Pero entre tantas calamidades,

(1) 4. *Reg.* 23. (2) *Exod.* 15.

rigores y muertes, milagrosamente cesó, quando menos se pensaba, la furiosa borrasca de la Idolatría, que duró contínua casi diez años, (1) por el poder y furor de ocho Emperadores que hubo en este tiempo, siendo el primero que la movió Diocleciano, y Maxîmiano Hercúleo, y la continuaron Maxîmiano, Armentario, Maxîmino, Maxencio, y Licinio; solo Constancio, y Constantino su hijo, la procuraron estorbar; y sobre todo el poder de Dios, que piadosamente fue servido para dar paz á su Iglesia, que Constantino Magno, (2) hijo de Constancio, y de la gloriosa Santa Elena (que á la sazon reynaba con mas legítimo derecho que el Tyrano Licinio y Maxencio, en el Imperio) adoleció de una incurable lepra, llamada elefancia, que le afligia mucho, porque exhalaba por ella tan pestilencial hedor, que apenas habia, entre tantos como le servian, quien le pudiese asistir. Y habiendole dado por remedio los Sacerdotes de los Gentiles, (teniendo mas cuenta con la salud del hombre, que con la calamidad de tantos inocentes que con sus muertes se la habian de dar) que se lavase con la sangre de tres mil niños; mandó que con toda brevedad los buscasen, para hacer aquel cruel sacrificio; y habiendoselos traído, se compadeció mucho el piadoso Emperador del sentimiento de las madres, y de la inocente edad de las criaturas; y por esta razon no quiso salud tan costosa, antes se resolvió de quedar enfermo, ó buscar otra medicina; y con este intento, mandó restituir los niños á sus madres; mas nuestro Señor, que verdaderamente es misericordioso, y no dexa sin premio las buenas obras que se hacen al próximo, aunque sean hechas por mano de un Gentil, en remuneracion de su caridad, le envió aquella misma noche los Bienaventurados Príncipes, San Pedro y San Pablo, los quales, despues de haberle saludado y dado gracias por la piedad que habia tenido de las inocentes criaturas, le dixeron: que enviase al Monte Soracte por el Pontífice de los Christianos, que se llamaba Silvestre, porque él le enseñaría otro baño, que tenia mas eficáz virtud que el que le habian dado por remedio los Sacerdotes de los Idolos. Oyendo esto el Emperador, envió por San Sylvestre; y el Siervo de Dios vino á su presencia muy animoso, juzgando que le buscaban

(1) *Histor. Pontific. part.* 1. *lib.* 13. *cap.* 3. *fol.* 30. (2) *Como el Emperador Constantino recibió el Santo Bautismo, lo refiere Belarmin. en la declaracion de la Doctrina Christiana, fol.* 117.

ban para martyrizarle; mas quándo oyó decir al Emperador la revelacion que había tenido, sumamente se alegró, y dando gracias al Cielo, le dió á entender los Mysterios de nuestra Santa Fe, y le exôrtó al conocimiento del verdadero Dios, y le dixo: *Que los gloriosos Varones que se le habian aparecido, eran Apóstoles del Señor, Fundadores de la Iglesia Romana, y Predicadores de su Evangelio, y que nuestro Señor Jesu-Christo se los habia enviado, para que le diesen perfecta salud en el alma y en el cuerpo, la qual conseguiría, si dexaba el culto de sus falsos Dioses, y abrazase la Religion Christiana, lavandose con el agua del Santo Bautismo*, y el piadoso Emperador creyó firmemente lo que le dixo, y dexando la Púrpura, y Diadéma Imperial, recibió con mucha devocion el Santo Bautismo; y al mismo punto que el bienaventurado Pontífice acabó de bautizar á Constantino, le cercó una luz clarísima, y mas resplandeciente que el Sol, y salió de la Pila del Bautismo con la carne blanca, sana y pura, dexando el agua llena de aquella lepra, á manera de escamas de peces. Con esta salud tan súbita, entera y milagrosa, quedó el Emperador muy confirmado en las cosas de nuestra Santa Fe, y para amplificarla, mandó por todo su Imperio adorar al verdadero Dios, dexando con esta accion atónitos y suspensos á los Infieles, y en particular á los Judíos, los quales tuvieron tan gran pesar de que se hubiese vuelto Christiano, que quisieron alzarse contra él, y revolver el mundo; mas no les valió, porque fueron, por mandado de Constantino, severamente castigados; y no solo con las armas, sino tambien con las letras y disputas pretendieron los Judíos obscurecer la Gloria de Jesu-Christo, y persuadir á Santa Elena, y al Emperador su hijo, que habiendo de mudar Religion, debian tomar la de los Judíos, tan noble, tan antigua, y dada de el mismo Dios, y confirmada con tantos milagros y prodigios Divinos, y no la de un Hombre, que por revolvedor, como ellos decian, y alborotador de los Pueblos, habia sido muerto en un Palo entre dos Ladrones. Para sosegarlos el Emperador, y que conociesen la suma verdad, dió orden que se juntasen en Roma los mas insignes Letrados de su Secta, y que disputasen con San Silvestre, acerca de la Religion suya, y de los Christianos, y así se hizo. Y el Santo Pontífice, en presencia del Emperador, y de su madre, los convenció y confundió de tal género, que no supieron que responder ni hablar.

Y nuestro Señor, con tanta excelencia y generosidad premió á

Constantino lo que obraba en su servicio, que le hizo Señor absoluto, y Monarca de todo el Imperio Romano, dandole muy felíces victorias por virtud de la Santa Cruz, la qual se le apareció á la mitad del dia en el ayre, al tiempo de dar una peligrosa batalla, con una letra que la cercaba en círculo, en que decia: *Constantino, con esta señal vencerás*, (1) como gloriosamente venció al Tyrano Maxencio, y Licinio, y á los otros sus contrarios; y por esta razon fue tan grande la devocion que tuvo con la preciosa señal; y para que fuese mas conocida, estimada y reverenciada en todo el Orbe, la mandó poner en su Estandarte Imperial, en que tambien estaba la efigie del Emperador, y encima una corona de oro y perlas, que tenia enmedio las dos primeras letras del nombre del Salvador, y revocó los iniquos Edictos de sus antepasados, y estableció y publicó otros en favor de los Católicos, y de toda la Religion Christiana, en que mandó, entre otras cosas, las siguientes: (2) Que todos los desterrados por la Fe de Christo, se les alzase el destierro, y volviesen á sus Patrias, adonde viviesen pacíficamente: Que los condenados á las minas, fuesen absueltos de esta pena, y los dexasen ir libremente: Que los que por sentencia de los Jueces hubiesen perdido su libertad, ú Dignidades y honores, los recuperasen, y volviesen á su primer estado: Que se restituyesen á las Iglesias sus bienes: Que las haciendas de los que habian muerto por Christo, se diesen á sus herederos, y faltando estos, á las Iglesias: Y que qualquiera lugar, en que hubiese padecido algun Martyr, ó estuviese enterrado en él, se diese á la Iglesia: Que los bienes, que habia tomado el Fisco Imperial, se volviesen á sus dueños: Y que todos los Obispos, y Prebendados fuesen constituidos en sus Iglesias, y quitasen de los Templos Sagrados las Imágenes de los Idolos; y que en ninguna parte se ofreciese sacrificio á los demonios: Y que los Templos de los falsos Dioses en que se exercitaban cosas deshonestas, se derribasen, y los demás se cerrasen.

Y teniendo noticia de la prodigiosa virtud de San Antonio, y que era exemplo de Prelados, Maestro de Fieles, dechado de perfeccion, y modelo de santidad, y las grandes maravillas que obraba Dios todo poderoso por él; y como al presente estaba en Alexandría, y lo que habia padeci-

(1) *Ribad. En la Fiesta de la Santa Cruz, fol.* 267. (2) *El P. Alonso de Andrade de la Compañia de Jesus, en la vida de San Nicolás de Bari, fol.* 62.

cido en ella por la confesion del Amado Jesus, y por socorrer y exôrtar á los Santos Mártyres, envió sus letras, firmadas de su Real mano, al Prefecto de la Ciudad, para que en su nombre le visitase y reverenciase, y diese todo lo que hubiese menester; y si acaso quisiese fundar algun Monasterio de Monges en la Ciudad, no se lo impidiese, antes le amparase y asistiese con todo lo necesario para su Fundacion; cuya oferta agradeció mucho el Santo; pero no la aceptó, por morar en su amada soledad, y así, viendo el glorioso fin que habian tenido las grandes persecuciones que padecia en aquel siglo la Iglesia, y la felíz paz que gozaba la Christiandad, y que entre tantos rigores y trabajos, no habia podido conseguir la corona del martyrio; y que ya por la infinita misericordia, habian fenecido los Tyranos y perseguidores que se la podian dar, asistido de la piedad de los Fieles, en pública y solemne Procesion, dió sepultura decente á muchos cuerpos de los benditos Mártyres, que hasta entonces habia tenido ocultos en diferentes Lugares, recelandose de que si los hallaban los Tyranos, los quemarian. Y habiendo cumplido con esta exemplar accion tan edificativa, y de suma enseñanza para todos, ordenó retirarse á su primer Monasterio del Monte Arsinoe; mas no es para dexado en silencio el milagro que nuestro Señor obró por su intercesion, al mismo tiempo que se ausentó de Alexandría; porque pasando por una calle, en compañía de San Atanasio, que á la sazon aún no era Obispo de dicha Ciudad, comenzó una señora á dar voces, diciendo: (1) *Espera, siervo del Altísimo, espera, y ten misericordia de esta pobre y afligida hija, que traygo en mi compañia, á quien terriblemente atormenta un cruel demonio, que no la dexa de dia, ni de noche sosegar; y pues todos han hallado en tu heróyca caridad salud para sus dolencias, y eficáz remedio en sus necesidades, puesta á tus plantas, te suplico, no sea yo menos favorecida.* Oyendo estas lastimosas palabras, esperó que llegasen á su presencia, y la enferma así que se acercó al Santo, cayó sin sentido, amortecida en tierra. Entonces el Sagrado Abad, compasivo, levantando sus ojos al Cielo, invocó el Santísimo nombre de nuestro Señor Jesu-Christo; y con su Divino favor la hizo la saludable señal de la Santa Cruz en la frente; y fue cosa portentosa, porque en aquel mismo punto salió vencido el maligno espíritu del cuerpo de la

(1) *San Anton. da salud á una muger espiritada. Histor. Anton. cap. 23. fol. 25.*

la Doncella, y quedó sana y libre, y la madre alegre, y todos los que se hallaron presentes, glorificaron á Dios.

Este milagro, y otros muchos que obró el Divino Señor por su Siervo, le adquirieron tan general devocion, que con dificultad se pudo ausentar de la Ciudad y sus moradores, por la multitud de gente que le seguia; mas el Santo, despidiendose de todos, se puso de noche en camino para la soledad de su Monasterio. Y habiendo de pasar á nado un caudaloso Rio, (1) llamado Lico, rogó á un Monge que traía en su compañia, llamado Teodoro, que se alexase un poco para excusar la indecencia de que le viese desnudo. Hizolo así, pero Dios mejoró con Antonio, pues sirviendole de puente los cristales del Rio, pisó el líquido elemento con la seguridad que pudiera la tierra firme, sin quedar hilo mojado de su ropa, ni aún indicio de humedad en sus sandalias. Y habiendo, despues de muchas instancias y repetidos ruegos, descubierto á Teodoro el milagro, y encargado el secreto, llegó á su Monasterio, donde comenzó de nuevo á hacer tales exercicios y rigorosas penitencias, que se admiraban quantos lo oían. Su vestido interior era un áspero cilicio: Contínuamente ayunaba, oraba, y velaba, procurando en todo padecer, por no perder la gracia Divina; y con este intento se encerró en una Celda, sin dexarse ver de nadie, y pareciendole aún poca mortificacion á su fervoroso deseo, siempre estudiaba nuevos modos con que afligir mas su cuerpo, teniendo á raya su alvedrio y pasiones, para que no pasasen del gusto y voluntad de Dios. Con estas armas peleó Antonio contra su carne, en defensa de su espíritu; y así, no es mucho que se remontase tan alto, pues llegó á la cumbre de las virtudes; porque como dice San Bernardo, tanto se levanta el espíritu al Cielo, quanto es mortificado el cuerpo en la tierra.

CAPITULO XXXVIII.

LOS PRODIGIOS QUE OBRO Dios por la intercesion de San Antonio, y la potestad que le comunicó para lanzar demonios.

POR dos razones dice el Angélico Doctor Santo Tomás, que suele Dios conceder á sus siervos el Dón de hacer milagros: la primera, para confirmacion de las verdades de nuestra Santa Fe; y la segunda, para calificar la santidad de algunas personas; y se crea y entienda, que mora en ellas y que asiste en sus almas por gra-

(1) *San Anton. pasó un Rio milagrosamente. Sol del Orient. f. 78*

gracia; porque los milagros, son como unos sellos y firmas Reales pendientes, que autorizan y acreditan á los que los hacen. Por este fin favoreció Dios á nuestro Padre, obrando por él tantos milagros, para que por ellos fuese su heróyca virtud calificada, y fuese tenido por Varon, en quien moraba el Espíritu Santo; y así, el querer referir sus grandezas, y reducir á número sus virtudes, es lo mismo que intentar agotar el Mar, y contar las Estrellas del Firmamento; porque son tan innumerables las Profecías que hizo, las Epístolas que escribió, las victorias que alcanzó de los demonios, los Hereges, y Paganos, que convirtió á la Fe Católica, y los esclarecidos milagros que en vida obró, que para que cupiesen en la pequeñéz de este volúmen, era necesario dibujarlos de la misma suerte que un Pintor reduce á la brevedad de un País, la máquina de una selva, lo frondoso de sus árboles, y lo dilatado de sus cristalinas fuentes; y segun esto, describiré solo algunos de los prodigios que trae S. Atanasio en su Vida.

Y dice, que un Gentil que era Maese de Campo, llamado Martiniano, tenia una hija que la atormentaba gravemente el espíritu maligno con visiones y espantos de cosas de la otra vida, y con estruendos temerosísimos; (1) con que la pobre padecia contínuas tribulaciones y enfermedades, sin hallar alivio ni quietud en quantos remedios habia usado, para librarse del mal espíritu que tan cruelmente la perseguia; y oyendo referir Martiniano las maravillas que obraba Antonio, y el poder que tenia sobre los demonios, llevó la enferma á su presencia, á quien suplicó se doliese de su necesidad; y el Santo, habiendo oído sus afligidas razones, con aquella especial gracia y Dón celestial de eficácia que tenia en sus palabras, le consoló diciendo: *Que así que dexase la falsedad de sus Dioses, conseguiria la salud que deseaba, si creia en el verdadero Dios, y profesaba la Santa Fe de los Christianos.* Entonces Martiniano y su hija, con gran fervor y devocion pidieron el Agua del Santo Bautismo, y habiendole recibido, en aquel mismo instante la Doncella sintió sensiblemente salir el mal espíritu y recibir el bueno, y halló en su corazon una quietud y tranquilidad del Cielo, y nunca mas vió aquellas sombras, ni oyó los ruidos que la afligian.

Un ilustre señor, llamado Fronto, (2) estaba espiritado, y con el gran

(1) *San Antonio sanó una Doncella, que estaba espiritada. Histor. Anton. cap.* 23. *fol.* 23. (2) *San Anton. sanó á un Caballero espiritado. Histor. Anton. fol.* 24.

gran tormento y contínua guerra que el demonio le daba, hacía tan furiosas locuras y desesperados extremos, que ya se queria echar en un pozo; otras veces se mordia la lengua con tanto corage y rabia, que se la queria segar con los dientes; y estando padeciendo tan lastimosa enfermedad, fue al monte Arsinoe, donde moraba San Antonio; y postrandose á sus pies le hizo narracion de la enfermedad que padecia, y vertiendo copiosas lágrimas de sus ojos le suplicó le favoreciese y librase del poder infernal de su enemigo; y le dió á entender que deseaba recibir el Hábito de Monge, y quedarse en su compañia; mas el Santo, despues de haberle consolado, y dado saludables consejos, le dixo: *Que no era aquella la voluntad de Dios, sino que desde alli en adelante viviese con toda honestidad y recato, y con mas cuidado de su salvacion; porque no es desgraciado quien padece, sino quien peca; y que se volviese á su casa, porque al instante que llegase á ella le dexaria libre el diabólico espíritu que le afligia*; y así sucedió como San Antonio se lo dixo; porque al punto que llegó á su casa, le dexó libre, y nunca mas le persiguió, ni padeció aquellas terribles tentaciones.

Tambien llevaron á la presencia del Santo un noble mancebo espiritado, (1) tan loco y asqueroso, que se comia los excrementos que expelia de su cuerpo; y compadecido de su grave enfermedad, estuvo toda la noche en oracion suplicando á nuestro Señor le concediese el remedio y salud que deseaba para aquel afligido enfermo; y el demonio, no pudiendo sufrir en su presencia tan perfecta humildad, arremetió con increíble furia para maltratar al bendito Abad; y apenas llegó al mancebo á ponerle las manos, quando el demonio le dexó libre; porque así como el calor expele al frio, del mismo género ausentó el buen espíritu al malo, y el enfermo quedó bueno y sano, dando gracias á Dios, y á su Siervo, por la milagrosa salud que habia recibido.

Otra vez, un Señor de Título, llamado Archêlão, fue á visitar al Santo, á quien suplicó que hiciese oracion por una Doncella, (2) consagrada á Dios, llamada Policrácia, natural de Laodicéa, que padecia contínuos dolores de costado, y estaba tan debilitada, que apenas se podia mover; y levantando San Antonio sus ojos al Cielo, hizo oracion por ella, y el Divino Criador le oyó

(1) *S. Ant. sanó á un mancebo espiritado. Hist. Anton. fol.* 25.
(2) *S. Antonio sanó á una doncella que padecia contínuos dolores de costado. Histor. Antoniana, fol.* 25.

oyó y consoló, dando en aquel instante perfecta salud á la enferma, como despues se averiguó.

Un Caballero rico, y piadoso con los pobres, vivió muchos años en compañia de su esposa, sin tener fruto de bendicion; (1) y nuestro Señor, compasivo de sus súplicas y santo deseo, les dió un hijo, á quien siendo de edad suficiente para elegir estado, trataron de casarle; y habiendose efectuado el Matrimonio, la víspera que se habian de velar, repentinamente le sobrevino un accidente de tal calidad, que antes de una hora le quitó la vida; y la madre, viendo á su hijo difunto, se afligió mucho, y con el sentimiento que tenia, todo era llorar, gemir, y condolerse de su desgracia; y acordandose de las grandezas que habia oído que obraba Dios, por los meritos de su Siervo Antonio; con esta confianza puso el cuerpo de su hijo sobre unas andas, y le llevó, en compañia de algunos de sus criados al Santo, y andandole buscando por el Desierto, halló á un Monge, á quien dió cuenta del trabajo que la habia sucedido, y como queria verse con su bendito Abad, para que alcanzase de la Divina Misericordia, vida y salud para su hijo. Oyendo esto el Monge, aunque no extrañó la súplica, dificultó mucho el que le pudiese hablar, por el sumo recogimiento que observaba, y por lo que trabajaba con toda diligencia, por esconder los Dones de su Señor en su corazon, no queriendo descubrir lo que podía ser ocasion de vanagloria, y caída en pecado; mas compadecido de la noble señora, y de sus lágrimas y ruegos, y de lo que le instaba para que la enseñase la Celda del Santo, la aconsejó, que si queria conseguir lo que deseaba, que no se pusiese delante de su presencia, por lo mucho que sentia que le visitasen, y en particular mugeres; sino que usase de una santa cautela, poniendo al difunto en el silencio de la noche en la puerta de su Celda, para que quando le viese, se apiadase de él. La señora hizo lo que la dixo, y tuvo tanta felicidad, que saliendo San Antonio de su recogimiento, por revelacion Divina, con entera noticia de lo sucedido, tocó con su báculo al difunto, y le dixo: *Levántate, que Dios te ha hecho merced*; á cuya voz resucitó, dandole gracias por el beneficio recibido, y vivió despues muchos años; y la madre, que no estaba muy lexos, así que oyó la voz de su hijo, con el sumo gozo que recibió se puso á llorar, diciendo, con mucha alegria: ¡Oh claro Sol del Oriente! Varon Santísimo, amigo de Dios,

(1) *Navarro en la Vida de San Antonio, cap. 13. fol. 65.*

Dios, Patriarca de los Monges, grande es la virtud que tienes, pues con sola tu palabra has resucitado á mi hijo. Oyendo estas alabanzas el Santo, con profunda humildad, y revestido del zelo sagrado de Elías, la reprehendió, diciendo: *No sé por qué razon, Señora, das gracias á la criatura, y te olvidas del Criador, sabiendo, que de su infinita Bondad recibimos todos los beneficios, como dice el Apóstol,* (1) *que todo quanto obramos, hacemos, y pensamos, todo sea hecho en Nombre de nuestro Redentor Jesu-Christo; mas en pena de tu ignorancia, desde ahora perderás el habla, para que sirva á otros de aviso, y sepan lo que han de hacer.* Pero la Señora, no atendiendo á las mysteriosas razones que la decia, sino al milagroso favor que habia recibido, á fuer de agradecida, queriendo darle las gracias, no podia hablar, por mas que se esforzaba; con que reconoció nuevamente portentos del Santo, y arrodillandosele, le hizo señas, en la manera que pudo, para que se apiadase de su error, y como era de natural tan compasivo, en recompensa de su arrepentimiento, alcanzó del todo Poderoso, se la restituyese á aquella criatura instantáneamente su habla.

Andando el Santo por el Desierto, vió gran número de hombres, mugeres, y niños, que le venian á visitar para que les diese salud; (2) y como era tan profunda su humildad, quanto mayores los favores que recibia de Dios; se juzgaba indigno de ellos, y se reputaba por el mayor pecador de los nacidos, y deseaba ser tenido de todos, en aquello que él se estimaba; y estando con esta consideracion, llegó la gente á su presencia, preguntandole *¿Que en qué parte de aquel Desierto estaba fundado el Monasterio del Santisimo Padre, norma, regla, y exemplo de los Monges?* Y el Santo les respondió, por encubrirse, y que no le viniesen otra vez á buscar, *¿Para qué preguntais por el Monasterio de ese miserable pecador, que á todos trae engañados con sus disimulaciones?* Oyendo esto aquella gente, sin saber con quien hablaban, le reprehendieron, diciendo: *Guardaos, Padre, otra vez de pronunciar lo que habeis dicho, si no quereis que os castigue el Cielo; porque ya que no digais bien, no es cosa decorosa para vuestra venerable persona, el decir mal de un Varon, de vida tan inculpable, y que por todo el mundo resplandece su fama;* pero aunque le decian cara á cara estas alabanzas, no se dexó llevar de la vanagloria, antes

(1) *San Pab. Cor.* 1. (2) *Navarro en la Vida de San Antonio, cap.* 13. *fol.* 72.

tes bien se humilló, y teniendo compasion de su necesidad, y por no enviarlos desconsolados, les dixo: *Para que otra vez no os fatigueis tristes y afligidos, buscando á Antonio por el Desierto, traedme aqui un niño ciego, que teneis en vuestra compañia, que yo confio en la Divina Gracia, que por vuestra Fe le he de sanar.* Ofrecieronsele á su presencia, y juntamente un manco y tullido, á los quales, haciendo la señal de la Cruz, los bendixo en el Nombre de la Santísima Trinidad, lo qual hecho, vióse luego la maravillosa Omnipotencia de Dios; porque en aquel punto dió vista al niño, y al manco y tullido perfecta salud y fuerzas para andar, dexandoles con esto admirados y beneficiados á los mismos que queria que le tuviesen por loco; y habiendose vuelto á poblado, publicaban, como personas de poco saber, el mal que habian oído de ir de Antonio, y el milagroso favor, que habian recibido del Monge no conocido; mas el Altísimo Señor, que veía las humildes acciones de su Siervo, y como se despreciaba, velando siempre sobre la guarda de sí mismo, no permitió que quedase eclypsado su credito, ni tantos prodigios sepultados en la memoria del olvido; y así, dispuso, para mayor lauro suyo, que aquella gente, refiriendo lo que les habia sucedido á un Santo Obispo que á la sazon estaba en un Lugar poco distante del Desierto, vinieron todos (quedandose absortos y confusos, por las señas que de nuestro Padre el Obispo les dió) en conocimiento de que el Varon Santo con quien habian hablado, era San Antonio, y que por su intercesion, la Divina Magestad les habia favorecido.

Estos tan grandes prodigios, que obraba la Divina Piedad, por intercesion de su querido Siervo, llegaron á oídos de la Bienaventurada Santa Elena, madre del Emperador Constantino Magno, y por esta razon le tuvo muy especial devocion; (1) y en las Cartas que le escribia, se le encomendaba con gran afecto, suplicandole el favor de sus oraciones; y no tan solamente era la Reyna quien deseaba merecer su patrocinio, sino tambien casi todos los Príncipes, que á la sazon habia en el Orbe.

CA-

(1) *Illesc. en su Histor. Pontif. part.* 1. *l.* 11.

CAPITULO XXXIX.

DE LA GRAN ESTIMACION que hicieron de San Antonio los Emperadores; y como escribió una Carta á Constantino Magno.

DIce el Real Profeta, (1) que la Divina Magestad, aunque es maravilloso en todas sus obras, en ninguna se descubre mas el tesoro de su incomprehensible poder, sabiduría y bondad, que en lo que hace con sus Siervos, dotandoles con muy excelentes virtudes, y obrando por ellos infinitos prodigios, para gloria suya, y utilidad de los que saben aprovecharse de sus exemplos; y puesto caso, que hay inumerables vidas de Santos, en las quales y en cada una se manifiestan las grandezas de Dios nuestro Señor, pero en mis ojos la vida de nuestro Sagrado Abad es admirable, y la promesa que el Señor le hizo que sería su nombre esclarecido en todo el Orbe; y sin duda ninguna se vió, aún viviendo el Santo, cumplida esta promesa, pues casi todos los Príncipes y hombres doctos le escribían, como lo hicieron muchas veces el Emperador Constantino, y sus hijos, suplicandole que los consolase con sus Cartas. Y viendose metido en estos empeños, conversando con sus Monges, les dixo: *Los Reyes del mundo nos favorecen, enviandonos sus Cartas; ¿mas qué tienen que ver los Religiosos que ya han dexado el siglo y sus vanas cosas, con las Cartas y correspondencias de los Monarcas, á los quales, segun su estilo y urbanidad, no sabe el Monge responder?* Esto dixo, aunque despues, á instancia de sus Hijos, respondió á la Carta del Emperador otra, en que le decia que se alegraba que fuese Christiano, y que apreciase mas el serlo Católica y verdaderamente, como lo debia ser, que la grandeza del Imperio; porque le aprovecharia muy poco el haber conquistado muchos Reynos, si por otra parte se rindiese á los vicios, ó se desvaneciese con la potestad que habia de tener fin, y dar cuenta al Rey de los Reyes, del supremo estado en que le habia puesto, para favorecer á sus Vasallos, á quienes tratase como á hijos, aliviandoles de los tributos y cargas desordenadas, y sería amado de los suyos, y tendria paz entre sí, y su República; porque los Súbditos, no pretenden de sus Príncipes sino ser estimados; y los Príncipes, no desean de sus Vasallos sino ser servidos; y que le era muy conveniente para conseguir esta felicidad, tener recta intencion, siendo

(1) *Psalm. 67.*

do observante en guardar los Preceptos Divinos, administrando justicia y clemencia para con los pobres afligidos; la qual carta recibió Constantino, con mucho consuelo de su alma, porque en cada letra consideraba una Estrella que le advertia, y en cada renglon un camino que le guiaba á su salvacion; y la guardó toda su vida con aquella veneracion y respeto, que á una Reliquia Santa.

Otras muchas cartas escribió á diferentes Príncipes, y Prelados; mas carecemos de su noticia por la revuelta de los tiempos; y porque en aquel siglo, mas se exercitaban los Monges en contemplar y llorar sus culpas y las de los locos ignorantes del mundo, que en escribir Historias.

CAPITULO XL.

COMO DOS ENCANTADORES procuraron con sus hechizos hacer caer en pecado á San Antonio; y la victoria que alcanzó de sus enemigos.

DIce San Agustin, que la envidia es un dolor desordenado de la prosperidad y buenos sucesos agenos, fuego abrasador de las virtudes, disipador de los bienes, é inventor de todos los males; porque el envidioso desdora la virtud, y sin irle nada en ello, se goza de ver caído al próximo, y se entristece de verle ensalzado, recibiendo pena de sus alabanzas, y alegria de sus vituperios; murmura de él y de sus cosas, procurando obscurecerle, como hicieron dos encantadores ó hechiceros, movidos de envidia, con San Antonio; solo por ver que era de todos tenido por Santo, se valieron con sus pactos y conjuros de dos demonios, para que le hiciesen caer en pecado.

Y habiendo ido los Enemigos á poner en execucion esta diligencia, mas forzados de los conjuros de los hechiceros, que por esperanza que tuviesen de hacer mella en parte alguna de su singular virtud, le dieron un terrible asalto, además de los inumerables que le habian dado, como cosa de que tanto interés se les seguia; no dexaron artificio que no moviesen, y ardides que de nuevo no usasen; mas al fin de algunos dias, viendo que se cansaban en vano, desistieron de la empresa, y fueron á dar razon á los hechiceros de los artes y engaños que habian usado para derribarle, y que todo su trabajo habia sido sin fruto, contra su incontrastable fortaleza, la qual era mas poderosa y superior que todas sus fuerzas; mas no por esto dexaron aquellos envidiosos de perseguirle, antes de nuevo se valieron de otros demonios para que le molestasen, y tampoco estos pudieron nada; y los encan-

tadores, viendo lo poco que podian los demonios contra la virtud de los Christianos, conocieron ser verdadera la Ley que profesaban, y la santidad de Antonio; los quales fueron muy arrepentidos á su presencia, y arrodillandose á sus pies le pidieron, perdon, y dexaron instantáneamente la falsedad de sus Dioses, y se convirtieron á nuestra Santa Fe Católica.

Y el bendito Abad, en presencia de aquellos convertidos hombres, dixo á sus Monges: *Notad, hermanos, como los demonios no pueden nada en nosotros, si primero no nos rendimos á ellos; pero os certifico, que sin trabajo y peléa no se alcanza la victoria; porque aquellos dias sentí muchas tentaciones, que me fatigaban gravisimamente.*

CAPITULO XLI.
y último del primer Libro.

COMO SAN ANTONIO se ausentó de sus Monges, por excusar la estimacion que le hacian.

GRan remedio es para perseverar en gracia de el Altísimo, el huir de las ocasiones, y andar siempre con un santo temor, desconfiando de nosotros mismos, y fiando en Dios nuestro Señor; y así, es razon que vivan con este rezelo y temor los Santos, y los pecadores; pues en esta vida mortal, nadie se puede prometer estado seguro; porque aunque muchos tienen puestas las manos en obras buenas, ninguno sabe si ha de ser amado, ó aborrecido contínuamente. Todos han de padecer duda y perplexidad; y el que es tenido del mundo por grande, no podrá decir, que tiene su corazon limpio, y que está libre del pecado, aunque no le reprehenda su propia conciencia. Dispúsolo así la Providencia Divina, para que el mas justo tema, vele, y nunca se descuide; y quando alguno, por revelacion de Dios, estuviera cierto de su gracia, ninguno lo puede estár, de que ha de perseverar en este estado, porque sin especial revelacion, nadie puede saber lo que será de él mañana; solo en el Señor se funda el temor que le tienen los suyos, dice David; y este temor es como testamento cerrado, porque ve el justo que todo lo que hay en él son mandas secretas, que en la muerte de cada uno, y no antes, se saben y se declaran, que no hay que asegurarnos con los buenos principios de nuestras obras, hasta que veamos el fin. En la orla del vestido del Sumo Sacerdote, mandaba Dios, que se pusiesen campanillas y granadas, que es fruta coronada; porque hasta el fin no

ha

ha de haber corona, ni ruido de campanas; ni es bien hacer fiesta á nadie en esta vida; pues tienen muy poca firmeza y seguridad las glorias del siglo. Adan, siendo tan sabio y noble, no perseveró, ni el lugar del Paraíso le libró del tropiezo; ¿cómo será posible, que no tema el que está rodeado de ocasiones y peligros? Pues la Estátua de Nabucodonosor, comenzó en cabeza de oro, y vino á parar en pies de tierra. Salomón, tan favorecido de Dios, cayó en lo profundo de la idolatría.

Todos estos exemplares repasaba por su memoria San Antonio; y viendo con la luz que le comunicaba el Cielo, quan favorecido era del Señor con infinitos milagros que obraba por él en todo género de enfermedades, temió desvanecerse, y que se le pegase en su corazon ocultamente alguna maleza de vanagloria, ó que presumiesen de él, que era lo que no era, y le honrasen mas de lo que merecia, se determinó dexar la compañia de sus Monges, y retirarse á morar á los Desiertos de la Superior Tebáyda, juzgando que estaria alli desconocido de los hombres; y con este humilde intento se ausentó de su Monasterio; y lo que le sucedió en el camino, referirémos en el Capítulo primero del segundo Libro, donde se hará narracion de lo restante de su admirable Vida y glorioso tránsito, con los particulares prodigios y milagros, que por su intercesion ha obrado y obra nuestro Señor; á quien suplico, que por su Santísima Pasion y Muerte, y por los merecimientos de nuestro Padre San Antonio, nos conceda su Divino amor, para que sirviendole en esta vida con fidelidad, hagamos con su gracia caudal de merecimientos, para que despues dichosos, gocemos por eternidad de eternidades de la Celestial Jerusalén.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

COMO SAN ANTONIO DEXO LA COMPAÑIA DE sus Monges, y se retiró á la soledad del Yermo de la Superior Tebáyda.

SAN Antonio (como dice el Angélico Doctor Santo Tomás, hablando de la santidad de los Varones Justos) al paso que iba perfectamente aprovechando-se en la Virtud, recibia de Dios mas luz, con la qual descubria nuestra frágil naturaleza, sujeta á caer por instantes en pecados; y por esta razon, y la poca seguridad que tenia de no cometer culpas, se apartaba todo lo posible del mundo y su vanagloria, teniendo por cosa muy peligrosa para su ánima, que le estimasen por bueno; porque así como los ramos de los árboles, quanto mas están cargados de fruta, se humillan á la tierra; de la misma suerte, quanto mas cargado se hallaba, y favorecido de beneficios Divinos, tanto mas se humillaba; y sin despreciar á nadie, con discrecion huía de la honra que le hacian, queriendo mas vivir en la soledad entre las fieras, que entre el aplauso de los hombres; y con este intento dexó su Monasterio, y la compañia de los Monges. Y habiendo caminado todo un dia, vino á parar en la márgen de un caudaloso Rio, y viendo que no le podia vadear para pasar á la otra parte, estuvo esperando que llegase alli un Marinero que solia andar por aquel parage en una barca; y en el ínterin, por no estár ocioso, repasaba por su memoria las vidas de los Santos, y viendo la suya tan desigual en todo, á su parecer, se juzgaba quan indigno era de que le estimasen, teniendole por un vaso florido de virtudes, no siendo mas que un hombre hediondo, y asqueroso muladar; y que muchas veces, la malicia del demonio sutílmente ciega los ojos para que no se haga aprecio de enmendar

dar las imperfecciones; antes hace que parezcan virtudes, no los defectos agenos, sino los propios, y que esperemos premio, de lo que debiamos temer el castigo. Y quando mas afligido estaba en esta profunda consideracion, le suspendió una deleytable y dulcísima voz que le recreó, y confortó en la Divina Gracia, diciendole: *Antonio, ¿adónde vás?* A esto respondió con el ánimo quieto y sosegado, como quien estaba muy acostumbrado á oir tales voces: *Voy á la Superior Tebáyda; porque la gente de esta tierra, juzgando que soy un Santo, me honra de suerte, que temo caer desvanecido.* (1) Entonces oyó, que la misma voz, exhalando tan suavísima fragrancia, que excedia en olor á las flores, rosas y arómas, le avisó que no hiciese aquel viage, porque no era voluntad de Dios, sino que se entrase por el Desierto que estaba de la otra parte del Rio, donde hallaria un sitio acomodado al piadoso intento de su devocion, y que no se afligiese por no poderlo vadear; porque presto pasaria por alli una barquilla de Sarracenos, que llevaban mercancias á Alexandría, y le favorecerian; (2) á los quales vió luego venir por el Rio abaxo, á quienes suplicó le recibiesen dentro de la barca para pasar el Rio; y como el Altísimo Señor lo disponia, lo hicieron de buena gana, y le dieron de limosna dos panes y algunos dátiles; y habiendo saltado en tierra, se despidió de sus bienhechores y se entró por aquellos Yermos estériles y arenosos, y quando hubo andado tres dias con sus noches de camino, vió un monte muy encumbrado, en el qual se halla la piedra del Aguila, cuyas virtudes y maravillas han escrito tantos Autores, (3) y en él habia una fuentecilla de agua dulce y crystalina, y á su falda un campo espacioso, poblado de algunas palmas y árboles silvestres, que dista de Nitria trece dias de camino, y veinte millas de la Ciudad de Afordito, y del Gran Cayro seis jornadas; (4) y en este sitio hizo su asiento, como lugar señalado por Dios para su habitacion; mas al paso que su profunda humildad le ocultaba de las criaturas, en mayores retiros, nuestro Señor le hacía mas glorioso, con mas universales aplausos, y le manifestaba para consuelo de sus Religiosos, que como buenos hijos seguian las pisadas de su amado Padre; los quales, habiendo tenido noticia,

(1) *San Atan. Sol del Orient. fol.* 71. (2) *Navarro, en la Vida del Santo.* (3) *Viage de la Tierra Santa, fol.* 23. (4) *Histor. Antoniana, fol.* 17.

por revelacion del Cielo, del sitio donde se habia retirado á morar, ordenaron el socorrerle con lo necesario para su alimento; pero el Santo, viendo que era trabajo muy costoso traerle de tan lexos la provision, por excusarles tan fatigada tarea rogó que le traxesen instrumentos con que cultivar la tierra, y sembró una parte de aquel monte de trigo que se podia regar, y cogia su pan con sumo gozo, porque se sustentaba del trabajo de sus manos, sin ser molesto á nadie; y como no cesó, por su retirada el concurso de los devotos que le solian visitar, antes se aumentó con exceso urbano y comedido; fabricó en aquel sitio un huertecico, y plantó en él algunas legumbres y hierbas, para que les sirviera de refrigerio, así á los Seglares como á los Monges que le venian á ver; y fueron tantos, que en breve tiempo se poblaron aquellas soledades de santísimos Hermitaños, que contínuamente se ocupaban en bendecir y alabar á su Criador.

CAPITULO II.

EN QUE SE REFIERE como el huertecico que labró San Antonio, no le dexaban prevalecer unos extraños animales.

HAbiendo el bendito Abad plantado el huertecico, creció con la bendicion Divina, de calidad que su lozanía y verdor, dió motivo á muchos animales silvestres, y otras bestias fieras que venian á beber á la fuente (ó conducidas del demonio) á que hiciesen pasto de la hortaliza, hollando, y destruyendo todo lo que con tanto trabajo habia cultivado; y viendo que lo que un dia trabajaba, otro dia hallaba desbaratado, asió una de aquellas bestias, y teniendola presa en sus manos, la dixo con inaudita sencilléz: *Hermanita, ¿qué mal te ha hecho Antonio á tí, y á las otras tus semejantes, para coger lo que no habeis sembrado, y comer lo que no habeis puesto, procurando hacer daño, á quien á vosotras no hace perjuicio alguno? Pues yo os mando, en nombre del Altísimo Criador, Juez justísimo, en cuya presencia estamos, que os ausenteis de este lugar, y nunca mas volvais á él.* Y fue cosa maravillosa, que desde aquel punto, como si acaso tuvieran uso de razon

zon aquellos animales, nunca mas le dieron molestia, ni parecieron por todo aquel sitio donde moraba. Ya que con la gracia de Dios habia alcanzado victoria de los animales, que guiados del comun enemigo, los habia conducido alli para hacerle perder la paciencia, el mismo demonio tomó por su cuenta, no olvidando su antigua ojeriza, el ponerse en figura de bestia para perseguirle, el qual andaba corriendo y saltando entre la verdura; otras veces con sus patas y dientes arrancaba la hortaliza, y destrozaba todo aquel huertecico; mas no por esto el ánimo del Santo era movido á impaciencia, ni perdia la paz interior que gozaba su bendita Alma; y viendo el Espíritu infernal, que por este camino no podia conseguir lo que tanto deseaba, determinó con nuevos engaños, atemorizarle, de suerte que no tuviese valor para resistirle; y para este efecto convocó gran multitud de demonios que se le pusieron delante en forma de fieros y espantosos animales; pero el bendito Antonio, en medio de tanta soledad, ahullidos, bramidos y grita, no huyó el rostro, como aquél que contínuamente tenia una celestial claridad en su conciencia, y tan sumo deseo de padecer por el amor Divino; ni se atemorizó de los trabajos y tormentos que sobre él podian venir en esta vida, ni recibió pena de ver á los malignos Espíritus en tan horribles figuras, antes considerando lo que dice el Profeta Rey: (1) Que qualquiera que tuviere firme fe y confianza en Dios, no le ha de faltar; se armó, con ánimo valeroso, con la preciosa señal de la Santa Cruz, y postrandose de rodillas en tierra, con profunda humildad se puso en oracion con mucho sosiego, suplicando á nuestro Señor Jesu Christo le favoreciese; y de este género estuvo, sin hacer caso del temeroso combate que aquellas infernales bestias le daban; las quales no pudiendo tolerar en su presencia tan perfecta humildad, bramaban de corage, haciendo acometimiento como que le querian despedazar; mas el Santo estaba como las rocas del mar, mas inmóbil, quanto mas combatido, sin hacer aprecio de las fieras amenazas, como aquél que por experiencia entendia los ardídes de Satanás; antes, con ánimo valeroso les dixo: *Si Dios os ha dado licencia para que me despedazeis, aqui estoy, llégad y devoradme; mas si habeis venido por vuestro consejo, en vano os cansais, porque sin la voluntad de mi Señor Jesu Christo, no teneis parte en*

(1) *Psalm.* 31.

mi. Y al pronunciar estas palabras, desaparecieron todas aquellas espantosas fieras, dando grandes ahullidos, y nunca mas por aquel camino se atrevieron á tentarle.

CAPITULO III.

COMO EL DEMONIO no cesaba de perseguir, con diferentes tentaciones á San Antonio.

APenas el espíritu maligno se desapareció de los ojos del Santo, quando sin darle treguas para que descansase, volvió con diferentes y nunca imaginadas apariencias á combatirle, deseando, ya que no le pudiese vencer, el moverle á impaciencia; y con este intento le acometió un dia que le pareció que estaba divertido en la labor de manos, en figura de un fiero y espantable animal, que remataba la parte superior en rostro y cabeza humana, y la inferior en un disforme jumento, y asiendo de las hojas de palma, que estaba texiendo, las llevó ligeramente en su feróz boca arrastrando por el monte; mas el Siervo de Dios, no por esta accion se movió á impaciencia, porque á todas horas le asistia una verdadera Fe, Esperanza, y Caridad perfecta, con la qual aborrecia las culpas, y llevaba con igualdad de ánimo las tribulaciones; y viendo Lucifér, que no podia con sus engaños provocarle á ira, dexó caer con increible indignacion las palmas en tierra, y afrentado y corrido se desapareció de sus ojos, pesaroso de que quanto mas le combatia, mayores triunfos y coronas le multiplicaba en la gloria; pero abrasandose en las llamas de la envidia infernal, no por esto desistió toda la vida de perseguirle con tan fuertes tentaciones, que con dificultad pueden ser contadas, ni reducidas á número; porque viendo que no tomaba sustento sino una vez al dia á hora de Visperas, (1) y era la comida pan y sal con agua, y algunas veces se pasaba dos y tres dias sin tomar sustento, quiso ver si podia engañarle con un género de tentacion, harto cautelosa; y para salir con su intento, se disfrazó en Hermitaño muy venerable, los ojos undidos, barba larga, rostro pálido, y todo penitente; y con este disfráz se entró por la Celda del Santo, con quien se puso á platicar; y entre otras cosas le dixo: que era un Varon que habia muchos años que moraba en aquellas soledades, muy favorecido del Cielo; y que sabiendo por Divina revelacion, la necesidad que tenia, venia á socorrerle y decirle

(1) *Villeg. cap. 5. lib. 7. fol. 45.*

le que en sus ayunos fuese prudente y no se dexase morir de hambre; mas apenas el fingido Monge pronunció estas palabras, quando Antonio entendió el engaño, y signandose con la Sacrosanta señal de la Cruz, instantáneamente se desapareció el infernal Monge; de lo qual se dexa entender quán gran útil trae el ayuno, pues al demonio le es tan molesto; y que los que ayunan pueden ser tentados, mas Dios no permite que sean vencidos: dícelo San Atanasio en la Vida del Santo.

CAPITULO IV.

COMO SAN ANTONIO dexó el retiro de su soledad, y fue á visitar los Monasterios de Egypto; y los milagros que nuestro Señor obró en el camino por su intercesion.

HAbiendo nuestro bendito Padre (columna, que con su luz, como dice San Hilarion, sustentaba el Orbe) morado casi seis años en el sitio que dexamos dicho, (1) y conseguido inumerables victorias, y vencido tantas veces el poder infernal, al fin se dexó vencer de los humildes ruegos de los Monges, que le suplicaron que fuese á visitar sus Monasterios, y á darles Regla con que pudiesen mas perfectamente servir á nuestro Señor. Y habiendo oído tan lícita peticion, con mucho amor y deseo del mayor bien espiritual de sus hijos; mas humilde que todos, por no hacer su gracia ingrata con la tardanza del condescender, se ausentó al punto de su recogimiento en compañia de los mensageros, y de otros muchos Religiosos, los quales guiaron su viage para el famoso Monte de Nitria; y porque habia de camino mas de docientas millas, y habian de pasar por muchas montañas y ásperos Desiertos, donde no hay agua que beber ni hierba que pacer, solo abundan en montes de arena; llevaron pan y agua, y fruta seca para poderse alimentar; y habiendo caminado muchos dias por aquellos Yermos, sufriendo grandes calores, y pasando muchas penalidades de hambre, sed y cansancio, les faltó el agua que beber; y no pudiendo tolerar tan grande necesidad, juzgaron todos perecer de sed en aquellas soledades, donde se hallaban sin remedio humano muy afligidos, viendo que hasta un camello que llevaban cargado con las vituallas, de manso se habia vuelto ferocísimo con la desesperacion de la sed; y nuestro Padre

(1) *Hist. Anton. cap. 22. fol. 24.*

dre San Antonio, enternecido del peligro, y gran necesidad que padecian sus hijos, se postró en tierra, y levantando sus ojos al Cielo, vertiendo muchas lágrimas, y dando amorosos suspiros; suplicó á Dios le favoreciese con su infinita piedad, y al punto el Altísimo Señor le oyó y consoló, no permitiendo que le faltasen en tan ultimado conflicto las aguas de su clemencia, ni las perennes fuentes de su misericordia; y así, antes que se levantase del sitio donde estaba orando, se le apareció entre aquellos ariscos pedernales y endurecidos terrones un manantial ó fuente de agua clarísima (1) con admiracion y gozo de aquellos afligidos Monges; los quales, despues de haber dado gracias al Soberano Hacedor por tan portentoso milagro, bebieron en el manantial milagroso, sabiendoles el agua á Cielo, porque las mercedes y favores de Dios nunca son escasos; y habiendose recreado, y descansado junto aquella apetecible fuente; al amanecer de el siguiente dia prosiguieron su camino, y llegaron á los Desiertos de Nitria, (2) que por la parte tramontana confinan con Etyópia, y por el Oriente distan quarenta millas de la Ciudad de Alexandría, donde había muchos Monasterios de exemplares y virtuosos Monges; los quales, así que vieron venir á su Padre San Antonio, y á los Santos Religiosos que llevaba en su compañía, les salieron á recibir á la mitad del camino, con tanto gozo y alegria espiritual, que el Sagrado Abad sumamente se consoló, y dió gracias á nuestro Señor, viendo el gran afecto que le tenian sus hijos, en cuya compañia se quedó algunos dias, y notó la rigurosa y exemplar vida que observaban; porque muchos, sin tomar otro alimento, se sustentaban con endivias campesinas; otros estaban toda la noche en oracion, perseverando en ella, unas veces puestos en pie, y otras de rodillas; otros guardaban tanto silencio, que si por algun accidente salian de su recogimiento, y se veían unos á otros, ninguna palabra se decian, aunque en lo interior de su corazon se deseaban infinito bien, y daban muestras de ello. En cada Celda habitaba un Monge, y obraban diferentes exercicios; unos leían Salmos; otros pasaban la Escritura Sagrada; otros se ocupaban en la labor de manos; y todos sin exceptuar ninguno, cada dia fre-

(1) *Hist. Anton. cap. 23. fol 24. Sol del Oriente. Y Navarr. en la Vida del Santo.* (2) *De este Yermo de Nitria hace memoria Juan Botero en la relacion universal del mundo, part. 1.*

freqüentaban los Santos Sacramentos.

Y era esta devocion tan agradable á Dios, que para que se conociese, permitió que en cierta ocasion viese uno de aquellos Religiosos un Angel que estaba al lado derecho del Altar escribiendo los nombres de los que llegaban á comulgar; (1) y los que habian faltado, por omision, ú descuido de venir á la Iglesia, para recibir la Sagrada Eucaristía, los borraba sus nombres del bendito Libro que tenia en sus resplandecientes manos. Tan exemplares exercicios obraban aquestos Santos Hermitaños, y otros muchos que moraban en lo interior del Yermo, donde tambien estuvo San Antonio, y vió á sus queridos Discípulos, Serapión, Amón, y al gran Arsisio, y otros perfectísimos Varones, los quales moraban en un Monasterio, que tenia inumerables Monges, y las Celdas estaban divididas, que ni se podian ver ni oír, y en la puerta de la Iglesia habia tres palmas, (2) y de cada una pendia un azote; el uno para castigar á los Monges que daban causa; el otro, para los seglares; y el tercero, para corregir á los forasteros que en aquel Santo Monte cometian algun delito; y así, los que se hallaban culpados, y su conciencia les acusaba, se abrazaban en las palmas públicamente, confesando sus pecados, y con mucha humildad recibian la correccion y penitencia que les daban; y por esta institucion que observaban aquellos antiguos Padres, llamaron al Desierto de Nitria Monte Santo, y por la multitud de Monges que en él moraban; pues dice Paladio, que en su tiempo vió casi quinientos Monasterios en Nitria, (3) sin otros muchos que habia divididos por las soledades de Egypto.

Y habiendo nuestro Padre visitado tan perfectos Varones, y notado los altos exercicios que observaban, desde alli guió su camino para el Yermo de Dióclos, que está casi aislado entre el Nilo y el Mar. (4) Y habiendo llegado á la ribera del Rio, los Monges que llevaba en su compañia, recelaban pasar de la otra parte, temiendo ser pasto de los Cocodrilos que por aquel parage veian nadar en el agua, los quales son muy astutos é imitan el llanto humano; y los que compadecidos se

(1) *Tesoro de los Christianos del P. Pinto, disc. 3. cap. 7. fol. 239.* (2) *En la Puerta de la Iglesia del Monte de Nitria habia 3. Palmas pendiente de cada una 1. azote, para corregir á los culpados. Prado Espir. cap. 5. fol. 163.* (3) *El numero de los Monasterios, que vió Palad. en el Monte de Nitria.* (4) *Symb. de la Fe del V. Padre Fr. Luis de Granada, fol. 450.*

se les acercan, juzgando que es persona la que llora, son despedazados y comidos de ellos. La defensa mas eficáz que hay contra estos animales, dice Don Joseph de la Fuente, (1) que es el azafran, porque huyen de él, por natural antipatía. Son animales muy fieros, á manera de lagartos, de quince codos y mas, de largo; tienen quatro pies, y las garras de los pies delanteros muy fuertes, y se parecen á las manos de un hombre; la cabeza tiene dos varas de largo, y la cola larga como una espada, y la boca grande, con setenta dientes en la quixada superior, y quarenta en la inferior; y entre cada dos dientes grandes, uno pequeño de quatro esquinas, y cerrando la boca, los encaxan de manera, que el agua no puede pasar por ellos; (2) los demás animales del mundo, en mascando mueven la quixada inferior, teniendo firme y tiesa la superior; pero el Cocodrilo mueve la superior, y tiene el cuerpo armado con tan fuertes conchas, que ni lanza ni saeta, ni arma ninguna las puede mellar, ni hay tiro de arcabuz ni mosquete que los ofenda sino por las agallas, y debaxo de los brazos, donde la naturaleza les puso cierto olor suave de especie de almizcle, de estimacion y precio. (3) Muchas veces se salen del agua y se ponen al Sol, y tendiendose en la tierra abren la boca, donde se les entran unos paxarillos blancos del tamaño de un tordo, que cruzan el Nilo, y les comen la carne podrida que se les recrece entre las encías, que por llenarse de gusanos, les da notable pena; los quales entran y salen muy seguros; porque aunque quisieran cerrar la boca para tragarlos, no pueden, por tener los páxaros una aguda y dura espina con que les pican en el paladar de arriba, y hacen abrir la boca mal de su grado; y con ser animales tan fieros, que acometen con increible fuerza á las Canóas, y otras embarcaciones que navegan por el Rio, para trastornarlas, ú despedazarlas á dentelladas; hay hombres, que por el gran util que se les sigue, salen á cazarlos, y los matan con sus manos; de las quales arman la izquierda hasta el brazo, de un guante de cuero de Búfalo, con ella agarran un palo ó estaquilla gruesa, como la muñeca, y hecha en ella dos puntas entran en el Rio, el agua hasta la cinta, y en viendole el Cocodrilo, se viene ácia él, abierta la boca para tragarle, y entonces con suma destreza le ofrece el brazo armado y la

(1) *Compendio de las Indias Orientales, D. Joseph de la Fuente fol.* 15. (2) *Anales de Egypto, fol.* 198. (3) *Histor. de Etyópia del Padre Alonso de Sandoval, fol.* 387

la mano con la estaca, para que haga presa en ella, se le atraviesa en la boca de forma, que no le da lugar para cerrarla, ni para usar de sus fuertes dientes, ni ofender al matador; el qual con un puñal que lleva en la mano derecha, le da muchas heridas por las agallas, hasta dexarle desangrado, y despues juntandose mucha gente, le sacan con sogas y lazos á la orilla, y le despedazan.

Dicen, que la hiel de esta fiera tiene virtud de quitar las nubes de los ojos; (1) y si con su higado perfuman á uno que tenga epilépsia, sanará luego; y que si una persona flaca y macilenta comiese de la carne del Cocodrilo, engordará; si la manteca del Cocodrilo la derritiesen, y goteasen en la oreja de una persona, que padece el dolor de ella, le aprovechará; y si continuaren en hacer lo mismo á un sordo, sanará; y si untaren con su manteca á uno que tuviese tercianas, se le quitarán.

Estas noticias he traído aqui, para que no se extrañe la fiereza de los Cocodrilos, y para que alabemos á la infinita Bondad, que libró de tan evidente peligro al bendito Antonio; el qual, viendo el temor que tenian sus Religiosos, les aseguró, que bien podian pasar el Rio, pues llevaban en su amparo el favor de nuestro Señor; y fortalecido con el Divino escudo de la Fe, (2) haciendo la Señal de la Santa Cruz, entró por las aguas del Nilo, que por aquella parte se podia vadear, diciendo á sus Monges que le siguiesen; y habiendole obedecido, pasaron con suma felicidad á la otra parte, sin haber recibido daño ni lesion de aquellas espantosas fieras, que veían andar por el Rio; del qual haré una breve descripcion, para que se entienda su grandeza, donde nace, y cómo se reparten sus saludables y cristalinas aguas por las tierras de Egypto; y como hay partes por donde, aunque es tan profundo, y su corriente tan rápida, se puede pasar sin embarcacion, puente, ni artificio.

El Rio Nilo, siempre he oído decir, que es uno de los quatro, que salen de el Paraíso Terrenal; pero el Padre Alonso de Sandoval, dice, (3) que los Portugueses han descubierto, que nace en Etyópia, en una Provincia de Abexinos, que llaman Agaos, en un llano pequeño lleno de juncia, y todo solapado de agua, enmedio de la qual se abre un ojo muy ancho y profundo, que no se halla fondo, de donde sale una fuente, (4) y á poca distancia de un

(1) *Anales de Egypto, fol.* 100. (2) *Histor. Antoniana, c.* 24. *fol.* 26. (3) *Histor. de Etyóp. del P. Alonso de Sandoval, de la Compañia de Jesus, p.* 1. *l.* 3. *c.* 23. *f.* 431. (4) *Hist. de Etyóp. f.* 78.

un tiro de escopeta, toma el Rio su corrida, con poquísima agua; mas luego se va dilatando de suerte, que en la distancia de un dia de camino, lleva tanta agua, que un tiro de mosquete no llega de orilla á orilla: (1) Desde este vado empiezan á verse los pezes, ó caballos marinos que se crian en el Nilo, los quales hay en grande abundancia; son de color pardo, y otros negros, con unas manchas blancas; tienen pelo corto, pequeñas crines, cola poblada de cerdas de un lado y otro. Los Egypcios suelen tener algunos, que cogen pequeños, y los doman para su servicio, y en el correr son velocísimos como el viento, pero no se fian de pasar los rios en ellos; por que si el lugar por donde pasan es profundo, luego se van á su natural, y se hunden.

Tambien se cria en él otro género de animal, llamado Buey, que le es muy semejante, y del tamaño de una crecida ternera; tiene el cuerpo duro, y buen sabor su carne; y á la orilla del Rio se crian muchos camaleones, del tamaño de un lagarto ordinario, feísimo, corcobado, y flaco; tiene la cola larga como el topo; y camina despacio; sustentase con el ayre y rayos del Sol, y se vuelde continuo ácia donde él va, con la boca abierta; no tiene pelo, sino unas manchas en el cuerpo, que muda de varias y diferentes colores, segun el lugar donde se halla; porque si está sobre verde, se vuelve verde; si sobre blanco, blanco; y así de los demás colores. Los Egypcios cuentan de este animal, que aborrece las culebras y vivoras; y quando ve que alguna duerme á la sombra de algun árbol, se sube sobre sus ramas; y poniendose en derecho de su cabeza, lanza de la boca una poca de saliva, colgada de una hebra como de tela de araña, de tal virtud, que dando en la cabeza, muere al punto.

Tiene muchas que llaman catadupas, que son unos despeñaderos por donde entra el Rio, despues de haber pasado por muchas Provincias y tierras del Preste Juan de las Indias, en el mar por Egypto, por siete brazos muy caudalosos. El primero pasa por junto á la Ciudad de Farma, que dista quarenta millas de Táphne, de la qual hace mencion el Profeta Ezequiél. (2) Esta es la tierra de Gersén, que el Patriarca Jacob pidió al Rey Pharaon, (3) para vivir con sus hijos y ganados, por ser abundante de pasto. De aqui pasa por la Ciudad de Memphis, y vuelve por la parte de Tramontana á dar vista á Farma.

(1) *Anales de Egypto, fol.* 198. (2) *Ezech.* 30. *num.* 18.
(3) *Gen.* 47. *num.* 4.

ma. Aqui entra en el Mar, y es uno de los Puertos de Egypto. El segundo, y mayor brazo del Nilo entra en el mar, quatro leguas de Damiata, y doscientas y treinta millas de Farma, despues de haber pasado por junto á Siene, y regado la ultima parte de Egypto, ácia el Austro, y Etyópia, como cosa de doscientas y quarenta leguas. El tercero brazo pasa por junto Abdela, y Anasaton. Aqui se divide en seis rios pequeños, y despues se vuelven á incorporar junto á una vistosa Villa, llamada Sememuc, y entra en el mar cerca de la Villa Phatures; por este Rio no se puede navegar, sino es con tiempo favorable. El quarto brazo pasa por Phitón Rameses, y corre á la parte Austrál, y entra en el mar, cerca de la Villa Estrivón. El quinto brazo pasa á distancia diez millas de Phitón, y corre por aquella parte trescientas millas, hasta que entra en un Lugar, llamado en Griego Delta. Aqui se divide el Nilo en diversas partes, y hace una Isla de forma triangular, y despues se vuelve su division á juntar, y se incorporan con el sexto brazo, que pasa por la parte de Tramontana, y da vuelta á la Ciudad de Plebe, llamada antiguamente Pellufio; y á poca distancia de alli se divide en otro brazo, que corre por el Desierto, á la parte de Tierra Santa, y despues entra en el mar, junto á la Ciudad de Larise, de quien toma el nombre aquel golfo; y el principal, y mayor brazo prosigue su caudalosa corriente por junto la Villa de Heliópoli, y doce millas mas abaxo, pasa á orillas de la gran Ciudad del Cayro, (1) donde hay un admirable foso, labrado en quadro, de diez y ocho brazas de fondo, con un conducto por donde entra el agua en él, y enmedio de este conducto está fixada una columna de marmol blanco que sale del Estanque, señalada, y dividida en otras diez y ocho brazas, como las tiene de fondo el foso; de manera, que comenzando á crecer el Nilo, comienza á crecer el agua en el Estanque, una, ú dos, ó tres brazas cada dia; y si la crecida llega hasta las quince brazas, los frutos son abundantes aquel año: pero si pasan de la señal, corren gran peligro los campos, por la grande humedad y ruina de los Edificios y Casas; pero si no llega á doce brazas, sin duda amenaza hambre y carestía: y desde doce á quince, se espera moderada cosecha y fertilidad; por razon del efecto y señal que da esta columna, la llamaron los Antiguos Nilóscopo. El septimo brazo se divide á distancia de doscien-

(1) *El P. Sandovál, Histor. de Etyópia, fol.* 433.

cientas y cinqüenta millas del Cayro, al Poniente, y pasa por la Ciudad de Roseto, y entra en el Mar por Alexandría. Esta Ciudad tiene dos Puertos separados uno de otro, por una legua de tierra ancha que los divide, en cuyo fin hay una torre altísima, llamada Afar, que fabricó Julio Cesar. Es Ciudad muy abastecida de todo lo necesario para pasar la vida, y en particular de ricas y gruesas mercancias, y pedreria de las Indias Orientales, y Occidentales de Sabá, de Arabia, de las Etyópias, y de todas las Provincias circunvecinas por el Mar Roxo, cuya derecha descarga en un Pueblo llamado Aybebe, que está situado en la margen del Mar, y desde alli baxan por el Nilo á dar á Alexandría, que por ser escala franca, y haber en ella gran concurso de mercancias, está siempre llena de Mercaderes de Levante y Poniente.

Esta es una breve descripcion del Rio Nilo, que para significar su grandeza, y los peces tan extraños que cria, y los Montes, Reynos, Villas, y Ciudades por donde pasa, requiere mayor tratado; mas por la brevedad que pretendo, me parece que lo que queda dicho es lo suficiente; para que se entienda, que aunque es tan grande, se puede vadear, como se divide en tantos brazos y arroyos; pero esto sucede antes que comience á crecer, que todos los años comienza por las tierras de Egypto, á mediado de Junio, y dura su crecida quarenta dias, (1) y en este tiempo todas las Ciudades, y Villas, que están fabricadas á su ribera, parecen Islas cercadas de agua; pero despues, del mismo género que crece, vuelve otros quarenta dias á menguar; de calidad, que muchos brazos de los que se dividen en Rios pequeños, llevan tan poca agua, que sin necesidad de barca ni puente le pueden pasar, como le pasó San Antonio, y sus Monges; los quales, dando gracias á Dios, porque le habia librado de los fieros Cocodrilos que habian visto nadar por el agua, prosiguieron su camino, sin que les sucediese otra cosa que de contar sea; llegaron á lo inculto de los Desiertos de Dióclos, donde visitó el bendito Abad á los Hermitaños que moraban en aquellas soledades, (2) en las quales es excesivo el calor que hace lo mas del año. Es tierra muy estéril y falta de agua, y por esta razon es inhabitable; aunque no por esto dexaban de morar en ella muchos Venerables Varones, que hacían notable vida, afligiendo sus cuerpos con ri-

(1) *Histor. de Etyópia, fol.* 436. (2) *San Antonio visitó á los Monges que moraban en los Desiertos de Dióclos.*

rigurosas penitencias. Sustentábanse con hierbas silvestres, raíces y hojas de árboles. Vestian pieles de animales; eran muy recogidos y profundos en la humildad, altos en la contemplacion, acordados de Dios, olvidados del mundo, frios en el amor del siglo, abrasados en el amor del Cielo, muertos á la carne, vivos al espíritu; á los quales consoló Antonio con su vista, y les instruyó en los exercicios y Regla de los Monges, para que todos la observasen; y habiendo estado algunos dias exercitando la caridad en los Desiertos de Dióclos, desde alli fue á las Montañas de Scitia, donde se le ofreció el pasar por un brazo de Mar; y por esta razon se embarcó en un Navio; mas al punto que el Santo entró en la embarcacion, sintió un pestilencial olor, y diciendoselo á sus Monges, le respondieron, que ellos no sentian nada de aquel olor; y que si acaso le habia, procederia de algunos peces corrompidos, que habia despedido el Mar; y estando en esto, salió de la popa del Navio un mancebo que estaba espiritado, (1) y postrandose á los pies del Siervo de Dios, le suplicó que le librase de los enemigos crueles que tanto le afligian; y el Santo, compadecido de su enfermedad le hizo la señal de la Santa Cruz en la frente; y en aquel mismo instante fue sano, y los espíritus malignos le dexaron libre; y despues los Monges decian, que el mal olor que habia sentido su Padre Antonio, le habian causado los demonios que aquel pobre mozo traía en su compañia.

Tambien en esta peregrinacion visitó el Santo á su hermana, (2) que como queda dicho, la dexó quando se retiró á el Desierto, en compañia de unas virtuosas mugeres, de quienes aprendió tan loables costumbres, que vino á ser perfectísima Maestra de recogidas Doncellas que tenia en su Casa, á quienes enseñaba con los dones que la enriqueció el Cielo; porque aunque era de complexîon delicada, y ya muy anciana en años, continuamente mortificaba su cuerpo con ayunos, disciplinas, cilicios, y otras asperezas; era muy humilde, perseverante en la oracion, y piadosa con sus Discípulas, á quienes con gran amor aconsejaba que huyesen de qualquier desordenado deseo que las incitase á gozar de los placeres terrenos; y para

(1) *San Antonio sanó á un mozo que estaba espiritado. Histor. Antoniana, fol. 25.* (2) *Como San Antonio visitó á su hermana. Esto lo refiere Dan Gaspar de la Figuera en su Claro Sol del Oriente. Y Basilio Santóro en la Vida de San Antonio.*

que viviesen en paz, humildad, y recogidas, las amonestaba que en quanto les fuese posible, excusasen de escribir villetes, enviar recados á sus parientes, y seglares, para que las viniesen á visitar; por lo dañoso que es para las vírgenes que están dedicadas á Dios, las visitas y pláticas de las personas del siglo; y que así como no sería cosa decorosa para la honestidad y virtud de una casada honrada, el tratar amistad y conversacion con quien quisiere, y escribir villetes, enviar regalos, y recibir visitas; así es mucho mas indecente y grave para las esposas de Christo el hacer cosas semejantes; (1) porque qualquiera Religiosa tiene mayor obligacion de vivir, como dice el P. Fr. Gerónimo de Ferrara, (2) hablando con algunas Religiosas de nuestro tiempo, con mucho mas recato y recogimiento, que ninguna muger casada, y dar buen exemplo á las otras, para que se salven: además, que lo que luego procede de estas visitas y vanas conversaciones, es el quedar seco el corazon de los gustos y regalos que tenia con Dios en la oracion, y comienza á dar desabrimiento el Coro, Silencio, Obediencia, y las demás cosas que le solian dar contento, y se mueve una inquietud con las personas Seglares con quien trata, ácia quienes prolíxamente se va y viene la memoria, sin poderlas desechar de sí, con que se quitan el sosiego interior; y por esta su poca discrecion y vanos desvaríos, permite el Todo Poderoso, que sean combatidas con fortísimas tentaciones de la carne y soberbia, trayendolas el espíritu maligno á el pensamiento la nobleza de sus padres, parientes, Patria, y su poder en el siglo, para que con esta altivéz y loca presuncion, menosprecien á las humildes. Y es mucho de notar, que quando Lucifér no grangease mas que traer de este género las almas de las tales Religiosas, está muy contento; porque quitado el gusto de los exercicios espirituales, queda la vida de la Religion como vida de gran trabajo; y una Religiosa de esta manera, perturba toda una Comunidad, y por esta causa pone el demonio tanto cebo, y pretende con todas sus fuerzas que haya abertura en las redes, Locutorios, villetes, pláticas vanas, lectura de Libros mundanos, y otras niñerías que al parecer lo son, pero no son sino la total ruína y perdicion de las que tal hacen; las quales creen que desampararon el siglo; pero á la verdad no le desampararon, sino trocaronlo por otros; y muchas

(1) *Tratado de oracion de San Pedro de Alcantara en los Votos de los Religiosos.* (2) *Fr. Gerónimo de Ferrara, fol.* 149.

chas veces engañadas del maligno espíritu, pierden el uno y el otro; con que para obviar tan dañosas recreaciones, será bien que los Superiores observen lo que nuestra Madre Santa Teresa de Jesus, quando la hicieron Priora del Convento de la Encarnacion, que viendo como algunas Religiosas tenian sus devotos, y se correspondian con regalos, gastando en esto tiempo y hacienda, las reduxo con amor y blandura, para que conmutando las acciones mismas en objetos espirituales, tomasen por sus devotos á particulares Santos, empleando en ellos sus regalos, y que les celebrasen sus Fiestas.

Por este camino vino á conseguir que muchas Religiosas se hiciesen perfectas, y recogidas en oracion; pero en todo esto es necesario que haya en la Superiora gran prudencia, procurando que se haga con suavidad y voluntad, y no con desabrimiento de las Súbditas; porque en reformar costumbres, ni enfervorizar exercicios interiores, nada se consigue con violencia, sino con caridad y sumo magisterio, como la hermana de San Antonio lo observaba en las amonestaciones que hacía á sus Discípulas, para que olvidasen las comodidades del siglo, galas y pompas; y de una libertad y licencioso trato, pasasen perfectamente á una estrechéz, clausura, y aspereza de un pobre Hábito; y de las regaladas viandas, á la abstinencia de un rígido sustento, adquirido de limosna, ó con el trabajo de sus manos; trasplantando de este género desde el jardin de su retiro, tantas flores al Paraíso Celestial, que no tiene número; porque de la misma suerte que los Patrimonios se heredan, parece que en vida habia heredado la Santa Doncella las virtudes de su bendito Hermano. Y nuestro Padre San Antonio, que en esta peregrinacion la visitó con tan recíproco gozo de ambos, y consuelo de todos, que es inexplicable; y habiendola visto, y animado para que prosiguiese y acabase en sus loables y santos exercicios, con aquellas palabras que el Salvador dice por San Matéo: (1) *Abrid los ojos, velad, y orad; porque no sabeis quando sereis llamados; porque el tiempo de la vida es breve, y el premio que se espera por los temporales trabajos, es eterno*; se despidió luego, sin hacer noche en la casa de la santa Doncella, la qual de alli á pocos dias murió, para gozar en el Cielo el glorioso fruto de sus heróycas virtudes.

Y el Sagrado Abad, habiendo visitado los Monges que moraban en los Desiertos de Scitia, y visto otros muchos Monasterios de la Provincia de Egypto, se re-

(1) *San Math.* 24.

cogió á la soledad de su Celda, donde de allí á breve tiempo, si hemos de seguir á Alfonso Tostado, dice, que fue llevado milagrosamente á la Ciudad de Barcelona, y que estando en ella conversando con el Gobernador Andrés, á este tiempo vino de repente á la presencia del Santo una Cebona, que traía en la boca un ceboncillo recien nacido, que salió coxo y contrahecho, y se le puso á los pies, gruñendo con lastimoso tono, como quien se lamentaba, para que le diese salud, y que entonces el Santo, en presencia de mucha gente que estaba mirando esta accion, le sanó, haciendo sobre el animalejo la señal de la Cruz, (1) y que á el Rey, y Reyna de Barcelona, y á sus hijos, y á muchos Vasallos, que estaban enfermos, por merced de Dios restituyó á su antigua salud; y que por su exemplo y predicacion, fortaleció y reduxo á toda aquella Provincia á nuestra Santa Fe Católica; y que venció en esta ocasion, como siempre, con el lauro y palma de su profunda humildad al demonio, porque envidioso del glorioso fruto que hacía en las almas, por desacreditarle, y atajar sus felices progresos, tomó forma humana, y vestido de Hermitaño, andaba al mismo tiempo por Barcelona, obrando con fantásticas ilusiones fingidos milagros, en oposicion de lo que el Santo verdaderamente obraba; y que nuestro Padre, favorecido del Cielo, públicamente hizo que el espíritu infernal se manifestase, y dixese quien era; y que habiendole obedecido, mas por fuerza que de grado, con increíble indignacion, afrentado y corrido, quiso, aunado con la turba de sus compañeros, fieramente vengarse del Santo, dandole muchos y dolorosos golpes; y que en medio de este conflicto y batalla, se le apareció en su favor el Príncipe de las Gerarquías Celestiales, S. Miguél Arcángel, todo cercado de luces, mas hermoso y resplandeciente que el Sol, con una espada de fuego en su mano; y que viendo esto los demonios, súbitamente se desaparecieron en el ayre, gritando con horroroso estruendo; y que hizo otros muchos milagros, los quales de propósito déxo de referir, por excusar de poner en qüestion, lo cierto con lo dudoso, que no tiene sólido fundamento.

CA-

(1) *Este milagro se tiene por cierto en Cataluña, y lo verifican las pinturas, que están en la puerta de San Antonio en Barcelona. Tambien de este suceso hace memoria Don Gaspar de la Figuera en su claro Sol del Oriente, fol.* 182. *fol.* 183. *Mas en la Histor. Anton. lib.* 1. *fol.* 15. *se refiere por dudoso.*

CAPITULO V.

DE UN LABRADOR llamado Pablo, que halló á su muger en adulterio; y como la dexó, y se fue á valer de San Antonio, para que le recibiese por Monge.

SAliendo un dia el Santo de su Monasterio, para cortar hojas de palma para hacer labor, vió venir por una senda inculta un hombre, al parecer de edad de cinqüenta á sesenta años; (1) y habiendole esperado le preguntó: *¿Quién era, y qué ocasion le motivaba venir por aquellos estériles Desiertos?* y oyendo estas palabras el caminante, haciendo con cortesano estilo reverencia, le respondió: que andaba en busca del Abad Antonio, porque tenia noticia, que moraba por aquellas soledades. Y el Santo, así que vió su buen parecer y gracia, recibió mucho gozo, y sin saber el fondo que podia tener tan repentina alegria, le dixo: *Como él era el propio á quien buscaba*; y viendose el caminante, quando menos lo imaginaba, en su presencia, se fue á postrar á sus pies; mas nuestro Padre cogiendole en los brazos, no consintió que se le humillase, antes con mucho amor le animó para que le dixese lo que se le ofrecia; y él, que no deseaba otra cosa mas que estar en su compañia, le dió razon de su pretension, y como era vecino de un Lugar de Egypto, y se llamaba Pablo, hijo único heredero de unos ancianos Labradores ricos, los quales en su juvenil edad, le habian casado con una Doncella muy dama, dotada de riquezas, pero muy pobre y falta de caudal en el entendimiento; y al pronunciar estas palabras dió un profundo suspiro, diciendo: muy acertado hubiera sido, que mis padres, y aún conveniente, que los otros que tienen hijos, no los casasen contra su voluntad por codicia de la hacienda, pues no les dan estado para un dia, sino para todos aquellos que durare la vida; y de no hacer esto, se han seguido millares de inconvenientes, que los mas suelen parar en desastrados sucesos; porque si entre los casados hay poca conformidad, no hay infierno con que comparar los trabajos y pesadumbres que padecen; porque no sé qué mayor mal puede haber, que hallar guerra donde debia haber suma paz, y division en la union, y tósigo en la medicina. Todos estos daños proceden, porque se

(1) *Quando Pablo vino á San Antonio que le recibiese por Monge tenia 60. años. Basilio Santóro, lib. 1. fol. 74.*

mira mas á las conveniencias temporales, que al servicio de Dios; así no hay que maravillar, que vengan á parar algunos matrimonios en disgustos, pues la entrada fue mala, la estada en él será trabajosa. Por esta razon dixo grávemente Seneca, que se reciben las mugeres con los dedos, contando la moneda que traen; y la primera cosa que se pregunta: *¿Qué hacienda tiene?* Como si no valiese mas la Doncella pobre y virtuosa, que la rica, si es viciosa y mala. Mas esta doctrina pocos la consideran, y así sucede el verse muchos perdidos, como la experiencia me ha enseñado esta verdad; porque segun dexo dicho, me tocó por suerte tener por esposa á una muger rica, que con sus desaciertos, brevemente dió fin de la hacienda que traxo en dote. Era soberbia, y tan vana en los excesos de vestir, y libertad en el gastar, que á porfia, si la reprehendia me despreciaba con un desdén, y palabras insufribles; y no pudiendo tolerar los contínuos pesares y necias libertades que me decía, la dexé un dia con sus atrevidas palabras en la boca, y me ausenté de su vista; mas despues considerando, que Sócrates Filósofo, sufrió toda su vida, con admirable paciencia, la mala condicion de su consorte, solo por enseñarse á ser pacífico, y excusar la perturbacion que trae consigo la ira, cólera y enojo; y que Salomón tuvo setecientas mugeres, y trescientas concubínas, (1) y confiesa que entre tantas como tuvo, no halló una que en todo le agradase; consolado con este pensamiento me volví á la noche á recoger á mi casa, á tiempo que hallé por descuido las puertas abiertas, y ví, lo que nunca imaginé, ni quisiera referir, á la ingrata de mi esposa en compañia de un mancebo, divertida en lascivos amores; y provocado de la afrenta, quise darles muerte, y dexarlos revolcados en su sangre á manos de mi venganza; y quando animoso, con sutíles pasos, porque no me sintiesen, lo iba á executar, súbitamente por Divina disposicion, mudé de parecer, y me volví á salir á la calle, sin que nadie me viese, tan pacífico y olvidado del duelo, que tuve la injuria por honra, la afliccion por felicidad, y la ofensa por regalo; y suplicando al Todo Poderoso, que me guiase, instantáneamente por su amor los perdoné, (2) acordandome de aquella Sentencia, que dice: *Que quien perdona á sus ene-*

(1) 3. *Reg.* 11. (2) *Hist. Anton. fol.* 33. *se dice como Pablo aunque cogió á su muger en adulterio, la perdonó.*

enemigos, á Dios adquiere por amigo; y con este deseo, he dexado en poder de mi traydora consorte mi honor, hacienda, y casa, y porque no extrañe mi ausencia, la dí por un papel á entender la razon que me asiste para apartarme de su compañia; y habiendo hecho esta diligencia ocultamente, sin dar cuenta á nadie, he venido á parar á estos Desiertos, donde me informaron que morabas; y pues tan dichosamente te he hallado, y dado noticia de la causa, que me mueve á dexar el Siglo, te suplico, que me recibas por Monge, para que en estas soledades acabe mi vida. Y el Santo habiendo oido con atencion á Pablo, aunque fue muy edificado de su virtud, no por esto al punto le admitió al perfecto estado de la Religion, que primero hizo con él muchas pruebas, para conocer si venía bien dispuesto, y si era su vocacion verdadera; y así le respondió con mucho amor unas palabras de gran consideracion, diciendo: (1) *Que advirtiese, que no era aquella empresa para hombres casados, sino para libres; ni para los que acaban la vida, sino para los que la empezaban; ni para varones flacos, sino para robustos jóvenes; y que él era muy anciano, y no podria tolerar la Regla de los Anacoretas, por quanto continuamente se exercitaban en tantas diferencias de rigurosas penitencias; incomodidades del cuerpo, que parece imposible que las pudiese llevar ni resistir la flaqueza humana; y que le seria mas á propósito, que se volviese á poblado donde sirviese á Dios, ocupandose en la labor del campo, como lo hacian los otros Labradores jornaleros para sustentarse*; Pero aunque Pablo oyó esto, no se le mitigó su fervoroso deseo, ni le causaron horror las razones que le dixo, antes mas animoso y constante le respondió: Que haría quanto le dixese, y executaría prontamente lo que le mandase; porque aunque le veía tan anciano, y casi sujeto á los perezosos ocios y tibiezas de la vejéz, podia ser que en aquella edad helada y seca prendiese en él el fuego sagrado de la devocion, y recobrase los aceros y fervores de la mocedad, para trabajar y sufrir las penitencias del Yermo, porque estaba enseñado á padecer trabajos; y San Antonio, considerando la diferencia que hay del decir al hacer, y del prometer al cumplir, y que la perfeccion de la vida de los Varones espirituales, consiste en obrar mucho, y hablar poco; para exâminar mas su hu-

(1) *Basilio Santóro, fol. 65.*

humildad, fervor y tolerancia, despues de haberle llevado á su Celda, y vuelto á referir los rigurosos exercicios que observaban los Monges, y las horribles tentaciones y espantosas visiones de los demonios, con que prueba muchas veces en la soledad el Altísimo á sus Siervos, le dixo que se volviese á poblado, y dandole su bendicion, cerró la puerta de su Celda dexando á Pablo fuera; mas no por esto desmayó el varonil anciano; antes, con fortísima paciencia, perseveró tres dias, siempre inmóvil, sin apartarse de alli un punto; hasta que compelido el Santo al quarto dia por la necesidad de la naturaleza; salió fuera de la Hermita, y vió á Pablo que todavia perseveraba en su pretension, y que sin haversele minorado su fervoroso deseo, le dixo arrodillandose á los pies: *Padre, si no me recibes en tu compañia, yo he de vivir y morir aqui.* Entonces el bendito Abad fue muy edificado, y mas considerando que Pablo no habia llevado consigo ningun alimento, y que habia estado alli contínuo casi quatro dias sin desayunarse, conoció que Dios le favorecia, y con este pensamiento le admitió dentro de su estrecha Celda, y le agasajó, asegurandole que podia ser muy perfecto si acertase á ser obediente, y el buen anciano le prometió de cumplir lo que le encargaba, y nuestro Padre antes de darle ningun alimento se puso á trabajar, para que su Novicio le imitase, á quien dió unas ramas de palma que texiese, y Pablo las tomó, y estuvo con mucho trabajo nueve horas en texer quince tiras; y habiendolas acabado, le dixo San Antonio, que las destexiese, y que las volviese á texer mejor; y aunque el mandato era áspero y dificil, por estár ya arrugadas y secas las hojas, no por esto dificultó Pablo en obedecer, antes gustoso y risueño, al punto las deshizo, y las volvió de nuevo á hacer, con no poca admiracion de San Antonio: el qual viendo la obediencia y mansedumbre de su Discípulo, y que habia hecho de buena gana todo quanto le habia mandado, y que no se habia desconsolado ni turbado, le dixo: *Que si gustaba de que comiesen un poco de pan?* Y Pablo le respondió, que su voluntad era la suya; y que así hiciese lo que mejor le pareciese. Esta respuesta admiró mucho al Santo, viendo que Pablo, aunque estaba ayuno de quatro dias, no se habia alterado ni mostrado ningun deseo de tomar alimento, antes bien lo dexaba á su discrecion; y considerando lo uno y lo otro, puso la mesa, y en ella quatro panecillos secos, que los

los Egypcios llaman paximate, que cada uno pesa seis onzas; y uno apartó para sí, y le echó á remojar en agua para que se ablandase, y los otros tres puso á Pablo, para su porcion, y antes de empezar á comer dixo el Santo un Salmo, y quarenta oraciones, y mas otras doce que siempre acostumbraba á rezar antes de tomar alimento; y viendo esto Pablo, tambien se puso á rezar junto á él, y despues de haber acabado de rezar, le mandó el bendito Abad que se sentase á la mesa, que así lo hacía la Magestad de Christo con sus Discípulos, para enseñar á todos los Prelados, con la familiaridad, amor y discrecion con que han de tratar á sus Súbditos, y que no han de tener por mas autoridad, dedicadas para sí, mesas aparte; y habiendo San Antonio comido su panecillo, el buen novicio no comió mas que otro, porque tenia determinado de imitar todo lo que le viese hacer; y el Santo, pareciendole que tenia necesidad de mas alimento, le dixo: *Que comiese otro.* Entonces Pablo con los ojos puestos en el suelo le respondió, que bien le comiera, si viera que comía él dos. Oyendo esto el Santo, le dixo: *Que para él le era suficiente uno, porque era Monge.* Y Pablo le respondió, que tambien le era á él suficiente otro, porque deseaba ser Religioso. Tanto como esto importa la templanza y virtuosas acciones de los Prelados, para que vivan perfectamente sus Súbditos; porque todo su bien ó mal obrar, por la mayor parte procede de el exemplo que reciben de los Superiores. Testigo es de esta verdad la desgracia de Saúl, de quien dice la Sagrada Escritura, (1) que hallandose en una afliccion se quitó la vida con sus propias armas; y viendo esto un page que le solía llevar su estoque, hizo otro tanto, y así quedaron allí muertos los dos, siguiendo el Súbdito el exemplo de su mayor; que esto acaezca el dia de hoy en el pelear, pregúntenselo á muchos que se excusan, diciendo: tambien lo hacen nuestros Superiores, y los que nos han de doctrinar, y enseñar á bien vivir; en lo qual se parece el gravísimo pecado, del que habiendo de corregir á otros, es el delantero en el escándalo y culpas. Y por esta razon, San Antonio velaba tanto sobre la guarda de sus palabras y obras, para que fuesen norma, y regla á sus Discípulos; el qual, despues de haber tomado tan corto alimento, se levantó de la mesa en compañia de Pa-

(1) 1. *Reg. ultim.*

Pablo, y en hacimiento de gracias dixo doce Salmos, y otras oraciones; y siendo ya de noche reposaron un poco, y tres horas antes del Alva se levantó, y estuvo rezando Salmos y oraciones, hasta que amaneció; y el anciano Novicio, aunque no sabia Salmos, rezaba Oraciones, obrando con exemplarísima devocion, atencion y fervor, todo lo que veía hacer á su Maestro, el qual parece se deleytaba, como en un jardin ameno, en ver la paciencia y perfeccion de su Discípulo, y con el agrado y prontitud con que le obedecía; (1) porque aunque le mandó que ayunase tres semanas, y que vertiese en el suelo un barreño que estaba lleno de miel, y que la volviese á recoger, y que sacase todo un dia agua de un pozo y la vertiese, y rasgar y zurcir el vestido, todo lo executó con rendida y gustosa obediencia, y con suma edificacion de los Monges; y viendole el Siervo de Dios tan obediente, le dixo: *Que si se atrevia, como hasta alli, á continuar lo que le habia exercitado, que le recibiria por Monge*; y Pablo le respondió: *Que confiaba en el Señor, que le dió gracia para tener en la taréa alivio, en el hambre regalo, en la labor de manos entretenimiento, y en la vigilia descanso, le daria fuerzas para perseverar en su amor y santo servicio.* Con esto, muy gozoso el bendito Abad, le admitió al perfecto estado de la Religion; y le mandó que morase solo en una Celda que estaba quatro millas apartada de las otras, porque esta orden guardaba con los que querian ser Monges, que primero los probaba en muchos actos de humildad, para ver su obediencia; (2) y Pablo se esmeró tanto en esta virtud, y en la observancia y exercicios de la vida Monástica, que en breve tiempo llevó conocida ventaja á sus mayores; y fue tan profunda su humildad, que no solo huía de las honras y alabanzas del mundo, sino que deseaba ser vituperado; y porque no le estimasen, solía hacer y decir tales cosas, por donde ganó el sobrenombre de simple; siendo á la verdad muy sabio, mortificado, y sufridor de trabajos; y porque no quiso vengar por sus manos ni las agenas, la injuria que le habia hecho su esposa, (3) todo lo que con ellas, alzandolas al Cielo pedia, se lo concedia Dios, como se conoce por el suceso siguiente.

Una

(1) *Vida de San Antonio, Sol del Oriente, fol.* 38. (2) *Como San Antonio probaba á los Monges que habia de recibir. Historia Anton. fol.* 41. (3) *Reyno de Dios, cap.* 8. *fol.* 25.

Una vez llevaron á San Antonio un muchacho que estaba espiritado, para que le diese salud; (1) y habiendo llegado á los pies del Santo, el Siervo de Dios por su humildad, ó por dar lugar á que se divulgasen los soberanos meritos de su Discípulo, envió el enfermo, en compañia de los que le traían, á su hijo Pablo, para que por sus oraciones alcanzase de nuestro Señor la salud que deseaban; y habiendo puesto al muchacho en la presencia del Santo Monge, dixo al demonio: *Que saliese del cuerpo de aquel enfermo, porque lo mandaba Antonio.* Entonces el espíritu infernal, con gran corage, le respondió: *Maldito seas tú, y Antonio, y quantos morais en estos Desiertos, que así me me perseguís.* Oyendo esto Pablo le dixo: *Si no haces caso de Antonio, yo se lo diré á nuestro Señor Jesu Christo*; y apenas se hincó de rodillas en tierra, y levantó sus manos al Cielo para hacer oracion, quando el muchacho quedó libre de la opresion del maligno, que tan terriblemente le atormentaba.

Mas es de advertir, que no por lo que queda dicho del matrimonio de Pablo, tóme de aqui ningun hijo motivo, para casarse contra la voluntad de sus Padres, porque se les debe tener todo este respeto, pues son principios de su sér, y están debaxo de su dominio, y ellos desean mas su bien y aumentos, que los propios hijos, y acertarán mas discretamente á escoger lo que mas les conviene, por ser padres y desapasionados, y con la mayor edad mas prudentes y experimentados; y quiere Dios que los hijos tengan tanta obediencia y respeto á sus padres en todo, que los que han faltado á esta debida atencion, por la mayor parte se verá que andan arrastrados, y llenos de trabajos, perseguidos y afligidos, pagando su culpa con la pena que merece su inobediencia.

CAPITULO VI.

COMO SAN ANTONIO se retiró á los Desiertos de Heracléas, y el Rey de Palestina socorrió con vituallas, y sanó á unos animales, y vió llevar al Cielo el alma del Abad Amón.

HAbiendo el Santo morado con suma estrechéz, y asperísimas penitencias casi diez años en la soledad que está enfren-

(1) *Por las oraciones de Pablo fue sano un muchacho que estaba espiritado. Reyno de Dios, cap. 20. Histor. Anton. fol. 34. Sol del Oriente, fol. 35.*

enfrente de la Ciudad de Afordito, distante seis jornadas del gran Cayro, (1) donde al presente se ve un Monasterio de San Antonio, que desde aquel siglo permanece hasta hoy la memoria de haber habitado en él nuestro Padre; los Monges que le poseen son Gofitos, de Nacion Egypcios; la Iglesia no es grande, pero curiosa y de mucha devocion, en la qual se ven colocadas las benditas Reliquias del cuerpo de Marco, Discípulo de nuestro Sagrado Abad; y tres millas del Monasterio están dos grutas donde San Antonio tenia sus exercicios espirituales; el camino para ellas es áspero y peligroso, de peñascos y pantános, y así se anda con dificultad; báxase á ellas con luces y la cabeza baxa, que el Siervo de Dios nunca tuvo en la tierra cosa alguna, con comodidad y descanso; y aunque estaba en este Desierto muy recogido, no se sabe por qué se ausentó de él, dexandole poblado de Santísimos Varones, y se retiró á morar en compañia de algunos de sus Discípulos á un Monte, que por su eminencia y fragosidad, es un prodigio de naturaleza, llamado Príspiro, que hoy, en memoria suya, se llama Monte de San Antonio; el qual está entre Babylonia, y Heracléas, en una ancha soledad que confina con los Desiertos de Etyópia, tierras de el Preste Juan de las Indias, y en lo alto del Monte halló unas palmas (symbolo de las muchas victorias que había de tener de los espíritus malignos) y entre unas encumbradas peñas una Celda, labrada por su propia naturaleza, que eligió para su habitacion; y porque en aquel sitio había suficiente agua para el sustento de sus Monges, dispuso que en la falda del Monte se fabricase un Monasterio, que dedicaron á San Miguél, por la gran devocion que nuestro Padre tenia con el Santo Arcángel, con que hicieron una Iglesia, lo mejor y mas devotamente que pudieron, labrada de tapias y tablas, y las Celdas fabricaron como cuevas ó chozas, divididas unas de otras, para exercitarse con mas quietud en la vida Eremítica y solitaria; y despues con el tiempo vinieron á fundar por aquellos valles y Montes, ocho Monasterios con sus Hospederías, para aposentar á los Peregrinos y Seglares; y por esta razon los Padres Antiguos le intitularon el Desierto de las Celdas.

Y á los primeros dias que el Santo se retiró á morar en este Yermo, como fue con tanto silencio, ninguno de sus devotos por mas que lo solicitaron, tuvieron en mucho tiempo noticia fi-

(2) *Viage de la Tierra Santa, lib. 1. cap. 11. fol. 33.*

fixa de la parte donde habitaba; por cuya razon no se puede facilmente significar la gran necesidad que padeció, así él, como sus Monges; porque no tan solamente carecian de pan, sino de hierbas que poder comer para alimentarse; pero nuestro Señor que nunca falta á los suyos, viendo su necesidad, envió un Angel una noche á el Rey Gerodosio, (1) á la sazon que estaba recogido en su cama, y que por mandado del Emperador Constantino gobernaba la Provincia de Palestina, y le dixo de parte de Dios que socorriese á sus Siervos con la caridad que el Profeta Abacuc á Daniél, quando estaba en el lago de los leones; pero el Rey, pareciendole sueño, no hizo aprecio de las palabras del Angel; mas á la siguiente y tercera noche, se le volvió á aparecer, y le dixo: Que por su incredulidad padeceria una gravísima enfermedad, hasta tanto que hiciese lo que le habia dicho. Y oyendo las amenazas Gerodosio, parecióle tambien cosa de sueño; pero luego el efecto le desengañó, porque pidiendo de vestir á la hora que acostumbraba, le dió tan terrible accidente, que le dexó todo su cuerpo valdado; y viendose así, se afligió mucho, y para remedio de su dolencia y acierto de lo que debia hacer, envió á llamar á su Confesor, y á otras personas doctas, á quienes participó lo que le estaba sucediendo; pero nadie acertó á darle consejo, porque se ignoraba el parage donde los Siervos de Dios moraban para socorrerlos; y estando con esta pena, llegó á la puerta del Palacio un Peregrino, suplicando que le dexasen hablar con el Rey, y estando en su presencia, le dixo: *Que si queria sanar, y no experimentar en pena de su omision, mayor castigo, mandase cargar unos camellos de pan y legumbres, y de instrumentos de carpintería, para edificar un Monasterio; y que al primer camello le pusiesen una campanilla al cuello, para que sirviese de guia á los demás; y que de este género los dexasen ir solos á su voluntad por el campo, sin que persona alguna los acompañase, y veria como el Altísimo Señor se daba por servido de su caridad, y le restituiria su salud.* Este consejo le pareció bien al Rey, y poniendole por obra, se vieron en aquel instante dos maravillosos efectos; el uno fue, el quedar bueno y sano; el otro, que los camellos, así que se vieron solos en el campo, como si tuvieran discrecion se pusieron en camino, uno trás de otro, pasando con notable ligereza por montes y discurriendo por valles, hasta que llegaron al Desierto donde habitaba nuestro Padre, que estaba á la

(1) *Nav. en la Vida del Santo, c. 15. f. 82. Hist. Ant. f. 51. 4. Reg. n. 13.*

la sazon con aquella fe viva y esperanza cierta, que siempre tuvo en el Señor, consolando á sus Monges, para que no desfalleciesen, y fiasen en la Divina bondad; y estando en esto, oyó la campanilla que traía al cuello el primer camello, de que se alegró sumamente; y mas sabiendo, por revelacion del Cielo, el piadoso socorro que les venía; y dando gracias á Dios nuestro Señor, les dixo: *como oía tocar una campanilla*; de lo qual se admiraron mucho, por lo distante que estaban de poblado, y apartados de el comercio humano; donde si acaso alguna cosa se oía, era solo el bramido de las fieras, y otros animales silvestres que habitaban por lo inculto de aquel Desierto; pero conociendo por experiencia su gran santidad, y la certidumbre que tenia en el decir, y que los secretos del Altísimo, muchas veces le eran manifiestos, creyeron lo que les decia, y se afianzaron mas en su devocion quando de allí á breve rato, vieron venir la requa de los camellos, y que la campanilla que les habia dicho su bendito Prelado que sonaba, la traía pendiente al cuello el camello que servía de guia; y glorificando al Todo Poderoso por tan gran beneficio, descargaron las cargas, y recibieron la provision y los instrumentos que para edificar Celdas y una Iglesia, el Divino Señor les enviaba; y San Antonio escribió á Gerodosio un papel, dandole muchas gracias en remuneracion de su caridad, y como habian recibido lo que les habia enviado. Este papel ataron al cuello del camello que traía la campanilla; y dandoles el Santo su bendicion, les mandó que se volviesen á poblado, y obedeciendole al punto, se volvieron por el mismo camino que habian venido, y felízmente llegaron á la presencia del Rey; el qual, así que los vió se alegró mucho; y viendo el papel, le leyó, loando al Criador por ser tan prodigioso en sus obras; despues envió los mismos camellos con mas legumbres y pan para los Monges, y ordenó que fuesen á la mira algunos hombres, para saber en qué parte moraban los Siervos de Dios; con que de aqui se siguió el tener noticia de los altos exercicios que observaban el Santo y sus Discípulos en el Desierto; y pareciendole perfectísimo camino para ir al Cielo su forma y regla de vivir, enamorado de la soledad, dexó sus grandezas por afianzar mas su salvacion, y se retiró al Yermo, donde en la escuela de la altísima perfeccion, tomó para siempre el hábito de Monge, (1) por estár de-

ba-

(1) *El Rey de Palestina se hizo Monge por estár en compañia de San Antonio. Navar. fol. 89.*

baxo de la obediencia y gran magisterio de nuestro Padre San Antonio.

Y habiendo la Magestad Divina, cuyas disposiciones no se pueden penetrar, socorrido tan milagrosamente á sus Siervos, instantáneamente padecieron otro no menor conflicto; porque andando por el Desierto, descubrieron dos ferocísimos Leones, macho y hembra, en el aspecto terribles, que tenian su cueva entre los huecos ó cavernas de la tierra, y no muy distante de la habitacion que habian escogido para su morada; su vista les causó mucho temor, y por esta razon no todas veces se atrevian á salir de sus Celdas; mas la infinita Sabiduría, para que se aquietasen, y no dexasen por temor aquel lugar, obró una gran maravilla, permitiendo que de alli á breve tiempo, la Leona parió un leoncillo ciego, y con solas dos piernas, la qual le llevó entre sus dientes á la Celda del bendito Abad, y le dexó á sus pies; y viendo esto el Santo, entendió al punto lo que la fiera queria; y apenas hizo la señal de la Cruz sobre los ojos y pies del cachorrillo, quando cobró salud; (1) y la Leona como si fuera capáz de razon, se mostró muy agradecida, y San Antonio dandola su bendicon, la envió en compañia de su hijo; advirtiendola que desde alli en adelante, no hiciese mal á nadie, ni interrumpiese el sosiego de sus Monges; y la fiera baxando la cabeza, le dió con esta señal á entender, que le obedeceria; habiendose ausentado de su presencia, otro dia andando el Siervo de Dios por el Yermo, encontró con el Leon, padre del leoncillo, que era muy fiero y grande de cuerpo, mas no por esto se turbó, porque la Magestad Divina le dió, como á Adán en el Paraíso, tan gran imperio sobre todos los animales, que aún los mas feroces y crueles, estaban en su presencia como ovejas mansísimas. Y en prueba de esto, es muy del caso lo que vamos tratando; porque apenas el bendito Padre vió al indómito bruto, quando con una admirable candidéz, le mandó lo que á la Leona, que no hiciese daño á sus Religiosos, ni á las personas que anduviesen por el Desierto, sino queria, que la enfermedad que habia tenido su hijo, la padeciese él; y la fiera oyendo esto, mansamente se llegó al Santo, y le lamía las manos y los pies; reverenciando en él la virtud Divina de el Criador, que moraba en su bendita alma.

Luego se siguió otro caso de no menos admiracion, que puede servir de exemplo, y aún de confu-

(1) *Da el Santo salud á un leoncillo. Navarro en la Vida de San Antonio, cap. 3. fol. 69.*

fusion á los hombres sin caridad, que divertidos en el golfo de sus vanidades y avaricias, pudiendo socorrer á su proximo, le dexan perecer; y fue, que andando el Leon por el Desierto, halló á un Lobo que estaba ciego, y teniendo compasion de él, le llevó al Santo para que le diese vista; y el siervo de Dios, conociendo su enfermedad, le hizo la señal de la Cruz sobre los ojos, y al instante vió claramente. (1)

Otro dia, á fuer de agradecido, apresó el Leon un Gamo, y en recompensa de tantos beneficios recibidos, se le presentó; mas nuestro Padre no le quiso recibir, antes le mandó que le volviese á la misma parte donde le habia cogido, lo qual obedeció prontamente con humilde rendimiento y admiracion de los Monges, que no cesaban de alabar al Criador, viendo al Leon, Leona, y leoncillo tan domésticos, y que sin hacer perjuicio á nadie, habitaban en el Desierto entre los Santos Religiosos, como si fueran mansas ovejas.

Además de estos prodigios que obraba Dios por su siervo, tambien le favorecia con altísimas visiones; porque estando una noche orando, vió una Celestial Procesion, tan prodigiosa y dilatada, que desde la tierra llegaba al Cielo, toda compuesta de muchos bienaventurados Santos, y Angeles hermosísimos, coronados con guirnaldas de diversas y odoríferas flores, que llevaban con mucho júbilo y gloria la bendita Alma del Abad Amón Anacoreta, á la Celestial Jerusalén, (2) que en aquel mismo instante había muerto en Nitria, que distaba trece jornadas del monte donde á la sazon moraba el Sagrado Abad. ¿Mas quién podrá significar lo consolado que se halló con tan celestial favor, y las lágrimas que dió á su Criador por el beneficio recibido, y consuelo nunca esperado de su humildad? Y para que sus Monges considerasen del género, que el amado Jesus sabe gratificar los pequeños y cortos servicios que le hacen las criaturas en esta vida, les participó la maravillosa Procesion que habia visto.

Y ya que con el favor de Dios hemos referido el felíz tránsito de Amón, no será despropósito escribir, aunque de paso, para el consuelo del piadoso Lector, algunas de sus heróycas virtudes. El Santo Abad Amón, (3) siendo de tierna edad le faltaron sus padres, y quedó debaxo de la tutela de un tio, con quien estuvo vein-

(1) *Da vista á un lobo. Navarro, fol.* 71. (2) *San Antonio vió llevar el Alma del Abad Amón al Cielo. Prado Espiritual lib.* 3. *cap.* 5. *fol.* 164. (3) *Villeg. lib.* 3. *fol.* 110.

veinte y dos años, y despues de este tiempo le casó, aunque contra su voluntad, porque él deseaba permanecer virgen todos los dias de su vida; mas quiso su felíz suerte, que por su obediencia mereció tener por esposa á una Doncella, que fue para él la medida de su deseo: era discreta, hermosa, rica, y sobre todo virtuosa, que es lo que mas se debe estimar; y habiendose celebrado el matrimonio, con la grandeza y aparato, que su nobleza y riquezas requerian, llegó la hora de recogerse los Desposados á una vistosa y adornada sala, donde quedando solos, Amón se retiró á un lado de la sala, y se postró de rodillas en tierra á hacer oracion á Dios; y despues que acabó de orar, dixo á su Esposa tan eficáces razones en alabanza de la virginidad, y el premio que consiguen todas las almas que viven limpia y castamente, que á la esposa le pareció bien lo que su esposo la decia; y así, vivieron con toda integridad en cuerpo y alma ambos juntos diez y ocho años, (1) pasando con gran disimulo, y sin que nadie lo entendiese, al parecer, una vida comun, como la de los otros casados; y para mayor disfráz de su virtud, tenian una cama en un aposento, bien adornada por cumplimiento; pero ellos en secreto dormian sobre unos adobes y cilicios; y despues les pareció conveniente, y mas seguro apartarse y entregarse del todo á Dios, la esposa, haciendose Madre de un Monasterio de trescientas Vírgenes, y él se recogió en el Desierto, donde moraba San Antonio, y recibió el Hábito de Monge, y vino con el tiempo á ser Prelado de tres mil Religiosos en uno de los Monasterios de Nitria; para que veamos quanto mas fecundo sea el santo matrimonio espiritual, que el carnal.

CAPITULO VII.

EN QUE SE REFIERE quien fue el Abad Prior; y como San Antonio le mandó que se retirase á morar á lo interior del Desierto.

ENtre los escogidos Discípulos que tuvo nuestro Padre, fue un Monge muy señalado en santidad, llamado Prior, (2) de quien queda dicho que era tan recatado, que mandandole una vez San Antonio, que saliese á la Porteria del Monasterio, porque le queria ver su hermana, estuvo con los ojos cerrados todo

O el

(1) *Amón y su esposa siempre guardaron castidad. Reyno de Dios l. 5. c. 8. fol. 167.* (2) *Flores del Recato. l. 1. c. 1. Prado Espir. fol. 97.*

el tiempo que habló con ella; y diciendole despues los Monges, si habia visto á su hermana, dixo que no, porque á él no le habian mandado que la viese, sino que su hermana le queria ver á él.

Pues siendo este Santo Monge de edad de veinte y cinco años, viendo el bendito Abad su prodigiosa virtud, le mandó que se retirase á morar á lo interior del Yermo, segun era costumbre en aquel tiempo, que los Monges mas aprovechados en la perfeccion, y que estaban bien instruidos en la vida Monástica, se retiraban á los escondidos Yermos á hacer vida solitaria; y así Prior, despues de haber recibido la bendicion de San Antonio, se puso en camino para una soledad que habia entre los Yermos de Nitria, y Scitia, y escogió para su habitacion un sitio áspero y falto de agua, donde hizo un pozo muy hondo; y estandole haciendo, ofreció á nuestro Señor, que se habia de contentar con qualquier agua que saliese, y que no habia de gastar de otra, ni habia de mudar de sitio; y para mayor merito suyo, permitió Dios que el agua saliese muy amarga y salobre, tanto que no se podia beber; mas no por esto dexó aquel lugar, antes perseveró y vivió en él treinta años con admiracion de todos los Religiosos, que se maravillaban como podia pasar bebiendo aquella agua tan amarga; y por esta razon le solian decir que dexase aquel sitio, pues la amargura del agua le hacía inhabitable. Y él respondia: Si huimos de la amargura del trabajo y de la abstinencia, queriendo tener descanso en esta vida, no participarémos en la otra de los eternos y dulces bienes.

El sustento que tomaba este Santo cada dia, era un vizcocho de los de Egypto, y cinco aceytunas; y desde el punto que dexó el Siglo y su casa, no volvió mas á ella, aunque tuvo noticia de la muerte de sus padres, y enfermedades de sus deudos para irlos á visitar; y fue tan observante en esto, que habiendo enviudado su hermana, y quedadola dos hijos mancebos, los envió al Yermo para que buscasen á su tio, y que le suplicasen de su parte, que antes que ella saliese de esta vida, por amor de Dios se dexase ver; (1) y los mancebos, habiendo puesto por obra lo que su madre les encomendó, con muy corteses razones Prior se excusó, diciendo que no la podia ir á ver, ni era lícito que ella le viniese á visitar. Y con esta razon los envió tan desconsolados, que no sabiendo que hacerse para que condescendiese con sus ruegos acordaron de hablar á S. Antonio, á quien re-

(1) *Histor. Antoniana, lib. 1. cap. 3. fol. 34.*

refirieron la causa de su venida, y lo que les habia pasado con su tio; y el bendito Abad, aunque se alegró de la modestia y recato de su Discípulo, al fin, compadecido de sus lágrimas y súplicas, envió á llamar á Prior, y le dixo que fuese en compañia de sus sobrinos, y consolase á su hermana; y Prior oyendo esto, como obediente hijo, no se excusó, mas pidió al Santo le diese un Monge para que fuese en su compañia; y habiendo llegado á la casa de su hermana, desde el umbral de la puerta la saludó y habló, pero cerrados los ojos, como siempre lo observaba; y la hermana, con el gran amor y deseo que tenia de verle, recibió tanto gozo con su vista, que la faltó el sentido, y se desmayó; y Prior, aunque la confortó con muy eficáces razones, no por su accidente abrió los ojos para mirarla, antes con toda brevedad se despidió de ella, y se volvió á su recogimiento; y diciendole despues, ¿que para qué hacía aquellas singularidades con los suyos? Respondió: Que el Monge que habia dexado por Dios sus padres, parientes, y todas las otras cosas del siglo, no habia de volver sus ojos, ni aún con el pensamiento á verlas, por excusar la perturbacion y gozo que aquellas vistas le podian causar.

Solía referir este Santo Monge Prior un exemplo de gran consideracion, para que se conociese quan peligroso es tener los Religiosos conversacion con mugeres, y dice: Que una vez fue un Monge del Yermo á hacer cierta diligencia á un Lugar, y que en el camino le cogió la noche antes de llegar á poblado, y que se acogió en un Templo que estaba casi arruinado, el qual habia sido de Idolos en otros tiempos; y que habiendose puesto á rezar sus Horas, y cantar los Salmos, segun lo observaban los Monges de Egypto, le sucedió que despues de haber acabado sus devociones, á la media noche se recogió á un lado del Templo para reposar; y estando entre duerme y vela vió entrar en el Templo gran multitud de espíritus infernales, que venian de diferentes partes del mundo, y luego entró un fiero demonio; que á lo que vino á entender, era el superior de todos, y á este seguian muchas compañias de malignos que venian en su escolta y retaguardia; y ya que todos estaban juntos, pusieron un alto trono en medio del Templo, y aquel Príncipe de las tinieblas se sentó en él, y mandó á sus Ministros le diesen razon en qué habian gastado el tiempo; y tomandoles estrecha residencia, vió, que á los que no habian podido vencer, los injuriaba y reprehendia con horrendas y ásperas palabras; y por el contrario, si le decian que habian solicita-

do, y hecho que cayesen las almas cometiendo graves pecados, los alababa y coronaba como á fortísimos soldados, para animar á los demás á semejantes empresas; y estando en esto, entró un diabólico espíritu muy alegre, dando cuenta como habia quince años que se ocupaba en perseguir con lividinosos pensamientos á un Monge, llamado Timotéo, que moraba en Pelusio, y que al fin le habia vencido, y hecho que conociese carnalmente á una Religiosa; y que de tal suerte le habia rendido y sujetado al pecado y destemplanza, que estaba determinado á dexar la vida Monástica, y casarse con ella. Como esto oyeron los condenados esquadrones, recibieron mucho gozo, y el horrendo Príncipe le gratificó y coronó como á vencedor fortísimo; y habiendose desaparecido los malignos espíritus, quedó el Monge con gran turbacion y asombro, dudando si lo que habia visto sería cierto, ó fantasía suya; y con este pensamiento, venida la mañana, se puso en camino para Pelusio, que ahora llaman Damiata, y se vió con aquel Monge, el qual era amigo suyo, y le refirió la vision tan espantosa que habia visto, y entonces Timotéo, confuso y avergonzado, llanamente le confesó que era cierto lo que el demonio habia dicho, y que aquella misma noche habia pecado con la Religiosa, y la habia sacado de su Monasterio, y que la tenia en su compañia; y diciendo estas palabras la traxo ante su presencia: y compadecido el Monge del misero estado en que se hallaban, los exôrtó, para que se apartasen del pecado, y volviesen á la amistad de Dios; y fueron tan eficáces sus razones, que como si fueran rayos los penetró á los dos amantes los corazones; y llorosos y arrepentidos, se arrodillaron á sus pies, pidiendo á Dios misericordia; y la afligida Religiosa, asombrada de la vision que habia oido, pidió que al momento la llevasen, no á su antiguo Monasterio, sino á otro distinto, donde perseveró condolida y arrepentida toda su vida, haciendo rigurosas penitencias en satisfaccion de la ofensa que habia hecho á su Divino Esposo; y Timotéo se retiró á la soledad del Yermo, donde estuvo treinta años, sin ver ni conversar con persona humana, falto de sustento, y desnudo, haciendo penitencia del pecado carnal que cometió, ocasionado de confiar, y no temer la familiar conversacion de una muger, aunque Religiosa.

Y para que se tuviese noticia de este exemplar, permitió el Altísimo Señor, que caminando por aquel Desierto el Abad Panuncio, vió á Timotéo á la sazon, que era ya muy anciano, y el penitente Monge le dixo lo que queda

da dicho; lo qual escribe parte Villegas, (1) y mas dilatadamente se refiere en Prado Espiritual.

Así por estos exemplares, nos aconseja San Antonio, que aunque seamos en algun tiempo vencedores de las pasiones, no por esto nos descuidemos de estar con las armas en la mano, resistiendo y peleando contra las astucias de Satanás, que contínuamente nos anda acechando, y procurando nuestra ruina y caída, como le sucedió á Timotéo, que habiendo peleado varonílmente quince años, al fin fue vencido de sus enemigos, por secreto juicio del Altísimo; el qual Divino Señor, compadecido de su necesidad y flaqueza, quiso avisarle con tan extraña vision, para que se recobrase, y volviese en sí, y no se perdiese el fruto de sus buenos principios, y acabase virtuosa y santamente la vida.

CAPITULO VIII.

COMO UNCHRONIO fue á visitar á San Antonio; y se dicen muchas cosas que vió, y otras que le contaron en su Monasterio.

DIce Unchronio, Monge y Sacerdote, que fue del Yermo de Nitria, que tuvo gran deseo de ver á nuestro Padre, y para este efecto pidió licencia á su Abad; (2) y habiendosela concedido, anduvo por diversas partes, conversando con muchos Hermitaños; y juntamente vió observantísimos y exemplares Monasterios de Monges, donde le dieron noticia, que entre Babylonia, y Heracléas habitaba San Antonio en una ancha soledad, en la qual habia un Religioso Monasterio, que moraban en él muchos Santos Padres, y entre ellos el gran Macario, y Amato, dignísimos Discípulos del Santo; y que habiendo llegado á aquel Monasterio, se quedó en compañia de aquellos Siervos de Dios, esperando que viniese el bendito Abad de lo inculto del Yermo á visitarlos, como lo observaba; unas veces venia despues de diez dias; otras, despues de veinte; y otras veces despues de cinco; segun convenia para beneficio del próximo, y que á la sazon que se halló alli, se juntaron muchos Monges, y Seglares de todos estados, para comunicar sus aflicciones, y consolarse con el Santo; y en el ínterin que el Siervo de Dios vino, refirió un Religioso, que se llamaba Agatón, un caso de gran considera-

(1) *Villeg. lib. 2. Prado Espir. cap. 26.* (2) *Prado Espir. lib. 3. fol. 169. Y Basil. Santóro, lib. 1. Y en el Sol del Oriente, cap. 3. fol. 43.*

cion, (1) que le habia sucedido á su Abad Gerásimo, que habitaba en un Monasterio que estaba fundado una milla distante del Jordán; el qual andando un dia de Verano, al reir del Alba, por la ribera del Rio, vió venir un ferocísimo Leon coxeando, levantada una mano en alto, sin poderla asentar, dando muestras que padecia mucho dolor; y como el Leon vió al Abad, se llegó á él con mucha mansedumbre, y quejandose, le mostraba la mano, y con los bramidos que daba, parecia que lloraba, y le rogaba que le remediase su necesidad; y visto esto por Gerásimo, se compadeció de él, y levantandole la mano lastimada, vió que traía atravesada en ella una fuerte y penetrante espina, y mansamente lo mejor que pudo, se la sacó, aunque tenia mucha copia de materia; y habiendole bien limpiado la herida, le ató un paño en ella, y con este remedio que le hizo, y dandole su bendicion le mandó que se volviese á su estancia; mas el Leon, reconociendose agradecido, no quiso dexar la saludable compañía de el Santo Anciano, antes desde aquel punto, donde quiera que iba, no se apartaba de su lado, tanto, que Gerásimo se vino á maravillar de la bondad y agradecimiento que aquella fiera tenía; y porque no estuviese ociosa, la encargó, que cuidase de un asnillo que servía en el Monasterio de traer agua y leña del campo; y estando un dia el Leon cumpliendo, como si fuera criatura racional, con su obligacion y tarea, se alexó tanto del jumentillo, que le perdió de vista en ocasion que pasó por alli un hombre, que llevaba una requa de camellos de Arabia; y viendo el asnillo solo, le pareció que no tenia dueño, y con este pensamiento, le llevó para que sirviese de guia de sus camellos; y quando el Leon volvió, y halló menos al compañero, se afligió mucho; y habiendole con toda diligencia buscado, viendo que no le hallaba, se volvió muy triste al Monasterio, caida la cervíz, y baxo el rostro, como si hubiera delinquido en algun delito; y los Monges, que le vieron venir sin el compañero, sospecharon que aquejado de la hambre, porque la racion que le daban no era mucha, se habia comido el asnillo, y el Abad, en pena de su delito, le mandó que sirviese de lo mismo que servía el compañero, y que traxese agua y las demás cosas que se ofreciesen en el Monasterio, y así llevaba el pobre Leon aquel estado de asno, con har-

(1) *Prado Espiritual, lib.* 1. *cap.* 1. *fol.* 12. *Y en las Vidas de los Santos Padres del Yermo, fol.* 152.

harta paciencia; que sin duda es menester mucha, para baxar de la Alteza del Rey de todos los animales, á la humildad de un jumento; mas brevemente el Divino Criador le sacó de aquel trabajo; porque de allí á pocos dias fue al Monasterio un Caballero, y viendole como servía de traer agua con tanto rendimiento, amor y sujecion, se maravilló mucho; y siendo informado de el género que habia venido á morar al Monasterio, y el delito que habia cometido, tuvo compasion de él. Y queriendole librar de aquella fatigada pena, dió para este efecto tres ducados á los Religiosos, para que comprasen otro asnillo, y reservasen al Leon del trabajo que tenia; mas no paró aqui su buena suerte, porque quando la dicha ha de favorecer á uno, las felicidades le siguen unas trás otras; y así, antes que el Caballero, su bienhechor, se ausentase del Monasterio, volvió á pasar por aquel sitio el hombre, con el jumentillo y requa, cargada de trigo; y el Leon, al punto que vió á el jumentillo, le conoció, y con la súbita alegria que recibió, corrió muy regocijado, quanto pensar se puede, para él; y el hombre, juzgando que le queria despedazar, dexó turbado y temeroso los camellos, y echó á huir por aquellas soledades, y el Leon, asiendo con su boca del ramal en que iba asido el jumentillo y los camellos, se los traxo al Monasterio, y los Monges le recibieron con no poca admiracion, viendo descubierto el hurto, y que el Leon estaba inocente de la culpa que se le habia acumulado, se reprehendian á sí mismos, por haberle tan temerariamente castigado; y estando en esto llegó el hombre, cuyos eran los camellos, y se postró á los pies de Gerásimo, con gran arrepentimiento, pidiendole perdon, y el Abad mandó que le entregasen sus camellos, y le dió una saludable reprehension, diciendole: *Que se enmendase para en adelante, no codiciando, ni teniendo contra conciencia lo que no era suyo.*

Despues de lo referido, de allí á cinco años se siguió otro exemplar, no menos prodigioso; y fue que habiendose llevado Dios al Abad Gerásimo, en ocasion que estaba ausente del Monasterio el Leon, quando volvió y halló menos al Santo, andaba como fuera de sí, buscandole. Y viendole con este cuidado el Abad Sabacio de Cicilia, le dixo: *Ya nuestro Padre nos ha dexado huérfanos y se ha ido al Cielo; no hay mas que tener paciencia.* Y diciendole esto, le dió el sustento ordinario; mas el Leon no quiso comer bocado, antes con gran desasosiego andaba mirando por unas y otras partes, por si le veía, y los Religiosos por aquie-

tarle le halagaban y rascaban la cervíz; pero él, sin ningun consuelo, bramaba, y á su llanto añadia un mostrar con la voz, rostro y ojos la tristeza y desconsuelo que sentia en su corazon; y Sabacio, por consolarle, le llevó á la puerta de la Iglesia, y le dixo: *Mira, aqui está enterrado nuestro Padre*; y diciendole esto, tiernamente llorando se puso de rodillas á rezar sobre la sepultura, y el Leon tambien se arrodilló, y dandose de cabezadas fuertemente en la tierra, y bramando, se quedó muerto.

Todo esto permitió el Divino Criador se hiciese, no porque el Leon tenia alma racional, sino porque quiere con semejantes prodigios glorificar á sus Siervos, no tan solamente en vida, sino aún despues de muertos, y mostrarnos la mansedumbre y sujecion que las bestias tenian al primer hombre, antes que pecase y fuese echado del Paraíso.

Gustosos y atentos habian estado á todo lo referido por el Monge Agatón, quando el Abad Juan, que hasta entonces habia observado sumo silencio, dixo: Por cierto, Padres carísimos, que ha sido lo que nos ha dicho nuestro Hermano, cosa de prodigio, y no sin falta de mysterio, para que se conozca de la calidad que los animales irracionales nos enseñan con sus obras, como hemos de ser agradecidos á nuestros bienhechores; mas dexando esto á la consideracion, no será despropósito, que les participe la noticia de un exemplar que sucedió pocos dias há, que aunque en lo substancial es diferente al referido por nuestro Hermano, es por su género muy peregrino;(1) y fue el caso, que habiendome venido á hablar un mancebo, me dixo con tan abundantes lágrimas y suspiros, que parecia que se le arrancaba el corazon, que por el amor infinito le recibiese en mi Monasterio, porque queria ser Monge y hacer penitencia de sus graves pecados; y compasivo de su pena, le dixe que me refiriese la causa de su tristeza, sin encubrirme cosa alguna, que Poderoso era Dios para favorecerle, y en su mayor necesidad darle remedio y alivio; y oyendo esto el mancebo, me dixo que era un hombre, lleno de toda maldad, indigno de ver el Cielo y habitar en la tierra, por sus enormes delitos; y en especial por el agravio que habia hecho dos dias habia á una difunta doncella que vió enterrar en una Bóveda, y suntuoso sepulcro, amortajada con muy ricos atavíos; y que llevado de su mala inclinacion, deter-

(1) *Prado Espir. lib. 1. c. 6. f. 41. Y en los Exemplos que trae en su Itiner. el P. And.*

terminó en el silencio de la noche entrar en la Bóveda, y despojarla de los atavíos que tenía; y habiendolo puesto en execucion, se los quitó todos, sin perdonarla aún la camisa, dexandola en carnes; y ya que se queria salir de la Bóveda, la difunta se incorporó sobre el sepulcro, y asiendole fuertemente con sus manos, le dixo: ¡Oh hombre, el mas atrevido que hay entre todos los mortales! ¿cómo has tenido ánimo para desnudarme? Tú no temes á Dios, ni á la condenacion eterna. ¿Juzgas que te era lícito, siendo Christiano, hacer burla de una difunta, y que pareciese ante tus lascivos ojos desnuda, y que quedase tan deshonestamente descubierta? Mucha es la injuria que me has hecho; porque has de saber, que mientras tuve vida, ninguno me vió descubierto mi rostro, sino solamente aquellos que eran domésticos de mi casa; y tú, despues de estár yo difunta, has despojado mi cuerpo, y le has visto desnudo; y dando un triste suspiro, dixo: ¡Ay de la humana miseria, á que desdicha ha venido! Oyendo esto el afligido mancebo, se quedó tan asombrado, que apenas podia respirar, por los apresurados latidos que le daba su corazon; mas animandose lo mejor que pudo, la dixo: que le dexase salir de aquella Bóveda, porque la prometia de no hacer otra vez semejante maldad. A esto le respondió la difunta, que no esperase alcanzar de ella misericordia, porque si él tan temerariamente habia entrado, como quiso, que no saldría tan facil como lo imaginaba, porque aquel sitio y sepulcro sería comun para entrambos; y viendose el mancebo en tan temeroso trance, la volvió á suplicar con muchas lágrimas que vertia, no por temor de la muerte que tan cercana se le mostraba, sino por el de la pena eterna que merecian sus malas obras, tuviese lastima de él, y le perdonase el agravio que la habia hecho. Y la Doncella, compasiva de sus ruegos le dixo: *Que si la daba palabra de enmendar su mala vida, y renunciar para siempre el siglo, entrandose en un Monasterio donde tomase el Hábito de Monge, y sirviese exemplarmente á nuestro Señor, y con la penitencia satisfaciese tantos daños como habia hecho, le dexaria ir libre.* Entonces el mancebo la prometió, y aun juró por el Dios que habia de recibir su alma, que cumpliria todo lo que le mandaba; y que desde allí, sin entrar mas en su casa, iría camino derecho para un Monasterio á ponerlo por obra. A esto le replicó la Doncella con afables palabras: *Pues razon será, que me dexes ahora vestida como me hallastes*; y habiendola vestido, aunque con gran turbacion, de

la

la propia manera como se estaba antes, aquella difunta se quedó dormida en su Divino Criador. Y como este exemplar oí del arrepentido mancebo, le favorecí, animé, y exôrté á penitencia, y le recibí por Religioso, y le señalé para su habitacion una cueva, donde muy lexos de aquí queda peleando varonílmente, por la salvacion de su alma; y para que tenga el glorioso fin que deseo, y persevére en su buen proposito, vengo á suplicar á nuestro Padre Antonio, que le encomiende á nuestro Señor.

Apenas habia acabado de referir el Abad Juan este suceso, quando les interrumpió su amable conversacion, el ver entrar por la puerta del Hospicio del Monasterio á un Monge que venia de Alexandría, que se llamaba Eulógio, y traía consigo un manco, baldado de piés y manos, todo cubierto de lepra; los brazos tenía contrahechos y largos, y las piernas de la misma manera; la cabeza toda llagada y podrida, que causaba gran asco; y en particular el mal olor que exhalaba de su cuerpo: y viendo esta lástima aquellos Santos Padres, extrañaron la compañia que traía Eulógio, el qual, despues de haberlos saludado, preguntó por el Abad Antonio; y habiendole respondido que todos los que estaban alli esperaban su saludable venida, determinó quedarse en aquel Monasterio hasta que viniese; y yo, con la gracia de Dios, en el interin referiré en el Capitulo que se sigue lo que Unchrónio dice de Eulógio.

CAPITULO IX.

EN QUE SE DESCRIBE quien fue Eulógio, y como San Antonio le consoló.

EUlógio fue muy docto en los Artes liberales; (1) y siendo inflamado del Divino amor, repartió entre pobres la mayor parte de su hacienda, quedandose con lo que era necesario para pasar la vida templadamente. Entró Monge en un Monasterio, y no pudiendo por enfermedad llevar su observancia, ni hacerse solitario, acordó, con el Hábito descubierto de Religioso, vivir en su casa, (como hoy hacen, y les es permitido á los Terceros Seglares de la Sagrada Orden del Carmen, y á los de nuestro Seráfico Padre San Francisco) y despues de haberlo puesto en execucion, andaba muy cuidadoso, mirando en qué se podria exercitar que mas agradase á nuestro Señor; y estando con este deseo, halló en la Plaza, metido en un carreton á un pobre manco de pies

(1) *Prado Espir. lib. 3. fol. 169.*

pies y manos, cubierto de lepra, que solamente tenia en su cuerpo sana la lengua para hablar, y pedir limosna; y así que le vió, compadecido de él y de su necesidad, hizo oracion á Dios, y una promesa muy ardua de cumplir, y dixo: Señor, por hacerte servicio, si este pobre gusta, yo prometo á vuestra Divina Magestad de tenerle en mi compañia, y de asistirle hasta la hora de su muerte, para que por su causa me salve; por tanto, Señor mio Jesu-Christo, dadme tu Divina gracia, para que con toda perseverancia le sirva; y llegandose al manco, le dixo: *¿Quieres, hermano, que te lleve á mi casa, y que alli te alimente, y consuele lo mejor que pudiere?* El manco le respondió: *Pluguiese á Dios quisiese V. md. obrar conmigo tal caridad, mas yo soy indigno de tan gran beneficio.* Eulógio le dixo: *Pues ahora bien, esperame, mientras voy por un jumentillo para llevarte á mi casa.* El pobre que esto oyó, no cabía en sí de gozo, ni sabía qué decirse de lo regocijado que estaba, y de alli á breve rato volvió Eulógio con un jumentillo, y le puso sobre él, y le llevó á su morada, y quince años perseveró sirviendo y curandole con tan grande amor como si fuera su padre; él le lavaba, ungia, calentaba, tomaba en sus brazos, y le mudaba de unas partes á otras, y en todo tenia particular cuidado con él, y con su enfermedad, y sustento de su persona. Mas al fin, el Demonio, deseando privar á Eulógio del galardon de su promesa, y santo exercicio, y á el manco traerle á la desesperacion y miseria de vida que antes tenia, le combatió con tan fuertes y desesperadas tentaciones, que no pudiendolas resistir, concibió contra su bienhechor Eulógio tan mortal rencor, que inumerables veces al dia le afrentaba y maldecia, y dando muchos gritos y descompuestas voces, le llamaba embustero, mal hombre, que queria con socolor de que le tenia en su compañia, encubrir las maldades que habia hecho, y salvarse á título de piadoso; y Eulógio que esto oía, con razones suaves y comedidas, le decia: *No digas, Señor, tales cosas; mas dime, ¿en qué te he ofendido, para que me enmiende?* Pero el manco con esto mas se impacientaba, y con palabras injuriosas le decia: Lisonjero, sácame de aqui, y llévame á la plaza, que no quiero que me cures; y Eulógio, con incomparable paciencia, le respondia: Señor mio, lo que te ruego es, que tengas por bien el estár en mi compañia, y que me digas, qué es lo que te falta ó te disgusta, para que lo remedie. El Leproso, con esta humildad, tan contraria á su soberbia, se encendia mas en cólera, diciendo: No puedo ya sufrir tus fingidos halagos,

gos, ni tolerar tan mezquina vida, que porque tú te sustentas con pescado, quieres que yo tambien me alimente; Eulógio que oyó esto, desde aquel punto procuraba traerle, sin reparar en gastos, aves y manjares de carne para su regalo; pero tampoco esta diligencia aprovechó, para que dexase de gritar y decir: No quiero estár solo contigo, quiero ver la gente. Dixole Eulógio: *Pues yo te traeré muchos Monges, para que hables con ellos.* Dixo el enfermo, dando un gran grito, como persona que padece un rabioso mal: ¡Ay mísero de mí! no puedo sufrir tan fastidiosa vista, y quieres traerme otros tus semejantes! Y meneando la cabeza á un lado y á otro, como hombre sin juicio daba aturdidas voces, diciendo: No quiero conversaciones en casa, que á las plazas y lugares públicos me quiero ir; no me hagas tanta sinrazon y violencia, vuélveme al mismo lugar donde me hallaste. Tan diabólica era su ira, que si tuviera manos, ó mano para ello, en mil lances se hubiera de puro corage ahorcado, provocando con sus sinrazones á que Eulógio le dexase; pero roíale la conciencia, y promesa hecha á Dios, de sustentarle y servirle por su amor, hasta su fin. Por otra parte, no podia vivir sin morir con tan insolente huesped, con que vacilando entre estos extremos, fue á consolarse con los Monges, y les dixo: Habeis de saber, hermanos, que el tullido que tengo en mi casa, no faltandole nada para su regalo, me ultraja de tal calidad, que son muy insufribles sus oprobios; y si le aparto de mi compañia, no cumplo con la promesa que ofrecí á nuestro Señor; y así, no sé á lo que me determine. A esto le respondieron, que ellos se hallaban faltos de consejo para darsele; mas si queria tener acierto, que fuese y lo comunicase con San Antonio, que él, como á todos, le consolaría y daria eficáz remedio, para que tuviese la paz y sosiego que deseaba. A Eulógio le pareció bien este consejo, y llevó al manco al Rio Nilo, y embarcandose en una barca, arribaron en tierra, y se pusieron en camino para aquel Monasterio, donde á la sazon estaba Unchrónio, y sucedió lo que dexo referido; y dice: Que estando alli esperando al Venerable Abad, digno de todo respeto, quiso la Magestad Soberana, que el dia siguiente vino uno vestido de un áspero y humilde Hábito, y su cabeza descubierta; pero poblada por los dos lados de blanquísimas, y reverendas canas, sustentando su anciano cuerpo sobre un retorcido cayado, que de báculo le servía: con que

no

no se puede fácilmente ponderar el gozo, consuelo y devocion con que le recibieron aquellos Santos Varones, y Seglares, que le estaban esperando; y viendo el bendito Abad la sumision y respeto con que le trataban, venerandole vivo como á Santo, se afligió mucho, y se quiso retirar de la vista de los Caminantes de este mísero valle de lágrimas; pero como aquel retiro nacia de su profunda resignacion y aniquilacion, su humildad le manifestaba mas á los ojos de todos, y le hacía mas digno de la gracia Divina.

Solía San Antonio preguntar á Macario, si habian venido algunos Hermanos forasteros; y si le decia que sí, replicaba si eran de Egypto, ú de Jerusalén. Tenia ya entendido Macario, que los que se decian de Egypto, venian solo por curiosidad á verle. Por esta razon el Sagrado Abad no gastaba muchas palabras con ellos; mas si eran los Varones de Jerusalén, que así llamaba á los que venian con deseo de tomar su consejo para servir á Dios, con estos conversaba muy espacio, conforme la necesidad de cada uno, y los consolaba, animaba, y los encomendaba á la Divina Providencia.

Pues en la sazon que se halló allí presente Unchrónio, dice, que así que llegó San Antonio al Monasterio, la primera diligencia que hizo, fue entrar en la Iglesia, donde con mucha humildad y devocion, dió gracias á nuestro Señor; y despues de haber hecho esta exemplar accion, preguntó á Macario: *¿Qué huespedes habian venido?* Y Macario le respondió: *Que de unos, y otros habia*; y oyendo esto el Santo, mandó que á los de Egypto les diese algun sustento; y con este agasajo, y rogando á Dios por sus necesidades los despidió; mas con los Varones de Jerusalén, se estuvo toda la noche conversando con ellos, con una serenidad y sosiego de el Cielo, animandoles con muchas razones y consideraciones, conforme la necesidad tenian, como se conoce por la narracion siguiente.

Habiendole preguntado un Monge, ¿que porqué cria Dios á muchos hombres tan sumamente viciosos y malos? Le respondió, que nada cria el Altísimo malo, ni es Autor de la maldad (aunque la permite) porque nuestros primeros Padres, de quienes todos descendemos, en el primer instante de su sér, fueron criados en gracia, y la perdieron por su inobediencia, quedando desde entonces la naturaleza humana tan inclinada á vicios y torpezas.

Y que aún la malicia de los demonios no comenzó quando ellos,

ellos, porque primero fueron criados buenos, que cayesen; (1) y así, su maldad no es natural, sino perversidad de su voluntad, y por el arbitrio de su mal animo cayeron del Cielo, y viendose sin remedio, y que sus sillas las habian de poseer las almas Santas, heridos de esta fuerte emulacion, y con deseo de tomar, ya que no pueden en el Hacedor Soberano, en su hechura venganza, publicaron para siempre la guerra contra el hombre, dando principio á la ciega Idolatría, continuada tantos siglos en la torpe Gentilidad, y que entre los condenados espíritus hay varia distincion, respecto de su mayor, ó menor malicia; porque hay algunos extremadamente nocivos; otros que son menos dañosos; y todos, segun sus fuerzas, las aplícan á perseguirnos, con varios géneros de tentaciones y vicios.

A otro que le preguntó ¿cómo podria alcanzar la amistad de Dios? Le dixo, que al punto se declarase por enemigo del mundo, (2) porque de otra manera le sería imposible servir á dos Señores, que son de encontrados pareceres. (3) Dios es la suma de todo bien; y el mundo (como dice San Juan) está armado en todos los males) (4) y que así tuviese por cierto, que si no rompía con el mundo, y de todo le perdiese el respeto en las cosas que se encuentran con la Ley de Dios, cometeria muchas culpas, y se haría indigno de la Divina gracia.

Admirandose otro, que los hombres sean tan negligentes en amar las virtudes, sabiendo por las Sagradas Letras (5) los crecidos premios que ofrece el Señor á los que guardaren sus Divinos preceptos, el bendito Abad le respondió, que la causa es, porque les falta la Fe, y juzgan por sueño las cosas de la otra vida; y con este engaño ponen mas cuidado en gozar de lo visible, que de la felicidad eterna.

Tambien le preguntó el Abad Pambo, ¿cómo hallaría la verdadera sabiduría, y estaría continuamente en justicia y temor de Dios? Le respondió: que con que no fiase de sus buenas obras y se acordase de las culpas pasadas, y fuese abstinente en la comida, y moderado en la lengua; porque á muchos engaña el mundo, como al vano Fariséo que se alababa en el Templo, contando sus bienes, y los ma-

(1) *Sol del Oriente.* (2) *Jacob* 4. (3) *Matth.* 6. (4) 1. *Joann.* 2. (5) *El P. Juan Bolando, de la Compañia de Jesus, en el* 2. *tom. del mes de Enero, fol.* 117.

males del Publicano ; sin entender , que á sí mismo se condena , quien con falsas demostraciones se jacta de lo que no es, y de las virtudes que no tiene.

Deseaba San Antonio que los Anacoretas fuesen puros y verdaderos Monges , y tenia gran fervor de que los insipientes se aprovechasen ; y asi , aunque ponderaba ser mayor el merito de los que en poblado hacian los exercicios del desierto , les preguntó : *Si se alegraban con las prosperidades de los suyos , y si les entristecian las adversidades de los mismos* ? Y respondiendole que sí , dixo el Santo : *Pues la suerte de esos , tasadamente cabrá en el juicio Divino.*

En dicha conversacion, mostrandose un Monge Gramático, (1) que apenas habia dexado el siglo , muy zeloso y observante de la vida Monástica , suplicó al Santo le diese dominio sobre sus hermanos , para poder reprehender y castigar á los que cayesen en culpas. Y San Antonio , viendo su indiscreta peticion , le respondió: que advirtiese , que quando á la miserable muger adúltera , fue por la Ley de Moysés mandada apedrear , antes que se executase el rigor de la Ley , dixo el Señor : *Que el primero á quien su conciencia no acusase de alguna culpa , y no remordiese de algun pecado , ni le arguyese de algun defecto , la apedrease* ; enseñandonos con esta santidad , la gran pureza de vida y buena intencion que ha de tener el que corrige, para que sin empacho y confusion pueda castigar á los otros y que importa mucho en el camino espiritual aprender cada uno primero á ser maestro de su alma , antes de amaestrar á otras; porque los Antiguos Padres, quando trataban de sanar á los enfermos , era despues de haber borrado sus culpas con la penitencia , y curado sus llagas viejas , y hecho excelentes Médicos de sí mismos , en virtud y Letras Sagradas , estudiandolas , no por curiosidad de saber ni por vanidad de ser conocidos por grandes Oradores , sino para mejor servir á Dios y enseñar al próximo ; atendiendo, que no se alcanza el Cielo con buenas letras , sino con buenas obras.

A otro le dixo , que es eficacísimo medio para resucitar de la muerte en vida , las lágrimas de los ojos , porque borran los pecados , y aumentan las virtudes ; y en confirmacion de esta verdad , traxo por exemplo al Rey Ezequías , que con el llan-

(1) *Reyno de Dios , cap. 11. lib. 5. num. 4.*

llanto de las culpas, no solo alcanzó la remision de ellas, sino que recibió la salud del alma y cuerpo, y alargó por quince años la vida.

Un Caballero Seglar que estaba presente, suplicó á San Antonio le alcanzase de nuestro Señor mas talento que el que le habia dado, por quanto no podia explicarse, ni lucir conforme era su deseo; (1) y por esta razon le parecia, que no conseguia los Oficios honoríficos de la República; y admirado el Santo de semejante súplica, y de su altiva peticion, le dixo con muy apacibles razones: *No permita Dios que yo sea instrumento de vuestro daño; porque sin duda alguna, mas precioso es para el justo el humilde y corto talento, si es bueno, que tener la sabiduría vana de los Filósofos del mundo.* Pareceme que en esto le quiso dar á entender, lo que el Padre Rodriguez dice, (2) que cada uno debe estar muy contento con el talento que nuestro Señor le ha comunicado, y con el estado en que le ha puesto, y no querer ser mas de lo que él quiere que seamos; porque este fue el principio de todo nuestro daño; porque quisieron nuestros primeros Padres ser mas de lo que Dios les hizo y desearon tener mas sabiduría que la que les habia dado, perdieron el supremo estado de gracias que tenian, y nos dexaron por herencia un apetito de divinidad, y un frenesí de querer ser mas de lo que somos.

Por esto dice San Pablo á los de Corinto en una Metáfora que trae á proposito del cuerpo humano, que así como puso el Autor Divino los miembros en el cuerpo á cada uno como quiso, y no se quejaron los pies porque no los hicieron cabeza, ni las manos porque no las hicieron ojos; así tambien en el cuerpo de la Iglesia, Religion y República, puso Dios á cada uno en la Dignidad, y Oficio que fue servido, con particular acuerdo y providencia suya; pues si quiere el Todopoderoso, que sea uno pies, no es razon querer ser ojos. Además, que si tuviera uno un tan gran ingenio y habilidad, que le estimaran, quizá se perdiera por eso, como otros se han perdido, ensoberbeciendose con las alabanzas humanas; porque si con un mediano saber que tenemos, estamos tan ufanos que deseamos ser oí-

(1) *En la Biblioteca Magna, veter. Patr. tom. 3. impreso en París, de Egidio Morelio, Impresor Real, año de 1644.* (2) *El Padre Alonso Rodriguez, Tratado de la Conformidad con la voluntad de Dios, cap. 15. fol. 167.*

oídos y tenidos por Letrados ¿qué fuera si tuviéramos con excelencia un raro ingenio? Así por su mal la nacen las alas á la hormiga. Si por ventura nos naciesen á nosotros, quisieramos con tanta presuncion volar tan alto sobre nuestros mayores, que nos perdieramos, como el Angel que se ensoberbeció en la Gloria, que aunque fue dotado de tan heróyca sabiduría, cayó hecho un demonio en los Abysmos; con que las personas que quisieren alcanzar la Divina Sabiduría, humillense en la tierra, y serán levantadas sobre las Estrellas del Cielo; porque la humildad hace de los hombres Angeles, y la soberbia de los Angeles demonios; en cuya consideracion se debe dar gracias á Dios por el estado y discrecion que nos ha dado; porque aunque nuestros deseos parezcan conformes á razon, no está nuestro bien y felicidad eterna en ser grandes Filósofos y Predicadores, ni entender en cosas realzadas, sino en hacer la voluntad del Altísimo, y darle buena cuenta del talento que nos ha dado.

Y habiendo dicho estos consejos en presencia de todos, llamó San Antonio á Eulógio el Escolástico, y como no le respondió; habiendole llamado tres veces le dixo: *A tí digo; Eulogio, el que veniste de Alexandría, di lo que se te ofrece.* Luego le respondió: *Padre, y Señor el que tuvo por bien de revelarte mi nombre, te habrá declarado la causa de mi venida.* Dixo el Santo: *Ya sé (por la infinita misericordia) lo que te ha sucedido, y á lo que has venido; mas refierelo, para que estos nuestros Hermanos lo oigan.* Eulógio entonces, sin replicar, dixo todo lo que por él habia pasado, y su fuerte tentacion y como habia determinado despedir al manco de su compañía, y que habia venido á pedirle consejo, porque se hallaba muy afligido, padeciendo terribles tentaciones que le hacian cruel guerra. A esto le dixo el Santo: *¿Qué es lo que dices Eulógio? ¿Eso debias hacer? Pues el que le crió no le aparta de sí, ¿y tú quieres ausentarle? Pues sabe, que otro mejor hallará Dios, para que le recoja y ampare.* Sorpreso de temor quedó Eulógio oyendo esto; y el Santo con palabras compuestas y moderadas, vuelto al manco, le dixo: *¿Por qué disminuido de tus miembros, lleno de toda asquerosidad, indigno de la tierra y Cielo, injurias al que te crió? ¿No sabes, que el que te sirve es Christo? ¿Pues cómo has osado hablar contra su Divina Magestad tales palabras? Pues por agradar á mi Dios y Señor, Eulógio se sujetó á obedecerte.* Habiendoles dicho las expresadas razones, despues volvió

vió afable y amorosamente, con un paternal amor á consolarlos, y les dixo: *Que estuviesen ambos á dos juntos en compañia, sin dividirse el uno del otro, que en esto agradaban á Dios, y hacian su santa voluntad; y que entendiesen, que si les habia sucedido aquella tentacion, era por ardid y engaño del demonio, que adivinando que estaba ya muy cercano el tiempo que el Señor queria enviar por ellos, pretendia con la desunion de la discordia, que no gozasen de el fruto eterno de sus trabajos; y que así que perseverasen con paciencia, morando unánimes y conformes en un lugar, para que quando el Angel del Soberano Criador viniese por ellos, los hallase juntos, porque si no lo observaban, serian para siempre privados de sus gloriosas Coronas.* Y habiendoles dicho estas razones, les dió su bendicion, y envió muy gozosos á su antigua morada, y los demás que se hallaron presentes, habiendose consolado con el Santo, se despidieron de él, recibiendo primero su saludable bendicion; y Unchrónio se puso en camino para los Lugares Santos de la Tebáyda; y habiendo llegado á un Monasterio que estaba junto á Alexandría, vió celebrar las exéquias de Eulógio, y que esto sucedió treinta dias despues que habia dexado la compañia de San Antonio; y otros tres dias despues vió celebrar las exêquias del manco y disminuido en el cuerpo, mas ya muy firme y robusto en el alma; y Unchrónio, viendo como todo se habia puntualmente cumplido, como lo habia profetizado el Siervo de Dios, fue maravillado de esto, y lo dixo á los Monges de aquel Monasterio; y porque no dudasen de su verdad, juró, puestas sus manos sobre los Santos Evangelios, como habia visto al gran Antonio, que con espíritu profético sabía, antes que llegasen á su presencia, la discordia de Eulógio, y el Manco; y que él habia sido intérprete de todas las palabras que pasaron entre nuestro Padre, y Eulógio; por razon de que el Santo no entendia la lengua Griega, y Eulógio no sabía la Egypcia.

CAPITULO X.

EN QUE SE DESCRIBE como se exercitaba San Antonio en las dos vidas, activa, y contemplativa; y como vino un Gobernador, en compañia de otros Jueces, y unos Monges á verle, y los consejos que les dió.

NUestro Sagrado Abad, con su nobilísima condicion y perfecta santidad, no se satisfacia de caminar solo para el Cielo, sino que tambien se desvelaba por entrar en él acompañado

do; y con este fervoroso deseo repartia en beneficio del próximo las horas, unas en contemplacion, y otras en las ocupaciones activas; por donde con mucha razon le compete aquella alabanza del Sabio, que dice, (1) fue así como la oliva, que comienza á brotar, y como el cyprés que sube á lo alto. Peregrina cosa parece caber en una persona propiedades de dos cosas tan distintas, como son el cyprés alto y estéril, y la oliva baxa y fecunda; mas lo uno y lo otro le pertenece, pues como oliva fructuosa, daba ólio de misericordia para socorro de los próximos, ocupandose en la vida activa; como cyprés, que todo se va á lo alto, subía con movimientos de amor á los exercicios de la vida contemplativa, uniendo en uno ambas hermosuras de oliva, y cyprés; tomando de la una la fecundidad dexada la baxeza; y del otro la alteza, dexada la esterilidad. Y así, aunque como ave, volaba muy alto por la contemplacion teniendo, como dice San Pablo, (2) su conversacion y trato allá en los Cielos; no por esto se excusaba de trabajar en la labor de manos, porque no tuvieran á quienes regía, que calumniar su ociosidad; ni dexó de asistir siempre, con mucha caridad á las necesidades del próximo, y de cuidar, como buen Prelado de sus Súbditos; y para esto, además del Sabado y Domingo, que venia á la Iglesia á freqüentar los Santos Sacramentos, (como en la primitiva Iglesia todos los Fieles observaban; (3) porque la freqüencia quotidiana de la Comunion, no menoscaba la reverencia, como algunos dicen, antes la aumenta, segun la buena disposicion, y mejora la gracia) venía otros dias en la semana al Monasterio, conforme sabía que era necesario, para alivio y beneficio de los afligidos necesitados.

Con que movidos de la novedad, que publicaba la fama de su santa vida, y admirables consejos que daba, (4) le fueron una vez á visitar un Ilustrísimo Gobernador, en compañia de otros graves y doctos Senadores; y no pudiendo, por la aspereza y quebradas del camino, llegar al Monasterio interior del Yermo donde asistia, le enviaron á suplicar, que viniese al Monasterio primero, que estaba fundado en la falda de aquel Desierto, porque le deseaban ver, para honra y gloria de Dios y beneficio de sus almas. Y el Santo, á instancias de sus Discípulos, dexó el recogimiento de

(1) *Eccles.* 50. (2) *Ad Philip.* 3. (3) *Tesoro de los Christianos del Padre Pinto, fol.* 239. (4) *Basilio Santoro, fol.* 63.

su Celda y vino al Monasterio, motivado mas de su atencion y humildad, que por deseo que tenia de ver á aquellos Señores, (1) á quienes, entre otras cosas, les encargó que tuviesen misericordia con los míseros litigantes, y despachasen con toda brevedad sus causas, para evitar el perjuicio y gastos que por la retencion se les sigue, y piedad con los pobres reos encarcelados, que están como privados de su libertad, y sujetos á muchas pesadumbres, miseria, incomodidades, aflicciones, desamparo, desnudéz, hambre, sed, y otras penas que en las cárceles y calabozos se padecen, y juzgasen con tan recta intencion, como querian ante el Altísimo Juez, á la hora de la muerte ser juzgados, y en todas las sentencias que pronunciasen, antepusiesen el temor de Dios á todo aborrecimiento y amor humano; porque el ser Juez, no consiste tanto en ser con presuncion Letrados, como en ser naturalmente prudentes, afables, caritativos, corteses, y desapasionados, y que no desprecian en la justicia, como dice el Real Profeta, al pobre; (2) antes en todas las obras de justicia, usan de misericordia; y que oyesen con gusto á los intercesores caritativos, que solo por el amor Divino, y caridad del próximo, se mueven á interceder por los reos; no fuesen como muchos Ministros, que con un falso zelo, en lugar de edificarse de su excelente bondad, y de que haya quien pida por los olvidados, destituidos de todo favor humano, los despiden con desagrado y agriura, y motivan con su mal acogimiento y sobrada severidad, á que se desconsuelen y aflixan, y á que se les haga muy pesada la obra de caridad que exercitan, no debiendo extrañarse el Juez, que le pidan por matadores obstinados, ladrones incorregibles, y qualesquier malhechores; pues Christo, estando en la Cruz pidió á su Eterno Padre por los mas perversos de todo el mundo, excusando sus errores con sus ignorancias; y aunque recibió con infinito gusto la peticion de su Santísimo Hijo, no dexó por eso de castigar al mal Ladron, y á otros muchos que no se supieron aprovechar de tan famosa y admirable ocasion.

Y que fuesen limosneros, y cuidasen del alivio y consuelo de los pobres de la república, forasteros y peregrinos, socorriendo sus necesidades para que Dios socorriese las suyas; porque la limosna es llave maestra de los Cielos, (3) aumenta la Divina gracia, y bienes temporales, alcanza perdon de los pecados, y li-

(1) *Sol del Oriente, f.* 88. (2) *Ps.* 18. (3) *Prov.* 11.

libra de la muerte; y su memoria, como dice David, (1) se enternizará para siempre, y su piedad permanecerá en los siglos de los siglos, á peticion y oraciones de los pobres y de las miserables mugeres, que por haberles faltado la comida, se dieron á vicios, y el caritativo las sacó de tan mal estado; por la qual razon, el Soberano Señor, á los limosneros, aún en esta vida los beatifica, llamandolos Bienaventurados los misericordiosos, (2) porque ellos alcanzarán misericordia; muy diferente que los avaros y codiciosos, pues por mucha hacienda que tengan, nunca les sobra para hacer bien á los necesitados; son sin piedad, y peores que los ojos ponzoñosos del Basilisco, de quien refieren los Naturales, que quando las fieras están comiendo algun animal, y llega él, da un silvo antes, el qual pone tanto pavor en todos ellos, que huye el Leon, el Tigre, el Lobo; y quantos indómitos silvestres hay, temiendo el veneno de sus ojos, le dexan á él solo toda la presa para que libremente se la coma; mas despues que se ha hartado, da otro silvo, haciendo con esto señal, que ya esta satisfecho, y se va, para que todos puedan llegar, y comer. No es de maravillar, que tenga esta altivéz el Basilisco, pues es regalo de los animales ponzoñosos; mas lo que se pondera es, que siendo símbolo del codicioso, rico y soberbio, que todo lo atosiga con los ojos, se hárte algun dia; y dé lugar á que otros coman; y así, con mucha razon dicen que los ojos de el avaro son peores que los del Basilisco, pues aquel se harta, y el avariento nunca se ve satisfecho de su insaciable codicia.

Y habiendoles exôrtado á la virtud con semejantes consejos, y suplicádoles por unos Reos que le pidieron que intercediese por ellos, se despidió de los Senadores; los quales, con la gran devocion y consuelo que interiormente sentian con sus fervorosas amonestaciones, le rogaron que se detuviese mas tiempo en aquel Monasterio, ó que se viniese por algunos dias en su compañia á poblado, para su consuelo, y de muchos que le deseaban ver, y que despues le volverian al Yermo. Oyendo esto el Santo, les dixo: Que no podia estár mas alli, ni aceptar el agasajo que le ofrecian; porque como los peces, sacados del agua, se mueren en la seca tierra, así los Monges, conversando con Seglares se entibian luego con las humanas pláticas; y que por esta razon conviene que los Religiosos se recojan en sus Celdas, porque no les suceda alguna grave relaxacion, y

(1) *Ps.* 37. (2) *S. Matéo*, 8.

olvido de su Regla. Maravillados quedaron aquellos Señores de tanto saber y doctrina, y mirandose unos á otros, dixeron: Verdaderamente que conocemos que este es Siervo de Dios, porque no pudiera estár tanta sabiduría junta en un hombre, y mas no habiendo cursado Escuelas, si no fuera ilustrado de la Divina Gracia.

De allí á breves dias que San Antonio se volvió á su recogimiento, unos Monges ultramarinos, (1) motivados por el gran deseo que tenian de verle, se embarcaron en un Navio, y en él hallaron un anciano Anacoreta, que con el propio intento hacía aquel viage; y habiendo por el Rio Nilo arribado á tierra, y pasado por los ocho Monasterios del Santo tan celebrados de los Padres de Egypto, llegaron al último Monasterio que estaba fundado entre Babylonia, y Heracléas, donde á la sazon morabá el Siervo de Dios, el qual los recibió, y agasajó con mucho amor; y despues preguntó al Anciano: *¿Que cómo le habia ido en el camino con aquellos Monges?* Y el Anciano le respondió: *Bien, Padre, sino que algunas veces el asno abria la puerta del corral, y se salia*; dando á entender en estas breves palabras, que el corazon es el asno, y la lengua la puerta; y parlando, se sale el secreto muchas veces del corral, donde debia estár encerrado. Oyendo esta comparacion San Antonio, fué muy edificado, y mandó al Anciano, que de nuevo la recitase en presencia de sus Monges, para que considerasen, que muchas veces queriendo el hombre hablar algunas cosas buenas, acaece que la palabra que comenzó bien, acabó mal, por lo qual dixo el Sabio: *En el mucho hablar no faltará pecado.*

Y el Santo Rey David, (2) por esto pedia á Dios que pusiese guardas á su boca, y puertas de circunstancia en sus labios; como aquel, que sin la guarda Divina, no confiaba en la malicia humana.

Y San Antonio, conociendo quanto importa el silencio, aconsejaba continuamente á sus Súbditos, que quando saliesen de la Iglesia, ú de algun otro ayuntamiento, ninguno se parase á hablar con otro, aunque fuese de cosas espirituales, sino que cada uno se retirase á su Celda; mas que si era necesario hablar algo, fuese brevemente y con humildad y Religion, como quien está delante de Dios, considerando aquella sentencia del Evangelio, donde dice que de qualquiera palabra ociosa que hablaren los hom-

(1) *Prado Espirit. fol. 98. Reyno de Dios. fol. 192. Basilio Santóro, fol. 65.* (2) *Ps. 19.*

hombres, darán cuenta el dia del Juicio.

CAPITULO XI.

COMO SAN ANTONIO halló en el Desierto á San Pablo.

DIce San Gerónimo, que siendo San Antonio de edad de noventa años, segun el Santo lo solía referir, (1) le vino al pensamiento si habría otro Monge que hubiese hecho mas asiento en el Desierto, que él. Permitió Dios que le viniese este pensamiento, para lo que despues sucedió; porque á la siguiente noche, estando orando, le reveló nuestro Señor que habia en lo interior del Yermo otro Varon, que habia morado mas tiempo, y que era mas perfecto y mejor que él, á quien debia visitar; y el bendito Abad, venida la mañana, se determinó de buscar al que no conocia, y sustentando sus flacos miembros sobre un báculo, salió de su Monasterio y se puso en camino, sin saber á qué parte guiaria; y de este género anduvo por diferentes sendas, cansado y fatigado con el excesivo ardor del Sol; mas todas estas penalidades no hicieron mella en su varonil ánimo, ni le pudieron vencer para que dexase el camino comenzado, antes decia: *Yo confio en nuestro Señor Jesu-Christo me ha de mostrar á su Siervo, como me lo tiene prometido*; y apenas hubo pronunciado estas palabras, quando vió, con suma ligereza pasar por junto á sí un monstruo, medio hombre y medio caballo, al qual, llamaban los Poetas Hypocentáuros; y armandose el Santo con la saludable y preciosa señal de la Cruz, le preguntó á grandes voces: Ola, á vos digo: *¿En qué parte de esta montaña mora el Siervo de Dios?* Entonces el monstruo se detuvo, y mal pronunciando unas bárbaras palabras, que mas parecia renegar que hablar, extendió la mano derecha, señalando el camino que deseaba saber; y habiendo hecho esta accion, dió á huír tan velozmente por aquellos campos, que en un momento se desapareció de sus ojos, de lo qual quedó muy maravillado; mas si acaso fue esto engaño del demonio, para atemorizarle, ó el Yermo, que suele producir muchos y varios animales, engendró aquella bestia; no se sabe cosa cierta. Pues admirado Antonio de lo que habia visto y oído, iba entre confusas imaginaciones apresurando el paso por un espacioso valle, quando vió junto á un arroyuelo un hombrecillo de extraña figura,

(1) *S. Ger. y el P. Ribad. y Vill. lib. 1. fol. 86.*

pequeño de cuerpo, tenia las narices corbas, frente aspera y arrugada con unos cornezuelos, y la ultima parte de su contrahecho cuerpo remataba con pies de cabra; y viendo el Santo tal monstruo, no por eso se atemorizó, antes como buen Soldado, fortalecido con el escudo de la Fe, le preguntó, ¿quien era? Y el hombrecillo le dixo como era mortal, y uno de los moradores del Yermo, que la Gentilidad, engañada con varios errores, los llamaba Sátyros, Fáunos, é Incúbos, adorandoles y reverenciandoles por Dioses: y que le suplicaba, como Embaxador de los de su especie, rogase por ellos al Dios comun y verdadero de todo lo criado, el qual sabian que descendió del Cielo á la tierra, por salvar á los hombres. Oyendo estas razones el Santo, regaba su rostro con amorosas lágrimas del gozo que sentia su corazon, por la gloria y triunfo de Christo, y caída de Satanás; y admirandose de como podia entenderle; y hiriendo la tierra con su báculo, decia: ¡*Ay de ti, Alexandría, que adoras á los monstruos por Dioses*! ¡*Ay de ti, Ciudad Ramera, en quien han concurrido todos los vicios de el Mundo*! ¡*Qué podrian decir ahora tus moradores, pues las bestias en los Valles, Desiertos, y Montes, confiesan á Christo; y los hombres, en lugar de Dios adoran los monstruos y otras fieras irracionales, rudas, é insensibles, para mas ceguedad de sus vicios, robos, estupros, y adulterios*! Pero apenas pronunció estas palabras, quando el animal lascivo, dandole en señal de paz unos datiles, se despidió de Antonio, y con suma ligereza se entró por aquellos Montes.

Y porque ninguno ponga duda en la verdad de este caso, dice San Gerónimo: Todo el Mundo es testigo, que en tiempo de Constantino Magno, se traxo á la Ciudad de Alexandría un hombre vivo de esta suerte, de lo qual quedó el Pueblo admirado, y despues de muerto salaron el cuerpo porque no se corrompiese con el calor del Estío, y le llevaron á Antioquía para que el Emperador le viese.

Y Alberto Magno dice: que por sus tiempos, en los Montes de Saxonia cogieron á dos Sátyros de la forma que dexamos referidos.

Y Flegón Traliano, Autor Griego, escribe, y lo trae en las Maravillas de naturaleza el Padre Juan Eusebio Nieremberg; (1) que en la Ciudad de Arabia se halló un Hypocentáuro en un monte muy alto, y le enviaron á Egyp-

(1) *Lib. 4. cap. 14. fol. 95. de las Maravillas de Naturaleza del P. Eusebio de la Compañia de Jesus.*

Egypto con otros presentes para el Emperador. Sustentábase con carne; pero no pudiendo llevar la mudanza del ayre, se murió, y despues le mandó embalsamar el Prefecto de Egypto, y le envió á Roma. La cara tenia humana, pero muy feróz; las manos y los dedos cubiertos de pelos, y los pies de Caballo. Su grandeza no era tanta como comunmente le pintan, pero tampoco era pequeña.

Tambien dicho Autor dice, (1) que entre los Indios, Persas, y tierras del Tamorlán, se hallan Hypocentáuros, del medio cuerpo arriba humanos, y en lugar de brazos tienen dos brazuelos como los del sapo; las orejas de perro; en el rostro tres barbas; de los hijares les salen los brazos humanos, con sus manos y dedos, lo demás de caballo: corren ligerísimamente; y si abrazan algo lo aprietan tan violentamente, que lo hacen reventar: sustentanse de Elefantes; son amigos de los hombres, y por esto no les hacen molestia.

Caminando una flota de Portugal, vieron en una Isla los Portugueses, (2) unos hombres que tenian en el lado derecho dos brazos y dos manos, orejas de asno, rostro de hombre, muslo derecho de caballo, el rostro humano, y que corrian, y saltaban como ciervos. Las mugeres eran del mismo gesto, sino que entre tanta disformidad, tenian la cara hermosa, y las orejas menores.

Y Vincencio dice, (3) que en su tiempo traxeron al Reyno de Francia un monstruo para que le viese el Rey, el qual tenia la cabeza de perro, y los demás miembros humanos; los muslos, brazos, y manos, tan sin pelo como los nuestros; el cuello era blanco; pero en las espaldas tenia pelos; estaba derecho como hombre, sentábase como nosotros; comia carne cocida; bebia de muy buena gana vino; y con decencia y modestia tomaba el bocado en la mano y le llegaba á la boca.

En ciertas tierras de Tártaros, dice Henrico Zormano (4) se hallaron unos hombres con un brazo en el pecho, y un pie solo; eran excelentes en armas de flecha y arco, y muy ligeros en correr; con la mano y el pie solian pasar á un Caballo, y quando se les cansaba la mano, se levantaban saltando con el pie solo.

Otros muchos exemplares podia referir de Historias fidedignas, en verificacion de que no es todo fabuloso lo que se halla escrito acerca de que ha habi-

(1) *Cap.* 14. (2) *Cap.* 14. *fol.* 96. (3) *Cap.* 12. *fol.* 95.
(4) *Henrico Zormano, cap.* 14. *fol.* 95.

bido monstruos, con acciones y gestos tan disformes, que la admiracion hace dificil de creer; y con razon, porque mil mentiras pasan por verdades; pero advierto, que esto mismo no quita, que por la ignorancia muchas verdades puedan parecer mentira.

Mas dexando este punto que tan poco importa, es de saber que nuestro Padre San Antonio pasó adelante, sin ver otra cosa por el camino que de contar sea, sino huellas de bestias fieras, y un dilatado y espeso monte; y habiendo caminado dos dias por él sin hallar á quien buscaba, no por esto perdió la esperanza en el Señor que le guiaba; y con esta Fe estuvo toda la noche en oracion, y al amanecer del tercer dia, vió que que por la falda de un monte venia una loba carleando con la fatiga de la sed, y que se paró en un arroyuelo donde satisfizo su sedienta necesidad, y despues se volvió á entrar por el monte con tanta ligereza, que brevemente la perdió de vista, y acercandose el bendito Abad al arroyuelo, vió que manaba de una cueva, y mirando con atencion lo que habia dentro, no pudo distinguir cosa alguna por causa de su mucha obscuridad; pero como dice el Espíritu Santo que la perfecta caridad despide de sí el temor, animoso entró con sutiles pasos por ella, atendiendo con el oído si sentía en aquel natural edificio, ó en sus senos y concavidades al Santo Anacoreta que buscaba; y prosiguiendo con su fervoroso intento, divisó con no poca admiracion en lo interior de la cueva una pequeña luz, y con el repentino gozo que le causó tan felíz vista, aligeró el paso y tropezó en una piedra, y con el movimiento que hizo, fue sentido del Hermitaño Pablo, el qual con toda presteza cerró la puerta para que no pasase adelante; y viendo Antonio que no se dexaba ver, con profunda humildad se postró en tierra, y le dixo: *Bien sé que sabeis quien soy, y de dónde vengo, y á qué he venido; tambien sé, que no merezco veros; mas con todo esto no me apartaré de aqui sin que os vea; ¿por qué admitiendo las bestias, desechais al hombre? Yo os he buscado, y dichosamente hallado; y llámo á vuestra puerta para que me abrais; si no lo alcanzáre, aqui moriré; y á lo menos, no excusareis el trabajo de enterrar mi cuerpo muerto, quando en ella le hallareis;* y decia estas palabras con tantos suspiros y lágrimas, que el piadoso San Pablo, no pudiendo mas disimular su generosa caridad le abrió la puerta, y con semblante risueño y alegria celestial, le dixo: *No sé qué discrecion sea pe-*

pedir gracias con amenazas, y con suspiros y lágrimas hacer agravio; porque si venís para morir; ¿de qué os maravillais, que no os admita en mi compañia? Mas así que se vieron, ¿quién podrá explicar el gozo, que recibieron, y con la devocion y ternura que se abrazaron, saludandose por sus propios nombres, como si mucho tiempo antes se hubieran conocido? y dando gracias á Dios por la merced que les hacía, Pablo asió de la mano al nuevo Huesped, y le sacó á la entrada de la cueva, y sentandose junto á la fuente, le dixo: *Veis aqui, hermano, al que con tanto afán y trabajo habeis buscado: Veisme aquí con los miembros podridos, ya por la vejéz desgreñado, y cubierto de canas: Veis aqui al hombre, que brevemente se reducirá en polvo.* Oyendo esto San Antonio, se enterneció sumamente, y con humilde reverencia le suplicó le refiriese ¿por qué causa se habia retirado de la comunicacion de las criaturas para morar en aquellas soledades? Y San Pablo sabiendo el fin para que Dios le habia traido al Yermo, le dió razon, diciendo: Has de saber amado Hermano mio, que el haberme retirado á morar en estos Yermos, y dexado tan felízmente las borrascas del proceloso mar del siglo, donde lo mas que se practíca son torpezas de carne, odios, iras, disensiones, y blasfemias, fue la causa que por los años de doscientos y cinqüenta y tres, entraron á reynar los Emperadores Decio, y Valeriano, y la primera cosa que hicieron uno y otro para estrenarse en su Imperio, fue perseguir á los Christianos con tan gran saña y aborrecimiento, mandandolos martyrizar, que muchos en el martyrio perdian la vida, pero no el ánimo para padecer por Christo; (1) porque á unos despedazaban las carnes con garfios y peynes de agudas puntas de acero, hasta descubrir los huesos; á otros arrojaban en profundos pozos, entre animales inmundos y ponzoñosos, para que de esta suerte con horror fuesen múertos y comidos; á otros precipitaban desde las torres y muros; á otros cubrian de piedras; á otros echaban en grandes fuegos, entre furiosas llamas; y á otros los cubrian con cal viva, y aceyte hirviendo; á otros los freian en sartenes, como si fueran peces, y en ollas ó calderas de metal, y llenas de aceyte, pez, resina, y plomo derretido; á otros quemaban en hornos y hoyas; á otros colgaban de ambos pies, ú de uno, poniendoles

(1) *Monarq. Eclesiast. del P. Juan de Pineda.*

les debaxo fuego, mezclado con cosas sucias y hediondas, para que con el humo insufrible se ahogasen; á otros les colgaban de ambas manos, y con hachas ardiendo, ó teas les quemaban los costados; otros desollaban vivos, y los lardeaban con miel, y los ponian al ardor del Sol, para que alli atados de pies y manos, las moscas y otras sabandijas, terriblemente los atormentasen; á otros crucificaban en Cruces hechas de varios modos, en palos hincados en la tierra, y los levantaban en el ayre, clavadas las manos y los pies; á otros, sin que á madero alguno los atasen, los penetraban con clavos casi todas las partes de sus cuerpos; á otros despues de cruelmente azotados, y heridos con escorpiones y otros instrumentos, sobre tejas ó abrojos de hierro, y carbones encendidos, revolvian desnudos los Sagrados Mártyres, y á veces sobre brasas los tendian; unas veces les cortaban los brazos ó las piernas, y otras los pies y manos, y á veces á pedazos menudos todo el cuerpo; con barras de hierro, ó mazos les quebrantaban, ó quebraban las canillas; á otros con tablas recias entablillaban los brazos y las piernas, y con cordeles y garrotes los ligaban fuertemente, hasta hacerles reventar la sangre por los pies y manos, y en los pies les hincaban luego muchos clavos, y con violencia les forzaban á que anduviesen; y al que no podian rendir con tormentos, procuraban vencer con halagos y ardides del Infierno; porque á un mancebo que estaba en la flor de su edad, le llevaron á unos huertos amenisimos; y allí entre lyrios y blancas azucenas y rubicundas rosas, cerca de un arroyuelo manso, que hacía un ruido agradable, donde el ayre templado meneaba las hojas de los árboles con un silvo deleytoso y suave, le pusieron en una cama de blandos y delicados colchones de pluma; y tendiendole sobre ellos boca arriba, y para que no se pudiese menear á un lado ni á otro, le ligaron con unas cuerdas blandas de seda; y puesto de esta manera le dexaron; donde habiendose ido todos, vino una hermosa Ramera, y comenzó la mala y disoluta hembra á abrazar su cuello amorosamente, y lo que aún decirse es vergüenza y maldad, para cumplir el pecado. Y el valeroso Soldado de Christo, puesto en tan grande afliccion y peligro, no sabía qué hacerse, ni á qué parte volverse; porque al que los tormentos no habian podido vencer, ya el deleyte carnal casi le vencía; y finalmente, inspirado del Cielo, se cortó la lengua con sus propios dientes,

y

y la arrojó como si fuera saliva, en el rostro de la que le estaba solicitando; y con el gran dolor que sintió amortiguó el movimiento deshonesto, que se iba encendiendo en su carne; conque al mismo tiempo, que estas lastimosas persecuciones pasaban en la inferior Tebáyda, ya sabia yo medianamente las Letras Egypcias, y Griegas, aunque mis años no eran mas que catorce ó quince; y por huir de tan terribles daños y persecuciones que me causaban gran temor y asombro, me retiré en compañia de una hermana que tenia casada, á una heredad, ó alquería apartada y secreta, que estaba en el campo. Mas, ¡oh avaricia y perjudicial deseo del oro, y cómo haces fuerza á los hombres, aunque sean nobles, para que cometan grandes maldades! Porque el esposo de mi hermana, sabiendo que los Emperadores ofrecian á qualquiera que entregase en su poder algun Christiano, todos sus bienes, determinó al punto venderme á los enemigos, declarando que era Christiano, para quedarse, en premio de su maldad, con la hacienda que mis padres le dexaron á la hora de la muerte encomendada, para que me la administrase; y habiendo entendido tal traicion, me hallé sumamente afligido, viendo que aún no estaba seguro en compañia de tan mezquino y codicioso Tutor. (¡Oh quántos tiene el mundo!) Pues faltando al temor de Dios y al parentesco, sin ser parte mi querida hermana, ni sus lágrimas y ruegos para templar su obstinada avaricia, procuraba con disimulada cautela entregarme para que me martyrizasen; y sabiendo esto con divina inspiracion, acordé dexarlo todo por su cuenta al Juez de vivos y muertos, y haciendo de la necesidad virtud, me retiré de lo poblado, huyendo á los Desiertos con ánimo de esconderme en alguna parte oculta, y esperar ver en qué paraban tantas calamidades; y andando muchos caminos, sin acertar con ninguno que me sirviese de alivio, vine á parar á la falda de este monte, que estaba entonces como ahora, cubierto de menuda hierba y de oloroso tomillo, que todo le hacía muy deleytable; y hallando á felíz dicha esta anchurosa cueva, que tantos años ha que me sirve de morada, me determiné entrar en ella; mas no entré tan fácilmente, porque me costó mucho trabajo para desviar una gran piedra que la servía de puerta; y como naturalmente los hombres apetecemos saber las cosas secretas, la registré con animoso cuidado, y hallé en ella esta florida palma, que con sus hojas pompo-

sas

sas y fértiles racimos, que de ella pendian, tapaba que por partes no se viese la luz, que por una claraboya la comunicaba el Cielo. Al pie de la palma habia esta fuente de agua dulce y cristalina, de la qual salía fuera un bullicioso arroyuelo, mas luego por un pequeño agujero, la tierra misma se la tornaba á sorber; y discurriendo por aqueste monte, hallé en él muchos arruinados Edificios, y unos yunques y martillos, ya mohosos y gastados, que se veían en ellos algunas monedas señaladas, que aquí labraban unos falsos monederos en aquel tiempo, que Marco Antonio se juntó con Cleopatra; y eligiendo yo este lugar, y amandole, como ofrecido de la mano de Dios, determiné perseverar en él toda mi vida, como con el favor Divino lo he conseguido, empleando el tiempo en oracion y soledad; la palma me ha servido con su fruto de mantenimiento, y sus hojas de vestido noventa y ocho años, y he estado con esto mas gozoso que si hubiera poseído todas las riquezas del mundo, fiado en que por los merecimientos de la Pasion y Muerte del piadoso Jesus, mi Dios y mi Señor me ha de dar la vida eterna.

¡Oh dichosa vida solitaria! alegre compañía de los tristes, vida santa, libre y segura de adulaciones y lisonjas. ¡Oh soledad perfecta, que infunde el Cielo en las regaladas imaginaciones! ¡Quién te amára, cada uno en el estado que el Divino Criador le ha puesto! ¡Quién te abrazára! ¡Quién te escogiera! ¡Y quién, finalmente, te gozára en sabroso silencio, dexando las visitas y comunicaciones supérfluas de las criaturas, para participar en esta vida mortal, como este Santo Anacoreta en los Yermos de Egypto, prendas ciertas del sumo bien, y felicidad de la Bienaventuranza!

CAPITULO XII.

COMO SAN ANTONIO dió noticia á San Pablo de muchas cosas que sucedieron en el mundo, por todo el discurso del tiempo que estuvo en la soledad.

HAbiendo dicho San Pablo á San Antonio lo que queda referido, prosiguió con su amable conversacion, diciendo: Hermano, porque la caridad lo sufre, decidme por vuestro amor, ¿en qué estado está el linage de los hombres; y si en las antiguas Ciudades se levantan Edificios nuevos, y quién es Emperador del mundo; y si acaso hay en la Tebáyda algunos, que se dexan engañar del demonio? Y San Antonio, obligado de su narracion, correspondió á fuer de agradecido, sin hacerse de rogar, dando-

dole noticia de su vida, y exercicios que observaba en el Yermo; presumese, que le decia: (1) Has de saber, que aquellos dos Emperadores Décio, y Valeriano, que reynaban á la sazon que te retirastes al Desierto, acabaron desastradamente sus vidas, como sus malas obras lo habian merecido. Decio murió en una batalla, quedando sepultado en un lago, sin poder ser socorrido de los suyos, y su cadáver no pareció, por diligencias que se hicieron. Valeriano fue vencido en batalla por el Rey de los Persas, el qual mandó le sacasen los ojos: y habiendolo executado, despues se servía de él para poner sobre él los pies, quando montaba á caballo; y por último, fue desollado, y perdigado con sal. A este siguieron en el Imperio Maximiano, hombre tosco y bárbaro, y Diocleciano; el qual imaginó, que arrancando de raíz todos los Christianos del Mundo, quedaria limpio de ellos. Lo que sé decir, que solo en esta Region de Egypto, fueron por su mandado martyrizados ciento y quarenta y quatro mil Christianos, y quarenta y ocho mil desterrados; además de los que martyrizaron en Africa, y Europa, que fueron hechas carnicerías; de suerte, que parecia, que esparcido el Infierno por todo el Mundo, no habia otros, que atormentadores, y atormentados; mas los Autores que mandaron executar tan impías crueldades, no se fueron sin su merecido castigo; porque á el bárbaro y cruel Maximiano le dieron sus mismos Vasallos garrote en la Ciudad de Marsella, pagando por justo juicio Divino, por este camino, la pena de su perpétua impiedad; y Diocleciano dicen, que renunció el Imperio; mas lo cierto es que se le quitaron, y acabó pobre y despreciadamente, aquel que se juzgaba con su altivéz y soberbia, Dios y Señor, á su modo de entender. A este se le siguió un pestífero hombre, llamado Manes, que desde Persia divulgó por todo el Orbe torpísimas necedades, y fingiendo ser el Espíritu Santo, enlazó á muchos en sus errores, de que se engendraron los Maniqueos, Soldados del Infierno; los quales han hecho notable daño en el mundo; mas el mismo Manes, por haber engañado con varias promesas á su Rey, fue desollado vivo, y sus carnes echadas á perros. Despues de estas persecuciones, fue Dios servido que succediese en el Imperio Constantino, hijo de Constancio, y Elena, Matrona Santísima, la qual, por su diligencia y cuidado, fue buscada y hallada la preciosísima Cruz en que murió Christo S. N. pa-

(1) *Flores Historiales, cap. 8. fol. 98.*

para que la reverenciase y adorase todo el Orbe, la qual estaba enterrada junto con la de ambos Ladrones en la Ciudad Santa de Jerusalén; y sin perdonar trabajos y gastos, fabricó muchos Templos en los Lugares donde se celebraron los Mysterios de nuestro remedio; y su hijo Constantino, así que se volvió Christiano, de tal manera honró y reverenció á Jesu-Christo, y de tal suerte fue por Jesu-Christo favorecido y prosperado, que parece que ambos andaban en competencia. El uno, en hacer servicios á Jesu-Christo, y su Divina Magestad en hacer mercedes á Constantino; á quien todas las cosas sucedieron con gran prosperidad y aumentos; y los Christianos por instantes se acrecentaban, gozando la Iglesia de su suma paz; pero en medio de tanta bonanza y tranquilidad, se levantó un pestilente cisma por un Presbítero de Alexandría, llamado Arrio; porque habiendo pretendido con altivéz y soberbia la Silla de aquel Obispado y no pudiendo salir con su pretension, hizo espada de su lengua moviendola contra Dios y su Iglesia, negó la Divinidad de Christo Señor nuestro, esparciendo sin rezelo la ponzoña de sus heregías, con que ha ocasionado muchas revueltas y escandalos contra la Santa Fe Católica. Por esta razon se ha celebrado Concilio intitulado Niceno, adonde acudieron las esclarecidas antorchas de todo el Orbe, vivas Reliquias de los Santos Triunfadores y no vencidos de Diocleciano, entre los quales asistió Nicolás de Bari, Espiridion, y otros Ilustrísimos Obispos y Prelados, hasta trescientos y diez y ocho, los quales condenaron á Arrio, y á todos sus sequaces, por cismáticos Hereges, y escribieron el Symbolo Niceno, para Regla de la Fe, con sumo gozo y regocijo de Constantino, viendo que la verdad triunfaba del Infierno, y de la ponzoñosa víbora de Arrio, á quien la Justicia de Dios castigó luego para exemplar escarmiento de los que le niegan, con un extraño género de muerte; porque queriendo satisfacer una necesidad corporal que le apretó á tiempo que iba á entrar con violencia, acompañado de mucha gente armada, en una Iglesia reventó las entrañas como otro Judas, por el lugar mas inmundo, como si tuviera su espíritu asco de su blasfema boca, pagando de esta manera los gravísimos daños que ha hecho, y causarán la falsedad de sus opiniones; y Constantino, habiendo reynado felízmente treinta y seis años, murió en Nicomedia, con que se dividió el Imperio en Constante, único Protector y amparo de la Fe, y en su hermano Constancio; los quales hoy viven, aunque desiguales en la Religion y cos-

costumbres; y al pronunciar estas últimas palabras, levantaron los ojos al Cielo Pablo y Antonio, y vieron que por el ayre venia volando un Cuervo, que se sentó en la verde rama de un roble, y desde alli tomando manso vuelo, se vino derecho para los Siervos de Dios, y les puso en su presencia un pan entero; lo qual estaba mirando con sumo gozo y admiracion; y viendo esto San Pablo, le dixo á San Antonio: *Mira, Hermano, como nuestro Señor es verdaderamente misericordioso, nos ha enviado sustento para entrambos; mas este celestial favor no es nuevo para mi; porque has de saber, que habrá mas de sesenta años, que me envia con este Cuervo cada dia medio pan, y ahora por haber tú venido, asiste á sus Soldados con la racion doblada*; y dandole gracias por el liberal beneficio que les hacia, humildemente comenzaron á contender sobre quien habia de partir el pan; Pablo decia, que esto le tocaba á Antonio por ser Huesped; y Antonio alegaba, que no, sino á Pablo, por ser mas anciano. Finalmente se concertaron, que cada uno asiese el pan por su parte, y de esta manera lo partieron, y despues de haber tomado este santo alimento, volvieron á dar gracias á Dios, y con sus pláticas del Cielo pasaron lo restante de aquel felíz dia en una virtuosa y amable conversacion, y lo mas de la noche estuvieron orando; y venida la mañana del siguiente dia, Pablo saludó á San Antonio, y le dixo: *Has de saber, Hermano, que muchos dias há que el Amado Jesus me dió á entender que habitabas en estas soledades, y que habiamos de ser Compañeros, y te habia de ver antes que muriese, (bendito sea, que así lo ha cumplido) enviandote para mi consuelo, y para que entierres mi cuerpezuelo; ó por mejor decir, para que restituyas la tierra á la tierra, porque ya es venido el tiempo de mi descanso, en que he de ser desatado de esta carne mortal, y ver á mi Criador, y gozar de la amorosa compañia de los Cortesanos del Cielo.* Oyendo estas palabras San Antonio, se enterneció sumamente, y sus ojos hechos fuentes de lágrimas, le rogaba que no le desamparase, sino que le llevase en su compañia; y Pablo compasivo á sus ruegos, le consoló diciendo: *No quieras, Hermano, lo que Dios no quiere; ni busques tu provecho, sino el de tus Religiosos. Bueno seria para ti dexar la pesada carga de la carne, y subir á las moradas eternas; pero para tus Súbditos conviene que habites mas tiempo en este mundo, y que los enseñes y encamines con tu exemplo á la Celestial Patria. Por tanto te suplico, me hagas caridad, si acaso en esto no recibes pena, de ir á tu Monasterio, y traerme el man-*

manto que te dió el Obispo Atanasio, para que envuelvas mi cuerpo, y le entierres; y esto le pidió, no porque á él se le diese mucho que su cuerpo se pudriese, cubierto ó desnudo, habiendole tenido tanto tiempo vestido con hojas de palmas, sino para que apartandose de él, no recibiese tanta pena con su muerte. Maravillado quedó Antonio por lo que le dixo del manto de Atanasio, siendo cosa tan secreta entre ambos á dos; y reconoció clara y distintamente, que el Espíritu Divino moraba en Pablo, al qual, como si viera en él á Christo, y reverenciandole en su pecho, no osó replicarle, sino derramando muchas lágrimas, y besandole los ojos y las manos, se volvió á su Monasterio, aunque no podia andar tanto como era su deseo, por la flaqueza de su cuerpo que estaba consumido con los ayunos, y tambien con los muchos años que tenia, que todo se le juntaba, y servía de impedimento para no caminar tan velózmente como su afectuosa voluntad quisiera; mas con todo esto el ánimo venció á la edad; y habiendo vuelto á su Monasterio, le salieron á recibir muchos de sus Discípulos; los quales le preguntaron: *¿Adónde, Padre nuestro, habeis estado tanto tiempo, que nos habeis causado gran soledad?* Y el Santo les respondió: *¡Ay de mí, hijos, y qué confusion tan grande me causa el haber visto un prodigio raro de santidad! Monge soy en el nombre, y no en los hechos: ¡Ay de mí, que he visto á Elías, y á San Juan en el Desierto! Y en verdad, que he visto á Pablo en el Paraíso, y me corro de parecer á sus ojos, siendo tan malo y tan grande pecador*: Y mostrando en su venerable aspecto mucho desconsuelo, sacó de su Celdilla el sobredicho manto; y viendo esto sus Monges, confusos y afligidos le suplicaban, que les declarase ¿qué significaba aquello, que les decia? Y el Sagrado Abad, poniendo el dedo en la boca, les dixo: *Tiempo hay, Hermanos, de callar, y tiempo de hablar*; y diciendo esto, salió del Monasterio con tanta priesa, que aun no se acordó de dar á su fatigado cuerpo algun sustento, y transportando su espíritu en el Divino Criador, se volvió por el mismo camino que habia venido, con tanto deséo y fervor de ver á su amigo Pablo, que sacando fuerzas de flaqueza aligeraba el paso, recelandose lo mismo que le sucedió, que no diese su alma á Dios en el interin que estaba ausente.

Y habiendo caminado la mayor parte del dia, levantando sus ojos al Cielo, vió entre los Celestiales Coros, y Gerarquías de los Angeles, y gloriosas compañías de los Profetas y Apóstoles, la felíz y bendita alma de Pablo, que

que la llevaban á los Cielos, mas blanca que la nieve, y que en círculo la cercaba una admirable y resplandeciente luz; y postrandose Antonio en la tierra, echaba polvo y arena sobre su cabeza en señal de su dolor, y con tiernos suspiros y tristes ayes, decia: *¿Por qué me dexas, Pablo? ¿Por qué te ausentas, sin despedirte de mi? ¡O qué tarde te conocí, y qué presto te he perdido!* Y el bendito Abad solia referir, que habia andado con tanta presteza lo que le restaba del camino, que le pareció que no andaba, sino que volaba; y entrando con este cuidado en la cueva, vió el cuerpo difunto, hincadas las rodillas en tierra, y la cervíz yerta, y las manos levantadas al Cielo; y creyendo al principio que estaba vivo y que oraba, se puso á hacer oracion junto á él; mas como no le oyó suspirar, como solía, reconoció que estaba muerto; y abrazandose con el cuerpo del Santo difunto, le bañaba en lágrimas, que hilo á hilo destilaban de sus ojos; y amortajandole con el manto de Atanasio, le sacó fuera de la cueva, rezando los Hymnos y los Salmos que se suelen decir á los difuntos, segun la tradicion y uso de la Iglesia; y queriendo darle sepultura, se afligió mucho, como no tenia instrumentos con que hacerla; mas nuestro Señor le sacó de este cuidado, porque quando menos lo imaginaba, vió venir dos robustos y ferocísimos Leones, levantadas sus ensortijadas vedijas por sus cuellos, corriendo con tanta ligereza que parecia que volaban, y el Santo con esta vista se atemorizó, aunque despues levantando su corazon á Dios, quedó sosegado, y sin temor ninguno los esperó, y vió que se vinieron derechos, como si fueran dos mansas ovejas, donde estaba el Santo cuerpo; y postrandose á sus pies, le halagaban, y daban grandes bramidos, llorando su muerte, en la manera que podian manifestando su sentimiento; y desviandose á un lado, comenzaron á cavar la tierra con sus manos y fuertes uñas, sacando arena á porfia, hicieron una sepultura muy capáz, y luego como pidiendo su galardon por el trabajo que habian tenido, se llegaron á San Antonio baxada la cervíz, y moviendo las orejas y lamiendole las manos, le pedian su bendicion; y viendo esto el Santo, dió gracias á nuestro Señor, por ver que aún los animales irracionales le reconocian por Dios; y alzando sus ojos al Cielo, les echó su bendicion, diciendo: *¡Oh amantísimo Jesus, Fuente de toda bondad y misericordia, Guia y luz de mi vida, Consolador Celestial, unico y poderoso Rey, sin cuyo consentimiento no cae una hoja del arbol, ni se mueve un paxarillo en el ayre! Dad á estos animales lo que ve*

vuestra infinita sabiduria que piden; y haciendoles la saludable señal de la Santa Cruz en sus frentes, los mandó que se fuesen; y entonces los Leones, como si fuesen capáces de razon, dando muestras de agradecimiento, le obedecieron, dexandole solo con el Santo cuerpo; el qual tomó sobre sus débiles y cansados hombros, y le metió en la sepultura, cubriendole de tierra y lágrimas que despedian sus ojos; y habiendo concluido con esta piadosa obra, se despidió del bendito cadáver, y se volvió á su Monasterio, y en él refirió á los Monges lo que le habia sucedido, y como traía consigo una preciosa herencia del piadoso heredero de los bienes del difunto, que habia muerto sin hacer testamento, y aplicó para sí la túnica de hojas de palma, que él mismo habia texido para su vestido, la qual era hecha á manera de espuerta; y estimó San Antonio tanto esta túnica, por haber sido de San Pablo, que las Pasquas y Fiestas solemnes se la ponia, como vestidura rica y preciosa de inestimable valor. Rafaél Volaterrano, dice, (1) que por revelacion Divina fue al fin de muchos años hallado el bendito Cuerpo de San Pablo, y llevado á Ungría, á la famosa Ciudad de Buda, y puesto en un Templo consagrado á su nombre, donde hay Religiosos de su Hábito, Varones muy espirituales, que sirven á Dios con toda perfeccion.

CAPITULO XIII.

NUESTRO SEÑOR REVELO á San Antonio la persecucion, que habian de levantar los Hereges Arrianos; y como fue á Alexandria á oponerse contra su furor.

ESTando el bendito Abad un dia en fervorosa oracion, fue nuestro Señor servido de mostrarle en una vision el daño que los Hereges Arrianos habian de hacer en el mundo, y en especial en la Ciudad de Alexandría; (2) y al punto que oyó estas dolorosas nuevas, suplicó á Dios, que no permitiese tan grande calamidad en su Iglesia, como aquella vision amenazaba; porque vió, que muchos mulos y bestias, con increible furor, daban de coces en el Altar del Altísimo, y le destrozaban y derribaban por el suelo, y que aquellas bestias eran los Hereges, que en breve tiempo arruinarían las Iglesias, y destruirían los Altares; mas el Divino Criador, para consuelo de su Siervo, juntamente

(1) *Lib. 1. Historia Antoniana, fol. 33.* (2) *Flos Sanct. de Ribaden. fol. 98.*

te le manifestó el glorioso fin que tendria la Iglesia Católica despues de pasada la terrible tempestad, y como victoriosamente triunfaría de todos sus enemigos, y floreceria con mayor prosperidad y gloria, que antes habia tenido; y así sucedió, que de allí á breves dias que tuvo el Santo esta revelacion, permitió el Soberano Señor, para castigo de la disolucion y pecados que se iban acrecentando entre los Christianos; y para apartar la paja del grano, y afinar y purgar mas sus Siervos con el viento de la persecucion, que por muerte de Constantino Magno, y de su hijo Constante, que eran Emperadores Católicos, quedase por Señor absoluto de todo el Imperio Constancio; (1) el qual, inficionado de la heregía de Arrio, amparó de tal calidad á los Discípulos que habian quedado ocultos del perverso Herege, que con su favor se atrevieron, sin ningun rezelo, á publicar las pestilentes blasfemias que su diabólico Maestro les habia enseñado, y levantaron tal cisma y espantosa guerra contra la Iglesia Católica, que ni las persecuciones de los Gentiles, en comparacion de esta se le igualaron: y fue tan cruél y furiosa, que como un diluvio, inundó y anegó todas las Provincias del Oriente, sin perdonar las del Occidente; porque los enemigos de Christo, tenaces en la maldad, se mostraban tan terribles, indomitos y crueles, que nunca en los ásperos Desiertos de Arabia, ni en los espantosos Yermos de Etyópia, ni en las bravas montañas de Lidia, se criaron otras serpientes mas fieras, ni el Mundo produxo tan abominables hombres, pues con sus sacrilegios y vicios, destruían á todos los que moraban en la tierra, y escandalizaban á los Gentiles; de calidad, que por esta causa aborrecian de muerte, sin distinguir los buenos de los malos, á todos los Christianos, pensando que todo era gente perjudicial y dañosa en la República; y el Emperador, por dar gusto á la Emperatriz Eusebia su Esposa, que era Herege, no dexó á ningun Católico Obispo en sus Iglesias, y desterró injuriosamente á los Sacerdotes, Diáconos, y demás Christianos; y tan general fue esta persecucion, que tampoco estuvo San Antonio, en el retiro de su soledad, libre de las calumnias y maldades de los perversos Hereges; porque viendo la opinion tan excelente que tenia de santidad en todo el Mundo, dixeron, por engañar á los Católicos, que tam-

(1) *Historia General de España. Illescas, en la Historia Pontificia, lib. 2. cap. 3. folio 73. Ribadeneyra, en la vida de San Atanasio, fol. 163.*

bien Antonio era Arriano, y de su faccion de ellos; (1) y teniendo noticia de esta falsedad San Atanasio, escribió una Carta á su amado Padre, dandole cuenta, como le habian desterrado afrentosamente de su Iglesia, y los trabajos que padecia, porque defendia la verdad de nuestra Santa Fe Católica, y que por esta razon le suplicaba, que fuese á la Ciudad de Alexandria á oponerse contra el furor de los Heseges, para darlos á entender la falsedad de sus errores, y con su venerable presencia consolase á los afligidos Católicos, y desvaneciese con su doctrina la mala voz que contra él los enemigos habian divulgado.

Y habiendo recibido el Sagrado Abad la Carta, aunque á la sazon era muy anciano, sacando fuerzas de flaqueza, determinó al punto de ponerse en camino, para atajar aquel incendio y voráz contagio que amenazaba consumir todo el Mundo; y para que no peligrasen sus Religiosos, y cayesen en los errores, que los Hereges por todas partes cautelosamente andaban sembrando, antes de ponerse en camino les previno que estuviesen con cuidado, y huyesen de la comunicacion de los que estaban apartados de la Iglesia Católica, y les dió noticia de la razon, que le movia á dexar el Yermo, y ponerse en aquel peligroso viage; y para su consuelo, les dexó en su lugar á San Macario Alexandrino; y oyendo estas tan tristes nuevas, todos querian ir en su compañia, mas el Santo no consintió que le acompañasen, sino solo seis Monges, que le parecieron ser mas dispuestos para padecer trabajos; y á pie y descalzo, sin llevar ninguna recámara, estrivando su cuerpo sobre una cayadilla, se puso en camino con tanto deseo de padecer por el Amor Divino, que sería empresa desigual á mis fuerzas querer ponderar el espíritu, aliento y ligereza con que caminaba, buscando en todas las cosas la honra y gloria de Dios, y con este ardiente deseo llegó á la Ciudad; y lo que le sucedió en ella, veremos en el capítulo que se sigue.

CAPITULO XIV.

LO QUE LE SUCEDIO á San Antonio en la Ciudad de Alexandría, en la persecucion que levantaron los Arrianos contra la Iglesia Católica.

HAbiendo llegado San Antonio á Alexandría, con notable valor y fortaleza, venciendo grandes dificultades, menospre-

(1) *Histor. Anton. lib.* 1. *cap.* 33.

preciaba, sin temor de la muerte, la braveza y furia de los enemigos de Christo, y con invencible ánimo, se puso á vista de un gran número de Infieles, y Hereges, en mitad de la Plaza mayor, donde, como otro Elías, arrebatado del zelo de la honra de Dios, públicamente condenó la diabólica Secta de los Arrianos; y dió á entender su falsedad y malicia, y el testimonio que le habian levantado, diciendo que era Arriano, y de la faccion de ellos.

Oyendo esto muchos Cismáticos, se quedaron absortos, confusos y corridos, viendo que un Varon tan excelente en santidad, como Antonio, les reprobaba, condenaba, y anathematizaba su Secta; y fue tanto el asombro y turbacion que les causó, que no se atrevieron aún los mas atrevidos, á contradecirle; y viendo el Santo con la atencion y silencio que le oian; como piadoso Padre, para que se reduxesen los unos y los otros al verdadero camino, y tuviesen perfecto conocimiento de la Católica Fe, explicó en altas voces, con gran sabiduría y gracia, los mas principales Mysterios de nuestra Santa Fe, en que declaró la creacion del hombre y del mundo; (1) y dió á entender el inefable y profundísimo Mysterio de la Beatísima y Santísima Trinidad, y el Mysterio Sagrado y amoroso de la Encarnacion del Hijo de Dios, y los trabajos de su vida santísima, desde que nació, hasta que se puso en la Cruz, y como resucitó al tercero dia, y subió al Cielo por su propia virtud, y está sentado á la diestra de Dios Padre, estando tan vivo y entero como en el Cielo, en el Santísimo Sacramento del Altar, Sacramentado en la tierra, cuya Santísima presencia no la puede dividir ni apartar ausencia alguna; porque uno de los mayores atributos de Dios, que todos son iguales, es el estár en todo lugar por esencia, presencia, y potencia. Aseguró por verdad infalible la venida de nuestro Señor á juzgar vivos y muertos al fin del mundo, y explicó el valor de los Santos Sacramentos, y de la Penitencia, que es el reparo de nuestros naufragios; la qual tiene tanto valor, que con ella y la gracia, se nos borran los pecados: y concluyó, refiriendo las admirables excelencias de la siempre Virgen María, Reyna de los Cielos, Princesa de los Angeles, Tesoro del Padre, Relicario del Hijo, y Amor del Espíritu Santo; y con estas Pláticas ó Sermones que predicaba, movia tan eficázmente á los oyentes, (2) que á vandadas le seguian hombres, mugeres, y niños, y dexaban las casas,

(1) *Basilio Santóro, fol. 91.* (2) *Hist. Anton. fol. 36.*

sas desiertas, por gozar de sus saludables exórtaciones; y no tan solamente eran los Christianos los que hacian esto, sino tambien los Infieles, y Sacerdotes de los Idolos le seguian como por cosa de prodigio, y en altas voces le aclamaban, diciendo: Dexadme ver al Siervo de Dios; y con este fervoroso deseo porfiaban pasar por entre la multitud de la gente, para reverenciarle, y tocar, como á cosa sagrada sus hábitos; y aunque oía el bendito Abad estas aclamaciones, era así como los rayos del Sol, que pasan por todo, y no se les pega nada de la tierra; porque sin hacer aprecio de las alabanzas que le decian, mas humilde, quanto mas aplaudido, socorria á los unos y los otros, y los consolaba, y á vista de todos sanaba á los enfermos y espiritados, para que los hombres estragados en la Fe, engañados por el espíritu del error, pervertidos por su incredulidad y mismo juicio, no pudiesen negar las maravillas que obraba Dios, en confirmacion de las verdades Católicas que les decia; y eran tan eficáces, que convirtió en poco mas de un año, que estuvo esta vez en Alexandría, mas de cincuenta mil Infieles, y reduxo á muchos que estaban apartados del Gremio de la Santa Iglesia; y el demonio, no pudiendo con su envidia tolerar los felíces progresos de Antonio, procuró oponerse contra él, dandole nueva guerra; y para lograr mejor su malicia, disparó sus tiros contra la vana sabiduría de algunos Filósofos, incitandoles que fuesen á disputar con él, juzgando que como no habia cursado Escuelas, que por aqui fácilmente le afrentarian, y obscurecerian su fama; mas el Supremo Señor, por cuya disposicion se gobierna todo el Universo, y no hay cosa, trabajo ni tribulacion que nos sobrevenga, que todo no sea dispuesto por su infinita providencia, dió á entender á su Siervo, con el dañado intento que le habian de venir á argüir algunos fantásticos Filósofos; (1) y con este celestial aviso aguardaba que viniesen á su presencia; y quando fueron llegados, antes que le propusiesen ninguna qüestion, les preguntó: Decidme grandes Letrados: ¿Quién fue primero en el mundo, el sentido, ó las letras? ¿O quién nació de quién, ó el sentido de las letras, ó las letras del sentido? Y respondieronle: que primero habia sido el sentido; que las letras fueron inventadas del sentido; ¿luego mejor es el entendimiento sin letras, que las letras sin entendimiento? Al punto que oyeron los Filósofos estas mysteriosas razones, se queda-

(1) *Histor. Anton. cap.* 31. *fol.* 35.

daron confusos, viendo que su interior malicia habia sido descubierta del Santo.

Luego que se ausentaron estos Filósofos, vinieron otros, no por deseo de verle, sino por hacer escarnio de él; y muy confiados en su necia sabiduría, empezaron á preguntarle por los Mysterios de nuestra Santa Fe; y entre otras preguntas que le hicieron, reparaban mucho, en que era cosa indigna de Dios, que hubiese sido preso, azotado, abofeteado, y muerto en Cruz. Dixoles San Antonio: Pues ahora bien; ¿vosotros creeis todo lo que en los Libros de los Christianos está escrito? Si no lo creis todo, ¿de qué os servirá creer, que fue solo atormentado y muerto el que adoramos por Dios? Y así, no nos deis baldón con eso; y si lo creeis, sabed, que adonde se dice que fue crucificado, tambien se dice que resucitó: adonde se dice que padeció hambre, se dice que dió de comer á cinco mil hombres, con cinco panes de cebada, y dos peces; donde se dice que fue hombre pasible, se dice que fue verdadero Dios. Los Christianos creemos lo uno y lo otro, y por eso no hay para que nos deis con lo afrentoso de nuestro Dios, pues no parámos alli, sino que pasamos á lo glorioso y honroso; haced vosotros lo mismo; creed todo lo que creemos los Católicos, ó no creais nada; y así no tendreis de qué calumniarnos.

Mas estadme atentos, y vereis lo diferente que vuestros Libros dicen de los Dioses falsos que reverenciais, que es afrenta creer Deydad en ellos; porque adorais á Júpiter adúltero, á Saturno homicida, á Venus ramera, y otros Dioses semejantes; y tan falsos, como vuestra imprudente necedad los confiesa.

Y si no, decidme, ¿qué prodigios hicieron vuestros viciosos Dioses? Porque nunca hicieron milagros, como los hizo nuestro Dios, y en su Santo Nombre los hacen sus Siervos; y porque veais que es verdad lo que digo, en vuestra presencia he de hacer la experiencia; con que instantáneamente sanó algunos enfermos incurables, solo con hacerles la saludable señal de la Santa Cruz, dexando con estas grandes maravillas atónitos á los incrédulos, y afrentados á los Filósofos Gentiles, que enmudecieron, sin poder responder ni resistir el Espíritu de Dios que moraba en Antonio, pues con su Divina gracia obraba tan portentosos prodigios con sumo gozo de los Católicos, por ver que la verdad vencia á la mentira, y la Christiana Sabiduría á la vana Filosofía; y el verdadero y solo Dios, triunfaba de los falsos Dioses, con general aplauso y estimacion del Santo; el qual, en quantas ocasio-

siones se le ofrecieron en el discurso de su vida, que fueron muchas, siempre venció á diversos Filósofos de gran fama, que quisieron temerariamente disputar con él, por hacer escarnio y chanza de su sabiduría, pareciendoles, que como habia pasado su juventud en las soledades, y contínuamente moraba en los Yermos, ausente de la política, trato y conversacion de los Cortesanos del siglo, era mas ignorante, que sabio; pero el bendito Antonio, con su humildad los convencia de género, que los dexaba admirados con la agudeza de su ingenio, y presteza en el decir tan profundas y sólidas razones, con que confirmaba y probaba lo que decia; porque aunque no habia estudiado, ni revuelto los Libros de los Filósofos del mundo, habia sido interiormente enseñado del Soberano Señor, para que conociesen los doctos presumidos, que todo su saber es ignorancia, y que solo se puede llamar sabio enteramente aquel á quien Dios enseña, como á nuestro Padre; que á la sazon escribió siete Epístolas con suma erudicion y espíritu, sin faltar á sus contínuas penitencias, Pláticas y Sermones que hacía, para confundir á los Hereges, fortalecer á los Católicos, y enseñanza de sus Monges Arsinoítas. Llamábalos el Santo así, segun escribe el Padre Maestro Fr. Francisco Vicario, (1) porque moraban en el Monte Arsinoe, á los quales San Gerónimo, como dexamos dicho, intitula Cenobítas.

La primera, trata del Divino llamamiento al servicio de Dios, y como se ha de invocar su auxîlio, para sujetar los movimientos y malas inclinaciones del cuerpo.

La segunda, la obligacion que tenemos de estár con vigilancia, y fuertes, para librarnos de las asechanzas y tentaciones de los demonios.

La tercera, los inumerables beneficios que hemos recibido del Soberano Criador, y lo mucho que estamos obligados á la correspondencia con su Magestad Divina.

La quarta, de los dos Precursores de Christo, y del Mysterio de su Santísima Encarnacion.

La quinta, del sumo gozo de los Angeles, y del cuidado que tienen de nosotros mientras vivimos, para que perseverémos en la virtud.

La sexta, la venida de Christo á juzgar vivos y muertos, y del conocimiento de nosotros mismos, considerando nuestra vileza y poquedad.

La septima, de la grandeza y Omnipotencia de Dios, para que con

(1) *Fray Francisco Vicario, de Veteri Monachatu, t. 1. lib 3. c. 2.*

con su ayuda depravemos, y nos apartémos de la falsa doctrina del pérfido Arrio, y sus Sequaces.

Las quales Epístolas, dice San Gerónimo, que todas fueron trasladadas en Griego, y en diferentes Lenguas, para que las participasen los Fieles; y que antiguamente, en particulares Iglesias de Egypto se leían en las Misas, y las veneraban tanto, como si fueran del Apóstol San Pablo; año de 1644. dichas Epístolas se imprimieron en Lengua Latina en París, á costa de Egidio Morelio, Impresor Real, y se hallan en la Bibliotéca Magna *Veterum Patrum*, *t.* 3. *f.* 18. Tambien Tritémio afirma, que escribió el Santo otra Obra en dos Libros, que llamó Melisa, que quiere decir abéja; la qual está en el quinto Tomo de la Bibliotéca Santa, impresa en París año de 1589. Pero escribe el P. Ribadeneyra, (1) que le parece que aquellos Libros no son de San Antonio; y así, dexando este punto para el devoto que lo quisiere averiguar, para mayor obsequio y gloria suya, dice San Gerónimo, que en esta ocasion que estuvo el Sagrado Abad en Alexandría, visitó al Filósofo y ciego Dídimo, Varon tenido por milagro de sabiduría; y lo que pasó entre los dos, se describe en el Capítulo que se sigue.

CAPITULO XV.

COMO SAN ANTONIO conversó con Dídimo, y se dice quien fue.

Dídimo fue natural de la Ciudad de Alexandría; y siendo de edad de tres ó quatro años, padeció una peligrosa enfermedad, de que le procedió perder la vista; y fue cosa maravillosa, que con ser tan docto, nunca aprendió las letras ni tuvo noticia de la forma y hechura de los caractéres, ni los vió ni conoció en su vida; y con todo esto, dice San Gerónimo, que fue muy agudo Dialéctico, Aritmético, Matemático, Geométrico, y en la Retórica y Arte de decir, pocos, ó ninguno habia mejores que él, teniendo sola la Naturaleza por Maestro; porque nunca fue á oír Preceptor alguno; y junto con esto, fue adornado de tanta gracia de la espiritual sabiduría, y entendimiento de las cosas divinas, que verdaderamente se cumplió en él lo que está escrito: *El Señor alumbra á los ciegos*; y por venir á tan alto grado de ciencia, interpretaba á la letra el Nuevo y Viejo Testamento; declaraba los preceptos y doctrina tan sutílmente, que excedia en el conocimiento de estas co-

(1) *Ribad. en la Vida de San Antonio, fol. 99.*

cosas á todos los antiguos: pues sucedió, que estando San Antonio conversando con él, le preguntó ¿si le daba pena el verse ciego? Y como Dídimo se turbase y no le respondió, tanto le apretó el Santo, que llanamente le confesó que su ceguedad le afligia. Entonces nuestro Padre, con divino impulso, le dixo que se maravillaba mucho, que un hombre tan docto tuviese pena de no tener los ojos que las hormigas y mosquitos tienen, debiendose conformar con la voluntad de Dios, y alegrarse mas por tener la vista de los Santos y amigos del Señor. Esto le dixo, conociendo con luz del Cielo, que en Dídimo no habia muy perfecta santidad, y no se engañó; (1) porque despues dexó Dídimo el camino real, y vino á estár mas ciego en el alma que en el cuerpo. Apartóse de la doctrina de la Iglesia, vencido de el amor, ó por mejor decir, de la comunicacion y estrecha amistad que tuvo con los Hereges, y en particular con Orígenes; y los huevos que aquel infelíz ingenio puso, él con su industria los empolló y sacó á volar, para mayor tormento y daño suyo; con que no ha quedado de Dídimo mas memoria en la Iglesia, con ser sus obras muchas, sino solo los Libros del Espíritu Santo, que trasladó S. Gerónimo, y sobre las Epístolas Canónicas; todo lo demás dió al traste miserablemente.

Y para que nadie se engañe, se advierte que hubo en aquel siglo otro Varon llamado Dídimo, Monge de gran santidad; de quien dice Evagrio, que pisaba sobre los Escorpiones y Aspides, como sobre gusanillos, sin recibir de ellos perjuicio ni daño alguno.

Esto quéde dicho para nuestro exemplo, y para que abramos los ojos y no nos fiemos del ingenio ni de la santidad, quando en un punto se aparta lo uno y lo otro de la universal Iglesia, y de sus tradiciones; y para que entendamos todos los Católicos, quan perniciosa cosa es el tener amistad y comunicacion con Hereges; porque mas presto arrastrará el malo al bueno, para hacerle tan ruin como él, que el bueno reduzca al malo en perfecto y virtuoso. Por esta razon San Antonio aconsejaba á sus Monges que huyesen de la comunicacion de los Hereges, los quales disfrazados con capa de Religion y virtud, no hay gente mas pestífera y dañosa en la República, porque sus palabras cunden como cáncer. Comparábalos el Santo con el Caballo Troyano, que lleva-

(1) *El P. Fr. Gerónimo de Sigüenza hace memoria de la caida de Dídimo en la Vida de San Gerónimo, lib. 5. cap. 8. fol. 668.*

vado de una fingida especie de misericordia, tenia en su vientre cautelosamente exércitos de hombres, armados de furor é ira, para destruir la Ciudad.

Y así el Evangelista San Juan dice, (1) que lo mas acertado es, que huyamos de ellos; y aunque los encontremos, no los saludémos, ni aún fingidamente queramos su amistad.

Y San Ignacio su Discípulo (2) nos enseña á huír de qualquiera que no siguiere la doctrina de la Santa Iglesia Católica, ni que se trate con él, aunque sea hermano, hijo, ó padre, ó su mismo Rey; que primero es el hermano de los hermanos, el hijo de los hijos, y el Padre de los Padres, y el Rey de los Reyes, Christo Señor nuestro.

El glorioso San Policarpo observó esta Doctrina de tal suerte, que yendo una vez por la Ciudad de Roma, le preguntó Marcion Herege, ¿que por qué se apartaba de él, pues le conocia? Y el Santo le respondió: (3) *Y aún por eso me aparto de tí, porque te conozco por hijo primogénito de Satanás*; y de este género le dexó corrido y avergonzado.

Tambien toda una Ciudad se despobló, y los moradores de ella se pasaron de Africa á España; porque Honorcio, Rey de los Vándalos, Arriano, y cruelísimo perseguidor de los Christianos, les dió por Obispo á un Herege: con que mas quisieron aquellos buenos Christianos dexar voluntariamente su patria y hacienda, que tener por Prelado á un excomulgado.

No es de menos enseñanza lo que dice el Padre Ribadeneyra, (4) que estando una vez unos muchachos Católicos, en un Lugar del Reyno de Francia en la calle jugando á la pelota, pasó un Herege á caballo, y la pelota con que jugaban, acaso topó en la cabalgadura en que iba, y los muchachos no se atrevieron á tocar la pelota, ni tomarla en las manos, teniendola por cosa maldita y contaminada: con que se conoce, quan gran piedad y recato tenian sus padres, pues tan bien enseñados estaban sus hijos, con ódio y aborrecimiento de todo lo que es contrario á nuestra Santa Religion. Este exemplar deben considerar los Padres de familias, atendiendo del género que los antiguos criaban á sus hijos; y el daño que se les siguió á otros, por no haber tenido cuenta con tan necesaria obligacion, verémos en el párrafo que se sigue.

Y fue el caso; que en la Ciudad

(1) *S. Juan num.* 2. (2) *S. Ignacio Ep.* 9. *n.* 10. (3) *Lib.* 2. *de las Tribulaciones del P. Ribad. cap.* 8. *fol.* 348. *Nave, volumen* 2, *Gen.* 17. (4) *Lib.* 2. *de las Tribulaciones, cap.* 8. *fol.* 248.

dad de Leon de Francia (1) se introduxo un Maestro para la enseñanza de sus hijos. Era hábil en letras, pero muy artificioso, y perverso Herege en lo interior, y en lo exterior fingia ser virtuosísimo Católico; el qual, con su sagáz industria, vino á tener por discípulos los hijos de la gente mas principal y lucída de la Ciudad, á quienes mañosamente inficionó poco á poco en los errores de su falsa doctrina, y quando se vino á conocer el daño, no tuvo remedio, porque á la sazon eran los niños de edad muy crecida; y como muchos de ellos eran Caballeros, y habian entrado en los cargos de la República y tenian mucha mano en ella, favorecian al Maestro con todo su poder, no sin mucho sentimiento de los Católicos, que buscaban camino para remediar tan grave daño, y castigar al Herege Maestro; y andando con este cuidado sucedió, que un dia del Corpus, pasando la Procesion por la calle y casa donde el Maestro vivia, dispararon al mismo tiempo una piedra contra el Sacerdote, que llevaba el Santísimo Sacramento; y viendo el pueblo tan gran desacato y diabólico atrevimiento, creyeron que aquella injuria venia conducida de la casa del Maestro; y entrando en ella los zelosos y amigos de la honra de Dios, hallaron al miserable bien descuidado, por quanto él no era culpable en aquel sacrílego pecado: mas no obstante esto, le hicieron pedazos, pagando de esta manera, aunque no tanto como merecia, el daño que habia hecho en aquella Ciudad.

Yo he traído aqui este suceso, para que se entienda el perjuicio que casi sin sentir puede hacer un mal Maestro en los tiernos jóvenes de la República; porque las Escuelas y Estudios de los muchachos, son como las fuentes públicas de las Ciudades, que si manan agua limpia y saludable, da vida y salud á los que beben de ellas; y si por el contrario, traen agua turbia y emponzoñada, les son causa de corrupcion y muerte; y para evitar este daño los Señores que gobiernan la República, deben, para mayor gloria de Dios, asegurar y limpiar estas fuentes, y proveer á los niños de tales Maestros, que les den, como buenas amas, el pecho, y los crien y sustenten con la leche limpia y sana, de santa vida y doctrina; y es tan grave esta obligacion, que pudiera referir acerca de este punto muchos exemplares que nos sirviesen de aviso; mas por no hacer mas larga digresion, volveré al

(1) *En las Obras del P. Ribad. en la Vida del P. Diego Lainez lib. 3. cap. 4. fol. 280.*

al propósito de donde salí, refiriendo en el capítulo que se sigue, como la Magestad de Dios castigó á un Herege, porque se descompuso contra nuestro Padre San Antonio.

CAPITULO XVI.

EL CASTIGO QUE DIO el Cielo á un Herege, porque se descompuso con San Antonio; y como cesaron las persecuciones de los Arrianos, y vió restituido el Santo en su Iglesia á San Atanasio.

ESTando San Antonio en Alexandría reprimiendo el furor de los Hereges, (1) á quienes por instantes dexaba confusos y avergonzados, y á los hijos de la Iglesia Católica alegres, constantes y animosos para padecer por Christo, le dieron noticia de un Capitan muy servicial y lisonjero del mal Emperador Constancio, llamado Blacio, que era gran Herege, y profesor del infelíz Arrio; y tan imitador suyo en perseguir á los Católicos, que en esta parte le hizo conocida ventaja en las increíbles crueldades, y torpes sacrilegios que executaba; y para evitar el Santo el daño que hacía, le escribió una carta con palabras corteses, llenas de amor y caridad, en que le decia, que no maltratase á los Católicos, y dexase sus impías crueldades, y la ceguedad de sus falsos errores, y abriese los ojos, y viese sin pasion alguna la Religion Católica, tan confirmada con portentosos milagros, como en todo el mundo han resplandecido, en abono y prueba de su verdad; y que aunque no la venerase tanto por esto, la debia adorar y recibir solo por la honestidad y virtud, que en la Católica Fe se observa.

Y habiendo leído Blacio la carta con ayrado semblante, haciendo mofa y escarnio de lo que en ella se contenia (porque es propio de los Poderosos del mundo, hacer reputacion de que ninguno se atreva á corregirlos, y toman por agravios los beneficios que se hacen en bien de sus almas) la hizo pedazos, y la arrojó en el suelo, sepultandola debaxo de sus atrevidos pies, y pestilentes y asquerosas salivas, despedidas de aquella hedionda y blasfema boca, que no cesaba de decir afrentosos oprobios contra la santidad de Antonio; y al Mensagero que le llevó la carta, le trató muy mal de palabra y obra; y juró, que desde alli adelante, en lugar de enmendarse, habia de perseguir mas á los Católicos, y extirpar de todo el mundo nuestra Santa Religion; mas presto se le siguió su merecido castigo.

Por-

(1) *S. Atan. S. Ger. Basil. Santóro, en la Vida del Santo.*

Porque, como dice San Pablo, (1) fiel es el Señor, y no permite que sea alguno tentado, mas de lo que puede sufrir; porque aunque da permiso que vengan sobre los suyos trabajos, fatigas, persecuciones, y otras calamidades, siempre tiene la rienda en la mano, para no dexar obrar al malo todo el daño que podria hacer al bueno. Y así, yendo de allí á pocos dias el blasfémo Herege montado sobre un manso caballo, volvió el bruto la cabeza, y con sus dientes asió de un muslo del soberbio Capitan, y le arrojó al suelo, donde obró con él lo propio que él habia hecho con la carta del Santo, arrastrandole y pateandole de tal género, que si no hubiera sido de presto socorrido de los suyos, allí le hubiera dexado sin vida: mas poco le valió el socorro humano; porque quando Dios castiga á uno, no hay socorro ni fuerzas que le puedan resistir; y así Blacio quedó tan mal parado y herido de la mano del Altísimo, que todo el tiempo que despues vivió, que fueron cabales tres dias, padeció rabiosos y desesperados dolores, y con ellos se le arrancó su excomulgada alma, para padecer eternamente en el Infierno el premio de las grandes ofensas que habia hecho contra Dios, y la irreverencia y agravio que hizo á su Siervo; dandonos á entender el Señor por este exemplar, quánto siente las ofensas que se cometen contra los que le sirven, y la veneracion que quiere que se tenga á sus avisos y exôrtaciones.

Y habiendose luego publicado el desastrado fin que tuvo el atrevido Capitan, y de la calidad que fue, por un manso caballo castigado, escogiendole el Divino Criador para que fuese instrumento y azote de su justicia, y para que todo el mundo conociese lo que estimaba á su querido Antonio, fue tan excelente el respeto que le tuvieron todos los Infieles y Hereges, que nunca mas se atrevieron á injuriarle; antes se quedaban confusos y admirados en su presencia, porque los reprimía con la gravedad de sus palabras, y con la compostura y modestia de su venerable aspecto, y graciosa hermosura de su bendito rostro, que siempre le tenia resplandeciente y afable; como Varon, que contínuamente meditaba en las cosas celestiales, y por esto era conocido entre todos sus Monges, por la Divina gracia que en él resplandecia; y así, podemos decir de él lo mismo que dixo la Es-

(1) *San Pablo*, 1. *Cor.* 10.

Esposa de su Esposo, que era blanco y colorado, y escogido entre millares; que aunque á Christo Señor nuestro conviene por excelencia, pero tambien á Antonio por participacion; el qual era de Dios tan favorecido que no hay lengua humana que lo pueda explicar; pues por sus contínuas lágrimas, oraciones y penitencias, permitió el Divino Señor, ante quien los mas altos Serafines tiemblan y encogen sus alas, que Constancio dexase por algun tiempo su terrible y bárbara persecucion, mandando restituir en sus Iglesias á los Prelados que estaban desterrados, siendo uno de ellos San Atanasio; el qual volvió á Alexandría, donde fue recibido de San Antonio, como si viniera del Cielo, porque lo deseaba por instantes ver á su dignísimo hijo, que era la luz del mundo, amigo de los Angeles, imitador de los Profetas, succesor de los Apóstoles, y fortísimo vencedor, que venia de pelear las batallas del Señor, y de triunfar de la espantosa guerra y crueldad de los Hereges.

¿Mas quién podrá ponderar el excesivo gozo que recibieron, veneracion, respeto y modestia con que se abrazaron, y con la devocion y alegria que se saludaron, mostrando en su exemplar plática y saludables palabras, el Divino amor que moraba en sus corazones, y lo consolados que estaban de sus pasados trabajos, y lo favorecidos que se hallaban del Cielo con la luz de la paz que amanecia en todos los Fieles Christianos, librandoles de la tempestad y nubloso invierno de las tribulaciones, para que gozasen de la serenidad de una felíz Primavera? y el bendito Abad, habiendo estado despues algunos dias en Alexandría, tan reverenciado de los hombres como si fuera un Angel del Cielo, que tanto como esto merece una vida pura y santa, y obras prodigiosas de caridad que exercitaba con el próximo, especialmente con los pobres, y mugeres viudas, á quienes socorria con las limosnas que pedia para este efecto entre la piedad de los Fieles de aquella Ciudad, donde introduxo sin mas hacienda que su fervoroso zelo, un Hospicio en la casa de un devoto, que despues con el tiempo se llamó de San Antonio, para curar á los enfermos, recoger á los peregrinos, y enseñar á los insipientes y niños la Doctrina Católica; por cuya razon no es de maravillar que fuese tan amado de todos, pues se ocupaba en obras tan aceptas á los ojos de Dios, y de sumo beneficio para los moradores de la Ciudad, los quales quisieran que habitára siempre en ella; pero el

Santo por estár mas recogido, ordenó de volverse al Yermo; y antes de ponerse en camino con entrañable devocion y ternura visitó los sepulcros de los Mártyres, á quienes en la persecucion de Diocleciano habia dado á los mas honorífica sepultura; y encomendandose á ellos para que le alcanzasen de Dios su infinita misericordia, fue en compañia de San Atanasio á la Iglesia Catedral, donde recibió de su mano los Santos Sacramentos; y cumplido con su fervorosa y exemplar devocion, se despidió de San Atanasio, á quien con humilde reverencia como dice el P. M. Fr. Diego de Guzmán, (1) que siempre tuvo á los Sacerdotes, se postró de rodillas al tiempo de despedirse del Santo Obispo, para que le diese su bendicion. Fue este acto de grande edificacion y ternura, porque se quedaron los dos celestiales varones por gran rato mudas sus lenguas, mostrando solo los ojos el sentimiento que tenian de apartarse el uno del otro; mas conociendo que era voluntad de Dios, San Atanasio se quedó en la Ciudad, y N. P. S. Antonio se volvió á su Monasterio, con no poco sentimiento, lágrimas y suspiros de los Católicos, y pobres, viendo que se les ausentaba su único amparo y consuelo.

CAPITULO XVII.

COMO SAN ANTONIO volvió á su Monasterio, y una tempestad que le sobrevino en el camino: y vió que los Angeles llevaban su alma al Cielo, y los demonios lo impedian.

HAbiendose despedido el Santo de su querido Discípulo San Atanasio, dió á entender por su sentimiento, que aquella sería la ultima vez que ambos á dos se verian en esta vida en carne mortal; y como á la sazon tenia ciento y tres años, y estaba por sus grandes mortificaciones y trabajos muy debilitado, y de pocas fuerzas para caminar por tierra; por esta razon, y por condescender con los piadosos ruegos de los Monges que le acompañaban, se embarcó en una Canóa de Mercaderes, que hacian su viage por el Rio Nilo al gran Cayro; y el demonio para perturbarle, envidioso del buen suceso y triunfo con que volvia rico de merecimientos á su Monasterio, le acometió á la tercera noche de su navegacion con tan recia tempestad, truenos y lluvia, que

(1) *El P. M. Fr. Diego de Guzmán, del Orden de la Santísima Trinidad, Vicario General de la Provincia de España, en su parte 1. Excelencias del Sacrificio de la Ley Evangelica, cap. 12. fol. 125.*

que parecia que el Cielo se queria venir abaxo, y undir todo el Orbe; la obscuridad era mucha, y el viento que corria tan furioso, que con suma ligereza llevaba la embarcacion de unas partes á otras; unas veces parecia que la sumergía en lo profundo del Rio; otras, que la hacía pedazos contra las peñas; y los pasageros, viendose casi anegados, clamaban á Dios pidiendo misericordia; y San Antonio, confiado en el favor Divino, y en la Reyna de los Angeles, de quien siempre fue especial devoto, les decia á voces, que no se afligiesen, porque nuestro Señor los habia de amparar; y no fue vana esta esperanza, porque así que hizo la señal de la Cruz á vista de la tempestad, el ayre comenzó á miñorar su fuerza, y las tenebrosas nubes se ausentaron, quedando el Cielo claro y sereno, y los Navegantes gozosos, dando gracias al Criador, confesaban que por las oraciones del Santo les habia Dios librado de tan evidente peligro; y el bendito Abad, por huir de las alabanzas que en su presencia le decian, antes de llegar como cosa de treinta millas al Cayro, se desembarcó, y por tierra prosiguió el camino, hasta que llegó á su Monasterio, donde le recibieron los Religiosos con suma devocion y alegria imaginable, porque el sentimiento de su ausencia, habia sido á medida del amor que le tenian, y el gozo de verle, igual con el de gozarle; y aunque se hallaba ya muy anciano, no por esto se descuidó de visitar luego á sus ovejas, y darlas el saludable pasto de su doctrina, y encaminarlas al Cielo; ni aflojó en los exercicios de virtud y caridad, ni dexó las horas que tenia dedicadas para el santo exercicio de la oracion; porque como dice Christo por su Sagrado Evangelista San Lucas, (1) en todo tiempo es necesario orar, y no desfallecer; y así á todas horas oraba y meditaba en las grandezas del Señor, en cuya presencia contínuamente estaba, tan abrasado su espíritu en el Divino amor, que le faltaban palabras para aclamar tantos favores como recibia; y así, solía pedir en altas voces al Sol, á las Estrellas, al ayre, al agua, á los árboles, y á la hierba del campo, que le ayudasen á glorificar y bendecir á Dios; y estando un dia en lo fervoroso de su oracion, fue nuestro Señor servido de hacerle un celestial favor, y que viese á los Angeles que llevaban su dichosa alma á la Gloria; y á este mismo tiempo vió tambien un infinito número de

(1) *San Lucas, cap.* 18.

espantosos demonios, que con gran estruendo de voces y algazara, querian impedirle el paso; y los Angeles viendo aquel osado atrevimiento, les dixeron: *¿Que qué causa tenia Antonio para que le impidiesen con su porfiada emulacion, y conocida envidia la subida al Cielo?* Entonces los infernales espíritus empezaron á acusarle con fabulosas palabras, las faltas mas mínimas, y ligeros pensamientos que habia tenido desde el dia de su nacimiento, hasta aquel instante; mas los Angeles respondieron, que ya aquellos pecados estaban perdonados y purgados, por la contínua penitencia; que si tenian algo de nuevo de que acusarle, que lo manifestasen; mas por mucho que quisieron mentir, no hallaron causa contra él, para impedirle que gloriosamente subiese á la Celestial Patria.

Y habiendo vuelto el Santo en sí, estuvo toda la noche llorando, no tanto su miseria, quanto el olvido de los hombres; porque teniendo por contrarios tantos y tan astutos enemigos, vivimos tan descuidados como si no tuvieramos ninguno.

CAPITULO XVIII.

EN QUE SE REFIERE como le fue revelado á San Antonio el dia de su felíz tránsito.

NUestro Santísimo Padre, habiendo vivido ciento y cinco años, y resplandecido el Orbe con la fragrancia exemplar de sus santos exercicios, estando un dia en contemplacion de las cosas divinas, le vino sumo deseo de verse ya desatado de esta mortal vida, para gozar de la amorosísima vista de Dios; y estando con este fervor, oyó una celestial voz, que dixo: *Antonio, advierte, que el Señor que te crió te viene á visitar; y esto será dentro de tres dias; porque te quiere llevar, para que veas lo que ojos no vieron, ni oidos han oido, y goces del felicísimo lugar que te está guardado.*

Mas quién podrá significar el gozo que recibió con tan celestial aviso, y con la profunda humildad que dió gracias al Todo Poderoso, diciendo: *¿Quién soy yo, Señor, que decís que me quereis llevar á la Bienaventuranza, y colocar, no con los Principes de la tierra, sino con los Soberanos moradores del Cielo? Bien conocido es, que solo el amor y ser Bien infinito, te mueve á obrar esta excelsa fineza, y ponerme en el Puerto seguro de la Celestial Jerusalén.*

¡Oh

¡*Oh dulcísimo Jesus de mi alma! Yo muero porque no muero, viendome así piadosamente prevenido. Venid, Señor, venid quando quisiereis, que aquí teneis á vuestro Siervo.* Con semejantes coloquios pasó Antonio con su Dios y Señor lo mas del dia; y vuelto en sí, ordenó disponer su viage de calidad que nada le quedase por hacer; y como tenia entendido por revelacion Divina, que aunque al presente, los enemigos de la Fe Católica se habian sosegado, habian de volver brevemente, con mayor ímpetu y crueldad, á perseguir á los Christianos, por lisonjear al perverso Apóstata Juliano (1) que habia de succeder en el Imperio al mal Emperador Constancio, cuya terrible persecucion fue muy sangrienta y atroz; porque á las Sagradas Vírgenes, Esposas de Jesu-Christo, las dexaban totalmente desnudas, en presencia y á vista de todos, sajados y hendidos sus cuerpos; y les comian crudos los higados, y en sus vientres y entrañas ponian órdio, y les echaban cebones ferocísimos para que los rompiesen, comiesen y devorasen sus virgíneas y delicadísimas carnes; y como tan fino amante nuestro Padre de sus Súbditos, deseoso de que no peligrasen en la espantosa persecucion que les esperaba, mandó que se juntasen los que moraban mas cercanos por aquel Desierto, para avisarlos lo que despues de su tránsito les convenia hacer; y en el ínterin que venian á su obediencia, no será despropósito, para lo que adelante se ha de referir, dar noticia á los que no son leídos, como en aquellos tiempos era en Egypto antigua costumbre poner á los difuntos que mas estimaban, en magníficos y suntuosos sepulcros, llamados pyrámides, (2) creyendo que habian de morar en ellos por largos siglos, y conforme á esto, en ninguna parte del mundo se vieron mas sepulcros labrados de mármoles finísimos, ni tan grandiosos, y de realzada y primorosa obra como en Egypto; hoy permanecen tres. El mayor, es cosa de admiracion; porque parece mas monte, que pyrámide; su forma y hechura es quadrada; su círculo de mil y setecientos pasos; cada lienzo tiene quatrocientos, y otros tantos de altura; su remate muy vecino á las nubes; súbese á ella por escalones que tiene por todos quatro lienzos y quadros, á modo de los de un Altar; va ensangostando por la parte superior; la punta y re-

(1) *Histor. Pontific. lib. 2. fol. 42. Sol del Orient. fol. 184.*

(2) *Hist. Anton. fol. 46. Villeg. l. 2. fol. 38. Anales de Egypto, su Autor Salih. Gelil. Historiador Turco.*

mate es una Plazuela de diez y siete pasos; y llegó á tanto extremo esta supersticiosa costumbre, inventada por la Gentilidad, (1) que otros guardaban á los cadáveres en ricas camas, envueltos en preciosos paños de brocado, perfumados con fragrantes olores; y algunos solian salar, para que se conservasen mas tiempo incorruptos, pensando que en esto honraban mas á los difuntos que si los enterrasen en la tierra; y para desterrar de Egypto estas superticiosas ceremonias, San Antonio lo suplicó en diferentes ocasiones á los Prelados y Obispos, (2) y á quien lo podia remediar; y quando el Santo andaba mas fervoroso en esta pretension, tuvo del Cielo el aviso que dexamos dicho, de su cercano fin; y en el ínterin que venian los Monges que habitaban por aquellos Yermos á su presencia, llamó al Abad Macario, y Amato, Varones dotados de suma santidad y discrecion, á quienes pidió por merced y por el amor que le tenian, que así que nuestro Señor le hubiese sacado de esta presente vida, diesen sepultura á su cuerpo en el sitio mas oculto del Yermo; con condicion, que le habian de ser fieles en guardar aquel secreto, no manifestando á nadie el lugar adonde le dexasen enterrado. Esto les encargó, por huir, aún despues de muerto, de la estimacion que sus devotos harian á su cuerpo, conociendo, que por el gran afecto que le tenian, le llevarian á poblado, donde le embalsamarian y ungirian con aromáticas especies, como solian hacer con los cuerpos de los difuntos que bien querian, para hacerlos como incorruptibles; y que á su querido hijo Atanasio, le diesen de dos túnicas que dexaba, la una; y el manto que traía puesto, el qual le habia recibido de él nuevo; y decía despues el Santo Obispo, que estimaba en mas aquella alhaja, por haber sido de San Antonio, que á una riquísima herencia; y que la otra túnica, que traía puesta, que era hecha y texida de pelos de cabra, se la diesen á su Discípulo el Obispo Serapion, porque habia sido contra los Hereges fortísimo defensor de la Santa Iglesia Católica; y que el cilicio, que tantos años le habia sido compañero, le repartiesen entre ambos á dos. Con esto concluyó su Testamento y mandas, encargando á sus Albaceas la puntualidad y cuidado en repartir aquellos sus pobres Hábitos, habiendo estado con ellos mas rico, que si hubiera poseído todas las riquezas del Orbe; y es de advertir, que aunque observó tan perfec-

(1) *Viage de Tierra Santa, fol.* 29. (2) *Histor. Anton.* 44.

fectísima pobreza, no hizo voto de guardarla; porque si le hubiera hecho, no tuviera dominio para disponer de ellos, ni los hubiera distribuido.

CAPITULO XIX.

COMO SAN ANTONIO se despidió de sus Monges, y les exôrtó á la virtud.

DEspues que San Antonio encomendó á sus dos Discípulos lo que dexamos dicho, viendo el copioso número de Monges que habian venido, como buenos Hijos, prontamente á su obediencia, los saludó con aquella celestial gracia, y profunda humildad que le dotó el Cielo, diciendoles: Amados y queridos mios, á quienes he tenido siempre un verdadero amor en nuestro Señor Jesu-Christo, y ahora con el mismo afecto quisiera llevar conmigo á un viage, que nadie le puede excusar; mas es voluntad Divina, que déxe yo solo vuestra compañia, y me ausente de este mundo, por estár cumplido el último término de mis dias; lo que os suplico es, que no recibais pena de verme partir de entre vosotros; pues sabida cosa es que para asegurar la vida eterna, se ha de perder ésta, donde tan contínuamente nos combate el astuto tentador; y para que me tengais en vuestra memoria, y sea todo para mayor gloria de Dios, y aprovechamiento vuestro, os suplico, que por el Señor que nos crió, y redimió con su preciosísima Sangre, seais observantísimos zeladores de las antiguas tradiciones, y firmes en profesar la Santa Fe Católica; (1) y si por esto de nuevo os sobrevinieren algunas persecuciones y trabajos, antes os dexeis cortar los pies, las manos, miembro por miembro, artejo por artejo, y desmembrar y hacer menudas piezas en horcas, cuchillos, tenazas, fieras hambrientas, plomo derretido, que condescender con la falsedad de los Hereges, ni tener comunicacion con ellos, por ser capitales enemigos de Jesu-Christo, y de su Santa Iglesia Apostólica Romana, regida por el Espíritu Santo, á quien debemos creer, y obedecer lo que manda y ordena.

Y excusaréis las visitas de hombres y mugeres, aunque sean buenas; porque en realidad de verdad, no seréis mas buenos, de quanto huyais de las ocasiones de ser malos; y contínuamente daréis gracias al Señor, porque os ha traído á morar á estos De-

(1) *San Atanasio, Sol del Oriente, fol. 90. Historia Antoniana, fol. 44.*

siertos, donde si perseverais, os librareis de tres cosas: (1) la primera, del pecado de la lengua; la segunda, de la tentacion de la vista; la tercera, del oír; que son tres géneros de tentaciones, con que son gravemente afligidos los que habitan en el siglo; porque el varon solitario, solo tiene que pelear con sus pensamientos y sugestiones del demonio, á quien Dios da poder sobre nosotros por dos fines: ó para castigo de los pecados, ó para acrecentamiento de nuestra gloria.

Y huiréis de la ociosidad, por ser madre de todos los vicios; porque el varon que está ocupado, no tiene mas que una sola tentacion; pero el ocioso tiene muchas: además que no hay felicidad ni bien alguno en esta vida, que no se alcance con trabajo, sea virtud, ciencia, honra, ó hacienda; y el perezoso carece de todo esto, y los ratos que os vacáre, repasaréis por vuestra memoria las Vidas de los Santos, considerando lo que hicieron y padecieron los Mártyres, Confesores, Vírgenes, y todos los otros Siervos del Altísimo, por no perder la Divina gracia; (2) y por esta misma razon aunque paséis en los Yermos inumerables necesidades, tribulaciones y trabajos, no debeis desmayar ni volver los ojos á los vanos placéres del siglo, ni á las comodidades y riquezas que habeis dexado por Christo; antes, si no quereis perderos, quando os vinieren tan importunos pensamientos, procuraréis desecharlos y no detenerlos en vuestro corazon; porque si á las primeras tentaciones que representa el enemigo le quisiesemos rechazar, no osaría tantas veces acometer, porque de nuestra poca resistencia le nace su osadía; y así, todo vuestro cuidado y desvélo sea, como escribe San Pablo á los Gálatas, el servir perfectísimamente á Dios; atendiendo á lo que dice el Redentor por San Matéo, (3) que es imposible que pueda ninguno servir á dos Señores; mirar con un ojo al Cielo, y con otro á la tierra; gustar de los bienes divinos, y juntamente de los pasatiempos humanos.

Y habiendo con semejantes consejos dado fin á su plática, me parece que veo á sus Monges muy desconsolados verter tiernas lágrimas, y dar amorosos suspiros, diciendo: ¡Oh bendito Padre, exemplo de todas las virtudes, descanso de nuestras tribulaciones, y remedio de nuestras necesidades; pues con tus saludables documentos, hasta el último aliento de tu vida, nos exôrtas á la verdad, lo que

(1) *Hist. Anton. cap.* 37. *fol.* 42. (2) *Ramillete Espirit. de la Tercera Orden de mi Padre San Francisco, fol.* 8. (3) *S. Mat. c.* 6.

que debemos creer y obrar mas conveniente para nuestra salvacion! Y para que piadosamente la consigamos, te suplicamos con rendido afecto, tus hijos y devotos, intercedas por nosotros á nuestro Señor, para que merezcamos su gracia, y te veamos felízmente en el Cielo.

CAPITULO XX.

DE EL GLORIOSO tránsito de San Antonio.

SEntencia es de los Doctores, (1) que uno de los mayores trabajos de quantos padecieron los Santos en esta vida, fue sufrir la misma vida, despues que conocieron á Dios; y se dice de ellos, que tuvieron la vida en paciencia, y la muerte en deseo; y con la esperanza de la eterna consoladísimo el Sagrado Abad, viendo que ya se le llegaba su hora, se hincó de rodillas en tierra, y con fervorosa devocion pidió le diesen á su Dios y Señor; y antes de recibirle, se previno con mas preciosos atavíos de virtudes y humildad, que las esposas del Rey Asuero (2) se ponian bordados de oro y plata, para agradar á su esposo; diciendole semejantes razones: (3) Adórote verdadero Cuerpo de mi Señor Jesu-Christo, Hijo de Dios vivo, Rey de Reyes, y Señor de Señores, que criasteis el Cielo y la tierra, y todas las criaturas, (4) en cuyo acatamiento, los Grandes de la Corte Celestial se postran de rodillas, (5) y tiemblan de vuestro nombre los soberbios demonios; yo, la mas mínima criatura, retrato de todos los males, pozo de miserias y mar de pobreza, (6) confieso, que tiemblo de llegar á recibiros, considerando, que si el Gran Bautista, vuestro Precursor, antes Santo que nacido; (7) aquel á quien vuestra eterna sabiduría alabó, y antepúso á todos los nacidos, cuyo nacimiento fue prodigioso, su vida admirable, su muerte gloriosa; aquel Patriarca, espejo de virginidad, Profeta, Confesor, Regla de Justicia, Predicador de la penitencia, y del Reyno de los Cielos, lumbre de los Mártyres, viendoos venir por las riberas del Jordán á ser por su mano bautizado, dixo: ¿Tú vienes á mí, siendo el Unigenito del Padre Eterno? ¿Qué diré yo, que ni tengo las prerrogativas de San Juan, ni con mil quilates, llégo á la virtud del menor de vuestros escogidos, viendo que vienes, no á que os bau-

(1) *El V. P. M. Fr. Luis de Granada, en el Sermon de la Asuncion de N. Señora, f. 687.* (2) *Esth. 2.* (3) *Ap. 19.* (4) *Is. 45.* (5) *Job. 9.* (6) *Jacob. 2.* (7) *Matéo. 11.*

bautize, sino á que os reciba, y hospéde en mi cuerpo? ¿Qué milagro es este, que el Océano de tantas perfecciones se abrévie para entrar en tan corto vaso, y el Rey se aposente en tan pequeña cabaña, y el que no cabe en el Cielo, se encierre en la estrecha morada de mi pecho? Si á Salomón le pareció muy pobre su Templo, (1) con estár tan preciosamente labrado, para colocar en él el Arca del Testamento, respecto de lo que se debe al culto de Dios; ¿como podré yo en tan limitado y frágil seno, falto de recogimiento y fervorosa devocion, recibiros, sino fiado en vuestra misericordia infinita, que me llama y convida con tan soberano manjar, para sanar mis dolencias, como á la enferma que diste salud, con tocar solo á un hilo de vuestra vestidura, (2) y al Paralítico que os esperaba, visitandole? (3) Y pues sois el mismo entonces que ahora, y veis mi necesidad, os suplico, que aparteis de mí los vanos pensamientos y enriqueced mi alma, para que sea digna morada de tan gran Magestad; y diciendo esto, sus ojos bañados en lágrimas, recibió de mano de San Macario, por Viatico, el preciosísimo Cuerpo de nuestro Señor Jesu-Christo, con tan humilde reverencia y amor, que verdaderamente, en la hermosura de su rostro se conocian los incomprehensibles favores que gozaba; porque á vista de todos fue elevado mas de media vara en el ayre su candidísimo cuerpo, y le cercó un globo de una refulgente luz, mas clara y resplandeciente que el Sol; de manera, que turbó la novedad á los presentes, y les pasmó el prodigio, porque les deslumbraba la vista como otro Moysés á los Israelítas, quando acababa de hablar con Dios; (4) y habiendo vuelto de aquel deleytoso éxtasis, lo primero que hizo, fue, despedirse de sus Monges, á quienes con profunda humildad suplicó le perdonasen sus defectos, y que le encomendasen al Amado Jesus; mas apenas pronunció estas exemplares palabras, quando aquella santa y venerable Congregacion sin poder reprimir las lágrimas, daban amorosos suspiros con grande afecto, llamandole unos Padre, y otros Maestro; quienes postrandose á sus pies, se los besaban; y abrazandole, decian con palabras de mucho amor y tristeza: ¡Oh Abad Sagrado! ¿qué harémos sin tí? ¡Oh Antonio, gloria de la Religion! ¿Por qué te vas, y nos dexas? O llevanos contigo, ó quédate con nosotros; mas el Santo, estando muy sereno y el rostro alegre, los consolaba para que mitigasen el llan-

(1) *Luc.* 5. (2) *Eccl.* 8. (3) *Joan.* 8. (4) *Exod.* 4. *ibid.*

llanto, templasen su dolor, se conformasen con la voluntad divina, y no sintiesen su tránsito, pues tambien á cada uno se le llegaba su dia; y estandoles diciendo estas razones, se le demudó el color de su venerable rostro, y súbitamente le dió tan gran accidente, que todos juzgaron que le habia quitado la vida; y habiendole tendido en el suelo sobre una estera, que esta fue su regalada y mullida cama, brevemente volvió en sí, con el rostro muy hermoso y alegre; y con aquel maravilloso aliento y fervor de espíritu que solía hablar, pidió le fuese dado el último Sacramento de la Extrema-Uncion, la qual recibió con tan grande júbilo y alegria celestial, que bañaba aquella bendita alma y la anegaba en un mar de suavidad y dulzura; y como enfermo de amor, decia palabras muy tiernas y regaladas, esperando á su Criador que viniese por él; y como todos sus hijos nuevamente se afligiesen, el Santo les volvió á consolar, y les dixo, que en la otra vida les sería de mas útil, que en esta; y habiendoles encomendado al Señor, les pidió, que le dixesen las Oraciones que la Santa Iglesia tiene dispuestas para los que están moribundos; y estandole diciendo la recomendacion del alma, cruzó sus brazos, y fixando los ojos en el Cielo, dixo: *¡Oh buen Jesus! en tus manos encomiendo mi espíritu. ¡Oh Padre Eterno, quán gran gloria es de los hombres ser hijos de Dios, y herederos de su Gloria!* Y acabando de pronunciar estas palabras instantáneamente entregó su espíritu en manos de su Amado Dueño, y su bendita alma á los Coros de los Angeles, la qual llevaron mas resplandeciente que el Sol á la Celestial Jerusalén, donde goza el premio de sus heróycas virtudes, que fueron tantas y tan esclarecidas, que ni se pueden fácilmente explicar, ni reducir á la pluma; porque fue desde su niñéz muy amable, pacífico, humilde, virtuoso, y caritativo con los pobres; y así que oyó la palabra del Sagrado Evangelio, repartió su hacienda entre afligidos necesitados, y se retiró al Desierto, donde hizo una vida tan admirable, que santificó los Yermos, y los convirtió en un Jardin ameno y deleytoso, y los ilustró, y llenó el mundo de admiracion, y salió al campo contra Satanás, y peleó con él, y gloriosamente le venció, y nos mostró quánto mas poderoso es el hombre flaco armado de Dios, que todo el Infierno; pues á pesar suyo fue norma y guia de perfectísimos Monges, y les enseñó, con sumo Magisterio el camino de la perfeccion, y convirtió á la Fe Católica innumerables Infieles, y deseó, como valeroso Soldado y defensor invencible de la Iglesia, dar la vida en el martyrio;

mas

mas el martyrio faltó á su ánimo, y no su ánimo al martyrio.

Y pues ya, glorioso Santo, dexaste tan felízmente esta vida, y te vemos con los ojos de la Fe, gozar en el Cielo tan crecidos grados de gloria, humildemente te suplicamos, te acuerdes de tus devotos, y nos alcances de Dios su Divina gracia, para que gocemos de aquel fuego inmenso del Señor que te escogió, esforzó y libró de tantos peligros y tentaciones, y te favoreció en la tierra, y por último te glorificó en el Cielo, despues de tu bienaventurado tránsito, que sucedió entre las doce y una del dia, Domingo á diez y siete dias del mes de Enero, siendo de edad de ciento y cinco años.

Mas acerca del año fixo en que murió, hay mucha variedad en los Escritores; porque en la Historia Antoniana se dice que falleció año de trescientos y quarenta y nueve; mas en esto parece que hay yerro en la impresion; y segun refieren el Padre Ribadeneyra, y el Maestro Villegas, dicen que fue en el de trescientos y sesenta y uno; y otros Autores dicen que pasó de esta vida año de trescientos y quarenta; y por no andar vacilando en esto, si hemos de confesar por mas verdadera la opinion de San Gerónimo, dice, que fue su glorioso tránsito año de trescientos y cinquenta y ocho, imperando Constancio, hijo del gran Constantino Magno.

CAPITULO XXI.

EN QUE SE REFIERE, como los dos Discípulos dieron sepultura al bendito cuerpo de nuestro Padre San Antonio.

CUbrió el glorioso tránsito del Santo, entre la seguridad cierta de su gloria, de tristeza y llanto los corazones de todos sus Religiosos; los quales, con toda veneracion disponian el entierro de su primero y amado Abad, y darle una sepultura muy magnífica y honrosa, con solemnísimas Exêquias; y viendo esta fervorosa devocion San Macario, y Amato, interiormente se afligieron, juzgando, como por imposible, poder enterrar ocultamente el bendito cadáver, como su Santo Padre les habia encomendado; mas nuestro Señor, viendoles con esta pena, les favoreció para que felízmente pudiesen cumplir la palabra que le habian dado; y así sucedió que en el silencio de la noche permitió su Divina Magestad que todos los Monges, sin advertir en que algunos se quedasen acompañandole, le dexaron solo, y se recogieron á orar y dar gracias á nuestro Señor Jesu-Christo, como lo tenian por instituto de su exemplar observancia.

Y los dos Discípulos, que estaban aguardando esta ocasion, como se vieron solos con el Santo cuerpo, no fueron perezosos de tomarle en sus brazos, y fue mucho el poder hacer esta accion; porque el sentimiento de la ausencia de Antonio quitaba la fuerza á los brazos, para darsela á los ojos, segun eran las lágrimas que vertian; mas animandose lo mejor que pudieron, le llevaron con toda brevedad á una sepultura, que para este efecto habian hecho el dia antecedente ocultamente en el Desierto, donde le dexaron cubierto de tierra y lágrimas que despidieron en aquel solitario entierro aquellos dichosos ojos, que merecieron ver tan bendito cadáver, el qual quedó tan fresco y entero, que causaba admiracion; el rostro tenia hermosísimo, y los ojos casi cerrados, la boca risueña, y las mexillas sonrosadas, exhalando tanta fragrancia y suave olor, prendas ciertas del premio que ya gozaba en el Cielo su gloriosa alma; y como dice San Atanasio, lo que mas se pondera por cosa de gran maravilla, es, que habiendo nuestro Padre vivido ciento y cinco años, y exercitadose continuamente en rigurosas penitencias, no le faltó nunca la vista firme ni los dientes ni muelas, ni la firmeza en los pies, ni el vigor en los miembros; señal cierta de sus grandes merecimientos, y de lo que Dios puede obrar por sus Siervos.

La verdad es, que á buena vida corresponden estos favores, y se sigue despues buena muerte; y por el contrario, á la mala vida mala é infelíz muerte.

A este fin trae Plinio un Problema, y pregunta: ¿Qué es la causa, que el Cisne, viviendo toda la vida llorando, muere cantando; y la Sirena, viviendo cantando, muere llorando? Y responde; que al tiempo de la muerte se les va la sangre al corazon; y como la Sirena la tiene muy mala, gime y llora; pero el Cisne, que tiene muy buena sangre, alégrase y canta á la hora de la muerte. Lo mismo sucede con los malos hombres del mundo, que han cantado toda la vida con tantos deleytes, juegos, pasatiempos y vicios. ¡Oh qué mala sangre! Váseles aquella mala sangre al corazon, y mueren tristes y afligidos, temerosos y desconsolados, viendo la mala vida pasada; pero los justos siempre lloran en esta vida, con trabajos, penitencias, mortificaciones, limosnas, oraciones y tribulaciones. ¡Oh qué buena sangre! Váseles aquesta buena sangre al corazon, y mueren alegres y contentos; porque les está convidando el espíritu, que descansen de el llanto y trabajo pasado.

CA-

CAPITULO XXII.

COMO SE DIVULGO el dichoso tránsito de San Antonio, y el general sentimiento que se hizo por su muerte.

HAbiendo los dos benditos Varones, puntualmente cumplido con lo que les habia dexado encargado su glorioso Padre, venida la mañana, dieron noticia de esto á los Monges; mas no les participaron, por lágrimas, ruegos, y grandes instancias que les hicieron, el secreto de la parte donde le dexaron enterrado; con que no se puede fácilmente ponderar con mi pluma, lo sensible que fueron estas dolorosas nuevas para toda aquella santa Congregacion, y el general desconsuelo y tristeza que tuvieron los Religiosos, y Seglares que venian, juzgando ver el santo cuerpo; y fue tanto el concurso de gentes que de todos estados vinieron, así que se divulgó su glorioso tránsito, que no parecian aquellos Desiertos sino Ciudades muy populosas; en que se conoció la heróyca santidad de Antonio, y la devocion que le tenian, pues en un tiempo tan riguroso, como naturalmente hace en la mitad del Invierno, andaban, olvidados del regalo y abrigo de sus casas, por reverenciar y ver aquellos santos lugares en que habia morado. Y no le parezca al Lector encarecimiento ingenioso referir que fue tan sensible el desconsuelo que tuvieron por la ausencia de Antonio; pues San Atanasio dice, que casi todo el mundo sintió y lloró su muerte, por la falta que les habia de hacer; porque son los justos la muralla que defiende al Pueblo de los tiros fuertes de la ira de Dios, y los torreones de municion que tiene la Iglesia para su defensa y amparo. (1) Por falta de estos muros cayeron las Ciudades de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Segór; (2) y así, quando falta un Justo en la Iglesia, son muy debidas las lágrimas; porque aún el mismo Cielo parece (para enseñarnos á llorar las muertes de los Santos) estuvo despues de su glorioso tránsito tres años sin repartir sus lluvias en aquella tierra; porque quiso el Señor, que hasta las plantas y árboles hallasen menos su compañia, pues con sus oraciones, Antonio alcanzaba del Divino Consistorio, aún para las criaturas irracionales, y frutos insensibles, vida y alivio.

Pero entre todos sus devotos, quien mas mostró su sentimiento y el gran afecto que le tenia, fue un

(1) *Deuter.* 29. (2) *Gen.* 18.

un Caballero muy principal y rico, llamado Pérgamo; el qual, á fuer de agradecido, por los maravillosos beneficios que por su intercesion habia recibido de Dios, prometió con gran liberalidad, muchas riquezas, porque le entregasen, ú dixesen en qué parte descansaba el santo cuerpo, para llevarle á sus Estados, y colocarle en un Templo, que ofreció fabricar con título del Santo, donde fuese reverenciado de todos; mas por diligencias que hizo, no consiguió lo que deseaba, ni lo pudieron alcanzar muchos Santos, como San Atanasio, y San Hilarion; (1) los quales, con apetecible deseo de reverenciar y ver el sepulcro donde estaba el cuerpo de su bendito Padre, vinieron cada uno de por sí, al fin de tres años, al Desierto donde habia morado, mas tuvieron la misma suerte que otros; porque aunque hablaron con el Abad Macario, y Amato, no pudieron recabar que les participasen el secreto; que tan fielmente como todo esto guardaron la palabra, que á su santo Maestro habian dado; y así, dice Sozoméno, que estuvo mucho tiempo el santo cuerpo oculto, careciendo los Fieles y devotos de sus benditas Reliquias, hasta que pasados muchos años, por Divina revelacion, fue hallado; como lo verémos en el Capítulo que se sigue.

CAPITULO XXIII.

COMO FUE HALLADO en el Desierto el cuerpo de San Antonio, y fue llevado á la Ciudad de Alexandría.

MUchos Santos Padres, que moraron en Egypto despues del glorioso tránsito de San Antonio, desearon, y suplicaron muchas veces al Altísimo Señor, les manifestase en qué lugar estaba enterrado el bendito cuerpo del Santo; mas por secreto juicio de Dios, ninguno lo consiguió, hasta que en el año de quinientos y treinta y uno, (2) fue nuestro Señor servido, para mayor gloria suya, y beneficio de los mortales, siendo Sumo Pontífice Felix IV. y reynando el famoso Emperador Justiniano (el qual es muy nombrado en el mundo, por las celebradas Leyes de los Juristas que hizo, y por una Obra que escribió de la Encarnacion del Hijo de Dios, muy Católica y elegante; y por el admirable Templo que edificó en Constantinopla de Santa Sophia, que á dicho de todos es el mejor que jamás se vió en

(1) *Ribad. en las Vidas de los Santos.* (2) *Sozom. Illesc. Histor. Pontif. 1. part. lib. 1. cap. 8. f. 66. Hist. Anton. cap. 4. fol. 62.*

en el Orbe) se hallase en la Tebáyda, por Divina revelacion, el cuerpo de San Antonio, tan entero, fresco y oloroso, como si instantáneamente acabára de espirar; mas á la persona que hizo la Divina Magestad este tan celestial favor, no se sabe, porque los Escritores antiguos no hicieron memoria de esto; por lo qual no carecen de reprehension, pues dexaron en silencio una cosa tan digna de ser sabida; pero todos concuerdan en que fue por revelacion del Cielo hallado, y llevado á la Ciudad de Alexandría, donde le colocaron en un riquísimo sepulcro de alabastro, con gran solemnidad, reverencia, devocion y concurso de gente, en el Templo de San Juan Bautista, donde obró Dios por su intercesion inumerables milagros con quantos enfermos y necesitados visitaron su santo sepulcro; y para perpétua memoria de esta tan felíz y plausible traslacion, la aprueba nuestra Santa Madre Iglesia Católica en el Martyrológio Romano, y se celebra todos los años á los veinte y siete dias del mes de Junio.

CAPITULO XXIV.

TRASLACION SEGUNDA del bendito Cuerpo del Santo; y como fue llevado á la Ciudad de Constantinopla.

EL haber sacado de la Ciudad de Alexandría un tan precioso tesoro, como es el bendito cuerpo del Patriarca Santísimo de los Anacoretas de Egypto, y trasladado á la Ciudad de Constantinopla, (1) fue la causa, que por los años del Señor de seiscientos y treinta y cinco, reynaba el infelíz Emperador Heráclio, aquel, que en el principio de su reynado fue tan excelente Monarca, como los muy buenos, y á la vejéz vino á ser tan malo, como los muy malos; y tan aborrecible, que no habia nadie, que no blasfemase de él, porque á todos ofendia con la hediondéz de sus costumbres. Era Encantador, Herege, incestuoso, deshonesto; no observaba misericordia, Religion, y Justicia; por lo qual permitió la Magestad de Dios, para castigo suyo, y exemplar de otros que se tienen por Deydades, presumiendo que no ha de haber contra ellos poder, ni Juez de vivos y muertos que los haya de juzgar y castigar, que en su tiempo los Moros, que pocos dias habia

(1) *Histor. Pontif. 1. part. cap. 8. 9. y 10. fol. 95.*

bia que tenían nombre en el mundo, ganaron muchas Ciudades de las Provincias de Asia, Africa, y Egypto, y se apoderaron de la gran Ciudad de Alexandría; (1) porque sus moradores, aunque eran Christianos, se levantaron contra el Emperador, queriendo mas rendirse á los Sarracenos, que tolerar la altiva soberbia y avaricia del gobierno de los Griegos; y así, entregaron la Ciudad, Fortalezas, y Castillos á los Mahometanos, y se hicieron sus tributarios hasta seiscientos mil hombres, pagando por cada uno, todos los años, dos escudos de oro, excepto las mugeres, niños, y viejos, que habian de ser libres de pagar este tributo, con condicion, que les fuese lícito vivir en la Ley Católica, sin recibir por esto molestia ni pesadumbre; mas los buenos Christianos, aborreciendo el dominio y yugo de los Infieles, pronosticando las calamidades que los Bárbaros habian de hacer en la Iglesia de Dios, llevados de este santo zelo, dexaron voluntariamente su Patria por la agena, y despoblaron con mas dolor y sentimiento que si los pasáran el corazon con una espada de dos filos, muchas Hermitas y Monasterios de Egypto, que todavía permanecian en la primitiva Observancia, segun los habia fundado nuestro Padre San Antonio, y se ausentaron los Religiosos que moraban en Alexandría; los quales, entre las preciosas Reliquias que sacaron ocultamente, fue una el bendito cuerpo de San Antonio, y le llevaron con toda reverencia, devocion y secreto seis Monges á la Ciudad de Constantinopla, donde á la sazon estaba el perverso Emperador Heráclio, el qual los recibió, por disposicion del Cielo, afablemente, y favoreció con mucho amor, y los mandó dar en la Ciudad una casa en que habitasen; mas acerca del sitio fixo donde colocaron el bendito cuerpo, dice el Padre Maestro Fr. Hernando Suarez que halla gran variedad en los Escritores; porque unos dicen que fue depositado en la Iglesia Mayor de Constantinopla, en el admirable Templo de Santa Sophia, que como dexamos dicho, se fabricó en tiempo del Emperador Justiniano, año de quinientos y treinta y siete, segun lo refiere el P. Fr. Antonio de Loréa; (2) otros dicen, que le colocaron en una Iglesia, ó Hermita, que estaba extramuros de la Ciudad, (3) donde por su devocion, y en reverencia del Santo, se quedaron á morar parte de los Monges que

S le

(2) *Histor. Anton. lib. 2. cap. 9. fol. 64. Anales de Egypto, fol. 314. hasta 321.* (2) *El Padre Fr. Antonio de Loréa.* (3) *David Perseguido, cap. 6. Exemplo 1. fol. 102.*

le habian traído de Egypto; y esto me parece ser mas conforme á la verdad; y despues creció tanto en aquella tierra la devocion de los Fieles con nuestro Santo, por los inumerables milagros que Dios obraba por su intercesion, que su Iglesia fue muy freqüentada de muchos Príncipes, Embaxadores, Eclesiásticos, y Seglares, enriqueciendo y adornando su Iglesia con preciosas dádivas, pinturas, frontales, casullas primorosamente labradas, y otras alhajas de oro y plata, y lámparas, que de dia y de noche lucian ante su bendito sepulcro.

Mas todas estas ofrendas, lámparas, y alhajas (como no hay cosa estable en esta vida) las robaron, y las memorias y limosnas se perdieron, y la devocion que tenian con el Santo, se minoró gran parte con la revuelta de los tiempos, heregías, cismas, ambiciones, y otros vicios que se apoderaron de la infelíz Monarquía de los Griegos, viniendo por esta causa á estar tan pobre y olvidado de las gentes el Templo de nuestro bendito Abad, que ni aún memoria de lo que fue tenia, habiendo estado su sagrado cuerpo en él colocado, no un dia, ni dos, sino quatrocientos y treinta años, hasta que nuestro Señor fue servido que un Caballero, llamado Jocelino, le trasladó de Constantinopla á Viena de Francia; como lo verémos en el Capítulo que se sigue.

CAPITULO XXV.

COMO EL SAGRADO CUERPO de San Antonio fue trasladado á la Ciudad de Viena de Francia.

YA queda dicho quanto aborrecia el Santo á los Hereges, y los consejos que contínuamente daba á sus Discípulos, para que no los comunicasen, ni tuviesen correspondencia con ellos; y esto mismo parece que observaba aún despues de su glorioso tránsito, por darnos exemplo: alcanzó de nuestro Señor, que su cuerpo no quedase en Egypto, y que le trasladasen á la Ciudad de Constantinopla, por no estár entre los Cismáticos, y Mahometanos; y esta misma razon le movió á mudar su sepulcro de Constantinopla á Francia, por no estár entre los Griegos, á quienes ya veía, que la Divina Justicia determinaba castigar por su soberbia y heregías.

Y para que esta tercera, y mas célebre traslacion tuviese efecto, con mayor y general utilidad de los Fieles, (1) tomó el Soberano Hacedor, cuyas obras son incomprehensibles, por instrumento, el

(1) *Histor. Anton. lib. 2. cap. 14. fol. 76.*

el prodigioso acaecimiento que le sucedió á un principal Caballero muy valeroso, exercitado en las armas, llamado Jocelino, Señor de Castro Nuevo, Albenciano, y de la Mota de San Desiderio, y de otras muchas Fuerzas y Lugares; el qual, estando por Capitan General en servicio del Rey de Francia, en la guerra que en aquel siglo se hacía contra los Helvecios, que son los que moran en los Cantones, fue en una sangrienta batalla, que se dió un dia cerca del Monte Jura, derribado del caballo con tres mortales heridas, quedando en el campo tendido entre los muertos, y como tal, fue de noche sacado por los suyos, y llevado á una Hermita que estaba á poca distancia de alli, dedicada á San Antonio, donde estuvieron velandole toda la noche; pero así que queria amanecer volvió en su acuerdo, con gran admiracion de sus compañeros, á quienes refirió lo que por él habia pasado aquella noche, y como se le habian aparecido gran multitud de demonios, que le habian querido ahogar y llevar á las penas eternas, porque no habia cumplido cierta promesa de visitar los Santos Lugares de Jerusalén, que le habia encargado su padre á la hora de la muerte, que cumpliese por él; y que estando padeciendo tan temerosa vision, llamó con todo su corazon á Dios, para que le socorriese; y el piadoso Señor, en aquel mismo instante le consoló, enviando en su favor á nuestro sagrado Abad; el qual, con gran magestad reprehendió á los espíritus malignos, porque se habian atrevido á entrar en su Hermita, y maltratar á su huesped; pero que así que los demonios le vieron, no pudiendo impacientes sufrir su venerable presencia, se ausentaron, dando grandes ahullidos, y San Antonio se llegó á él, y le dixo con palabras de mucho amor, que no temiese, porque él era el Protector de aquella Hermita, y le habia asistido, y le libraria de todos quantos le quisiesen ofender; con condicion, que luego se pusiese en camino para los Lugares Santos de Jerusalén, y cumpliese, como buen hijo, la promesa que habia ofrecido á Dios cumplir por su padre; y quando la hubiese cumplido, se viniese por Constantinopla, donde á fuer de agradecido por el beneficio recibido, trasladase de el Oriente á estas partes de Europa las Reliquias de su cuerpo; y oyendo esto los compañeros, y viendole bueno y sano de sus mortales heridas, conocieron por el milagroso efecto, que la vision que habia tenido, no habia sido sueño, sino muy calificada verdad; en cuya consideracion, Jocelino dispuso con toda diligencia, ser agradecido á Dios y á su Siervo,

dexando al punto las cosas de su casa en orden, se partió por Mar á Jerusalén, asistido de muchos Caballeros que en aquella Romería le quisieron acompañar; y habiendo llegado á Jerusalen, visitó todos aquellos Santos Lugares de Samária, Galiléa, y Judéa, donde Christo Señor nuestro obró los Sagrados Mysterios de nuestra Redencion; y despues que hubo cumplido su promesa, ordenó pasar á Constantinopla, aunque segun estaban revueltas las cosas de aquel Imperio, no parecia segura la ida; mas fiado en la Divina gracia, y amparo de nuestro glorioso Padre, se embarcó con sus compañeros en una Nave que estaba surta en el Puerto de Ancón, que hoy se llama Ptolomáyda, Ciudad la mas principal y fuerte, y de la que mas caso hacian en aquel felíz siglo, que la poseían los Christianos y Caballeros de San Juan; y habiendo, con próspero viage, llegado á Constantinopla, sin que le sucediese cosa que de contar sea, la primera diligencia que hizo, fue saber en que parte de la Ciudad estaba el bendito cuerpo del Señor San Antonio; y habiendole dado noticia muy conforme á su deseo, fue á dar gracias á Dios, y al Santo á su Iglesia, y vió que estaba extramuros de la Ciudad, en un Lugar casi desierto y asolado por las contínuas guerras y enemistades que cada dia sucedian entre los Griegos, y que los Hermitaños y Eclesiásticos que le asistían, no pasaban de tres ó quatro, y estos tan pobres, que carecian de todas las cosas necesarias para su alimento; y habiendo notado esto, le pareció que le sería facil conseguir lo que deseaba; y con este intento, inspirado del Espíritu Divino, fue á besar la mano al Emperador, que á la sazon era Michaél VIII. á quien halló muy atribulado por las grandes sediciones y guerras civiles, que al presente habia en aquella Ciudad, y demás Provincias del Oriente; y para que tuviese efecto su pretension, y ganarle la gracia desde aquel dia, se quedó en su servicio, donde hizo tan heróycos y señalados hechos en armas, que por no ser de nuestro propósito, los páso en silencio; hasta saber, que á costa de su sangre y contínuos triunfos, supo grangear tanto el favor del Emperador, que quando llegó la ocasion de volverse á Francia, le dió entre otros dones de gran valor y estima, el precioso cuerpo de San Antonio, el qual traxo con mucha reverencia y devocion á la Villa de Mota, que está situada en la Provincia de Viena, año de mil y setenta, siendo Sumo Pontífice Alexandro II. y Emperador del Orienre Michaél VIII. Pirapinazo, y Henrique IV. Emperador de Alemania.

CA-

CAPITULO XXVI.

DESCRIBESE EN QUE parte de Francia está situada la Provincia de Viena; y donde fue depositado el bendito cuerpo de San Antonio.

ANtes que tratémos de la tercera colocacion de nuestro Padre, para que se entienda que no escogió lugar indecente ni falto de virtud y Religion, donde reposase su Santo cuerpo; ó por mejor decir, no le dió Dios lugar indigno de sus grandes merecimientos, sino una Ilustre Provincia, como es Viena, ó Viennense, la qual tiene su asiento en medio de la Christiandad, y muy conjunta por la parte del Oriente con la Italia, al Medio Dia con España, al Occidente con Francia, y á la mayor Bretaña, y por la parte del Septentrion con Alemania, y Ungria; es muy rica y ennoblecida con grandes Santuarios y Monasterios, entre los quales hay quatro muy principales: (1) El primero es el de nuestro Padre San Antonio Abad: el segundo el Religioso Convento de la Cartuxa, que es el primero y superior de toda la Orden, que está fundado junto á la Ciudad de Granoble, en un sitio áspero, y horrible; pero labrado con obra magnífica y suntuosa: el tercero, el Sagrado Monasterio de San Rufo, cabeza de una Religion que se intitula asi: el quarto, el gran Templo de San Mauricio de Viena, donde puntualmente asisten gran número de Eclesiásticos á celebrar los Divinos Oficios. Demás de estos Santos Templos, tiene dos Iglesias Metropolitanas, la de Viena, y la de Edrodumense, y mas cinco Obispados con cinco Iglesias Catedrales, que son: la de Granoble, la de Valencia, la Vapricense, la Diense, y la de Trives, y muchas Ciudades y Lugares poblados con gran número de moradores, que son muy piadosos Católicos, y siempre han servido á sus Reyes con mucho amor y fidelidad: El Señor de esta Provincia es el Príncipe Primogénito, heredero de la Corona Real de Francia; y por esta razon, al hijo primero què tiene el Rey, así que nace le intitulan Príncipe Delfin, cuya tierra es muy fértil de mantenimientos, y en especial hay en abundancia pan, vino, carne, y muchos árboles de todo género de frutas, y muchas fuentes de saludable agua, y dos Rios muy caudalosos, el uno es el Rosne, y el otro Isara; y sin estos Rios hay otros, que aunque menores, riegan y fertilizan la tierra; y finalmente abunda en muchas mercaderías, y todo lo necesario

(1) *Histor. Antoniana, fol.* 73.

para pasar la vida humana.

Pero lo que mas ilustra, es la gran devocion que tienen sus moradores con las cosas Sagradas, y en particular con las benditas Reliquias del cuerpo de San Antonio, que traxo Jocelino á la Villa de San Desiderio, donde le depositó con sumo respeto y devocion en el Oratorio de su Palacio, en el interin que en la Iglesia Parroquial de Santa Maria disponia, que por ser muy antigua y pequeña, se fabricase de nuevo un suntuoso Templo, para colocarle en él, y así fue el primero, que con su hacienda empezó el prodigioso Templo del Santo; y sin duda le hubiera acabado, si la Magestad Divina no le hubiera con una enfermedad, acortado á la mejor sazon los dias de la vida; con que vino á parar, quando menos se pensaba, su hacienda y mayorazgo, á un Caballero pariente suyo, llamado Guion Desiderio; y entre los demás bienes heredó el precioso cuerpo de San Antonio, y en reverencia suya acabó, con mas primor y realce la obra que Jocelino tenia empezada, y le colocó en la Iglesia nueva, como lo veremos en el Capítulo que se sigue.

CAPITULO XXVII.

DE LA TERCERA traslacion del cuerpo del Señor San Antonio, en la Iglesia de la Mota de Viena.

HAbiendose acabado con la piedad y limosna de los Fieles, y con el fervoroso zelo y solicitud de Guion Desiderio, el Templo de nuestro Bienaventurado Padre, se ordenó de colocar en él su bendito cuerpo, con tan grandes demostraciones de amor, fiestas, luminarias, é invenciones de fuego, que es imposible el poderlo significar; y en particular el suntuoso aparato y grandeza con que se vieron adornadas, con riquísimas colgaduras, flores, y olorosas hierbas las calles de aquella dichosa Villa, por donde habia de pasar en Procesion; la qual se hizo con tan copiosas luces, devocion, solemnidad y regocijo de músicas, alternadas de dulces voces y varios instrumentos, que sensiblemente enamoraban, y alegraban las danzas, acompañamiento de Soldados, tambores, trompetas y chirimias, que jamás en aquella Villa se vió otra semejante ni mas plausible; porque además del gran concurso de gente, que de toda Francia asistió á ver esta sagrada colocacion, tambien se hallaron en ella muchos Nobles Caballeros Titulares,

res, y el Ilustrísimo Señor Arzobispo de Viena, vestido de Pontifical, asistido de toda la Clerecía, y otros Ilustres Prelados y Religiosos, los quales, despues que se hubo acabado la Procesion, en medio de la nave principal de la Iglesia de nuestro glorioso Padre, antes de colocarle en su Capilla, para consuelo de los Fieles, abrieron á vista de todos la caxa que servía de custodia y guarda de su bendito cadáver, y vieron que todos los huesos de su sagrado cuerpo estaban cabales y enteros, envueltos en una túnica muy antigua, y casi tostada, de color pardo obscuro, texida de hojas de palma, que sin duda tuvieron muchos por cierto ser la misma que le dió San Pablo, primer Hermitaño; y dentro de la caxa se halló un vaso de metal cerrado con cera, y el Señor Arzobispo públicamente le abrió, y halló en él una cédula de pergamino, con unas letras antiquísimas que casi no se dexaban leer, que decian: *ESTE ES EL CUERPO, Y LAS RELIQUIAS DEL GLORIOSO CONFESOR SAN ANTONIO ABAD, TRAIDAS DE EGYPTO.* Amen, Amen.

Asi que acabó de leer el Señor Arzobispo esta cédula, fue tan celestial la fragrancia que exhalaba el santo cuerpo, y tanto el fervor y devotas aclamaciones del Pueblo, y las gracias que daban al Autor Soberano, que en altas voces, sin poderse contener decian: Dichosa tú, Provincia de Viena, y felicísimo el Lugar donde no se duda, que está el Siervo de Dios Antonio; y con estas devotas alabanzas los Fieles se enternecian, derramando dulces lágrimas de gozo y devocion, y los enfermos instantáneamente cobraban salud, con tan general consuelo y alborozo de todos, que faltan palabras para significarle; porque la infinita misericordia, no sin gran mysterio traxo á la sazon, el bendito cuerpo del Santo á estas partes de Europa, para que valiendose de su patrocinio tuviesen remedio los mortales, que por sus pecados padecian en Francia y en otras partes del Orbe un nuevo y nunca experimentado contagio, que llaman fuego sacro, que comunmente, por ser el Santo el único remedio y salud de esta epidémia, la intitulan de San Antón; la qual enfermedad es mas dañosa que la peste; porque abrasa y consume interiormente los miembros y huesos de los cuerpos humanos; y así, no tienen número los que miserablemente morian; y los que no perdian la vida, vivian plagados de apostemas, llagas, calenturas, y otros achaques muy asquerosos y peligrosos; porque segun escribe Hugo Fraseto, parece que el Todo Poderoso habia dado licencia á los enemigos del linage humano, que

hiriesen con esta plaga á muchos de todas edades, hombres, mugeres, y niños; de tal género, que en tocandoles el fuego sacro, al punto se abrasaban los cuerpos con intolerables dolores, de la qual enfermedad libró nuestro Padre San Antonio maravillosamente á muchos, con especialidad en su festiva colocacion, en que mostró por los inumerables milagros que hizo, ser acepta á Dios, y de su agrado; pues siendo el Divino Criador primera causa, le eligió por segunda entre los Cortesanos del Cielo, para que fuese único Abogado de los que padecian aquella epidémia, como por el efecto se conoció entonces, y se experimenta en todos tiempos el valor de su patrocinio, y liberalidad con que el Señor glorifica, no solo en la Gloria su bendita Alma, sino tambien en la tierra su sagrado Cuerpo; el qual, habiendole colocado con la mayor solemnidad, devocion y alegria que imaginarse puede, argumento cierto de que Dios bendixo la fiesta que por tan justificado motivo se celebraba, mudaron desde aquel dia, en reverencia del Santo, el nombre de la Iglesia que antiguamente se intitulaba de Santa Maria, y la Villa de la Mota, con su invocacion; y para que estuviese con toda decencia asistido y venerado hizo donacion de el Guion Desiderio, año de mil y noventa y seis, siendo Sumo Pontífice Urbano Segundo, y Arzobispo de Viena, Guido de buena memoria, á los Monges del Orden de San Benito, que á la sazon moraban en el Monasterio de Monte-Mayor, con ciertas condiciones; y una de ellas fue, que reservaba para sí, y para sus succesores la guarda del Santo Cuerpo; con que aquella Iglesia, que habia sido Parroquial, fue Priorato del Orden de San Benito, hasta que despues, por los años de mil doscientos y noventa, vino á ser aquel Monasterio cabeza de la Ilustre Religion Antoniana.

CAPITULO XXVIII.

DASE RAZON, POR QUE pintan á San Antonio con un libro en la mano, un báculo y una campanilla, con un cebon-cillo á sus pies.

A Nuestro gran Padre, Defensor Ilustre, Lumbrera fulgentísima de la Militante Iglesia, comunmente se ve en sus efigies y retratos, que le pintan con mucha gracia y afabilidad su venerable rostro, poblado de canas, y vestido con una tunica blanca, y escapulario, manto y capilla de color pardo, con una Encomienda en el pecho, aunque la forma del hábito que en vida usó, fue un áspero cilicio á raíz de las car-

nes,

nes, y sobre el cilicio vestía una melota, texida de pelos de cabras monteses; y sobre todo traía por capa un manto blanco sin mangas, abierto por los dos lados para sacar los brazos, y una capilla pequeña.

Y la Encomienda que tiene en el pecho, en forma de una T. A. V. le pertenece, segun dice D. Juan Baltasar, Caballero Abexino, porque la traía el glorioso Abad en su pecho, y Hábito, (1) y porque la dió á sus Discípulos por señal, y divisa, como el Profeta Ezequiél (2) dice en el capítulo nueve, que mandó el Señor que se la pusiesen á los Israelítas, para que fuesen conocidos por suyos, y les sirviese de escudo, contra la muerte; y denota tambien las grandes victorias y triunfos que por virtud de la Santa Cruz consiguió de los espíritus infernales, y enemigos de la Fe, que tantas veces la procuraron afrentar, y obscurecer sus heróycas virtudes, y celestial sabiduría.

El báculo que tiene en la mano, declara la cayada que traía quando era anciano, para sustentar sus cansados miembros; además, que es propia insignia de los Monges Egypcios, índice de la Dignidad Abacial, y pobreza Evangélica, consuelo, defensa, y bordon de Peregrino, que nunca está parado; porque nuestro glorioso Padre, en el camino de la perfeccion jamás paró; antes con velóz diligencia volaba, adquiriendo todas las virtudes.

El Libro que tiene en la mano significa su celestial Magisterio, y la divina ciencia con que fue adornado.

La señal de fuego con que le pintan, le pertenece por ser su Abogado, y por los infinitos milagros que ha obrado nuestro Señor por su intercesion, y privilegio que le ha concedido no solo sobre el elemental, ó comun, pero tambien contra el infernal; preservandonos de ir á él, como dice Santo Tomás; hace ceniza al fuego sacro, consume al pestífero, siendo particular Abogado contra la epidémia perniciosa, y por el divino volcán, que contínuamente ardía en su pecho, pues no le pudieron apagar las aguas de las adversidades, ni el Océano de las persecuciones; por cuya razon se ve pintado en muchas casas, y en particular en aquellas que hay hornos y traginan con fuego, donde en muchos peligros se ha experimentado el divino socorro, y grandes maravillas que obra el Hacedor Soberano, por acreditar la Santidad de su Siervo, apagando voraces incendios, de inumerables Edificios, valiendose sus de-

(1) *Fundacion de la Orden Militar de San Antonio en Etyópia, Don Juan Baltasar, fol.* 1. (2) *Cap.* 9.

devotos con estampas y retratos, puestos á vista del fuego, milagrosamente quedar atajado, y no pasar adelante con su voracidad; pero á mi ver, entre las otras gracias que la Magestad Divina le ha concedido, la que mas particular campéa, es la gran potestad y dominio que tiene sobre los espíritus malignos; pues solo con invocar su nombre, es suficiente para hacerlos ahuyentar.

El poner á sus pies un animalillo de cerda, se tiene por tradicion antigua, que los Catalanes fueron los primeros que le pintaron así; á quienes imitaron todos hasta hoy, por haber curado milagrosamente el Santo (1) en Barcelona un ceboncillo cojo y contrahecho, recien nacido. Otros Autores dicen, que es para enseñar á los rústicos la urbanidad y devocion que deben tener con S. Antonio, pues les enriquece curando sus ganados, y preservando de muerte á sus brutos. Por esta razon en el Reyno de Francia, y en otras muchas partes, crian en las piáras un ceboncillo, y le señalan con una campanilla, para que se conozca que está ofrecido al Santo; y es tan grande la estimacion y aprecio que hacen de ellos, que si acaso por desgracia hurtan alguno, sienten mas su pérdida, que si les faltasen otros muchos.

La campanilla pendiente del cuello del animalillo, denota la esperanza en el bendito Antonio, y su continuada proteccion en los comunes males.

Y la que tiene en su santa mano, además de significar vigilancia y despertador de nuestras tibiezas, para que imitémos sus heróycas virtudes, declara la que oyó en el Desierto, que tenia pendiente al cuello un camello que le traía pan y legumbres de limosna; y un particular Privilegio que ha concedido la Silla Apostólica á la Religion Antoniana para que use de esta campanilla, y sean sus Ministros conocidos donde quiera que lleguen con esta señal á pedir limosna.

El ser abogado de brutos, librandolos de los males presentes y de los peligros venideros, es por haber nuestro Señor tomado por instrumento á un caballo, para que castigase el agravio que un perverso Herege hizo al Santo, cuyo exemplar le dexamos referido.

La ceremonia de veneracion que el dia del Santo se hace en sus Casas, Iglesias y Hermitas, (2) con los animales de servicio, dando tres vueltas en contorno de los Templos, tiene su origen de la devocion de los Fieles, por los be-

(1) *Navarro, en la Vida del Santo, fol.* 239. (2) *Navarro, fol.* 243.

beneficios recibidos, y que esperan recibir por su piadosa intercesion.

Y finalmente, el llamar al bendito Abad San Antón, no siendo su propio y único nombre, sino Antonio, dice el Comendador Navarro, (1) que viviendo el Santo dixo en cierta ocasion por humildad, que así le llamasen; de lo qual procedió, que de inmemorial tiempo á esta parte, por mas excelencia, toda la gente vulgar implorando su favor, así le invocan y llaman.

CAPITULO XXIX.

FUNDACION DE LA ILUSTRE Religion Antoniana, Gracias y Privilegios, que los Sumos Pontífices han concedido á dicha Orden.

LA Sagrada Religion Antoniana tuvo principio, por la divina gracia, y favor de Dios, en un Lugar del Arzobispado de Viena, llamado Mota, año de la Encarnacion del Señor de mil y noventa y cinco; (2) mas es de advertir, que no es esta aquella Primitiva Religion de Monges Anacoretas, que tuvo origen en el Monte Arsinóe, y su Instituto era el trabajo de manos, soledad y retiro; la qual florece hoy, segun dice el Maestro Faxardo, (3) en la Etyópia, América, y en otras Provincias y Desiertos del Oriente, sino la segunda Religion de Canónigos que guardan la Regla de San Agustin, y militan debaxo de la invocacion de nuestro Gran Padre San Antonio, que fundaron dos Caballeros, padre, é hijo, llamado el uno Gastón, y el otro Girondo; los quales, estando padeciendo una gravísima enfermedad, se valieron de la intercesion de San Antonio; eran sus devotos, y con muchas lágrimas y devocion le prometieron, que si les alcanzaba de la Divina gracia la salud que deseaban, de emplearse toda su vida en su servicio, y distribuir su hacienda en beneficio de los pobres; y fue tan del agrado de Dios esta promesa, que al punto que la hicieron, se hallaron con tan enteras y robustas fuerzas, como si no hubieran estado enfermos; y no fue solo este el favor que recibieron del Santo, porque á la siguiente noche, estando acostado Gastón en la cama, se le apareció el Santo, y le

(1) *Navarro en la Vida del Santo, fol.* 144. (2) *Hist. Anton. fol.* 86. *Sol del Orient. por Don Gaspar de la Figuer. Caballero del Orden de N. Señora, y San Jorge de la Fama.* (3) *Genealog. Real, y origen de todas las Religiones Eccles. y Militares, por el M. Antonio Faxardo y Acebedo, fol.* 64.

le dixo, que por su intercesion gozaban salud, y los recibia por sus hijos, y aceptaba el voto que le habian hecho; con condicion, que en aquel Lugar de la Mota, cuidasen con caridad de los pobres afligidos enfermos, que padecen, por secreto juicio de Dios, la enfermedad del fuego sacro; y el buen Caballero, muy gozoso por lo que veía y oía, procuraba darle gracias, ofreciendose de nuevo á servirle, pero dudaba que su hacienda no era suficiente para sustentar tanto número de pobres, como asistian en aquel Lugar; con que temia faltar al mejor tiempo á su promesa; y viendo el Santo su humilde recelo, le dió su báculo que traía en su resplandeciente mano, que parecia estár hecho al modo de una letra Griega T. y le mandó que le fixase en la tierra; y habiendo el virtuoso Caballero obedecido, vió que instantáneamente creció en un ameno y deleytoso árbol, y que sus ramas se esparcian por todo el Orbe, con abundancia de flores y hermosos frutos, y debaxo del árbol se veían muchos pobres llagados, afligidos y consumidos, sin pies ni manos, y que á la sombra del árbol se recreaban, sustentaban y consolaban, y juntamente vió salir del Cielo una mano de incomprehensible hermosura que les bendecia con celestial favor; y admirado Gastón con tan divina vision, no sabía qué queria significar aquello que veía; y entonces San Antonio le dió á entender, como aquel árbol florido significaba la caridad y Religion Antoniana, que por su piadoso afecto y devocion, se habia de fundar en aquel Lugar, en servicio de Dios nuestro Señor y beneficio de los pobres; y así, le encargó que con diligencia pusiese por obra la nueva Fundacion, porque desde aquel instante les recibia por hijos debaxo de su amparo; y acabando de pronunciar el Señor San Antonio estas mysteriosas palabras, se subió al Cielo, y Gastón muy consolado, venida la mañana, fue en compañia de su hijo Girondo á dar gracias á Dios, y al Santo á su Templo, donde renovaron la promesa que habian ofrecido, de emplearse en obras de piedad; y con este intento, aquel dia pusieron en sus capas una señal azul, que denotaba el báculo que le habia dado San Antonio, que era de forma de una muleta, ú del Tau, letra Griega.

Con que no se puede fácilmente decir la admiracion que causó esta accion en el Pueblo de la Mota, viendo, que tan principales Caballeros habian puesto en sus pechos y capas aquellas Encomiendas, y señal no conocida; pero despues creció tanto su estimacion, que muchos Emperadores, Reyes, Príncipes, y Nobilísimos Señores, traían esta bendi-

di-

dita señal por preciosa Reliquia en sus capas y pechos; y la opinion y santidad de estos Caballeros, se divulgó de tal suerte en beneficio y utilidad de las almas, y la gran observancia de sus exercicios espirituales, de oracion, ayunos, disciplinas y otras mortificaciones, que por su exemplo, de alli á breves dias se les congregaron ocho Varones muy virtuosos, poniendo en sus capas el Tau del Señor San Antonio, para exercitarse en las obras de caridad que les habia encomendado el Santo; y así, hicieron una Hermandad muy exemplar, nombrando por su Hermano Mayor, ó Maestre á Gastón; y este fue el origen de la Sagrada Religion Antoniana, fundada en caridad, para asistir y curar á los pobres enfermos, abrasados del fuego sacro, á los quales con mucha piedad recogían en una casa que para este efecto compraron, la qual con el tiempo vino á ser el mas célebre Hospital que hay en el Orbe, consagrado en memoria de San Antonio; y los Hermanos, y Maestres, el Hábito que vestian era secular, y sin título de Iglesia, ni rezar Oficio Eclesiástico; y de esta suerte se conservó dicha Religion en Hermandad por espacio de ciento y trece años; hasta que en el de mil docientos y ocho, la Silla Apostólica les concedió que pudiesen vivir debaxo de Regla aprobada, y eligieron la de San Agustin; y despues, junto con dicha Regla, observan las Constituciones del Capítulo Provincial, (1) que esta Orden celebró año de 1614. en la Casa y Encomienda Mayor de Olite, que son como se siguen: Primeramente, todos guardan la Regla de San Agustin que profesan, y los Institutos de la Sagrada Reformacion de San Antonio de Viena; y los Novicios que toman el Santo Hábito, decóran la dicha Regla, durante el año del Noviciado, y no se admiten á la profesion, sin que la sepan; y solo el grande Abad de San Antonio de Viena, y los que tienen su comision y facultad, pueden recibir Novicios, y darles el Santo Hábito; para ser admitidos en esta Religion, han de ser de legítimo matrimonio, de padres honrados, de buen entendimiento, no indiscretos, cojos, ni mancos, y han de saber Gramática; y en las Casas donde haya número de Religiosos, los admiten, para que aprendan las ceremonias Eclesiásti-

(1) *Constan estas Instituciones por el Capitulo Provincial, que la Orden celebró en el Reyno de Navarra en la Ciudad de Olite, impreso en Pamplona, año de* 1614. *siendo Comendador Mayor el Doctor Don Andrés Martinez de Sarasa.*

ticas, y sepan la Regla que han de profesar, y los Institutos que han de guardar, y se crien en obediencia y observancia regular; y quando se les da el Santo Hábito, es en la Iglesia, en presencia de los demás Religiosos de la Casa, y habiendo estado primero un año en Noviciado, para que durante él, experimente, si le está bien el profesar, y á la Religion admitirle en la Orden; y acabado el año de aprobacion, cumplidos los diez y seis años de su edad, se le da la profesion, conforme lo dispone el Santo Concilio Tridentino. Los Religiosos ordenados *in Sacris*, además del Oficio Canónico que están obligados á rezar, deben tener un Quaderno de los Santos de su Orden, para rezar de ellos los dias que la Sede Apostólica manda; los Hermanos Donados, que tambien profesan como los Sacerdotes, hacen los tres Votos de Obediencia, Pobreza y Castidad, porque parecia cosa indecente, que personas á quien los Seglares habian tenido por Religiosos, se saliesen de la Religion, y se casasen, como en tiempo del Comendador Mayor Sarasa sucedió; y pareció conveniente desde entonces, que dichos Donados profesasen al fin del año, como los demás Religiosos de la Orden, sin alterarles el estado de Hermanos, que antes tenian; los quales, para cumplir con su obligacion, rezan en lugar de Horas Canónicas, por Maytines, cien Pater noster y cien Ave Marias; y por cada una de las demás Horas, quince Pater noster y quince Ave Marias; y al fin de todas las Horas dicen la Salve, en honra de la Virgen Maria nuestra Señora, y comulgan todos los Domingos, Pasquas, y Fiestas principales; y el que es negligente en esto, es castigado por su Prelado; los Religiosos y Hermanos ayunan el Adviento, Vigilias, y Vísperas de los gloriosos Padres San Antonio, y San Agustin; los Miercoles no comen carne; mas les es permitido en los ayunos usar de huevos, y leche.

Los Comendadores y Religiosos, el Hábito que traen es de paño negro, y en Verano de bayeta ó lanilla, ú de otra cosa decente, regular, honesta y de poca costa, y en cada uno ponen el Tau azul de terciopelo, ó raso turquesado ó morado, con cayrél de seda, y los cuellos blancos, y la barba y corona, como la usan los Clérigos virtuosos y reformados.

Y porque el recogimiento y guarda de la debida clausura, es principio de todos los bienes que en la Religion se adquieren; como al contrario, el demasiado andar, ver y hablar, es origen de todas las distracciones, ningun Religioso que habita en los Mo-

Monasterios Claustrales, puede salir de casa sin licencia de su Prelado.

Los Comendadores que moran en las Casas de Clausura, dan, conforme ordenan sus Institutos, de comer y vestir á sus Religiosos, que no son Prebendados ó Beneficiados; y si están enfermos, les asisten con quanto es menester, y el Médico ordena, con amor y puntualidad; y es la razon, que pues la Orden se exercita en obras de caridad y Hospitalidad con los extraños, mejor debe exercitarla con los propios Súbditos, que están á su cargo.

Y porque el hospedage es debido entre los Religiosos de esta Orden, quando caminan, y hubieren de hacer noche donde hay Casa de la Religion, se han de hospedar en ella, y los Comendadores los han de recibir caritativamente, conforme ordenan sus Institutos, y les han de hacer la costa tres dias á él, y á su cabalgadura; pero si ha de estár alli algun tiempo de asiento, es por cuenta del caminante el gasto.

Y quando algun Comendador Mayor General envia algun Religioso por Claustral á alguna Encomienda de las de la Provincia, el Comendador adonde va, está obligado á pagar el coste, pues va á servir á aquella Casa; y por dicha Constitucion se debe cumplir así, pena de pagarlo al doble.

En todas las Casas hay Sagrario, donde se tiene con toda decencia el Santísimo Sacramento, y está á cargo de los Religiosos el administrar los Sacramentos á los enfermos de sus Hospitales, y criados de la Casa, y los entierran en sus Iglesias; sin que para esto sea menester acudir á las Parroquias, como se hace en los demás Hospitales y Lugares Pios.

Y porque todos los Privilegios Apostólicos y Reales, que están concedidos á esta Sagtada Religion, se fundan en que tengan en ella actual y verdadera Hospitalidad de los pobres tocados del fuego sacro; y para dicha Hospitalidad, y sustento de los Religiosos, pide la Orden limosna, y los Fieles les acuden con mucha caridad; tienen en las Casas Mayores, Hospitales, con camas aderezadas, para efecto de recibir y curar solo á los enfermos llagados del fuego sacro, proveyendoles con el sustento necesario mientras se curan; y si mueren, el espólio es de los Comendadores; pero tienen obligacion á enterrarlos en sus Iglesias: en las Encomiendas; cuyos frutos ó limosnas llegan á tener de renta en cada un año, quatrocientos florines de oro de Aragon, á ocho reales Castellanos; están obligados á decir cada dia cantadas las Horas Canónicas; y

en

en las Casas, que no tienen de renta mas que docientos florines, dicen, por lo menos, Misa y Visperas cantadas, por no haber suficiente número de Religiosos; y en las demás Casas pobres, se dice una Misa todos los dias, con la mayor solemnidad que se puede.

Los Religiosos Sacerdotes que residen en las Encomiendas Mayores, y Casas grandes, sirve cada uno por su semana de lo que llaman Hebdomadário, haciendo Oficio de Preste, y la Misa Mayor es conforme el Rezo, como lo manda el Ceremonial Romano, y se aplica por los Religiosos de la Provincia, vivos y difuntos, y Bienhechores de esta Orden; y cada primer Martes del mes, se dice el Oficio semidoble, y Misa de San Antonio; y estando él impedido, se transfiere á dia desocupado.

Y por quanto la memoria de los difuntos es muy saludable, y el sufragio con que se les acude tan justo y debido, en cada Casa se dice, en virtud de Santa Obediencia, una Misa Cantada de Requiem, con su Responso, el primer Lunes del mes; y estando él impedido, se transfiere el decirla á otro dia siguiente, en sufragio general de todos los Religiosos y Bienhechores; y quando muere el Comendador Mayor, cada Religioso dice seis Misas; y por los Religiosos que pasan de esta vida, por cada uno quatro Misas rezadas; y los Hermanos Profesos, en lugar de las Misas, rezan tres Salterios; y para que tenga cumplimiento esta obligacion, así que muere qualquier Comendador ó Religioso, se da aviso á las demás Casas, para que se sepa, y todos cumplan con lo que deben, y apliquen por el alma del difunto el sufragio dicho.

Quando el Comendador, ó Religiosos enferman, tienen los unos con los otros suma caridad en servirse, medicinarse y asistirse, cuidando primeramente por la salud del alma y cuerpo; porque si en algun tiempo se conoce la caridad, es en la enfermedad, donde se prueba la virtud del doliente, y del que le sirve; y si el enfermo llega á punto de que el Médico diga se le dé el Viático; antes, ú despues de haberle recibido, sin aguardar á estár en el último trance, el Comendador, ó Religioso, para cumplir con el Voto de la Santa Pobreza, hace un memorial de todo lo que usufructuaba de bienes muebles, dinero, ropa blanca, vestidos, y otras qualesquier alhajas, ú dineros que él deba, ó le deban, y firmado de su mano, le entrega al Comendador, ó el Comendador al Religioso, haciendo desapropio de todo lo en él contenido, para cumplir con su Instituto; y si acaso quando

mue-

muere dexa deudas, se pagan de la hacienda del desapropio; y el espólio que queda, junto con el memorial, se entrega al Comendador General Mayor, cuyo heredero es del espólio, para que disponga de él, pues no tiene otro dueño legítimo; y con esto se evitan discordias, pleytos y gastos, y se cumple con la obligacion.

El modo de amortajar y enterrar á los Comendadores y Religiosos, es de esta suerte: Los visten sus Hábitos, y una sobrepelliz, muceta, y un bonete en la cabeza, y los ponen con la insignia del Tau en unas andas enmedio de la Iglesia, donde se les da sepultura en lugar decente, y les dicen el Oficio de Difuntos, y Misa de cuerpo presente con su Responso; y el dia siguiente, y el tercero, se hacen las mismas Exêquias con Misa Cantada, y al fin del año se dice por su alma una Misa Cantada, con Responso y Vigilia.

Esto es finalmente lo esencial que en dicho Capítulo se instituyó, y observa esta Sagrada Religion, en la qual han resplandecido muy Ilustres Varones en letras, virtud y santidad; (1) y con especialidad, Fray Pedro de Vallen Navigio, Fray Guigo Xay, y el Rmo. Señor D. Bartolomé de Monte-Calvo, Obispo Biterrense. (2) El Venerable Bertardo de Mite, Abad de San Antonio de Viena. (3) Fray Juan de Castro-Novo. Fr. Rufino Arpiano, Obispo de Turin. (4) Y los Reverendos Fray Roberto de Santo Aniano, y Fray Franco de Monte; (5) los quales, por orden de el Sumo Pontífice Juan XXIII. se hallaron en el Concilio General que se celebró en Constancia, (6) en cuyo Concilio fue canonizada Santa Brigida, y puesta en el número, y Catálogo de las Santas. (7) El Ilustrísimo Señor Don Jayme Rico, Obispo de Monreal. (8) Fray Guillermo Guillon, Doctor en Derechos, y Catedrático en la Ciudad de Limoges. Fray Antonio de Rupe Mora, que en letras, virtuosas costumbres, y vida inculpable, no dió la ventaja á ninguno de los excelentes Varones, que ha habido en esta Religion, (9) fue enviado, por su opinion y prudencia, por orden del Christianísimo Rey de Francia, por Embaxador al Sumo Pontífice, de la qual Embaxada salió con gran honor y autoridad. Fray Juan de Monte Canuto, Obispo de Viviers. (10) Fray Almando, Obispo Caturcense. Fray Pedro de Area-

(1) *Histor. Anton.* (2) *Fol.* 142. (3) 144. (4) 144. (5) 134. (6) 159. (7) 164. (8) 165. (9) 174. (10) 148.

no, Comendador de Flandes. Y el Eminentísimo Don Antonio Guido, Cardenal de Triulsijs. (1) Fray Carlos, Obispo de Gevennes. Fray Antonio de Ravena, célebre Predicador, que murió en Milán con opinion de Santo. Fray Antonio Bichi, Comendador Mayor de España, en la Casa de Castro-Xeriz. (2) Fr. Guido Guersi, cuya fama, virtud y nombre, hasta hoy es celebrado en Alemania. Estos, y otros muchos Venerables Varones, fueron Religiosos de esta Sagrada Religion; la qual en sus primeras Auroras, habiendose conservado en Hermandad 113. años, despues el de 1208. la Silla Apostólica, como dexamos dicho, les concedió vivir debaxo de Regla aprobada; y así floreció 90. años, hasta que creció en tanto aumento, que vino, por la divina clemencia, año de 290. á ser de la Religion Antoniana el Magnífico Monasterio, donde está colocado el bendito cuerpo de San Antonio. Con que esta Religion se gobernó casi doscientos años por Maestres; y despues los nombres de Maestres se mudaron en Abades, por concesion de los Sumos Pontífices, los quales, viendo el zelo, fervor, caridad, y provecho con que servía á Dios en su Templo esta Santa Religion, franquearon los tesoros de la Iglesia, enriqueciendola con tantas prerrogativas, gracias y privilegios, que para consuelo del piadoso Lector, haré alguna memoria de los Breves Apostólicos que los Sumos Pontífices han concedido en su favor.

El Sumo Pontífice Celestino Tercero les dió un Privilegio, para que pudiesen pedir y recoger limosnas en todos los Reynos y Provincias de la Christiandad, para la fábrica y curacion de los pobres de los Hospitales de San Antón.

Inocencio Tercero concedió, que edificasen Iglesia propia en que celebrasen los Oficios Divinos.

Año de mil doscientos y diez y ocho, la Santidad de Honorio Tercero, confirmó esta Orden por verdadera Religion, y á su Maestre y Hermanos declaró por verdaderos Religiosos; y como á tales recibió debaxo de su proteccion, y de la Santa Silla Apostólica.

La Beatitud de Gregorio Nono concedió que no pagasen diezmos, ni otras imposiciones que solian pagar á los Seglares.

Inocencio Quarto concedió que usase del Rezo Romano en el Oficio Divino, y aprobó de nuevo dicha Orden, y que pudiesen elegir por votos secretos Abad, ó Maestre de su Hospital;

(1) 165. (2) 174.

tal; y les encarga, que elijan á Varones beneméritos, para que sean norma y regla de los Súbditos, á diferencia de lo que se practíca en el mundo; el qual, si está desconcertado, es, porque habian de ser pretendientes los puestos, y son pretendientes los Sugetos.

Y la Santidad de Clemente Quarto, que succedió á Urbano en el Pontificado, concedió muchas gracias y Privilegios á todos los Demandantes, que recogen las ofrendas y limosnas para los Hospitales, Hermitas, y Casas de San Antón; y que no pueden ser excomulgados los Religiosos, ni personas tocantes á esta Orden, de ningun Prelado Eclesiástico; ni sus Iglesias y Oratorios, ser entredichos, sin licencia especial de la Silla Apostólica; y mandó á los Obispos, y á otros qualesquier Prelados Eclesiásticos, que defendiesen y amparasen de qualquier injuria y agravio á los Ministros y Hermanos de dicha Orden; y concedió grandes Indulgencias á los Cofrades de esta Orden, y á todas las personas que dan limosna á los Hospitales y Casas del Santo.

Y el Sumo Pontífice Bonifacio VIII. deseando, con ánimo de Padre, su acrecentamiento, usando de la Autoridad Apostólica, y consejo de los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, dió el Magnífico Monasterio donde está colocado el bendito cuerpo de San Antonio, que á la sazon poseían los Monges de San Benito, á los Religiosos Antonianos, para que estuviese, como por herencia, en su poder; y mandó, que de alli en adelante, no se intitulasen Maestres los Hermanos Mayores, sino Abades; y que guardasen la Regla de San Agustin, y viviesen con toda observancia y recogimiento; y que los Abades, Canónigos, y Hermanos de dicha Orden, que son, ó fueren, traygan sobre sus habitos la señal del TAU, en honra de nuestro glorioso Padre; y que á los Religiosos Profesos de esta Orden, que no usaren exteriormente traer en sus pechos y mantos dicha Encomienda, sean por sus Prelados obligados á que la traygan, para que sean conocidos y tenidos por tales Religiosos.

Y el Sumo Pontífice Clemente VI. tambien ha favorecido á esta Religion, mandando que ninguna persona pueda traer la señal del TAU, sino los varones tocantes á esta Orden.

Y así, es de advertir á muchos sugetos que solo por su voluntad traen la insignia del Señor San Antonio, que no la pueden traer públicamente, sin licencia de los Superiores de dicha Orden; y porque tambien hay muchos Fieles, que por re-

verencia del Santo traen interiormente, en forma de Escapulario, la venerable insignia del Tau, se les encarga, que para que consigan el fruto de su devocion, le traygan bendito de algun Religioso de esta Orden, ú de persona que tenga su facultad; y para ganar las Indulgencias, es necesario que se asienten por Cofrades del Señor San Antonio; los quales, teniendo la Bula de la Santa Cruzada, el dia que se escriben en dicha Cofradia, por Concesion Apostólica, ganan Indulgencia plenaria.

Y si habiendo confesado y comulgado visitaren una de las Iglesias de la Religion Antoniana, Oratorio, ó Hermita, de las que están debaxo de la obediencia de dicha Orden, el dia de nuestro Padre San Antonio, y en su gloriosa Octava, ganan Indulgencia plenaria, y remision de todos los pecados, á culpa y á pena; y en las Fiestas de la Natividad de nuestro Redentor Jesu-Christo, y la Circuncision, Aparicion, y Resureccion, Ascension, y Pentecostés, la Trinidad, y quatro Fiestas de nuestra Señora, que son, la Natividad, Purificacion, Anunciacion, y Asuncion, ganan en cada una de estas Festividades ocho mil años de perdon, y otras tantas Quarentenas.

Y desde la Fiesta de Todos los Santos, hasta el dia de San Leonardo, que es á seis de Noviembre, ganan cada dia tres mil años, y otras tantas Quarentenas de perdon.

Y el primer Domingo de cada mes, quarenta mil años, y setenta Quarentenas de perdon, y remision de la septima parte de los pecados.

Y asimismo participan de el copiosísimo número de Indulgencias que son concedidas á las Religiones Mendicantes, como lo refiere el Comendador Navarro (1) en la Vida del Santo; y tambien lo expecifica en particular una Tabla donde está escrita la memoria de estas Indulgencias, y los Pontífices que las han concedido, en la Iglesia de Madrid del Señor San Antonio Abad.

Y finalmente, son tantos los Privilegios y favores que los Sumos Pontífices han concedido á esta Sagrada Religion, y á sus Cofrades y Benefactores, que sería un proceder infinito, si se hubiesen de referir; y los Ilustres Varones, que con reverencia y devocion de servir á Dios, y á nuestro Padre, han recibido la insignia del TAU, y se han consagrado en esta exemplar Orden, que su principal Instituto fue recogimiento, oracion, silencio, disciplinas, ayunos y desasimiento de la pompa y gloria de este siglo, y cuidar de los pobres, re-

co-

(1) *Navarro, fol.* 248.

coger á los peregrinos, vestir á los desnudos, curar á los enfermos llagados del fuego sacro, con gran fruto y provecho espiritual de sus almas, y mucho lustre y edificacion de toda la Iglesia universal; la qual Religion, por estas obras de caridad en que se exercitaba, llegó á tener muy felíces acrecentamientos, y Monasterios y Hospitales, en muchas Provincias y Lugares de la Christiandad; y los que al presente permanecen debaxo de la obediencia de las Encomiendas de España, y escribiré en el Capítulo que se sigue.

CAPITULO XXX.

DE LAS CASAS, y Encomiendas Mayores que tiene la Religion Antoniana en España.

DOS Encomiendas Mayores tiene esta Sagrada Orden en España; la una es la de Castro-Xeríz, del Arzobispado de Burgos, que es la mayor y general de toda Castilla, Andalucia, Portugál, Granada, y las Indias Orientales; pero es de advertir, que las Casas que antiguamente habia de nuestro glorioso Padre en Portugal, ya se han substraído de la obediencia de Castilla; y dichas Casas las poseen los Padres de la Compañía de Jesus; y la Casa que habia de dicha Religion en Granada, hoy es Monasterio de la Tercera Orden de mi Seráfico Padre San Francisco, aunque no ha perdido el antiguo título ó advocacion de San Antonio.

Mas dexando estas Encomiendas aparte, es de saber, que las que hoy se hallan en sér, son las siguientes: La Casa y Encomienda General de Castro-Xeríz; y las Casas y Encomiendas de la Ciudad de Salamanca, Medina del Campo, Toro, Valladolid, Benavente, Segovia, Madrid, Toledo, Ciudad Real, Talavera, Cadahalso, Atienza, Cuenca, Alfaro, Murcia, Albacete, Baeza, Cordoba, y Sevilla.

Todos estos Hospitales y Casas están sujetas á la Encomienda Mayor de Castilla; y las que están debaxo de la obediencia de la Preceptoría General de San Antonio de Olíte, ilustrísima, por ser Encomienda Mayor de los Reynos de Navarra, Aragon, y Valencia, con las Islas de Mallorca, y Menorca, Principado de Cataluña, y Condado del Rosellon, y Cerdeña, en cuyos Reynos tiene la dicha gran Casa de Olíte, que está situada en el corazon del Noble Reyno de Navarra, por súbditas, y que la reconocen por Madre y Cabeza las Encomiendas y Monasterios de San Antonio de Perpiñán, Cerbera, Barcelona, Lérida, Zaragoza, Valencia, Valles, Ca-

latayud, Pamplona, Tárrega, Tudela, y Mallorca.

Todas estas Encomiendas, Hospitales, y Monasterios, están sujetos á las dichas dos Encomiendas Mayores de Castilla, y Navarra, y á la obediencia de la Religion Antoniana, sin otros muchos Hospitales, y Encomiendas Provinciales Mayores, que actualmente tiene esta Sagrada Orden, que en todas son cincuenta y quatro, que la menor tiene debaxo de su dominio cinco Casas, que están situadas en los Reynos de Nápoles, Roma, Venecia, Saboya, Italia, Alemania, Ungría, Polonia, Flandes, Borgoña, y Francia. Y finalmente, por decirlo de una vez, no hay Reyno ni Provincia en la Christiandad, que no tenga Casas y Encomiendas de nuestro gran Padre San Antonio; las quales están todas á la obediencia de la Encomienda primera y general de la Mota de Viena de Francia, cuyo Templo fue consagrado por mano del Sumo Pontífice Calixto Segundo, año de 1119. Y los Sumos Pontífices Clemente Quinto, Bonifacio Octavo, Urbano Quinto, Gregorio Decimo, Gregorio Undecimo, Sixto Quarto, Alexandro Sexto, Inocencio Octavo, Julio Segundo, y Leon Decimo; y sin estos, otros muchos Sumos Pontífices han concedido inumerables Indulgencias y gracias á todas las personas que le visitaren, por devocion de estár en él colocado el bendito Cuerpo de San Antonio; y en reverencia suya, muchos Reyes, y Príncipes Christianos le han visitado y enriquecido con preciosos dones, y han traído, como nobilísima Encomienda, en sus pechos el bendito Tau del Santo, entre los quales fue uno el Rey D. Jayme de Sicilia, el qual, en su última voluntad, dexó encomendado á sus herederos y succesores, traxesen al cuello el Tau de San Antón, labrado de oro.

Y el invictísimo Emperador Rodulfo, usó traer en su pecho esta preciosa señal; y el Serenísimo Príncipe Antonio, Duque de Calabria; y el Ilustrísimo Señor D. Juan Jordán, Cabeza de la Nobilísima Familia de los Ursinos de Roma; y la Reyna de Sicilia, Madre del Duque de Lorena; y la Princesa de Mantua; y la Condesa de Monferrato; y la Marquesa de Musoch; y el Emperador Sigismundo, Rey de Ungría, Dalmacia, y Croacia; y Maximiliano, Emperador de Romanos, y Archiduque de Austria, por la gran devocion que tuvo á nuestro glorioso Padre, y á sus Religiosos, año de 1502. les concedió que usasen por armas propias el Aguila negra Imperial en campo de oro, con una Corona al cuello, y que en el pecho del Aguila pusiesen el Tau

de

de San Antonio; (1) y en reverencia del bendito Tau, tiene el gran Abad del Monasterio de San Antonio de Viena prerrogativa, que hasta hoy se le guarda, por merced que le hizo el Serenísimo Príncipe Delfin de Francia, concediendolo todos los Grandes de la Provincia de Viena, que en las Cortes Generales y Ayuntamientos de los tres Estados de dicha Provincia, presidia en primer lugar, siempre que no se hallâre presente el Arzobispo de Granoble, en los dichos Ayuntamientos. (2) Y la Ilustre República de Florencia, por la devocion que tiene con el Santo Abad, ha recibido debaxo de su amparo á todas las personas que traen la venerable Encomienda del Tau. Y todos los moradores de la Ciudad de Tulli en Alemania, en reverencia del bendito Anacoreta, usan por armas de su Ciudad el Tau del Santo, á quien han elegido por su único Patron y Protector. Y en España, la antigua Familia de Castro, tiene por su empresa el Tau sobre sus Armas, como lo observan los Ilustrísimos Condes de Lemos, Cabeza de esta Casa de Castro. (3) Y la Nobilísima Ciudad de Valencia, y en otras muchas partes del mundo, deseando conseguir el fruto de su patrocinio, le han dedicado inumerables Lugares, Puertos, Calles y Fortalezas, que se intitulan de San Antón.

En el Puerto de la Ciudad de la Coruña, Diócesis de Santiago, hay un Castillo muy poderoso, consagrado á su gloriosa memoria, en el qual sucedió en los siglos pasados, que sacando unos Marineros Vizcaynos unas piedras, hallaron debaxo de tierra en una concavidad, metida una santa efigie, labrada de escultura, de San Antón, y hoy, con toda veneracion está colocada en la Iglesia Mayor de Santa Maria del Campo de la Coruña, donde Dios, por ensalzar á su Siervo, obra infinitos milagros.

Tocante á las Hermitas, Oratorios é Iglesias, que sin estár sujetas á la Religion Antoniana, declaran el amor y devocion, que tienen los Fieles al Santo, dedicandole Templos, Capillas, y Altares, no se pueden numerar, ni fácilmente escribir; solo daré noticia, por ser cosa bien particular, que en el Reyno de Valencia, en la Villa de Corbera, que está situada á las orillas de el Rio Xucar, casi junto á sus cristalinas márgenes, hay una Parroquia que se intitula de S. Antonio, la qual, además de ser firmísimo antemural y defensa, contra las

(1) *Histor. Anton. f.* 137. *y* 134. (2) *Histor. Anton. f.* 148.
(3) *Fundacion de los Caballeros de San Antón, en España, f.* 24.

avenidas rigurosas del Rio, librando contínuamente á la dicha Villa de que sea anegada, porque en llegando sus furiosas aguas á tocar cerca de las paredes de la Parroquia del Sagrado Abad, vuelven atrás, no sin gran admiracion; su curso es el único amparo de unas palomas, (1) que han hecho sus nidos en una torre muy alta que está junto á la Iglesia del Santo; las quales, debaxo de su proteccion se alimentan, y crian con abundancia; y es tradicion antigua, que qualquier persona que las tira y maltrata dentro del término, en círculo de media legua, inumerables veces ha sido castigada del Santo con todo rigor.

Así nadie se atreve, dentro del término dicho á ofenderlas, sino es ocho ó nueve dias antes de la Fiesta del bendito Abad, que por orden de sus Mayordomos suben de noche con unas escaleras á la torre, y cogen las que les parece, y las venden, con cuyo precio tienen suficiente para celebrar la Fiesta al Santo.

¿Pues qué podré decir de la suma devocion, que la Religion de de nuestra Señora de la Merced, Redencion de Cautivos, tiene con San Antonio, y con el gran culto y solemnidad, que celebra su Fiesta, (2) rezandole con Octava, de inmemorial costumbre, confirmada por Sixto V. en 10. de Noviembre de 1587. y en su dia hay Jubileo, y Absolucion General en todos los Conventos de dicha Religion, concedida y confirmada por muchos sumos Pontífices? y últimamente, por Clemente X. en 17. de Mayo de 1673. y esto, por razon de que en dicho dia de San Antonio Abad, fue confirmada dicha Religion por Gregorio IX. en la Ciudad de Perosa, en 17. de Enero de 1230.

Tampoco es de menos edificacion, lo que cada dia se experimenta; porque muchos exemplares Varones que entran en las Sagradas Religiones, por su devocion, dexan el nombre Bautismal, por tener el de nuestro Santo. Testigo es de esta accion, entre otros muchos, San Antonio de Padua; (3) porque á los veinte y seis años de su edad, quando tomó el Hábito de mi Seráfico Padre San Francisco, se mudó el nombre de Fernando en Antonio, en reve-

ren-

(1) *Palomas, que se crian en un Castillo, debaxo de la proteccion de el Santo. D. Juan Royo y Celi.* (2) *La Religion de nuestra Señora de la Merced celebra la Fiesta á San Antonio todos los años en su dia. Dase cuenta, por qué razon.* (3) *San Antonio de Padua se mudó el nombre en el de nuestro bendito Abad, por la devocion que le tenia. Ribad. en las Vidas de los Santos, fol.* 305.

rencia suya; á quien imitó con tanta excelencia, que sería menester la lengua de los Angeles, para explicar sus heróycas virtudes.

Y finalmente, volviendo al propósito de donde salí, concluiré, diciendo: que casi los mas Monarcas, y Príncipes Católicos del Oriente, Poniente, Meridionales, y Occidentales, han estimado la Sagrada Encomienda del Tau, que traen en sus pechos los Profesores de la Religion Antoniana, y han favorecido dicha Orden, con inumerables franquezas y Privilegios; y para que no le falte nada del lustre que merece en España la Casa Real de Castilla, tiene debaxo de su proteccion esta Sagrada Religion, la qual es muy venerada de todos los Fieles, por la gran devocion que tienen con San Antonio; y por los infinitos milagros que la Divina Magestad obra por su intercesion; y por los exemplares castigos que el Poderoso Señor ha hecho con algunas personas que se han atrevido á injuriar y escarnecer sus benditas Efigies; porque, como dice San Juan Damascéno, el honor que se da á la Imagen, se da á la persona que representa; y la ofensa que se comete contra ella, se comete contra la persona cuya es la Imagen.

CAPITULO XXXI.

LOS EXEMPLARES CASTIGOS que la Magestad Divina ha executado en algunas personas, que se han atrevido á injuriar las Efigies de San Antonio.

AÑO de mil quinientos y sesenta y seis, en la Ciudad de Castellon de Francia, estando alojados tres Soldados en una Aldéa, (1) salieron con sus armas al campo, y á poco mas distancia de una milla de la Ciudad, vieron en la puerta de una Hermita una Imagen labrada de piedra de San Antonio Abad. Eran Hereges, y como tales, tomaron por entretenimiento hacer escarnio del Santo. Pusieronle un morrion en la cabeza, y una alabarda en la mano. Hicieronle mil injurias, y uno de ellos mas osado, le decia: Si tanto puedes, como publícan los Papistas, defiendete de nosotros; y diciendo y haciendo, disparó contra el Santo un esmeríl, y le dió con las balas entre la barba y el labio inferior; pero no se fue sin castigo el perverso Herege, porque luego se sintió herido del fuego sacro, que le brotaba de entre la barba y el labio,

(1) *Castiga San Antonio á unos Hereges, porque hicieron escarnio de él. Itiner. de exemplos del P. Andrade de la Compañia de Jesus, cap. 21. grado 11. fol. 161.*

bio, y entrandosele por la boca, le abrasó y consumió interiormente todo el cuerpo; y con el insufrible dolor que en sus entrañas padecia, cayó revolcandose en el suelo, despedazandose las entrañas, y con este tormento dió su infelíz alma al demonio, para penar eternamente en el Infierno; mas no paró aqui el castigo divino, porque aquel abrasador fuego se apoderó del segundo compañero, el qual sintiendose quemar, daba lastimosos ahullidos, y con el ardor que padecia se arrojó en un profundo hoyo, pensando apagar su incendio; pero no pudo, porque el fuego era tal, que ardia mas con el agua, como si le echáran aceyte; y así murió rabiando, sin poder ser socorrido; y el tercer compañero tambien se sintió herido de aquel poderoso contagio, aunque no le atormentaba con tanta vehemencia como á sus dos amigos, de los quales vió su desastrado fin; y con tan fatal espectáculo, empezó de corazon á temer, y á llorar con gran arrepentimiento, pidiendo perdon al Santo, y que se apiadase de él, y de su miserable ceguedad; y á las voces y dolorosos gemidos que daba, acudió mucha gente, á quien refirió lo que habia sucedido; y suplicó con grandes ruegos, le llevasen á la Iglesia de nuestro glorioso Padre, donde en su bendito Altar, se dixo una Misa por su devocion; y apenas se hizo esta diligencia, quando instantáneamente fue Dios servido de dar, por intercesion de su Siervo, salud al Herege, así en el alma como en el cuerpo; porque abjurando la Heregía, se convirtió á nuestra Santa Fe Católica, en que perseveró el resto de su vida.

Habiendo entrado á fuerza de armas los Turcos, año de mil y quinientos, en la Ciudad de Methon, (1) despues de haber robado, y arruinado todos sus Edificios y moradores, procuraron con increíble furor, borrar de las paredes de los Templos y Lugares Sagrados, las Imagenes de nuestro Señor, y de sus Santos; y llegando á querer borrar una Efigie de San Antonio Abad que estaba pintada en una pared, no pudieron salir con su intento, aunque porfiaron echar la pared en el suelo; y viendo esto los Bárbaros, confusos y temerosos, desistieron de la empresa, confesando que la Efigie del hombre anciano que estaba pintada en la pared, tenia virtud Divina.

San Antonino de Florencia, dice:

(1) *Quieren unos Turcos borrar de una pared la Imagen de San Antonio donde estaba pintada, y no pudieron. Histor. Anton. lib 4. cap. 35. fol. 169.*

ce: Que en Cecéna, Ciudad de la Toscana, un Fulano Brito, hombre cruél y desalmado, (1) furiosamente sacó la espada, y con diabólica indignacion tiró una estocada á una Imagen del Señor San Antonio, que estaba pintada en una pared; y antes que llegase á tocarla con la punta, le envió Dios su merecido castigo, abrasandole todos sus miembros de tal suerte, que aunque se metió en un estanque de agua, en ella misma se abrasó y consumió, con grande asombro de los que se hallaron presentes, viendo tan horrendo espectáculo.

En tiempo del Papa Gregorio XI. quando los Bretones ganaron á fuerza de armas la Ciudad de Cecéna en Italia, un Soldado entró en un Templo para robarle, (2) á tiempo que unos niños, por librarse del furor que les amenazaba, se subieron como á refugio sagrado, sobre un Altar, tiernamente llorando; mas el inhumano Soldado se fue para ellos, con la espada desnuda, y con increíble impiedad los quitó la vida; y despues de haber executado este tan diabólico hecho, vió, que en aquel Altar estaba una Imagen del Señor San Antonio Abad; y el cruél hombre, con la espada bañada con la sangre de los niños, la dió muchas estocadas; mas en aquel mismo momento le abrasó un fuego tan extraño, que le consumió las carnes, y le quitó la vida.

Casi lo mismo sucedió en nuestros tiempos á otro Soldado Francés, en el Burgo de San Dionís, junto á Placencia de Italia; (3) el qual se atrevió á hacer otra injuria, semejante á la pasada, en la Imagen de nuestro Padre San Antonio; pero estando el infelíz Soldado á los ojos de la mayor parte del Exército de Francia, empezó súbitamente á temblar, y á dar voces, diciendo: San Antonio me abrasa, San Antonio me quema; agua, agua, que me abraso en vivas llamas. Echaronle mucha agua encima de su cuerpo; y como le iban echando el agua, salia de su cuerpo un humo espeso, como quando queman un horno de cal, y exhalaba un hedor tan intolerable, que ninguno le podia

(1) *Castiga Dios á un hombre, porque se atrevió á tirar una estocada á una Imagen de San Antonio, lo escribe San Antonino de Florencia. Histor. Anton. fol.* 49. (2) *Castiga Dios á un Soldado, porque se atrevió á injuriar la Imagen de San Anton. Teatro de Religiones, por el P. M. Fr. Pedro de Valderrama, Prior del Convento de San Agustin de Sevilla, en el Sermon de San Anton. fol.* 574. (3) *Castiga Dios á otro Soldado, porque injurió una Imagen del Santo, Historia Antoniana.*

dia sufrir; y con tan rigurosa pena acabó la vida, en pago de su temerario atrevimiento.

Año de 1457. con gran solemnidad, y licencia Apostólica se abrió la caxa donde está el bendito Cuerpo de nuestro Padre San Antonio, y se sacó un brazo del Santo, y se puso aparte, en un Relicario de cristal y oro, todo esmaltado de piedras preciosísimas, dádiva que hicieron á su costa los Serenísimos Duques de Milán, para que se pudiese mostrar con toda decencia esta santa Reliquia al Pueblo, y satisfacer á la devocion de los Fieles, que con tanto fervor deseaban ver alguna Reliquia suya; y un hombre, llamado Diego, natural de un Lugar del Estado de Saboya, (1) determinó robar el precioso Relicario, para aprovecharse del oro, diamantes, y otras piedras de mucho valor que tenia; y con este intento se quedó una noche escondido en la Iglesia de San Antonio; y habiendo abierto la puerta del Sagrario con llaves maestras, al tiempo de querer tomar con sus atrevidas manos el bendito Relicario, permitió el Cielo, que quedase tan atemorizado, y fuera de sí, que no pudo executar su sacrílego intento, ni moverse del Lugar donde estaba, por diligencias que hizo; y así, á la mañana fue hallado, y preso; y confesando su delito, le entregaron á la Justicia Seglar, la qual le castigó, y mandó le quitasen la vida, como se executó, en una horca.

Junto á la Ciudad de Nápoles, año de 1620. un Soldado, llamado Pedro Tabres, (2) en compañia de otros Soldados entró en una pyara de cerdones, y quitó un ceboncillo, que estaba dedicado á nuestro glorioso Padre; y viendo esto el Pastor que guardaba el ganado, le suplicó con mucha humildad y rendimiento, que se sirviese con otro mayor, y que le dexase el que llevaba, por quanto le tenia ofrecido á San Antonio Abad; y el atrevido Soldado no quiso condescender con sus piadosos ruegos; antes haciendo donayre y chanza, en menosprecio del Santo, dixo muy injuriosas palabras; mas presto se le siguió su merecido castigo; porque al tiempo de comer el ceboncillo con el primer bocado que metió en su blasféma boca, se quedó ahogado, con terror y espanto de sus compañeros.

Reynando Maximiliano, Emperador de Alemania, entró por cu-

(1) *Un hombre intentó robar el Relicario donde estaba el brazo de San Antonio, y no pudo moverse, hasta que fue hallado, y preso.*

(2) *Castiga San Antonio á un hombre porque le escarneció, y hurtó un ceboncillo que estaba ofrecido á su Iglesia.*

curiosidad un Judio (1) en una Iglesia, donde estaba en un lienzo, pintado el Señor San Antonio Abad; y por escarnecerle, como hacen los demás de su Secta con las Imágenes de los Siervos de nuestro Señor, fingiendo que hacía oracion, se postró de rodillas delante del Santo, y le decia muchos oprobios, juzgando, que por haber sido Christiano, y Confesor ilustre del amado Jesus, es cosa fabulosa decir, que goza de la Bienaventuranza, y sus hechuras tienen virtud Divina; y el glorioso Abad, para alumbrar su ceguedad, y enseñarle el respeto que le debia tener; levantó el báculo que tenia en su bendita mano, y le dió tal golpe con él en el hombro izquierdo, que cayó al punto sin ningun sentido amortecido en tierra, y de esta suerte estuvo el Judio mas de una hora, á vista de los que estaban en la Iglesia; pero vuelto en sí, dixo lo que le habia sucedido, y como el Santo justamente le habia castigado, por su incredulidad y sacrílego atrevimiento; y conociendo por el maravilloso castigo, que la Ley Santa de Christo es la verdadera, y en la que los hombres se salvan, dexó él y toda su familia el Judaísmo, y se convirtieron á nuestra Santa Fe Católica.

Un Labrador, llamado Jorge Donato, (2) mas avaro que caritativo con los pobres, viendo que el año iba muy ésteril, y que sus sembrados se perdian, ofreció á San Antonio ciertas medidas de trigo, y que usaría desde alli en adelante de misericordia con los necesitados, si le daba buena cosecha; y habiendo el Santo aceptado su oferta, y oído su peticion, al tiempo que llegó la siega, le dió duplicados mas granos de lo que solía coger en los otros años abundantes; pero cegandole la codicia, como acontece á muchos, olvidó el beneficio recibido; mas le sucedió, para exemplar castigo, así de él, como de los que no cumplen lo que ofrecen á los Santos, que el dia propio que la Iglesia celebra la Fiesta á San Antonio, sin poderlo remediar, por diligencias que hicieron, se le quemó la casa, y dos cámaras grandes de trigo y cebada que tenia.

No menos castigo dió nuestro Señor á un Labrador, (3) porque nunca guardó las Fiestas del bendi-

(1) *Castiga el Santo con el báculo que tenia en su bendita mano á un Judio, porque le escarnecia. Tesoro Espiritual, cap. 15. fol. 96.*

(2) *Abrasa el Cielo á un Labrador la casa, porque ofreció al Santo una promesa, y no la cumplió. Tesoro Espiritual, cap. 15. fol. 99.*

(3) *Castiga Dios á otro Labrador, porque no guardaba las fiestas de San Antonio. Tesoro Espiritual, cap. 15. fol 99.*

dito Abad, como todos los moradores de su Lugar, por antigua devocion observaban; y así, estando un dia del Santo en un monte, sin necesidad para alimentarse, cortando leña, le hirió de muerte un javalí, y de este género fue hallado, y llevado á su Lugar, donde vivió dos dias, confesando que aquella desgracia le habia sucedido por justo juicio de Dios, por quanto no guardaba ni oía Misa en las Fiestas de S. Antonio.

A otro hombre la Magestad Divina privó de la vida, porque no cumplió un voto que hizo, de visitar nueve dias, confesar y comulgar, y oír Misa en la Iglesia de San Antonio, si le daba el Santo salud de una peligrosa enfermedad que le tenia á punto de muerte; y habiendole el bendito Abad instantáneamente sanado, no hizo aprecio de cumplir el voto que habia hecho; (condicion propia de hombres, ser muy prontos á ofrecer en los peligros, olvidando despues el cumplimiento de lo que ofrecen) y en pago de su omision, pasados quatro años, le volvió á repetir, con mayores dolores, la enfermedad que antes padecia, de calidad, que brevemente le quitó la vida. Suceso, que pueden considerar y aún temer los que no cumplen sus votos, por librarse de semejantes castigos.

Tambien este glorioso Santo toma por su cuenta el castigar á los que injurian y desobedecen en la perfeccion Evangélica á sus devotos. Así se dice de San Francisco de Paula, (1) que fue especialísimo devoto de San Antonio, y que tenia en su Orden un Religioso llamado Rugier, y dexó la Regla que habia profesado, instituida por el bendito S. Francisco; y quiso con nueva invencion, cubrirse los pies, siendo costumbre en aquella Religion, al principio que se fundó, traer los pies descalzos y descubiertos; y viendo San Francisco su relaxamiento, y mal exemplo que daba á los otros, lo sintió mucho, y le amenazó con el fuego sacro de San Antonio, su Abogado con la Magestad Divina, que le habia de castigar, y abrasar los pies, si no se enmendaba; pero él no hizo aprecio de las amonestaciones de su Santo Prelado; y así, para exemplar escarmiento sucedió, que viniendo del Reyno de Nápoles á Genova, á la mitad del camino, dia de la Transfiguracion de Jesu-Christo nuestro Señor, le quemó San Antón los pies, con su incurable fuego; y á 17. de Enero, dia del Glorioso Abad, le privó de la vida, como el Todo Poderoso hizo con los hijos de Aaron, porque quebrantaron un Precepto de los

(1) *Histor. de San Franc. de Paula, lib. 1. cap. 159. fol. 160.*

los que mandaba la Ley Escrita, (1) que no le incensasen con fuego ageno; y no se espánte nadie de que castigue Dios tan rigurosamente á los que quebrantan las ceremonias de su Ley, y las que los Santos Fundadores de las Religiones dexaron establecidas en las Reglas y modos de vivir á sus Súbditos; porque las ceremonias Eclesiásticas, son como los muros de las Ciudades fuertes, que rompidos por los Enemigos, queda la Ciudad y los Ciudadanos en sumo peligro de perderse; como sucedió á la Ciudad de Jericó, que en cayendo por tierra los muros, con facilidad la entró el Capitan Josué, y la destruyó; y así, caídas y quebrantadas las ceremonias de la Iglesia Católica, que son muros de las Sagradas Religiones, los votos y lo esencial de ellas, quedan como perdidos.

CAPITULO XXXII.

EN QUE SE PROSIGUE con la narracion de los milagros de San Antonio.

VErificanse por los exemplares que quedan referidos, quan severamente castiga Dios á los que no cumplen los votos que ofrecen á nuestro Patriarca Santísimo, injurian sus benditas Imágenes, y cosas que le están dedicadas, y faltan á su devocion; y del género que premia á los que con verdadera reverencia se valen de su patrocinio, se conoce por los inumerables milagros que obra el Todo Poderoso por su intercesion; porque así como castiga á quien le ofende, por los mismos filos favorece á sus devotos, en que se manifiesta la Gloria del Supremo Señor, y el cumplimiento de su Divina palabra, que le prometió de hacer muy esclarecido su nombre en todo el Orbe, cuya celestial promesa vemos cumplida, por los prodigios que obró en vida, y por los que han hecho y hacen hoy dia sus venerables Efigies y Reliquias, donde quiera que estan colocadas; porque verdaderamente, la gracia de hacer milagros que le ha comunicado el Altísimo, no es limitada para una especial dolencia, como vemos en otros Santos; que unos son Abogados para curar calenturas; otros los pechos; otros las gargantas y otros diferentes males; sino que ha tomado por su cuenta el ser salud y alivio de todas las dolencias, pues no se halla alguna en la Naturaleza, esenta de su virtud, ni miembro de criatura racional é irracional, que se le haya encomendado, que no haya sido curado; porque

(1) *Exod. 19. cap. 20.*

que su bendita mano es tan generosa para hacer beneficios y remediar necesitados, que por pequeñas ofertas que le hagan sus devotos, se mueve prontamente á socorrerlos, como se verá por los casos siguientes.

Un Oficial, llamado Lucas Hutier, vecino de Ucera, tenia una yegua muy enferma, (1) de una peligrosa herida que la habia dado un toro; y considerando que los medicamentos humanos no la aprovechaban, y que sin remedio se moria, ofreció al Señor San Antonio una limosna, si la daba salud; y habiendola untado con el aceyte de la lámpara que ardia ante una de las Efigies del Santo, por espacio de nueve dias, en dicho término sanó, y su amo, á fuer de agradecido, reconociendo que tenia vida por la intercesion del bendito San Antonio, cumplió la promesa que le habia hecho.

Nicolás Rusier, morador de la Ciudad de Nápoles, año de 1455. tenia una mula manca, (2) que no podia andar sino con mucha dificultad; y viendo que otros Labradores, el dia de San Antonio llevaban sus ganados y cabalgaduras á la Iglesia del Santo, para que diesen en contorno de ella las vueltas que la devocion de los Fieles acostumbra, llevó lo mejor que pudo su mula, confiando en el bendito Abad, que se la habia de sanar; y no le salió vana su esperanza, porque apenas hubo dado tres vueltas, quando la vió sana, y que corria tan ligeramente, como si no hubiera tenido ninguna lesion.

Raro era el año que dexaba de experimentar diferentes incendios en su hacienda, y casa un Panadero de la Villa de Lucemburg; (3) por lo qual vivia muy desconsolado, sin saber qué medio tomaria para librarse de tan continuos incendios; y estando discurriendo qué podia hacer, inspirado del Cielo, acordó ser devoto del Señor San Antonio, y tenerle por su único amparo, y tuvo felíz acierto en esta eleccion, que desde el punto que puso una hechura del Santo con toda decencia, en un nicho, hecho en una de las paredes donde solia prenderse el fuego, nunca mas, aunque vivió despues muchos años, tuvo en su casa incendio alguno.

Moraba en Navarra una pobre viuda, (4) que por huir del con-

ta-

(1) *Sana una yegua, que estaba herida. Tesoro Espiritual, cap. 26. fol.* 204. (2) *Da salud á una mula manca.* (3) *Favorece á un devoto, librando su casa de incendios. Tesoro Espiritual, c. 26. f.* 206. (4) *San Antonio guarda el ganado á una pobre muger. Histor. Anton. fol.* 51.

tagio y mal de peste que habia en la Ciudad, dexó inadvertidamente su casa sola, y en ella encerrado un poco de ganado de cerda, que era todo su caudal con que se alimentaba; pues sucedió, que de alli á dos dias, la pobre muger se acordó que habia dexado su ganado encerrado en las estancias, sin que cuidase de él persona alguna, y sin haberles dexado de comer; quiso volver á poner en cóbro su hacienda, mas las guardas que para este efecto estaban en las puertas y caminos, no la dexaron pasar; con que se afligió mucho, juzgando, y con razon, que su ganadillo todo pereceria de hambre; y con esta pena, por instantes lloraba su negligencia y y descuido; y viendose en tanta necesidad y desconsuelo, se valió del Señor San Antonio; era su devota; y así, con mucha fe y devocion le suplicó la guardase su ganado; y fue Dios servido, que al fin de treinta dias, quando volvió la pobre muger á su casa, la halló del mismo género que la dexó, y su ganado bueno y sano, y bien sustentado.

En el término de Senese, Lugar de Francia, estando un dia un animal de cerda, de los dedicados al Señor S. Antonio Abad, (1) que se alimentaba á sus aventuras, pastando en un sembrado de trigo por el mes de Mayo, año de 1370. llegó á este tiempo el dueño del sembrado; y viendo al cerdo, sacó con grande ira un cuchillo de monte que traía en la cinta, y le tiró un tajo, que le cortó á cercén una pierna; y el animalillo al punto cayó en tierra, dando lastimosos gruñidos, á los quales acudieron muchas personas; y una muger, llamada Ambrosia Bopuy, era muy devota de nuestro glorioso Abad; y conociendo, por la señal que traía el cerdo, que estaba ofrecido al Santo, se llegó á él, y como si fuera capáz de razon, con suma candidéz, le dixo; animalico de Dios, no te aflijas porque si, como presumo, eres de los que están dedicados á mi bendito Padre San Antonio, yo confio en la misericordia infinita, que te ha de sanar; y diciendole esto, le juntó la pierna que tenia dividida; y fue cosa portentosa, porque en aquel mismo instante se la unió, y el cerdo se levantó, como si no hubiera recibido daño alguno, no cesando de correr, hasta que se entró en la Hermita de nuestro bendito Abad, que estaba no muy distante de alli. Por este ilustre milagro, y otros muchos que el

(1) *Da súbita salud á un animal de cerda, que le habian cortado una pierna. Tesoro Espiritual, cap. 29. fol. 207.*

Santo obraba cada dia en Francia, no es de maravillar que le tengan tan singular devocion; como se la tienen los Valencianos, Aragoneses, y Catalanes, por el celebrado milagro que hizo en Barcelona, (1) donde una hembra del ganado de cerda, le traxo un hijuelo muerto en la boca, para que S. Antonio le diese vida; y habiendole puesto á los pies del Santo, instantáneamente, á vista de inumerable gente, le resucitó.

No puedo dexar de acompañar este milagro con otro, no menos maravilloso que obró con una pobre muger que moraba en Granoble de Francia; (2) porque habiendosele baldado un jumentillo con que trabajaba y sustentaba su pobre familia, de tal suerte le rindió la enfermedad, que teniendole por muerto, ordenaron de sacarlo al campo; y la afligida muger, antes de ponerlo en execucion se postró de rodillas en tierra, delante de una Efigie del glorioso Padre San Antonio, á quien suplicó, diciendo: que pues era el único remedio de todos sus devotos, y Abogado de los animales, se doliese de su extrema necesidad; y apenas acabó la desconsolada muger de pronunciar estas fervorosas palabras, quando el jumentillo se levantó sano, y con enteras fuerzas para trabajar.

Año de 1458. entró en el Templo del Señor San Antonio una afligida muger, llamada Micaela, (3) que era muy atormentada de un infernal espíritu, que no la dexaba de dia ni de noche sosegar; la perturbaba la razon, y afligia con terribles males y vejacion cruel, sin sombra de consuelo; la lengua se la hinchaba y ennegrecia, y con desorden la sacaba de la boca, y á veces la garganta se la inflamaba tanto, que parecia que queria reventar; otras veces ponia los ojos terribles y espantosos, y crugía los dientes, y espumaba por la boca con tanto horror y dolor, que juzgaban que miserablemente se la acababa la vida; y quando algunas Reliquias de Santos se la aplicaban, aunque fuese ocultamente, daba voces, diciendo que se las quitasen, y con increíble furor y rabia procuraba desecharlas, y se volvia contra los circunstantes. Todas las cosas espirituales aborrecia, y de la presencia de los Sacerdotes huía, principalmente de los Exôrcistas; y estando padeciendo tan lastimosa pena, permitió N. S. que se

(1) *El P. M. Fr. Lorenzo de Zamora, del Orden de San Bernardo, y en la 3. p. de la Monar. Mystic. de la Iglesia, fol 429.*

(2) *Sana á un jumentillo.* (3) *Histor. Anton. Da salud á una muger espiritada, fol. 157.*

se postró de rodillas con mucha Fe y devocion, delante del sepulcro del Señor San Antonio, á quien suplicó con tiernas lágrimas y suspiros, usase de la piedad con que mira á sus devotos, y la librase del maligno espíritu, que tan cruelmente la atormentaba; y acabando la pobre muger de pronunciar estas palabras, fue Dios servido que la dexó libre el demonio, y salió por su boca, á vista de todos, en forma de un asqueroso moscon grande y negro, haciendo un disforme y temeroso ruido; y conjurandole, para que dixese su nombre, con furioso ímpetu asió un libro que estaba en el Coro; y ojeandole, mostró el nombre de Belcebú, que estaba escrito en el mismo Libro, como dando á entender que aquel era su nombre.

Un Caballero, llamado Sibudo, año de 1208. oprimido de muchas adversidades, (1) fue en Romería á Viena de Francia, y visitó el Templo de San Antonio, á quien con gran devocion suplicó le favoreciese; y fue cosa portentosa, que en aquel mismo instante que invocó su santo favor, se halló consolado, y alcanzó de nuestro Señor lo que deseaba; y en agradecimiento del gran beneficio que habia recibido, hizo en vida (lo que otros aguardan para la hora de la muerte) con piadosa liberalidad donacion al Hospital de San Antonio de la Mota, de la quarta parte de su hacienda, para el sustento de los Peregrinos, huérfanos, viudas, y curacion de los pobres enfermos que asisten en dicho Hospital; porque es excelente arte, para doblar el merito de la limosna, no dilatarla de un dia para otro. Así se nos avisa en el Génesis: (2) Antes de la muerte, haz bien por tu alma; y segun tus fuerzas, da limosna al pobre; porque el que dilata el hacer bien, quando no puede gozar aquel bien, no lo hace de caridad, sino de necesidad, y á veces de vanagloria: Porque ¿de dónde le sale al avaro, que en su vida dió limosna, aunque oyese los piadosos ruegos del pobre; las sentidas lágrimas del desvalido; las lastimosas voces del necesitado; las súplicas del pariente mas propicio; los consejos del amigo mas seguro; las exôrtaciones espirituales del Confesor zeloso; dexar grandes Fundaciones, ó ricas Capellanías? ¿De dónde tanta caridad en un pecho tan de bronce? Sospechosas son estas limosnas. San Basilio dice: Que la limosna que se difiere á la hora de la muerte, no tiene valor de li-

(1) *San Antonio consoló interiormente á un Caballero, que andaba muy afligido. Histor. Anton.* (2) *Genes. cap.* 14.

mosna, porque no procede del amor de la caridad, ni de compasion del pobre; y se puede temer, que entonces mas fomenta la vanidad á la obra, que la caridad. Con que aunque aprovecha para los que quedan, es de poco ó ningun fruto para el que se va; y así importa, que la limosna se dé, quando se puede gozar lo que se da; pues quando el hombre no puede gozar de la riqueza, ¿qué maravilla es que la déxe? Entonces las riquezas le dexan á él, que él no dexa á las riquezas. Además, que nuestro Señor no le pedirá cuenta al hombre de las necesidades que hubiere en tiempo de su muerte, sino de las que hubo en tiempo de su vida; pues si remedia las que no le tocan, y no socorre las que Dios le manda, ¿qué podrá responder en aquel severo Tribunal? Si un sugeto lleva dos administraciones, y sabe que de la una jamás ha de dar cuenta, y de la otra se le ha de pedir tan rigurosamente, que no le han de perdonar la mas leve partida, ¿no será necio este tal en poner mucho cuidado en la administracion de que no ha de dar cuenta, y descuidarse de la que ha de dar? Claro está que sí. Pues de este modo son los ricos avaros, que en la hora de la muerte hacen grandes fundaciones, habiendo en vida dexado morir de hambre á la viuda; perecer de frio al desnudo y perdido, y usurpado la hacienda del Pupilo; (1) y así, importa, que la limosna se dé, para tener fruto y mérito, á tiempo y sazon, como hizo este piadoso Caballero, llamado Sibudo, á quien en recompensa de su heróyca caridad (como dice el Real Profeta, que será eterna la memoria del limosnero, y dura para siempre; y al contrario de el inhumano y desapiadado, del qual no quedará rastro) permitió la Divina Magestad, que en otra ocasion, habiendose valido de la intercesion de S. Antonio, se acabasen, quando menos se imaginaba, unas grandes enemistades y desgraciadas correspondencias, y perjudiciales pasiones que tenia contra él un hermano suyo, llamado Amblardo, y que de alli en adelante se comunicasen, como deben hacer los buenos hermanos, con interior paz, amor y sosiego.

Año de 1504. hubo muchas alteraciones en los Elementos, y gran falta de agua, por cuya causa se hallaban los Moradores de la Provincia de Viena muy afligidos; y estando con esta pena, se acogieron como á puerto seguro, en el Templo del Santo, implorando la Divina misericordia, y para conseguirla, sacaron en

(1) *Consuelo de pobres, fol.* 28.

en Procesion el bendito Brazo de San Antonio, que hasta aquel dia nunca se habia sacado en Procesion; y antes que volviese la Procesion á su casa, envió nuestro Señor á la tierra el agua deseada. (1)

Y no tan solamente obra Dios con su mano poderosa estos portentosos prodigios en el Templo, donde al presente está colocado el bendito Cuerpo de nuestro Glorioso Padre, sino que tambien hace inumerables milagros en todo el Orbe, y en las otras Iglesias, Hermitas y Capillas donde están colocadas sus Efigies, de cuya narracion, si tuviera tan perfecta noticia como la he solicitado, texiera mas larga tela, segun es mi afecto, y mayor mi obligacion; porque raro devoto suyo se hallará, que no haya recibido del Santo muchos y grandes beneficios; yo, aunque indigno y menor de todos, confieso que le soy deudor de tantos, como no sabré ponderar ni agradecer en mi vida; y conociendo por experiencia, quanto alcanza de la Divina piedad su intercesion, y quan eficáz es, para mayor devocion suya, y útil de los Fieles, que se comuniquen y resplandezcan, como la luz de el Sol, por toda la redondéz de la tierra, los milagros que ha obrado; y que respecto de ser copiosísimos, son muy pocos los que se hallan en los Libros impresos; he escrito á diferentes sugetos, que asisten en las Casas del Señor San Antonio, que hay en Castilla, suplicandoles, que me participen esta noticia; y por este camino he venido á conseguir la memoria de algunos recientes prodigios de nuestro bendito Abad; de los quales se infiere, que si en seis ó siete Lugares de España ha hecho el Soberano Artífice, de cien años á esta parte, por los meritos del Santo, tantas maravillas, ¿quántas serán las que ignoramos que ha obrado en los siglos pasados, y al presente obra en todo el mundo? Y pues es imposible el poderlas todas declarar, proseguiré esta Obra, describiendo en ella los milagros que se hallan en la Historia Antoniana, y los que nuevamente he podido recoger; los quales son como se siguen.

Llevando al Hospital de Albacete, año de 1587. á un pobre hombre, llamado Bartolomé Lainéz, natural de la Ciudad de Toledo, que estaba tullido muchos años habia de ambos pies, al tiempo de pasar por la Hermita del Señor San Antonio, que está en el camino Real de dicha Villa, preguntó: ¿qué invocacion

(1) *Por intercesion de San Antonio envió Dios agua á la tierra. Hist. Anton.*

de Santo, tenía aquella Hermita? Y habiendole respondido, que era de San Antonio Abad, alzó la voz el afligido hombre, diciendo: (1) ¡Oh esclarecido Padre! por los milagros que he oído decir que habeis hecho, mostrad en mí vuestro favor, y libradme de tanta miseria y mal como padezco; y al punto que acabó de decir estas palabras, saltó con mucha ligereza del jumentillo en que le llevaban, y se halló bueno y sano, dando gracias á nuestro Señor, y á su bendito Siervo; y no solo obró Dios á la sazon un milagro, sino dos; porque todo el tiempo que estuvo Bartolomé Lainez en la Hermita del Santo, publicando la milagrosa salud que habia recibido, vinieron á verle casi todos los moradores de la Villa, y vieron, con gran gozo y admiracion suya, el venerable rostro del Señor San Antonio, que estaba muy encendido, teniendole antes blanco, y la campanilla que tenia en su bendita mano, la tocaba sin cesar; y habiendose verificado estos dos ilustres milagros, en reverencia del Santo votó la Villa de Albacete una Procesion, que se hace todos los años el tercer dia de Pasqua de Espíritu Santo, en memoria de haber sucedido en tal dia lo que dexamos referido.

No fue menos admirable el milagro, que de allí á breves dias sucedió en dicha Villa, en la qual moraba un Oficial de calzado, llamado Juan Ximenez, que tenia á su muger tullida y quebrada; (2) y oyendo los milagros que San Antonio hacía, pidió la llevasen á su Hermita; y habiendola cumplido este deseo, entró en ella, aunque con mucho trabajo, sustentando su tullido cuerpo sobre unas muletas, y ayudada de su esposo; y estando oyendo Misa, se la cayeron las muletas, y se halló buena y sana.

El primer Domingo del mes de Agosto, fue Fray Pedro Ortiz, Comendador de San Antonio de Cuenca, y Murcia, á la dicha Hermita, á pretender el derecho y administracion de aquel Santuario, como lo consiguió, por pleyto muy reñido y prolixo con la Villa de Albacete, (3) y tuvo tres sentencias en su favor, y Executoria de ellas, año de 1599. y estando dicho Comendador celebrando el Sacrosanto Sacrificio de la Misa en el Altar del Señor S. Antonio, vieron los presentes, que desde que comenzó á decir la Confesion, hasta que acabó la Misa, la campanilla que tenia el glorioso Santo, se tocaba por sí sola; y su ben-

(1) *Hist. Anton. fol.* 198. (2) *Sanó el Santo á una muger, que estaba tullida y quebrada, Hist. Anton.* (3) *Histor. Anton.*

bendito rostro, que estaba antes blanco y descolorido, se puso mas resplandeciente y colorado que una rosa; y este milagro está verificado, y puesto en el Proceso del pleyto que se trató con dicha Villa.

Ana Ruiz, hija de Pedro Ruiz, vecina de la dicha Villa, estaba enferma de una grave enfermedad de calenturas, y perlesía, (1) que no se la entendia lo que hablaba, y demás de esto, estaba tullida de un lado, pasando grandes dolores, que la ponian á punto de muerte. Estando padeciendo tan penosa enfermedad, ofreció hacer una Novena en reverencia de San Antonio en su santa Hermita; y al segundo dia de la Novena la dió un gran sudor, que la dexó amortecida, mas luego volvió en su acuerdo, y se halló buena en presencia de mucha gente, que notaron que al mismo tiempo que estaba desmayada, se tocaba por virtud Divina la lengüeta de la campanilla, que tenia el Santo en su bendita mano, y el rostro se le puso mas colorado que un carmin, como suele observarse esta señal, las mas veces que hace milagros.

Año de 1599. fue á dicha Hermita una Doncella, hija de Juan Lopez, vecino de Tobatra, tullida de pies, y manos, (2) que los tenia vueltos al revés, desde su nacimiento; y al punto que entró en la Hermita del Señor San Antonio, se halló buena y sana.

Una Doncella Beata, año de 1590. tenia todo su cuerpo baldado; (3) y oyendo las grandezas que obraba Dios por intercesion del Señor San Antonio en su Hermita, ofreció hacer un Novenario; y al tercer dia que estaba en la Hermita, en compañia de un hermano suyo, cumpliendo su promesa, sucedió que habiendo dexado en su casa un niño de edad de quatro años, comenzó á dar voces, diciendo: vamos á ver á la Beata, que ha sanado San Antonio Abad; y así era verdad, que quando fueron, la hallaron con tan enteras fuerzas como si nunca hubiera estado enferma.

Siendo de tierna edad el Excelentísimo Señor Duque de Bejar, Don Francisco (de gloriosa memoria) tenia contrahecho un brazo; (4) de tal calidad, que no le

(1) *San Antonio sanó una muger, que estaba enferma de calenturas, y perlesía, año de 1599. Hist. Anton.* (2) *San Antonio sanó una muger, que estaba tullida de pies y manos. Hist. Anton.*

(3) *San Antonio sanó á una muger, que estaba tullida y baldada.*

(4) *San Antonio sanó al Duque de Bejar un brazo que tenia contrahecho. Hist. Anton.*

podia mandar ; y la ama que le criaba , le ofreció á N. P. S. Antonio ; y fue cosa portentosa , que el mismo dia que se celebra la Fiesta del Santo , halló la ama el brazo del Duque bueno.

Quando la Magestad del Rey Felipe III. se veló en Valencia, se halló en aquella felíz funcion la Excelentísima Señora Duquesa de Bejar , en compañia del gran Duque del Infantado su padre ; y pasando por la Villa de Albacete , entraron en la Hermita del Señor San Antonio á reverenciar su Santa Efigie , y á suplicarle que interpusiese su santa intercesion con nuestro Señor, para que diese á la Duquesa un hijo que heredase los Estados de su padre ; y fue Dios servido, para mas devocion y lustre de su Siervo Antonio , darles dentro de un año un hermoso infante. (1)

Año de 1607. en la Ciudad de Jaen moraba una virtuosa muger , llamada Maria Lopez ; y estando una noche recogida en su cama , se encendió fuego en el aposento que dormía , con tanta voracidad , que amenazaba abrasarla toda ; (2) y hallandose muy afligida , sacó una estampa que traía en su pecho del Señor San Antonio , y con mucha Fe y devocion , suplicó al Santo librase á ella , y á su casa de tan evidente peligro , y al punto se apagó el fuego , y Maria Lopez se halló sin lesion alguna , aunque habia estado gran rato en medio de las llamas.

Francisco Sanz , Fabricador de paños , vecino de la Ciudad de Segovia , (3) estando una noche acostado en su cama , no pudiendo tolerar un dolor de muelas que le aquejaba mucho , se levantó de la cama , juzgando tener así algun alivio , encendió una vela de cera ; y estandose encomendando al Santo , vencido del sueño se recostó sobre un baúl , y se quedó dormido por espacio de dos horas , y en el ínterin se cayó la vela en una pilada de lana ; y quando despertó, vió dos prodigios : el uno , que se le habia quitado el dolor de muelas ; y el otro , que aunque la vela estaba ardiendo tanto tiempo sobre la lana , no habia quemado vedija ninguna.

En dicha Ciudad , D. Antonio de Ascafin , Cura que fue de San Marcos , y S. Justo y Pastor , (4) te-

(1) *Por la intercesion de San Antonio concedió Dios á la Duquesa de Bejar un hijo , que heredase los Estados de su padre. Hist. Anton.*

(2) *San Antonio libra á una muger de un incendio.*

(3) *San Antonio libra de que se queme una pilada de lana ; y á un hombre de un dolor de muelas en la Ciudad de Segovia.*

(4) *Libra en Segovia de que se queme una casa.*

tenia mucha devocion con nuestro Padre San Antonio; y así confiesa, que le pagó el Santo su devocion, librandole milagrosamente una noche de ser abrasado él, y su casa en un voráz fuego que se habia prendido en ella.

En 18. de Enero de 1670. Maria Gomez de Salazar, de edad de cinqüenta años, muy devota de nuestro Padre San Antonio, viniendo un dia de Misa de la Iglesia de San Antón, halló que se la quemaba la casa; (1) y no sabiendo qué hacerse, la encomendó al Santo; y fue Dios servido, que al punto se reprimieron las llamas, y cesó el fuego.

Estando la dicha Maria Gomez (2) el mismo año segando un poco de hierba, se cortó una mano de suerte, que estuvieron los Cirujanos para cortarsela, y con mucha devocion echó unas gotas de aceyte de la lámpara del Señor San Antonio en la mano mala, y luego sanó.

El dia inmediato al Santo, se encendieron en casa de un Mercader de dicha Ciudad, que se llamaba Juan de Roxas, todas sus mercaderias, y entre ellas una cantidad de pólvora, la qual hizo tan horroroso estrépito y mocion, como si se hubiera levantado un volcán de fuego, levantando en alto como si fuera una paja, á una sobrina suya que estaba en la Tienda; mas por la intercesion de nuestro Padre San Antonio, fue librada con especialidad; (3) y la voracidad del fuego, así que invocaron al Santo, se apagó, y no pasó adelante.

Año de 1682. estando Doña Agueda Martón, cosiendo un poco de ropa blanca, se pasó un dedo con una aguja, de suerte que estuvo mucho tiempo asistida de Cirujanos; (4) y viendo que los remedios que la aplicaban no la aprovechaban, se ofreció muy de veras al Santo, y se untó con un poco de aceyte de su lámpara, y luego sanó.

En el mismo año de 1682. Felipa de Sepúlveda, (5) Hospitalera en el Hospital de San Antón de Segovia, se la iba comiendo de cancer el galluelo, con sumo peligro de la vida; no bastando Medicos ni medicinas, para que tuviese algun alivio. Era muy devota de nuestro Padre S. Antonio, y así se encomendó al Santo con esperanza de sanar, y no se engañó, porque al punto estuvo buena.

Un hermano de esta muger, que

(1) *Libra otra casa en Segovia de que se queme.* (2) *Sana á una muger, que estaban para cortar una mano en Segovia.* (3) *Libra en un incendio, que se abrase una muchacha en Segovia.* (4) *Sana á una muger, que se pasó un dedo con una aguja en Segovia.* (5) *Sana á otra muger, que se la iba comiendo de cancer el galluelo.*

que llaman Pedro Sepúlveda, (1) estaba tullido sin poder moverse; y ofreció, si el Señor San Antonio le daba salud, de hacer en su Santa Casa una Novena; y luego que hizo esta promesa, se halló sano, y cumplió la promesa que hizo.

Una muger que vive junto al Hospital de San Antonio de Segovia, (2) estando de parto muy fatigada, y que sin duda se moría, habiendo tocado en diversas Iglesias las campanas, para hacer (como la piedad Christiana acostumbra) señal á los Fieles, para que encomienden á Dios á las personas que están en semejantes peligros, al punto que tocaron la campana de San Antón, parió un niño muerto, y ella quedó libre del peligro en que estaba.

El dia de nuestro bendito Abad se cayó un muchacho, hijo de Benito Rodriguez, (3) en un pozo, que está en el Hospital del Santo en dicha Ciudad; y al tiempo de caer, invocaron en su favor al Glorioso San Antonio; y aunque el pozo es muy profundo, y estuvo en él mas de una hora, le sacaron vivo y sano, como al prente lo está.

Tambien una muger del Mercado, (4) estando muy mala, que tenia una pierna para cortar, se encomendó al Santo, y le ofreció otra de cera, y luego estuvo buena.

Corriendo un hombre un caballo, en mitad de la carrera el caballo cayó, cogiendole debaxo, y al tiempo de caer se encomendó al Señor San Antonio; (5) y aunque dió un gran golpe contra el suelo, juzgando todos los que le estaban mirando que se habia hecho pedazos, se levantó sin lesion; y en hacimiento de gracias, fue al punto á la Iglesia de nuestro Padre San Antonio, á darle las gracias.

Antonio Nibálo, Maestro de Carpintero y Albañileria, se cayó de un tejado, y se quebró un muslo por dos partes; (6) y aunque las quebraduras, con remedios que le hicieron se le soldaron, no podia, sino con dos muletas andar; y hallandose muy afligido un dia, ofreció á nuestro Padre San Antonio, si le daba salud, en reverencia suya colgar las muletas que traía en su Santo Templo; y apenas hizo esta promesa, quando brevemente tuvo salud, y vive hoy.

A Matias Ortíz, Herrero, ve-

ci-

(1) *Sana á un tullido.* (2) *Da feliz parto á una muger.*
(3) *Libra á un muchacho, que cayó en un pozo.* (4) *Sana á una muger, que tenia una pierna para cortar en Segovia.* (5) *Libra á un hombre de un evidente peligro en Segovia.* (6) *Da salud á un hombre que se le quebró una pierna en la Ciudad de Segovia.*

cino de Ida, (1) le hurtaron una mula en veinte de Octubre del año de 1650. Era muy devoto de nuestro Padre San Antonio, y como tal le suplicó, que le alcanzase de nuestro Señor que le restituyesen su mula, porque le hacía mucha falta para trabajar; y así que hizo esta súplica, brevemente, quando menos lo imaginaba, vió entrar por la puerta de su casa la mula, con no poca admiracion y gozo de su familia, viendo que ella por sí sola se habia venido, sin que nadie la conduxese.

En Madrid, año de 1662. estando Maria de San Juan, Tintorera, durmiendo, recostada sobre un mostrador de la Tienda de su casa; (2) á este tiempo entró su marido en la Tienda, instigado del demonio que le traía sobresaltado con malos pensamientos de zelos, cogió una maza de hierro que pesaba mas de una arroba, y con ella la dió tan fuerte golpe en el celebro, que la desencajó el casco por la frente, de suerte que se la veían los sesos, dexandola por muerta; perdió los sentidos y el habla, y de este género estuvo muchos dias; y quando ya la juzgaban sin vida, la volvió Dios el sentido. Era muy devota de nuestro Padre San Antonio Abad, y tenia en su casa de escultura una Santa Efigie del Santo; y así, la primera diligencia que hizo, fue mandar, por señas que le pusiesen al Santo en un Altar junto á su cama, y desde aquel instante fue mejorando, hasta que brevemente cobró salud, y vivió despues en compañia de su esposo, mas de diez años; y siempre confesó, que por la intercesion de nuestro bendito Abad la habia Dios dado vida; y en hacimiento de gracias, quando falleció, dexó mandado en su Testamento que la Santa Efigie de San Antonio que tenia en su casa, se colocase en el Altar Mayor, en la Iglesia de S. Antón de Madrid, adonde al presente está.

En dicha Villa de Madrid, en 16. de Junio de 1675. años, en casa de Don Francisco Gamaríz, (3) una Doncella, inadvertidamente guardó un velon con los mecheros encendidos, en una alacena de madera, donde encima de todo estaba un libro, envuelto en una sabana, que habia servido en el Altar de nuestro Padre San Antonio; y habiendose prendido fuego en dicha alacena, tuvieron por cierto que se abrasaria toda la casa; mas así que llegó el fuego adonde estaba el libro envuelto en la sabana, reprimió su ím-

(1) *Restituye á un hombre una mula, que le habian hurtado.*
(2) *Sana á una muger, que la hirió de muerte su marido.*
(3) *Libra de que se quéme una casa en Madrid.*

ímpetu, dexando libre todo lo restante de la alacena; y los dueños de la casa, en hacimiento de gracias pusieron este milagro dibujado en un quadro en la Iglesia del Señor San Antonio Abad.

Estando acostados Domingo del Campo y su muger, á las dos de la noche, año de 1675. (1) cayó una pavesa de un candil sobre unos ruedos de esparto, de que resultó un gran fuego, que cebado en la ropa y alhajas que estaban dentro de la alcoba donde dormian, parecia que toda la casa se abrasaba; y despertando al humo que los ahogaba, invocaron á voces el favor de nuestro bendito Abad; eran sus devotos; y así los libró, apagando súbitamente las llamas; y en reconocimiento de tan gran favor, pusieron lo contenido de este milagro para perpétua memoria en un lienzo, en la Iglesia de Madrid del Señor San Antonio Abad.

En el Lugar de Cazalegas, jurisdiccion de la Noble Villa de Talavera, á dos dias del mes de Agosto, año de 1678. (2) estando Juan Garcia de la Torre, vecino de dicho Lugar en las casas de su morada afinando una escopeta, para ir á espera de liebres, salió fuera á la calle, y se puso á dispararla, con mas carga de balas y municion que requeria; y apuntando á un blanco, dixo en altas voces: vaya este tiro en nombre de San Antonio Abad, lo qual oyeron Ana Gomez su muger, y Maria de Torres su madre, y Juan Antón, Diego Fernandez, Felipe Hidalgo, Pedro Martin, Gabriél Aguado, que tenia en su mano, como Demandador de la limosna de San Antonio, una estampa y campanilla del Santo, y otras muchas personas que estaban á su lado, mirando como hacía la puntería; y apenas invocó á el glorioso Abad, quando reventó la escopeta, y el cañon dió en la pared de un lado, y volvió con notable violencia de rechazo al otro, y la llave saltó largo trecho, la caxa se hizo astillas, las quales se dividieron por diferentes partes sin hacer agravio al dicho Juan Garcia, ni á las personas que estaban presentes; las quales confiesan, que por intercesion de San Antonio las libró Dios de tan evidente peligro.

Año de 1683. Juan Perez, Maestro de Tintorero, vecino de Madrid, (3) en el discurso de un mes, habiendo calentado tres ó qua-

(1) *Apaga un incendio, que se habia prendido en una casa en Madrid.* (2) *Reviéntasele á un hombre un arcabúz, y libra á los presentes, que estaban mirando como le disparaba.* (3) *A un Tintorero se le echó á perder una Tina, y por intercesion de San Antonio volvió en su sér.*

quatro vèces una Tina que le estaba en mas de 150. ducados de costa, siempre le salió hecha agua clara; y hallandose sumamente afligido, participó su pena á otros Maestros de su exercicio; los quales, por diligencias que segun su Arte hicieron, no pudieron calentarla, ni darla color para que sirviese; y compadecido de esto y de su necesidad un cuñado suyo, llamado Antonio Fernandez, se valió del favor de nuestro Padre San Antonio Abad, por haber oído decir que por su intercesion obra Dios inumerables milagros; y no le salió vana esta esperanza; porque habiendo el dicho Antonio Fernandez llevado á su casa una santa Efigie del Santo, la puso con mucha fe y devocion sobre la Tina, que la juzgaban ya por perdída; y habiendo hecho esta ultima diligencia, llegó un pobre á la puerta de su casa á pedir limosna; y habiendole dicho, que perdonase por amor de Dios, volvió el pobre á replicar, diciendo: que si tenia alguna Tina que no se pudiese aderezar, que se la enseñase, por quanto era Tintorero, y que entendia suficientemente el Arte de teñir, y hacer colores. Oyendo esto, se quedaron admirados, viendo que sin haberle dado noticia de su pena, parece que les veía su interior afliccion. Mostraronle la Tina; y fue en tan buena hora, que con un leve remedio que hizo, volvió el agua clara que habia en la Tina, en muy perfecto color; y viendo este prodigio, le han tenido por milagroso efecto de la intercesion de nuestro Padre San Antonio: así lo afirman y declaran; y mas dicen, que considerando quan excelente Oficial era el pobre, le ofrecieron un buen partido porque se quedase en su casa para trabajar; pero el pobre, así que vió que la Tina estaba en perfeccion, como habia de estár, se ausentó de su casa sin despedirse de ellos, y sin pedir ni haber recibido ningun interés.

Tambien por una Carta, que me escribió Don Frey Juan de Carrebario, Caballero Comendador de la Casa de San Antonio, de la Ciudad de Alfaro, en respuesta de otra en que le suplicaba me remitiese alguna memoria con toda especialidad, legalidad y verdad de los milagros mas noticiosos que hubiese obrado la Magestad Divina por intercesion de nuestro Padre San Antonio; me avisa de algunos prodigios, que no son para pasados en silencio; los quales para consuelo del piadoso Lector, los referiré conforme por su carta me los insinúa, y dice: Conociendo el zelo santo con que V. md. me escribe, no puedo dexar de obedecerle, dandole noticia de algunos portentos que ha obrado Dios por intercesion de nuestro Patriarca, y Gran

Pa-

Padre San Antonio; y para que sea el Todo Poderoso glorificado en su santo Nombre, y redunde todo en mayor obsequio suyo, habrá de saber V. md. que en esta Ciudad sucedió en 30. de Diciembre, dia de San Silvestre del año pasado de 1683. que quince hombres, movidos de la devocion de San Antonio, fueron al monte para traer á esta Santa Casa, donde al presente soy indigno Abad, unas cargas de leña de limosna; y despues de haberlas traído, y tomado algun alimento, se pusieron á cantar, y por ultimo armaron un bayle (que por verle, vino mucha gente) y estando en lo mejor de la Fiesta, entró, por gozar de lo que los demás, una doncella llamada Agustina Moreno, (1) de edad de diez y seis años, y sin reparar en un pozo que hay en el Jardin de esta Casa, de cinco estados de profundidad, cayó en él, con gran dolor de todos, porque juzgaron que se habia hecho pedazos; mas quiso su felíz suerte, que al tiempo de caer, se acordó la doncella, y muchos de los que se hallaron alli presentes, de invocar en su favor á nuestro Padre San Antonio; y es de tanto valor su intercesion, que aunque cayó en tan suma profundidad, la sacaron buena y sin lesion.

Consecutivamente el dia siete de Febrero de 1684. teniamos por Ama á Catalina Gil, (2) que por su mucha ancianidad, y el tiempo que lo requeria, tenia una propiedad tan mala, aunque bien reprehendida, de meter á prima noche dentro de su cama en lugar de estofilla, un tiesto lleno de lumbre; y habiendo hecho esta diligencia, se descuidó tanto una vez, que se prendió fuego en la cama; y aunque se quemó toda, y con estár en un aposento que tenia el techo muy baxo, todo de tablas y en parte muy peligrosa, no hizo la voracidad de las llamas operacion ni perjuicio alguno, por el patrocinio de nuestro Padre San Antonio; y lo que mas es de ponderar, que ni aun el humo tiznó ni ofendió las paredes, concurriendo á ver esta maravilla mucha parte de la gente del Pueblo.

En este mismo año de 84. en 16. de Abril, se levantó á la mitad del dia una tempestad tan furiosa de agua, truenos y relampagos, que parecia que el Cielo se venia abaxo, y que queria consumir y abrasar todo el mundo; y viendo yo esto, mandé al punto que subiese al campanario un criado de esta Santa Casa, llamado Juan de Abalo; (3) y estando tocando á nublado, vió salir de entre

(1) *Libra San Antonio á una doncella, que cayó en un pozo.*
(2) *S. Anton. libra de que se quemase su Iglesia de Alfaro.* (3) *Libra á un mancebo, y otras personas de que las abrasase una centella.*

tre las nubes una centella que se venia derecha para él, y con el temor que le causó, se encomendó de todo corazon á nuestro Padre San Antonio, para que le favoreciese; mas apenas se valió de su patrocinio, quando la centella cayó, y derribó el campanario, y le arrojó á la calle, dexando la campana en el tejado, y al dicho Juan de Abalo le quitó una montera que tenia puesta, y le arrastró, como cosa de ocho pasos; pero permitió Dios, que aunque le dexó por buen rato aturdido, no le ofendió el golpe, ni le hizo daño el fuego ni el humo; mas no paró aqui esta tribulacion, porque baxando la centella por la Iglesia de esta Santa Casa, por medio de la pared maestra, hizo un sulco como de arado, muy hondo, y anduvo por arriba y abaxo del Templo, haciendo un temeroso ruido, y daño muy considerable en la bóveda, paredes y suelo; mas no pudo ofender á ninguna persona de las que á la sazon estaban en la Iglesia rezando. Habia un Estudiante, que se llamaba Joseph Alvarez, y mas tres mugeres, cuyos nombres son Maria Laureos, Catalina Milán, y Manuela de las Heras. Esta tenia en sus brazos un niño de año y medio; y confiesan, que por la devocion que tienen con S. Antonio, las libró, con especialidad, de que no fuesen en su Templo abrasados y consumidos; porque certifico, que además del fuego que exhalaba la centella, habia un humo tan denso y hediondo, que no me dió lugar en dos veces que lo intenté, á entrar en la Iglesia. Esto es lo que en mi tiempo ha sucedido.

Otros tres prodigios participo á Vm. que por cosa cierta he oído contar muchas veces á mis mayores; mas es verdad, que en quanto á los nombres de los sugetos, y el año fixo en que sucedió lo que se sigue, no puedo con toda certidumbre dar noticia; solo sé que habia un Labrador, muy devoto de nuestro Santo Padre, que acostumbraba en reverencia suya, y para ofrecerle en su Templo, el criar un ceboncillo todos los años; al qual dexaba que se anduviese solo por el Lugar á sus aventuras, buscando la comida, y de noche se volvia á recoger á su casa, y una noche volvió muy á deshora de lo que acostumbraba, y su dueño que estaba con algun cuidado, así que le oyó gruñir y hocicar, se levantó de la cama, y le abrió la puerta, y el ceboncillo al punto que vió á su amo, haciendole muchas fiestas, le asió fuertemente, y le llevó arrastrando hasta la mitad de la calle; y el Labrador, con no poco susto, viendo que por mas que forcejaba, no podia desasirse de un animal tan pequeño, empezó á

dar

dar voces, á las quales acudió su muger á favorecerle; y apenas habian salido los dos de la casa, quando toda se aplanó; (1) y viendo tan gran prodigio, los que hasta alli habian sido devotos de San Antonio, desde aquel instante en adelante se enfervorizaron mas en su devocion.

El segundo es de otro Labrador, que moraba en esta Ciudad, el qual tenia una yegua muy mala, que estaba en dias de parir, y viendo que aunque la habia hecho muchos remedios, sin duda se moria, ofreció á nuestro Padre la cria, si libraba la yegua, la qual sana y libre parió una mula, y la crió año y medio, tan linda, que despues se le hacía de mal el darla al Santo, y resolvió en venir su dia á celebrar la Fiesta como otros muchos; y estando con su yegua, y cria en el corral de esta Santa Casa, dixo: Señor San Antón, lo que os he prometido es esta mulica, si la quereis, quedaos con ella; mas si ella saliere de este corral con su madre, es señal que es mia. Este concierto oyeron muchas personas, y por curiosidad se esperaron á ver en qué paraba; y vieron, que habiendo salido el Labrador, y la yegua por la puerta del corral, quando la cria iba á salir, estando en calma, y sereno el tiempo, se cerró la puerta, dexando la mulica dentro, con gran admiracion de los presentes, á quien por este prodigio dió á entender la Magestad Divina, que lo que se ofrece á los Santos, se debe cumplir. (2)

Hoy persevera de mas de cien años una tohalla, que lavandola entre otros paños, la hurtó una moza, (3) y por disculparse afirmó con juramento que no la habia visto, diciendo: Que el fuego sacro de San Antón diese adonde estaba, y á quien la habia quitado; y así que acabó de echar esta maldicion, permitió Dios, que comenzó á humear la cesta adonde estaba; y á la muger la dió fuego del Santo, y se la cortaron los pies; los quales, para exemplar escarmiento, los clavaron en la puerta de la Iglesia de S. Antón de Alfaro, donde aún todavia parte de los huesos permanecen.

Hasta aqui son los milagros, que dicho Comendador me da noticia; con que proseguiré esta obra, diciendo: Que en treinta de Mayo, año de 1652. en la Villa de Pastrana se quemó una Xa-

(1) *Por un peregrino suceso libra á unos sus devotos de que les coja una casa que se cayó.* (2) *Por un milagro da á entender San Antonio, que lo que se ofrece á los Santos, se debe cumplir.* (3) *Castiga el Santo á una muger, que se echó una maldicion.*

Xabonería, que era del Alferez Juan Martinez, que estaba fabricada dentro de su misma casa, donde tenia un aposento grande, con mas de 500. quintales de alcrebite, y pólvora, (1) que lindaba con los tabiques de la Xabonería; y temiendo el dicho Alferez, de que le sucediese mayor desgracia, porque si llegaba el fuego á tocar á la pólvora, no tan solo habia de abrasar, y volar su casa, sino toda la Villa; era muy devoto de nuestro Padre San Antonio Abad; y así se valió de su favor, suplicandole con mucha fe y devocion, que le librase de tan evidente peligro. Y la Magestad Divina le oyó y consoló, permitiendo, por intercesion de nuestro Santo Padre, que aunque la Xabonería se quemó, se reprimió y cesó milagrosamente el fuego, antes de llegar á tocar las paredes del aposento adonde estaba la pólvora; cosa que causó particular admiracion, y que se tiene por uno de los mayores milagros, que ha obrado el Santo; y mas, considerando, que aunque habian sacado con gran confusion y turbacion algunas sacas de pólvora, y alcrebite, que la que menos pesaba once ú doce arrobas, no teniendo otra parte por donde sacarla, sino por junto el incendio, no se atrevió pavesa ni centella alguna, á hacer en materia tan pegajosa y voráz, el mas mínimo daño.

Otro milagro obró la Magestad Divina por intercesion de nuestro Santísimo Padre, año de 1670. con un vecino de la dicha Villa, llamado Lucas Perez; el qual, siendo Arrendador de dos Molinos de pólvora que tiene el Excelentísimo Señor Duque de Pastrana en el Lugar de Semolinos, mandó la víspera de San Antonio al Maestro de la pólvora, que probase unos cohetes que tenian hechos, para celebrar la Fiesta del Santo; y habiendose el Maestro desviado, como cosa de doscientos pasos del Molino, disparando un cohete, le saltó una chispa en un talon de las alpargatas que llevaba puestas, y cebada en el cáñamo, conservó la lumbre; y de esta forma, sin reparar, volvió á trabajar al granador, que es una casica, que suelo y paredes es todo pólvora, donde á la sazon habia cinco hombres, y la muger del Maestro, y como seiscientas arrobas de pólvora extendida por el suelo; y aunque anduvo mas de media hora con la alpargata encendida por encima de la pólvora, no se prendió; y quando repararon sus compañeros en la alpargata que se le quemaba,

(1) *Libra de que sea quemado un aposento, que tenia mas de 500. quintales de pólvora.*

le cogieron con gran temor en sus brazos, porque no tocase en la pólvora, y le llevaron largo trecho del Molino, y le quitaron la alpargata; dando gracias al Señor San Antonio, porque así á sus devotos libra de tan evidentes peligros.

No es de menos admiracion otro prodigio que sucedió año de 1673. siendo Sobrestante de los Molinos referidos, y Fábrica de la pólvora Luis Garcia, vecino de Pastrana; porque teniendo una grandísima cantidad de pólvora á enjugar, llegó á la sazon un Manchego á preguntar á los Oficiales del Molino, ¿si querian comprar algunas medias? Y diciendole que sí; al tiempo de apartarse de la cabalgadura en que iba montado, con el movimiento que hizo, se le disparó, sin querer, una escopeta, y los tacos fueron derechos á parar á la pólvora que estaba revolviendo el Maestro de la Fábrica; el qual, así que vió aquella desgracia, invocó en su favor él, y los Oficiales al glorioso San Antonio; y permitió la Magestad Divina, que los tacos encendidos se apagaron entre la pólvora, con gran admiracion de los que se hallaron presentes, que lo celebraron por insigne milagro.

En la Villa de Alcazar de San Juan, no ha muchos años, que habia por su Magestad un Administrador de la Fábrica Real, pagas de salitre, y salarios de los Obreros de la pólvora, que se llamaba Don Agustin Grasion, del Orden de Calatrava. Este Caballero hacia Fiesta siempre á San Antón; y un año, por ahorrar de gastos, ó porque se descuidó no la celebró; y el mismo año permitió Dios, que por la omision de su descuido, y para que sirviese á él, y á otros de enmienda, se prendiese fuego en el Molino de la pólvora; el qual, en un instante con horroroso estrépito, fue todo volado por el ayre, recibiendo el Administrador por esta desgracia, gran pesadumbre: dió cuenta al Consejo Real de Ordenes del caso, y al punto mandó, que se volviese á reedificar, en que se gastó mucha mas cantidad de hacienda, de la que se podia haber gastado en la Fiesta del Santo; despertando por este exemplar la devocion de los moradores de dicha Villa, para que celebren con mas fervor sus festividades; y en memoria de este suceso, la Fiesta primera que le hicieron en obsequio suyo, me avisan, que cantaron unas coplillas; y una de ellas decia:

San Anton tiene jurado
Por vida de su Cochino,
Que si no le hacen la Fiesta,
Ha de volar el Molino.

En dicha Villa tienen por instituto sus moradores, de muchos años á esta parte, en reverencia de San Antonio, guardar abstinen-

nencia la víspera de su dia; y habiendo ido el Superior de la Orden de San Juan á Consuegra, acordaron los Alcaldes de Alcazar de ir á besarle las manos; el uno se llamaba Don Francisco Ximenez, y el otro Don Serafin de Aguilera. Hicieron este viage por el mes de Enero, año de 1681. un dia antes de la víspera de nuestro Padre San Antonio; y habiendo concluido con mucho gusto con su diligencia, y besado las manos al Superior, y dádole la bien venida en nombre de la Villa, otro dia dispusieron volverse á sus casas; y Don Francisco Ximenez, aunque le avisaron que era víspera del Santo, no por esto observó el comer de abstinencia, ni se movió, por instancias que su compañero le hizo; antes, con gran escandalo, y sin temor alguno, comió de carne, diciendo, que á él, ni á otro alguno le obligaba guardar abstinencia, sino solo á aquellos, que están en semejantes dias dentro de la Villa, y no á los que estaban ausentes de ella. Dicho esto, llegaron de noche á Alcazar, donde cada uno se fue á recoger á su casa; pero no hubo bien llegado Don Francisco Ximenez á la suya, quando permitió Dios, que se prendió, sin saber como, una acina grandísima de leña, que tenia en un corral; y viendo Don Francisco esto, conoció que aquel era castigo del Cielo, que le mostraba el rigor de su justicia, por la desatencion que habia tenido en no guardar la vigilia del Santo; y pidiendole perdon, salió dando voces á la puerta de su casa para que le viniesen á socorrer los vecinos, y en breve corrió la voz; pero mas corrió el fuego, pues desde la Plaza veían las llamas por encima del frontispicio de la Capilla de la Vera-Cruz, que está muy alta, cosa que causó gran espanto; y se tiene por cierto, que á no haber invocado todos el nombre de San Antonio, hubiera sucedido un horroroso estrago; solo la leña peligró, cesando milagrosamente el fuego; y en reconocimiento de tan gran beneficio, hicieron el dia siguiente, que era el propio en que se celebra la Fiesta del Santo, una muy solemne festividad con su Octava, en la Iglesia Mayor de Santa Maria.

En Villarubia de los Ojos de Guadiana, año de 1670. Gabriela Josepha de Salcedo, muger de Gerónimo de Alises, estuvo tres dias de parto, no siendo posible parir, padeciendo terribles dolores de muerte; y hallandose á todo esto presente su esposo, que era muy devoto de nuestro Padre San Antonio, y siempre celebraba sus fiestas, con particular afecto y regocijo, por cuya causa su esposa, en diferentes ocasiones, se disgustaba con él, y aún le reprehendia, para que dexase tanta

devocion, juzgando que como era pobre, y hacía en esto algunos gastillos, que le faltaria para su alimento; y viendo el dicho Gerónimo de Alises á su esposa en tan evidente peligro, y que aunque invocaba á diferentes Santos que la favoreciesen, no se acordó, por falta de devocion ó por olvido, valerse del patrocinio de San Antonio, la aconsejó que le llamase en su amparo, y vería como Dios la socorria; y así que se valió de su intercesion, la que no podia parir, parió una niña buena y sana, metida dentro de un zurron, impreso en él la santa Efigie de San Antonio Abad, como comunmente le pintan, con un báculo en la mano, una encomienda en el pecho, y un ceboncillo á sus pies, para que sin dudar se conociese, que por patrocinio del Santo recibia tan gran beneficio; el qual es público y notorio, y está con mas de quarenta testigos verificado.

En la Ciudad de Salamanca, en 17. de Enero, dia de nuestro Padre San Antonio, año de 1650. á una muger viuda, vecina de la Parroquia de San Juan, llamada Catalina Rodriguez, de edad de cincuenta años, habiendola dado una cantidad de lino á hilar, llevada de la codicia infernal (que á tantos hace caer) ocultó la mayor parte, y quando entregó el lino hilado, conoció el dueño la falta por el peso; y viendo tan gran maldad, la dixo; que alli no le entregaba toda la cantidad del lino, que la habia dado; la muger por disculparse y acreditar su fealdad, afirmó con muchos juramentos ser cierto lo que decia; y por ultimo, dixo: hoy es dia del Glorioso San Antón, el qual me sea testigo, ó el me castigue, y sean quemados mis brazos con el fuego que llaman del Santo, si lo que digo no es verdad; y como Dios no quiere, que á su Divina Magestad, ni á sus Celestiales Cortesanos, los invoquemos por testigos de cosas falsas y mal hechas, para exemplar escarmiento, la dió en aquel instante, en presencia de todos, el contagio del fuego sacro, y se la cayó, con horror y asombro en la tierra un brazo por el codo, y el otro brazo se la cayó consecutivamente, el dia de la Octava del Santo; y habiendola traído casi muerta á curar al Hospital de San Antonio de dicha Ciudad, el Cirujano de la Casa, que á la sazon era Alvaro Gonzalez, la desahució, y dixo: Que dicha muger estaba incurable, y que naturalmente no podia vivir dos dias; y oyendo esto el Comendador de dicho Hospital, Don Frey Bartolomé de Roxas, que vive todavía, y tiene de edad noventa y cinco años, se afligió mucho; y llevado de la caridad, con gran fe y devocion, la lavó las llagas

por

por su mano con el vino santo que se pasa por las Reliquias de nuestro Santo Padre, y al punto que hizo esta piadosa diligencia, luego mejoró, y vivió despues seis años; y para perpétua memoria de este suceso, colgaron los dichos dos brazos en la puerta de la Iglesia de San Antón, de dicha Ciudad, donde hoy permanecen los huesos mondos.

Año de 1659. Francisco Román, vecino de Pereña, Lugar que dista de la Ciudad de Salamanca quince leguas, tenia dos hijos, el uno de diez y siete años, y el otro de quince, llamados Francisco Román, y Maria Román, tan mal inclinados, que por no trabajar se ausentaban diversas veces de su casa, y se andaban por los Lugares circunvecinos pidiendo limosna, diciendo, que porque su padre no tenia, ó no les daba, sino muy corto sustento, les obligaba la necesidad á buscar lo necesario con que alimentarse; y sabiendo esto el padre, fue un dia en busca suya, diciendo, que le deshonraban; y habiendolos hallado, los hijos al punto que le conocieron apretaron á correr; y el padre, viendo que no los podia alcanzar, les dixo, con grande aflicion, que por amor de nuestro Padre San Antonio se detuviesen, y no le diesen mas pesadumbre; y viendo que no hacian caudal de sus ruegos, los echó una maldicion, diciendo: Permita el Señor que os crió, que el fuego del Santo os abráse las piernas de calidad, que antes de veinte y quatro horas, no podais correr y andar, y os traygan á mi casa tullidos sobre un carro; lo qual todo se cumplió, para exemplar castigo de los hijos que no obedecen á sus padres, y para que los padres escarmienten de echar maldiciones á sus hijos; porque mejor es castigarlos, como Dios manda, que es medicina que los cura, que no con ira ni sin ella, maldecirlos; y viendo el pobre hombre tan infelíz desgracia por sus hijos, los traxo á curar al Hospital de San Antón de la Ciudad de Salamanca, donde al muchacho le cortaron los Cirujanos las piernas por las rodillas, y á la hembra la una pierna, con gran sentimiento y confusion de su padre; el qual, considerando, que aunque les habian hecho tan peligroso y costoso remedio para que viviesen, no por esto les dexaba de consumir y abrasar el fuego sacro los demás miembros del cuerpo, y que sin duda se morian, sintió, aunque tarde, lo mal que habia hecho en maldecirlos; y conociendo su culpa, con sumo arrepentimiento se hincó de rodillas en tierra, delante del Altar del Sr. S. Antonio. Era muy devoto suyo; y así le suplicó con mucha fe y devocion, vertiendo tiernas lágrimas, que diese sa-

lud á sus hijos; y al punto que hizo esta súplica, permitió Dios, para mayor obsequio y reverencia de su Siervo, que fuesen brevemente mejorando, y cobraron perfecta salud, y viven hoy.

No es menos admirable otro prodigio, de que nos da noticia el Comendador que dexamos nombrado, Don Frey Bartolomé de Roxas; (1) y dice que en su tiempo habia en la Casa Mayor de San Antonio de la Villa de Castro-Xeríz una campana, que diferentes veces se tocó por sí sola, en ocasiones que vinieron algunos afligidos enfermos á curarse, sin saber, ni haberlo podido entender, el Arte y medicinas, el contagio del fuego sacro que padecian; y que por la milagrosa señal, instantáneamente se conocía si eran sus enfermedades fuego del Santo, ó no. Esta campana, tocandola una vez un sugeto, se quebrantó, y desde aquel instante perdió la virtud que tenia de tocarse por sí.

El año pasado de 85. víspera de nuestro Padre San Antonio, sacaron en Procesion una Efigie del Santo, que colocaron en la Hermita del Invicto Martyr San Sebastian, del Noble Lugar de Ballecas, año de 1682. los Hermitaños Gregorio de Guadalupe, y el Hermano Domingo de la Concepcion, siendo Cura de dicho Lugar el señor Doctor Don Francisco Mostazo, y Teniente Cura el señor Licenciado D. Felipe Simon de Araujo, y Alcaldes los señores Bernardo del Cerro, y Diego de Losa; y al tiempo de entrar la Procesion por el Lugar, se vió quemar la casa de Pedro de la Carrera; y el señor Licenciado Don Juan Garcia Olivares, Teniente Cura de la Iglesia de San Pedro Advincula de dicho Lugar, dixo, que fuera la Procesion por la casa que se quemaba; y llegando el glorioso Santo enfrente del fuego, se cantó una Antifona, y Oracion, y fue Dios servido no pasar adelante el incendio. Este suceso verdaderamente no admite exâgeracion; él mismo encarece la grandeza de la clemencia del Señor, en la providencia que tiene para ensalzar los meritos de su Siervo. Lo que se ha de advertir mas atentamente en este caso, es, que tomandole su dicho á Pedro de la Carrera, dixo, que siendo un pajar muy pequeño de paja cebadaza, que es lo mismo, que si dixera de pólvora, habia despues de aplacádose el fuego, sacado libre y sin lesion,

(1) *Una Campana se tocaba en Castro-Xeríz milagrosamente, quando al Hospital de San Antonio iba algun enfermo del fuego sacro; lo escribe el Comendador de la Ciudad de Salamanca, Don Frey Bartolomé de Roxas.*

sion, hasta ochenta arrobas de paja.

Tambien este Santísimo Padre toma por su cuenta la direccion del estado que mas les conviene para la salvacion, tener sus devotos. Así se lee en la vida de la Sierva de Dios Sor Catalina Tomasa, (1) que falleció año de 1574. siendo Religiosa Profesa Canónica Regular de San Agustin, en el Monasterio de Santa Maria Magdalena de la Ciudad de Mallorca, á la qual desde niña favoreció, y libró de inumerables peligros, y se la apareció muchas veces, con gran gloria y Magestad, advirtiendola lo que debia hacer para alcanzar la perfeccion, y resistir las tentaciones de los malignos espíritus; y particularmente, estando un dia de nuestro bendito Abad en oracion, se la apareció en la misma forma que le pintan, de venerable anciano, vestido de Hermitaño, como andaba en el Yermo, y la dixo, que se metiese Religiosa, por ser este el estado que mas la convenia para agradar al Divino Esposo, Consolador de las almas; y habiendole Catalina obedecido, hizo en el Monasterio tan exemplar vida, instruída, y enseñada por San Antonio, que mereció, como piadosamente se infiere por la narracion de sus heróycas virtudes y milagros que obró nuestro Señor por su intercesion, ser colocada en la Bienaventuranza.

No fue menos favorecida otra Sierva de Dios, Religiosa Milanesa, (2) que murió año de 1491. segun escribe el Padre Don Manuel de Calascibeta, premiandola el Todo Poderoso por el Santo, la gran devocion que le tenia, con muchos beneficios; y por ultimo fúe servido, que estando una vez elevada en espíritu, en 17. de Enero, dia propio, que la Iglesia Católica celebra al Santo su festividad, le vió en el Cielo en una celestial Procesion, que en obsequio suyo se hizo; en la qual iba el bendito San Antonio Abad, mas claro y resplandeciente que el Sol, acompañado de San Pablo primer Hermitaño, y de inumerables Anacoretas, Angeles, y Santos; con que de lo dicho sacamos, con quanta excelencia asiste, so-

(1) *Libro de la Vida, muerte y milagros de la bendita V. Sor Catalina Tomasa, escrito por Don Bartolomé Valperga, Monge de la Cartuxa de Jesus Nazareno; impreso en la Ciudad de Mallorca, recopilada de los originales, que escribió el Ilustre, y M. R. señor Don Juan Abrines, Doctor Teólogo, Canónigo, é Inquisidor Apostólico del Reyno de Mallorca.* (2) *Don Manuel de Calascibeta, en la Vida de San Cayetano, cap. 12. fol. 52. hace memoria de esta Sierva de Dios.*

corre y favorece Dios, de todas suertes, á los devotos de nuestro bendito Abad; de quien escribe en alabanza suya Don Octavio Sapiencia en el Libro Nuevo, tratado de Turquía, (1) que estando cautivo en tierra de Moros, año de 1618. vió en la Ciudad de Gálata que está situada á poca distancia de Constantinopla, Corte del Gran Turco, un Templo asistido de Religiosos del Orden de mi Seráfico Padre San Francisco, que se conserva hoy con la invocacion del gran Padre San Antonio Abad, en el qual obra inumerables milagros con todo género de personas, que con verdadera Fe se valen de su intercesion, siendo por esto muy frequentado y reverenciado de dia y de noche su bendito Altar de los Turcos, y otras Naciones; y que en dicho Templo hay una milagrosa fuente, que los Griegos llaman Ayasma, que quiere decir, agua santa, donde los enfermos se lavan, y cobran los mas salud, con no poca admiracion de los Infieles y enemigos de nuestra Sante Fe Católica.

Y finalmente, para conclusion de este capítulo, se advierte, que todos los años en el dia de la Ascension del Señor, sacan en procesion el bendito Cuerpo de San Antonio, (2) y que en dicho dia observan por antigua devocion, pasar por sus reliquias el vino, que llaman santo, y se da á beber á los achacosos de diversas enfermedades, por único remedio; con el qual, mediante la misericordia infinita milagrosamente cobran inumerables, salud. La Silla Apostólica ha confirmado la bendicion de este sagrado vino, y se bendice en las Casas y Hospitales que la Religion Antoniana tiene en la Christiandad, donde se verán inumerables retratos de cera y plata, mortajas, muletas, pinturas, y aún herraduras de animales, como se ven doradas y plateadas muchas en Roma en la puerta del Templo del Santo, (3) y otras insignias milagrosas, que publican la memoria de los beneficios que han recibido de Dios los Fieles por su intercesion; porque tiene tan fino amor con sus devotos, que los colma de favores y previene sus ruegos, concediendoles todo lo que es del Divino servicio, con gran liberalidad, y mas que podemos imaginar; y no tan solamente nos asiste en nuestras necesidades, sino que tambien la leccion de su esclarecida vida tiene tan eficáz virtud, que es un contínuo milagro por las maravillas que obra, pues mueve poderosamente los ánimos de los que la leen y oyen, para que

(1) *Libro nuevo, Tratado de Turq. fol.* 55. (2) *Histor. Anton. fol.* 95. (3) *Sol del Oriente, fol.* 85.

que mas perfectamente amen á Dios; como lo verémos por los sucesos siguientes.

CAPITULO XXXIII.

ADMIRABLES CONVERSIONES de muchas personas, que por haber leído la Vida de San Antonio dexaron el siglo, y se retiraron á morar á los Desiertos.

SON de tanta eficácia los Libros espirituales, que por ellos se abre el camino para la vida eterna; porque mueven el pensamiento á buenos deseos, nacidos de los exemplos que se leen, con que se hace una persona discreta, y se entretiene con gusto; porque los Libros son tan bien acondicionados, que si quieren que le hablen, le hablan, y si quieren que callen, callan; y le dicen las verdades, que no se atreven á decirle sus mayores amigos, y no pocas veces, mejor que los Predicadores; y por este medio se han visto mudanzas de vidas de mucha importancia, con sumo gozo y accidental gloria del Altísimo, y fruto de la Iglesia; como se verá por los exemplares siguientes.

Escribe San Gerónimo, (1) que la primera persona, que en la Ciudad de Roma dió principio á la vida Monástica, fue Marcela, Matrona nobilísima, descendiente de Procónsules, y Prefectos del Pretorio, y otros Señores de clarísimo linage, la qual, habiendo quedado huérfana de padre, y viuda de su esposo, con quien vivió solos siete meses, quedando en lo mejor de su edad, hermosa y rica y sobre todo honestísima; prendas que la hicieron amable, y solicitada de muchos Caballeros, para tenerla por su esposa; mas la Sierva de Dios cerró sus oídos á los casamientos, y dexó los festejos de este siglo, así que entendió de San Atanasio la admirable vida que hacía San Antonio en los Desiertos de Egypto, y el instituto de las Vírgenes, y viudas, que militaban en la Tebáyda, recogidas en Monasterios; y pareciendola bien este perfecto género de vida, no se afrentó de profesar lo que agradaba á nuestro Señor Jesu-Christo; y así, fue la primera que en la Corte Imperial dexó atavíos pulidos por un penitente hábito, y por su exemplo la siguieron otras ilustres Señoras, y se fundaron muchos Monasterios de Vírgenes purísimas, y de Monges santísimos; de tal suerte, que lo que an-

(1) *La Vida de Santa Marcela, viuda, que escribió San Ger. y se halla en el Martyrológio Romano, y el Padre Ribaden. en las Fiestas de los Santos, fol.* 85.

antes se tenia por afrenta, despues se tuvo por apetecible honra.

Tambien San Agustin en sus Confesiones escribe, (1) que estando perplexo si se reduciria á la Iglesia, ó no, porque hasta entonces aún no estaba del todo desasido de la Secta falsa de los Maniquéos, dice: que un amigo suyo le refirió la vida de San Antonio, y que hizo en él tanta impresion oírla, que suspiró fuertemente por el Cielo, y fue gran parte para quedar deseoso de la verdadera felicidad, y buscar su salvacion.

Otro exemplar refiere este glorioso Doctor de la Iglesia (2) que es muy del caso para nuestro intento, que le dió noticia un amigo suyo, llamado Poticiano, Caballero principal, que era criado del Emperador Valentiniano, el qual, habiendo salido un dia al campo á divertirse, en compañia de otros tres amigos se entraron por unas huertas muy amenas de frondosos y espesos álamos, y dos se dividieron por otra parte; y andandose recreando por aquella amenidad, casualmente vieron una casilla, que les dió deseo de saber qué gente habitaba en ella; y con este cuidado entraron, y vieron que era morada de unos Hermitaños muy Siervos de Dios; y discurriendo por aquel pobre edificio, vieron sobre un poyo un libro; y habiendole tomado uno de ellos empezó á ojearle, y halló en él escrita la vida de San Antonio, y tanto le gustó, que lo que empezó por curiosidad acabó por devocion, quedando muy deseoso de imitar las virtudes del Santo, y dar de mano á la Milicia Seglar que profesaba, y dexar la asistencia del Cesar de la tierra por servir al Emperador del Cielo; y estando con este pensamiento, comenzó á reprehenderse á sí mismo, diciendo: ¡Oh mil veces infelices, los que olvidados de la amistad del Todo Poderoso, buscan la gracia de los que mandan, y qué poco les ha de durar esa gracia acerca del mundo! Porque al paso que la fortuna va levantando al que busca la gracia del Príncipe, á ese paso le amenaza en su prosperidad mayor ruina, y en un momento le hunde, y echa á pique, como á las embarcaciones el mar, quando se embravece. Del propio género la gracia de los hombres, donde se piensa que habrá consistencia, ligeramente se pierde la gratificacion de muchos años de servicio, con el ayre pestífero de la envidia, y se convierten los favores en injurias, y los beneficios en iras; y es gran ventura, que la gracia que se halla acer-

(1) *Confes. de San Agust. lib. 8. cap. 6.* (2) *Confes. de San Agust. lib. 8 cap. 6. El Pad. Ribad. cap. 45. fol. 100.*

acerca de Dios, si uno no quiere, no la perderá; y la que se halla acerca de los hombres, no está en su mano el no perderla; y volviendo con tan Divino auxîlio los ojos á su compañero, le dixo: yo te ruego, Hermano, que me digas adonde pensamos llegar con todas nuestras pretensiones; porque aunque la dicha nos diga á medida del deseo, y consigamos el favor del Emperador de la tierra; ¿qué tanto tiempo puede durar en su sér el valimiento? Porque todos son variables, frágiles y peligrosos. Además, que si atentamente mirásemos á los hombres que están metidos en sus grandezas, los verémos desvanecidos con la fama y hambre mortal de esta vida, que otra cosa no es, sino un vaso podrido de pecados. ¿Dónde está la soberbia, luxuria, y avaricia, sino en los ricos y poderosos? Estos son los que por amontonar riquezas, no vistiendo ni comiendo mas que por uno, roban á los necesitados el mantenimiento, que Dios por su infinita bondad reparte generalmente con todos, y afligen á los pobres, y les dexan que se anden por esas calles y plazas desnudos, muriendo de hambre y frio; y si miramos aquella Suma bondad de Christo nuestro Redentor, cuyas palabras y obras son para nuestra salud de eficacísimo remedio, verémos, que de doce Discípulos que escogió, solo San Matéo fue rico, y todos los otros pobres y Pescadores; para darnos á entender, que de todos los hombres del Mundo, apenas uno se salva por riquezas ni linage, ni se halla digno del Cielo; con que muy simple es el que estas cosas no trae á la memoria, y las considera; por tanto, yo determino dar de mano, antes que á mí me dexen los placeres, pompas y vanidades del siglo; y pues hasta aqui he tenido corazon de piedra, no quiero dilatar mas el hacer penitencia de mis pecados; así es mi voluntad quedarme para siempre en compañia de estos exemplares Hermitaños, y no ser ingrato á nuestro Señor que tan liberalmente me ha alumbrado mi ceguedad, é inflamado en el amor infinito; y dando un gran suspiro, dixo á su compañero: Hermano carísimo, si discreto eres, y si acaso tienes lumbre de razon, advierte, que la gloria mundana es impedimento de la Divina gracia, y destruccion de la salud eterna, que los Santos con tantos trabajos ganaron, y con tanta alegria poseen; por tanto, yo te ruego, que si no quieres imitarme, no quieras estorbar mi voluntad. A esto le respondió, que él no podia apartarse de él, ni menos dexar de hacerle compañia, y seguir los exercicios de los Profesores Anacoretas, y mas con la esperanza cierta de tan gran galardon; en estas pláticas es-

estaban, quando Poticiano, que se andaba paseando por la otra parte del campo, viendo que ya era puesto el Sol, y los compañeros no salian de la casilla, fue á ver lo que hacian; y hallandoles tan trocados y contritos, se quedó obsorto de tan súbita mudanza; mas considerando, que podia ser aquello algun leve fervor, (como acontece á muchos) que se les acabaria presto, les dixo, que se volviesen á la Ciudad, para que alli con mas consideracion y prudente consejo, mirasen lo que les convenia hacer. A esto le respondieron, que ya que no les queria hacer compañia, que los dexase y se fuese; (1) y Poticiano, viendo su firmeza y santo propósito, se despidió de ellos, derramando muchas lágrimas de ternura y devocion, dexando su corazon á la tierra se volvió al Palacio del Emperador, que á la sazon estaba en la Ciudad de Tréveris, donde dixo el caso tan impensado que le habia sucedido con sus compañeros, los quales gloriosamente acabaron su carrera. Todo esto nos contó Poticiano (dice el gran Padre San Agustin) declarando el provecho que sacaron aquellos criados del Emperador, por haber leído la vida de San Antonio.

Otro exemplar escribe Basilio Santóro de un Monge, llamado Zoerardo; (2) el qual, deseoso de imitar á nuestro Sagrado Abad en la soledad y retiro, con licencia de su Prelado, año de mil y treinta, se retiró á morar en un monte que hay en el Reyno de Ungría, que le llaman Nitria, muy parecido, así por la semejanza del nombre como por su aspereza, al Monte de Nitria de Egypto; donde hizo tan austéras penitencias, que en este particular se puede igualar con los mayores Hermitaños que habitaron en los Desiertos; porque despues del trabajo de dia, y sus continuos ayunos, oraciones, y sangrientas disciplinas, á la noche para descansar, se recogia en el hueco de un roble, que con su industria y deseo de mortificarse, habia cuaxado todo de agudas y penetrantes puntas de cañas, para que si el cuerpo cansado, ó vencido del sueño se recostase en alguna parte del roble, se hiriese; con que estaba toda la noche postrado de rodillas, y el cuerpo derecho; y no tan solamente se contentó con esta penosa penitencia, porque en lo alto del hueco del mismo roble fabri-

có

(1) *El V. P. F. Luis de Granada en el Sermon Reprehension de los flacos, que por vanos temores afloxan de sus buenos propósitos, fol.* 795. (2) *Basilio Santóro. Surio, t.* 3. *fol.* 13. *Villeg. part.* 1. *fol.* 268. *Y en el lib.* 3. *discurs.* 62. *fol.* 409.

có una corona de palos, y pendiente de ella quatro piedras, y en medio del círculo ponia su cabeza, para que si se menease á un lado ó á otro, se lastimase con las piedras. De este género pasó toda su vida; y quando murió, hallaron que tenia en su bendito cuerpo ceñida una cadena de hierro, tan apretada, que le habia rompido la carne, y penetrado hasta los huesos.

Tambien escribe el Doctor D. Luis Muñoz, que casi en nuestros dias renovó los antiguos siglos de Oro el Padre Matéo de la Fuente, (1) siendo en la devocion y profesion de vida muy filial Discípulo de nuestro Padre San Antonio Abad.

Este Santo Varon nació por los años de 1524. en un Lugarejo cerca de Tamejón, Arzobispado de Toledo, cuyo nombre era Alminuete, y sus padres Pedro Diego, y Maria de la Fuente, humildes, como el Lugar, Christianos viejos, y lo que mas importa, buenos Christanos. Criaronle como tales, y siendo ya mancebo, fue á estudiar á Salamanca, en la qual estudió, y comprehendió muy bien Gramática, Lógica, y Filosofía, (que con la virtud se aprende fácilmente) y los ratos que le vacaban de sus estudios, los gastaba en leer vidas de Santos; y entre todas, la que mas le edificó y movió, fue la de nuestro Sagrado Padre, para imitarle en su austéra vida, y morar en despoblado. Todo lo qual comenzó y acabó gloriosamente. En el tiempo que esto pasaba, vivia en la soledad, cerca de Salamanca, un Hermitaño de vida muy exemplar, el qual se sustentaba del trabajo de sus manos (bastante señal de su gran virtud) pues con este exemplar Varon estuvo Matéo algun tiempo en su compañia, obrando los mismos exercicios, que veía en el Hermitaño, y se inclinó tan poderosamente á la vida solitaria, á la qual le llamaba N. S. con una vocacion muy descubierta; pero por no satisfacerle aquel Siervo de Dios algunas dudas que le proponia, dexó su compañia, y se volvió á Salamanca, donde las comunicó con el P. Fr. Domingo de Soto, de la Sagrada Orden de Santo Domingo de Guzmán, el qual exâminó á nuestro Estudiante, y descubrió el fondo de su virtud; y de las muestras que daba, coligió lo mucho que habia de ser en adelante. Amóle tiernamente; pagóse de su bondad; aprobó sus deseos, y animóle á seguirlos; y co-

(1) *La Vida de este Siervo de Dios, escribió el Doctor Don Luis Muñoz en la Vida del V. P. Maestro Juan de Avila, Apóstol de Andalucia.*

como tuviese noticia el virtuoso mancebo, que en las Sierras de Baeza hacian vida solitaria unos Hermitaños, se despidió del Padre Fray Domingo de Soto, y con su bendicion partió en busca suya desde Salamanca á pie, sin mas hacienda que dos libros; y habiendo llegado aunque con mucho trabajo, donde estaban los Santos Hermitaños, les pidió le recibiesen en su compañia; mas no duró mucho tiempo en ella, porque le desagradó el ver, que no trabajaban de manos; pedian limosna; con que la oracion ni el recogimiento, no era tanto como él deseaba; por la qual razon se entró por aquellas montañas, deseoso de aprender algun Oficio con que sustentarse; y estando con este deséo, le deparó Dios un hombre, que andaba cortando mimbres para labrar cestas. Agradóle el Oficio, y comprehendióle con suma brevedad, con que se prometió imitar aquellos antiguos Anacoretas, que se sustentaban con la industria de sus manos; y asi habitó en aquellas soledades en moderada distancia de poblado, para oír Misa las Fiestas, y de camino vendía la obra que hacía; y del precio que le daban por ella compraba un poco de pan, y unas cebollas para su alimento. La cama era el suelo; la estancia adonde le cogia la noche, ó en una cueva, ó arrimado á una encina del monte; pues en esta vida tan penitente, y santa, andaba lleno de recelos, si iba errado, ó si acaso le conducia el Espíritu Divino, ó su propio gusto; que en todo puede buscarse el hombre, y si se busca, perderse ¡Oh miserable condicion humana! Al fin andando con este desasosiego, llegó á su noticia el gran nombre del P. Maestro Avila. Fuele á buscar á Montilla, echóse á sus pies, y pidióle le oyese de confesion; dióle generalmente cuenta de su alma, hasta el menor movimiento. Conoció el gran Ministro de Dios las heróycas prendas que el Cielo atesoraba en este mancebo, y los inumerables bienes que por su exemplo se habian de seguir. Aprobó su vocacion; y despidiendose del Padre Avila, se volvió á su soledad, habitando en una cueva, que estaba en la Albayda de Cordoba, pasando su vida como un Angel del Cielo. Los dias de Fiesta, iba á la Ciudad, y oía Misa, y de camino vendía sus cestillas, con cuyo precio, como dexamos dicho, se mantenia, sin ser molesto á nadie. Mas no pudo mucho tiempo estár encubierta esta virtud, porque le ganó tanto aplauso en Cordoba, que le obligó á desamparar el puesto, y retirarse á las Montañas de Sierra-Morena, en término de Hornachuelos, sitio de notable aspereza y peñascos, que impiden el paso, dandosele

aún

aún apenas á las bestias fieras, y que corre por su profundidad un rio muy caudaloso; donde á poca distancia de él halló una Celdilla, en la qual se quedó haciendo muy admirable vida. Su vestido era un saco de jerga, de color de ceniza, que le cubria las carnes, y un Escapulario y Capilla pardo; andaba descalzo de pie y pierna, y contínuamente estaba en la presencia de Dios, y todos los dias de Fiesta frequentaba los Santos Sacramentos, y oía Misa; y por cumplir con este Divino Precepto, le costaba seis leguas de camino, en ida y vuelta; y al fin, se esparció tanto la fama de su virtud por todos aquellos contornos, que muchos Hermitaños que moraban por aquellas soledades, desearon tenerle por su Padre, y Maestro; mas el humilde Varon no quiso admitir en su compañia á ninguno, teniendose por insuficiente para gobernar á otros, hasta que un dia fue, como lo acostumbraba, á confesarse con el Padre Maestro Avila, único consuelo y amparo suyo, en ocasion que tenia en su casa por Huesped al Hermano Diego Vidal, Hermitaño muy exemplar, y Varon de mucho espíritu, y le pidió por merced al Hermano Matéo, que le llevase consigo, á quien obedeció, y tuvo en su compañia, haciendo su habitacion junto á las márgenes del rio, hasta que una creciente hizo inhabitable aquel sitio; con que de necesidad se retiraron á morar cerca de una Hermita de N. Señora de la Sierra, donde hallaron unas cuevas muy á propósito para su habitacion. Aqui le persuadió el Hermitaño Diego Vidál, que recibiese Hermitaños; y consultandolo el Hermano Matéo con el Padre Maestro Avila, le pareció que los admitiese. Mas por ser este sitio muy limitado, se subieron á morar á la cumbre de Sierra-Morena, donde hallaron una extendida y áspera soledad, llena de encinas, alcornoques, y cardos silvestres, que por ser en abundancia tantos, llamaron aquel sitio el Cardón, y hoy se intitula el Tardón. Esta soledad se empezó á poblar de Varones Santísimos, y en poco tiempo llegaron á quarenta, sin otros muchos que despidió de sí el Yermo, y el excesivo rigor que profesaban; y á imitacion de los antiguos Padres de Egypto, moraban cada uno en su choza, ó Celdilla, fabricadas de tierra y cubiertas de jaras, y un corcho servía de puerta, y otro de cama; y en la mitad del Desierto tenian pendiente de una encina una campanilla, con que hacian señal á la media noche, para que se levantasen á dar gracias á N. S. en una Hermita que fabricaron con licencia del Señor Obispo, donde oían Misa, cuya hechu-

chura era muy semejante á las Celdas; porque la bóveda era de corchos, y las paredes de tierra, fundadas sobre piedras, y todos sus Ornamentos no valian cien reales. El Retablo era de lienzo, dibujado en él el Arcángel San Miguél, Patron del Yermo. No pedian limosna. Sustentábanse con la labor y trabajo de sus manos. Así gobernaba este Santo Varon á sus Hermitaños, con gran cuidado; ayudábales en sus necesidades; hacíales pláticas espirituales; y en todo era solícito y piadoso Prelado; y para que fuese tambien su Padre Espiritual, informaron al Ilustrísimo señor Obispo Don Christoval de Roxas, como el Padre Matéo tenia suficientes letras para ser Sacerdote; (cosa que le causó á su Señoria mucha novedad) porque aunque le habia familiarmente tratado, nunca habia descubierto en él, que hubiese estudiado, que tanto como todo esto era su recato y humildad; y asi mandó, que viniese á su presencia; y habiendole exâminado, conoció su gran talento, y le ordenó de Sacerdote, y le dió permiso para que pudiese confesar en el Desierto, donde tuvo muy exemplares Discípulos, y uno de ellos fue el Padre Mariano de San Benito, y el Padre Fray Juan de la Miseria, que despues fueron Carmelitas Descalzos. Fue el primero una gran columna de su Religion, y el otro un raro exemplo de santidad. De este Desierto hace mencion nuestra Madre Santa Teresa de Jesus, en el cap. 16. de sus Fundaciones; (1) y hablando de el P. Mariano dice: que era hombre limpio y casto, y enemigo de tratar con mugeres; y que mereció con nuestro Señor, que le diese luz de lo que era el mundo, y ánimo para apartarse de él; y así, comenzó á pensar en qué Orden tomaria el Hábito, y tanteando las unas y las otras, en todas hallaba inconvenientes para su condicion; y que estando con este deseo supo que cerca de Sevilla estaban juntos unos Hermitaños en un Desierto, que llaman el Tardón, teniendo por su P. y Maestro á un hombre muy Santo, que llaman el P. Matéo. Tenia cada uno su Celda aparte, sin otro Edificio alguno, sino un Oratorio, donde se juntaban á oír Misa. No tenian renta, ni la querian recibir. Sustentábanse con la labor de sus manos, y cada uno comia muy pobremente; y que le pareció quando lo oyó, vivo retrato de los antiguos Padres. Hasta aqui son palabras de la Santa; con que bastantemente queda acreditado este Desierto, y su fama llegó á recrear el ánimo

(1) *Libro de las Fundaciones de Santa Teresa de Jesus, cap. 16.*

mo del Santísimo Padre Pio V. por haberle dado noticia un General de la Sagrada Orden del glorioso Santo Domingo, el qual dió gracias á Dios, porque en su tiempo tenia la Iglesia, lo que los pasados la Tebáyda, y Egypto. En esta sazon despachó un Breve, para que todos los Hermitaños estuviesen sujetos á Prelados, ó eligiesen una Regla, ó Religion aprobada, y se reduxesen á Conventos. Al punto el P. Matéo obedeció esta Orden, y eligió él y sus Hermitaños la Regla de S. Basilio. Este principio tuvo el Venerable Convento del Tardón, y juntaron la vida Heremítica á la Conventual, conservandose en la pobreza, y rigor de vida que antes tenian, y eligieron por su Abad al Padre Matéo, el qual dispuso el Convento en la misma forma que pinta S. Gerónimo los de Egypto, y ordenó la labor de lana, y texian paños hasta darles perfeccion, y labraban la tierra, y tomaban á destajo las siegas de los Lugares vecinos, y lo que ganaban repartian entre pobres, enviandoles pan y paño para su abrigo, y sustento; con que á los Monges del Tardón los veneraban, como á verdaderos Santos.

Y fue tan grande la opinion del Padre Fr. Matéo, que pasando el Rey nuestro Señor Don Felipe Segundo por Cordoba le dixeron de él tantas alabanzas, que mandó que le traxesen ante su Real presencia, y se alegró mucho de verle, y le ofreció si queria alguna cosa, y el Padre Matéo le agradeció la caridad y honra que le hacía, y le respondió que no necesitaba de este siglo cosa alguna; (por ventura, no pudo decir el Rey otro tanto,) y edificadísimo por lo que le oía, le dixo: Padre Matéo, lo que puedo daros os ofrezco; mirad que tengais cuidado de encomendarme á nuestro Señor que me dé su Divina gracia, para que cumpla con mis obligaciones, y que vuestros Monges hagan lo mismo. Mostró tener aficion el Rey de ir á ver el Tardón, y el Padre Matéo le pidió por merced, que no fuese; así por la aspereza del camino, como porque sus Monges no tuviesen ocasion de desvanecerse, viendo que los visitaba un Monarca tan poderoso.

Y habiendo llegado este Siervo de Dios á una grande ancianidad, en solos cincuenta y un años, estando enfermo en Hornachuelos, conociendo que se llegaba su tránsito, envió á llamar algunos de sus Monges, para consolarse con ellos, á quienes exôrto y encomendó á la rigurosa observancia de su Regla, y que tuviesen caridad unos con otros, y que se conservase el trabajo de manos, retiro, oracion, silencio, ayuno, y que no recibiesen interés de per-

sona alguna; antes les avisó, que con su trabajo socorriesen á los pobres necesitados; y habiendoles dicho semejantes razones, recibió con mucha devocion los Santos Sacramentos, y restituyó su alma á Dios á los 27. de Agosto del año de 1565. quedando su cuerpo muy tratable y oloroso, y sus Monges le llevaron á enterrar á su Monasterio, y este se conserva hoy con grande observancia y Religion, siendo uno de los mayores Santuarios de España. Habitan en él mas de cien Monges, la tercera parte de Sacerdotes; nunca piden limosna; conservan el trabajo de manos en labor de lana, con que no solo se viste toda la Comunidad, mas sacan para otras necesidades.

No es de menos edificacion la Vida de otro Santo Varon, que escribe Don Juan de Dicastillo y Acevedo, (1) y dice: que en el año de 1638. vió y comunicó con un Venerable Anciano Sacerdote, que á la sazon tenia noventa años, llamado Don Juan de Arriaga; el qual, á imitacion de nuestro Padre San Antonio Abad, habia estado con notable perseverancia quarenta años, haciendo vida penitente y solitaria en la Hermita de nuestra Señora de Codes, sita en el Valle de Aguilera, en el Reyno de Navarra, en un asperísimo y encumbrado Monte, poblado de árboles, peñas y riscos, adonde cada dia celebraba el Sacrosanto Sacrificio de la Misa, con admirable devocion, ternura, y consuelo de su alma, hasta que felízmente murió, tan ageno de las cosas de este siglo, que como otro Santo Anacoreta Pablo, no sabía quien era Señor de España, ni quienes reynaban en el Mundo, porque todo su cuidado y desvélo le ocupaba en Divinas contemplaciones.

Mas dexando aparte los Santos Varones que animosamente se retiraron á morar en los Desiertos, tambien muchas mugeres han hecho esta heróyca accion, movidas por la leccion de las virtudes de nuestro Padre, como se verá por la exemplar vida de la Venerable Madre Doña Catalina de Cardona, cuya narracion es como se sigue.

Teniendo los Reyes Católicos su Corte en la Ciudad de Valladolid, asistia en el Real Palacio en servicio de sus Magestades una señora Napolitana, llamada Doña Catalina de Cardona, (2) hija de Don

(1) *Vida del V. Hermitaño Don Juan Arriaga, sacada de la Silva de nuestra Señora de Codes, que escribió Don Juan de Dicastillo, impresa en la Ciudad de Logroño, año de 1643. fol. 11. fol. 12.*

(2) *Vida de la V. M. Doña Catalina de Cardona, sacada de la Historia de nuestra Señora de la Fuen-Santa, cap. 11. fol. 66. Y de*

la

Don Ramon de Cardona, Marqués de la Palúde, y de la Ilustrísima Casa de los Excelentísimos Duques de Cardona, por Aya del Príncipe Don Carlos, hijo del Rey Don Felipe Segundo.

A esta noble señora la fue parte para que dexase sus atavíos y galas, y aborreciese los vanos placeres del siglo, el leer la vida de nuestro Padre San Antonio; y tanto la gustó, que se encendió su voluntad en un fervoroso deseo de morar en la soledad, para poder con mayor libertad contemplar en el Hacedor de todo lo criado, y en sus Divinas grandezas; porque segun dice San Gerónimo, el bullicio del Pueblo daña mucho á los Siervos de Dios, y que como Anciano, tenia experimentado, que no era muy fácil cerrar las ventanas de los sentidos exteriores, entre los tumultos de los hombres.

Y el mismo Santo refiere de Platon, que habia buscado en muchas partes la sabiduria, y que no la pudo hallar; y ésta felízmente hallaron los Santos Anacoretas, escondida en los Desiertos, quando mas huían del siglo; y despues la apreciaban de calidad, que juzgaban por martyrio el regalo de las Ciudades, y tenian por deleytoso paraíso la soledad del Yermo, como se refiere de Elías, y Eliséo, y del glorioso Precursor el Señor San Juan Bautista, que escogieron los Desiertos por lugares puros y libres de la conversacion dañosa del siglo; en cuya consideracion, esta señora la deseaba en tan crecido grado, que por momentos solicitaba verse en el Yermo; mas considerando lo dificil de la empresa, y su delicada complexion, se afligia mucho, porque no sabía como ausentarse de Palacio. Y andando muy confusa, entre el temor y la esperanza, se valió del favor y consejo de San Pedro de Alcantara, que á la sazon estaba en Valladolid, á quien envió á suplicar se llegase á Palacio, para que la oyese de confesion; y habiendo el Siervo de Dios, con atencion, oído sus mas mínimos pensamientos, conoció el tesoro rico de virtudes que poseía su alma, y la animó y confirmó en su vocacion; y para que lo consiguiese, la asistió y ayudó con sus oraciones. Estas fueron las que la efectuaron su viage, y sacaron milagrosamante del Palacio y bullicio de la Corte; porque habiendo pasado disfrazada por medio de los Porteros, y Guarda-Damas, ninguno reparó en ella ni la conoció, y con esta fe-

la Historia de San Pedro de Alcantara, lib. 11. cap. 20. fol. 260. Y de la part. 1. de la Histor. del Carmelo reformado, de los cap. primeros del lib. 4.

licidad, principio de sus dichas, salió á la calle, donde la estaban esperando dos virtuosos Sacerdotes que la llevaron con todo recato á una casa que tenian prevenida, donde la varonil señora, con exemplar ánimo, se cortó las trenzas de sus cabellos, se despojó de las pulidas galas, y dexandolas para siempre, se vistió un tosco y penitente hábito de Hermitaño, de la misma forma que le traen los Padres Descalzos de nuestra Señora del Carmen. Y con este Religioso disfráz, se puso en camino, en compañia de los dos Sacerdotes que la guiaron, hasta dexarla cerca del término de la Villa de Roda, en el Obispado de Cuenca, y casi á la orilla del Rio Jucar, donde hallaron entre espesas jaras y malezas una cueva, mas capáz para madriguera de vulpejas, que para habitacion de una racional criatura. Era muy baxa y estrecha; y tan angosta la entrada, que apenas cabía un cuerpo por ella, y con esto se despidieron los dos Sacerdotes, dexandola tres panes. Esta fue toda la provision de la que tanto regalo habia tenido, y la que se vió en Palacio en las mesas de los Reyes. La cama era el suelo. La almohada una piedra. La manta el pobre habito. El ajuar, cilicios, rállos, cadenas, y otros instrumentos de penitencia. Contínuamente oraba, ayunaba, y velaba; y en los tres primeros años no gustó sino las hierbas del campo, crudas, y pacidas de la misma tierra, como oveja; por dar trabajo á su cuerpo, y merecimiento á su alma, se exercitaba en estas tan austéras y rigurosas penitencias, y así pasó muchos años morando en la cueva, sin ser vista de nadie, ni por solícitas diligencias que mandaron hacer los Reyes, y por otra parte sus deudos, no pudieron descubrir ni saber qué se habia hecho, ni donde estaba, sino es un Sacerdote, que sabía aquel secreto; el qual, con mucha edificacion y consuelo de su alma, dos dias en la semana la administraba los Santos Sacramentos, hasta que fue descubierta y conocida, y desde entonces iba la ilustre Anacoreta de rodillas, arrastrando por la tierra, con profunda humildad, los Domingos y Fiestas á confesar y oír Misa al Convento de nuestra Señora de la Fuen-Santa, que distaba de su cueva, como cosa de media legua.

Finalmente, esta varoníl muger y Nobilísima señora, además de ser en la virtud y soledad tan gran imitadora de nuestro Santísimo Patriarca San Antonio, fue tambien un vivo retrato de su Padre Espiritual, y Maestro el portento de la penitencia San Pedro, por cuyo consejo y direccion emprendió tan estrecha vida y áspera penitencia, siendo la primera, que con heróyco animo,

rom-

rompiendo por los Yermos y soledades de España, las dedicó á la vida Anacoreta, y las ilustró, como otra Magdalena á las de Francia, y la Egypcia á las de Palestina; y perseverando constante en estas penitencias y vida solitaria, murió santísimamente en el dicho Desierto junto á su cueva y antigua habitacion, habiendo resplandecido con milagros y heróycas virtudes; y su bendito Cuerpo fue con mucha devocion depositado por los Padres Carmelitas Descalzos en su Convento, y despues le trasladaron á Villanueva de la Xara, en el Religioso Convento de dichos Padres, donde hoy permanece, y es tenido en mucha veneracion; y fue tan grande el concepto que tuvo nuestra Santa Madre Teresa de Jesus de la santidad de esta virtuosa señora, que pasando el año de mil quinientos y ochenta á fundar el Convento de Religiosas que está en Villanueva de la Xara, entró en la Cueva donde habia morado la Sierva de Dios.

Y dice (1) que acabando un dia de comulgar en aquella Sta. Iglesia, que está fundada en la misma Cueva donde la Madre Cardona hizo penitencia, la dió un recogimiento muy grande, con una suspension, que se enagenó en ella, y se la representó esta santa muger por vision intelectual, como cuerpo glorioso, y algunos Angeles con ella; y que la dixo, que no se cansase, sino que procurase ir adelante en sus fundaciones; y que entiende, aunque no se lo señaló, que ella le ayudaría delante de Dios, y quedó muy consolada, y con mucho deseo de trabajar. Hasta aqui son palabras de nuestra Santa Madre; la qual, por el gran afecto que la tuvo, hizo memoria en su Libro de la maravillosa Vida de esta Santa penitente.

Este suceso me trae á la memoria otro algo semejante de una doncella, que se ausentó de la casa de sus padres, y se retiró á morar muy austéramente en un Desierto, por haber oído leer la Vida de San Antonio, cuya narracion es como se sigue.

En el Lugar de Moncada, que está junto á la Ciudad de Valencia, moraba una pobre doncella labradora, llamada Inés de Pedrós, (2) en compañia de sus padres, los quales la criaron con mucho amor y temor de Dios; y de noche quando se recogia en casa el padre

(1) *Santa Teresa en su Libro de las Fundaciones.* (2) *La conversion de la Venerable Anacoreta Inés de Pedrós, Itiner. de Exemplos del Padre Andrade, fol.* 213. *El Padre Christoval de Vega, de la Compañia de Jesus, en su Libro, Devocion de M. SS. fol.* 311. *Vida de San Vicente Ferrer, cap.* 27. *fol.* 223.

dre de Inés á descansar de su labor del campo, observaba antes de acostarse leer un rato en las Vidas de los Santos, y á la doncella la gustaba mucho oír leer la Vida de nuestro Padre San Antonio; y con la continuacion y devocion con que la oia, se aficionó poderosamente á imitar las virtudes que el Santo exercitó en el Yermo; y estando con este fervoroso deseo, fue un dia, como lo acostumbraba, á vender verduras á la Ciudad de Valencia, y movida del Espíritu de Dios, entró en el Templo de Santa Tecla, en ocasion que estaba predicando San Vicente Ferrer las excelencias de la Castidad; y cómo Santa Tecla, por guardarla, habia dexado el esposo que la ofrecia el mundo; y la fue tan eficáz el Sermon, que antes que se acabase hizo á nuestro Señor voto de virginidad; y para perseverar en su promesa, se aseguró con oraciones, ayunos, penitencias, y freqüencia de Sacramentos; y quando mas fervorosa se exercitaba en tan heróycas virtudes, trataron sus padres de casarla, y la doncella se resistió varonílmente, diciendoles, que habia escogido otro mejor Esposo, que era Dios; mas como ellos no entendieron el mysterio de sus honestas razones, quisieron casarla por fuerza; y viendo esto la virtuosa doncella, se vistió de hombre, y ocultamente dexó la compañia de sus padres, y se retiró á morar en unos montes muy ásperos que están á poca distancia del Convento de Porta-Cœli, donde viven los hijos del gran Patriarca San Bruno, no como hombres, sino como Angeles; y pienso hacerles grande lisonja á los Angeles, en comparar la celestial vida de estos Santos Monges, con su pureza; pues enmedio de aquellos montes halló una oculta cueva, suficiente para su habitacion; donde perseveró veinte años, sustentandose de las hierbas del campo, hasta que al fin de este tiempo fue nuestro Señor servido de darla el premio de sus merecimientos, llevando su purísima alma al Cielo: y porque su cuerpo no careciese de la estimacion y reverencia que merecia, celebró la Gloria su triunfo con celestiales luces que báxaban del Cielo en forma de columnas, y se aparecian encima de la cueva donde la Sierva de Dios habia morado, las quales veían los Pastores que por aquellos montes estaban en los apriscos de sus ganados; y lo mismo vieron los Monges Cartuxos del Convento de Porta-Cœli, quando salian de Maytines, quedando admirados, así por las milagrosas antorchas que veían lucir, como por haberse tocado la campana de dicho Convento por sí sola hasta quebrarse; y viendo estos prodigios muchos Religiosos, y Pastores, fueron guiando-

dose por la claridad de las luces á lo interior del monte, donde hallaron en el cóncavo de una gruta ó cueva, el Santo Cuerpo difunto, con un olor suavísimo. Quisieron amortajarle, para traerle al Convento; y desnudandole, vieron que era muger; de que se admiraron mas, y cobraron mayor opinion de su virtud. Divulgóse este suceso por la Comarca; y entre las personas que fueron del Lugar de Moncada, que dista poco mas de tres leguas de aquel Monasterio, á ver el bendito cadáver, no faltó quien conoció á Inés; porque aunque estaba desfigurada con el tiempo, y con la vida rigurosa que habia pasado, permitió nuestro Señor que la conociesen, para que la venerasen como á Santa, y como á tal la premió Dios en la Gloria, y la honró en la tierra con algunas maravillas que obró por su medio; entre las quales se cuenta una, y es, que el lugar y sitio en que hizo penitencia, está siempre verde; y aunque algunas veces se ha prendido fuego en aquella montaña, en llegando á aquel sitio, luego cesa, y no pasa adelante; permitiendo el Cielo, que no llégue el fuego material adonde no pudo llegar el de la concupiscencia. Llámase comunmente aquella Sierra, la Montaña de Santa Inés de Moncada; y los Monges de la Cartuxa, quando volvieron á fundir la campana, esculpieron en ella su nombre, dedicandosela en memoria de haberse tocado milagrosamente en su dichoso tránsito.

Con que de las narraciones referidas, podemos considerar el saludable fruto que en todos tiempos ha gozado la Iglesia Católica, por el maravilloso dechado de virtud que nos dexó en la leccion de su Vida San Antonio; porque segun dice el Evangelista San Matéo, (1) el árbol se conoce por el fruto; porque qual fuere el árbol, tal será el fruto que lleva; y segun esta verdad, véase el fértil fruto que ha dado á la Magestad de Dios nuestro Padre, y los Monasterios que por su exemplo se fundaron en aquellos antiguos tiempos, y los que hoy dia permanecen en las soledades de Egypto, Tebáyda, Palestina, Armenia, Etyópia, y Reynos del Preste Juan de las Indias; (2) de cuyo Señorío y gran Imperio, que comunmente llaman de los Abexinos, haré una breve relacion, para noticia de los que no son leídos, y para que se entienda el copiosísimo número de Religiosos del Orden de San Antonio, que moran por aquellas tierras.

(1) *S. Mat. cap.* 12. (2) *El M. Anton. Faxardo, en la Genealogía Real, y origen de todas las Religiones, fol.* 54.

CAPITULO XXXIV.

DE LA FORMA DE VIVIR de los Abexinos, y Preste Juan de las Indias, y del gran número de Monges de San Antonio que hay por aquellas Provincias.

EN la division que entre sí hicieron de toda la redondéz de la tierra, los Bienaventurados Apóstoles de nuestro Señor Jesu-Christo, para ir á publicar por todo el Mundo el Santo Evangelio y la Nueva Ley de Gracia, le tocó por suerte al glorioso Apóstol Santo Tomás la parte de Mediodia, que llamamos Etyópia interior, ó la India Meridional, la qual cae de esa parte de Egypto, hasta confinar con el Océano Atlántico, y con el Mar Grande por la una parte, y por la otra con el Mar Eritréo, que comunmente llamamos el Mar Bermejo, por donde los hijos de Israél, (1) por abreviar el camino, pasaron de la cautividad ignominiosa de Egypto, á la fertilidad grandísima de Siria, llamada la Tierra de Promision; y quando el glorioso Apóstol Santo Tomás llegó á aquellas remotísimas Regiones, ya allá se tenia alguna noticia del Sagrado Evangelio, por relacion de aquel Eunúco de la Reyna Candáces, Señora de aquellas tierras; al qual Eunúco sabemos que enseñó en el carro el Discípulo San Felipe, como lo cuenta San Lucas en los Actos de los Apóstoles; (2) y así no tuvo Santo Tomás mucha dificultad en hacer creer á los Etyópes la Doctrina Christiana; pero despues mezclaron con ella algunas ceremonias Judáycas, las quales han retenido, por la poca comunicacion que en la Iglesia Romana pudieron tener, así por la distancia del lugar, y por los grandes desiertos que hay de aquella tierra para venir á la nuestra, como por haberse puesto entre nosotros y ellos tanta multitud de Infieles, Turcos, Moros, y de otras Sectas; con lo qual, no tan solamente olvidaron el Rito y Ceremonias de la Iglesia Romana; mas aún apenas nos quedó noticia cierta de ellos; porque el camino por tierra es muy dificultoso, y el que ahora se sabe por Mar, nos era incógnito, y no teniamos de él ninguna noticia; de suerte, que casi se tenia por fabuloso decir, que en aquellas ultimas tierras del Mediodia, hubiese rastro de gente, ni Christiandad, hasta que la belicosa Nacion Portuguesa, dió principio á la larga navegacion de Persia, y de la India Oriental, por el Mar Grande, y nos participaron la forma y modo

(1) *Exod.* 15. (2) *Actor.* 8.

do de vivir de los moradores de aquellas tierras, cuya narracion he sacado de diferentes Autores; lo que me parece que hace mas al propósito para esta Historia, es como se sigue:

En las Indias, y Regiones remotas que están despues de Egypto, que caen en la parte del Mediodia, que llamamos Etyópia interior, ó la India Meridional, dice Illescas, (1) que mora el Preste Juan de las Indias, que es Emperador de Etyópia, á quien llaman los Indios Guián, que en su lengua vale tanto, como precioso; y nosotros, corrompiendo el vocablo le llamamos Preste Juan; el qual le parecia venir del linage de Salomón, y de la Real Estirpe de la Reyna Sabá; porque segun ellos afirman, concibió de Salomón un hijo, quando fue de Etyópia á visitarle á Jerusalén; y de este desciende el Preste Juan; el qual es Señor de setenta Reynos muy ricos y principales, y tan poderosos, que si quiere hacer guerra, puede con mucha facilidad juntar gran número de elefantes, camellos, caballos, y un millon y mas de hombres de guerra. Su jurisdiccion en lo temporal, es como la de otros Reyes; y demás de esto, da y quita los Sacerdocios, y Obispados, como entre nosotros el Sumo Pontífice. Está dividida toda su tierra en muchos Patriarcados; que son tan grandes, que por lo menos tiene cada uno veinte Obispados; y quando los Patriarcas salen de casa, llevan delante de sí una Cruz, y un vaso de oro lleno de tierra, para que con la Cruz se acuerde de la Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo, y con la tierra, de que son mortales. Los Sacerdotes se casan sola una vez, y enviudando, no se pueden volver mas á casar. Los Religiosos no se casan; guardan todos, así Seglares como Religiosos el Sabado, porque en aquel dia acabó Dios la Creacion del Mundo; y el Domingo, porque resucitó en él. Comen carne en Sabado. Confiesan que con el Evangelio se acabaron las Ceremonias de la Ley de Moysés; y con todo esto, tienen algunos Ritos y Ceremonias Judáycas en el comer carne, y pescados, conforme observan los Judíos. Circuncidanse, y no pueden entrar en la Iglesia el Clerigo, ó Lego, que ha llegado á su muger, ó tenido polucion en sueños, hasta que pasen veinte y quatro horas. La muger que tiene su regla, no entra en la Iglesia, hasta que pasen siete dias. La que pare hijo, hasta 40. dias, y la que pare hija, 80.

Toda la gente que nace por aquellos grandes Reynos de Etyópia, así hombres como muge-

(1) *Histor. Pontif. lib. 6. fol.* 130.

geres, son mulatos y negros; y entre ellos, los que son mas atezados, los tienen por mas hermosos; y como acá en la Europa, las damas hacen aguas aderezadas y albayaldes para emblanquecer el rostro, las señoras de Etyópia hacen sus afeytes negros, para obscurecerse mas las carnes (porque en todas las partes de el Mundo no falta la vanidad, en particular en las mugeres el deséo de parecer bien.) La gente de mas calidad, y tenida en mas veneracion entre aquellos Indios, son los Sacerdotes, y Monges de nuestro Padre San Antonio Abad, y luego los Sabios; y trás estos qualquiera que hace buena vida. Creen en el Mysterio de la Santísima Trinidad, y tienen á la Virgen N. S. por Madre de Dios, y siempre Virgen. Creen un Bautismo de necesidad, y una Iglesia Católica, y todos los Artículos de la Fe, así los que pertenecen á la Divinidad, como á la Humanidad de N. S. Jesu-Christo. La Cruz es para ellos de grandísima veneracion. Confiesan que San Pedro es Príncipe de los Apóstoles, y la Iglesia Romana, Madre de todas las Iglesias del Mundo. Hacen grande honor á los Apóstoles, Mártyres, y Confesores; y en particular al glorioso Apóstol Santo Tomás, porque los convirtió á la Fe de N. Señor Jesu-Christo. (1) Ayunan todos los Miercoles y Viernes á pan y agua. No hay ninguno tan mal Christiano, que no comulgue dos veces en la semana; y el dia que comulgan, se guardan de escupir lo mas que pueden, y no comen cosa, que despues de puesta en la boca y mascada, hayan de echar algo fuera: así como huesos de aceytunas, ó cosa semejante, en reverencia del Santísimo Sacramento que han recibido; y quando alguno llega al lugar donde está la Iglesia, luego se va á ella, y en acercandose á sus umbrales, besa las piedras mas cercanas, y despues besa las puertas. No entran en los Templos con zapatos, así hombres como mugeres, sino descalzos; ni tampoco escupen, tosen, ni gargagean dentro, ni se asientan sino en el suelo, que en esto son muy observantes, y en no dexar dentro perro, ni otro animal; y para los que no quieren sentarse en el suelo, hay á las puertas gran numero de muletas, para afirmarse y descansar en ellas todo el tiempo que dura el Oficio Divino, y acabado las vuelven á su lugar. Si pasan á caballo por delan-

(1) *Viage de Jerusalén, donde se trata de los Abexinos, fol. 92. Histor. de Etyópia del Padre Alonso de Sandovál, de la Compañia de Jesus, part. 1. lib. 2. cap. 11. fol. 288.*

lante de alguna Iglesia, son tan devotos, que en viendola al punto se apean, (1) pasando la cabalgadura de la rienda, y no vuelven á subir, hasta que ya van muy adelante; y quando entran en los Templos á hacer oracion, es con tan gran reverencia, que no se atreven á mirarse unos á otros, ni á hablar, ni escupir; y con juntarse á veces en cada Iglesia al pie de diez mil personas, parece que no hay una. Tan grande es el silencio, respeto y reverencia, y mayor debiera ser nuestra confusion. Los Cementerios tienen cercados de muy fuerte y alto muro, para que ningun animal pueda entrar en ellos. Usan campanas de piedra, largas y sutíles, con lengua de madera. Tambien las tienen de hierro, y en las Procesiones suelen traer algunas en las manos. En las paredes y en los Altares de las Iglesias, hay pintadas de pincél, y labradas de talla muchas Imágenes de N. Señora, y de diferentes Santos y Angeles.

Los Sacerdotes se quitan el cabello á navaja; pero las barbas las usan muy largas. (2) Los Religiosos dicen Misa con capelo en la cabeza; los demás celebran descubiertos. Acostumbran á rezar las Horas Canónicas en la Iglesia en las Fiestas solemnes, levantandose á Maytines, y de madrugada á Prima, y á primeras y segundas Vísperas de las Fiestas. Así todos los Monges como Clerigos, usan de unos mismos Salmos. El Hábito que traen los Religiosos, es un modo de Capilla de paño negro, que casi se asemeja á las que traen los de Europa, y un birretillo que les cubre las cabezas, y tres correas delgadas, ceñidas al cuello, y rematadas en la cintura, asidas de una argolla de marfil, ú de otra cosa, en lo qual consiste lo principal de su hábito; lo demás es como cada uno puede, ó se acomoda: sí bien los mas graves se visten de paño negro, y traen unas capas largas, como de Monges.

Otros se visten de pieles curtidas, pero estos son los Anacoretas y Hermitaños que habitan en los Desiertos, donde se exercitan en rigurosas penitencias, ayunos, disciplinas, cilicios, y mortificaciones, á que son por naturaleza muy inclinados. De estos Religiosos Abexinos, dice el Padre Fray Hernando Suarez, (3) que por los años de 1492. vinieron algunos á Viena de Francia á visitar el Cuerpo de San An-

(1) *Histor. Moral del Padre Benito Remigio, de los Clerigos Regulares Menores, cap. 15. fol. 269.* (2) *El P. Sandoval, ibid.*
(3) *Histor. Anton. lib. 4. cap. 31 fol. 167.*

Antonio, y que afirmaron que eran Religiosos de una Religion muy antigua que se habia fundado en Etyópia, baxo de la invocacion y patrocinio de San Antonio, y que venian solo á visitar el Santo Cuerpo de su gran Patron, y á considerar las costumbres, y modo de vivir de los Religiosos de la Religion Antoniana de Europa, para llevar consigo de ello relacion á sus tierras.

El Prelado Mayor que tienen los de Etyópia, se intitula Marco. (1) Elígenle los Monges Abexinos que moran en Jerusalén, los quales son francos y libres, y no pagan ningun tributo en todo el Imperio de los Turcos, por razon que puede el Preste Juan mandar cortar el Nilo, y echarle al Mar Roxo; y si esto hiciera, quedára todo el Egypto destruído. Y temiendo el Turco que no le venga este daño, paga todos los años tributos al Preste Juan; (2) y habiendose descuidado de pagarle el año de 1572. para acordar á los Mahometanos el descuido que tenian de cumplir con su obligacion, mandó el Preste Juan encaminar el Nilo por las catadúpas, y angosturas de Etyópia; de suerte, que así que llegó á Egypto, hizo notable daño, y anegó gran parte de la Ciudad del Cayro. Y viendo esto el Belherbey que alli residia, en venganza de tan notable ruina, entró con gran Exército por los confines de Etyópia, destruyendo los Pueblos y gente que hallaba; mas los Etyópes le salieron al encuentro, y en una batalla le desbarataron de suerte, que temiendo el Belherbey aún mayor daño que el recibido, se retiró lo mejor que pudo; y sabiendo esto el gran Turco, le envió á decir, que diese al Preste Juan la mejor satisfaccion que pudiese; con lo qual, y pagandole el tributo, se aquietó el Preste Juan, y el Turco mucho mas, por el cuidado en que le habia puesto aquella guerra.

Y quando el Prelado, que llaman Marco, muere, al punto envia el Preste Juan sus Mensageros á los Monges Abexinos que moran en Jerusalén, los quales dan sus votos en secreto, y los envian cerrados al Gran Cayro, donde reside el Patriarca de Alexandría, el qual los ve; y si halla que el electo es benemérito, ó Religioso del Orden de nuestro Padre San Antonio Abad, luego sin mas informaciones aprueba la eleccion, y envia al ele-

(1) *Illesc. Hist. Pontif. lib. 6. fol.* 131. *Fr. Ant. del Castillo, Viage de la Tierra Santa, cap.* 12. *fol.* 351. (2) *Part.* 3. *de la Hist. Pontif. compuesta por el Doctor D. Luis de Bayba, cap.* 6. *fol.* 17.

elegido á Etyópia, con gran acompañamiento; y en quanto á lo que toca á la Religion, generalmente, son todos buenos Christianos, y guardan su Ley perfectísimamente, y en muchas cosas nos hacen ventaja en las buenas costumbres, verdad, y devocion con el culto Divino; como se conoce por el gran numero de Iglesias y Conventos que tienen de Religiosos, que casi todos, ó los mas, se intitulan de nuestro Sagrado Abad; de quienes dice el Padre Sandovál, (1) que en la Primitiva Iglesia, antes que se inficionasen en los errores de los Cismáticos, hubo muchos Varones Santísimos, que resplandecieron en prodigios y milagros en la vida solitaria; porque como el sitio y lugar donde San Antonio instituyó la vida de los Anacoretas, fue en los Desiertos de Egypto, y soledades de Scitia, tierras contérminas y vecinas de la Etyópia, y demás Naciones de Etyópes, volando la fama de su perfecta santidad, les alumbró como claro Sol del Oriente, con su luz, y la salieron á buscar y seguir inumerables de los que ya conocemos, y adoramos por Santos, pero no por naturales de aquellas Provincias, por la poca curiosidad de los antepasados; y para que se entienda su excelente virtud, escribe el dicho Padre una Historia muy gustosa, y dilatada, de la qual he sacado lo substancial, y que hace mas á nuestro propósito, y dice: que á la parte de Levante se descubre uno de los siete montes de superior altura que hay en el mundo, llamado Monte Santo, á cuya falda está fundada la Ciudad de Efeso, tan nombrada en la Sagrada Escritura. De este Monte cuenta, que estaba poblado de espíritus malignos, y que la Reyna de los Angeles los desterró de todo aquel territorio, compadecida del daño que hacian á las gentes; y que por su patrocinio y especial orden, se pobló de Conventos y Hermitas, de Religiosos Griegos, Armenios, y Abexinos, para bien de las almas, y en contraposicion de los demonios; particular favor, superior beneficio, que de tres Naciones que eligió la Virgen Santísima para tan alto fin, una fue de nuestros Abexinos; manifiesta señal, que en aquel siglo servían de veras al Altísimo Señor, y á su bendita Madre, y que entre ellos habría muchos de extremada santidad y rara virtud.

Hasta aqui lo que queda referido es del sobredicho Autor; por donde se conoce la excelente perfeccion de los Etyópes de aquel siglo; y aún en el presente escribe

(1) *Histor. de Etyópia, cap. 157. fol. 520.*

be el Padre Presentado Fray Luis de Urreta, que todavía permanecen en su primitiva virtud y Christiandad; y que hay por aquellos Reynos gran número de Religiosos, y Caballeros de la Encomienda de nuestro Padre S. Antonio, cuya fundacion y origen verémos en el Capítulo que se sigue.

CAPITULO XXXV.

ORIGEN, Y FUNDACION de la Orden Militar y Monástica de los Caballeros, y Monges de San Antonio Abad, que moran en Etyópia.

QUeriendo concluir esta obra, vinieron á mis manos dos libros impresos en Valencia: el uno, año de 1609. y el otro, en el de 1610. ambos compuestos por el Padre Presentado Fray Luis de Urreta, de la gravísima Orden de Predicadores: el uno se intitula Historia Eclesiástica y Natural de los Reynos de Etyópia, Monarquía del Emperador, llamado Preste Juan; el otro, fundacion y Regla del Orden Militar y Monástico de los Caballeros de S. Antonio Abad, y en ambos nos participa casi las mismas noticias de que hace relacion en su Historia del Orden de los Abexinos, Don Juan Baltasar, Caballero Monástico y Militar de San Antonio, y las grandezas del prodigioso Monte Amára, y árboles tan extraños, plantas, animales, y aves hermosísimas que se crian en él, y las fábricas tan grandiosas, y riquísimos Conventos de Religiosos de S. Antonio que dice haber en este Monte; en los quales Conventos asisten los hijos de los Reyes, y grandes Príncipes, y Señores, que hay por aquel Imperio, para que se crien entre los Religiosos, los quales cuidan de su educacion y enseñanza; y que hay en dicho Monte una librería, que no tiene número su valor, y los riquísimos tesoros que se guardan allí, como en depósito, que son del Preste Juan; y que los Abexinos no son Cismáticos, ni apartados de la Iglesia Romana, sino Católicos, obedientes á ella, y que desde el principio de la Iglesia siempre se conservaron en toda la pureza y sinceridad de la Fe, de la misma manera que se cree en la Iglesia Católica, sin haberse apartado un punto de ella, ni de los artículos decretados, definidos y determinados en los Concilios Generales; y quanto al Judaísmo de la Circuncision, el guardar del Sabado, y ceremonias de la Ley Vieja, que por la intencion con que lo hacian, no tenian alguna culpa; mas que despues, que por la via de la India de Portugál, habian tenido comercio con la Iglesia Romana, y habian entendido, que los

los Christianos de acá se escandalizaban de que ellos guardasen la Circuncision, y las demás ceremonias de la Ley antigua, y los Pontífices les habian asimismo mandado no lo hiciesen, al punto, con rendida obediencia dexaron la Circuncision, y los demás ritos Judáicos, y los otros errores en que antes vivian por ignorancia. Pues dexando las otras cosas, que de los Abexinos el dicho Padre dice; es de saber, que en quanto á la fundacion y origen de la Orden de San Antonio Abad de Etyópia, fue de esta suerte.

Habiendo quedado en la Tebáyda, Region que confina con la Etyópia, inumerables discípulos de San Antonio, despues de su glorioso tránsito, siguiendo su exemplo, regla y preceptos que les habia encomendado, vivian sin hacer votos solemnes, morando por los Desiertos, hasta que el gran Padre San Basilio, inspirado de Dios, reduxo á medio mas conveniente y razonable, el rigor y aspereza de los primeros Padres del Yermo; trayendo muchos á vivir á estado regular y Monástico, con las Constituciones y Reglas que él les dió, baxo de la qual viven, y profesan todos los Religiosos Regulares del Oriente, y en particular en la Etyópia, donde se fundaron á imitacion de los Monges de Palestina y Egypto, tres generos de Ordenes, que se intitulan de San Antonio Abad, y observan las Constituciones y Reglas de San Basilio; los unos viven en Conventos, como los Religiosos de Europa; su exercicio es rezar, confesar, y andar en Misiones, predicando por los Reynos, y Ciudades; los otros moran en Hermitas, que están fundadas por los Desiertos; los otros son Caballeros Militares, de quienes referiré su modo de vivir mas en particular, los quales habitan Monasterios, y Abadías, cuya Orden fundó en la Etyópia el Preste Juan, llamado de los Etyópes el Santo; el qual, viendo la persecucion que contra la Iglesia Católica levantaron los blasfémos Arrianos, y que cada dia iban creciendo mas en su pérfida maldad, y que muchos entraban en la Etyópia, y pervertian á sus vasallos; para atajar este daño, determinó hacer una Orden Militar de Caballeros, cuyo instituto fuese pelear contínuamente contra los Hereges, por honra de la Santísima Trinidad, y Divinidad de nuestro Señor Jesu-Christo. Comunicó estos pensamientos el Emperador con el glorioso Doctor San Basilio, que á la sazon vivía, el qual con grande alegria espiritual, le alabó mucho sus santos propósitos, y le envió las Constituciones que habian de guardar los Monges y Caballeros Militares, baxo de la Re-

Regla y apellido de San Antonio, y que vistiesen hábito negro con la Cruz azul, que llamamos Tau, cuya señal habia dado el Santo á sus discípulos; diciendoles, que habian de vivir señalados, como los Primogénitos de Israél. (1) Esta fue la fundacion de esta Religion Militar, que sería por los años de trescientos y setenta. Y prosigue el Padre Urreta, diciendo: que de lo dicho se colige, que es la Encomienda mas antigua que tiene la Iglesia de Dios, y muy favorecida de los Sumos Pontífices; los quales, á los Caballeros que han venido á Europa, despues que los Portugueses han descubierto dichas tierras, y enseñado el camino de aquella navegacion, les han dado en Roma la Iglesia de San Esteban de los Indianos; y tambien los Comendadores de San Antón de Viena de Francia, han reconocido á los Comendadores de San Antón de Etyópia, como á hermanos, hijos de un padre; y es de manera, que por Breves particulares de Clemente VII. y Paulo III. el Abad de San Esteban de los Indianos, confirma al General que es elegido en Viena de la Religion Antoniana; y á los Comendadores Abexinos que vienen á visitar el Cuerpo de nuestro Padre, los reciben los Religiosos de Viena en su Monasterio, y los aposentan como á Hermanos de su Orden, con mucho gozo y caridad, por ser dos Ordenes, subalternada la una á la otra.

Y el Preste Juan, Emperador de Etyópia, Felipe Septimo, amplió y engrandeció mucho esta Orden Militar, dandola muchos Privilegios y rentas; y mandó, que para distincion de Monges, y Caballeros, y para que los Religiosos fuesen conocidos, que traxesen la Encomienda antigua del Tau de San Antón, y que los Caballeros usasen de la misma Encomienda; pero con unas florecillas en los extremos de los brazos del Tau, y que le traxesen guarnecido por las orillas con un cordoncillo de oro, á manera de cayrél.

Y estableció una Ley, en que mandó que todos sus vasallos de qualquier estado y condicion, que de alli adelante fuesen obligados á dar á la Religion de San Antón de tres hijos uno, para el servicio de ella; y esta Ley, aunque es tan penosa, se ha guardado siempre, y se observa hasta el dia de hoy, con tanto rigor, que aún los Reyes no están exêntos de ella; y así de tres hijos, dan uno á la Religion; solo los Médicos están libres de esta Ley; todos los demás dan sus hijos á la Orden, para ir á la Guerra; cuya Or-

(1) *Ezeq. 9.*

Orden tiene en cada Ciudad su Convento, y Abadía, donde residen los Caballeros, y Comendadores, los quales son en dos maneras: unos se han de exercitar en la guerra, segun la disposicion de sus Mayores, siempre que les fuere mandado; y otros, que siendo ancianos y cansados de la Milicia, los jubilan, y se recogen en las Abadías donde tomaron el Hábito, en profesion de Monges, de los quales no puede haber mas de veinte y cinco en cada Convento; y de estos, el mas antiguo de Hábito es Abad de los otros, y le llaman Abad Espiritual; y no hay elecciones, sino que en muriendo el Abad, succede el mas antiguo en el Oficio y Prelacía, aunque los Monges no son mas de veinte y cinco en cada Abadía. Los Caballeros Militares no tienen número señalado; y así, hay Abadías de quinientos, y de mil, y aún de dos mil, y mas Comendadores.

La profesion que hacen, es de esta suerte: reciben á los Novicios en las Abadías de diez y seis, á diez y ocho años; y el recibirlos es forzoso, pues todos están obligados á dar á la Orden de tres hijos, uno; y habiendolos admitido, les dan un Escapulario pequeño negro, con el Tau azul, que le traen sobre la camisa, y con esto los envian á la guerra, donde están nueve años en Noviciado; tres en los Presidios del Mar Bermejo, guardando las costas de Etyópia de los Corsarios, que salen de la Arabia; tres en la Isla de Meróe, que mira á Egypto, donde están en Presidio; porque si el Turco pretendiere algo, no los hálle descuidados; y otros tres en la frontera del Reyno de Borno, que es de un Rey Moro muy poderoso, que parte términos con la Etyópia, y grande enemigo del Preste Juan. Concluido este Noviciado de nueve años, despues, si han procedido como deben, les dan con muchas ceremonias la profesion, en la que hacen voto solemne de guardar perpétua obediencia y fidelidad á la Silla Apostólica Romana, y al Preste Juan, y Abades de su Orden, y de observar las Constituciones y Regla de la Religion de San Antonio, y los Cánones y Decretos del Concilio Florentino de Eugenio IV. Concluido este voto solemne, hacen luego en manos del Abad Espiritual un juramento, de no ir, ni pelear en guerra contra Christianos, ni de recibir Orden Sagrado, ni de casarse, sin expresa licencia del Sumo Pontífice Romano, aunque el Preste Juan, y el Nuncio Apostólico, por Breves de la Silla Romana, tienen poder de relaxar este juramento, para que se puedan casar, como muchos se casan.

Tambien hay muchas Religiosas del Orden de San Antonio,

que fuera agraviarlas, si no dixera de ellas dos palabras, para consuelo de todas; (1) y en particular de las de Europa, las quales han de tener veinte y cinco años, para que las reciban en los Monasterios, y otros cinco están en noviciado, vestidas de Hábito seglar, donde hacen los mismos exercicios que las Religiosas profesas; pero si en estos cinco años no les place la vida Conventual, ó por otra causa se quisiesen salir, se les concede hacerlo; pero si quieren quedarse en la Religion, y tomar el Hábito, se le dan, y la corta los cabellos el Abad Espiritual de la jurisdiccion de aquel Monasterio, y la pone el Hábito; con el qual están otros cinco años, al fin de los quales vuelve el Abad Espiritual con los parientes de la Novicia, y la preguntan, si la place quedarse en la Religion; porque no placiendola, tiene libertad para salir; pero si al contrario, entonces hace en manos del Abad los tres votos solemnes; hecho esto, la pone el mismo Abad un velo negro en la cabeza, y hasta la muerte no la puede ver padre, ni madre, ni otra qualquier persona, sino quando va el Emperador á ver sus Reynos, que entonces suele visitarlas en compañia del Abad Espiritual, y de otros Prelados; y este encerramiento se observa desde el Pontífice Paulo III. Visten hábito negro; y nunca comen carne, sino quando están enfermas.

El gran Maestre, ó Abad de esta Orden, reside en la famosa Isla de Meróe: porque habiendo echado á fuerza de armas á los Moros que se habian apoderado de ella, el Preste Juan Alexandro Tercero, en nuestros dias la dió para siempre á la Religion, para que como cosa suya la defendiese y asistiese; y el Gran Abad, que es la cabeza de la Religion, tiene jurisdiccion sobre todos los Comendadores; pero no puede por sí solo hacer cosa ninguna de importancia, sin acuerdo y parecer de su Consejo. Así, quando decreta algun Despacho, se intitula en el principio de él, Fulano, por la Divina Gracia de Dios, Gran Abad de la Orden Militar y Monástica de San Antón, con acuerdo de los de su Consejo, manda tal, ó tal cosa. Este Consejo se constituye de doce Caballeros Militares, y doce Monges, y consta de veinte y quatro Consejeros, que se escogen de quarenta y dos Caballeros Monges, y otros tantos Militares, que envian de las quarenta y dos Provincias que tiene la Orden, dos por Provincia, un Monge y un Militar. De estas Provincias alterna-

(1) *Don Juan Baltasar, en la Orden de San Antonio Abad de Etyópia, fol.* 18.

nativamente, por su orden, se eligió el gran Abad; de suerte, que si esta vez es de una Provincia, la vez que viniere es de otra, segun el orden de las Provincias; las quales le tienen entre sí, guardandose tambien este orden, que si el gran Abad es ahora Monge Sacerdote, la vez que viene será Caballero Militar, entrando alternativamente Sacerdotes y Militares, para que todos igualmente gocen de la honra del Maestrazgo. Esta dignidad es perpétua hasta la muerte, que todo lo acaba; y en acabando la vida el gran Abad, por treinta dias contínuos se hacen sus exêquias con mucha solemnidad, y entre tanto se publica la futura eleccion, y envian á llamar un Obispo, y tres Abades, que ya están señalados para confirmar y bendecir con muchas Oraciones que tienen para este efecto, al gran Abad que es elegido. En llegando el Obispo, y los tres Abades, los del Consejo declaran á qué Provincia pertenece el Abadiazgo, y si ha de ser Sacerdote, ó Militar, y de estos eligen el mas antiguo; el qual, sin mas resistencia, es nombrado por gran Abad; y si está ausente, envian por él, y el Obispo y los otros Abades le confirman y bendicen con las acostumbradas ceremonias; solo el gran Abad trae por preeminencia Régia una Cruz azul grande que le llena todo el pecho, la qual, ninguno la puede traer. Sírvenle con grande Magestad, porque para la asistencia de sola su persona, tiene gran número de sirvientes, además de dos mil y quinientos Caballeros, que escogen de dos mil y quinientas Abadías que tiene la Orden, de donde sacan de cada una un Caballero Comendador, para que le asistan; los quales cada mes se mudan en los Oficios, para que todos sean iguales en el trabajo, como lo son en el hábito y profesion. Cada Abadía tiene un Procurador, y cada Provincia su Sacerdote en la Corte del gran Abad; y así, son dos mil y quinientos los Procuradores, y quarenta y dos los Sacerdotes; de los quales eligen doce Sacerdotes, los mas sábios, para el Consejo del Maestre; los otros tienen cuidado de decir las Misas, y administrar los Sacramentos en la Iglesia del gran Abad; el qual, siempre come solo, y los de su Consejo juntos. Ninguno de los vecinos de la Isla puede recibir el hábito de dicha Religion, ni los pobres están obligados á dar á la Orden de tres hijos uno, como lo están los del Imperio de la Etyópia, por razon, que todos los naturales son vasallos de la Orden, y les puede el Maestre mandar ir á la guerra. Vale la Isla de renta cada año cerca de dos millones, entre los minerales y tributos de los Pueblos; porque hay tres Reynos en la Isla, contando tambien los pechos

que pagan los Moros y Judios, que del Africa pasan á Meca, y de los que de la Arábia vuelven á los otros Reynos de la Africa, porque es forzoso haber de pasar por esta Isla. Los Moros pagan por cada cabeza un zequí de oro, que vale doce reales Castellanos; y los Judíos dos, fuera de las alcabalas que pagan de las mercancías que traen; y de los que compran en la Isla, solo son esentos las Abadías de la Orden, que pueden sacar de la Isla, todas las mercaderías que quisieren, sin pagar cosa ninguna; y fuera de lo dicho, cobra para sí la Religion el tributo que paga el Turco al Preste Juan, por el agua del Nilo, que son sesenta mil zequies cada año; los quales vió pagar Don Juan Baltasar (1) á el Abad de San Macario, el Baxá del gran Cayro, que á la sazon era Zigala, nieto de aquel tan grande Héroe, y valeroso Capitan de los Christianos, el Vizconde Zigala, padre de Don Juan Miguél Zigala, que al presente, quando esto se escribe, vive Príncipe Ilustrísimo, primo hermano del Gran Turco, Supremo Gobernador que fue de Jerusalén, Plenipotenciario, y General Colector de todos los tributos de la Tierra Santa, que se convirtió por especial providencia de Dios á nuestra Santa Fe, año de mil seiscientos y sesenta y dos, como consta por un Memorial, que yo he visto impreso, que dicho Príncipe presentó por su mano en Madrid el año pasado de ochenta y uno, á nuestro Católico Monarca Carlos Segundo, sobre cierta pretension de un Mayorazgo, situado en el Reyno de Sicilia, que dice que le pertenece.

De todas estas rentas se sustenta el Gran Maestre, y lo demás se guarda en el tesoro de la Orden para los gastos que se ofrecen quando hay guerras; porque todos los Caballeros están obligados á costa de la Orden, á servir al Preste Juan en las guerras que tuviere, sin que por esto reciban de las rentas y bienes Reales interés ninguno.

Y fuera de la Etyópia, tiene tambien la Religion muchas Casas, y Comendadores en Jerusalén. La Iglesia de la Santa Corona de Monges Abexinos, y allí hospedan á todos los de su Nacion; en Constantinopla asisten mu-

(1) *Don Juan Baltasar, Caballero Abexino, en la Villa y Regla de los Comendadores de San Antonio Abad, fol. 20. El Autor citado no hace memoria del Baxá Zigala, mas que de paso; Yo la hago por parecerme, habiendo cotejado el tiempo, que es el propio Turco, que Don Miguél Zigala, nombra muchas veces en su Memorial, que fue su padre.*

muchos Caballeros de San Antonio, para ajustar y conferir las diferencias que pueden acaecer entre los Abexinos, y el Turco, acerca del tributo que les paga, y franquezas que tienen en sus tierras. En Damasco, y Alexandría tienen Hospicios, donde moran algunos Religiosos de la Orden, para recibir á los Peregrinos que vienen y van á otras tierras; pero la Casa de mayor Magestad que tienen fuera de la Etyópia, es la de San Macario en el Cayro, donde reside su Patriarca Espiritual, y muchos Monges y Caballeros de San Antonio, y los Christianos Maronítas, que viven baxo de sus costumbres en el Monte Sion, Palestina, y Mesopotámia; aunque no están sujetos al gran Abad de los Abexinos. Tienen muchos Conventos y Abadías del Orden de San Antonio, y convienen con el Patriarca Antiochêno, que contínuamente es Monge del Orden de San Antonio, y los Christianos de la Nacion, Jacobítas, que habitan en la Judéa, y tierras de Hur, y la Val de Membrot, y los Anastosias Christianos, que viven en la Caldéa, y en las Arábias, Siria, y la mayor Armenia, y en Moscovia; y casi todas las otras Naciones Orientales tienen inumerables Conventos de Religiosos de nuestro glorioso Padre; los quales, por la mayor parte, traen sobre sus hábitos el Tau azul, como los Príncipes de la Etyópia por mas grandeza lo observan; los quales, quando van á las guerras que se les ofrecen, llevan un Estandarte tendido, de color amarillo, y por reliquia en él la bendita señal del Tau.

El Padre Maestro Clavél, (1) en la Regla de San Basilio Magno, en el discurso de dicha Regla hace muchas veces memoria de estos Caballeros Militares de San Antonio. Y Don Gaspár de la Figuera, (2) Caballero del Orden de nuestra Señora de Montesa, y San Jorge de Alfama, Freyle General de Morella, y Juez de causas pias por su Magestad, en la vida que escribió con tanta eloqüencia de nuestro bendito Abad, con título de Sol del Oriente, dice estas notables palabras: Resonó el eco de las esclarecidas virtudes de Antonio en Africa, España, Francia, é Italia, y llenó de novedad y admiracion á la Metrópoli del Orbe, Roma. Penetró la Etyópia, eligiendole el Santo Emperador Juan, por Patron y Tutelar del Imperio Abexino, once años despues de su glorioso tránsito, en el de tres-

(1) *El M. F. Alonso Clavél, en la antigüedad de la Regla de San Basilio, fol. 356. y 357.* (2) *Don Gaspár de la Figuera en el Sol del Oriente, fol. 94.*

cientos y sesenta, en el qual instituyó la Orden y Caballería, llamada de San Antonio Abad. El hábito es negro, y la Cruz azul, en forma de Tau, como la traía el Santo Anacoreta, y tenia en su cueva, y daba por divisa á sus discípulos. Es Orden Ilustrísima, y por decreto del Preste Juan Felipe Septimo, están obligados todos los vasallos de aquel Imperio, de qualquier estado y preeminencia que fueren, á dar de tres hijos uno á la Religion. Tiene mas de dos mil y quinientas Abadías, sin otros inumerables Conventos. Hasta aqui es del sobredicho Autor, con que proseguiré esta obra, describiendo las noticias que nos da el Venerable Padre Fray Luis de Granada, de unos Monges, ó Hermitaños que moran en los Yermos de Arábia.

Y dice, (1) que navegando por el Mar una Flota del Reyno de Portugál, casualmente fue á arribar á las Gargantas del Seno de Arábia, á la sazon que estaba en aquella marina un Venerable Monge, gran observador de los Preceptos, segun la Regla de nuestro Glorioso Padre San Antonio; y que así que el penitente Monge vió la triunfante señal de la Cruz en lo alto de las Gábias, se alegró mucho, conociendo por la preciosa señal, ser aquella Flota de Christianos; y sumamente gozoso por lo que veía, les hizo señas, significando que les queria hablar; y despues de haberlos saludado, y dado gracias á Dios, porque le habia dexado ver allí presente tanta gente Christiana, les suplicó, dixesen ¿de qué nacion eran, y en que parte del Mundo habitaban? Y habiendole informado de todo lo que deseaba saber, él tambien dió razon de su Vida y Regla que observaba, y como era Prelado de tres mil Monges que moraban por aquellas soledades, haciendo vida muy austéra, sin tener mas refrigerio que los ardores del Sol en los Caniculares, y las lluvias frias en el Invierno; y habiendoles dado razon de otras muchas cosas, al despedirse les dió un libro de oraciones que traía consigo, para que le ofreciesen en su nombre al Sumo Pontífice, el qual, fue enviado á Roma, y entregado al Embaxador de Portugál, que á la sazon era Don Miguél de Silva, para que le presentase á su Santidad, en memoria de aquel Venerable Anacoreta.

Y el Padre Fray Antonio del Castillo dice, (2) que caminando año de mil seiscientos y quarenta y nueve por la Tierra Santa, estuvo en el Monte Líbano, que tie-

(1) *Símbolo de la Fe del P. F. Luis de Granada, f.* 412. (2) *Viage de la Tierra Santa, del P. F. Antonio del Castillo, f.* 194. *y f.* 230.

tiene casi seiscientas millas de circuito, y que hay en él muchos Pueblos, grandes y pequeños, todos habitadores de una nacion, que llaman Maronítas, Christianos Católicos, y muy obedientes al Papa, y que se gobiernan por sí mismos; porque aunque están baxo de la potestad del gran Turco, no hay en sus Lugares sino un Moro, que cobra los derechos que le pagan. En todo lo demás se rigen y viven á su modo. Serán en todos mas de quarenta mil almas. Usan de campanas en las Iglesias. Tienen su Patriarca, que le elige el Pueblo, y á los Obispos el Patriarca, y el Papa los confirma. Ofician á lo antiguo, en lengua Caldáyca. Usan de los Ornamentos, como los Latinos; pues en dicho monte escribe que vió algunos Conventos de Religiosos muy austéros y penitentes, vivo retrato y reliquia de los del tiempo pasado, que militan segun la Regla de San Antonio Abad; y que en lo alto del monte hay una Iglesia, donde le informaron que estaba enterrada aquella admirable Penitente, llamada Marina, que deseosa de exercitar la vida Monástica que los discípulos de nuestro Padre S. Antonio observaban, fingió ser Varon y se hizo Monge, morando en uno de aquellos Monasterios, donde la sucedió que se aficionó de ella una muger, juzgando que era Varon; y porque no quiso condescender con sus desordenados amores, la acusó, diciendo que un hijo que tenia era suyo; y los Monges sin mas informe, la despidieron del Convento, y la dieron el niño para que lo criase; y habiendoles obedecido, perseveró siete años sin apartarse de junto la puerta del Monasterio con el niño, oyendo muchos oprobios que la decian los que entraban y salian, y de este género pasó hasta lo último de su vida, sustentandose con algunos pedazos de pan, que por amor de Dios la daban; y quando murió, compasivos los Monges, queriendola amortajar para enterrarla, hallaron que era muger; con que se admiraron, y la veneraron por Santa viendo tan heróyca humildad, paciencia y constancia con que habia sufrido tanto tiempo las calumnias de los hombres, y combates de Satanás.

Mas la accion y vida de esta Santa muger, mas es para admirada que para imitada. Conócese, que lo que hizo fue con especial y divina inspiracion, y no se ha de intentar lo que ella hizo; porque semejante exemplo, y el que nos dió (1) Eufrosina Virgen, y la célebre Santa Teodora de

(1) *Santa Eufrosina, Sur. tom.* 1. *Santa Teod. lib.* 1. *cap.* 209. *Santa Apolin. Sur. t.* 1.

Alexandría, y la Bienaventurada Virgen Apolinar, y otras muchas Señoras, no son lícitos de imitar; además, que para evitar despues acá el daño y escandalo que de semejantes acciones se puede seguir, acordaron los Sumos Pontífices el pronunciar descomunion contra qualquier muger, que disfrazada en hábito de varon, entráre y habitáre en las Sagradas Comunidades de los Religiosos; (1) pero á mi ver, no se puede dudar, que con su valeroso ánimo reprehenden á todos los Varones, que por cobardes dexamos de servir á Dios; pues por no atrevernos á luchar con los vicios, ponemos gran dificultad para ser buenos, habiendo tantas razones para no ser malos, porque de los humildes y esforzados es el Reyno de los Cielos.

Así se dice que habia en estos tiempos un hombre, (2) que deseoso de servir al Divino Criador, determinó dexar el Mundo, y hacer vida solitaria en un Yermo, á imitacion de San Antonio, y habiendo repartido toda su hacienda á pobres, sin reservar cosa para sí, se puso en camino, buscando un sitio á propósito para el intento que llevaba; pero el demonio que no duerme, y siempre vela para nuestro daño, le acometió en el camino con varias propuestas, diciendole: dime, hombre sin discrecion, ¿qué locura te toma, que quieres hacer vida campesina? ¿Quién te ha de alimentar en la soledad, porque tu delicado cuerpo no está enseñado á alimentarse con hierbas? Y si caes malo, y te mueres, ¿quién tendrá la culpa de tu muerte, sino tu misma temeridad, que será homicida de tu vida? Toma mi consejo, y vuelvete á poblado; y si reparas en que ya no tienes hacienda, porque toda la diste, no importa; porque del mismo género que tu socorriste á aquellos, no faltará quien á tí te socorra; y luchando con estos pensamientos, estaba casi para dexar el camino comenzado, y volverse al siglo, quando un Angel en espíritu le llevó al Infierno, y le dixo: ¿sabes quien soy yo? Pues has de saber, que soy el Angel de tu Guarda; y el hombre, muy atemorizado, le dixo: pues Angel mio, ¿para qué me has traido á este tan tenebroso lugar, que parece el Infierno? Dices bien; que no tan solamente estamos en él, sino en su mayor profundidad; mas ahora sabrás el mysterio; y diciendo esto, cogió el Angel un can-

(1) *Véase acerca de esto lo que se dice en las Crónicas de los PP. Capuchinos, t. 2. lib. 5. cap. 29.* (2) *Este exemplo me contaron por cierto; y por parecerme, que puede haber sucedido, y ser de enseñanza, me determiné á escribirle aqui.*

canto, y le dividió en dos partes, y le dixo: que mirase con atencion lo que habia en su seno, y vió, que tenia su morada en él un gusano grande y lucído, que mostraba en su viveza estár muy regocijado; y admirado el hombre de ver aquel gusano encerrado en el seno del canto, sin saber como se podia sustentar; el Angel, viendo su admiracion, le dixo: hombrecillo falto de Fe, considera, que si en lo profundo del Infierno cuida el Señor de alimentar á este gusanillo; ¿por qué te persuades tu á creer, que Dios te olvidará estando en el Desierto? Y así prosigue el camino comenzado, y estima mucho este aviso, y la misericordia que la Magestad Divina usa contigo, porque si volvieras al siglo, tuvieras mal fin.

Mas no por lo dicho déxe uno sin discrecion, obediencia y consejo su casa, por habitar en la soledad; pues puede haber mucha virtud y perfecion en el estado seglar, en la union del Matrimonio, en la Compañia de los Soldados, en las tiendas de los Oficios, en los afanes de un arado, en las Cortes de los Príncipes, en la familia de los casados. Abrahán, Isaac, y Jacob, Sara, Rebeca, y Judith, practicando unas virtudes caseras de sufrimiento, paciencia, humildad, y santas meditaciones, cuidando de la buena educacion y enseñanza de sus hijos, dan fe en el Viejo Testamento de esta verdad; y en la Ley de Gracia San Joseph, San Crispin, y otros, fueron perfectamente virtuosos. San Isidro en el campo; Santa Maria, y Priscila en sus familias, trabajando en la rueca y almohadilla; la Samaritana, sacando agua de un pozo, halló á Christo. (Y otras puede ser, que en los lugares solitarios, y Monasterios le pierdan.) San Mauricio en los Exércitos, Santa Elena, San Luis, y San Fernando en sus Tronos Reales. Donde quiera que estémos, podemos aspirar á la vida perfecta, y dar buena muestra de Christianos, y vivir en amor de Dios. Aquellos mysteriosos animales que vió Ezequiél, tenian alas; que las tenga el Aguila, que vuela por la Region del Ayre, bien se entiende; pero que pueda tener alas un hombre, el buey, y un leon, solo se verifica en el camino del Cielo.

Y así dice San Felipe Neri, que si una persona está en vida de buen estado, advierta que para pasar á vida de mas perfeccion, es menester gran prudencia, y mucho consejo; pero si está en mal estado, no aguarde á pedir consejo, sino que instantáneamente déxe el pecado, y adquiera con la penitencia la gracia Divina.

Y San Gregorio en sus Morales dice: ¿Que de qué fruto le será á uno la soledad del cuerpo, si falta la soledad del alma? Porque

que el que está apartado del cuerpo en la soledad, y en ella está lleno de bullicios y cuidados humanos, este tal no se puede decir que vive en soledad; y por el contrario, si alguno vive en la Ciudad, y está tan quieto, que no le alborotan ningunos cuidados del siglo, podemos decir de él, que no mora en poblado; porque Loth, viviendo en mitad de la Ciudad fue justo, y quando habitó en el Desierto, pecó; de que sacamos, que enmedio de la Ciudad hay soledad y solitarios, y que en mitad del Yermo puede haber cuidados de mundo, é inquietudes de las almas; porque hay muchas, que enamoradas de su propio parecer, desean las mudanzas de los lugares, y sin estár sosegadas en uno, juzgan que en otra parte estarán mas quietas, devotas y recogidas, ó mas aprovechadas en virtud; sin considerar, que en la mudanza, se mudan los ayres y no los corazones; y que donde quiera que el hombre se retíre, se lleva á sí mismo consigo.

Por la qual razon, dice nuestro Padre San Antonio, que la prudencia es la mas principal y necesaria virtud, porque da acierto en todo lo que se ha de hacer. Con que la soledad del Yermo, no se ha de desear, para excusar el trabajo y obligaciones en que Dios nos ha puesto, sino por huír de las ocasiones de los malos, y excusar los halagos del Mundo, para que el alma, vacía de los pensamientos de la tierra, se exercíte con mas libertad en el Amor divino, imitando con sumo fervor y devocion, las heróycas perfecciones de nuestro Padre, que son tan inumerables que no basta mi pobre juicio para poderlas imaginar, quanto mas mi torpe lengua, para haberlas podido referir; porque fue este glorioso Santo espectáculo á los Angeles, á los hombres, á los demonios, y al Mundo; Salud de sus devotos, Médico espiritual de las almas, Refrigerio de los cuerpos, Fortaleza de los flacos, Remedio de caídos, Maestro de los humildes, Discreto Consejero, y Norte de los que navegan para el Cielo, Espejo clarísimo de virtud, en que se pueden mirar los Religiosos, Prelados, y Seglares, para aprender en tan perfecto dechado de perfeccion, que tan eficázmente guia, mueve y enseña, así con la leccion de su santa Vida, como con sus obras, á la bienaventuranza; donde todos nos veamos, por la infinita misericordia. Amen.

F I N.

TA-

TABLA
DEL PRIMER LIBRO,
CON
El Indice de las cosas mas notables que en él se contienen.

CAP. I. *Donde está situada la Provincia de Egypto, Patria, padres, y feliz nacimiento de San Antonio*, pagina 1.

De dos cosas carece Egypto, que es de vino y aceyte; de todos los demás frutos hay en abundancia, pag. 3.

Viña de bálsamo, que hay en la Tebáyda, pag. 4.

Fuente donde nuestra Señora solia lavar la ropa del Niño Jesus, pag. 5.

Beabex se llamó el padre de S. Antonio, y su madre Eguita, ibid.

Cap. II. *En que se refiere la infancia, y exemplar educacion de San Antonio*, pag. 6.

Como un hijo quitó la vida á su madre por robarla, pag. 8.

Cap. III. *Feliz tránsito de los padres de San Antonio, y los saludables consejos, que á la hora de la muerte dió Beabex á su hijo*, pag. 9.

Cap. IV. *Como San Antonio fue á su casa, y repartió su hacienda entre pobres, y dexó encomendada su hermana á unas mugeres de santa vida*, pag. 12.

Cap. V. *Como San Antonio dexó su casa, y se retiró á morar en el Desierto, y el demonio empezó á perseguirle*, pag. 14.

Cap. VI. *Como el demonio, con diferentes tentaciones, perseguia al Santo*, pag. 17.

Cap. VII. *En que se refiere como el demonio hirió de muerte á San Antonio, y convocó todo el Infierno contra él*, pag. 19.

Cap. VIII. *Los Triunfos que el Santo alcanzaba de sus enemigos*, pag. 22.

Como nuestro Señor se le apareció, y prometió hacer su nombre célebre por todo el Orbe, p. 23.

Cap. IX. *San Antonio se puso en camino, con deseo de hallar un lugar solitario donde hacer su asiento, y como el demonio le perseguia*, pag. 24.

Halló en el Desierto una fuente grande de plata, y una barra de oro, ibid.

Cap. X. *Como el demonio no cesaba*

ba de perseguir á San Antonio, y como halló en un Monte un Castillo, y se quedó á morar en él; y las engañosas, y verdaderas visiones que en él tuvo, pag. 25.

Aparécesele Lucifér en Angel de Luz, pag. 26.

Hállase un dia tentado por el espíritu de la pereza, y vé á un Angel, que estaba texiendo una cestica de hojas de palma, que tenia para hacer labor, pag. 27.

Aparécesele nuestro Señor con una Cruz acuestas, coronado de espinas, pag. 27.

Cap. XI. *En que se refiere como San Antonio dexó la habitacion del Castillo, y se retiró á morar en el Monte Arsinóe, y la fundacion de su primer Monasterio*, pag. 29.

Cap. XII. *Como los demonios procuraron engañar á San Antonio en varias formas*, pag. 31.

Se le aparece el espíritu maligno en figura de una Reyna muy hermosa, solicitandole á que se casase con ella, pag. 33.

Cap. XIII. *En que se refiere, como San Antonio vió todo el mundo lleno de lazos, y al demonio en una figura horrible que impedia á las almas la subida al Cielo, y en otras diferentes visiones*, pag. 35.

Cap. XIV. *En que se refiere, lo que sucedió á San Antonio, considerando en los Juicios de Dios, y como fue á visitar á el Curtidor de Alexandria*, pag. 37.

Cap. XV. *Como San Antonio vió al demonio, y los ardides que usaba para divertir á los Monges quando estaban orando, y las excelencias que dice del exercicio Santo de la Oracion*, p. 39.

Como tocando una campana en su Monasterio, con que hacia señal para que los Religiosos se recogiesen á orar, al mismo tiempo oyó tocar otra campana en el Infierno, pag. 40.

Castiga Dios á una muger, que maldixo á unos Padres Misioneros, pag. 42.

Cap. XVI. *En que se refiere como por todo el Orbe fue conocido el nombre de San Antonio, y los inumerables discípulos que se le congregaron*, pag. 43.

Como el Abad Apolo moró junto á la Ciudad de Heliópolis, pag. 44.

El Abad Amones cerca de la Ciudad de Dióclos. El Abad Elías enfrente de la Ciudad de Antinóo. El Abad Isidoro en las soledades de Scitia, y San Hilarion en la Provincia de Siria, y Palestina, ibid.

Cap. XVII. *Del género que San Antonio gobernaba á sus Súbditos, y como amparó á dos Monges, que no los querian recibir en sus Monasterios*, pag. 49.

Cap. XVIII. *Como exortaba San Antonio á sus Monges, para que tuviesen misericordia de los pecadores, y confirmase esta doctri-*

trina con algunos exemplos, pag. 53.

Cap. XIX. *En que se refieren otros importantes avisos que daba San Antonio á sus Monges, y la paz y amor que guardaban entre sí*, pag. 56.

Cap. XX. *Como San Antonio fue el primer Padre, que instituyó en Egypto la vida Eremítica, y la Regla y exercicios que observaban sus discípulos*, pag. 58.

Menciónase el copiosísimo fruto que han dado á la Iglesia Católica las Sagradas Religiones, pag. 70.

Cap. XXI. *Como S. Antonio exôrtaba á sus Monges, para que no tuviesen codicia*, pag. 77.

Cap. XXII. *Como exôrtó San Antonio á un Cenobita, que era muy incorregible, y lo que le sucedió con él; y se describe la vida de Malco Monge*, pag. 79.

Cap. XXIII. *En que se refiere lo que le sucedió al Monge, amigo de hacer su voluntad; y como San Antonio le volvió á recibir en su Monasterio*, pag. 89.

Cap. XXIV. *De el Dón de Profecía, y conocer espiritus que tuvo San Antonio; y como probaba á sus Monges, y los consejos que les daba*, pag. 91.

Como profetizó el desgraciado fin, que habia de tener un Monge, llamado Herón, pag. 95.

Cap. XXV. *Un Seglar suplicó á San Antonio, que le recibiese por Monge; y como por la obediencia se libró de caer en pecado*, pag. 98.

Lo dañoso que es para los Varones el visitar á mugeres, pag. 99. y 100.

Como no quiso una doncella, que la visitase San Martin Obispo, no por menospreciarle, sino por aprecio y guarda de la castidad, pag. 102.

Cap. XXVI. *Como San Antonio zelaba á los Monges, para que no cayesen en pecado sensual, y las tentaciones deshonestas que padecieron dos inocentes niños, y la reprehension, que el Abad Sabbás dió á un Monge, porque miró á una muger*, pag. 103.

Cap. XXVII. *De el recato y modestia que observaban los Monges que moraban en el Monasterio de San Antonio*, pag. 105.

Como un Monge, llamado Prior, no quiso ver á una hermana suya que le fue á visitar, y otro Monge, llamado Marco, observó lo mismo con su madre que le deseó ver, ibid.

Cap. XXVIII. *Como San Antonio, estando un dia en la soledad con sus Monges, fue notado de un Cazador; y los avisos que les daba para que no cayesen en el vicio de la murmuracion, y se reprehende con exemplos tan dañoso vicio*, pag. 106.

Cap. XXIX. *En que se refiere como San Antonio fue á la Ciudad de Alexandría, con deseo de alcanzar la corona del martirio*, p. 109.

Cap.

Cap. XXX. *Breve resumen de la Vida de S. Atanasio Obispo*, p. 110.
Cap. XXXI. *Vida de San Macario Egypcio*, pag. 112.
Halla San Macario en el Desierto una calavera de un difunto, y le habla, pag. 113.
Resucita dos muertos, ibid. *y* 114.
Aparécesele el demonio, p. 115.
Restituye en su sér á una Señora, que por hechizos parecia yegua, ibid.
Resucita otro muerto, en confirmacion de la Fe Católica que profesaba, pag. 117.
Cap. XXXII. *En que se describe la Vida de San Macario Alexandrino*, ibid.
Levántale una muger un falso testimonio, pag. 118.
Ve á dos hombres desnudos, que venian mezclados entre muchos animales á beber en una laguna, pag. 119.
Otro Monge ve á un hombre desnudo, que estaba paciendo, p. 120.
Halla San Macario á un ladron, que le estaba robando lo que tenia en la Celda, pag. 122.
Cap. XXXIII. *Describese la Vida de San Hilarion, discípulo de San Antonio*, pag. 129.
Cap. XXXIV. *Vida de San Pafuncio, discípulo de San Antonio, y como convirtió á Santa Tais*, pag. 138.
En tres diferentes tiempos desea Pafuncio saber con quien es igual en meritos, y oye una voz del Cielo, que le dixo que era igual con un Juglar, con un Mercader, y con un Caballero casado, pag. 141. y sigg.
Cap. XXXV. *En que se hace memoria de San Panuncio; y como halló á San Onofre en el Desierto, y se refiere su Vida*, pag. 151.
Cap. XXXVI. *Los trabajos que padeció San Antonio en la Ciudad de Alexandria, en la persecucion de los Emperadores Gentiles*, pag. 159.
Se hace memoria del Martyrio de una Doncella, llamada Potamiena, pag. 162.
Pasa al mismo tiempo que San Antonio exôrtaba á los Mártyres por Alexandria, la Legion Tebéa, pag. 163.
Cap. XXXVII. *De el fin que tuvieron las persecuciones, que se hacian contra los Christianos; y como el Emperador Constantino recibió la Fe de nuestro Señor Jesu-Christo, y San Antonio se volvió á su Monasterio*, pag. 165.
Pasa un rio milagrosamente, pag. 170.
Cap. XXXVIII. *Los prodigios que obró Dios, por la intercesion de San Antonio y la potestad que le comunicó para lanzar demonios*, ibid.
Cap. XXXIX. *De la gran estimacion que hicieron de San Antonio los Emperadores; y como escribió una carta á Constantino Magno*, pag. 176.

Cap.

Cap. XL. *Como dos Encantadores procuraron con sus hechizos, hacer caer en pecado á S. Antonio, y la victoria que alcanzó de sus enemigos*, pag. 177.

Cap. XLI. Y ultimo del primer Libro. *Como San Antonio se ausentó de sus Monges, por la estimacion que de él hacian*, pag. 178.

TABLA
DEL SEGUNDO LIBRO.

CAP. I. *Como San Antonio dexó la compañia de sus Monges, y se retiró á la soledad del Yermo de la superior Tebáyda*, pag. 180.

Hace su habitacion en el monte donde se halla la piedra del Aguila, pag. 181.

Cap. II. *En que se refiere como el huertecico que labró San Antonio, no le dexaban prevalecer unos extraños animales*, p. 182.

Cap. III. *Como el demonio no cesaba de perseguir con diferentes tentaciones á S. Antonio*, p. 184.

Aparécesele el espiritu maligno en figura de Hermitaño, ibid.

Cap. IV. *Como San Antonio dexó el retiro de su soledad, y fue á visitar los Monasterios de Egypto, y los milagros que nuestro Señor obró en el camino por su intercesion*, pag. 185.

Se hace memoria de los Desiertos de Nitria, pag. 186.

Todos los dias freqüentaban los Monges los Santos Sacramentos, pag. 187.

En la puerta del Monasterio del Monte de Nitria habia una palma, y pendiente de ella tres azotes, para corregir á los culpados, ibid.

Descripcion del Rio Nilo, y los peces tan extraños que se crian en él, pag. 189.

Visita San Antonio á su hermana, pag. 193.

Da salud al Rey de Barcelona, pag. 196.

Cap. V. *De un Labrador, llamado Pablo, que halló á su muger en adulterio, y como la dexó, y se fue á valer de San Antonio, para que le recibiese por Monge*, pag. 197.

Como ningun hijo debe tomar estado contra la voluntad de sus padres, pag. 203.

Cap. VI. *Como San Antonio se retiró á los Desiertos de Heracléas, y el Rey de Palestina le socorrió con vituallas; y sanó á unos animales; y vió llevar al Cielo el alma del Abad Amón*, ibid.

Cap. VII. *En que se refiere quien fue el Abad Prior; y como S. Antonio le mandó que se retirase á morar á lo interior del Desierto*, pag. 209.

Un

Un Monge se enamora de una Religiosa, y cae en pecado, p. 212.

Cap. VIII. *Como Unchrónio fue á visitar á San Antonio; y se didicen muchas cosas que vió, y otras que le contaron en su Monasterio*, pag. 213.

Sana el Abad Gerásimo á un leon, y quédase en el Monasterio, y sirve de lo mismo que un jumentillo, pag. 214.

Muere Gerásimo, y de sentimiento se queda muerto el leon, pag. 215. *y* 216.

Desnuda un mancebo á una difunta, y ella le reprehende, ibid. *y* 217.

Cap. IX. *En que se describe quien fue Eulógio, y como San Antonio le consoló*, pag. 218.

Admirables documentos que da San Antonio á todo género de personas, pag. 221. *y* sigg.

Cap. X. *En que se describe como se exercitaba San Antonio en las dos vidas, activa, y contemplativa; y como vino un Gobernador, en compañia de otros Jueces, y unos Monges á verle, y los consejos que les dió*, pag. 226.

Cap. XI. *Como San Antonio halló en el Desierto á San Pablo*, pag. 231.

Cap. XII. *Como San Antonio dió noticia á San Pablo de muchas cosas que sucedieron en el Mundo, por todo el discurso del tiempo que estuvo en la soledad*, pag. 238.

Cap. XIII. *Nuestro Señor reveló á San Antonio la persecucion que habian de levantar los Hereges Arrianos, y como fue á Alexandria á oponerse contra su furor*, pag. 244.

Cap. XIV. *Lo que le sucedió á San Antonio en la Ciudad de Alexandria, en la persecucion, que levantaron los Arrianos contra la Iglesia Católica*, p. 246.

Cap. XV. *Como San Antonio conversó con Dídimo, y se dice quien fue*, pag. 251.

Cap. XVI. *El castigo que dió el Cielo á un Herege, porque se descompuso con San Antonio; y como cesaron las persecuciones de los Arrianos, y vió restituido el Santo en su Iglesia á San Atanasio*, pag. 255.

Cap. XVII. *Como San Antonio volvió á su Monasterio; y una tempestad, que le sobrevino en el camino, y vió que los Angeles llevaban su alma al Cielo, y los demonios lo impedian*, p. 258.

Cap. XVIII. *En que se refiere como le fue revelado á San Antonio el dia de su felíz tránsito*, pag. 260.

Como los Gentiles, antiguamente enterraban á sus difuntos, p. 261.

Cap. XIX. *Como San Antonio se despidió de sus Monges, y los exôrtó á la virtud*, pag. 263.

Cap. XX. *Del glorioso tránsito de San Antonio*, pag. 265.

Cap. XXI. *En que se refiere como los dos Discípulos dieron sepultura al bendito Cuerpo de nuestro*

tro Padre San Antonio, p. 268.
Cap. XXII. *Como se divulgó el dichoso tránsito de San Antonio, y el general sentimiento que se hizo por su muerte*, pag. 270.
Cap. XXIII. *Como fue hallado en el Desierto el Cuerpo de San Antonio, y llevado á la Ciudad de Alexandria*, pag. 271.
Cap. XXIV. *Traslacion segunda del bendito Cuerpo del Santo: y como fue llevado á la Ciudad de Constantinopla*, pag. 272.
Cap. XXV. *Como el Sagrado Cuerpo de San Antonio, fue trasladado á la Ciudad de Viena de Francia*, pag. 274.
Cap. XXVI. *Describese en qué parte de Francia está situada la Provincia de Viena, y donde fue depositado el bendito Cuerpo de San Antonio*, pag. 277.
Cap. XXVII. *De la tercera traslacion del Cuerpo del Señor San Antonio, en la Iglesia de la Mota de Viena*, pag. 278.
Cap. XXVIII. *Dáse razon por qué pintan á San Antonio con un libro en la mano, un báculo, y una campanilla, con un ceboncillo á sus pies*, pag. 280.
Cap. XXIX. *Fundacion de la Ilustre Religion Antoniana, gracias, y Privilegios que los Sumos Pontífices han concedido á dicha Orden*, pag. 283.
Varones ilustres que ha habido en virtud y letras en dicha Religion, pag. 289.
Cap. XXX. *De las Casas y Encomiendas Mayores que tiene la Religion Antoniana en España, y en otras partes del Mundo*, pag. 293.
Castillo de San Antonio que hay en la Coruña, pag. 295.
Iglesia de San Antonio que hay en el Reyno de Valencia, en la qual, baxo de la proteccion del Santo, crian y se alimentan millares de Palomas, ibid.
Devocion con que celebra la Religion de nuestra Señora de la Merced las Fiestas de San Antonio, pag. 296.
San Antonio de Padua dexó el nombre bautismal que tenia, por tener el de nuestro Santo, ibid.
Cap. XXXI. *Los exemplares castigos que la Magestad Divina ha executado en algunas personas, que se han atrevido á injuriar las Efigies de San Antonio*, pag. 297.
Castiga el Santo á unos Hereges, porque hicieron escarnio de él. ibid.
Quieren unos Turcos borrar de una pared una Imagen de S. Antonio, y no pueden, pag. 298.
Castiga á un Labrador, porque no guardaba sus Fiestas, p. 301.
Castiga á un Religioso, porque relaxaba su Regla, pag. 302.
Cap. XXXII. *En que se prosigue con la narracion de los milagros de San Antonio*, pag. 303.
En Albacete hay una Imagen de San Antonio, que las mas veces

ces que hace milagros, se le pone el rostro colorado, y la campanilla que tiene en su bendita mano, la toca, pag. 309.

Pare una muger una niña metida en un zurron, impreso en él San Antonio, pag. 323.

Enseña el Santo á una doncella, y la dixo que se metiese Religiosa, pag. 327.

Ve una Sierva de Dios á nuestro Padre S. Antonio en una Procesion que se hacia en el Cielo, ibid.

Junto á Constantinopla hay un Templo de San Antonio, donde el Santo obra muchos milagros, pag. 328.

Cap. XXXIII. *Admirables conversiones de muchas personas, que por haber leido la Vida de San Antonio, dexaron el siglo, y se retiraron á morar á los Desiertos*, pag. 329.

Conversion de Santa Marcela, ibid.

Conversion de San Agustin, pag. 330.

De dos criados de el Emperador Valentiniano, ibid.

Vida de un Santo Anacoreta, llamado Zoerardo, pag. 332.

Vida del Hermitaño Matéo de la Fuente, y Fundacion de los Monges del Monasterio del Tardón en España, pag. 333.

Vida de un Venerable Sacerdote, llamado Don Juan de Arriaga, pag. 338.

Vida de la Venerable Señora Doña Catalina de Cardona, ibid.

La de una doncella, llamada Inés de Pedrós, pag. 341.

Cap. XXXIV. *De la forma de vivir de los Abexinos, y Preste Juan de las Indias, y del gran número de Monges de San Antonio, que hay por aquellas Provincias*, pag. 344.

Tributo que paga todos los años el Gran Turco al Preste Juan, pag. 348.

Cap. XXXV. *Origen y Fundacion de la Orden Militar y Monástica de los Caballeros, y Monges de San Antonio Abad, que moran en Etyópia*, pag. 350.

LAUS DEO.



SAN
Antonio
Abad

FP 623